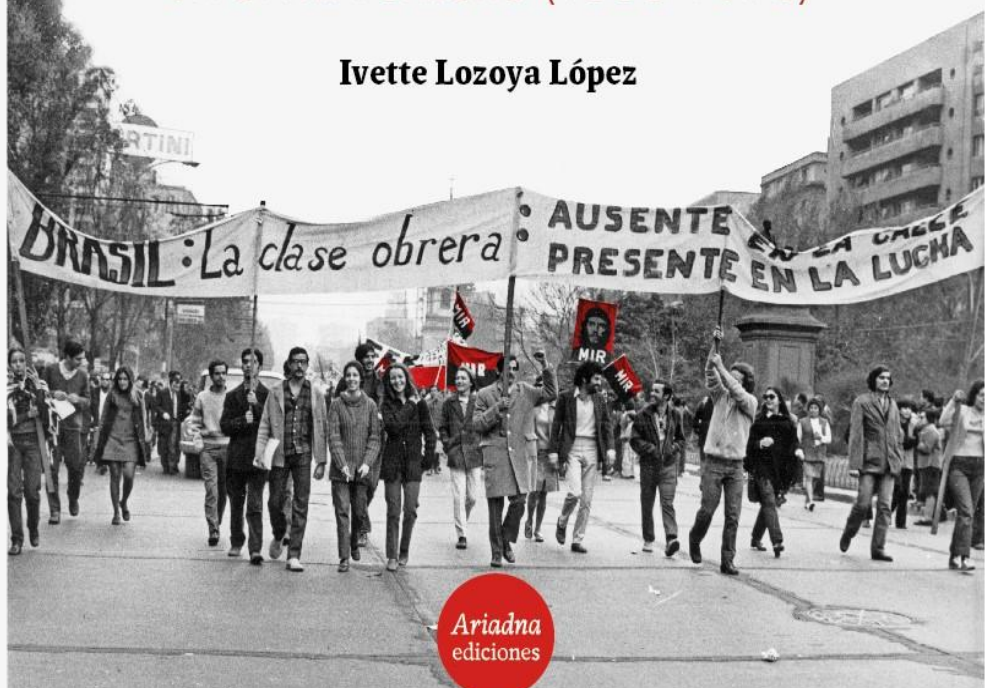




# Intelectuales & Revolución

Científicos sociales latinoamericanos  
en el MIR chileno (1965-1973)

Ivette Lozoya López



Ariadna  
ediciones



**Intelectuales y revolución.  
Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno  
(1965-1973)**

**Ivette Lozoya López**

**Intelectuales y revolución.  
Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno  
(1965-1973)**

**Ivette Lozoya López**

ISBN: 978-956-6095-03-3

Primera Edición: septiembre 2020

Gestión editorial: Ariadna Ediciones

<http://ariadnaediciones.cl/>

Portada: Matías Villa

Obra bajo Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional.



## ÍNDICE

Introducción.....	7
Capítulo I. Intelectuales, Política y Revolución: problematización de la categoría.....	17
Capítulo II. Científicos Sociales en América Latina: debates y tensiones con la política y la revolución.....	71
Capítulo III. Científicos Sociales en Chile: de la formación de las Ciencias Sociales a la tensiones de la Unidad Popular.....	129
Capítulo IV. Intelectuales chilenos en el MIR: fundadores y jóvenes académicos.....	193
Capítulo V. Científicos Sociales latinoamericanos y latinoamericanistas en el MIR chileno.....	129
Conclusión. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria como espacio de recepción y circulación del pensamiento latinoamericano.....	361
Bibliografía.....	371



## INTRODUCCIÓN

Intentar conectar una idea con una bala parece difícil, sin embargo, cuando indagamos en la década de 1960 en América Latina logramos establecer esta relación<sup>1</sup>. En esos años coinciden, sincrónicamente, un ciclo de violencia política que enfrenta a proyectos excluyentes y un momento de desarrollo del pensamiento latinoamericano de profunda lucidez e impacto a nivel mundial. Ambas circunstancias son expresiones de la época y en las dos confluyen las organizaciones revolucionarias que piensan y ensayan el camino al socialismo<sup>2</sup>. Las organizaciones revolucionarias de la Nueva Izquierda de los años sesenta contaron entre sus filas a académicos, intelectuales y artistas que adhiriendo a la utopía socialista y comprometieron, al servicio de la revolución, mucho más que la obra.

La relación entre intelectuales y política no era nueva, sin embargo, adquirió ribetes distintos porque en este periodo estaba mediada por la violencia. La revolución no solo exigía una declaración de compromiso, sino demostrar ese compromiso en la lucha concreta. Las acciones del Che Guevara, Haydée Santamaría o Camilo Torres marcaban el camino: “la revolución no se piensa, se hace”. Esta relación fue especialmente

---

<sup>1</sup> Este libro es producto de mi investigación doctoral en el programa de Doctorado en Estudios Americanos de la Universidad de Santiago. Se desarrolló con el patrocinio del proyecto FONDECYT regular N° 1130323 “Contexto histórico y dinámicas políticas de la insurgencia armada en Chile (1978-1994)”, cuyo investigador responsable era Igor Goicovic Donoso y del cual fui testista. La publicación final tiene revisiones e incorporaciones que se realizaron en el marco del FONDECYT de iniciación N° 11170759 Intelectuales y revolución en Chile y Cuba 1960-1973.

<sup>2</sup> Avances de esta investigación fueron publicados como artículos o capítulos en algunas revistas y libros detallados a continuación: “Pensar la revolución: pensamiento latinoamericano e intelectuales en el MIR chileno 1965-1973. Propuesta teórica y metodológica para su estudio desde la historia intelectual y la historia de la violencia”, *Revista de Humanidades*, N° 27 (enero-junio), UNAB, 2013; “Debates y tensiones en el Chile de la Unidad Popular. ¿La traición de los intelectuales?”, *Pacarina del Sur*, año 5, N° 17 (octubre-diciembre), 2013; “El pensamiento político latinoamericano y su recepción, creación y circulación en el MIR chileno”, en Roberto González Arana y Alejandro Schneider (eds.), *Sociedades en conflicto. Movimientos sociales y movimientos armados en América Latina*, Barranquilla y Buenos Aires, Universidad del Norte, Instituto de Altos Estudios Sociales y Culturales de América Latina y del Caribe, CLACSO, Imago Mundi, 2016; “Social scientists from the left-wing party and discussions about power in Chile (1970-1973)”, *Universum*, vol. 31, N° 2, 2016; “Intelectuales latinoamericanos de izquierda y la reflexión sobre la violencia en Chile en la década de los sesenta”, en Ana Amelia M. C. de Melo y Fernando de la Cuadra (eds.), *Intelectuales y pensamiento social y ambiental en América Latina*, RIL, Santiago, 2020.

intensa entre partidos y científicos sociales\*, ya que, por un lado, la institucionalización de las disciplinas definía su profesionalización y separaba “los campos” y, por el otro, la responsabilidad asignada a los científicos sociales era mayor que la de un literato o un artista, puesto que debían pensar desde la ciencia y desde su experticia las condiciones para la revolución.

En Chile, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) fue protagonista de este proceso. En él confluyeron con mucha potencia ambos fenómenos: la definición de un proyecto revolucionario que incluía el uso de las armas y la vinculación temprana con científicos sociales no solo chilenos, sino que latinoamericanos y latinoamericanistas de distintos países. Si bien el MIR tuvo relaciones con diversos intelectuales, a quienes analizaremos aquí será a los científicos sociales, con quienes la organización estableció un vínculo de mayor responsabilidad debido a la “misión” de constructores de proyectos asignada a su función social como intelectuales. Así, la presente investigación indaga en los referentes intelectuales latinoamericanos que definieron ideológica y políticamente al Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

En términos más específicos, lo que se pretende es examinar las ideas que forman parte del pensamiento político, económico y filosófico latinoamericano que se convirtieron en referencia para el MIR. Se buscará, por lo tanto, describir y problematizar la relación que existía entre los científicos sociales latinoamericanos y la organización revolucionaria, diferenciando entre quienes cumplían un rol de referentes y quienes eran militantes del MIR. Para esto, se hace necesario analizar las redes intelectuales que permitían la difusión del pensamiento a nivel general en América Latina, así como los lazos que habían establecido los intelectuales miristas con sus símiles latinoamericanos. Finalmente, se definirán también los roles que cumplían en la organización dichos intelectuales, así como la existencia de una política del MIR sobre este sujeto específico.

En términos más amplios, nos interesa saber de qué manera el pensamiento social latinoamericano aportó a la definición del MIR y cómo la organización revolucionaria aportó, a su vez, al pensamiento político local. Nos preguntamos sobre cuáles fueron los motivos por los que un grupo de sujetos de élite y relacionados con las letras y la reflexión teórica se vincularon con proyectos revolucionarios en Chile y cuáles fueron los argumentos que esgrimieron para justificar la lucha armada en

---

\* En este texto se utilizarán, indistintamente, las expresiones científicos y científicos sociales. Si bien la adjetivación “científicos sociales” es la grafía más adecuada al castellano, se ha dejado la de derivación anglo de “cientistas”, a fin de no introducir confusión.



un país donde los espacios democráticos estaban abiertos y estaban siendo exitosos. Asimismo, también es importante indagar en las condiciones que hicieron posible esos vínculos y aportes.

En el periodo que analizamos (1965-1973) ocurrieron una serie de acontecimientos y estaban en desarrollo distintos procesos que potenciaron la relación entre intelectuales y política. En estos años, el agotamiento del modelo de desarrollo, la presión de los movimientos de clase sobre las estructuras nacionales y el ejemplo de la Revolución cubana generaron una inversión de la interpelación entre el poder y los intelectuales. Ya no era el intelectual el que interpelaba a la sociedad, sino era la sociedad, desde los proyectos totalizantes –por lo tanto, desde los espacios de construcción de poder– la que los llamaba a posicionarse y comprometerse. Así, el momento de mayor y más original producción intelectual latinoamericana es también el de mayor y más profundo compromiso político de los intelectuales. Los científicos sociales superaron el análisis y plantearon proyectos de desarrollo absolutamente vinculados a la política partidista.

El periodo fue intenso en experiencias políticas y fue la sistematización de esas experiencias por sus propios protagonistas lo que nutrió el pensamiento político latinoamericano de la época. Así, fueron las teorías sobre la revolución, el poder popular, el proyecto de construcción socialista y las estrategias militares las que dieron forma a la discusión de los intelectuales de izquierda en las décadas en cuestión. La sensibilidad sesentista<sup>3</sup> y el reconocimiento de un movimiento continental facilitaron la circulación y la adscripción a estas ideas. En consecuencia, con esta realidad el MIR incorporó las discusiones dadas a nivel latinoamericano y realizó una lectura adecuada a la realidad chilena. En este ejercicio de apropiación participaron los intelectuales militantes, quienes también emprendieron su traducción hacia las masas a través de los órganos de difusión de la política del partido.

De esta afirmación se desprende que el Movimiento de Izquierda Revolucionaria pensó e implementó una política respecto de los intelectuales. Estos tuvieron distintos grados de vinculación con la organización, yendo desde la simpatía a la militancia, y diversas funciones, que abarcaron desde la elaboración de documentos internos a la creación de textos pensados como propaganda. Los medios de difusión de la discusión política, principalmente las revistas, cumplieron un rol

---

<sup>3</sup> Concepto utilizado por Devés al referirse a la izquierdización de la cultura en lo que él llama los largos años sesenta. En Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Tomo II. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, Santiago, Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.

fundamental en el desarrollo del debate. De estas, las revistas editadas en Cuba, como *Tricontinental*, *Revista de la Casa de las Américas* y *Pensamiento Crítico*, fueron referencia obligada. Su correlato interno fueron las revistas *Punto Final* y *Chile Hoy*.

La década de 1960 vio aparecer las escuelas de sociología a nivel continental y en Chile. Por otro lado, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), las reflexiones en torno al Concilio Vaticano II y las experiencias guerrilleras generaron un grupo importante de intelectuales latinoamericanos y latinoamericanistas que se posicionaron frente a esa realidad y que teorizaron sobre ella. Fueron esos intelectuales de izquierda, que pensaron el socialismo desde sus espacios académicos, los que dotarán de elementos al MIR para justificar el proyecto de revolución socialista. No eran sujetos marginales al poder, sino intelectuales reconocidos y valorados los que asumieron el llamado no solo a pensar la revolución, sino que a hacerla.

Los estudios sobre este periodo histórico en Chile aún no se han agotado. Si bien hay varios trabajos desde la historia y las ciencias sociales que abordan los procesos políticos, los movimientos sociales y las organizaciones revolucionarias en el marco temporal propuesto, existen una serie de temáticas y enfoques que siguen sin ser explorados. Lo mismo ocurre con el objeto específico de estudio, el MIR, que a pesar de ser la organización político-militar sobre la que más investigaciones se han realizado, aún es posible elaborar nuevas preguntas para su estudio<sup>4</sup>. Estos cuestionamientos más recientes han ido surgiendo en la medida que las transformaciones sociales del presente nos obligan a mirar al pasado en búsqueda de referencias y alternativas.

La existencia, por un lado, en las décadas en estudio de proyectos totales alternativos a los de la clase dominante y, por el otro, la imposibilidad de materializarlos, nos lleva a preguntarnos —a propósito de la idea sobre el aletargamiento de la sociedad chilena<sup>5</sup>— si dichos proyectos fracasaron debido a que su materialización era inviable, a que fueron superados a través de la instalación de otros valores y prioridades o

---

<sup>4</sup> Respecto a lo escrito sobre el MIR, destacan recopilaciones de documentos internos y discursos de su líder político Miguel Enríquez. También existen artículos y libros que analizan la formación y el desarrollo histórico de la organización y obras basadas en entrevistas y testimonios.

<sup>5</sup> La coyuntura chilena entre 2011 y 2012 estuvo marcada por el resurgimiento de una serie de movimientos de protesta, lo que para algunos implica la finalización de un ciclo histórico definido por el pacto político entre izquierda y derecha que materializa el proceso de transición a la democracia. Ese pacto habría significado, en términos sociales, una desmovilización, lo que habría facilitado la continuidad de las políticas neoliberales de la dictadura, sin contrapeso alguno.

simplemente porque fueron derrotados militarmente. En definitiva, si la causa de la derrota fue la estrategia deficiente o el hecho de que el horizonte utópico perseguido era imposible de realizar.

Resulta relevante la necesidad de indagaciones más profundas sobre la experiencia revolucionaria latinoamericana. No podemos reducir este proceso al vulgar historicismo que pretende explicar todo desde la base de la existencia de “una época” que configura y condiciona la realidad. Interpretar el surgimiento, y más tarde la derrota, de las organizaciones político-militares en América Latina simplemente por el ejemplo que proporcionaba la Revolución cubana, el contexto de la Guerra Fría y luego la caída del muro, nos parece, a esta altura, no solo insuficiente, sino también caricaturesco.

Es por eso que volver sobre la temporalidad y el objeto de estudio preguntándonos por la relación entre intelectuales latinoamericanos y el MIR nos parece importante, ya que a través de su revisión es posible indagar en la creación de teorías y discursos justificadores y sustentadores de un proyecto alternativo. Creemos que es un aporte también la aplicación de enfoques que no están muy difundidos en nuestro país, de manera de lograr el desarrollo de la disciplina. Por otro lado, mirar los procesos nacionales en perspectiva latinoamericana nos permite enriquecer el análisis y reconocer tendencias generales y particularidades en la realidad continental. Pensamos, igualmente, que un estudio que analice la relación entre pensamiento político latinoamericano y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria nos permitirá discutir las interpretaciones mecanicistas respecto de la aplicación de las concepciones revolucionarias latinoamericanas en Chile.

Los estudios históricos que existen sobre organizaciones revolucionarias han sido, en general, abordados desde el plano de lo militar y su fracaso. Los análisis desde la perspectiva de la nueva historia política son pocos y, por lo tanto, dejan un campo abierto para explorar. Finalmente, y frente a lo que se ha definido como la muerte del intelectual, resulta atractivo indagar en el proceso precedente, en el que estos no solo intervenían en el debate teórico, sino que también abrazaban la militancia, asumiendo plenamente los compromisos que ello significaba.

El giro que desde hace algunos años dio la historia política nos abre una serie de temáticas para indagar en las relaciones de poder. La posibilidad de salir del ámbito exclusivo de las elites políticas y el desarrollo del Estado y abrir las investigaciones a otros sujetos que conflictúan con el poder implica también el acercamiento desde otras perspectivas. Así, los discursos, el pensamiento político, la militancia, las redes, entre otros, se convierten en objetos de estudio que son abordados aquí desde dos enfoques: el de la historia de la violencia y el de la historia intelectual.

Los métodos, las categorías, las fuentes y las interpretaciones ligados a la historia intelectual nos permiten analizar y seguir la trayectoria, la circulación, las redes y la recepción del pensamiento revolucionario en América Latina y la referencia e influencia que este significó para el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. En relación con la historia de la violencia, esta nos otorga las herramientas para vincular a los intelectuales con un periodo histórico y una organización donde la violencia política tiene centralidad. De ahí, entonces, la posibilidad de estudiar la relación de los intelectuales con su época no solo con base en la lectura de su obra, sino también desde el contexto político en el cual se desarrollaron, considerándolos como referencias intelectuales y militantes del proyecto revolucionario del MIR. De esa manera, mientras que la historia intelectual nos posibilita el acercamiento al pensamiento y el discurso político que es asumido por el partido, la historia de la violencia nos permite analizar al MIR como una organización revolucionaria y su política hacia los intelectuales.

Julio Aróstegui define la violencia política como la “resolución o intento de resolución, por medios no consensuados, de una situación de conflicto entre partes enfrentadas, lo que comporta esencialmente una acción de imposición, que puede efectuarse, o no, con presencia manifiesta de fuerza física”<sup>6</sup>. En esta definición se encuentran presentes los elementos básicos para poder estudiar histórica y operacionalmente las dinámicas particulares de la violencia política, ya que se señala e identifica su naturaleza relacional al considerarla como producto de las relaciones sociales, su carácter de acción deliberada, su enorme potencialidad de ruptura del orden social y su diferenciación, tanto de la noción de fuerza como de la de conflicto<sup>7</sup>.

Por tanto, entendemos la violencia como un modo determinado de comunicación, cuya singularidad reside en que busca forzar el cambio de una situación o un comportamiento. La violencia, en este sentido, “es un modo de interlocución que a veces resulta ser la única alternativa posible ante la oclusión de otros medios de relación mutua. La violencia no es, contra lo que pudiera parecer a simple vista, la ruptura de todo tipo de interacción social, sino un modo especial de la misma”<sup>8</sup>.

Al entender la violencia como un elemento propio de lo social y de lo político, estamos señalando que es susceptible de ser historiada, fundamentalmente a través de su relación con las estructuras sociales y económicas que la moldean en diferentes intensidades. De esta manera,

---

<sup>6</sup> Julio Aróstegui, “Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia”, *Ayer*, N° 13, 1994, pág. 30.

<sup>7</sup> Eduardo González Calleja, *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid, CSIC, 2002, pág. 42.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pág. 13.

es esencial identificar las variables históricas de gran trascendencia que inciden de manera destacable en las dinámicas y el comportamiento violento de los sujetos, en particular en sus formas de protesta o expresión política.

La lectura del pensamiento político latinoamericano que nos interesa es aquel que va más allá del análisis de las ideas en sí mismas y que propone el estudio del proceso desde el cual las ideas son elaboradas y apropiadas. Este enfoque nos obliga a cuestionar la posibilidad de llegar a las ideas en su “esencia” y más bien asumir su lectura e interpretación como una creación permanente en cada recepción. Desde este punto de vista, resulta inoficioso cualquier intento por evaluar como correcta o incorrecta la apropiación del pensamiento político latinoamericano que hace el MIR, pero sí nos obliga a analizar la traducción que hace la organización al contexto específico en el cual se desenvuelve<sup>9</sup>.

En palabras de Carlos Altamirano, la historia intelectual “indica un campo de estudios, más que una disciplina o una subdisciplina. Aunque inscribe su labor dentro de la historiografía, su ubicación está en el límite de ese territorio, y a veces cruza el límite y se mezcla con otras disciplinas. Su asunto es el pensamiento, mejor dicho, el trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas”<sup>10</sup>. Desde esta perspectiva, se hace posible analizar la política del MIR no solo como práctica, sino también como proyecto. Ideas que se nutren en la práctica, se reformulan e influyen en las definiciones políticas de la organización.

Entendemos que los intelectuales están insertos en una época y que su creación recoge los elementos de su momento histórico a la vez que impacta en la realidad transformándola:

No obstante, es válido analizarlos en sí mismos, convertirlos en objetos de la historia y no solo en fuentes para el análisis de esta. En definitiva, pese a que los textos de una época son indisolubles de la acción política, para esclarecer el sentido intelectual de los escritos no basta con remitirlos al campo de la acción o su contexto. Ponerlos en conexión con su exterior, con sus condiciones pragmáticas, contribuye, sin dudas, a su comprensión, pero no ahorra el trabajo de la lectura interna y de la interpretación correspondiente<sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> La reflexión que precede a estas afirmaciones se inserta en la crítica al positivismo y al concepto de ciencia desarrollado por autores como Gadamer, Kuhn, Eco, Feyerabend, y que tiene un correlato en la disciplina histórica a través del llamado *giro lingüístico*. Sobre discusiones más actuales respecto de la historia política, ver autores como Elías Palti, José Antonio Aguilar, Pierre Rosanvallon y Roberto Vila.

<sup>10</sup> Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, págs. 10-11.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pág. 20.

Al analizar la historia del MIR desde el enfoque de la historia intelectual, podemos ver la obra de los pensadores latinoamericanos como la expresión escrita de la política de una época. Este enfoque nos permite salir del análisis del pensamiento en sí mismo, o de las ideas en abstracto, para trabajarlas en relación con un momento en el pensamiento político, analizando qué significado tienen y de qué manera se transforman en referencia para las definiciones ideológicas de una organización como el MIR y, de esta manera, situarlas históricamente.

Poniendo en relación a los intelectuales latinoamericanos y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria estamos indagando en una doble dirección: por una parte, desde los intelectuales hacia el MIR y, por otra, en la definición de la política de la organización hacia los intelectuales. En este vínculo, el concepto de violencia política adquiere pertinencia y relevancia ya que estamos hablando de una agrupación que se considera político-militar, lo que implicaba que los intelectuales que militaban en ella debían legitimar discursivamente un proyecto y una estrategia que incluía el uso de la violencia revolucionaria.

Hay una dimensión de la producción intelectual latinoamericana que no necesariamente tiene una relación directa o de carácter orgánico: el pensamiento político de una época fluye y, en ese fluir, es interpretado y resignificado en un intento por convertirlo en proyecto de transformación. La lectura de la historia continental, las teorías sobre el desarrollo del capitalismo y la teorización respecto de la revolución latinoamericana fueron referencias obligadas para la organización político-militar que nos convoca. La transferencia que hizo el MIR de estas teorías no fue la de la aplicación de un manual, sino que las recepcionó, las leyó y las resignificó de acuerdo con las condiciones de la lucha de clases en Chile, la realidad geográfica y la particularidad del desarrollo político del país.

Abordaremos, entonces, en el capítulo I a las organizaciones político-militares de la región desde una perspectiva distinta, analizándolas como espacios de reflexión y circulación de ideas. Nos enfocaremos en el concepto de intelectual a partir de la sistematización de las discusiones que se dieron en América Latina para llegar a la definición de una tipología de los intelectuales que se vincularon con el MIR en el periodo 1965-1973.

En el capítulo II revisaremos el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina, en específico en México, Brasil y Argentina, bajo el argumento de que estas disciplinas nacieron politizadas, vinculadas con el Estado y al servicio de los proyectos de desarrollo. Con esta afirmación base reconstruiremos la trayectoria de las disciplinas sociales desde su institucionalización hasta la persecución política de sus exponentes por las dictaduras instaladas en los años sesenta.

Nos interesa, en ese apartado, dejar en claro que la relación entre científicos sociales y proyectos políticos es permanente, por lo que nos resulta antojadizo hablar de una “politización” y pérdida de neutralidad de las ciencias sociales a partir del ciclo revolucionario. Nuestra afirmación central, insistimos, es que las ciencias sociales siempre han asumido la construcción y la defensa de proyectos sociales que tienen un claro domicilio político.

En capítulo III analizaremos el desarrollo de las ciencias sociales en Chile desde el planteamiento de que en el momento de la llegada de intelectuales exiliados al país existía un desarrollo institucional que permitió su rápida y exitosa instalación y vinculación con la realidad política nacional.

En el capítulo IV veremos al Movimiento de Izquierda Revolucionaria y su relación con los intelectuales fundadores y la generación de jóvenes intelectuales que comienzan a conducir la organización desde 1967. Operacionalizando las categorías de intelectual definidas previamente, clasificaremos a los intelectuales de ese periodo. Finalmente, en el capítulo V abordaremos la relación del MIR con los intelectuales latinoamericanos, las razones de sus vínculos políticos y las ideas que ellos aportaron a la organización.

El presente estudio no pretende ser un juicio sobre los intelectuales militantes y sus interpretaciones de la realidad. Su intención es la de presentar una aproximación alternativa a la historia de los movimientos revolucionarios en América Latina. Es por eso que este trabajo es una historia política que aborda a la elite intelectual del MIR y que utiliza las herramientas de la historia de la violencia y la historia intelectual.





## CAPÍTULO I

### INTELECTUALES, POLÍTICA y REVOLUCIÓN: PROBLEMATIZACIÓN DE LA CATEGORÍA

Todos los hombres son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales.

Antonio Gramsci

La década de 1960 fue en América Latina el periodo más fructífero en términos de originalidad de las ideas<sup>12</sup>. La búsqueda del desarrollo, las contradicciones propias del modelo, la presión de los distintos actores sociales y el influjo que significó la Revolución cubana, generaron lo que Eduardo Devés<sup>13</sup> define como un ambiente, una sensibilidad. Este contexto situó a los intelectuales en un rol central y los vinculó con proyectos societales generales, no solo por medio de la opinión informada, el discurso culto o los estudios científicos, sino también por la adscripción a proyectos ideológicos, partidos políticos tradicionales y organizaciones guerrilleras<sup>14</sup>.

Esta politización de los intelectuales, esta toma de posición frente a proyectos que se planteaban como excluyentes, reeditó la discusión desarrollada ya a fines del siglo XIX a propósito del caso Dreyfus en Francia: la de qué es un intelectual y cuál es su función social. Reconocer al intelectual como objeto de estudio y analizar su accionar en los años sesenta nos obliga a definir la categoría. Haciendo una síntesis sobre las definiciones existentes, podemos señalar que los intelectuales son parte de la élite pensante de un país o región; son sujetos que desde los espacios científicos, humanistas, artísticos, dialogan con la realidad política y social. En ese sentido, los intelectuales

... [i]nterpretan la realidad, su función es la de dar orden simbólico a las cosas. Suelen hablar en nombre de valores universales y, en su calidad de “paladines y transmisores de conocimiento”, reflejan su vocación de orientar la conducta de la sociedad en base a ciertas

---

<sup>12</sup> Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*, tomo I y II, Santiago, Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000-2003.

<sup>13</sup> *Idem.*

<sup>14</sup> La discusión desarrollada en este capítulo fue publicada como artículo con el nombre de “Pensar la revolución: pensamiento latinoamericano e intelectuales en el MIR chileno 1965-1973. Propuesta teórica y metodológica para su estudio desde la Historia intelectual y la Historia de la Violencia”, *Revista de Humanidades*, N° 27 (enero-junio), UNAB, 2013.

pautas y valores culturales definiendo objetivos y alcances del desarrollo social<sup>15</sup>.

Si bien en su origen este concepto remite a quienes, desde un saber y valores universales, intervienen en la opinión pública, la transformación social, el cambio de sensibilidades y la profesionalización de los saberes generaron nuevas definiciones más ligadas a su función específica. Al plantear los criterios para definir el concepto de intelectual, Alburquerque señala que “se han seguido dos vías fundamentales, la social y la política. La primera lo concibe como un estamento profesional o administrativo y se preocupa por su eventual constitución como cuerpo social; la segunda lo entiende como elite pensante de una sociedad e indaga en sus relaciones con la política y el poder”<sup>16</sup>.

Quienes han intentado definir a la intelectualidad desde el enfoque del criterio profesional o técnico-administrativo se han enfrentado, en las últimas décadas, a la dificultad de establecer márgenes que delimiten quién es un intelectual y quién no. Así, José Joaquín Brunner plantea que bajo esta categoría caben especialistas técnico-organizacionales de la administración pública, de la economía y de la gestión en general, los analistas de coyuntura política, los futurólogos y los planificadores, los profesores de enseñanza terciaria, los periodistas o los empleados de medios masivos de comunicación<sup>17</sup>. Esta definición, ligada específicamente a lo profesional, está relacionada con lo que los historiadores han llamado la muerte del intelectual. Con ello se refieren a la relegación de los otrora mediadores entre el poder y la ciudadanía a un aspecto específico de su función, a tareas alejadas del debate y de la confrontación con el poder o el diálogo con la ciudadanía.

Pablo Ponza, en su libro *Intelectuales y violencia política*, establece una diferenciación en el carácter de los intelectuales en distintos momentos históricos, distinguiendo el posicionamiento de estos como expertos en distintas disciplinas y la cientificación de su labor<sup>18</sup>. Desde la década de 1930 en América Latina, y específicamente en Argentina, asistimos a la instalación de estos expertos en instituciones científicas e institutos de

---

<sup>15</sup> Wilhelm Hofmestier y H. C. F Mansilla (eds.), *Intelectuales y política en América Latina: el desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo Sapiens, 2003, pág. 9.

<sup>16</sup> Germán Alburquerque, *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*, Santiago, Ariadna, 2011, pág. 10.

<sup>17</sup> José Joaquín Brunner y Ángel Flisfisch, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, 2 tomos, 2ª ed., México, Universidad Autónoma de México-Azcapotzalco, ANUIES, 1989.

<sup>18</sup> Pablo Ponza, *Intelectuales y violencia política, 1955-1973. Historia intelectual, discursos políticos y concepciones de lucha armada en la Argentina de los sesenta-setenta*, Córdoba, Babel, 2010.

estudios que alcanzaron una amplia legitimación. Ello permitió el reconocimiento de sus saberes como experticias que aportan al ejercicio del poder, lo cual los constituyó como asesores de los gobiernos.

En un sentido más amplio, otros autores se han referido a una franja de trabajadores de los respectivos países ligados a la administración y al desarrollo científico-tecnológico, es decir, aquellos vinculados con la actividad de pensar el desarrollo nacional. Esto define a los intelectuales, por una parte, como una *intelligentsia* vinculada al proyecto nacional, pero, por la otra, se aleja de su caracterización como aquellos que analizan la realidad desde un ejercicio de crítica intelectual para privilegiar su visión en cuanto sujetos que sustentan, desde la creación –artística, científica, técnica–, el desarrollo social. Este carácter de la intelectualidad hizo que para los países socialistas la adscripción o no de la *intelligentsia* al proyecto fuera un problema sobre el cual reflexionar<sup>19</sup>.

Aquí, sin embargo, utilizaremos la definición que toma como modelo el caso Dreyfus; es decir, consideraremos al intelectual más como un “pensador” que como un profesional<sup>20</sup>. Son varios los estudios que desde la historia, la sociología o la ciencia política se acercan al concepto de intelectual. Con base en aportes de distintos autores hemos arribado a una definición de esta categoría para su aplicación en este estudio. Esta ha sido abordada considerando la esencia de la actividad intelectual, su función, la relación con el poder y su vinculación con los distintos actores políticos.

Ponza, en el estudio mencionado, propone una definición que no presenta a esta figura atrapada por la disciplina y que resalta los aspectos de comunicación y relación de su creación. Señala que “un intelectual es aquel individuo que crea, evalúa, analiza o presenta símbolos, valores, ideas e interpretaciones a un auditorio de manera regular. Es un agente social con un capital simbólico reconocible, intereses específicos en juego y pretensiones de verdad en la esfera político-cultural donde se halla inserto”<sup>21</sup>.

Resaltando los mismos elementos –experticia disciplinaria y comunicación con la sociedad–, Albuquerque define al intelectual como “aquel individuo perteneciente al ámbito de la ciencia, del arte, del

---

<sup>19</sup> León Trotsky, “La inteligencia y el socialismo”, *Anticapitalistas* [en línea], noviembre, 2012 [1910]. Recuperado de <http://www.anticapitalistas.org/IMG/10/pdf/TrotskyLaInteligenciaYElSocialismo.pdf>.

<sup>20</sup> La categoría de pensador es solo complementaria a la de intelectual. Con pensador nos referimos a aquel hombre de letras creador de una obra trascendente que impacta a nivel social latinoamericano y, por ende, que origina redes eidéticas por medio de su producción.

<sup>21</sup> Ponza, *op. cit.*, pág. 11.

pensamiento o de la cultura que se dedica a pensar, comprender y explicar la sociedad en que vive, debiendo transmitir el resultado de su reflexión a un público determinado”<sup>22</sup>. En su estudio sobre los intelectuales latinoamericanos en los años sesenta, reconoce al intelectual como un “sujeto portador de un poder específico, que lo dota de un estatus que lo habilita para dialogar con otros entes también en posesión de poderes determinados”<sup>23</sup>. Bajo este argumento, los intelectuales serían los excepcionales poseedores del poder de mediar entre los saberes científicos y la población, entre el poder político y la base.

Albuquerque profundiza esta definición con una explicación sobre la adscripción de los intelectuales a ciertos principios. Para él, la dimensión ética, valórica y espontánea sería la clave de la explicación de los comportamientos intelectuales<sup>24</sup>. El intelectual se posiciona frente a la realidad y aunque sus argumentos son subjetivos, pues se desprenden de posturas valóricas e ideológicas, el poder de conocimiento, experticia, científicidad y, por ende, objetividad que se les reconoce permiten que sus apreciaciones constituyan verdad y que doten a los distintos proyectos políticos de legitimidad.

Los intelectuales de la década de 1960 asumieron esa tarea, imbuidos en las problemáticas sociales e involucrados en la discusión respecto de cuál era el camino al desarrollo que debía adoptar América Latina. Se posicionaron y pensaron la realidad vinculados a los preceptos teóricos que permitían, a su entender, dar respuestas a las interrogantes de la situación continental. Aplicaron el metarrelato del marxismo a nivel local y en esa relación, lo enriquecieron convirtiéndolo no solo en una lectura del presente y el pasado, sino en una proposición de futuro. Los intelectuales de los años sesenta no contemplaron la realidad desde el palco que les daba su experticia y su capacidad crítica, sino que asumieron que eran parte del problema y no solo observadores de este.

De esta manera, los intelectuales en esa época estuvieron tensionados entre su pertenencia al campo del saber y el deber de responder a su clase. Este acercamiento conflictúa la definición de Albuquerque que, al pensar a los intelectuales en términos colectivos, señala que “son individuos de profesiones diversas que se sienten con una misión común y un espíritu de cuerpo, incluso una conciencia de clase”<sup>25</sup>. La adscripción de los intelectuales a la clase sería pensándose ellos como clase o como parte constitutiva de una clase.

De esta definición del ser intelectual como pensador de la realidad, generador de discurso, legitimador de proyectos, interlocutor en sus

---

<sup>22</sup> Albuquerque, *op. cit.*, pág. 9.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pág. 8.

<sup>24</sup> *Idem.*, pág. 9.

<sup>25</sup> *Op. cit.*

sociedades, se desprende la pregunta respecto a cuál es la función de los intelectuales en América Latina en los años que abarca este estudio. Si bien reconocemos que la acción del intelectual, para que sea tal, debe estar ligada a lo público, a la denuncia, a la posición política: ¿cuál es el límite en esa relación con lo público? ¿La vinculación con la política, con el poder, es parte de la función del intelectual?

La interrogante es pertinente en la medida en que reconocemos en los intelectuales latinoamericanos una relación con el poder –como colaboradores o como críticos– desde que la creación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) los instaló como pensadores del modelo de desarrollo latinoamericano y, por lo tanto, como aliados del poder del Estado nacional. Esta colaboración deviene en la creación, finalmente, de una posición crítica frente al modelo y en el cambio en la relación con el poder desde la colaboración a la contraposición. Sin embargo, en ambos casos esto se estableció no solo desde la opinión o el aleccionamiento de sus sociedades, sino desde la constitución de los intelectuales como actores políticos directos, funcionarios de la CEPAL primero y militantes de organizaciones políticas después.

Esta realidad histórica nos permite, otra vez, discutir el concepto de Alburquerque que plantea que “cuando los intelectuales se ubican junto al poder político, puede darse muy rápidamente una situación en la que al compromiso con la verdad y la razón se le sume intereses políticos. El discurso acerca de la libertad frente a la autoridad se verá entonces influido y hasta sustituido por los imperativos políticos”<sup>26</sup>. ¿Es posible plantear que los intelectuales tienen como función la búsqueda de la verdad y que esta tarea no se cumple cuando asumen otras funciones al interior de sus sociedades, como es la función política? Nos parece que esta afirmación es atemporal y abogamos por una definición histórica del carácter y la función del intelectual. Desde esa perspectiva, el intelectual que en los años cincuenta era un experto al servicio del proyecto nacional, en los sesenta y los setenta podía ser un militante revolucionario y su función, al igual que la realidad, se construyó en la historia misma.

Los estudios históricos sobre la relación de los intelectuales y la política han intentado dilucidar esta tensión: así, desde su posicionamiento frente a acontecimientos hasta su relación con los partidos, sus desenvolvimientos nos permiten levantar clasificaciones respecto de la acción de este grupo. Precisamente, el estudio realizado por Enzo Traverso sobre la reacción de los intelectuales frente a Auschwitz en los ámbitos europeos y norteamericanos distingue cuatro grupos principales: los colaboracionistas, los supervivientes, los cegados y un

---

<sup>26</sup> *Op. cit.*

pequeño número de denunciantes<sup>27</sup>. De esta manera, dentro de un campo o espectro amplio, podemos clasificar a los intelectuales de acuerdo con su posición frente al hecho.

De la misma manera, los compromisos militantes nos permiten levantar subcategorías. El compromiso de los intelectuales con el comunismo es el objeto de múltiples trabajos de Annie Krieguel, quien formuló distinciones en las que diferenciaba la adhesión política, existencial e ideológica<sup>28</sup>. “Si numerosos intelectuales han participado en la aventura comunista desde dentro, son numerosos los que se han quedado al margen del partido, a pesar de identificarse con su política y de apoyar sus tomas de posición: esos son los famosos compañeros de viaje”<sup>29</sup>. Podemos establecer, así, que la relación entre intelectuales y partidos no necesariamente es de militancia sino que existe una variedad de posibilidades que van desde la simpatía, la adhesión valórica o de principios, el ser “compañeros de viaje”, hasta la vinculación a la estructura orgánica con la consiguiente asignación de tareas dentro de la organización.

Sobre esta definición amplia de intelectual es necesario establecer algunas especificaciones que nos permitan adjetivarla y enmarcar de mejor manera el objeto de estudio. Para el enfoque propuesto, la relación de los intelectuales con la política, los partidos y el Estado, es pertinente y central la definición de intelectual que hace Antonio Gramsci. Para el marxista italiano, los intelectuales “son los empleados del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político”<sup>30</sup>. De esta manera, se evidencia un vínculo entre los intelectuales, las clases sociales o los ámbitos de poder que configura la figura del intelectual orgánico. El concepto no tiene que ver necesariamente con la relación de pertenencia que el intelectual tenga con una estructura orgánica, es más bien la adscripción y la reproducción que un sector hace de una ideología determinada.

La reflexión de Gramsci ha permitido a otros preguntarse por la relación entre intelectuales y Estado, intelectuales y partidos, intelectuales y clase obrera. Si bien existen algunos estudios que han llegado a definir y conceptualizar dichos vínculos, no nos inclinamos por ninguna de ellos,

---

<sup>27</sup> En Françoise Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universidad de Valencia, 2007, pág. 75.

<sup>28</sup> Se refiere a los trabajos realizados por historiadores franceses respecto de la relación entre los intelectuales y el Partido Comunista. El texto de Krieguel en específico es: *Les communistes français (1920-1970)*, París, Seuil, 1985.

<sup>29</sup> En Dosse, *op. cit.*, págs. 72-73.

<sup>30</sup> Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Lautaro, 1960, pág. 16.

pues un objetivo de esta investigación es llegar a una definición propia de estas relaciones en el contexto histórico.

### **Intelectuales, pensamiento político y violencia**

“El fenómeno violento no es un hecho puntual, sino un hecho social global, vinculado ciertamente a la política, pero también a la economía, a las representaciones colectivas y al imaginario social”<sup>31</sup>. Asumiendo la complejidad de la definición de la violencia, entendemos que analizar el pensamiento latinoamericano que se desarrolló entre el tiempo de la Revolución cubana y las dictaduras latinoamericanas y que teorizó en torno a la violencia es, en definitiva, acercarse a la violencia desde una perspectiva histórica.

Eduardo Grüner, en su libro *Las formas de la espada*, plantea: “La violencia es constitutiva de la práctica política, porque es fundadora de la juridicidad estatal”<sup>32</sup>. Para este autor, en la medida que la ley se sustenta en la coacción, el orden legal establecido por el Estado solo es posible bajo el imperio de la violencia. Así, el derecho (político) permite la inscripción de la violencia en la sociedad de manera legítima<sup>33</sup>, instituyendo al Estado como el único detentador de esta. La violencia (exclusiva y excluyente) permitida por el Estado tiene como objeto inmediato salvaguardar el derecho, es decir, proteger el derecho a la utilización de la violencia como poder político. Por lo mismo, este, a su vez, no existe sin el amparo de esa violencia legitimizada.

No obstante, según Grüner, en este ejercicio aparece una contradicción básica, dado que el “Estado moderno y el contractualismo son posibles por la renegación de la violencia constitutiva de lo político”<sup>34</sup>. Es decir, si bien la violencia es consustancial al Estado, se niega su existencia o intermediación en las relaciones políticas. Lo que el Estado teme de la violencia es la aparición de un orden jurídico-político nuevo, diferente al establecido por una primigenia relación de fuerzas. En ese sentido, al Estado le interesa borrar la existencia de la violencia, generando un discurso de institucionalidad y conciliación.

Pero no solo se niega la existencia de una violencia transformadora sino también de una violencia conservadora ejercida por el Estado. Dicha violencia es catalogada como excepcional, ni siquiera como legítima. Esta última afirmación es fundamental, ya que una de las características del

---

<sup>31</sup> Eduardo González Calleja, *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid, CSIC, 2002, pág. 161.

<sup>32</sup> Eduardo Grüner, *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*, Buenos Aires, Colihue, 1997, pág. 31.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pág. 35.

<sup>34</sup> *Ibid.*, pág. 36.

relato histórico en Chile es hacer aparecer el desarrollo de los procesos a través del tiempo como un continuo de institucionalidad y civilidad, donde la violencia se ha ejercido de forma excepcional, interpretación que, sin embargo, no es muy difícil de rebatir<sup>35</sup>.

A pesar de coincidir con las apreciaciones de Grüner, en el sentido de que la violencia es consustancial a la existencia de la sociedad moderna, es necesario realizar una especificación mayor en el concepto de violencia política, es decir, llegar a operacionalizar dicho concepto, establecer, por ejemplo, distintos periodos de violencia o identificar especificidades en el uso de esta y diferenciar entre quienes la ejercen y cuáles son sus objetivos.

Para estos efectos, la aplicación del concepto que hace Aróstegui nos es útil. Según él, podemos hablar de fenómenos de violencia cuando determinadas acciones individuales y sociales tienden a una especificidad que pueda revelarnos y nos permita atribuirles de forma inequívoca una influencia sobre la reproducción social. La conceptualización de la violencia empieza a ser posible, justamente, cuando comienzan a manifestarse “fenómenos” que de alguna manera podemos aislar y contextualizar con un alcance discriminatorio<sup>36</sup>.

Para América Latina, el periodo que va desde 1959 hasta 1990 estuvo marcado por un ciclo particular de violencia, donde podemos efectivamente identificar los elementos constitutivos de la violencia política. Ejemplo de esto es el fin de la monopolización de la violencia por parte del Estado y el uso de esta herramienta por otros actores de manera más o menos extendida. Estos nuevos actores fueron los partidos de la izquierda revolucionaria.

Por otro lado, en este periodo se materializó otro de los elementos que, a juicio de Aróstegui, debe existir para que podamos hablar de violencia política. En las décadas de 1960 y 1970, la sociedad tomó conciencia de la existencia de la violencia y eso le dio un cariz a su uso, pues esta se reivindicó y, por lo tanto, se hizo más visible y más explícita, lo que permite identificarla como fenómeno<sup>37</sup>.

La categoría de violencia aporta un acercamiento distinto a la problemática chilena, entendiendo que es compleja y que los periodos y actores analizados no se definen ni diferencian solo en relación con el uso de esta. Esta salvedad es necesaria debido a que es casi parte del sentido

---

<sup>35</sup> Ver los trabajos realizados por Igor Goicovic, especialmente “Los escenarios de la violencia popular en la transición al capitalismo”, *Espacio Regional*, año 3, vol. 1, 2006, y otros, donde el autor refuta la tesis sobre la excepcionalidad de la violencia en el desarrollo histórico chileno.

<sup>36</sup> Julio Aróstegui, “La especificación de lo genérico: la violencia política en perspectiva histórica”, *Sistema*, N° 132-133, 1996, págs. 32-33.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pág. 13.



común calificar, como su principal característica, a las dictaduras y los partidos de izquierda armados como detentadores de la violencia, señalando, de paso, que es el uso de la fuerza lo que los distancia de la democracia o de los partidos tradicionales.

Es necesario aclarar que ambos contrincantes –tanto las dictaduras como las organizaciones revolucionarias– tuvieron en su accionar un sustento y que utilizaron esa violencia como un instrumento para el logro de sus objetivos. Detrás del accionar violento de los actores hay un proyecto a implementar y eso es lo que la convierte en violencia política. La izquierda radical no basaba su radicalidad en el uso de las armas, sino en el planteamiento de un proyecto alternativo al proyecto de la elite<sup>38</sup>.

Otro abordaje parte del concepto más específico de violencia revolucionaria. Desde el punto de vista teórico y conceptual, diremos que una de las problemáticas para la utilización de esta categoría es que está poco sistematizada. Uno de los autores que la ha trabajado es Eduardo González Calleja, quien define algunos conceptos que para nuestro estudio resultan pertinentes. Uno de ellos es el de *guerrilla*, del que dice que “a semejanza del terrorismo revolucionario, la guerrilla es un tipo de violencia desplegado por actores no elitistas, que suele desarrollarse en el marco de una estrategia subversiva más ambiciosa, y que aspira a culminar como un asalto al poder en forma de insurrección o de guerra civil”<sup>39</sup>.

Los conceptos de revolución y violencia son claramente vinculantes. Los estudios que tratan las revoluciones, inevitablemente deben considerar a la violencia como parte constitutiva del proceso o como un medio para alcanzar la transformación profunda. Al respecto, González Calleja plantea que

... la necesidad del empleo de la violencia en una revolución es evidente, y que la élite dirigente no acostumbra abandonar el poder sin oponer resistencia, y los revolucionarios están obligados a tomarlo por la fuerza. Puesto que en el Estado contemporáneo, los instrumentos coercitivos a disposición de las autoridades son numerosos y cada vez más perfeccionados, los revolucionarios deberán movilizar amplias secciones de población y recibir su apoyo activo, pero también intentar anular o captar los recursos coercitivos del Estado<sup>40</sup>.

---

<sup>38</sup> Carlos Flaskamp, *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002, pág. 132. Para este autor, sin embargo, la violencia de los grupos de izquierda se debe más bien a la respuesta en contra de la represión dictatorial: “Sin duda pese a todo su ultraizquierdismo, tampoco el ERP habría iniciado la lucha armada en 1970, de no haber existido una dictadura que la justificara” (pág. 142).

<sup>39</sup> González Calleja, *op. cit.*, pág. 432.

<sup>40</sup> *Ibid.*, pág. 505.

A esto habría que agregar que el discurso positivo que los intelectuales y los medios de comunicación hacen de la violencia en momentos determinados permite que los levantamientos armados contra el poder sean vistos como legítimos. En un acercamiento distinto a la historia del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) nos interesa indagar en la relación entre intelectuales y legitimación de la violencia a través del discurso político, pero también en el grado de legitimación que tuvo en la época la estrategia revolucionaria entre los intelectuales que nutrieron las filas de las organizaciones político-militares.

Asumir la violencia política como una categoría historiable y la importancia de la legitimación de la violencia a través de la producción intelectual y el discurso político nos permite especificar la relación entre pensamiento político, intelectuales y partido revolucionario. En este ejercicio, queda establecido que la violencia es un articulador de esos tres ejes. Los intelectuales, a la vez que generaron un corpus de ideas que justificaba la revolución, se incorporaron a la causa a través de la militancia. La violencia dejó de ser un discurso para convertirse en una potencial de acción. ¿Qué significó para dichos intelectuales esa inversión del ejercicio de la violencia, de ser perseguidos y violentados por inmiscuirse en la política a ser quienes adoptaron una actitud activa como revolucionarios, es decir, ejercer la violencia para lograr la transformación?

La adscripción de la presente propuesta a la historia intelectual y la historia de la violencia nos obliga a pensar en el vínculo entre pensamiento político, producción intelectual y organizaciones revolucionarias de manera compleja, desde un enriquecimiento mutuo. Esta relación está muy lejos de ser una simple aplicación de la teoría a la acción política. Asumiendo que en la lectura de un texto existe también una creación, proponemos un análisis de las fuentes utilizando diversas herramientas que nos permitirán hacer una lectura interpretativa de los documentos internos del MIR y de la producción de los intelectuales latinoamericanos.

### **Los desafíos metodológicos para el estudio de la historia del MIR desde la historia intelectual y de la violencia**

Los estudios realizados sobre el MIR han redundado en el análisis de la acción política de la organización pero no en su pensamiento. El abordaje desde una perspectiva distinta nos obliga a innovar en la interpretación de las fuentes disponibles para su revisión. Estas no son distintas a las que se han utilizado hasta ahora por los estudiosos de este movimiento: documentos internos, comunicados, prensa nacional y entrevistas, más algunas menos consultadas, como la revista *Punto Final*, órgano de debate político e intelectual surgido en 1965, donde

participaban militantes y simpatizantes del MIR, y que era considerada un medio difusor de la línea revolucionaria.

Creemos que son necesarias, además, la realización de un mapeo del ambiente intelectual de los años sesenta y una reflexión respecto de la vinculación histórica de los intelectuales con la política y el poder. Para esto es menester reconstruir el proceso de creación del ámbito intelectual latinoamericano partiendo del análisis de los espacios de confluencia – como lo fueron Cuba y la Casa de las Américas para los literatos y la CEPAL para los científicos sociales–, pero indagando también en cómo se desarrollaron los círculos intelectuales nacionales que posibilitaron dicha confluencia.

Por otro lado, a partir del análisis de documentos políticos internos y publicaciones militantes o políticas se puede construir una matriz para establecer referencias, influencias y redes. La utilización de este instrumento tiene como objetivo identificar quiénes eran los intelectuales que más escribían en las principales revistas latinoamericanas que difundían el pensamiento político en el continente. Esta revisión permite también establecer cuáles eran los intelectuales o ideas más citados y las vinculaciones que constituyeron redes entre los pensadores latinoamericanos.

En un enfoque más cualitativo, el análisis de la política, la propaganda y la formación nos permite visualizar la recepción del pensamiento latinoamericano en el MIR, es decir, de qué manera se tradujeron las ideas revolucionarias por parte de la organización. La categoría de recepción implica asumir que las ideas y la lectura de estas se hizo por sujetos influidos por el tiempo en el que vivían. Esta realidad, lejos de constituir un problema o una limitante debido a la desnaturalización de las ideas originales es, para objeto del enfoque propuesto, una premisa básica para acercarse al estudio de la relación existente entre el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el pensamiento latinoamericano.

De esta manera, la transformación o la adecuación de las ideas que hicieron los distintos actores serán vistas como un enriquecimiento del pensamiento latinoamericano y no como una distorsión, mala lectura o traición al original. Igualmente, y utilizando los argumentos de Horacio Tarcus para entender la recepción del marxismo en América Latina, entenderemos que la teoría latinoamericana de los años sesenta evitó quedarse en los círculos intelectuales cuando se hizo actividad práctica y voluntad colectiva<sup>41</sup>.

---

<sup>41</sup> Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores, obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, pág. 24.

Entendiendo, entonces, que desde la creación de las ideas hasta la conversión de estas en afirmaciones políticas por parte del MIR hay un proceso complejo y enriquecedor, distinguiremos –utilizando los criterios definidos por Tarcus– algunas etapas o momentos: la producción de una idea por parte de los intelectuales; la difusión a través de distintos medios como publicaciones, congresos o cartas; la recepción y, finalmente, el momento de la apropiación<sup>42</sup>.

En esta identificación de momentos, Tarcus define la recepción como “la difusión de ideas en un campo de producción diverso del original desde el punto de vista del sujeto receptor. Es un proceso activo por el cual determinados grupos sociales se sienten interpelados por una teoría producida en otro campo de producción, intentando adaptarla a (‘recepcionarla’ en) su propio campo”<sup>43</sup>. A juicio del autor, los estudios de recepción no pueden limitarse al señalamiento erudito y descriptivo de transferencia de ideas y autores de un espacio cultural a otro. Citando a Fornet-Betancourt, explica que estos estudios implican la reconstrucción histórica de las condiciones que preparan la posibilidad para que determinada filosofía se torne histórica en el contexto de determinadas condiciones de vida y de pensamiento<sup>44</sup>.

La construcción de mapas eidéticos, de manera de poder establecer derivaciones y complejizaciones de las teorías revolucionarias en América Latina, es otra de las formas posibles para abordar las influencias y la recepción del pensamiento latinoamericano. Las entrevistas en profundidad, por último, son una herramienta básica, entendiendo que muchas vinculaciones fueron de carácter clandestino y que hay una serie de experiencias, nexos e interpretaciones que no han quedado registradas en las fuentes escritas, lo que nos obliga a acceder a ellas a través de la consulta directa a los protagonistas de los procesos.

Los estudios sobre historia intelectual se vienen desarrollando en América Latina desde hace unas décadas y, como en otras áreas, donde se han publicado de manera más abundante es en Argentina y México. En México, la existencia de un cuerpo académico de historia intelectual dependiente del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana evidencia el respaldo institucional que se le ha otorgado a estas temáticas. Esto se ha reflejado en algunos seminarios y publicaciones desarrollados en ese país. En una de estas publicaciones, Mara Polgovsky plantea que

América Latina ha asistido al renacimiento de la historia política. La disciplina que resurge, sin embargo, ha sido despojada de toda

---

<sup>42</sup> *Ibid.*, pág. 30.

<sup>43</sup> *Loc. cit.*, pág. 31.

<sup>44</sup> *Idem*, pág. 42.

concepción esencialista de la nación, la ciudadanía o el americanismo. Transformada en sus fundamentos epistemológicos por el “giro lingüístico” y, por lo tanto, necesariamente revisionista, esta historia ha sido particularmente rica en sus reflexiones en torno a los conceptos y los lenguajes políticos. Las nociones de “historia intelectual”, “nueva historia intelectual” o “historia político-intelectual” han servido para distinguir a esta disciplina en plena renovación, que busca diferenciarse de la historia de las ideas, la historia social y la historia cultural. No obstante, su institucionalización es aún precaria, siendo muy escasas las publicaciones especializadas en el tema y las cátedras universitarias focalizadas en su estudio<sup>45</sup>.

Dentro de este limitado número de publicaciones y estudios es posible identificar algunos que han sido íconos al marcar la pauta de lo que es posible trabajar bajo este enfoque.

En Chile, los estudios sobre las ideas y los intelectuales no proliferan aún. No obstante, hay algunos autores que han realizado investigaciones que trascienden las fronteras de la realidad chilena. Eduardo Devés es quien ha trabajado de manera más extensa el pensamiento no solo chileno sino también latinoamericano. En los tres tomos de *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX* realiza un recorrido por las principales corrientes de pensamiento del subcontinente y deja de manifiesto que los pensadores latinoamericanos se han debatido entre el centralitarismo y el identitarismo. El autor ha trabajado el periplo de las ciencias sociales en América Latina, su inserción, politización y autonomización respecto del poder<sup>46</sup>. En relación con la temporalidad que nos convoca, Devés plantea la existencia de una “sensibilidad” que guiaría la producción intelectual y que permitió, por ejemplo, la superación de las ideas desarrollistas y el surgimiento de la teoría dependientista. Lo mismo ocurriría con la instalación de la teología de la liberación o la educación popular, que solo tienen sentido a la luz de esta sensibilidad sesentera.

Las redes intelectuales son otra de las temáticas que Devés ha trabajado en dos líneas distintas: el análisis de las redes intelectuales al interior de América Latina y la circulación de las ideas periféricas. De estas aproximaciones nos resultan particularmente importantes para nuestra indagación las redes que se establecen, a partir de la creación de la CEPAL, entre los intelectuales chilenos y los del resto de América Latina, y la propuesta que hace Devés de ampliar el espectro que consideramos

---

<sup>45</sup> Mara Polgovsky Ezcurra, “La historia intelectual latinoamericana en la era del ‘giro lingüístico’”, *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* [en línea], 27 de octubre, 2010. Recuperado de <http://nuevomundo.revues.org/60207>.

<sup>46</sup> Eduardo Devés Valdés, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago, Universidad de Santiago, Instituto de Estudios Avanzados, 2007, pág. 1-6.

como componente del pensamiento latinoamericano que, durante mucho tiempo, contempló únicamente la filosofía. El autor incita a trabajar otras producciones intelectuales –que para la presente propuesta podrían ser el pensamiento político, las teorías sobre la lucha armada, la educación popular, la rebelión popular, entre otras– y a integrar otras metodologías, como el análisis de redes que permite superar el limitante concepto de generación<sup>47</sup>.

Los textos referentes al análisis del pensamiento político y las concepciones revolucionarias que nutrieron el proyecto y el programa del MIR son menos abundantes. Hay, en primer lugar, algunas publicaciones que contienen recopilaciones de discursos y documentos del partido, lo que nos dice que hay un interés en la organización que va más allá de las acciones militares o la política de masa implementada y que es importante reconocer las reflexiones que nutrieron y definieron dichas políticas. En esa línea están los textos recopilatorios editados por Escaparate y LOM, respectivamente, que reúnen discursos y documentos del líder del MIR Miguel Enríquez<sup>48</sup>. Mención especial merece el texto sobre el pensamiento de Bautista Van Schouwen; en él, el autor no solo recopila textos escritos por el militante revolucionario, sino que los analiza y contextualiza, lo que nos permite un acercamiento al pensamiento político de la organización<sup>49</sup>.

La revisión de los escritos sobre el MIR nos permite afirmar que no existen estudios sobre las definiciones político-ideológicas de esta organización, sobre sus referencias e influencias y sobre el rol de los intelectuales al interior del partido. Por ello proponemos un acercamiento original a su historia en perspectiva latinoamericana desde el enfoque de la historia intelectual.

### **El intelectual revolucionario visto por la izquierda de los años sesenta: definición, rol y luchas**

El enfrentamiento entre proyectos de desarrollo para América Latina durante los años cincuenta y hasta los setenta se dio en distintas dimensiones de la realidad y convocó a diferentes actores individuales y colectivos, siendo los intelectuales uno de ellos. Lo interesante del caso es que como se trata de un periodo de ruptura histórica, estos sujetos

---

<sup>47</sup> *Ibid.*

<sup>48</sup> Pedro Naranjo, Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto (eds.), *Miguel Enríquez, el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR*, Santiago, CEME, LOM, 2004.

<sup>49</sup> Martín Hernández Vásquez, *El pensamiento revolucionario de Bautista Van Schouwen*, Concepción, Escaparate, 2004.

sociales y políticos no solo fueron convocados al debate, sino que ellos mismos fueron objeto de ese debate.

Las discusiones dadas por los intelectuales, pero también la polémica sobre ellos mismos, fueron una de las dimensiones que alcanzó la pugna por conducir el proceso de desarrollo de América Latina y Chile en la época. Recogiendo la tradición que los constituye, los intelectuales latinoamericanos se involucraron en la política contingente, se relacionaron con el Estado y adoptaron posturas en el debate y en la confrontación por el poder. Lo hicieron en sus respectivos países y en los espacios políticos y académicos que los recibieron cuando debieron partir al exilio. Nadie discute la importancia de la Revolución cubana en la politización profunda de América Latina. Sin embargo, ella no constituyó el germen de la vinculación de los intelectuales con la política, aunque sí el origen masivo de la reflexión y el cuestionamiento del carácter de esta relación.

La discusión sobre el intelectual se dio transversalmente sin distinguir entre tipos de intelectuales, pero interpeló mucho más a los hombres de letras que a los científicos sociales, sobre todo porque la relación directa de la obra con la política y los proyectos de transformación era mucho menos evidente en los literatos. Los científicos sociales nacieron como tales en relación con la política, vinculados al Estado y a los proyectos de transformación. En esta relación permanente radicalizaron sus posturas y se situaron en las distintas trincheras del debate y la acción al ritmo de la contingencia. En la medida que la radicalización misma de la realidad se los exigió, a pesar de su función social específica que los sitúa en la abstracción —o en la superestructura—, fueron actores tensionados y definidos por las pugnas concretas.

Es así como los científicos sociales en la década de 1960 estaban tensionados por una realidad apabullante a la que había que dar respuesta. Ni el modelo de desarrollo en curso, ni las teorías con las que se enfrentaron a la realidad daban cuenta de las necesidades del periodo. El desafío era superar el funcional estructuralismo al que se adscribían las ciencias sociales —sobre todo las que se desarrollaron desde la CEPAL—, pero también al marxismo rígido y mecanicista que la Unión Soviética difundía. Los intelectuales proclamaron, en ese momento, la crisis de las ciencias sociales.

Para los intelectuales revolucionarios, aquellos que militaban en las organizaciones político-militares de la época, la tensión era aún mayor. Vivían doblemente la revolución al tratar de superar los esquemas teóricos con los que se pensaba la realidad y dar respuestas políticas a una revolución que ya estaba en curso y de la cual no eran meros espectadores o analistas, sino protagonistas. Desde esa perspectiva, los intelectuales

militantes tuvieron que combinar sus roles de intelectuales y expertos, reflexionando sobre los grandes procesos pero orientándolos a la vez.

Esta doble tensión se dio de manera ejemplar en dos momentos distintos y en dos procesos nacionales: Cuba, luego del triunfo de la guerrilla y hasta los setenta, y Chile, durante el gobierno de la Unidad Popular. En ambos casos el proceso fue truncado: en el primero por la adscripción al modelo soviético debido –hay que decirlo– a la urgencia de sostener política y económicamente la revolución y, en el segundo, por el quiebre abrupto y violento del mismo que orquestó la reacción conservadora a través del golpe militar de septiembre de 1973.

En Cuba, la revolución fue impulsora de un movimiento intelectual que no solo recogía el heroísmo de la lucha, sino que congregaba a los principales cerebros de la isla para pensar el desarrollo de la revolución. A partir del triunfo del ejército castrista, la construcción de la realidad que se abría se convirtió en estímulo para los intelectuales cubanos, para quienes su presente histórico “se llenó de acontecimientos y las relaciones interpersonales y la cotidianidad se llenaron de revolución; el futuro se hizo mucho más dilatado en el tiempo pensable y fue convertido en proyecto; y el pasado fue reapropiado, descubierto o reformulado, y puesto en relación con el gran evento en curso”<sup>50</sup>.

La primera manifestación de este interés por pensar y reflexionar desde la cultura los procesos cubanos la encontramos en la fundación de la *Revista de la Casa de las Américas* a solo cuatro meses del triunfo de la revolución. Si bien esta era una revista cultural y no tenía una orientación hacia las ciencias sociales, sí convocaba, por su impronta, a los pensadores sociales<sup>51</sup>, entendidos estos como quienes reflexionaban desde sus distintas disciplinas o especificidades intelectuales y artísticas sobre la realidad latinoamericana. Apelaba especialmente a aquellos poetas, novelistas y escritores en general que superaban sus orientaciones o intereses meramente y se hacían parte del objetivo de la revista de crear

---

<sup>50</sup> Fernando Martínez Heredia, *El ejercicio de pensar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010, pág. 15.

<sup>51</sup> Martínez Heredia explica lo que entiende por *pensamiento social*, definición de la cual se desprende la de *pensadores sociales*. “El pensamiento social, como lo entiendo, está vinculado a las concepciones más generales que se tengan de la materia social, desde los modos de emprender su conocimiento y las normas, conceptos previos y fronteras que se ponen a esos procesos intelectuales, y las pertenencias ideológicas de los implicados. Esas concepciones funcionan como claves de las comprensiones generales, grandes electores de los temas, presupuestos teóricos de los trabajos e influyentes sombras en sus conclusiones. [...] Su amplitud y alcance son determinados por sus temas y los objetivos del investigador, que a partir de sus necesidades utiliza y combina los campos y los instrumentos de conocimiento social a su alcance”, *ibid.*, pág. 7.



una comunidad latinoamericana vinculada con las necesidades históricas del continente.

En su primera etapa, la Revolución cubana adscribió al socialismo pero rechazó el realismo soviético. Para los intelectuales cubanos que fueron parte o herederos de una vanguardia artística y literaria elitista, restringida y subvalorada, la revolución se les presentaba como una oportunidad no solo en términos intelectuales sino como “la posibilidad real de cambiar la vida”<sup>52</sup>. No obstante, las medidas tomadas por el nuevo gobierno, tendientes a masificar la cultura –materializada, por ejemplo, en la edición y la distribución masiva de libros– les generó una serie de interrogantes y muy pocas certezas respecto de qué y cómo escribir. Con la revolución, la literatura podía superar el círculo de elite al cual había estado siempre restringida, sin embargo, se producía un problema: en tiempos revolucionarios, las discrepancias estéticas podían ser asumidas como discrepancias políticas<sup>53</sup>.

La oposición de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba a la implementación de la Unidad Militar de Ayuda a la Producción (UMAP), el caso Padilla y la carta a Neruda a propósito de su visita a Estados Unidos daban cuenta de una intelectualidad cubana muy activa en un contexto de enfrentamiento político y simbólico a nivel mundial. La celebración del Congreso Cultural de la Habana y la fundación de la revista *Pensamiento Crítico* eran evidencias de la necesidad de diálogo de los intelectuales cubanos.

El florecimiento cultural en la isla tuvo como límite la burocratización y la censura que, desde 1971, se comenzó a aplicar sobre intelectuales y artistas que eran considerados poco revolucionarios o que no encajaban en los parámetros del socialismo definido por el Consejo Nacional de Cultura dirigido por Luis Pavón Tamayo. El Pavonato o Quinquenio Gris, como es calificado el periodo que va de 1971 a 1976, condenó a la muerte intelectual a varios escritores, pensadores sociales y artistas, matando con ello también la creación de la revolución.

Antes de 1971, uno de los aportes más significativos es el realizado por Ernesto Guevara. Su importancia radica en la originalidad de sus contribuciones y en la legitimidad que adquirió su pensamiento, lo que lo llevó a convertirse en un referente para la izquierda revolucionaria de su tiempo y para las generaciones sucesivas. Las reflexiones que realizó antes, durante y, sobre todo, después del triunfo de la guerrilla en Cuba

---

<sup>52</sup> Fonet, Ambrosio, “El Quinquenio Gris: revisitando el término”, *Revista de la Casa de las Américas*, N° 246, 2007, págs. 3-16.

<sup>53</sup> *Ibid.*

lo instalaron, según Kohan y Massardo, como un exponente latinoamericano de la filosofía de la praxis<sup>54</sup>.

Guevara no solo vivió y condujo la experiencia revolucionaria en Cuba, sino que reflexionó y teorizó en torno a ella desde una lectura marxista, generando un cuerpo de ideas e interpretaciones que fueron, a su vez, leídas por otros intelectuales y revolucionarios latinoamericanos<sup>55</sup>. Esta lectura y teorización de la realidad concreta mientras se experimenta permitió que Guevara se apropiara de las categorías marxistas desde una perspectiva humanista e historicista, contraviniendo con ello la aplicación del materialismo dialéctico como dogma.

El Che comenzó tempranamente la lectura del marxismo con los textos clásicos, pero también incorporó a su formación autodidacta ideas del pensamiento latinoamericano que le permitieron tensionar la “receta marxista” –asumida por los comunistas– con los sucesos acaecidos en el continente. En ese sentido, según Massardo, su paso por Perú y en su residencia en la Guatemala de Arbenz habrían sido de especial significancia. En el plano latinoamericano, el pensamiento de Guevara se puede situar en la línea de la creación de Mariátegui<sup>56</sup> y “si bien no existen referencias a Mariátegui en los escritos del Che, su figura, aun heterodoxa para el marxismo oficial, ha debido ser aludida en sus conversaciones con el doctor Pesce, militante comunista que conoce en Lima durante uno de sus viajes por América Latina y con el que tiene largas conversaciones y a quien llama maestro”<sup>57</sup>.

A esta formación inicial incorporó más tarde una aproximación más sistemática cuando organizó, en 1961 en la Habana, un seminario, a cargo de Anastasio Mansilla, sobre *El Capital* para los cuadros del Ministerio de la Industria. Guevara le pidió a este que replicara el seminario que había hecho para el Consejo de Ministros, en el que el Che y Fidel habían sido

---

<sup>54</sup> Néstor Kohan, “El Che Guevara y la filosofía de la praxis”, en *Ernesto Che Guevara. El sujeto y el poder*, Buenos Aires, Nuestra América, 2005. Jaime Massardo, “Antonio Gramsci, Ernesto Guevara: dos momentos de la filosofía de la praxis”, *Ecuador Debate*, N° 43, abril, 1998.

<sup>55</sup> En este apartado solo habrá una contextualización de la obra del Che y una aproximación general a la contribución que realizó al pensamiento social latinoamericano. Un análisis de su obra se realizará en el capítulo V en relación con la recepción que hace el MIR de ella.

<sup>56</sup> En 1962 se publica en la Habana un texto base en la formación de Guevara, *Humanismo burgués y humanismo proletario* de Aníbal Ponce. Ver Aníbal Ponce, *Humanismo burgués y humanismo proletario: de Erasmo a Romain Rolland*, Buenos Aires, Madrid, Miño y Dávila, 2001 [1938].

<sup>57</sup> Massardo, *op. cit.*, pág. 3.

alumnos<sup>58</sup>. A partir de esta formación, Guevara lee a Preobrazhenski, economista crítico de la NEP (la Nueva Política Económica, impulsada por Lenin a partir de 1921), a Mandel y polemiza con Bettelheim respecto de la teoría del valor<sup>59</sup>. Guevara criticó la concepción determinista de las fuerzas productivas para entender los procesos de revolución social. Aplicando la reflexión marxista sobre las necesidades urgentes de Cuba, planteó una visión historicista de la teoría del valor y defendió la planificación en contra de la mantención de elementos del mercado en la economía cubana en transición.

El Che se opuso a varios de los determinismos planteados por la lectura del marxismo en la época. Uno de los más significativos fue la visión de la revolución por etapas. Guevara no concebía tener que esperar a la maduración de las condiciones objetivas y dudaba de la condición nacionalista y democratizadora de la burguesía latinoamericana. “La revolución cubana, cuya máxima expresión teórica se encuentra en los escritos del Che, constituyó precisamente una rebelión contra esos ‘dogmas’, contra esas ‘leyes de la dialéctica’ y contra esa interpretación del ‘materialismo histórico’”<sup>60</sup>. Por eso planteaba que en América Latina la revolución debía ser socialista, porque esta contenía a las otras revoluciones pendientes en la región.

La revolución latinoamericanista y la lucha armada fueron dos reflexiones del argentino que se enfrentaron a las políticas de coexistencia pacífica y socialismo en un solo país propiciadas desde la Unión Soviética. En estos ámbitos, los aportes fueron las reflexiones respecto de la estrategia y el concepto de liberación sobre el que también reflexionaron otros intelectuales latinoamericanos del periodo. En opinión de Eduardo Devés, no existe en Guevara ni en Castro una elaboración muy sofisticada del concepto de liberación, pero se desprende de sus textos que la guerra es entendida como la estrategia para la liberación de Latinoamérica y los latinoamericanos ante un opresor externo, y también para la creación de una realidad nueva donde las generaciones futuras nacerían libres. Es decir, la guerra revolucionaria liberaría a los latinoamericanos no solo del imperialismo sino también de su enajenación<sup>61</sup>.

En el plano de las subjetividades y la cultura, para Guevara estas no eran meros reflejos de la estructura o de la producción material, sino que, al igual que Gramsci y los teóricos del marxismo occidental, les otorgó

---

<sup>58</sup> Néstor Kohan, “Che Guevara, lector de El Capital. Diálogo con Orlando Borrego, compañero y colaborador del Che en el Ministerio de Industrias”, *Rebelión* [en línea], 2 de julio de 2003. Recuperado de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=51>.

<sup>59</sup> *Idem*.

<sup>60</sup> Kohan, “El Che Guevara y la filosofía...”, *op. cit.*, pág. 9.

<sup>61</sup> Devés Valdés, *Redes intelectuales...*, *op. cit.*

una importancia radical y las convirtió, de hecho, en la esencia de su filosofía sobre el hombre nuevo. En su intento de elaborar una concepción sobre el hombre revolucionario, Guevara reflexionó sobre “una nueva cultura, nuevos valores, una nueva hegemonía y, en definitiva, una nueva subjetividad histórica”<sup>62</sup>.

Ligadas a la reflexión filosófica del Che están las categorías de *conciencia* y *voluntad* que convierten a los hombres en actores protagonistas y constructores de la realidad. Los hombres son los que hacen la historia y en esa construcción se hacen conscientes de la realidad. Esta, a su vez, estimula la voluntad para generar la revolución. De esta manera, los hombres no eran meros portadores de la historia sino sujetos<sup>63</sup>. A juicio de Kohan, el pensamiento de Ernesto Guevara se insertó en una doble tradición: “por un lado la latinoamericanista y humanista de Roca, Mariátegui y Ponce, por el otro la vertiente historicista y humanista del marxismo occidental europeo”<sup>64</sup>.

La otra referencia obligada en Cuba, cuando hablamos de los intelectuales revolucionarios, es Fernando Martínez Heredia<sup>65</sup>. Doctor en derecho, director del Departamento de Filosofía de la Universidad de la Habana, fue hasta 1971 fundador y director de la revista *Pensamiento Crítico*, nacida en 1966 para “responder a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria”<sup>66</sup>. Martínez Heredia fue parte de los intelectuales que veían a la revolución como un proceso de creación y no como una maqueta aplicable a las diversas realidades mundiales. Desde esa perspectiva, el sovetismo impuesto en la década de 1970 en Cuba entró en contradicción con su pensar y actuar y lo convirtió en una de las víctimas del proceso de burocratización de la Isla vivido a partir de esos años.

Martínez Heredia y *Pensamiento Crítico* se convirtieron en referentes para quienes, desde el resto de América Latina, pensaban en un socialismo

---

<sup>62</sup> Kohan, “El Che Guevara y la filosofía...”, *op. cit.*, pág. 15.

<sup>63</sup> *Ibid.*

<sup>64</sup> *Idem*, pág. 6.

<sup>65</sup> Martínez Heredia dice de sí mismo: “Comencé a trabajar en esas disciplinas cuando era muy joven, y las he venido cultivando con dedicación hasta hoy, aunque casi siempre las he compartido con otras prácticas de la Revolución. Hice todo lo que pude en ellas y por ellas durante la primera etapa del proceso, y las circunstancias me llevaron a asumir responsabilidades. Al terminar aquella etapa, al inicio de los años setenta, mantuve mis ideas y mis convicciones, y me atuve a las consecuencias. Desde la segunda mitad de los años ochenta he vuelto a tener actividad intelectual pública”. En Martínez Heredia, *op. cit.*, p.5

<sup>66</sup> Filosofía en Español, “Pensamiento Crítico, La Habana, 1967-1971”, Proyecto Filosofía en Español [en línea], Fundación Gustavo Bueno, sin fecha. Recuperado de <http://www.filosofia.org/rev/pfer12a.htm>.

con identidad latinoamericana e intentaban contribuir a su desarrollo desde sus respectivas militancias o desde las diversas publicaciones ligadas a las ciencias sociales que se propagaron por toda la región. Décadas más tarde, y reflexionando en retrospectiva, el filósofo cubano se refiere a cuáles eran las motivaciones de su trabajo como cientista social. Al recibir el Premio Nacional de Ciencias Sociales en 2006 sostuvo:

No fue por versatilidad que me metí de cabeza en tan amplio espectro de las ciencias sociales, como ha constatado mi jurado. Fue por necesidad, y por la gran ambición del proyecto en el que he militado desde entonces hasta hoy. “Sería un error pensar que porque nos hicimos marxistas sucedió todo, cuando la verdad es que nos hicimos marxistas por todo lo que sucedió”, escribí hace años y eso es muy cierto. La Revolución cubana de los años sesenta estaba cambiando a fondo las vidas, las relaciones sociales y las instituciones, y no quería detenerse ante nada.

No podíamos conformarnos con modernizar las profesiones de ciencias sociales, había que revolucionar esas ciencias a la vez que se aprendían sus técnicas y sus fundamentos, utilizarlas para investigar y plantear mejor nuestros problemas –durante aquella época se desató en Cuba una verdadera fiebre de investigaciones sociales–, y contribuir así a que los juicios y las decisiones de las instituciones y los dirigentes fueran más fundados y mejor<sup>67</sup>.

El intelectual recuerda los esfuerzos realizados por el grupo del Departamento de Filosofía de la Universidad de la Habana por generar pensamiento crítico (con minúscula) y estar a la altura de las exigencias de la revolución. Justamente, en tensión con este último cometido, Martínez Heredia deslizó una crítica al dogmatismo y el disciplinamiento ciego señalando que *Pensamiento Crítico* (con mayúscula)

... combatió con ideas, con la elección de sus temas y con la presentación de hechos, problemas e interrogantes que las estructuras de dominación suelen ocultar o deformar, sin temor a la crítica de las ideas y del propio movimiento al que entregábamos nuestras vidas [...] pensó por ser militante, no a pesar de serlo, y fue una de las escuelas de ese ejercicio indeclinable<sup>68</sup>.

La revista combinaba algunos escritos sobre estrategia revolucionaria, los discursos o textos de Fidel Castro, algunas crónicas revolucionarias sobre América Latina y el Tercer Mundo en general y las reflexiones sobre la construcción del socialismo. Eso implicaba que era

---

<sup>67</sup> Martínez Heredia, *op. cit.*, págs. 74-75.

<sup>68</sup> *Idem*, pág. 76.

un espacio para la difusión de las discusiones teóricas de la época, pero también un medio de difusión y propaganda de la revolución y un llamado al internacionalismo y la revolución mundial.

Respecto del abordaje teórico, *Pensamiento Crítico* expuso y discutió con las distintas líneas del marxismo que se iban desarrollando en el mundo. Reprodujo los textos de Althusser y, en general, los del marxismo occidental, aunque muchas de sus discusiones y teorías eran reflexiones que no estaban relacionadas con la urgencia de la construcción revolucionaria, es decir, no todo lo que se publicaba en la revista era de “uso inmediato”<sup>69</sup>. En su artículo “*Pensamiento Crítico* y el debate por las ciencias sociales en la Revolución cubana”, Néstor Kohan plantea que

... del marxismo occidental europeo y norteamericano, los principales autores publicados en *Pensamiento Crítico* fueron Karl Korsch, György Lukács, Perry Anderson, J.-P. Sartre, André Gunder Frank, James Petras, Eric Hobsbawm, Henri Lefebvre, Martin Nicolaus, Louis Althusser, Ernest Mandel, Nicos Poulantzas, Lucien Sebag, Theodor W. Adorno, Cesare Luporini, Paul Sweezy, Harry Magdoff, Michael Löwy, Herbert Marcuse, Roland Barthes, Lucio Magri, Hamza Alavi, Lucio Colletti, Maurice Godelier, André Gorz, entre otros<sup>70</sup>.

La impronta de la revista era el debate y su objetivo la creación de unas nuevas ciencias sociales para el periodo histórico que se abría. Martínez Heredia y el equipo completo que participaba de esta iniciativa concebían la teoría social como esencialmente política. Por eso señalaban que “la batalla cultural no constituye simplemente un adorno superestructural para ganar compañeros de ruta”<sup>71</sup> y que el debate cultural era uno de los ámbitos en que se daba la lucha entre revolución y reformismo. Atendiendo a estos aspectos, la construcción revolucionaria encontraba en el marxismo un marco teórico, pero desde un marxismo vinculado con la historia, la práctica política y la voluntad de los revolucionarios<sup>72</sup>.

Kohan nos ilustra respecto de los objetivos y el énfasis de la revista, señalando que su apuesta fuerte era defender la legitimidad de un cambio cultural permanente de los seres humanos, sus relaciones y sus instituciones antes, durante y después de la toma del poder por los revolucionarios. Una revolución y una transformación cultural

---

<sup>69</sup> Néstor Kohan, “*Pensamiento Crítico* y el debate por las ciencias sociales en la Revolución cubana”, en Levy Bettina *et al.*, *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.

<sup>70</sup> *Ibid.*, pág. 428.

<sup>71</sup> *Idem.*, pág. 427.

<sup>72</sup> *Loc. cit.*

permanente que el Che había sintetizado con su apelación a la “creación de un hombre nuevo”<sup>73</sup>. En 1971, la revista publicó su último número y el equipo del Departamento de Filosofía de la Universidad de la Habana se dispersó. Las urgencias materiales se impusieron y dejaron trunco ese proceso de creación iniciado una década antes.

En una nota sobre Fernando Martínez Heredia, *Punto Final* definió a la revista que dirigió como “una publicación teórica basada esencialmente en las ciencias sociales, más que nada de problemas políticos y filosóficos, en cuyo espectro puede entrar desde la antropología estructural hasta el militarismo en África. [...] Una revista del más alto nivel, pero en un plano nuevo: el de pensamiento revolucionario cubano”<sup>74</sup>.

*Pensamiento Crítico* estuvo en concordancia con otras publicaciones de la época que abordaron de forma simultánea el debate teórico, la reflexión intelectual y la construcción política. En Chile, en esa línea, aunque con matices y énfasis diferentes entre ellas, podemos encontrar a *Sociedad y Desarrollo*, del Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO); *Cuadernos de la Realidad Nacional*, la revista del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), y *Punto Final*. Si bien las dos primeras son revistas editadas desde instancias académicas —al igual que *Pensamiento Crítico*—, la discusión teórica y académica en ellas adquirió un alto contenido político luego del triunfo de Salvador Allende.

Para el caso chileno, hay que señalar que la reflexión sobre la violencia y las tareas del intelectual revolucionario —entendido como aquel que militó en las organizaciones que se denominaron revolucionarias— se hizo con y en torno a la Unidad Popular. Aunque el desarrollo intelectual había alcanzado un alto nivel una década antes, la discusión se volcó hacia el poder y la revolución de manera extensiva en esos años. Los intelectuales socialistas y mapus (militantes del Movimiento de Acción Popular Unitaria, MAPU) que se adscribieron a la revolución lo hacían desde dentro de la coalición gobernante, mientras que los miristas, que no pertenecían al gobierno, lo desarrollaron en diálogo constante con los sujetos intelectuales que lo estaba sosteniendo.

A diferencia de lo que ocurría en Cuba, en Chile la discusión sobre el socialismo se daba en un contexto de pugna por el poder y por la conducción del proceso socialista, por lo que si bien el horizonte era el mismo, las bases de la construcción eran radicalmente distintas. Cuba iniciaba esta polémica habiendo copado el Estado y desde ahí construía poder, mientras que en Chile, pese al triunfo de la Unidad Popular —y

---

<sup>73</sup> *Idem*.

<sup>74</sup> Julio Huasi. *Pensamiento crítico* *Punto Final*, N° 35, segunda quincena, agosto de 1967, pág. 13.

como el mismo Salvador Allende lo decía—, la izquierda tenía el gobierno pero no el poder. Los intelectuales revolucionarios en Chile, por lo tanto, no siguieron el patrón de la discusión elaborada en Cuba, sino el esquema que desarrollaban los intelectuales de izquierda en los sistemas democráticos.

¿Cuál era ese patrón? Refiriéndose a los intelectuales durante la Guerra Fría en el contexto de regímenes democráticos, Picó y Pecourt sostienen que estos pueden expresarse y participar del debate con ideas críticas, incluso al sistema, sin sufrir censura. Para los autores, “la presencia de los intelectuales supone establecer una distinción entre el discurso público de la clase política y el discurso específico de la propia inteligencia. Ambos colectivos hablan de política y se refieren a temas de interés general; pero lo hacen guiados por motivaciones muy distintas, por eso sus mensajes suelen ser diferentes”<sup>75</sup>.

Los intelectuales revolucionarios latinoamericanos radicados en Chile se presentaron distantes y críticos durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva y cercanos, pero igualmente críticos, durante el gobierno de Allende. En este periodo mantuvieron la libertad para discutir y difundir teorías críticas sin ser afectados por la censura. No obstante, hay una diferencia en relación con las características descritas más arriba del intelectual en el contexto de la Guerra Fría en las sociedades democráticas: a los intelectuales revolucionarios sí les interesaba el poder y, en ese sentido, las motivaciones que los guiaban no distaban de las motivaciones de la política porque ellos eran intelectuales y políticos a la vez.

¿Existen, en este contexto, entonces, funciones específicas para el intelectual? A diferencia de la máxima “la revolución no se piensa sino que se hace”, el proceso chileno otorgó a los intelectuales militantes funciones específicas, aunque no separadas del proceso completo de la revolución. Además, pensó los espacios de desarrollo de los intelectuales como específicos y evitó el llamado a la proletarianización respetando las particularidades y la importancia de las universidades y los centros de estudios.

Las transformaciones sociales y las tensiones políticas que se desarrollaron en la década de 1960 en América Latina exigieron un intelectual comprometido con dichos procesos. Las tareas de estos adquirieron una importancia radical, ya que las reflexiones y los debates impactaron directamente sobre las políticas de Estado. Si bien el grupo de expertos ligados a la CEPAL puede ser considerado una *intelligentsia* latinoamericana, la definición bajo esos marcos de los intelectuales

---

<sup>75</sup> Josep Picó y Juan Pecourt, *Los intelectuales nunca mueren. Una aproximación sociobistórica (1900-2000)*, Barcelona, RBA, 2013, pág. 162.



durante la Unidad Popular es más compleja, ya que los intelectuales de izquierda entre 1970 y 1973 no fueron meros reproductores o articuladores de un proyecto socialista, sino pensadores de un proyecto inédito: la construcción del socialismo bajo un régimen democrático. Así, se convirtieron en intelectuales revolucionarios no por adscribir al gobierno de Salvador Allende, sino por pensar otro horizonte posible.

Si bien desde la segunda mitad de los años sesenta y hasta 1973 la producción intelectual con sede en Santiago de Chile fue la más fructífera de toda la historia del continente<sup>76</sup>, pesó sobre sus exponentes el estigma de la parcialidad o la observación militante, considerada como un pecado original y del cual se redimieron al volverse tecnócratas de las nuevas democracias:

Hay que mencionar que a partir de aproximadamente 1980 los tiempos no han resultado propicios para los intelectuales convencionales de izquierda, quienes aparte de pronósticos errados, fomentaron asimismo una atmósfera proclive al dogmatismo y a las falsas ilusiones. Basta aquí recordar que los intelectuales de la izquierda radical chilena, que tenían una propensión apocalíptica, coadyuvaron probablemente al fracaso del gobierno de Salvador Allende en Chile (1970-1973) y, por consiguiente, a la instauración de una dictadura militar<sup>77</sup>.

El juicio que se levanta sobre los intelectuales de izquierda es el mismo que se hace sobre los militantes y las organizaciones populares. Utilizando la lógica instalada por la teoría de los dos demonios se termina justificando el golpe como una reacción inevitable a la polarización del país. Sin negar la adscripción de los intelectuales de la época a los partidos políticos, resulta totalmente artificioso señalar que esa adscripción limitaba su tarea intelectual. Lejos de eso, estos intelectuales fueron capaces de elaborar teorías bajo las tensiones y urgencias del momento. La teoría de la dependencia, la teología de la liberación o los planteamientos sobre educación popular son expresiones del máximo genio continental que se constituyó en la década aludida<sup>78</sup>.

El proceso de institucionalización de las ciencias sociales en la década de 1960 en Chile<sup>79</sup> y las críticas al capitalismo y a los modelos de

---

<sup>76</sup> Devés Valdés, *Redes intelectuales...*, *op. cit.*

<sup>77</sup> Hofmeister y Mansilla, *op. cit.*, pág. 19.

<sup>78</sup> Devés Valdés, *op. cit.*

<sup>79</sup> Manuel Antonio Garretón, “Las ciencias sociales en Chile. Institucionalización, ruptura y renacimiento”, publicado en inglés como “Social sciences and society in Chile: institutionalization, breakdown and rebirth in Chile”, *Social Sciences in Latin America*, Vol. 44, N° 2-3, edición especial, junio-septiembre de 2005, recuperado de [http://www.manuelantoniojarretton.cl/documentos/07\\_08\\_06/sociales.pdf](http://www.manuelantoniojarretton.cl/documentos/07_08_06/sociales.pdf).

desarrollo latinoamericano construyeron un intelectual que, manteniendo las características de la figura clásica, la del caso Dreyfus, se convirtió también en un experto y, a veces, en un técnico. Era un pensador y a la vez un profesional. A partir del señalamiento de Albuquerque de que el intelectual es

... aquel individuo perteneciente al ámbito de la ciencia, del arte, del pensamiento o de la cultura que se dedica a pensar, comprender y explicar la sociedad en que vive, debiendo transmitir el resultado de su reflexión a un público determinado [...] [es un] sujeto portador de un poder específico, que lo dota de un estatus que lo habilita para dialogar con otros entes también en posesión de poderes determinados<sup>80</sup>,

nos preguntamos cuál es la particularidad de los intelectuales vinculados al proyecto de la Unidad Popular. ¿Cuál era el rol que el gobierno de Salvador Allende le asignó a los intelectuales y cuál es la visión que ellos mismos tenían de su aporte a la construcción del socialismo? ¿Y cuál era la característica y el rol de aquellos intelectuales revolucionarios que no tenían vínculos con el proyecto de la Unidad Popular?

El primer número de la revista del CEREN, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, consignó las intenciones de los intelectuales que trabajaban en dicho centro. El texto de Jacques Chonchol<sup>81</sup> definió el carácter y los objetivos del CEREN señalando que el centro estaba formado por un grupo de intelectuales que conformaban un equipo interdisciplinario que debía cumplir con la misión de “pensar en términos de futuro la sociedad chilena”<sup>82</sup>.

Si bien en la definición más clásica de intelectual hablamos de un sujeto que interpela a la sociedad, la confluencia del carácter profesional y crítico en los científicos sociales de los años sesenta permite definirlos desde una perspectiva revolucionaria. Los intelectuales latinoamericanos pasaron de ser funcionarios del Estado bajo el paradigma desarrollista a pensar en la transformación revolucionaria. De ser “los empleados del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la

---

<sup>80</sup> Albuquerque, *op. cit.*, pág. 9.

<sup>81</sup> Jacques Chonchol, agrónomo de profesión, militante hasta 1969 de la Democracia Cristiana (DC) y colaborador del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970), participó en la implementación de la Reforma Agraria. Formó parte de un grupo de jóvenes militantes de la DC que, luego de renunciar al partido, fundaron en 1969 el MAPU, partido que formará parte de la Unidad Popular. Durante el gobierno de Allende, Chonchol va a ocupar el cargo de ministro de Agricultura.

<sup>82</sup> Jacques Chonchol, “Qué es el CEREN”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N°1, septiembre, Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile.

hegemonía social y del gobierno político”<sup>83</sup> debieron asumir la función de imaginar la ruptura y pensar cómo superar la institucionalidad burguesa para transitar hacia el socialismo<sup>84</sup>.

Para profundizar en esta reflexión nos podemos servir de los trabajos de Michael Löwy. En uno de sus estudios, el sociólogo analizó el caso de Lukács y, tratando de dar respuesta a la razón de la adhesión de los intelectuales a la lucha proletaria, se preguntó: “¿por qué una parte significativa de los intelectuales se vuelve radicalmente opuesta al capitalismo y termina por adherirse al movimiento obrero y a la *Weltanschauung* marxista?”<sup>85</sup>. Para el autor, sin duda, no son las determinantes socioeconómicas las que hacen que este grupo específico, perteneciente a la burguesía, adopte el ideal popular. Utilizando las propias reflexiones de Lukács, Löwy señala que

... los intelectuales por su alejamiento de la producción material y sobre todo por la naturaleza misma de su categoría social (definida por su papel ideológico) son el grupo de la sociedad para el cual las ideologías y los valores tienen la mayor importancia y el peso más decisivo. En consecuencia, nadie, más que los intelectuales, ha “tomado en serio” los principios, valores e ideales del humanismo burgués, del Renacimiento a la filosofía de las Luces y al idealismo clásico alemán. Ahora bien, como lo muestra Lukács, la burguesía se ha visto obligada, una vez en el poder, a actuar en contradicción con su propia ideología, a negar, degradar y abandonar en la práctica los valores que no había dejado de proclamar como suyos<sup>86</sup>.

Pese a que, en general, el proceso chileno reconoció el lugar específico de los intelectuales en la revolución chilena, esto no eliminó las tensiones entre pensadores y política. Siguiendo los argumentos de Löwy y Lukács, los intelectuales reivindicaban su independencia y una serie de valores ligados a la concepción burguesa, como el cientificismo y la objetividad, mientras que los partidos se veían como constructores de la realidad y relativizaban el aporte de los intelectuales en ese aspecto. Así, pese a la adscripción de los intelectuales al proyecto socialista, había diferencias respecto a cómo ellos se veían dentro del proceso y cómo lo hacían desde la adscripción a un proyecto de clase. El análisis en retrospectiva que hace Theotonio dos Santos nos ilustra un poco dicha situación:

---

<sup>83</sup> Gramsci, *op. cit.*, pág. 16.

<sup>84</sup> Nos separamos de la definición del concepto de campo intelectual pues no creemos que los intelectuales aludidos actúen bajo intereses propios, sino que lo hacen desde la adscripción a un proyecto de clase.

<sup>85</sup> Michael Löwy, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács 1909-1929*, México, Siglo XXI, 1978, pág. 7.

<sup>86</sup> *Ibid.*, pág. 9.

Ruy [Mauro Marini] es el que quedó ligado a la dirección del MIR, yo en el Partido Socialista no estaba en la dirección, pero tenía relación muy fuerte con la dirección. Yo era militante del partido, pero considerado como tal hasta cierto punto, porque había muchos [que] llegaban y me decían el compañero intelectual. Creo que era más una restricción, es decir, era militante, pero era intelectual, así que hay que verlo de manera especial<sup>87</sup>.

La lectura dogmática del marxismo hecha por militantes de diversas tendencias en América Latina entrega una visión despectiva de los intelectuales. Fueron calificados como aquellos que “piensan la realidad cuando de lo que se trata es de transformarla”. Por ejemplo, en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) argentino, en su publicación *Estrella Roja*, cuando se rendía homenaje a algún intelectual caído en combate lo que se rescataba de él era su origen humilde o el proceso de proletarización que había vivido y no su condición de intelectual. Para la guerrilla argentina el intelectual no tenía un valor en sí mismo.

Esta visión la reforzaba Régis Debray en un documento publicado por la revista *Punto Final*. En él escribía: “¿Qué privilegio, qué derecho tendrá de por sí el trabajador intelectual sobre el trabajador manual para apartarse de la lucha de todos los trabajadores contra la explotación? ¿Para el intelectual la eternidad celeste y para el militante comunista el sudor estéril y la fragilidad terrenal?”<sup>88</sup>. Estas preguntas eran respondidas por Debray poniendo de ejemplo la experiencia de la Revolución cubana, donde “en la formación del Hombre Nuevo nadie está por encima de nadie. El obrero además de trabajar tiene en Cuba el privilegio de estudiar: el intelectual, además de estudiar tiene el privilegio de ir al trabajo productivo”<sup>89</sup>.

Distinto es el caso del proceso chileno. El MIR desarrolló —en la práctica más que en la definición teórica— una política hacia los intelectuales. Desde 1969 hasta 1973, el MIR contó con un grupo de intelectuales colaboradores, algunos de ellos militantes, otros no. Estos intelectuales recogieron en sus análisis y debates la tensión política del periodo, la que se hizo cada vez más aguda y más necesaria de discutir durante los años de la Unidad Popular. Podemos reconocer a los que participaron en su fundación, como el caso del historiador Luis Vitale, y los que más tarde fueron parte de su dirección, como Ruy Mauro Marini. Estaban también los que sin ser militantes colaboraron en la elaboración

---

<sup>87</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

<sup>88</sup> Régis Debray, “El intelectual militante”, *Punto Final*, N° 13, primera quincena, octubre de 1966, pág. 21.

<sup>89</sup> *Idem*.

de un pensamiento propio y una lectura de la realidad. Pese a las afirmaciones de algunos autores que plantean que los intelectuales participaron en generar la radicalización y el enfrentamiento político en los setenta, podemos afirmar que estos no crearon la contradicción. Esta se desarrolló en el seno mismo del proceso político, ellos solo trataron de imaginar la salida.

Sobre esta tensa relación entre realidad política e intelectuales, Theotonio dos Santos dice, aludiendo la experiencia chilena:

El combate intelectual era muy importante porque los chilenos no son espontaneístas como el resto de Latinoamérica, que tiene un grado de espontaneidad que tiene que haber. Siempre tuvieron una búsqueda de cálculo político y en eso eran muy buenos en general todos [los intelectuales]. Si hago esto voy a conseguir esto, por lo tanto yo tengo que cuidar de esto. Entonces no se adoptaba una actitud así por tomar. No, todo era calculado, lo que permitía incluso cierto grado de discusión razonable, lo que era importante en un proceso nuevo de la dimensión del chileno; tenía que haber ese diálogo<sup>90</sup>.

A diferencia de la experiencia argentina, donde los intelectuales en el periodo 1930-1976 salían de la institucionalidad estatal cuando esta los perseguía y se refugiaban en espacios alternativos y de poca influencia sobre el Estado y las masas<sup>91</sup>, el intelectual en Chile tuvo centralidad en la política y actuó desde una institucionalidad reconocida por los actores políticos. Las instancias institucionales, universidades estatales, centros de estudios y organismos de carácter continental le dieron una tribuna fundamental para influir en la construcción de las transformaciones. Desde ella los intelectuales colaboraron con el gobierno de la Unidad Popular o lo tensionaron adscribiendo al salto revolucionario. En esos debates, la violencia y la construcción del poder popular fueron parte de las temáticas discutidas. Muchos de los que abogaban por una radicalización de los procesos no eran sujetos marginales, aventureros o extremistas, era la elite político-intelectual latinoamericana residente en Chile.

### **El intelectual revolucionario en los años sesenta latinoamericanos**

Bien arreglados habríamos estado si para hacer una revolución socialistas, nos hubiésemos tenido que dedicar a catequizar a todo el mundo con el socialismo y

---

<sup>90</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

<sup>91</sup> Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

el marxismo para después hacer la revolución. No hay mejor maestro de las masas que la misma revolución, no hay mejor motor de las revoluciones que la lucha. El propio proceso revolucionario va creando la conciencia revolucionaria. Creer que la conciencia tiene que venir primero y la lucha después es un error. ¡La lucha tiene que venir primero e inevitablemente después de la lucha vendrá con ímpetu creciente la conciencia revolucionaria! Con esa frase de las condiciones subjetivas algunos esperan por las calendias griegas a que venga la revolución.

Es posible abordar la discusión sobre el intelectual revolucionario desde distintos tópicos, como el de intelectual revolucionario, el compromiso de la obra, los intelectuales y la militancia, entre otros. Aquí nos haremos cargo de algunos.

Durante los años sesenta las discusiones respecto de qué y quién era revolucionario alcanzaron una gran difusión. Pero, a la par, se dieron otros debates más particulares como, por ejemplo, qué significaba ser un intelectual revolucionario. Los cuestionamientos adquirían importancia debido al prestigio que la revolución y lo revolucionario tenían en esos años. Tanto era así, que distintos actores sociales desde diferentes ámbitos de acción se sentían y se decían parte de un proceso de cambio profundo en el cual había que ser revolucionario.

La autoconciencia revolucionaria era una condición que debían cumplir la mayoría de los intelectuales que se sentían parte del movimiento latinoamericanista, antiimperialista, antioligárquico y popular. Este movimiento tenía fronteras poco definidas en lo cultural, lo que ocasionó que los límites de lo revolucionario estuvieran fuera del ámbito de la cultura y se definieran desde la política y, más específicamente, desde el compromiso con la lucha concreta. Desde ahí, desde el compromiso del intelectual con la acción revolucionaria, se comenzó a definir cuáles eran las cualidades de un intelectual revolucionario.

La retórica revolucionaria estaba tan presente en los años sesenta que se convertía, para algunos jóvenes y para la izquierda, en algo casi de sentido común. Para muchos era un proceso que estaba andando y en el cual solo había que posicionarse; cada quien tenía su lugar y su función, los obreros, los estudiantes, las mujeres y, por supuesto, los intelectuales. La Revolución cubana y el marxismo orientaban el accionar de los sujetos al interior de los procesos de transformación que se desarrollaban en Latinoamérica y había una meta, una estrategia triunfante y un modo específico para hacer la revolución en el continente. ¿Cuál era entonces el rol que les correspondía a los intelectuales dentro de esta estrategia?

Las organizaciones políticas, los líderes de la época y los propios intelectuales se preguntaban sobre la función del intelectual en este periodo, sobre todo porque, pese a que pudiera parecer que su rol ya estaba definido y que el modelo a seguir era la adscripción sin crítica al sovetismo, en América Latina el quehacer del intelectual revolucionario estaba en debate, igual como lo estaba la construcción misma de la revolución.

Los intelectuales, en su propio campo, vivieron la revolución y generaron, a su vez, una autoconciencia revolucionaria. No obstante, hubo también, desde el espacio concreto de la revolución, una exigencia hacia ellos. El compromiso con la Revolución cubana y la creación de la revolución en sus países fueron dos “tareas” que les fueron asignadas desde el mundo político. En Chile, fue la revista *Punto Final* la que recogió en sus páginas los debates y las exigencias hacia el mundo intelectual de aquellos que se sintieron haciendo la revolución.

Las definiciones y las exigencias venidas desde la Cuba revolucionaria, ya sea desde el mundo propiamente intelectual —que por estar dentro del proceso revolucionario se consideraba revolucionario— o desde los líderes políticos como Fidel o el Che, poseían la legitimación y la sacralización de quien hablaba con la verdad absoluta. Cuba era la báscula con la que se pesaba la revolución.

Roberto Fernández Retamar, en entrevista para *Punto Final* y desde ese sitio mítico, definía al intelectual y su función como múltiple y variada, “como variadas son las actividades que merecen el nombre de intelectual”, señalando que, eso sí, el intelectual tiene la obligación “de adquirir conciencia real de su mundo, atravesando la nebulosa con que lo rodean ideologías (en lo colectivo) y racionalizaciones (en lo individual). No merece ser llamado intelectual quien se deja apresar por unas y otras [...]. Por eso un Verdadero intelectual es un desmistificador, un descubridor”<sup>92</sup>.

Estas definición y exigencia, obviamente, tenían incorporadas la pauta de la verdad, el descubrimiento y la desmitificación. Para Fernández Retamar, en ese momento

... la tarea de un intelectual latinoamericano es descubrir y transmitir nuestra verdadera condición de países marginales, laterales, subdesarrollados<sup>93</sup>.

Si en cualquier circunstancia el intelectual está vinculado con las aspiraciones profundas de la comunidad en que vive, y que se expresan directa o indirectamente en su obra, entendemos que ese

---

<sup>92</sup> “El compromiso del intelectual”, *Punto Final*, N° 15, segunda quincena, noviembre de 1966, pág. 20.

<sup>93</sup> *Ibid.*

vínculo es todavía mayor en países subdesarrollados como los nuestros<sup>94</sup>.

De las palabras del poeta se desprende que los intelectuales eran concebidos de la manera en que la tradición francesa veía a sus intelectuales, no como sujetos alejados del pueblo o como expertos, sino como individuos que tenían un vínculo profundo con él. Tampoco hacían la lectura marxista clásica del intelectual como aliado de la burguesía y reproductor del sistema de dominación, sino como un sujeto consciente de las injusticias sociales, cercano al pueblo y sus necesidades. En América Latina esas necesidades eran aún más evidentes.

Al igual también que la tradición francesa, Fernández Retamar identificaba al intelectual con el compromiso político, los valores universales y la sociedad civil<sup>95</sup>, tal vez porque la imagen que primaba en Cuba sobre el intelectual era la de José Martí. Ya sea por dicha sensibilidad y disposición intrínseca de los intelectuales latinoamericanos, porque era la sensibilidad de la época o por cálculo de interés, la mayoría de ellos se alineó con los sentidos de la izquierda latinoamericanista, antiimperialista y socialista. Con o sin militancia, los intelectuales más relevantes, con mayor calidad y mayor difusión, estuvieron “del lado de la Revolución cubana”.

Claudia Gilman plantea que entre los años 1959 y 1967 se conformó en América Latina el campo intelectual que “traspasa los límites de la nacionalidad y encuentra en la Revolución cubana un horizonte de apertura y pertenencia”<sup>96</sup>. Zygmunt Bauman, utilizando el concepto de “toque de reunión”<sup>97</sup>, señala que, una vez constituido el campo, los intelectuales actuaron dentro de él, obteniendo los réditos de la comunidad. La construcción de la identidad sesentista actuó no solo para mirarse en esa época, sino para mirarse en retrospectiva también, construyendo un mito sobre el intelectual latinoamericano, representándolo como si siempre hubiese sido de izquierda, revolucionario, latinoamericanista y antiimperialista.

Bajo esta visión del intelectual, *Punto Final* publicó en 1967, con el título “Llamamiento a los intelectuales chilenos”, la declaración elaborada por el Consejo de Colaboración de la *Revista de la Casa de las Américas*, donde se señalaba que

---

<sup>94</sup> “Llamamiento a los intelectuales chilenos”. *Punto Final*, N° 24, primera quincena, marzo de 1967, pág. 34.

<sup>95</sup> Picó y Pecourt, *op. cit.*

<sup>96</sup> Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

<sup>97</sup> Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.



[m]ás que nunca es el momento de decir hasta qué punto estamos convencidos de que la más irrestricta libertad creadora es atributo capital de la revolución a que aspiramos y que por eso no rechazamos ninguna técnica, ningún procedimiento, ninguna forma de aproximación a las diversas zonas de la realidad. Creemos que el más alto rigor y la más extrema calidad de la labor intelectual y artística son siempre revolucionarios, porque constituye el alimento del futuro y dan a la causa del hombre su exigente hermosura. [...] postulamos la necesidad, igualmente imperiosa, de que el escritor asuma su responsabilidad social y participe con su obra, o con lo que las circunstancias puedan señalarle, en la lucha por la liberación de los pueblos latinoamericanos<sup>98</sup>.

La responsabilidad revolucionaria que sentían los intelectuales del período generaba una frontera muy estrecha entre ser propagandistas del régimen y ser intelectuales revolucionarios, lo que propiciaba una tensión permanente ya que, si bien los intelectuales nunca plantearon la independencia de la obra como una condición, tampoco aspiraban a ser meros altavoces o escaparates culturales del programa socialista. Los intelectuales latinoamericanos que adscribieron a la Nueva Izquierda se sentían creadores de la revolución, tanto como lo eran los agentes políticos o económicos, y rechazaban, por tanto, la adscripción al “realismo socialista”, el cual era entendido como “una fórmula para inventar escritores y artistas sin talento”<sup>99</sup>.

Refiriéndose a esta tensión, Nicolás Guillén declaraba, para *Punto Final*, que

... la poesía social o política debe ser ante todo poesía. Lo demás viene por añadidura. El sentido literario de la obra ha de desprenderse de la obra misma, sin que se vea la filiación política del autor. [...] Estoy contra el cartel, el editorial rimado, el populismo sin pueblo y el poco más o menos, que siempre es menos que más. Exijo el cuidado implacable de la forma, el respeto al lector y desde luego el respeto que el autor debe guardarse a sí mismo<sup>100</sup>.

En el mismo sentido, Julio Huasi aclamaba la actitud crítica de Gramsci frente al realismo socialista y la sofisticación con la que este pensador marxista veía la cultura y la tarea del intelectual para elevar intelectualmente a las masas y crear los intelectuales populares que la revolución necesitaba. Para Huasi, la tarea de los intelectuales

---

<sup>98</sup> Consejo de Colaboración de la Revista Casa de las Américas, “Llamamiento a los intelectuales chilenos”, *Punto Final*, N° 24, primera quincena, marzo de 1967, pág. 35.

<sup>99</sup> Entrevista a Nicolás Guillén, *Punto Final*, N° 35, segunda quincena, agosto de 1967, pág. 30.

<sup>100</sup> *Idem*.

revolucionarios –como Gramsci la entendía– era, sobre todo, significativa para hacer frente a la importancia y los recursos que tenía la propaganda imperialista y contrarrevolucionaria<sup>101</sup>.

Bajo una perspectiva similar, el poeta Juvencio Valle, frente a la pregunta sobre qué puede hacer de su poesía y con su poesía un poeta latinoamericano que sienta la necesidad impostergable de una revolución liberadora en nuestro continente, respondía:

Un poeta latinoamericano, convencido de la pureza de su causa, debe morir cantando por ella. Pero para que ese canto sea un arma eficiente, debe ser un buen canto. Si no es así, resulta hasta contraproducente. En ese caso, para apostar algo a la causa impostergable no le queda más que su acción de cada día y volverse de verdad un guerrillero<sup>102</sup>.

Si Gilman plantea la conformación del campo de los intelectuales, refiriéndose a los literatos, hacia 1959, para los científicos sociales podemos afirmar que fue más temprana. Ese “toque de reunión” que Bauman entiende como la constitución deliberada, compleja y voluntariosa de una corporación o frente intelectual, se materializó, para el caso de los científicos sociales, al inicio de la década de 1950. La CEPAL fue el paraguas institucional y el desarrollo el objetivo a alcanzar. Los científicos sociales se definieron desde el cientificismo, la técnica, la creación y el aporte al desarrollo latinoamericano, no obstante, al igual que otros ámbitos de la realidad latinoamericana, esa visión entró en crisis en los años sesenta.

Los científicos sociales analizaron la crisis social a la vez que cuestionaron la pertinencia de los instrumentos con que realizaban el análisis. La crisis también afectó a las ciencias sociales. Se empezó a discutir que el nacimiento de una nueva época requería de una transformación también en sus disciplinas. Los expertos hablaban de una crisis de las ciencias sociales debido a que estas no daban cuenta de las necesidades del periodo. Se buscaba que, en lugar de la realización de estudios cuantitativos y científicistas, las indagaciones, las reflexiones y la interpretación hecha por los científicos sociales orientaran el salto cualitativo que América Latina debía dar. La crítica se instalaba sobre el paradigma funcional estructuralista y sobre el cientificismo de los primeros años de institucionalización de las ciencias sociales.

---

<sup>101</sup> Julio Huasi, “Gramsci y los oportunistas”, *Punto Final*, N° 43, primera quincena, diciembre de 1967.

<sup>102</sup> Lavín Cerda, Hernán. “Rechazo de la coexistencia ideológica. Entrevista a Juvencio Valle”, *Punto Final*, N° 51, 26 de marzo de 1968.

En Brasil, la discusión crítica en torno al funcional estructuralismo se había dado en la Universidad de Brasilia, bajo el liderazgo de André Gunder Frank, quien había estudiado en la Universidad de Chicago, centro neuronal del reposicionamiento del liberalismo. El grupo de brasileños —que más tarde llegaría a Chile— tomó contacto con instituciones e intelectuales que permitieron la elaboración de una postura rupturista respecto del paradigma interpretativo de la época y, desde ahí, emprendieron también la crítica a la función del intelectual. Las discusiones con Florestan Fernandes, Simon Schwartzman y otros pulieron la crítica y el levantamiento de un nuevo paradigma. Finalmente, los contactos con la CEPAL y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) permitieron darle difusión en círculos de influencia entre los científicos sociales.

Dos Santos recuerda: “teníamos una postura bien crítica sobre lo que estaba pasando en FLACSO. Nosotros hacíamos la crítica al funcional estructuralismo americano y ellos estaban estudiando eso como el gran avance y después sirvieron a esas fórmulas que se desarrollaron en las décadas del ochenta, noventa”<sup>103</sup>. La dictadura brasileña dejó trunca la reflexión y la trasladó a Chile, donde las condiciones de desarrollo de las ciencias sociales eran equivalentes y el proceso político seguía un curso auspicioso.

En Chile, el grupo de brasileños llegó al Centro de Estudios Sociales (CESO), creado recientemente por Eduardo Hamuy<sup>104</sup>. Este último materializaba en ese espacio el enfoque cientificista de los años cincuenta, que implicaba valorar al intelectual como un experto, un técnico al servicio del desarrollo y la modernización. Desde una postura crítica, Dos Santos señala que Hamuy “jugó un papel importante para desarrollar una línea de investigación principalmente electoral, pero no solo electoral, sino todo tipo de encuestas. Cuando llegué, en el 66, inmediatamente fui a trabajar con él por una orientación de Florestan Fernandes y también por Andrés Ricardo, que estaba dirigiendo el ILPES”<sup>105</sup>.

Las nuevas perspectivas de las ciencias sociales hicieron variar a las escuelas y los centros de investigación. La incorporación de intelectuales innovadores reorientaron los temas, los métodos y, por supuesto, las interpretaciones:

---

<sup>103</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, julio de 2013.

<sup>104</sup> Theotonio dos Santos plantea, respecto del CESO, que “Eduardo Hamuy era quien lo había creado. Eduardo era un hombre democratacristiano, pero con una visión progresista, era muy amigo de Camilo Torres, colombiano, sociólogo, cura, guerrillero”. Entrevista a Dos Santos, julio de 2013.

<sup>105</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, julio de 2013.

En el CESO se fue atrayendo más gente y de cierta forma el proyecto de Hamuy fue perdiendo fuerza y el CESO fue orientándose en la dirección de un pensamiento más económico, político y sociológico también, pero macro, no microsocioal como el que él tenía. Adopta una orientación distinta y se convierte en un centro muy importante [y más tarde] con mucha influencia en la Unidad Popular<sup>106</sup>.

La nueva orientación dada a los centros habla también de una nueva visión del intelectual y sus competencias. Las lecturas de *El Capital*, el impulso revolucionario venido desde Cuba y la adscripción militante de la mayoría de los intelectuales generaron una nueva interpretación de la realidad social, materializada en nuevas teorías, como la teoría de la dependencia o la teología de la liberación, pero también en una resignificación de su propia función: de técnicos y colaboradores del Estado ya existente y consolidado pasaron a ser quienes imaginarían el nuevo Estado que era necesario construir, el Estado revolucionario.

### **La universidad como espacio intelectual y espacio revolucionario**

Las universidades fueron, durante el siglo XX, un espacio no solo de creación intelectual, sino también de organización y rebeldía. En los años sesenta funcionaron, además, como un espacio de confluencia de dos actores importantes dentro de los procesos de transformación: los jóvenes y los intelectuales. Dadas estas características, no era extraño que la profunda politización existente en la época tuviera un nicho preferencial de desarrollo en las universidades latinoamericanas.

La expansión de la matrícula, la incorporación del marxismo como paradigma interpretativo y la sensibilidad sesentista impactaron en las universidades provocando el desarrollo de una mirada clasista de la realidad social. Las cátedras marxistas se expandieron, las organizaciones políticas se multiplicaron y concitaron la adhesión masiva de estudiantes y académicos en distintos lugares de América Latina. Ello influyó para que entre 1967 y 1968, bajo distintas coyunturas políticas, se llevaran a cabo una serie de movilizaciones estudiantiles de protestas o de reforma con disímiles resultados.

En el caso brasileño, 1968 marcó un giro represivo de la dictadura instaurada en 1964: se produjo un golpe dentro del golpe y se generó una ola de persecuciones, encarcelamientos y expulsiones de intelectuales y académicos de las principales universidades del país vinculados al movimiento de resistencia a la dictadura<sup>107</sup>. Por su parte, en México, la protesta estudiantil va a ser parte de una ola de movilización social que

---

<sup>106</sup> *Ibid.*

<sup>107</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, julio de 2013.

terminará en la matanza de Tlatelolco. En Argentina, el impacto de la politización universitaria de izquierda revolucionaria comenzó a darse a fines de los años sesenta con la creación de la organización de los Montoneros, absolutamente ligada a los jóvenes universitarios e intelectuales. Esta politización llegó a configurar, entre 1973 y 1976, un fenómeno conocido como la Universidad Montonera por el fuerte impacto identitario que este grupo ejercía en los jóvenes.

Estudiantes y académicos de esta realidad multiclasista e izquierdizada que era la universidad latinoamericana tenían como referentes continentales al Che Guevara, Fidel Castro y Camilo Torres. El colombiano se convirtió, en ese periodo, en un ejemplo que simbolizaba lo que debían hacer los intelectuales: abandonar la vida académica para dedicarse a las tareas concretas de la revolución. Camilo Torres fue un mártir revolucionario de la época.

El discurso del sociólogo colombiano mezclaba el análisis de la realidad continental desde su experticia académica con los llamamientos a la revolución. Su identidad política de izquierda se combinaba, a su vez, con la identidad religiosa y moral derivada de su condición de sacerdote. Así, Torres identificó a los estudiantes universitarios como “sujetos privilegiados en nuestros subdesarrollados países que son sostenidos a costos muy altos”<sup>108</sup>. Según él, dicho privilegio se manifestaba en dos formas: “el poder ascender en la escala social mediante el ascenso en los grados académicos y el de poder ser inconformes y manifestar su rebeldía sin que esto impida el ascenso, estas ventajas han hecho que los estudiantes sean un elemento decisivo en la revolución latinoamericana”<sup>109</sup>. Con estos contenidos, el discurso de Camilo Torres interpelaba a los jóvenes universitarios y los convocaba a la revolución.

En Chile, el movimiento universitario fue receptor y, en algunos casos, cuna de la creación de organizaciones partidarias de carácter revolucionario. La crisis de época que se vivía se debatió desde la universidad y ella misma, según los discursos revolucionarios, tomó la dimensión de un espacio que había que reformar. De esta manera, la agitación de los años sesenta dio origen, en Chile, a la reforma universitaria.

Desde 1967 las universidades comenzaron a vivir un clima de agitación exacerbado al salir a la luz una serie de problemáticas internas y exigencias de contexto. Los debates sobre y las críticas a la universidad abarcaban todos los aspectos de la vida universitaria, desde la estructura interna, los fines institucionales, la calidad y las características de los

---

<sup>108</sup> Camilo Torres, “De Camilo Torres a los estudiantes”, *Punto Final*, N° 17, primera quincena, diciembre de 1966, pág. 24.

<sup>109</sup> *Ibid.*

docentes hasta su democratización. En abril de 1967, por ejemplo, la revista *Punto Final*, en su sección “Informe Especial”, ahondaba en las diferencias de sueldo y condiciones de trabajo de los docentes según la facultad en la que trabajaran. El reportaje afirmaba que artes, filosofía y educación eran espacios de segundo orden y sus académicos no tenían ni la retribución monetaria que los ingenieros recibían, ni la influencia y el poder del cual estos gozaban<sup>110</sup>. Los artículos al respecto se repitieron indagando cada uno en problemas distintos de la universidad, espacio privilegiado de formación y desarrollo de la intelectualidad y la revolución.

Los despidos de profesores por razones políticas fueron denunciados por estudiantes y se convirtieron en motivo de agitación con perspectivas estratégicas más profundas. El movimiento, absolutamente politizado, estaba conducido en Concepción por el Movimiento Universitario de Izquierda (MUI), formado por independientes de izquierda, socialistas, militantes del Grupo de Avanzada Marxista (GRAMA), militantes del MIR y militantes de la Vanguardia Revolucionaria Marxista<sup>111</sup>. Este conglomerado que, según *Punto Final*, enarboló las demandas de los universitarios de Córdoba de principios de siglo, entró en disputa con los estudiantes que militaban en la Democracia Cristiana, defensores del principio de autoridad. Las disputas en la universidad daban cuenta también de las disputas y las contradicciones sociales de la época. La lucha por la transformación estaba en curso, conducida desde el gobierno por Frei Montalva y tensionada desde la radicalidad por los grupos de izquierda.

La reforma en las universidades católicas del país abarcó la totalidad de los aspectos y fue impulsada por sectores vinculados al pensamiento jesuita y a un humanismo que exigía a la Iglesia cambios al mismo nivel que el resto de los actores le exigía a las instituciones del Estado. La izquierda leía el movimiento reformista en curso en estas universidades como un choque entre “la vieja y la nueva mentalidad que pugnan dentro de la Iglesia católica”. El conflicto se presentaba como una crisis de autoridad, pero sus líderes, imbuidos en el cambio de época, planteaban no solo el cambio administrativo, sino la construcción de una universidad “realmente creadora, formadora de hombres verdaderamente cultos, auténticamente comunitaria, propiamente católica e íntimamente ligada al desarrollo del país”. Esa universidad debía ser conducida “por hombres representativos, universitarios y que tengan conciencia de la urgencia de cambio”<sup>112</sup>.

---

<sup>110</sup> ¿Feudalismo en la universidad? *Punto Final*, N°27, segunda quincena, abril de 1967.

<sup>111</sup> *Ibid.*

<sup>112</sup> *Idem.*

El conflicto en la Universidad Católica tomó un cariz tan profundo que llegó incluso a cuestionar la existencia misma de una entidad universitaria dirigida por la Iglesia. *Punto Final* hizo eco de una disputa<sup>113</sup> que hasta el momento se había dado a través de los órganos intelectuales de la Iglesia, las revistas *Mensaje y Teología y Vida*. En ellas se apreciaban dos posturas: la del sacerdote Hernán Larraín, jesuita y director de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica de Santiago, que planteaba que las universidades católicas debían ser “centros donde se elabora y se vive un pensamiento y una doctrina cristiana que irradie efectivamente a los alumnos una verdadera cultura católica” y la del sacerdote Joseph Comblain, profesor de teología, que afirmaba que las universidades católicas se habían creado en respuesta a un laicismo rabioso que ya no existía, por lo que la existencia misma de las universidades dirigidas por la Iglesia ya no tenía sentido. Comblain apostaba por “despontificar” a las universidades otorgándoles autonomía administrativa y ajustando las instituciones a los cambios vividos en la propia Iglesia, la cual debería solamente mantener el control de las facultades de teología.

La discusión era amplia. Los temas relativos a la reforma universitaria se mezclaban con las transformaciones necesarias para el país y el proceso revolucionario latinoamericano. En ese contexto, las elecciones de las federaciones universitarias eran de interés político nacional y estaban vinculadas totalmente con la línea de los partidos existentes en el periodo. Desde 1968 en adelante, primero en la Universidad Católica, luego en la Universidad de Chile y posteriormente en la Universidad Técnica del Estado, se comenzaron a implementar reformas que significaban democratizar y modernizar las instituciones de educación superior de la mano de medidas concretas, como la participación triestamental en las decisiones universitarias, la implementación de cátedras paralelas, etcétera<sup>114</sup>.

Esa misma sensibilidad sesentista y la vinculación estrecha de los estudiantes universitarios y los académicos con las organizaciones políticas generaban que la universidad fuera un espacio de revolución en el que el MAPU crecía, el MIR se afianzaba y la Unidad Popular encontró un respaldo simbólico importante.

---

<sup>113</sup> Augusto Carmona. “La Universidad católica en la Picota”. *Punto Final*, N° 33, Julio de 1967

<sup>114</sup> Joaquín Fernández, Álvaro Góngora y Patricia Arancibia, *Ricardo Núñez: trayectoria de un socialista de nuestros tiempos*, Santiago, Finis Terrae, 2013.

## Los intelectuales y la Guerra Fría

El marco general en el que se desarrolló la discusión sobre el proyecto revolucionario en América Latina y en Chile fue el de la Guerra Fría. Este amplio escenario mundial evidenció de manera muy patente que las decisiones tomadas en relación con las estrategias de desarrollo en cada uno de los países de la región no eran solo un asunto interno, sino que formaban parte de los enfrentamientos a nivel mundial. Bajo esta perspectiva, la aspiración de transformación de la izquierda latinoamericana y chilena en los años sesenta entraba en contradicción con los intereses del imperialismo norteamericano.

Este enfrentamiento se dio en los planos político, económico y cultural. En todos esos ámbitos, América Latina era vista como un subcontinente dominado que buscaba su liberación. Los intelectuales de izquierda ocuparon roles importantes en todas las aristas de esta confrontación. Ya sea como funcionarios del Estado, expertos o agentes culturales, tuvieron un rol dentro de la manifestación interna y externa de la Guerra Fría.

En el ámbito cultural, dotaron de “espesor teórico” el discurso tercermundista gracias a la elaboración intelectual de economistas, sociólogos y políticos<sup>115</sup>. En el plano más estético, el enfrentamiento adoptaba la forma de una guerra por el control de los símbolos y los sentidos. Literatos, artistas y científicos sociales buscaban construir una representación revolucionaria del mundo y que esa representación se hiciera hegemónica, razón por la cual aspiraban a la adscripción de amplios sectores sociales a la simbología que cada uno proponía. En marzo de 1967, la revista *Punto Final* hizo la advertencia sobre

... la ofensiva norteamericana en el campo cultural destinada a neutralizar, dividir o ganar para su causa a nuestros intelectuales. Tal ofensiva se hace patente en hechos como los planes CAMELOT, SIMPÁTICO, NUMISMÁTICO; el financiamiento por la CIA de investigaciones sociológicas; la contratación por el Departamento de Defensa de estudios académicos través de fundaciones y universidades; la adquisición de editoriales y revistas; las actividades del ILARI, dependencias del Congreso por la libertad y la cultura; la acción de los cuorpes de paz...<sup>116</sup>

Cada bando, representado en América por Cuba y Estados Unidos respectivamente, desplegaba todos sus recursos para lograr la adhesión de

---

<sup>115</sup> Alburquerque, *op. cit.*

<sup>116</sup> “Llamamiento a los intelectuales chilenos”, *Punto Final*, N° 24, primera quincena, marzo de 1967.



personalidades prestigiosas. En ambos casos, la libertad era enarbolada como un valor que defendían y que los separaba del oponente. El discurso de izquierda denunciaba la manipulación y señalaba que “no se puede dialogar con quienes tratan de usar a los escritores en favor de inaceptables intereses, neutralizando su libertad y su plena solidaridad con la lucha de los pueblos del continente”<sup>117</sup>.

La sensibilidad de la época generó un triunfo de la cultura de izquierda, que era respondido desde los sectores anticomunistas tratando de levantar espacios de difusión cultural que se autodefinían como pluralistas y democráticos, aunque en muchos de los casos el financiamiento de esas iniciativas delataba su plena adscripción al proyecto liberal capitalista o imperialista. Es el caso de la revista cultural *Mundo Nuevo*, creada con el fin de contrarrestar la influencia de la gran cantidad de medios culturales de izquierda existentes en el periodo.

*Mundo Nuevo* era dirigida por el uruguayo Emir Rodríguez Monegal y se le imputaba ser una revista financiada con dineros de la CIA. Era acusada, también, de atraer a los intelectuales y presionarlos con incentivos difíciles de rechazar<sup>118</sup>. En dicho medio no solo publicaban autores de derecha o abiertamente pro norteamericanos, sino también importantes representantes de la cultura de izquierda, como Neruda o García Márquez. Sin embargo, es necesario, para evaluar el carácter de la revista, entender que la pluralidad no era considerada como un valor en el periodo. En esta época se exigía, más bien, definiciones y compromisos por parte de los intelectuales; la pluralidad era un argumento de los sectores anticomunistas para contrarrestar el triunfo de la cultura de izquierda.

Uno de los episodios más tensos y evidentes de esta Guerra Fría intelectual se vivió a propósito de la celebración del Congreso por la Libertad de la Cultura, que se llevó a cabo en París en 1967. Los intelectuales de izquierda denunciaron el financiamiento por parte de la CIA de dicho congreso, frente a lo cual los participantes levantaron una declaración señalando que:

La Asamblea no puede felicitarse de los resultados de la acción del Congreso desde su fundación en 1950. Ella expresa su convicción de que esos resultados no han sido jamás influenciados de ninguna manera por los socios capitalistas –cualesquiera que ellos sean– y proclaman su confianza en la independencia y la integridad de todos los intelectuales que han participado en el trabajo del Congreso. Condena

---

<sup>117</sup> *Ibid.*, pág. 35.

<sup>118</sup> Carlos Ossa, “Literatura y subdesarrollo”, *Punto Final*, N° 26, primera quincena, abril de 1967. Respecto de *Mundo Nuevo* ver Albuquerque, *op. cit.*; Sigal, *op. cit.*; Gilman, *op. cit.*

de la manera más enérgica la forma en que han sido engañados por la CIA y el mal que ella ha hecho a su causa. La asamblea cumple con declarar que tal acción es por naturaleza corruptora de las fuentes mismas de la libertad intelectual. La asamblea repudia formalmente el empleo de tales métodos en el mundo del pensamiento<sup>119</sup>.

La declaración no tuvo réplica entre los asistentes en Chile a dicho evento y *Punto Final* señaló que “José María Navasal, Jaime Castillo y otros intelectuales e ideólogos vinculados en nuestro país al Congreso por la Libertad de la Cultura, no han señalado si admitirán a su vez la acción de la CIA en el Congreso o la rechazarán. La sucursal chilena no ha dicho esta boca es mía, y seguramente se abstendrá”<sup>120</sup>.

Ambos bloques planteaban la independencia para la creación intelectual, aunque para la izquierda esa independencia era respecto del pensamiento hegemónico capitalista. Esto implicaba la discusión sobre la hegemonía cultural en el periodo, ya que si bien hay un predominio en el ámbito intelectual del pensamiento marxista, los mismos intelectuales reconocían estar imbuidos en la hegemonía capitalista, al igual que el pueblo al que estudiaban, interpretaban y le hablaban.

La discusión es importante porque ese fue un momento de crisis donde las concepciones hegemónicas sufrieron fracturas. Esto permitió la emergencia de otras visiones que pugnarón por convertirse en predominantes, pero que no lo consiguieron necesariamente. En Chile, el golpe militar truncó la disputa al mantener la hegemonía del capitalismo, reactualizándolo y suprimiendo incluso el predominio del pensamiento marxista en los espacios intelectuales, los que rápidamente comenzaron su renovación<sup>121</sup>.

Los intelectuales marxistas de los largos años sesenta fueron una vanguardia con sus propias contradicciones. Por una parte, eran críticos del socialismo soviético que impregnaba de “realismo socialista” la obra de los intelectuales y los artistas, pero, por la otra, y sobre todo durante el gobierno de la Unidad Popular, se vieron obligados a resolver y pensar la realidad desde las exigencias inmediatas, lo que redundó en mecanicismos y soluciones desde arriba. La revolución no podía esperar a las reflexiones revolucionarias.

---

<sup>119</sup> Round, “La CIA y los intelectuales”, *Punto Final*, N° 32, primera quincena, julio de 1967, pág. 23.

<sup>120</sup> *Idem*.

<sup>121</sup> Respecto de la renovación del pensamiento, hay desde rápidas inserciones en los circuitos intelectuales, miradas nostálgicas a un pasado heroico y utópico hasta una negación de todo lo hecho como un absurdo. Fernando Mires es un insigne representante de esta última posición.

Lo que no era aceptable en la época era la neutralidad o la coexistencia de visiones de mundo o ideologías. Sobre este concepto también hubo una discusión de época: ¿la visión de mundo construida desde los revolucionarios es ideología o solo lo es la visión de mundo desarrollada por la clase dominante? Althusser reflexionó sobre la ideología desde una connotación negativa de la misma, planteando que la realidad creada por la clase dominante y asumida por los sectores dominados era planteada como verdad. La liberación, por lo tanto, debía implicar la superación de ese prisma ideológico para llegar a ver la realidad tal cual es.

La confrontación política de la época adquirió mucha importancia en el plano de las ideas. No solo existía una efervescencia social materializada en reivindicaciones estructurales, sino que también, en la superestructura se debatía una interpretación de la realidad que implicaba paradigmas opuestos para la construcción futura. En dicha disputa no cabía la neutralidad de los intelectuales, porque ellos concebían el enfrentamiento ideológico como parte central en la pelea por el poder, una confrontación que debía preceder a las otras grandes luchas.

Nicolás Guillén, en su paso por Chile, declaró no aceptar la coexistencia pacífica de los intelectuales. La cuestionaba diciendo “como si fuera posible aislar lo político y lo económico de lo cultural, es decir, la creación literaria y artística sin contar con el medio que la condiciona”<sup>122</sup>. En el mismo sentido, el poeta Juvencio Valle, Premio Nacional de Literatura y presidente del Instituto Chileno Cubano de Cultura, señalaba que

... con el imperialismo no cabe ninguna coexistencia ideológica; eso sería un contrasentido. Pero —debemos distinguir— con el imperialismo no, pero con los escritores y con el pueblo que dentro de estos vastos conglomerados luchan peligrosamente por nuestros mismos principios, sí. Ellos son tan explotados como nosotros y están en la misma trinchera<sup>123</sup>.

Como parte de este enfrentamiento en el plano de la cultura, en 1968 se realizó el Primer Congreso Cultural de La Habana, al que asistieron 450 intelectuales representativos de 70 países y más de 120 periodistas del mundo entero<sup>124</sup>. El objetivo era agrupar a los intelectuales de izquierda bajo el ideal revolucionario representado por Cuba, establecer una coordinación y comunicación entre los “trabajadores de la cultura” y

---

<sup>122</sup> Entrevista a Nicolás Guillén, *op. cit.*

<sup>123</sup> Lavín Cerda, Hernán. “Rechazo de la coexistencia ideológica. Entrevista a Juvencio Valle, *Punto Final*, año II, N° 51, martes 26 de marzo de 1968.

<sup>124</sup> Moreno, Inés, “Frente cultural antimperialista. Entrevista a Orlando Rodríguez”, *Punto Final*, N° 50, 12 de marzo de 1968.

lograr entre ellos una adscripción a la liberación del hombre y una posición clara y enfática en contra de la colonización cultural de los Estados Unidos<sup>125</sup>.

En términos concretos, lo que se esperaba de los intelectuales era que rechazaran cualquier invitación o incentivo académico que generara un vínculo de dependencia con la posición ideológica norteamericana. Juvencio Valle declaraba, a la vuelta del Congreso, que

... después de haber sido testigo en el Congreso Cultural del repudio unánime a los planes de penetración del imperialismo, siempre simulando cooperación y desinterés político, no creo que sus viejos métodos sigan surtiendo los efectos de siempre. El imperialismo, carente en absoluto de razones, tiene un solo y poderoso aliado: su oro. Y es sabido, cada vez que desea hacer triunfar una de sus malas causas, hace sonar con gran estrépito su bolsa<sup>126</sup>.

En momentos de definiciones se exigía que los intelectuales estuvieran a la cabeza del proceso, como lo señaló Julio Cortázar, las palabras estaban de más, era hora de la acción. Esta afirmación de Cortázar era especialmente atingente al impulso que en Chile se quería dar al Frente Chileno Cultural Antiimperialista, liderado por Roberto Matta. El Frente era esa acción concreta que permitía superar lo rentable y esnob que era en la época ser intelectual de izquierda. La organización cultural estaba compuesta entre otros por los escritores Joaquín Gutiérrez, Francisco Coloane, Manuel Miranda, Claudio Durán y Orlando Rodríguez. La primera acción realizada fue la adhesión al llamamiento de la Habana y el envío de un documento a Naciones Unidas para pedir que no fueran lanzadas bombas atómicas en Vietnam.

Las identidades intelectuales en épocas de definiciones se construyen en contraposición a otras. Es por eso que presentar posturas críticas dentro de la propia trinchera podía ser asumido como traición. Así, el discurso de Fidel Castro en 1961 a los intelectuales que planteaba “dentro de la revolución todo, contra la revolución nada” podía significar la anulación de la discusión y la creación de una adscripción sin crítica a las directrices estéticas del socialismo. Este problema lo tuvieron mucho más los literatos, debido al rol propagandístico que asumió su obra, y mucho menos los científicos sociales, que no debatían demasiado con otras visiones debido a que –por lo menos en Chile– los centros de estudios se dividieron de acuerdo con la definición ideológica, sin diálogo entre ellos.

La crítica a la ideología imperialista, en el caso específico de los científicos sociales, se expresó en el levantamiento de interpretaciones

---

<sup>125</sup> *Ibid.*

<sup>126</sup> Entrevista a Juvencio Valle, *op. cit.*

alternativas al funcional estructuralismo difundido desde Estados Unidos y también en el desarrollo de la crítica desde la ciencia –y no solo desde los sentidos– a las políticas norteamericanas. Una de las políticas criticadas “con bases científicas” fue la de los programas de intercambio de estudiantes. *Punto Final* difundía los resultados de una investigación respecto de los efectos en los jóvenes chilenos y en su identidad que provocaba la experiencia de vivir entre los norteamericanos. El estudio se había hecho con jóvenes que participaron en el programa de intercambio de estudiantes secundarios chilenos consistente en becas para que los jóvenes viajaran a Estados Unidos. Ahí eran recibidos por familias norteamericanas, las que los insertaban en escuelas locales y en la vida cotidiana del país. Los científicos sociales planteaban que el objetivo del programa era la propaganda del estilo de vida norteamericano y la influencia en la mentalidad de los latinos.

Las respuestas a las entrevistas hechas por el estudio demostraban la admiración de los jóvenes por el sistema norteamericano luego de su regreso, así como la crítica al proceso de politización experimentado por la sociedad chilena. El estudio advertía que más de cinco mil estudiantes secundarios habían viajado a Estados Unidos los últimos diez años y que en el periodo 1965-1967 más de 2.500 chilenos estaban becados en dicho país. Esta última cifra correspondía principalmente a becarios universitarios que se encontraban haciendo posgrado<sup>127</sup>.

La vinculación de las ciencias sociales con el proyecto capitalista y la intervención que el imperialismo realizaba en ese campo en los países latinoamericanos era materia de continuo debate. En Argentina, por ejemplo, se expresaba una profunda crítica al financiamiento de los centros de estudio e incluso al otorgamiento de becas por parte de fundaciones como la Rockefeller o la Ford<sup>128</sup>, sobre todo por la vinculación directa que podía existir entre las investigaciones financiadas y las políticas diseñadas a partir de sus conclusiones. Si la intervención del imperialismo en la cultura literaria generaba efecto en los símbolos, la intervención en las ciencias sociales implicaba una intervención en los destinos nacionales que atentaba contra la soberanía.

Una de las intervenciones más discutidas fue el llamado proyecto CAMELOT, complejo plan de investigaciones sociales a desarrollar en América Latina con el objetivo de indagar en los factores que hacían posibles las guerras internas. El proyecto era leído como un plan “contrainsurgente” que financiaba investigadores locales para evitar la revolución. CAMELOT fue diseñado e implementado desde Estados Unidos

---

<sup>127</sup><sup>127</sup>127 Eliana Ruiz: Becas a USA ¿intercambio de qué? *Punto Final*, año IV, N° 88, martes, 30 de septiembre de 1969.

<sup>128</sup> Sigal, *op. cit.*

por SORO (siglas en inglés de la Oficina de Investigaciones de Operaciones Especiales, ligada al Departamento de Defensa Norteamericano).

El proyecto no se realizó debido a que quien estaba a cargo cometió una serie de imprudencias delatando los reales objetivos de la investigación. La comunidad académica y el Congreso reaccionaron indignados, levantando este últimos una nota de protesta en contra de la acción interventora del Departamento de Defensa norteamericano y exigiendo al gobierno un reclamo frente a la Organización de Estados Americanos (OEA) y la Organización de las Naciones Unidas (ONU)<sup>129</sup>. En ese mismo año, desde Colombia se expresaba una protesta en los mismos términos frente a un estudio llamado “Operación Simpático”, que tenía como objetivo evaluar la ayuda militar y civil que Estados Unidos entregaba a este país.

En paralelo a la denuncia del imperialismo norteamericano, los intelectuales se apresuraban en establecer lecturas de la realidad que evidenciaron que no eran componentes acrílicos de uno de los bandos de la Guerra Fría. Carlos Altamirano escribió que América Latina necesitaba su propia ideología revolucionaria y, aunque se situaba en el bloque de los países socialista, advertía respecto de la particularidad de su creación no solo por las necesidades específicas, sino también porque el movimiento socialista generaba esa disgregación:

El mundo capitalista basado en Estados nacionales se internacionaliza; en cambio, el campo socialista, basado en internacionalismo proletario se nacionaliza. [...] los países regidos por el sistema capitalista reconocen la superioridad aplastante, económica, científica y militar norteamericana y se someten a su superior tuición. [...] por el contrario, la URSS ha provocado el surgimiento de renovadas tendencias nacionalistas dentro de la esfera de dominio socialista. Y así, hoy, junto a la URSS, se alza como grandes centros de irradiación políticos e ideológicos<sup>130</sup>.

La reflexión de Altamirano apunta a que mientras el mundo capitalista se une en la diversidad, el socialista se divide en la unidad<sup>131</sup>.

Bajo esta realidad, Latinoamérica tenía la posibilidad y la obligación de construir una teoría y una estrategia propia de desarrollo y de liberación. El socialismo no era igual para todos y los intelectuales cumplirían un rol fundamental en la construcción del nuevo paradigma.

---

<sup>129</sup> Francis Manno y Richard Berdnacik, “El proyecto Cámelot”, *Foro Internacional*, Vol. IX, N° 2 (34) Octubre-diciembre de 1968.

<sup>130</sup> Carlos Altamirano, “América Latina necesita su propia teoría revolucionaria”, *Punto Final*, N° 70, martes 17 de diciembre, 1968, pág. 2.

<sup>131</sup> *Ibid.*

La revolución se instaló como una aspiración y la vinculación de los intelectuales con la política adquirió otros rumbos, especialmente en lo que se refiere a los científicos sociales, quienes subvirtieron su rol de técnicos al servicio del desarrollo para convertirse en pensadores al servicio de la revolución.

### **Revolucionarios, militantes y comprometidos: los vínculos intelectuales con la revolución**

Siguiendo los argumentos de Gramsci, el intelectual era aquel que podía construir las bases subjetivas y simbólicas de la sociedad, que otorgaban sentido, creaba adscripción y, por lo tanto, generaba hegemonía. Los intelectuales profesionales eran parte de este sujeto, aunque no todos cabían dentro de la categoría de intelectual gramsciano. Al indagar sobre este tipo de pensador, haremos, de preferencia, una distinción entre aquel sujeto que cumple una función específica de intelectual al interior de la sociedad y lo aislaremos de lo que Gramsci llama la gente sencilla para poder identificar y categorizar a “los intelectuales profesionales de izquierda” dentro del grupo que podríamos definir como intelectuales orgánicos.

Estos intelectuales de izquierda son, en su mayoría, militantes, pero para efecto de esta investigación no es su condición de militantes lo que les otorga la de revolucionarios, sino la capacidad de romper con el sistema de sentidos creados por la sociedad capitalista y crear uno nuevo en relación con el proyecto revolucionario y para la sociedad socialista. Desde esta perspectiva, no bastaba con su militancia en un proyecto revolucionario o un partido que decía serlo, ya que muchos de los intelectuales militantes cumplían, más bien, un rol de promotores y propagandistas de aquellos partidos más que de rupturistas con el sistema o creadores de un pensamiento nuevo.

Para este estudio entenderemos como intelectuales revolucionarios a aquellos que adscribieron a la revolución, es decir, a la transformación radical de la sociedad y que, a partir de esa adscripción, revolucionaron su ámbito o disciplina traspasando los límites impuestos por el pensamiento hegemónico y pudiendo, por lo tanto, imaginar y proyectar desde su experticia una realidad alternativa.

Como se analizó más arriba, la condición de revolucionario de una organización no la determina su adscripción a la lucha armada sino su proyecto de transformación radical. En el mismo sentido, la condición de revolucionario de un intelectual no tiene relación con su cercanía con la lucha armada, sino que se explica por la acción creadora dentro de los proyectos de transformación profunda. Tampoco se considera en este enfoque solo la innovación realizada por los expertos respecto de sus

disciplinas ya que, bajo la perspectiva de la época, revolucionario es aquel que se vincula al proyecto de liberación del pueblo.

Las organizaciones revolucionarias establecieron un lazo directo con los intelectuales, pero de distinta naturaleza. En algunos casos podemos hablar de una relación de colaboración y diálogo con los partidos, en otras de una militancia directa. En esta diversidad de relaciones podemos encontrar a intelectuales comprometidos, intelectuales militantes e intelectuales revolucionarios.

### *El compromiso del intelectual*

Los años sesenta se presentaron como un periodo de expansión de la cultura, aumento de la matrícula universitaria, aumento de los índices de alfabetización, expansión de las editoriales y creación de un gran número de revistas culturales. Bajo estas condiciones, los intelectuales adquirieron una mayor valoración y sus obras una amplia difusión.

El compromiso del intelectual y el compromiso de la obra fueron dos temas sobre los cuales los “trabajadores intelectuales” debatieron en ese entonces. Las transformaciones en curso y las revoluciones anheladas instalaron una profunda reflexión sobre la identidad, la historia, la estructura y el futuro de Latinoamérica y en esas reflexiones el continente aparecía como un proyecto en construcción en el que todos los actores estaban involucrados. Por lo tanto, el compromiso del intelectual y el aporte desde su área era algo inevitable; se podía aportar a un proyecto o a otro, pero nadie quedaba fuera. Con esto nos referimos a que, independientemente de los intereses académicos, estéticos o de prestigio intelectual que cada individuo tuviera, la vinculación de su obra con los destinos latinoamericanos era algo de lo que se tenía conciencia y se hacía evidente<sup>132</sup>.

La sensibilidad de la época y el proceso histórico en curso definieron el compromiso del intelectual, que se expresó en los aportes que cada uno, desde distintos lugares, sensibilidades o posibilidades, realizó. Los intelectuales con sensibilidad de izquierda podían o no ser militantes, pero reconocían la adscripción al proyecto de transformación. Encontramos así un grupo importante de escritores y pensadores sociales comprometidos que dialogaban con los partidos y los actores políticos relevantes. Ejemplo de ello es Cristóbal Kay, quien se reconoce como un

---

<sup>132</sup> Es imposible separar a los intelectuales y su obra de los contextos en los que se desarrollan y esto no es exclusivo de esta época, pero en este periodo esa vinculación era explícita, consciente y reivindicada. Es posible comparar este periodo con el actual, donde los académicos no resienten el peso de su época, sobre todo porque el neoliberalismo relativiza el aporte, los enfoques y los proyectos.



intelectual allendista, sin militancia partidista, pero comprometido con la transformaciones en curso. Las palabras de Kay ilustran lo que podemos definir como un intelectual comprometido en la época estudiada:

En mis investigaciones he tratado de utilizar elementos del materialismo histórico con el fin de contribuir a la construcción de un mundo más justo, equitativo y sin pobreza. Contribuir de alguna manera a lo que en mi época se denominaba superar el subdesarrollo y la dependencia a través de una transición al socialismo en Chile y América Latina. Nuestras visiones, ambiciones e ideales casi no tenían límite en aquel periodo histórico. Respecto a mis estudios e investigaciones agrarias en Chile durante el periodo de Frei y Allende, apoyaba la reforma agraria y la transición al socialismo en el campo<sup>133</sup>.

El compromiso de Kay iba más allá del apoyo político<sup>134</sup> (en el sentido democrático liberal del término) al proceso de construcción socialista: incluía el compromiso de la obra.

La responsabilidad frente a la construcción del socialismo no implicaba necesariamente el compromiso con una vía. Es por eso que la vinculación, el diálogo, los aportes de los intelectuales eran abiertos y transversales entre aquellos que estaban dentro de la legalidad y los que estaban fuera de ella. Al respecto hay que volver a hacer una precisión: la violencia revolucionaria gozaba en la época de legitimidad; por lo tanto, la frontera entre los partidos de izquierda no era su uso o no. Esto explica que el MIR, y más tarde el MAPU, participaran en el diálogo político. El MIR se nutrió de ese diálogo y fueron varios los intelectuales que, sin adquirir un compromiso militante, fueron simpatizantes o contribuyeron de manera directa a las definiciones ideológicas de la organización.

Para efectos del análisis, entonces, cuando hablamos de intelectuales comprometidos nos referiremos a aquellos que, sin ser militantes, comprometían su obra con la revolución desde el diálogo político.

### ***Los intelectuales militantes y los militantes intelectuales***

La politización del periodo implicó la apuesta por proyectos determinados y la lectura del marxismo se hacía desde el leninismo, por lo que el instrumento orgánico para el desarrollo de la revolución era visto como algo imprescindible. Los intelectuales fueron parte del proceso de radicalización. Su compromiso superó la conciencia crítica y, para

---

<sup>133</sup> Entrevista a Cristóbal Kay, abril de 2013.

<sup>134</sup> Kay relata, en la misma entrevista, que participó activamente en las manifestaciones en favor de la Unidad Popular y que, con sus compañeros del CESO, asistía a las marchas.

algunos, el compromiso de la obra no fue suficiente. Es así como muchos intelectuales latinoamericanos y varios latinoamericanistas traspasaron la delgada línea que separaba la colaboración de la militancia y pasaron a engrosar las filas de los partidos revolucionarios.

La relación entre intelectuales y partidos políticos fue tensa, sobre todo porque la lucha por el poder requería disciplina y los intelectuales estaban acostumbrados a crear y no a obedecer. Asumir el centralismo democrático era difícil, especialmente cuando eso se entendía como la imposibilidad de plantear una crítica. El caso Padilla en Cuba y las críticas a Neruda luego de su viaje a Estados Unidos son solo un par de ejemplos de las tensiones y las presiones a las que estaban sometidos los intelectuales militantes.

En 1964, el Partido Comunista argentino realizó un análisis de la problemática que revestía para la organización el trabajo con los intelectuales. En él criticaba la llamada tercera vía por considerarla una falta de posicionamiento más que un posicionamiento alternativo y abogaba por la vinculación del trabajo de los intelectuales a la línea general del partido para ponerlos en relación con las otras áreas del trabajo político y valorar así a los trabajadores como centrales en el proceso revolucionario. Para el Partido Comunista argentino existía el desafío, por parte de los intelectuales, de superar la visión liberal del trabajo del intelectual, que los guiaba hacia la vinculación gremial más que a la vinculación con la clase<sup>135</sup>. Los intelectuales tenían en los partidos comunistas directrices definidas, referencias estrictas y eran ellos los que debían subordinarse a la línea general de la organización. Sin embargo, la historia de los intelectuales y los partidos comunistas es la historia de las disidencias, las tensiones y las adscripciones “libres” a la organización partidista.

El vínculo de los intelectuales con las organizaciones revolucionarias tenía algunas particularidades que lo diferenciaban de la adscripción militante al Partido Comunista o a otras organizaciones. La más evidente era la relación con la violencia. Los intelectuales no solo debían legitimar la violencia, sino que, llegado el momento, debían abrazar la lucha guerrillera. Ernesto Cardenal y Camilo Torres fueron ejemplo de esto. Otra diferencia es que los intelectuales fueron convocados a las organizaciones de la Nueva Izquierda para construirlas y eso implicaba – en teoría– mantener su “esencia” crítica y constructora.

Las organizaciones revolucionarias coincidían con los intelectuales en una lectura no ortodoxa del marxismo y en la búsqueda de una interpretación latinoamericana y una estrategia para el desarrollo. Sin

---

<sup>135</sup> Leonardo Paso, “Algunos problemas en el trabajo con los intelectuales”, Partido Comunista de Argentina, 1964. En CEDINCI [SHB/CPA R4/7-3].

embargo, la relación entre los intelectuales y las organizaciones de la Nueva Izquierda también tuvo tensiones, sobre todo en lo que respecta al compromiso y la disciplina que requería la lucha armada. Por otro lado, el enaltecimiento de los trabajadores manuales *versus* el menosprecio de los trabajadores intelectuales era otra de las problemáticas que enfrentaban los intelectuales en la militancia revolucionaria.

En América Latina existía una revolución triunfante que era la cubana y para muchos las lecciones principales que dejaba esta experiencia era que la revolución se alcanzaba con las armas, que el sujeto de la revolución era el pueblo en el sentido amplio y no solo los obreros y que la estrategia a utilizar para el triunfo era el foco guerrillero. Estas “verdades” eran cuestionadas o relativizadas por algunos intelectuales que se enfrentaban a las definiciones de sus organizaciones políticas. Theotonio dos Santos, secretario general de Política Obrera (POLOP) en Brasil, recuerda las diferencias que existían al interior de su organización luego del golpe de 1964:

Nosotros habíamos terminado un programa socialista para Brasil que fue hecho por la Comisión Política y la dirección ejecutiva y yo aparecía como secretario general, pero la verdad es que había una situación que estaba por explotar. Había mucho descontento en varias partes con la actividad práctica de la dirección, porque nosotros, desde el primer número de la revista y del periódico, éramos contra la idea de los focos y del foquismo. Incluso había un par de artículos de crítica al libro del Che. A pesar que apoyábamos la Revolución cubana, no apoyábamos las interpretaciones que el Che da de que fue un foco que se extendió por el país. Hay un libro de Vania sobre Cuba, esa era nuestra interpretación.

Pero ocurre que con el golpe de Estado y la clandestinidad, se genera una fuerte presión por iniciar la lucha armada [...]. La tendencia fue a aceptar el foco a pesar de que conseguimos que la idea del foco fuera en una región próxima a un centro urbano, aquí cerca de Río en Caparaó. Para entonces yo me había negado a asumir la gestión de la lucha armada, primero porque no estaba convencido de que esta fórmula iba a ser positiva. Yo creía que debía ser un movimiento más amplio, de masas, como fue la Revolución cubana [...] no tuvimos capacidad de conducir ese proceso armado que terminó siendo un fracaso<sup>136</sup>.

Las visiones distintas y a veces contrapuestas sobre la lucha armada hicieron que los intelectuales tacharan a las organizaciones revolucionarias de foquistas o aventureristas y que las organizaciones revolucionarias tacharan a los intelectuales de pequeños burgueses.

---

<sup>136</sup> Entrevista a Theotonio Dos Santos, julio de 2013.

En Chile, el desarrollo democrático de la izquierda situó a la violencia en la centralidad de la discusión, pero en el margen de la acción. Las acciones de violencia revolucionaria en la época estaban ligadas al financiamiento de las organizaciones más que a la guerra propiamente tal, por lo que los trabajadores intelectuales eran requeridos para otro tipo de tareas mucho más acordes con sus experticias.

Distinto es el caso de los que aquí llamaremos militantes intelectuales, cuyo símbolo es Ernesto Guevara. Anteriormente nos hemos referido como intelectuales a aquellos que tuvieron la función social de intelectuales, no obstante, para este estudio, entenderemos como intelectuales también a aquellos que no siendo trabajadores intelectuales aportaron con la creación de teoría y/o con nuevas interpretaciones de la realidad latinoamericana. Desde esta visión definiremos como intelectuales también a militantes como Ernesto Guevara, Carlos Marighella, Clotario Blest, por nombrar a algunos.

La Nueva Izquierda en América Latina surgió bajo el impulso de la Revolución cubana, pero también al alero de la crítica al Partido Comunista y su estalinización y la elaboración de un pensamiento latinoamericano y latinoamericanista de desarrollo. Es así como las organizaciones políticas de esta corriente se originaron en la confluencia de crítica y creación, lo que condicionó el impulso intelectual de sus líderes. La búsqueda de un camino propio para la revolución permitió que muchos de los dirigentes de dichas organizaciones esbozaran, en algunos casos, y elaboraran, en otros, interpretaciones originales respecto de la realidad nacional y latinoamericana y teorías sobre el poder, la estrategia o el sujeto revolucionario. Es así como sujetos que no tuvieron como función social ser intelectuales se convirtieron en tales al sistematizar y teorizar sobre la experiencia política vivida.

### ***Los intelectuales revolucionarios***

La categoría de intelectual revolucionario no excluye a las anteriores, pero no todos los intelectuales comprometidos o los intelectuales militantes fueron intelectuales revolucionarios. Los pensadores en este periodo asumieron el compromiso militante como una forma concreta de hacer la revolución. La militancia se convertía en un impulso intelectual que vinculaba la obra con las necesidades del pueblo.

Bajo las lógicas de Gramsci, solo es posible alcanzar la organicidad del pensamiento si entre intelectuales y pueblo existe la misma unidad que debe haber entre teoría y práctica. Se podía hablar de intelectuales orgánicos cuando “los intelectuales hubieran elaborado y hecho coherente los principios y los problemas que planteaban aquellas masas en su actividad práctica, constituyendo así, entre unos y otras, un bloque

cultural y social”<sup>137</sup>. Si bien no podemos decir que hubo una lectura masiva de Gramsci, sí es posible hablar de una reflexión de época coincidente entre el italiano y los intelectuales latinoamericanos. Para ambos “la relación entre filosofía ‘superior’ y sentido común está garantizada por la política”<sup>138</sup>.

Los intelectuales militantes no solo fueron revolucionarios por el compromiso concreto que adquirieron con la lucha en las organizaciones revolucionarias, sino porque fueron capaces de transformar la visión de mundo, el sentido común, y aportar a la construcción de una ideología que compitiera por la hegemonía. Los intelectuales revolucionarios revolucionaron también su ámbito profesional.

---

<sup>137</sup> Antonio Gramsci, *Antología*, México, Siglo XXI, 17ª ed., 2013, pág. 370.

<sup>138</sup> *Ibid.*, pág. 371.



## CAPITULO II

### CIENTÍFICOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA: DEBATES y TENSIONES CON LA POLÍTICA y LA REVOLUCIÓN

La década de 1960 en América Latina estuvo marcada por el desarrollo de un ciclo de violencia política, inaugurado por la Revolución cubana, que enfrentó a los proyectos de izquierda contra las fuerzas conservadoras. Este proceso, a su vez, confluyó con una serie de reflexiones intelectuales sobre la necesidad, las formas y los medios para alcanzar el desarrollo social y económico en el continente. La vinculación de ambos procesos, el político revolucionario y el intelectual, hizo síntesis en las discusiones sobre la estrategia y terminó convergiendo en la categoría de revolución.

Este periodo, que para objeto de este estudio y coincidiendo con diversos autores<sup>139</sup>, comenzó en 1959 y terminó en 1973, se caracterizó, en lo que respecta a nuestro interés por los intelectuales, como un momento de profunda politización y partidización. Esto fue fuertemente criticado *a posteriori* por quienes consideraron, al igual que Benda en uno de sus más célebres escritos<sup>140</sup>, que el intelectual había traicionado su esencia al abandonar el sitio de observador y garante de los valores universales para involucrarse en intereses acotados y proyectos específicos.

Con ello afirmamos que la radicalización de los años sesenta también tocó a los intelectuales, quienes se hicieron parte de las pugnas entre las alternativas excluyentes de construcción social de la época. Si bien para los literatos y artistas la crítica por esta opción pudo ser menor, hacia los científicos sociales y académicos en general la recriminación por el “desliz” ha sido algo constante desde la supuesta neutralidad y el profesionalismo que reivindica hoy la intelectualidad. No obstante, es necesario preguntarse si la vinculación de los científicos sociales con los proyectos políticos es algo exclusivo de los radicalizados años sesenta o ha sido, más bien, una opción varias veces tomada por los intelectuales latinoamericanos. Si bien esta es una pregunta que atañe a los intelectuales en general, en el presente capítulo abordaremos la relación entre científicos sociales y política en América Latina desde la constitución de

---

<sup>139</sup> Entre ellos Eduardo Devés, que define el periodo como los largos sesentas. Ver Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, Santiago, Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.

<sup>140</sup> Nos referimos al texto de Julien Benda, *La traición de los intelectuales*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008 [1928].

las ciencias sociales como tal hasta los procesos de ruptura que vivió la cultura, la educación y las ciencias en cada país debido al ascenso de las dictaduras.

Las primeras páginas abordarán la problemática desde la perspectiva regional para luego indagar en la especificidad de algunos casos nacionales. El análisis buscará responder si efectivamente en América Latina la tradición de los científicos sociales es la objetividad y la neutralidad en su desempeño o, por el contrario, la relación con la política es una constante en su desarrollo histórico. En lo específico, nos interesa saber si la vinculación política de los intelectuales latinoamericanos con el proceso político chileno respondió a una ruptura o a una continuidad en lo relativo a las características constitutivas de los intelectuales latinoamericanos.

Como afirmación inicial y general podemos señalar que, pese a la crítica de la ideologización de los intelectuales en los años sesenta, la relación de estos con la política es algo permanente y no exclusivo de esa época. Lo que podemos observar en la mayoría de los casos latinoamericanos es que las ciencias sociales y sus exponentes se formaron en directa relación con la política y al alero de las exigencias del Estado y los proyectos societales. En este sentido, los intelectuales y sus reflexiones se adecuaron a la trayectoria que la misma política siguió durante el siglo XX, es decir, la de la radicalización hacia la construcción de proyectos totalizantes y excluyentes entre sí.

Los científicos sociales fueron parte activa de este proceso, lo que implicó que en las décadas de 1940 y 1950 formaran parte de los diversos proyectos desarrollistas trabajando en la creación de teoría, instalados en las organizaciones latinoamericanas o asumiendo roles directamente en los Estados. Para la década de 1960, esta vinculación se mantuvo y ocuparon cargos en los gobiernos reformistas, lo que dio origen a teorías revolucionarias y a la militancia en organizaciones político-militares de izquierda. El alejamiento de la política que sufrieron posteriormente y que desembocó en una profesionalización teñida de neutralidad fue producto de la expulsión que el Estado dictatorial hizo de ellos. En algunos casos, dicha expulsión tomó la forma de exilio, represión y persecución política y en otras de relegación a los espacios exclusivamente académicos, que estaban bajo un férreo control. Así, en las décadas siguientes, los otrora intelectuales devendrán en académicos profesionales, especialistas y expertos que rechazan o esconden la vinculación directa con la política.

El contexto intelectual y político de los años sesenta en América Latina se comenzó a definir en la década de 1930. La crisis del modelo de desarrollo que se arrastraba desde el inicio del siglo XX y que se derrumbó finalmente en los primeros años de la década aludida generó las condiciones para la configuración de un grupo de científicos sociales que



pensaron en el continente desde el continente mismo, intentando despegarse de las orientaciones que, desde los imperios, los habían regido hasta el momento.

Especialmente en México y en el Cono Sur, las transformaciones políticas, el desarrollo de movimientos de masas y el crecimiento de la izquierda fueron la base de la creación de una institucionalidad académica y política desde la cuales se pensó el futuro de la región, espacios que estuvieron nutridos de científicos sociales. Esta vinculación entre intelectuales, ámbitos académicos y la política con características especiales, latinoamericanista primero, popular después, podemos ubicarla temporalmente entre 1948 y 1973. Si lo traducimos a procesos políticos, abarcó desde la configuración de los populismos y el proceso de ascenso y radicalización de la izquierda hasta los golpes militares. Para las ciencias sociales, el periodo va desde la creación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) hasta la expulsión de los intelectuales de izquierda de los espacios políticos por la represión dictatorial.

En los últimos años de la década de 1940 surgió la institución desde la cual se pensó América Latina ya no solo con base en la identidad, sino también como proyecto. La CEPAL albergó a profesionales técnicos e intelectuales que generaron, por primera vez, una mirada continental. Esta perspectiva superó el pensar filosófico, contemplativo e identitario y se constituyó en una proyección, un proyecto continental, que estuvo acompañado de la institucionalización de las ciencias sociales – desarrollada a partir de los años cincuenta– y la difusión de las teorías sociales y políticas críticas a nivel masivo en el continente.

Desde la década de 1930 en América se estaba gestando una visión contraria al liberalismo, que tenía su correlato en una serie de medidas industrializadoras implementadas en el Cono Sur por los gobiernos populistas o desarrollistas. Esta acción aislada, con un sesgo más bien nacionalista, adquirió un sello continental que convirtió las iniciativas particulares de cada país en un ideal latinoamericano que, en algunos casos, redundó en intentos de integración.

Si bien dicha integración no tuvo mucha profundidad en lo político y económico –excepto los foros, reuniones y declaraciones en el marco de la Organización de los Estados Americanos (OEA), por ejemplo– sí existió entre intelectuales, pensadores e instituciones culturales a partir de la creación de redes y lazos de colaboración. Desde la fundación de la CEPAL en 1948, se establece un fuerte flujo de ideas, personas y publicaciones que generó una intelectualidad robusta con una institucionalidad estimulada, la mayor de las veces, por los propios Estados, una elaboración de ideas que superaron los límites continentales y el surgimiento de exponentes intelectuales respetados a nivel mundial.

Respecto a las instituciones que albergaron el pensamiento crítico, es posible hablar de aquellas de carácter nacional y otras continentales. Con las primeras nos referimos a las escuelas de sociología, economía, antropología y ciencias políticas que se abrieron en las universidades latinoamericanas desde los años cuarenta y que se constituyeron en el espacio institucional y de profesionalización de los científicos sociales.

Las universidades decimonónicas tradicionales vivieron, en las primeras décadas del siglo XX, la primera de sus grandes reformas, con la cual quedaron adscritas al sistema moderno, se profesionalizaron y se autonomizaron del control burocrático del Estado. En este contexto, las ciencias sociales también experimentaron cambios. Su proceso de profesionalización consistió en la superación de la sociología de cátedra y la incorporación de la investigación social de la mano de las teorías científicas divulgadas en Francia y Estados Unidos<sup>141</sup>. Más tarde, durante la segunda mitad de los años cincuenta y primeros años de los sesenta, se crearon la mayoría de las escuelas de ciencias sociales influidas por el *boom* de las teorías cuantitativas y el funcional estructuralismo<sup>142</sup>.

Pese al proceso de profesionalización del pensamiento social, durante los gobiernos populistas se mantuvo en general el vínculo con el Estado<sup>143</sup>. Las administraciones de México y Brasil, por ejemplo, en los periodos pos revolución y varguismo, respectivamente, echaron mano de los intelectuales y estos no manifestaron ningún problema en mostrar y materializar su apoyo a los proyectos gubernamentales.

El caso de Argentina es diferente. En este país, las intervenciones militares constantes, inclusive durante el peronismo, expulsaron muy tempranamente a los intelectuales de la administración del Estado, lo que generó un desarrollo autónomo y “profesional” de las ciencias sociales. Sin embargo, cada vez que el poder les abría las puertas, los intelectuales volvían y mostraban su disposición a colaborar.

Respecto de las instituciones de carácter latinoamericano, como señalábamos anteriormente, la CEPAL abrió el espacio e inauguró la conformación de una serie de organismos que atrajeron a intelectuales de todos los países y que generaron vínculos que más tarde les permitieron dar refugio a aquellos que escapaban de la represión en sus países. En 1957, con sede en Brasil y con el patrocinio de la UNESCO, se fundó el

---

<sup>141</sup> Helgio Trindade, “Las ciencias sociales en Brasil: fundación, consolidación y expansión”, en Helgio Trindade (coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XX, 2007.

<sup>142</sup> *Ibid.*

<sup>143</sup> Decimos se mantuvo porque los intelectuales y la institución universitaria cumplió durante el siglo XIX un importante rol en la conformación de los Estados latinoamericanos. Los juristas y liberales primero y los positivistas luego fueron quienes asesoraron y ocuparon espacios en la burocracia estatal.

Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, cuya sigla en portugués es CLAPCS. En el mismo año y con sede en Santiago de Chile, inició su funcionamiento la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), donde se formaron los científicos sociales latinoamericanos que antes buscaban en Europa o Norteamérica la continuación de sus estudios.

Otros espacios de convocatoria continental fueron el Colegio de México, fundado en 1940; la Universidad de Brasilia, en Brasil, creada en 1962 y, hacia fines de los años sesenta, el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) y el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), en Chile. Estas cuatro entidades, aunque tenían un carácter nacional, se convirtieron en espacios de reconocimiento continental.

En el ámbito nacional, las trayectorias de las ciencias sociales tuvieron elementos comunes en los distintos países latinoamericanos. El principal es que fueron el Estado, las exigencias políticas y los proyectos de desarrollo los que les dieron impulso. En palabras de Eduardo Devés, las ciencias económico-sociales se desarrollaron, más que como reflexión, instrumentalmente en América Latina<sup>144</sup>. Los casos de Brasil, Argentina y México serán analizados en profundidad en los siguientes apartados del capítulo, pero adelantamos que tanto los gobiernos herederos de la Revolución mexicana como el varguismo brasileño no dudaron en rodearse de intelectuales para la construcción, la legitimación y la difusión de sus proyectos. Los intelectuales respondieron al llamado de las autoridades seducidos por la posibilidad de influir. Asumiendo un rol de *intelligentsia*, ocuparon cargos claves en la administración del Estado o actuaron como mediadores entre sus pares y el proyecto gubernamental.

Distintos son los casos de Argentina y Sao Paulo. En el primero, luego de la decepcionante actuación del presidente Arturo Frondizi, los intelectuales resintieron su relación con el Estado y este adoptó una actitud de desconfianza hacia ellos. El peronismo, a diferencia del varguismo, los rechazó, persiguió y denostó, ya que en la retórica obrerista del populismo argentino, los trabajadores no necesitaban conciencia externa. La expulsión de los intelectuales del poder tuvo sus bemoles con la polémica asesoría de Raúl Prebisch a la dictadura de Eugenio Aramburu y el nombramiento de José Luis Romero como interventor de la Universidad de Buenos Aires tras el derrocamiento de Juan Domingo Perón.

En el caso de Sao Paulo, el ascenso de Getulio Vargas al poder generó una ruptura entre los intereses del gobierno nacional y el proyecto de la elite local. Tras la derrota del movimiento autonomista, la elite buscó

---

<sup>144</sup> Devés Valdés, *op. cit.*

dar forma a su proyecto desde la Universidad de Sao Paulo. No obstante, influida por el cientificismo en boga, la intelectualidad local se forjó en una doble autonomía, respecto del Estado y de la elite regional, que no logró conducir el impulso que le dio a la institucionalización de las ciencias sociales.

Los espacios privados también jugaron un rol fundamental en el desarrollo de las ciencias sociales en el continente. La fundación de las universidades católicas, por ejemplo, y la creación de sus propias escuelas de ciencias sociales proporcionaron una gran cantidad de profesionales, muchos de ellos vinculados a la Iglesia desde donde aportaron al debate. Los centros de estudios independientes, como el Colegio de México, el Instituto Torcuato Di Tella en Argentina o el Instituto de Estudios Peruanos fueron también una fuente de discusión y aporte. Estos cumplieron, además, con la función de pensar la sociedad y la política latinoamericana lejos de las limitantes del Estado y los proyectos en el gobierno, aunque no apartados de la política contingente.

Pero más allá de las condiciones materiales que dieron impulso a las ciencias sociales —nos referimos a la red de instituciones que se fundaron entre los años cincuenta y setenta— son las ideas y las rupturas con la sociología tradicional las que nos permiten calificar este periodo histórico como el momento glorioso del pensamiento latinoamericano. Y aquí reafirmamos una tesis transversal: el momento de mayor y más original producción intelectual latinoamericana es también el de mayor y más profundo compromiso político de los intelectuales. Los científicos sociales superaron el análisis y plantearon proyectos de desarrollo absolutamente vinculados a la política partidista.

Solo para pasar revista a los principales aportes en términos de ideas originales nacidas de las ciencias sociales, debemos señalar, primero, que estas estuvieron estimuladas por los procesos históricos vividos y respondieron a las urgencias del continente, es decir, a la aspiración de desarrollo, emancipación y revolución. En ese sentido, los aportes estuvieron relacionados con el análisis socioeconómico, la educación como problema y como proyecto emancipatorio, la filosofía de lo que hemos sido y lo que hay que construir y la estrategia de poder. Para el periodo que estamos analizando, Eduardo Devés diferencia dos momentos de pensamiento: el primero, el del desarrollismo, y el segundo, el del liberacionismo<sup>145</sup>.

El relato identitario latinoamericano se construyó a partir de la denuncia de la opresión histórica ejercida por los países desarrollados. Es por eso que las categorías más importantes para nuestro periodo de estudio son las de imperialismo y antiimperialismo. Para Marchesi, estas

---

<sup>145</sup> *Ibid.*

categorías mutaron a lo menos tres veces en el siglo XX al representar distintas realidades:

... [en] el comienzo de siglo, donde el progresivo protagonismo de EE. UU. y el alejamiento de Inglaterra generaron múltiples discusiones acerca de los riesgos y beneficios del nuevo mapa internacional en términos culturales, económicos y políticos. [...] el ascenso de los populismos desde los 40 con sus diversas variantes de izquierdas y derechas y tendió a marcar polarización entre la nación y lo extranjero, expresada en el relato histórico, y en los proyectos económicos y sociales. Y por último, la década de los 60 y los 70 que, con la constatación del fracaso de la experiencia desarrollista y populista con el telón de fondo de la Guerra Fría, reformuló el antiimperialismo en una perspectiva más radicalizada, donde la emergencia de la Revolución Cubana representó para diversos intelectuales el camino para una modernización latinoamericana alternativa al capitalismo<sup>146</sup>.

Desde la década de 1940, y sobre todo en la posguerra, el concepto de desarrollo y antiimperialismo se complementaron y dieron forma a las teorías desarrollistas latinoamericanas, que se materializaron en recomendaciones emergidas desde la CEPAL y que los distintos gobiernos aplicaron. Para Devés, el concepto de desarrollo permite cambiar la defensa “pasiva” (o reactiva) antiimperialista por una defensa “activa”, que supone crear una industria<sup>147</sup>. El impacto que produjo el documento de Prebisch<sup>148</sup>, que incorporó los conceptos de centro/periferia y la reflexión en torno al deterioro de los términos de intercambio, fue fundamental para las ciencias económico-sociales, pero también para la política de la región hasta los años setenta.

A principios de los sesenta, el impacto de la Revolución cubana comenzó a hacerse sentir en todos los ámbitos de la realidad política latinoamericana y en las ideas también. Esto, más la fuerte arremetida del marxismo en casi todas las áreas del conocimiento social, generaron nuevas teorías, interpretaciones y proyectos sociales. El análisis del pasado, la interpretación del presente y las definiciones en torno a la estrategia de desarrollo se dinamizaron. Un ejemplo son las discusiones sobre el carácter feudal o capitalista de la sociedad latinoamericana, que

---

<sup>146</sup> Aldo Marchesi, “Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el cono sur a fines de los sesentas”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 17, N° 1, 2006, pág. 136. Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4004299>.

<sup>147</sup> Devés Valdés, *op. cit.*, pág. 23.

<sup>148</sup> Nos referimos al informe que redactó Raúl Prebisch para la CEPAL en 1949, cuyo título es “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas”.

revivieron el debate sobre la posibilidad de la revolución socialista en América Latina y que tuvieron una mayor difusión en los estudios históricos<sup>149</sup>.

En los análisis económicos, los evidentes límites del desarrollismo y los influjos revolucionarios de la época dieron origen a las teorías del subdesarrollo y la dependencia, que propiciaron la articulación de uno de los grupos de intelectuales latinoamericanos y latinoamericanistas más prolíficos que haya tenido el continente, conformado por André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra, Aníbal Quijano, Enzo Faletto, Fernando Enrique Cardoso, Theotonio dos Santos, entre otros<sup>150</sup>.

La educación y la filosofía fueron otros ámbitos en los cuales se desarrollaron innovaciones que impactaron fuertemente en la realidad política. En la primera de estas áreas, las políticas de expansión de la educación y la alfabetización fueron analizadas y contestadas por autores como Iván Illich y Paulo Freire<sup>151</sup>. Respecto de la filosofía, las concepciones sobre “el hombre nuevo” desarrolladas por Ernesto Guevara impactaron en la militancia política de izquierda, pero también tuvieron influjos en la teología, lo que se manifiesta en el surgimiento de la teología de la liberación, que de una u otra manera fue recogida por una gran cantidad de intelectuales cristianos (laicos y sacerdotes)<sup>152</sup>.

No menos importante fue la reflexión que se realizó en torno a la estrategia y en la cual también se involucraron los científicos sociales. Más allá de los aportes de Guevara, que teorizó la práctica en torno a la Revolución cubana, y de Carlos Marighella, que reflexionó en torno a la guerra de liberación en Brasil, están los análisis críticos de Bambirra sobre la estrategia guerrillera en América Latina<sup>153</sup> y las reflexiones sobre el Estado y el poder de autores como René Zabaleta, Sergio Bagú, Clodomiro Almeyda y Ruy Mauro Marini<sup>154</sup>.

Las redes intelectuales y la difusión de las ideas tuvieron en las instituciones nacionales y latinoamericanas un soporte para poder

---

<sup>149</sup> Algunos de los representantes de estos estudios son Julio César Jobet, Herna Ramírez Necochea, Rodolfo Puiggrós, Luis Vitale, André Gunder Frank y Ernesto Laclau.

<sup>150</sup> Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. Subdesarrollo y dependencia*, México, El Caballito, 1999.

<sup>151</sup> Van a haber exponentes nacionales del pensamiento educativo en casi todos los países, sobre todo en el periodo del movimiento universitario de 1967-1968.

<sup>152</sup> Casos emblemáticos son los de Camilo Torres y sus aportes a las ciencias sociales en Colombia y de Roger Vekemans y su trabajo en el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970).

<sup>153</sup> Vania Bambirra, *Diez años de insurrección en América Latina*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1971.

<sup>154</sup> Los contenidos de estas líneas de desarrollo de la teoría revolucionaria están tratadas en el libro de Eduardo Devés Valdés, *op. cit.*

desarrollarse, pero también desempeñaron ese rol las publicaciones académicas y políticas que proliferaron en América Latina en el periodo de estudio.

Las publicaciones políticas tienen larga data en nuestro continente. La revista *Amauta*, publicada en los años veinte, es ejemplo de eso. Sin embargo, en los sesenta algunas revistas alcanzaron carácter continental debido a la difusión que tuvieron y a la gran cantidad de intelectuales de toda América que escribieron en ellas. La publicación cultural más importante del continente fue la *Revista de la Casa de las Américas*, editada en Cuba desde 1960, en la que la intelectualidad de izquierda latinoamericana y tercermundista en general demostró su apoyo al proceso cubano publicando en ella. Otra revista política que adquirió carácter continental fue la uruguaya *Marcha*, de larga trayectoria y profusa difusión continental. Por su parte, en Argentina vieron la luz en esos años una serie de revistas políticas y culturales que se convirtieron en soportes para la discusión intelectual, entre ellas *Cbe*, *La Rosa Blindada*, *Contorno*, *Soluciones*, *Cuestiones de Filosofía*, entre otras. Estas revistas no solo fueron expresión de un mundo cultural diversificado, sino también de una izquierda igualmente diversa<sup>155</sup>.

En el plano de las ciencias sociales, las revistas editadas por las universidades y los centros de estudios difundieron las investigaciones realizadas bajo su tuición. La gran movilidad de profesionales existente en el periodo permitió que las revistas especializadas publicaran aportes de intelectuales de distintas partes del continente. Una que marcó pauta fue *Pensamiento Crítico*, editada en Cuba y dirigida por Fernando Martínez Heredia, que recogió aportes de intelectuales vinculados al tercermundismo y a la revolución social. *Pensamiento Crítico* se publicó en el periodo de debate y creación en torno al proceso de construcción revolucionario cubano y se dejó de editar en 1970, cuando en la Isla se comenzaron a cerrar los espacios heterodoxos de debate intelectual y político.

Los científicos sociales de los años sesenta y setenta tuvieron espacios de publicación y difusión de sus estudios. No obstante, su interés por el desarrollo de la investigación y la elaboración de propuestas superó los límites profesionales. El compromiso político que los movió los definió como intelectuales en el sentido amplio y complejo de la palabra. Por eso traspasaron los espacios universitarios y participaron en experiencias editoriales donde la reflexión era político-intelectual. A diferencia de los literatos o los artistas, los científicos sociales actuaban como los

---

<sup>155</sup> Para un detalle más pormenorizado de la edición de revistas en la época, ver Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

intelectuales específicos de Michel Foucault, desarrollando investigación y saber experto. Sin embargo, se propusieron realizar esa labor especializada traspasando los límites de la verdad ideológica que imponía un saber colonizado por el capitalismo y los márgenes académicos en los que esas verdades se reproducían.

Así sucedió con los intelectuales que dialogaron con la política en *Chile Hoy*, revista de carácter político editada durante el periodo de la Unidad Popular o en *Punto Final*. De la misma manera, en un intento aún más profundo por traspasar esa frontera, otros intelectuales abrazaron el compromiso político militante y generaron aportes desde sus experticias a las propuestas partidarias. Un ejemplo de ello son las definiciones estratégicas de la Organización Revolucionaria Marxista-Política Operaria (POLOP) brasileña, en cuya definición participó Theotonio dos Santos, o los análisis de la coyuntura chilena elaborados por el MIR, en los cuales colaboró Ruy Mauro Marini.

Los intelectuales latinoamericanos que se involucraron en el proceso de radicalización de la política chilena venían de experiencias de politización previas en sus respectivos países, por lo que, si seguimos la trayectoria de la intelectualidad de Brasil, México y Argentina, podemos reconocer elementos comunes al desarrollo intelectual en Chile. Ello nos permite comprender las motivaciones de estos intelectuales foráneos para involucrarse en el proyecto revolucionario nacional.

Analizando la realidad intelectual del continente encontramos otros casos nacionales que confirman la regla de la vinculación de los intelectuales en general y los científicos sociales en particular con el Estado y la política. Fernando Uricoechea explica la vinculación de la intelectualidad colombiana con la conformación y el desarrollo del Estado. Para él, “el intelectual colombiano desarrolló de manera fundamental un pensamiento de contenido administrativo antes que político”<sup>156</sup>. Esto, en referencia a que, sin cuestionar al Estado, se dio a la tarea de construir la administración de la República en los orígenes de su existencia. Esto conllevó la aparición tardía de una intelectualidad crítica. El autor señala que los intelectuales colombianos, especialmente los científicos sociales, lograron recién en la década de 1980 una profesionalización de su quehacer.

Antes de eso, y coincidiendo con los argumentos de Devés, los intelectuales desarrollaron teoría a la medida de las necesidades de la sociedad cambiante, sobre todo en el proceso de modernización de la medianía del siglo XX. Estas lecturas, interpretaciones y proyecciones de

---

<sup>156</sup> Fernando Uricoechea, “Los intelectuales y la política en Colombia”, en Wilhelm Hofmeister y H. C. F. Mansilla (eds.), *Intelectuales y política en América Latina: el desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo Sapiens, 2003, pág. 135.



la realidad estuvieron siempre en función de la administración del Estado y, por lo tanto, alejadas de la crítica y la posibilidad transformadora de la ciudadanía. En definitiva, el intelectual colombiano “es tan débil como la sociedad civil que lo vio nacer”<sup>157</sup>.

El proceso de institucionalización de las ciencias sociales en Colombia tuvo un protagonista que se alejó de esta vinculación con el Estado y recogió las exigencias de posicionamiento político del periodo de la Guerra Fría. Al igual que los intelectuales brasileños vinculados a la POLOP en los años sesenta, el sociólogo y sacerdote Camilo Torres participó del desarrollo de las ciencias sociales y las instituciones de investigación social en Colombia pero, a la vez, se comprometió de manera práctica y concreta con los cambios sociales a través de su militancia en el Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Torres estudió ciencias políticas y sociales en Lovaina y en 1955 estuvo involucrado en el surgimiento del Equipo Colombiano de Investigación Socioeconómica (ECISE), que tuvo sedes en Bogotá, París y Londres. Formó parte también –junto a Eduardo Umaña Luna y Orlando Fals Borda– del equipo que fundó la Facultad de Sociología en 1959 en la Universidad Nacional de Colombia y fue parte del comité técnico de la Reforma Agraria creado por el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA).

En Perú, en cambio, la sociología de cátedra creada en 1896 en la Universidad de San Marcos fue “parte de esas tendencias oligárquicas y clientelísticas que reproducen las rutinas burocráticas, cuando no ocurre sufre la intervención y la clausura”<sup>158</sup>. Eso implicó que el pensamiento social crítico tuvo que desarrollarse fuera del espacio universitario. Al margen de este se nutrió con las discusiones de los positivistas sobre el progreso y se tensionó con las reflexiones respecto del indio y la particularidad peruana dadas por intelectuales militantes como Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui, que aunque ligados a la universidad, desarrollaban sus aportes críticos en el espacio militante y los traspasaban a los espacios universitarios como propuesta ideológica. La tensión entre esas dos formas de interpretar la realidad peruana –la tradicional y la crítica– permaneció hasta los años cincuenta, cuando se fundaron las instituciones académicas de investigación social. Antes de eso, *Amauta* fue el principal espacio de elaboración y difusión de pensamiento social crítico.

En 1956 se fundó el Instituto de Sociología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y en los años sucesivos se inauguraron

---

<sup>157</sup> *Ibid.*, pág. 138.

<sup>158</sup> Julio Mejías Navarrete, “El desarrollo de la sociología en el Perú. Notas introductorias”, *Sociologías*, Año 7, N° 14, julio-diciembre, 2005.

escuelas en distintos lugares del país. Sin embargo, a pesar de la institucionalización de las ciencias sociales, se volvió a reproducir la tensión del periodo anterior. Según Mejías Navarrete, se generó una bifurcación de la sociología entre una corriente institucional, profesionalizante, y otra de carácter crítico. La segunda se desarrolló impulsada por Aníbal Quijano, quien, desde la aplicación del marxismo latinoamericanizado en la teoría de la dependencia, criticó el funcional estructuralismo en el que se habían desarrollado las ciencias sociales en su segunda etapa<sup>159</sup>.

La radicalización del movimiento estudiantil, la difusión del marxismo y el contexto histórico continental hicieron presión sobre los estudios sociales y sus investigadores. Además, la expresión institucional de la sociología se vinculó con el proyecto de desarrollo y ampliación del Estado durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado, con lo que adquirió, según Julio Mejías, un carácter revolucionario. Según este autor

... las necesidades del gobierno reformista de Velasco trajeron consigo una brusca ampliación de los aparatos del Estado peruano y con ello la incorporación significativa de profesionales de la sociología. El resultado fue que el mercado de trabajo del sociólogo aumentó considerablemente. [...] En ese periodo, esa tendencia de la sociología desarrolla una perspectiva muy integrada al Estado peruano de entonces, estaba relacionada a la elaboración ideológica del modelo político del gobierno de Velasco como una “democracia de participación plena”<sup>160</sup>.

Es Carlos Delgado quien llegó a levantar una sociología relacionada con el proceso revolucionario conducido por los militares<sup>161</sup>. Pero, en otra línea revolucionaria se consideraba al gobierno de Velasco Alvarado como reformista y se abogaba por una revolución desde la propia población. En esta corriente de reflexión crítica se enmarcó la publicación de la revista *Sociedad y Política*, editada por César Germaná, Julio Cotler, Rodrigo Montoya y Aníbal Quijano.

El análisis sobre los casos de Brasil, Argentina y México será más pormenorizado. Una de las razones es que en esos tres países los estudios son mucho más abundantes que en el resto. Por otro lado, brasileños y argentinos llegaron en gran número a Chile y, por lo tanto, adquieren mayor relevancia para el presente estudio. Respecto a México, lo distinguimos como espacio de acogida de intelectuales latinoamericanos

---

<sup>159</sup> Devés Valdés, *op. cit.*

<sup>160</sup> Mejías Navarrete, *op. cit.*, pág. 314.

<sup>161</sup> Ver Carlos Delgado, *Testimonios de lucha*, Lima, PEISA, 1973.

durante el periodo en cuestión, lo que nos obliga a tomarlo como referencia en cualquier estudio sobre este tema.

### **Las ciencias sociales en Brasil: del compromiso con el varguismo al compromiso con la revolución**

El desarrollo de las ciencias sociales en Brasil, al igual que en otros países de Latinoamérica, como México, estuvo íntimamente ligado al Estado y a las necesidades e intereses políticos de la clase gobernante de construir y consolidar el Estado nacional. Cabe destacar y particularizar que la tardía construcción republicana de Brasil (fines del siglo XIX) y su proceso de consolidación nacional tuvo como protagonista a los intelectuales, pero que las ciencias sociales como tal se configuraron a partir de la década de 1930, durante el gobierno de Getulio Vargas, que integró a su proyecto populista a intelectuales como propagandistas o expertos.

Hacia los años treinta, Brasil vivió un proceso de crítica, definición ideológica y radicalización del cual no estuvieron excluidos los intelectuales. La instauración del varguismo, el desarrollo del integrismo y la formación del Frente Popular abanderaron a los intelectuales. Entre ellos destacaron José Américo de Almeida, Rachel de Queiroz, Jorge Amado, José Lins do Rego, Graciliano Ramos y Érico Veríssimo<sup>162</sup>. Esta participación intelectual en política tuvo una expresión regional también. Las elites económicas de Sao Paulo se manifestaron en contra del varguismo no solo con la promoción de un movimiento separatista, sino también con la formación una elite cultural e intelectual. Consecuencia de ello es que en Brasil, desde la tercera década del siglo XX, se desarrollan en paralelo una importante intelectualidad en Río de Janeiro y otra en Sao Paulo.

En ambas ciudades, la institucionalización y el desarrollo de la sociología, la antropología y las ciencias políticas tuvo que ver con la concepción de elite que los intelectuales tenían de sí mismos, el vínculo con las elites políticas y económicas y la instrumentalización de los saberes en pos de un proyecto de desarrollo. Sin embargo, la distinción entre ellas es que en el caso de Río de Janeiro esos vínculos estuvieron ligados al Estado, situación que no se dio en Sao Paulo.

En Sao Paulo, el rol de la intelectualidad fue visto como el de la proyección y el refuerzo del liderazgo que la ciudad ejercía en Brasil hasta 1930, cuando era la zona más rica e industrializada del país, proceso del cual formaban parte también la cultura y la educación. Esta situación cambió con la derrota política sufrida en 1930 y el ascenso de Vargas al

---

<sup>162</sup> Trindade, *op. cit.*

poder. La elite paulista reaccionó a ese desplazamiento invirtiendo en una reforma educativa que tuvo como primera y fundamental medida la creación de la Universidad de Sao Paulo en 1934 y, al interior de ella, la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras. Antes de eso, en 1933, se había fundado la Escuela Libre de Sociología y Política. “Los mentores de las dos escuelas imaginaban que las elites formadas en ellas habrían de construir los cuadros políticos y técnicos para la recuperación de la hegemonía política del país por parte de Sao Paulo”<sup>163</sup>.

Si bien desde la elite paulista existían pretensiones respecto del rol político que debían jugar los intelectuales y los estudios sociales, el desarrollo de estos tuvo un carácter profesional y académico alejado de la política circunstancial, aunque no de las necesidades sociales contingentes. Fue “la revolución burguesa” y los problemas asociados a su desarrollo lo que inquietó a los cientistas sociales, quienes se dedicaron a estudiar la trayectoria del movimiento obrero, las características de la burguesía misma, sus proyectos y posibilidades, los límites del sistema político y los caminos necesarios para dicha revolución<sup>164</sup>.

Analizando esta etapa en el desarrollo del pensamiento brasileño, Eduardo Devés resalta la existencia de una disputa en torno al método y la influencia extranjera. Según él, Florestan Fernandes pensaba que “solo a partir de procedimientos rigurosos y dotados de principios generales es posible pensar los problemas de la propia sociedad. Siendo por ello necesario observar las normas y valores que regulan el descubrimiento, la verificación y la aplicación del conocimiento científico”<sup>165</sup>. Florestan precisaba:

... mi generación se rehusó a incorporarse a las elites culturales del país: optamos por un radicalismo científico como una forma de protección y un recurso de autoafirmación [...] la USP y la ELSP son mecanismos de fracciones de la clase dirigente para conservar la hegemonía de Sao Paulo. Nosotros intentamos legitimar un dominio propio de autonomía intelectual en nombre de la ciencia y de la solución racional de los problemas sociales<sup>166</sup>.

La importancia de voces como esta le dieron su propia característica al desarrollo de las ciencias sociales en Sao Paulo.

---

<sup>163</sup> Luis Carlos Jackson, “Generaciones pioneras de las ciencias sociales brasileñas”, en Carlos Altamirano *et al.*, *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

<sup>164</sup> José Mauricio Domingues, “Sociología brasileña, Latinoamérica y la tercera fase de la modernidad”, *Estudios Sociológicos*, Vol. XXIII, N° 2, El Colegio de México, mayo-agosto de 2005.

<sup>165</sup> Devés Valdés, *op. cit.*, pág. 52.

<sup>166</sup> Florestan Fernandes, “A sociologia no Brasil: Contribuição para o estudo de sua formação e desenvolvimento”, citado en Trindade, *op. cit.*, pág. 115.

A diferencia del caso paulista, en Río de Janeiro la influencia del varguismo determinó el desarrollo de las universidades y las ciencias sociales. Las primeras se vieron restringidas en sus actividades, sin estímulos a la investigación y, por lo tanto, limitadas a la enseñanza. Muchos de los intelectuales fueron cooptados por el proyecto de Vargas y se convirtieron en colaboradores del proceso, lo que determinó que, en algunos casos, los científicos sociales no adscritos al *establishment* buscaran como vía de desarrollo los centros independientes.

A pesar de que en general en Brasil, en términos ideales, los intelectuales habían mantenido distancia de los proyectos autoritarios, se estableció un vínculo desde un principio entre el Estado varguista y algunos importantes pensadores<sup>167</sup>. Una de las razones que podemos encontrar en el interés de las figuras de la cultura en este proceso fue el de la fuerte crítica que la intelectualidad había desarrollado respecto de la antigua república y sus límites. Como respuesta a esta simpatía, Vargas invitó a diversos intelectuales a ser parte de la configuración y la concreción del proyecto que lideraba. Siempre dentro del contexto autoritario que caracterizó su mandato, la cultura y la educación ocuparon lugares centrales en la relación entre los intelectuales y el gobierno. Por eso, más allá de otorgarles cargos y responsabilidades de gestión, ellos fueron convocados a la construcción ideológica del Estado Novo.

La colaboración de los intelectuales con el Estado varguista se dio principalmente en dos ámbitos: el primero fue el cumplimiento de funciones burocráticas, preferencialmente en el ministerio de Educación y Salud Pública. El primer ministro de esta cartera nombrado por Vargas fue Gustavo Capanema, intelectual modernista originario de Minas Gerais, que atrajo a su círculo a las funciones de gobierno. Otros intelectuales destacados fueron los poetas Carlos Drummond de Andrade y Manuel Bandeira; el también poeta y ensayista Mario de Andrade; el sociólogo Gilberto Freyre y el pintor Cândido Portinari. La segunda forma de colaboración con el gobierno fue la propaganda política y la construcción y la difusión ideológica. En este ámbito, el más destacado fue Francisco Campos<sup>168</sup>, que llegó a ser ministro de justicia.

Respecto al plano académico propiamente tal, en Río de Janeiro, a diferencia de lo que ocurrió en Sao Paulo, se desarrollaron centros independientes de investigación. “Estos centros paliaron, entre las décadas de 1950 y 1960, el insuficiente desarrollo que había sufrido la FNFI [Facultad Nacional de Filosofía] de la Universidad de Brasil como

---

<sup>167</sup> Flavia Fiorucci, “¿Aliados o enemigos? Los intelectuales en los gobiernos de Vargas y Perón”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, N° 15, julio-diciembre de 2004.

<sup>168</sup> Ideólogo del gobierno de Vargas y de la Constitución de 1937.

consecuencia de las prácticas políticas llevadas a cabo durante el periodo de Vargas<sup>169</sup>.

Respecto a las otras regiones de Brasil, si bien el desarrollo de las ciencias sociales fue más tardío y en algunos casos marginal, es importante señalar dos instituciones relevantes: la Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG) y la Universidad de Brasilia. En la primera, la importancia política y científica la tuvo, principalmente, la Facultad de Derecho, donde se formó la clase política regional y se impulsó la ciencia política a través de la *Revista Brasileña de Estudios Políticos*, fundada a mediados de los años cincuenta:

Sin embargo, fue en la Facultad de Ciencias Económicas (y no en la de Filosofía, como en la mayoría de los estados), que de origen no pertenecía a la Universidad, en donde empezó la formación de los primeros científicos sociales en Minas Gerais. [...] Varios científicos sociales se formaron en esa institución: Antonio Octavio Cintra, José Murilo de Carvalho, Fábio Wanderley Reis, Simon Schwartzman, Theotonio dos Santos, Vania Bambirra, etc.<sup>170</sup>.

La Universidad de Brasilia, por su parte, fue fundada en 1962 y muchos de los jóvenes que se habían formado inicialmente en la Facultad de Ciencias Económicas de la UFMG pasaron a ser planta docente en esta nueva institución. La dirección de la universidad estaba en manos de

---

<sup>169</sup> Jackson, *op. cit.*, pág. 649. La fundación de la Universidad del Distrito Federal en 1935 buscó dar énfasis a los estudios sociales a través de la contratación de profesionales de esa área, sin embargo, su cierre en 1939 dispersó los estudios sociales en diversos centros creados a partir de entonces. Antes de 1945 se formaron, en Río de Janeiro, el Instituto Nacional de Estudios Pedagógicos (INEP) en 1939, y en 1938 el Instituto Brasileño de Estadística, más tarde Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE). En 1950, Themístocles Cavalcanti fundó el pionero Instituto Brasileño de Derecho Público y Ciencias Políticas, vinculado a la fundación Getulio Vargas, y en 1956, la revista con el mismo nombre. Fue también conformado en este periodo el Instituto Brasileño de Estudios Políticos (IBESP), en 1953, más tarde Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), bastión del desarrollismo. Tomaron importancia asimismo otras instancias, como el Centro Académico Cândido de Oliveira (CACO), existente desde muchas décadas antes pero que en los años cincuenta va a ser hogar de un importante movimiento estudiantil. En 1952, en colaboración con la OEA, la Fundación Getulio Vargas implementó la Escuela Brasileña de Administración Pública (EBAP). En 1955 se creó el Centro Brasileño de Investigaciones Educativas (CBPE), en el marco del INEP y a cargo de Darcy Ribeiro. En 1957 fue fundado el Consejo Latinoamericano de Pesquisas em Ciências Sociais (CLAPCS).

<sup>170</sup> Trindade, *op. cit.*, pág. 121.

Darcy Ribeiro<sup>171</sup> y lo acompañaban Anísio Teixeira, Oscar Niemeyer y “[j]óvenes intelectuales recién egresados, como Theotonio dos Santos, Vania Bambirra, Teodoro Lamounier, Carlos Callou, Luiz Fernando Victor, Levi Santos, José Paulo Sepúlveda Pertence”<sup>172</sup>. A juicio de Ruy Mauro Marini, quien se integró a la universidad en septiembre de 1962, la constitución de la misma como una fundación le permitió autonomía respecto del Estado. Asimismo, la estructuración en institutos y departamentos fue fundamental para superar la burocratización del cuerpo docente<sup>173</sup>. A esa universidad autónoma y original en su estructura llegó, en 1963, André Gunder Frank, quien fundó las bases de la teoría de la dependencia.

Llegada la década de 1960, los cambios sociales ocurridos en Brasil, como por ejemplo, la emergencia de las clases medias, la ampliación de la educación, la urbanización, una mayor gestión cultural que buscaba llegar a todo el país y los aires revolucionarios impactaron profundamente en los intelectuales, artistas y políticos. Si hasta el momento el funcional estructuralismo y el desarrollismo cepalano eran el paradigma interpretativo desde el cual se leía la realidad, había ya intelectuales locales que habían reconocido los límites del modelo y que, influenciados por el marxismo, pretendían superarlo. La Universidad de Brasilia fue un espacio de origen de la crítica y la conformación de un nuevo proyecto no solo intelectual sino también político. Theotonio dos Santos recuerda:

---

<sup>171</sup> Según Eric Nepomuceno, Darcy Ribeiro fue “profesor, autor de ensayos polémicos, novelista, militante, vicegobernador de Río de Janeiro, donde creó un sistema de educación pública universal en régimen de tiempo completo. Antes del golpe militar de 1964 que instauró la dictadura que lo detuvo y luego lo exilió, fue jefe de Gabinete, creó –junto a un equipo especialmente brillante de su generación– la Universidad de Brasilia y fue su rector. Durante su largo exilio peregrinó por Uruguay, Chile, Venezuela, Perú, Costa Rica, México. Asesoró a Salvador Allende en Santiago y a Velasco Alvarado en Lima, fue consultor distinguido de la ONU. Murió siendo senador de la República”. Eric Nepomuceno “Darcy Ribeiro y la conciencia de quiénes somos”, *Página 12*, 22 de enero de 2013, recuperado de <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-212331-2013-01-22.html>.

<sup>172</sup> Ruy Mauro Marini, “Memoria”, en Ruy Mauro Marini, *El maestro en rojo y negro. Textos Recuperados*, Quito, Instituto de Altos Estudios Nacionales, 2012, pág. 59, Texto autobiográfico, escrito para responder a una exigencia de la Universidad de Brasilia, sin fecha. Disponible también en <https://tiemporobadoeditoras.files.wordpress.com/2014/07/el-maestro-en-rojo-y-negro-marini.pdf> y [http://www.marini-escritos.unam.mx/002\\_memoria\\_marini\\_esp.html](http://www.marini-escritos.unam.mx/002_memoria_marini_esp.html).

<sup>173</sup> *Ibid.*

... André Gunder Frank había sido invitado como profesor visitante en la Universidad de Brasilia, cuando yo, Ruy Mauro y Vania trabajábamos allí y nos ligamos mucho a él en esos seminarios que armó, uno sobre pensamiento funcional estructuralista americano, [teoría] que él conocía mucho porque había sido alumno en la Universidad de Chicago, donde estaba el grueso del conservadurismo americano. André era muy crítico de todo eso y leía nuestro trabajo. [...] Hicimos un seminario con tres o cuatro profesores de la Universidad de Brasilia, y él allí dice que la teoría de la dependencia nació aquí en la Universidad [de Brasilia]. Habló de sus discípulos y cómo estos sobrepasaron a sus maestros<sup>174</sup>.

El debate intelectual y político estaba desatado ya en el Brasil de 1958 e iba tomando un tinte más partidista. Las múltiples formas que adquirió la revolución en el mundo, las críticas al soviétismo y la elaboración de una potente visión propia de la realidad brasileña nutrieron la discusión. En ese año, esta polémica y las diferencias políticas llevaron al fraccionamiento del Partido Comunista Brasileño (PCB) y a la creación del Partido Comunista de Brasil (PC do B). Los límites del desarrollismo van a ser el contexto en el cual se produce el debate. Para el PC do B la salida a la crisis se sustentaba en la creación de un movimiento popular fuerte, una vanguardia y la lucha armada. Rusia y China eran sus referentes en un origen; posteriormente, a la crítica a la URSS y a la admiración por China se sumó la referencia a Cuba.

En paralelo, se consolidaba el trotskismo, que tenía una larga data en Brasil. Ya desde finales de los años cuarenta existía una disidencia a la línea del PCB, que desembocó en la escisión que dio origen al Partido Socialista Revolucionario, disuelto en 1952, ruptura de la que surgió el Partido Obrero Revolucionario (POR). El POR fue, en 1961, una de las organizaciones base de la Organización Revolucionaria Marxista-Política Obrera (ORM-POLOP):

Su diferencia con el PCB partía de su rechazo al reformismo y nacionalismo. Para ellos no había alianza viable con la burguesía, el país debía constituir un movimiento obrero independiente de las clases dominantes, para lo cual era necesario formar un partido revolucionario de vanguardia. La burguesía –sostenían– establecería sólidas alianzas con el latifundio y el imperialismo en el proceso de desarrollo económico brasileño. Es decir, entre las clases dominantes no había contradicciones antagónicas, de modo tal que un gobierno nacionalista

---

<sup>174</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, julio de 2013.



y democrático era impracticable. Al contrario de lo que planteaba el PCB, la burguesía no encerraba ningún potencial revolucionario<sup>175</sup>.

El debate intelectual y el político eran dos líneas de discusión que confluían en las universidades, pero que también tenían expresión en la calle y en la política institucional. Una de esas manifestaciones, que ratificaba el vínculo que se había establecido en otros momentos históricos entre intelectuales y gobierno, fue la colaboración que un grupo importante de intelectuales progresistas estableció con el gobierno de Joao Goulart.

Los procesos que se desarrollaban en América Latina en el contexto de la Guerra Fría tuvieron en Brasil sus particularidades. En un texto publicado en 1999, el sociólogo brasileño Emir Sader señalaba que había en su país un déficit democrático que contrastaba con su acelerado crecimiento económico. El autor hace el recuento que, entre los dos regímenes autoritarios, el de Vargas entre 1930 y 1945 y la dictadura militar entre 1964 y 1985, “hubo en el Brasil un presidente militar, un segundo mandato de Vargas que terminó con su suicidio en 1954, un presidente civil, Juscelino Kubitschek (1955-1960), que logró concluir su mandato, el efímero gobierno de Janio Quadros (1961), que renunció al cabo de seis meses, y el gobierno de Joao Goulart (1961-1964), derrocado por el golpe militar de 1964”<sup>176</sup>.

Con este panorama podemos afirmar que la radicalización de la izquierda brasileña se hizo en paralelo y en relación con la crisis interna de la política estructural. Por lo tanto, no era un simple espejo de la Revolución cubana o del rechazo a la política de la URSS, sino una búsqueda de caminos propios al desarrollo. En el plano económico y social, las recomendaciones de la CEPAL y el desarrollismo impulsado en toda América Latina no satisfacían las aspiraciones de los sectores más progresistas, por lo que muchos de esos economistas brasileños buscaron nuevas aproximaciones al problema del desarrollo y llegaron a elaborar las bases de una nueva teoría, la teoría de la dependencia.

Pese a que esta teoría circuló en espacios intelectuales, uno de sus notables creadores, Ruy Mauro Marini, veía su desarrollo como un

---

<sup>175</sup> Inés Nercesian, “Una aproximación a la izquierda brasileña de los años sesenta. Partidos y organizaciones armadas”, *e-I@tina* [en línea], Vol. 3, N° 10, Buenos Aires, enero-marzo de 2005, recuperado de <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal>.

<sup>176</sup> Emir Sader, “Brasil: una historia de pactos entre elites”, en Atilio A. Boron, Julio Gambina y Naúm Minsburg (comps.), *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, EUDEBA, 1999.

proceso de reflexión política y no solo como una respuesta académica al proyecto cepalino. En su autobiografía señala que

... contrariando interpretaciones generalmente admitidas que ven la teoría de la dependencia como un subproducto y alternativa académica a la teoría desarrollista de la CEPAL, ella tiene sus raíces en las concepciones que la Nueva Izquierda –particularmente en Brasil, aunque su desarrollo político fuera mayor en Cuba, Venezuela y Perú– elaboró para hacer frente a la ideología de los partidos comunistas. La CEPAL solo se convirtió en blanco en la medida en que los comunistas, que se habían dedicado más a la historia que a la economía y a la sociología, empezaron a apoyarse en las tesis cepalinas del deterioro de las relaciones de cambio, del dualismo estructural y de la viabilidad del desarrollo capitalista autónomo, para sostener el principio de la revolución democrático-burguesa, antiimperialista y antifeudal que ellos habían heredado de la Tercera Internacional<sup>177</sup>.

Esta reflexión teórica, iniciada en Brasil de la mano del alemán André Gunder Frank y los brasileños Vania Bambirra, Theotonio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Fernando Henrique Cardoso, entre otros, continuó desarrollándose en Chile cuando los brasileños perseguidos por la dictadura instalada en 1964 buscaron refugio en este país.

El golpe de Estado en Brasil se generó en este contexto de radicalización, pero pese a que puede ser visto como un ataque a la izquierdización de la política brasileña, lo cierto es que la izquierda ocupaba un sitio bastante marginal en el desenvolvimiento político del país. Las condiciones para el golpe se dieron tras la crisis política del gobierno de Janio Quadros, quien, a su renuncia, le deja el sitio a Joao Goulart “Jango”. En estas condiciones, los textos y análisis de intelectuales como Theotonio dos Santos, escritos en 1963, resultaron proféticos: “En Brasil estamos, según todos los indicios, a las puertas de una solución militar de carácter dictatorial, ya que la dictadura disfrazada de gobierno de unión nacional resulta cada vez más insuficiente. Ese parece ser el destino que tendrá Brasil en los próximos meses y años”<sup>178</sup>.

Estas reflexiones realizadas por los intelectuales brasileños *ad portas* del golpe de Estado tenían como sede tres ámbitos distintos, pero que confluían: el primero era la universidad, sobre todo la recién inaugurada Universidad de Brasilia, que permitió generar debate, establecer redes, atraer intelectuales nacionales y extranjeros que estaban pensando la

---

<sup>177</sup> Marini, “Memoria”, *op. cit.*, pág. 60.

<sup>178</sup> Theotonio dos Santos, “¿Quais sao os inimigos do povo?”, citado en Eduardo Martins, “Theotonio dos Santos: introducción a la vida y obra de un intelectual planetario”, en Francisco López Segrera (ed.), *Los retos de la globalización. Ensayo en homenaje a Theotonio dos Santos*, Caracas, UNESCO, 1998.

realidad desde sus disciplinas, pero también desde la política. En segundo lugar estaban los círculos marxistas o los grupos de estudio de *El Capital*, que proliferaban congregando a intelectuales ya formados y a estudiantes. Estos grupos de estudio tenían diferentes orientaciones y ya tempranamente se apreciaron las diferencias, mismas que se fueron ahondando con los años. Según Dos Santos, existía el grupo de los paulistas, vinculados a la Universidad de Sao Paulo y liderados por Fernando Henrique Cardoso y Francisco Weffort, y el grupo de Brasilia, donde estaban él, Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra. Finalmente, el tercer espacio de discusión y creación política era la orgánica militante. Como hacía alusión anteriormente Marini, fue al calor de las urgencias políticas y de transformación que las teorías, las lecturas de *El Capital* y los análisis de la realidad brasileña y latinoamericana generaron síntesis.

El golpe de Estado llegó a corroborar las lecturas y las proyecciones hechas. La intervención del imperialismo se hizo efectiva y, contraviniendo las tesis comunistas, la burguesía nacional no estableció alianzas con los sectores trabajadores contra el imperialismo y los militares, lejos de ponerse del lado del pueblo, actuaron como el brazo armado de la elite nacional y el intervencionismo norteamericano.

En los convulsos y radicalizados sesenta, antes y después del golpe de Estado, el posicionamiento político fue parte del desarrollo académico. Las reflexiones sobre el carácter del capitalismo en Brasil, el socialismo y la lucha armada pasaron de las aulas a las reuniones políticas. Los intelectuales militantes que se integraron a organizaciones político-militares fueron una realidad que la dictadura potenció. Así lo explica Theotonio dos Santos: “bueno, entonces se desdobló nuestro grupo de la Facultad. Muchos otros quedaron con nosotros dentro de la línea crítica más profunda, otros se entregaron a la lucha armada, lo que terminó con la muerte de muchos de ellos”<sup>179</sup>. Esta referencia tiene un doble significado: por un lado, da testimonio de la radicalización existente al interior de la sociedad brasileña y, en especial, en los sectores estudiantiles y académicos, y, por el otro, de la división a la que se enfrentó la organización política de la cual era parte, la POLOP.

Como señalábamos en párrafos anteriores, la POLOP surgió en 1961 y tuvo entre sus filas a importantes intelectuales<sup>180</sup>, como Theotonio dos Santos, Eric Sachs, Paul Singer, Ruy Mauro Marini, Emir Sader, Eder Sader, Vania Bambirra, Luiz Alberto Moniz Bandeira, Juarez Guimaraes de Brito, María del Carmen Brito, Michael Löwy, Simon Schwartzman y

---

<sup>179</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, julio de 2013.

<sup>180</sup> Isabel Cristina Leite, “A Política Operaria em Minas: rupturas e continuidades”, *Actas de la Associação Nacional de Historia, XXIV Simpósio Nacional de História*, 2007.

Arnaldo Murthé<sup>181</sup>. Durante su existencia tuvo cuatro congresos. En el de 1967, un grupo renunció debido a que consideraba la política de la organización como pequeño burguesa, sin ánimos reales de enfrentamiento<sup>182</sup>.

La composición de la dirección de la POLOP la convirtió en un espacio de creación intelectual. Su programa socialista, de hecho, estaba inspirado en la realidad brasileña. Sin embargo, el golpe de 1964 tensionó el proyecto y el programa; la urgencia era la lucha armada. Theotonio dos Santos, refiriéndose a la situación que se vivía en ese año al interior de la organización revolucionaria relata:

Nosotros habíamos terminado un programa socialista para Brasil que fue hecho por la Comisión Política y la dirección ejecutiva y yo aparecía como secretario general, pero la verdad es que había una situación que estaba por explotar. Había mucho descontento en varias partes con la actividad práctica de la dirección, porque nosotros desde el primer número de la revista y del periódico éramos contra la idea de los focos y del foquismo [...] Pero ocurre que con el golpe de Estado y la clandestinidad, se genera una fuerte presión por iniciar la lucha armada. Entonces nosotros comenzamos a negociar con las fuerzas militares y la izquierda que aún existía dentro del gobierno, pero no como opción de poder. El más alto que tuvimos ahí, que rompió con las fuerzas armadas en el 68 más o menos, fue Lamarca, el capitán. ¿Por qué?, porque las Fuerzas Armadas habían ya sacado cerca de seis mil oficiales donde estaban sobre todo oficiales nacionalistas, más amplios, más ligados al Partido Comunista, entonces quedaban casi militares solamente de derecha. Entonces la tendencia normal era pasar a una política armada<sup>183</sup>.

Si bien el golpe de Estado en Brasil se desarrolló en 1964, la represión más cruda comenzó en 1968. Entre esos años, la izquierda siguió articulándose y tratando de adecuar sus tácticas a la nueva realidad que se presentaba. La intervención en los espacios universitarios sí fue inmediata. En la Universidad de Brasilia, en la primera semana, el interventor apartó a algunos académicos; estos fueron creciendo en número en el transcurrir de los meses: a mediados de 1965 eran ya 150<sup>184</sup>.

---

<sup>181</sup> Martins, *op. cit.*

<sup>181</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, julio de 2013.

<sup>182</sup> Esta es una de las críticas que constantemente debieron enfrentar los intelectuales o las organizaciones donde estos tenían una importante presencia. La fetichización de la violencia generó un clima de antiintelectualismo y una urgencia por iniciar la lucha armada, lo que en algunos casos determinó la subordinación de la política a la acción guerrillera.

<sup>183</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, julio de 2013.

<sup>184</sup> *Ibid.*

Dos Santos y Bambilra rompieron con la POLOP debido a las diferencias que ya se habían manifestado sobre el camino que debía tomar la lucha contra la dictadura. Por otro lado, Dos Santos fue condenado como “autor intelectual de la penetración subversiva en el campo” por el tribunal militar de Belo Horizonte, por lo que estaba apartado de todas las acciones militantes. En esas condiciones partió al exilio en 1966 hacia Chile, donde más tarde se reunió con Vania Bambilra.

Caso diferente es el de Ruy Mauro Marini, que estando directamente ligado a las acciones militares del grupo, fue apresado, condenado, liberado, secuestrado y vuelto a liberar, lo que lo instaló en una situación de clandestinidad difícil de sostener. La POLOP decidió enviarlo a México con la tarea de que estableciera desde ahí vínculos con Cuba<sup>185</sup>. Marini vivió en México entre 1965 y los primeros meses de 1969, desde donde salió rumbo a Chile sin haber logrado establecer los contactos con la Isla.

Más allá de la militancia y los vínculos directos con la política, la acción revolucionaria y la lucha armada contra la dictadura, los años sesenta instalaron en Brasil la sensibilidad revolucionaria. Al ideal socialista y de construcción del hombre nuevo se sumó algo más concreto y urgente, el repudio a la dictadura. Según Marcelo Ridenti, “la ola revolucionaria, situada entonces en el contexto del combate al golpe victorioso, se propagó en las artes, en especial en el eje Río-San Pablo”<sup>186</sup>. La modernización dictatorial tuvo, además, un efecto no deseado por el régimen: la masificación de la cultura de la mano de la consolidación de la industria cultural. Las revistas, la radio, la televisión, el cine, permitían una mayor difusión del arte y de sus mensajes de libertad. La importancia de estos ámbitos es que, pese al aislamiento de la izquierda y la aniquilación de los grupos guerrilleros, los artistas podían difundir la subjetividad de la revolución.

El mismo Ridenti nos entrega una clasificación de los límites del compromiso o la acción política de los artistas e intelectuales en el periodo dictatorial:

Los artistas que abandonaron el arte para dedicarse a la política, como es el caso de Carlos Zilio.

Los artistas que militaban en organizaciones de izquierda sin abandonar su oficio, como varios integrantes del Teatro de Arena y del Teatro Opinião, los primero ligados a los grupos de izquierda armada y

---

<sup>185</sup> *Ibid.*

<sup>186</sup> Marcelo Ridenti, “Artistas e intelectuales en las décadas de 1960 y 1970: cultura y revolución”, en Carlos Altamirano *et al.*, *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

los segundos, al Partido Comunista; o también escritores como Antonio Callado y Thiago de Mello, vinculados a la guerrilla nacionalista liderada por Leonel Brizola entre 1966 y 1977.

Los militantes que se identificaban con los artistas, sin serlo ellos mismo pero, tal vez, haciendo de su propia existencia una obra de arte. Por ejemplo, según Clóvis Moura, la dimensión poética de Carlos Marighella.

Los artistas identificados con las izquierdas sin ser propiamente militantes ellos, la amplia mayoría entre los que producían obras políticamente comprometidas. Éste fue el caso de los artistas de la música popular brasileña. Ellos creían que la revolución estaba en sus propias obras y sus intervenciones públicas, sin que fuera necesario hacerse militantes<sup>187</sup>.

Más allá de los compromisos múltiples de artistas e intelectuales, hay que destacar dos aspectos en la relación entre política e intelectuales en Brasil a fines de los años sesenta. Lo primero es que esta relación no es coyuntural, sino que respondió a una tradición de la intelectualidad del país ligada a los procesos políticos y el Estado. En segundo término, que pese a la persecución que sufrieron muchos intelectuales, sobre todos aquellos ligados a las organizaciones revolucionarias, la dictadura brasileña estimuló el desarrollo de las ciencias y las artes a través de la creación de espacios institucionales, convenios internacionales, otorgamiento o gestión de becas, etcétera. Para Ridenti, “[e]ste acomodo institucional, sumado a la represión dura, tendió a la integración de los insubordinados al orden. Progresivamente, la institucionalización de intelectuales y artistas neutralizó los eventuales sueños revolucionarios, que no solo pasaron a convivir con la inversión en la profesión, sino que también cedieron un espacio”<sup>188</sup>.

### **Las ciencias sociales en México: de la cooptación a la ruptura**

Como en el resto de América Latina, las ciencias sociales en México se desarrollaron en estrecha vinculación con las necesidades concretas de la población y las orientaciones dadas por las políticas de Estado<sup>189</sup>. Sin embargo, existe una especificidad que podemos resaltar y es la vinculación orgánica de los cientistas sociales con el Estado mexicano desde muy temprano, lo que generó que se estableciera una relación no solo de

---

<sup>187</sup> Ridenti, *op. cit.*, pág. 380.

<sup>188</sup> *Ibid.*, pág. 392.

<sup>189</sup> Carlos Ilades y Rodolfo Suárez (coords.), *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*, México, Siglo XXI, 2012. En este libro, Francisco Zapata señala que una distinción entre las ciencias sociales de México y el resto de América Latina es que se desarrollaron en relación directa con el Estado.

influencia mutua, sino de colaboración muy concreta hasta 1968. El análisis de la realidad mexicana entre los años treinta y hasta los setenta nos muestra una fuerte institucionalidad estatal, totalmente verticalista, con un bajo desarrollo de la sociedad civil, lo que repercutió en las actividades intelectuales someténdolas a un constante control gubernamental, pero también a un amplio incentivo y financiamiento.

El desarrollo de las ciencias sociales en México estuvo ligado siempre al Estado. Durante su origen, en el siglo XIX, los intelectuales positivistas cumplieron un rol fundamental en los procesos de modernización impulsados en el Porfiriato. Durante el siglo XX, intelectuales como José Vasconcelos ocuparon cargos burocráticos, lo que originó una relación de colaboración directa de los intelectuales y el Estado, que adquirió una dinámica más institucional y menos personal a partir de acciones tales como el convenio que el Estado firmó con la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1937.

Otro factor importante en el desarrollo de la intelectualidad mexicana y de las ciencias sociales es que este país, a lo largo de su historia, fue refugio de intelectuales que escapaban de contextos de represión. Esto influyó fuertemente en el desarrollo de sus instituciones académicas a la vez que la solidez de las instituciones que se iban erigiendo les permitía acoger a otros que iban llegando. De esta manera se dio una relación de fomento y estímulo mutuo.

Cuando hablamos de los intelectuales durante el siglo XX en México, y en especial de los científicos sociales, debemos decir que existió una profundización de la relación entre estos y el Estado, relación que ya existía previamente<sup>190</sup>. A partir de estas características básicas, podemos señalar que durante ese tiempo dos fueron los sucesos que impactaron en el desarrollo de las ciencias sociales en este país: a inicios de siglo la Revolución mexicana y, durante los convulsionados años sesenta, la matanza de Tlatelolco. Ambos acontecimientos, como lo analizaremos en las siguientes páginas, se convirtieron en los derroteros del desarrollo científico y cultural situándose como parteaguas en las lógicas de la relación entre el Estado y los intelectuales.

La revolución campesina desarrollada en México y que abrió el siglo XX definió los márgenes sobre los cuales se estableció esta relación hasta la década de 1950, cuando comenzó el proceso de institucionalización de las ciencias sociales. Hasta ahí lo que existió, a diferencia de otras realidades latinoamericanas, no fue una sociología de cátedra que mutó hacia la investigación científica, sino una práctica desde la burocracia estatal hacia el mundo social, orientada por ciertas reflexiones derivadas

---

<sup>190</sup> Pedro Ángel Palou, "Intelectuales y poder en México", *América Latina Hoy*, N° 47, 2007.

de la misma experiencia política. En concreto, fue más una *intelligentsia* que una intelectualidad clásica.

El Estado mexicano institucionalizó la revolución y cooptó a los intelectuales, convirtiendo a muchos de ellos en funcionarios que pensaban y materializaban las políticas hacia los sectores populares<sup>191</sup>:

Al término del Porfiriato, y de la consecuente lucha entre los protagonistas de la triunfante Revolución —que algunos autores como H. W. Tobler extienden hasta 1938— aparece entre la clase intelectual la disposición a involucrarse en la administración de la revolución institucionalizada por Calles, integrándose al servicio público principalmente en los ámbitos artístico, cultural y educativo. Conforme el régimen priista adoptó su personalidad autoritaria, según la cual la convivencia con el Estado sólo podía realizarse a partir de una refutación moral: o se es intelectual o se juega a la cómoda simulación<sup>192</sup>.

Bajo el gobierno de Álvaro Obregón en 1921, el escritor y activo agitador de la Revolución José Vasconcelos fue puesto al mando de la Secretaría de Educación Pública, lo que abrió el campo de desarrollo de las ciencias sociales ligadas a la instrucción, la difusión de la cultura y la creación de políticas públicas. Vasconcelos fue parte de un grupo de intelectuales llamados por Guillermo Palacios los “intelectuales pedagogos”, liderados por el mismo Vasconcelos y el subsecretario de la Secretaría de Educación Pública, Manuel Gamio, quienes actuaron desde una corriente de pensamiento humanista y católica. Conformaron, además, este grupo Moisés Sáenz, protestante perteneciente a la corriente anarquista y socialrevolucionaria, y Narciso Bassols, más ligado al marxismo clásico<sup>193</sup>.

La incorporación de los intelectuales nacionales y algunos latinoamericanos a los proyectos sociales del gobierno surgido luego de la Revolución significó el trazado de una línea de investigación, marcada por la preocupación por el campesinado. Fue este, sus problemáticas y las políticas gubernamentales hacia ese sector social lo que copó el interés de los científicos sociales en este ciclo:

Los intelectuales posrevolucionarios involucrados en los proyectos de cambio cultural en el mundo campesino fungieron como

---

<sup>191</sup> *Ibid.*

<sup>192</sup> *Ibid.*, pág. 82.

<sup>193</sup> Guillermo Palacios, “Intelectuales, poder revolucionario y ciencias sociales en México (1920-1940)”, en Carlos Altamirano *et al.*, *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.



“intermediarios” entre las comunidades agrarias y el nuevo Estado. [...] En otras palabras, los intelectuales “construyen” y “definen” lo que va a ser “el problema campesino” durante el periodo que se inicia con el mandato de Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública y que concluye en los últimos años de la década de 1930, en las postrimerías del gobierno de Lázaro Cárdenas<sup>194</sup>.

El Estado mexicano se convirtió en el impulsor del desarrollo y las ciencias sociales, ya sea fundando instituciones, otorgando tareas de investigación y burocráticas a antropólogos, historiadores y literatos e instalando las pautas para el desarrollo temático de las ciencias sociales. Con ellos y bajo el mando de José Vasconcelos se propagó muy tempranamente la discusión respecto de la alfabetización de los sectores campesinos y si esta alfabetización debía implicar la castellanización o la mantención de los componentes lingüísticos particulares de cada región.

Es a Manuel Gamio a quien se considera como el fundador de las ciencias sociales en México. Antes de ocupar cargos burocráticos en el Estado posrevolucionario, había fundado tempranamente la Dirección de Arqueología y Etnología de la Secretaría de Agricultura y Comercio en 1916<sup>195</sup>. Posteriormente, en 1939, participó en la fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), con el que se consolidó la institucionalización de las ciencias sociales en México<sup>196</sup>.

Gamio actuó también con una visión crítica respecto del quehacer del Estado en México. Para él, el fracaso de las intervenciones estatales se debió a la falta de criterios científicos en su aplicación, por lo que propuso “poner a las ciencias sociales al servicio del Estado para asesorarlo en el diseño de políticas propias para una población de enorme diversidad, y que se caracteriza por su extrañeza con respecto a la modernidad occidental”<sup>197</sup>.

A diferencia de la realidad del resto del continente, como lo veremos más adelante, la experiencia de la revolución social campesina adelantó muchas temáticas que solo se volvieron asuntos importantes varias décadas después en América Latina. El impacto que tuvo la revolución sobre la estructura política determinó que estas temáticas sociales fueran temas de Estado y redundaran en políticas públicas, generándose así una relación de dependencia entre los intelectuales y el Estado, mientras que

---

<sup>194</sup> *Ibid.*, pág. 585.

<sup>195</sup> Ver Jaime Irving Reynoso, “Manuel Gamio y las bases de la política indigenista en México”, *Andamios*, Vol. 10, N° 22, mayo-agosto de 2013, recuperado de [http://www.academia.edu/1416592/Manuel\\_Gamio\\_y\\_las\\_bases\\_de\\_la\\_politic\\_a\\_indigenista\\_en\\_Mexico](http://www.academia.edu/1416592/Manuel_Gamio_y_las_bases_de_la_politic_a_indigenista_en_Mexico).

<sup>196</sup> Palacios, *op. cit.*, pág. 588.

<sup>197</sup> *Idem*, pág. 589.

en otras realidades, como por ejemplo en Argentina, la intelectualidad se constituyó en autonomía e incluso en pugna respecto del Estado. En México, al contrario, es el propio Estado el que estimuló su desarrollo.

Este estímulo se materializó en la creación de una serie de instituciones, como la Escuela de Antropología fundada por Antonio Caso, que estimuló la enseñanza de la etnografía y el estudio de los fenómenos sociales “tal como ocurren en México”, lo que lo hizo debatir con el teorismo del positivismo<sup>198</sup>. En 1930 se creó el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); en 1937, Alfonso Caso creó el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*; en 1939 apareció la *Revista Mexicana de Sociología* y en 1947, los *Cuadernos de Sociología*<sup>199</sup>. En 1937, además, la UNAM firma un convenio con el gobierno de Lázaro Cárdenas como asesora del gobierno federal en la elaboración de políticas públicas<sup>200</sup>.

Junto con este proceso de impulso institucional a las ciencias sociales se dio un giro desde el estudio de las problemáticas campesinas a la indígena, lo que redundó también en las políticas públicas aplicadas:

Los académicos, con los antropólogos y los sociólogos indigenistas a la cabeza, se institucionalizan y se convierten, para los indígenas, en lo que los pedagogos habían sido para los campesinos, si bien en una proporción mucho menor. El final del gobierno de Cárdenas señala, como ya se dijo, el fin de una etapa que podríamos caracterizar de “romántica” en la construcción de las ciencias sociales en México. Cárdenas y sus asesores, con todo y el halo de nacionalismo populista que proyectan en algunos circuitos, adoptan medidas más bien pragmáticas de institucionalización de las actividades de investigación científica: encasillan a los intelectuales, los apartan de la militancia, crean instituciones que los ponen bajo la égida del régimen y promueven así la formación de un mercado de trabajo intelectual firmemente anclado en el presupuesto del Estado<sup>201</sup>.

La década de 1940 dio a luz a dos importantes instituciones para la difusión de los estudios sociales: el Fondo de Cultura Económica y el Colegio de México:

El Fondo permitió a los estudiosos de México y, en general, a los lectores iberoamericanos la publicación de obras fundamentales escritas en América Latina, Europa y en Estados Unidos. En un

---

<sup>198</sup> Raymond Lenoir, “La sociología en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 16, N° 1, enero-abril de 1954.

<sup>199</sup> *Ibid.*, pág. 100.

<sup>200</sup> Palacios, *op. cit.*, pág. 601.

<sup>201</sup> *Ibid.*, págs. 602-603.

principio, la idea era poner en contacto a los investigadores de estas latitudes con obras económicas, por eso el nombre de la editorial. Posteriormente se diversificó y empezó a publicar textos relacionados con las ciencias sociales y dio a conocer obras de literatura provenientes de cualquier parte del mundo<sup>202</sup>.

El Colegio de México, por su parte, reveló pronto su preocupación por las ciencias sociales al crear, en 1941, el Centro de Estudios Históricos y, en 1943, el Centro de Estudios Sociales<sup>203</sup>. En los años cincuenta comenzó, como en el resto de América Latina, la institucionalización de las ciencias sociales. En 1951 se creó la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, lo que autonomizó la enseñanza de la sociología respecto del derecho.

En la década de 1950 el desarrollismo ya se había impuesto en toda América Latina, materializándose en el impulso a la industrialización. México, inserto en el contexto, replicó la lógica del Cono Sur donde las ciencias sociales se fortalecieron bajo los requerimientos del Estado, es decir, en palabras de Devés, las ciencias sociales se desarrollaron de forma instrumental más que reflexiva<sup>204</sup>.

Según Peter Smith, desde mediado de los años cuarenta y hasta fines de los cincuenta, México asistió al periodo de definición y consolidación de su sistema político, lo que comenzó a ser acompañado por un éxito en las políticas económicas. Mientras el Estado desarrollaba medidas proteccionistas para respaldar el ímpetu industrializador, el agro sufrió su propio impulso. Se generó un estímulo agrícola que implicó un aumento en la producción, la cual no solo abasteció al mercado local sino que se destinó también a la exportación. Por otro lado, el paradigma desarrollista centraba sus esfuerzos en los sectores medios urbanos, que fueron favorecidos por la mantención artificial de muy bajos precios en los productos agrícolas. En definitiva, un Estado interventor mantuvo los beneficios y, con ello, la adhesión de los sectores urbanos. La mantención de la paz social corrió por cuenta de los subsidios estatales del Estado de bienestar<sup>205</sup>.

Las décadas de 1940 y 1950 presentaban a México como un ejemplo de estabilidad institucional y paz social. No obstante, el régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI) ya manifestaba sus primeras

---

<sup>202</sup> Reyna, José Luis, La institucionalización de las ciencias sociales en México, pág. 281. Hélgio Trindade (coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XX, 2007.

<sup>203</sup> *Ibid.*

<sup>204</sup> Devés Valdés, *op. cit.*

<sup>205</sup> Peter Smith, “México desde 1946”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina. Tomo XIII. México y el Caribe desde 1930*, Barcelona, Crítica, 1998.

figuradas: “la percepción de un partido político imbatible empezó a generar problemas que si bien no afectaron al sistema, sí contribuyeron a generar críticas políticas que, aunque la mayoría censuradas, dieron lugar al planteamiento de interrogantes que podrían ser abordadas por politólogos”<sup>206</sup>. “Llevados del espíritu optimista del decenio de 1950, algunos analistas presentaron el régimen como una estructura de partido único en proceso de modernización y democratización”<sup>207</sup>.

Esta tarea de mirar la particularidad de la realidad mexicana y analizarla críticamente recayó en la *Revista de Ciencias Políticas y Sociales* fundada en 1955, la cual tuvo un papel fundamental. Como órgano de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM se encargaba de difundir los estudios hechos en esa institución, pero también daba tribuna a estudios de otros intelectuales no ligados a la universidad. Por otro lado, el arribo a la dirección de la escuela de Pablo González Casanova generó un importante énfasis en los aspectos técnicos y metodológicos con la inauguración de cursos de metodología y teoría donde reinaba el paradigma funcional estructuralista.

Hacia el final de la década, las instituciones que albergaban a los científicos sociales estaban ya asentadas y en proceso de consolidación. Hasta entonces se habían llevado a cabo estudios referentes a la población campesina, indígena y urbana. El desarrollo en perspectiva latinoamericana era una aspiración viable debido al “milagro mexicano”, como lo sentía una parte de la población. Sin embargo, el sistema político ya evidenciaba los primeros rasgos de autoritarismo. Sobre esta realidad se hicieron sentir los efectos de la ola revolucionaria impulsada por la Revolución cubana.

Esta generó reacciones diversas en los distintos sectores políticos y sociales. Los grupos descontentos con la realidad política local “creyeron que su ejemplo promovería movimientos populares independientes del partido oficial en el poder [...] [mientras que] los capitalistas atemorizados sacaron los capitales del país, organizaron una lucha anti-comunista y pidieron al gobierno seguridad de que el modelo cubano no influiría en la política económica nacional”<sup>208</sup>.

No obstante, como en el resto de Latinoamérica, la influencia dependió de las condiciones internas. En México los conflictos sociales tenían ya una larga data y, dentro de ellos, los sindicales comenzaron a agudizarse hacia fines de la década de 1950. En 1958 se desató en el país un ciclo de huelgas. Las razones aludidas por los trabajadores eran el estancamiento de los salarios, el aumento del costo de la vida y la

---

<sup>206</sup> Reyna, *op. cit.*, pág. 284.

<sup>207</sup> Smith, *op. cit.*

<sup>208</sup> Olga Pellicer de Brody, “La Revolución cubana en México”, *Foro Internacional*, Vol. VIII, N° 4 (32), abril-junio de 1968, pág 360

obligatoriedad de que los sindicatos afiliaran a sus socios al PRI. La coyuntura electoral le dio fuerza al movimiento y el gobierno respondió a través de la represión. Los efectos de la fuerte respuesta gubernamental al movimiento huelguista fueron el repliegue y la desarticulación, por lo que no se puede hablar de un impacto sobre los trabajadores, sino más bien sobre los intelectuales, los estudiantes, la izquierda al interior del PRI y la izquierda independiente<sup>209</sup>.

El periodo que se inició con el gobierno de Adolfo López Mateos (1958-1964) combinó las acciones populistas, la retórica antiimperialista e incluso la declaración de identidad “ultraizquierdista” con una fuerte represión a los movimientos sindicales y una, más selectiva, a personajes destacados, como intelectuales y líderes opositores:

En 1959 David Alfaro Siqueiros, el pintor de renombre internacional, fue encarcelado (y no recuperó la libertad hasta 1964). [...] No les fue mejor a los líderes campesinos, y el caso más escandaloso fue el de Rubén Jaramillo, viejo zapatista de Morelos que había bajado de las montañas con sus guerrilleros con el fin de aceptar una amnistía y una tregua ofrecidas por el propio López Mateos. Al ver que las lisonjas presidenciales no se traducían en tierra para su gente, Jaramillo ordenó la ocupación de campos que eran propiedad de políticos destacados. Se celebraron infructuosas negociaciones que quedaron en punto muerto, y en la primavera de 1962 Jaramillo y su familia fueron hallados muertos. Nadie dudó que la orden de asesinato había venido de Ciudad de México<sup>210</sup>.

Esta situación tampoco cambió con su sucesor Gustavo Díaz Ordaz. Las críticas al modelo empezaron a darse desde abajo y desde arriba. En la base, por parte de quienes no alcanzaban a recibir los beneficios del modelo y, arriba, por quienes planteaban críticas que lograron definirse en conceptos complejos como democracia, imperialismo, libertad, etcétera. Los procesos internos entroncaron con la influencia de la Revolución cubana, a la cual, como señalábamos, los intelectuales críticos adhirieron a través de la articulación en espacios académicos y políticos. En ese periodo se crearon dos revistas que fueron la plataforma desde donde actuó un grupo de intelectuales críticos: *El Espectador* y *Política*.

Por otro lado, la acción hostil norteamericana hacia Cuba generó, primero, una actitud, con el repudio de la invasión a Playa Girón —a través de una carta dirigida al presidente de la República, firmada por importantes intelectuales— y, después, un movimiento antiimperialista, con la creación, en 1961, del Movimiento de Liberación Nacional (MLN).

---

<sup>209</sup> Pellicer de Brody, *op. cit.*

<sup>210</sup> Smith, *op. cit.*, pág. 111.

“En un comienzo, el MLN estuvo dominado por algunos miembros del Círculo de Estudios Mexicanos, asociación de intelectuales de 1954”<sup>211</sup>. Además, entre los fundadores estaban quienes participaban en las revistas *El Espectador y Política*.

Entre los intelectuales que formaron parte del movimiento estuvieron Alonso Aguilar, Ignacio Aguirre, Valentina Bassols, Martha Bórquez, Enrique Cabrera, Guillermo Calderón, Cuauhtémoc Cárdenas, Jorge Carrión, Fernando Carmona, José Chávez Morado, Carlos Fuentes, Eli de Gortari, Mario Hernández, Jacinto López, Francisco López Cámara, Braulio Maldonado, Manuel Marcué Pardiñas, Manuel Mesa, Guillermo Montaña, Arturo Arona, Rafael Ruiz Harrel, Carlos Sánchez Cárdenas, Ignacio García Téllez, Enrique González Pedrero, Manuel Terrazas y Adelina Zendejas<sup>212</sup>.

El Movimiento de Liberación Nacional tenía el atractivo de convocar a la izquierda en general sin estar dirigido por ninguno de los partidos del sector, pero esto era también un inconveniente, ya que sus líderes intelectuales no tenían los conocimientos de táctica y estrategia necesarios para el desarrollo de un movimiento transformador<sup>213</sup>. La dificultad principal estaba en que el movimiento estaba formado por partidos que no habían logrado penetrar en los sectores populares a los que pretendía conducir, lugar que era ocupado por el PRI. “El paso de la cátedra universitaria a los medios campesinos no es fácil, y en todo caso no parece que los dirigentes del MLN haya podido darlo”<sup>214</sup>.

Mientras el activismo político de los intelectuales se volcaba hacia la crítica al imperialismo, la defensa del proceso cubano y la exigencia de aperturas en el proceso interno, las ciencias sociales continuaban su institucionalización. La década de 1960 y 1970 fueron años fructíferos para los estudios regionales y para las teorías del desarrollo, funcionalistas y cepalianas. La problemática central abordada en esos años tuvo relación con las poblaciones y su desarrollo. En ese contexto se fundó el Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED), que incorporó elementos sociológicos. Se crearon también revistas especializadas, como la *Revista Mexicana de Sociología* y la *Revista Mexicana de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales*, entre otras. Estas publicaciones tuvieron gran relevancia en el círculo de los estudios sociales y en la difusión y profundización de la teoría de la dependencia. Las instituciones académicas de ciencias sociales gozaron de una relativa autonomía y, siguiendo lo sucedido en

---

<sup>211</sup> *Ibid.*, pág. 373.

<sup>212</sup> *Idem.*

<sup>213</sup> *Idem.*

<sup>214</sup> *Loc. cit.*, pág. 381.

Latinoamérica, teorizaron e investigaron las problemáticas propias de las realidades de los países<sup>215</sup>.

El tensionamiento político tuvo varios escenarios; uno fue la universidad, donde el movimiento de protesta terminó con la matanza de Tlatelolco. Por otro lado, en el periodo asistimos al surgimiento y el desarrollo de organizaciones político-militares, que tuvieron un origen previo a los sucesos de Tlatelolco, pero que se masificaron con posterioridad. Sobre esta realidad radicalizada se instaló

... un régimen autoritario pragmático y moderado en vez del tipo celosamente represivo que apareció en el Cono Sur durante los años sesenta y setenta; un sistema inclusivo, dado a la cooptación y a la incorporación en vez de a la exclusión o el aniquilamiento; un sistema institucional en lugar de un instrumento personalista; y unos líderes civiles en vez de gobernantes militares. Dejando aparte otras cosas que puedan decirse, el régimen mexicano ha afrontado y, al parecer, resuelto uno de los problemas más difíciles que se les plantean a los regímenes no democráticos: el de la renovación de la élite y sucesión del ejecutivo<sup>216</sup>.

Un impacto fundamental en el desarrollo de las ciencias sociales y la crítica política tuvo la publicación del libro *La democracia en México*, de Pablo González Casanova. Esta obra “promovió la crítica, [...] usó teorías diversas poniéndolas a prueba en el terreno empírico”<sup>217</sup>. Con ella, González Casanova dio inicio a un periodo de impulso a la investigación de temas como la estructura de poder piramidal, el escaso nivel de participación política, la desigualdad social y el déficit democrático<sup>218</sup>. Por otro lado, la influencia teórica del estructural funcionalismo comenzó a ceder para dar paso a la del marxismo, lo que dio origen a publicaciones, cátedras, círculos de estudio y discusiones que sobrepasaron la academia para instalarse en la arena de lo político.

En las universidades se mantuvo el trato que el gobierno y los planteles mantenían desde los años veinte. Pese a las constantes tensiones, el gobierno actuaba con una violencia controlada contra los planteles y los estudiantes no habían generado hasta entonces ninguna acción que pusiera en entredicho su autoridad. Persistió, en definitiva, un respeto a las reglas del juego y un reconocimiento mutuo como actores políticos<sup>219</sup>. El movimiento de protesta de 1968 rompió con esto, al hacer confluír

---

<sup>215</sup> Reyna, *op. cit.*

<sup>216</sup> Smith, *op. cit.*, pág. 93.

<sup>217</sup> Reyna, *op. cit.*, pág. 297. Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, ERA, 1965.

<sup>218</sup> Reyna, *idem.*

<sup>219</sup> Smith, *op. cit.*

una serie de elementos: por un lado, un politizado movimiento estudiantil influido por el marxismo y la Revolución cubana y, por el otro, un Estado cuestionado y tensionado hacia la lucha anticomunista. El resultado fue una fuerte represión que terminó con cientos de estudiantes muertos y heridos.

El movimiento de 1968 no estuvo dirigido por ningún partido en particular, pero la politización del periodo implicó que muchos de los estudiantes e intelectuales que lo componían formaran parte de diversas organizaciones de izquierda. Para Silvia González Marín, “[l]a rebelión de los estudiantes mexicanos formó parte de la gran ola de agitación juvenil de tintes revolucionarios que entonces abarcaba al mundo entero, pero fue sobre todo reflejo de la inconformidad popular ante el autoritarismo, la injusticia y la desigualdad que estaba en la otra cara, en el lado oscuro del ‘milagro mexicano’”<sup>220</sup>. Héctor Zamitiz agrega que “los líderes políticos e intelectuales estaban dominados por una convicción revolucionaria que concebía las demandas democráticas como el inicio de un movimiento radical y que consideraba a la ‘democracia formal’ como un subterfugio de la clase dominante. En este proceso las demandas democráticas eran un medio y no un fin”<sup>221</sup>.

En 1968 se rompió la relación de cooperación entre el Estado y los intelectuales. Si tras la Revolución, estos colaboraron con este sacrificando su independencia, la acción represiva del gobierno con los estudiantes terminó convirtiéndolos en críticos y autónomos respecto del poder. El vínculo entre la universidad y el régimen corrió la misma suerte: lo que había sido una relación de colaboración y reconocimiento mutuo, terminó convirtiéndose en antagonismo:

Entre los intelectuales, como entre los jóvenes, la represión contra el movimiento estudiantil tuvo un efecto decisivo: rompió la imagen del Estado y puso en cuestión la legitimidad del régimen. Con la represión del movimiento estudiantil terminó un ciclo de la cultura en México. Las relaciones entre el gobierno y los intelectuales sufrieron una transformación radical<sup>222</sup>.

En 1958 y 1959, la represión logró desarticular el movimiento social activo de los sindicatos y, en 1968, el de los estudiantes. No obstante, el segundo caso refrendó las convicciones de la izquierda revolucionaria, lo que significó que si bien algunos atemorizados dejaron la movilización,

---

<sup>220</sup> Silvia González Marín, *Diálogos sobre el 68*, México, UNAM, 2003, pág. 9.

<sup>221</sup> Héctor Zamitiz, “El debate político e intelectual en México”, *Estudios Políticos*, N° 15, UNAM, mayo-agosto de 2007, pág. 216, recuperado de <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rep/article/view/37163>.

<sup>222</sup> *Ibid.*, pág. 217.



otros respondieron con el desarrollo de una variedad de organizaciones políticas y político-militares, con las que se buscó contestar a la violencia con violencia.

De las organizaciones políticas que abrazaron la crítica desde la institucionalidad, la más destacada fue el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), fundado en 1974 por varios intelectuales, entre los cuales Heberto Castillo, ingeniero y académico de la Universidad Nacional Autónoma de México al momento del estallido universitario de 1968. A raíz de su participación en las movilizaciones, Castillo fue encarcelado. Luego de cuatro años en prisión salió y formó el PMT junto a otras personalidades académicas e intelectuales, como Octavio Paz y Luis Villoro.

Respecto de las organizaciones revolucionarias, si bien su origen fue anterior a la crisis del 68, como se dijo, dicha coyuntura las multiplicó. Pero lo que surgió no fue la organización de un malestar amplio que se constituyó en partido, sino la creación de organizaciones alejadas de las masas con una fuerte estructura burocrática. A juicio de José Quiroz:

En lugar de una nueva izquierda autónoma, plural, heterodoxa, democrática en su funcionamiento interno y en su relación externa con la sociedad, proliferaron las sectas dogmáticas, vanguardistas, antidemocráticas y paternalistas en su relación con los estudiantes no politizados y con la sociedad, a los que veían como objetos a “concientizar”. Maoístas, guevaristas, trotskistas, reformistas, nacionalistas, neopopulistas, entre otros, acabaron constituyendo versiones renovadas de la vieja izquierda con su pasado dogmático y autoritario. Los destellos de una nueva izquierda que atravesaron las diferentes vertientes democratizadoras durante el movimiento, que coexistían críticamente con la diversidad, no se concretaron. Sus miembros no tenían experiencia organizativa –pues nacieron al calor del movimiento, no de las viejas organizaciones leninistas, y fueron rebasados por las nuevas formaciones partidarias de las vanguardias tradicionales, que aprovecharon una vigorosa oferta de militantes deseosos de dar continuidad a su activismo reciente en el ME [movimiento estudiantil]. Al final, los beneficiados con esos nuevos cuadros fueron ciertas organizaciones que, salvo algunas excepciones, reprodujeron los peores vicios de la vieja izquierda<sup>223</sup>.

Otros autores, como Héctor Pedraza, señalan, sin embargo, que la opción armada en México estaba plenamente justificada porque “la violencia estructural del capitalismo es mucho mayor y tiene múltiples

---

<sup>223</sup> José Othón Quiroz Trejo, “Nuestros varios sesenta y ochos: memorias y olvido, mitos e institucionalización”, *Sociológica*, Vol. 23, N° 68, septiembre-diciembre de 2008, pág. 136.

formas”<sup>224</sup>. Bajo este argumento, la guerrilla en México tuvo varias expresiones y ciclos: “a) la guerrilla de Madera, Chihuahua, que abortó, pero dio un ejemplo; b) la guerrilla rural del estado de Guerrero; c) la guerrilla urbana del periodo 1969-1973; d) la Liga Comunista 23 de septiembre, el principal esfuerzo de unificación de todos los grupos actuantes en el territorio nacional entre 1973 y 1982; y e) las secuelas guerrilleras totalmente amortiguadas, del periodo 1982-2008”<sup>225</sup>.

Universitarios y profesionales nutrieron dichos grupos, pero es difícil señalar si la articulación de estos respondió a una interpretación compleja de la realidad que cuajó en un proyecto emancipador o simplemente se dio como una respuesta mecánica violenta a la violencia institucional. Miembros del magisterio se convirtieron en líderes de las organizaciones político-militares; entre ellos los más destacados fueron Genaro Vásquez Rojas y Lucio Cabañas, profesores y líderes sindicales. Por otro lado, Raúl Ramos Zavala, economista y académico de la UNAM, inspirado en los escritos de Marighella, conformó un grupo denominado Los Procesos.

Hubo otros, además, que recogiendo la tradición mexicana de lucha campesina indígena y haciendo una síntesis con la ideología maoísta se trasladaron al campo para desarrollar la lucha armada. En los años setenta hubo tres grupos principales de origen maoísta: Política Popular, Organización Regional Compañeros y la Sección Ho Chi Minh (que venía de los Espartacos):

Política Popular fue formada en 1969 por un joven mexicano, Adolfo Oribe Belinguer, recién llegado de París donde lo influyó el pensamiento maoísta francés. Desde su arribo a México empezó a dar clases en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México y en el Instituto Politécnico Nacional, e hizo contacto con los líderes medios del movimiento estudiantil. También hizo contacto con algunos grupos campesinos, actuando de asesor. Formó Política Popular con un grupo de profesores y estudiantes<sup>226</sup>.

El quiebre también implicó al paradigma interpretativo. Desde la perspectiva de la política, se dio una reflexión respecto de cuál era el sujeto de la revolución y cuáles podían ser las formas de lucha, lo que

---

<sup>224</sup> Héctor Pedraza Reyes, “Apuntes sobre el movimiento armado socialista en México (1969-1974)”, *Nósis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, Vol. 17, N° 34, agosto-diciembre de 2008, pág. 96.

<sup>225</sup> *Ibid.*

<sup>226</sup> Vivienne Bennett y Julio Bracho, “Orígenes del Movimiento Urbano Popular Mexicano: pensamiento político y organizaciones políticas clandestinas 1960-1980”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 55, N° 3, julio-septiembre de 2003, pág. 94.

generó una crítica hacia la actitud pasiva de académicos y universitarios conminándolos a abandonar la actitud burguesa y tomar las armas. Se planteó también la recuperación del campesino como sujeto de la revolución, por influencia de las experiencias de China y Cuba, y, en paralelo, el desarrollo de algunas experiencias guerrilleras urbanas donde se reivindicaba el papel de “las masas”.

En términos académicos, “nuevos temas de investigación empezaron a ser abordados. Un interés especial surgió sobre la estructura de los grupos dominantes. Quiénes eran las elites se convirtió en un objetivo prioritario de estudio. [...] Otras problemáticas que surgieron en este periodo fueron la ruralidad, la pobreza y el Estado”<sup>227</sup>. Según Quiroz, al leer “sociológicamente los acontecimientos de 1968, el movimiento puso en duda el ámbito y la capacidad de explicación de conceptos como movimiento social, clases, pueblo, masas, turbas, multitud. Incluso la unidad política que los legisladores le atribuían al pueblo estorbaba sus acciones y su definición conceptual”<sup>228</sup>.

Estas nuevas preguntas y sus respuestas eran tensionadas desde el contexto político y social, pero, a la vez, eran posibles de abordar debido a la consolidación de las ciencias sociales mexicanas. Contribuía a esto que los años setenta “presenciaron la creación de nuevas instituciones públicas de educación superior tales como la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y nuevos campus pertenecientes a la UNAM cuyo propósito era desconcentrar la Ciudad Universitaria. Dichos espacios se distribuyeron en la zona metropolitana de la ciudad de México”<sup>229</sup>. En 1974 se fundó el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), dedicado al análisis económico, las políticas públicas y su administración<sup>230</sup>.

En la medianía de los años setenta un grupo de pensadores venidos desde el Cono Sur nutrieron el ambiente intelectual mexicano. “México abrió sus puertas a los nuevos trasterrados. Un flujo importante de académicos vino de Chile. Después llegarían los perseguidos por la guerra sucia que se desató en Argentina, también a mediados de los setenta. Diversas instituciones se beneficiaron con ese nuevo flujo de ‘migrantes calificados’. Una de ellas fue la FLACSO, cuya sede se inauguró en México en 1975”<sup>231</sup>.

México se vio favorecido en el desarrollo de sus ciencias y humanidades por la política de recepción de los exiliados de distintas partes del mundo, muchos de ellos importantes intelectuales que

---

<sup>227</sup> Reyna, *op. cit.*, pág. 305.

<sup>228</sup> Quiroz, *op. cit.*

<sup>229</sup> Reyna, *op. cit.*, pág. 303.

<sup>230</sup> *Idem.*

<sup>231</sup> *Ibid.*, pág. 303.

encontraron en dicho país una favorable infraestructura para sus contribuciones intelectuales. Los primeros que llegaron fueron los españoles que venían huyendo de la guerra civil y que fundaron la Casa de España, antecedente del Colegio de México. En los años sesenta, esta política de recepción favoreció a los intelectuales de Brasil y Argentina, principalmente, y en los setenta a los chilenos.

Las razones para elegir el país donde vivir el exilio fueron muchas. En el caso de los brasileños, sus militancias y compromisos con la revolución pesaron en la elección, como le sucedió a Ruy Mauro Marini, militante de la POLOP, cuyo destino fue decidido por la organización. Theotonio dos Santos, recuerda cómo fue la salida de Ruy Mauro Marini desde el Brasil dictatorial a México:

Nosotros habíamos designado a Ruy Mauro salir por México, [...] él salió de la prisión con un proceso aún en curso y las condiciones de vivir legalmente eran muy difíciles y tuvo que entrar en una situación ilegal. Además, nosotros necesitábamos que él fuera a buscar una relación con Cuba ya que estábamos en ese proceso de articulación con la lucha armada, entonces la idea de la relación con los cubanos era tener una posición importante ahí. Entonces él llega, pero no pudo salir de México, no pudo ir a Cuba [...] él fue por decisión de la organización, pero después se fue apartando, porque nosotros vimos que el camino del foco estaba dominando la región con efectos muy negativos<sup>232</sup>.

Marini se instaló en México sin demasiadas redes, pero logró vincularse al Colegio de México a través del Centro de Estudios Internacionales (CEI). Se reencontró con André Gunder Frank, a quien conocía desde la estadía de este en Brasil, y, a través de él, tomó contacto con intelectuales y militantes políticos mexicanos<sup>233</sup>. En 1966, en el CEI, asumió la cátedra sobre historia diplomática de América Latina, lo que le permitió, bajo la perspectiva del análisis marxista, influir en los estudiantes y su politización, misión que prosiguió luego al asumir algunas cátedras en la UNAM en 1968. Junto con las actividades formales en los centros académicos, Marini realizó un seminario de lectura de *El Capital*, lo que era una experiencia inédita, pero que luego fue reproducida por los participantes con diversos actores dentro de los círculos políticos e intelectuales mexicanos<sup>234</sup>.

---

<sup>232</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, en julio de 2013.

<sup>233</sup> Ruy Mauro Marini, “Memoria”, en *El maestro en rojo y negro. Textos Recuperados*, Quito, Instituto de Altos Estudios Nacionales, 2012.

<sup>234</sup> *Ibid.*

Los sucesos de 1968 trajeron consecuencias para Marini. La publicación de un artículo de su autoría sobre el movimiento estudiantil brasileño en el periódico *El Día* fue motivo de conflicto con el gobierno:

—sumado a mis antecedentes políticos, mi actividad docente y una conferencia pública, en el Colegio, sobre la cuestión estudiantil latinoamericana— hizo pesado el ambiente que me rodeaba, hasta en mi casa (que pasó a ser vigilada y a sufrir censura telefónica). [...] Cuando en octubre tuvo lugar la represión gubernamental, con la masacre de Tlatelolco, mi situación se tornó insostenible<sup>235</sup>.

Marini recibió la versión oficial sobre el porqué de la vigilancia de la que era objeto: “Los buenos muchachos mexicanos habían sido envenenados por agitadores extranjeros y se habían vuelto contra su país”<sup>236</sup>. Casi un año después dejó México rumbo a Chile.

Como Ruy Mauro Marini, muchos fueron los intelectuales latinoamericanos que vivieron más de un exilio, algunos en México. Algunos crearon escuela: “Sergio Bagú, René Zabaleta, Ruy Mauro Marini, José Nun, Agustín Cuevas, Juan Carlos Marín, Francisco Zapata, María Luisa Tarrés, Luis Maira, Juan Carlos Portantiero, entre otros”<sup>237</sup>. Mientras los países del Cono Sur vieron retroceder los estudios sociales y humanistas por la represión a los intelectuales, mayoritariamente de izquierda, México vivió un periodo de consolidación. Al igual que Chile en los años sesenta y primeros setenta, gozó de una robusta infraestructura académica donde acogió a los intelectuales exiliados, aunque el contexto político no era el mismo.

### **Desarrollo de las ciencias sociales en Argentina: la autonomía de los académicos**

Las ciencias sociales en Argentina se desarrollaron, a diferencia de Brasil y Chile, en un marco dictatorial, pero, al igual que otros intelectuales, sus exponentes lograron mantener una relativa autonomía respecto de la intervención del Estado. Solo así se explica que en este mismo periodo la Universidad de Buenos Aires tuviera como rector a un historiador socialista como José Luis Romero y que se creara, además, un grupo de instituciones autónomas desde donde los pensadores desarrollaron su trabajo académico. La influencia más gravitante que recogieron las ciencias sociales fue la de Gino Germani.

---

<sup>235</sup> *Loc. cit.*, pág. 71.

<sup>236</sup> *Idem.*

<sup>237</sup> Reyna, *op. cit.*, pág. 305.

En un contexto más amplio, las ciencias sociales en Argentina se desarrollaron a la par que el proceso de emergencia de nuevos actores políticos, la crisis del orden oligárquico y la búsqueda del desarrollo. Pero a diferencia de la realidad chilena, por ejemplo, la burocracia estatal argentina dio poco lugar para la integración de intelectuales y científicos sociales como asesores, expertos que debatieran con los gobiernos o que ocuparan cargos políticos con el fin de conducir el desarrollo del Estado u orientar las políticas desarrollistas que se aplicaron en el continente durante el periodo estudiado. Las razones principales de este distanciamiento fueron dos: la primera es que la democracia argentina estuvo intervenida de manera recurrente por la acción militar desde los años veinte y que la burocracia estatal cooptada por los militares no estuvo abierta a los intelectuales; la segunda es que, en términos ideológicos, se instaló y legitimó como lectura de la realidad el pensamiento nacionalista, que más tarde derivaría en un nacionalismo popular, lo que excluyó otras lecturas y otras propuestas.

Argentina fue sede de la primera cátedra de sociología en América Latina, la cual se estableció en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1898<sup>238</sup>. Para 1920, la Universidad Nacional del Litoral creó un doctorado en ciencias políticas y en 1947 se creó el Instituto de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA<sup>239</sup>. Ello gatilló el proceso de institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales en el país, lo que implicaba superar las cátedras y comenzar a desarrollar investigación. Para Silvia Sigal:

En la Argentina el “Intelectual” o la intelligentsia fueron durante mucho tiempo categorías sospechosas. Los grupos nacionalistas de derecha que tuvieron su auge a comienzos de los 30 reivindicaron, por cierto, el rol privilegiado de una intelligentsia capaz de dirigir los destinos del país, al igual que otros grupos de Europa o, más próximos geográficamente, en Brasil. La singularidad argentina residió, en cambio, en el durable estigma –“la dureza de corazón de los hombres cultos” citada por Jauretche– que pesó sobre la noción de intelectual, gracias a la prédica del nacionalismo popular desde los años 40 y que el advenimiento del peronismo no hizo más que agravar<sup>240</sup>.

En 1930 se creó la institución más importante fuera del ámbito universitario para el desarrollo de las ciencias sociales: el Colegio Libre de

---

<sup>238</sup> Gerónimo de Sierra, Manuel Antonio Garretón, Miguel Murmis y Helgio Trindade, “Las ciencias sociales en América Latina en una mirada comparativa”, en Helgio Trindade (coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XXI, 2007.

<sup>239</sup> *Idem*.

<sup>240</sup> Sigal, *op. cit.*, pág. 28.

Estudios Superiores, espacio que fue vital para la autonomía intelectual durante los años del peronismo y que acogió a muchos de los pensadores desplazados en ese periodo<sup>241</sup>. Los intelectuales argentinos, de tradición liberal, se convirtieron en críticos del gobierno de Juan Domingo Perón, mientras que este integraba en puestos de poca influencia a algunos nacionalistas de sello católico y a radicales que aplaudían el intervencionismo militar:

Desde el surgimiento del peronismo, apareció un grupo de intelectuales que apoyó el movimiento, aun sabiendo que su ideología casi los condenaba al rechazo de sus pares. Dentro del mundo letrado, confluían personajes tan disímiles ideológicamente como Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz, ambos con sensibilidad popular, provenientes de sectores yrigoyenistas del Partido Radical, pero también Gustavo Martínez Zuviría, un escritor perteneciente a una familia patricia y ferviente militante religioso, nacionalista y antisemita<sup>242</sup>.

Caracterizado por un antiintelectualismo más pronunciado aún que el de otros populismos, su política cultural se limitó, esencialmente, a una gestión autoritaria –directa o indirecta– que su decisión de no compartir el control de los medios masivos (radio, cine, prensa) puso rápidamente de manifiesto<sup>243</sup>.

Respecto de las restricciones impuestas a intelectuales y espacios de ideas, la Ley 13.031 señalaba:

Los profesores y alumnos no deben actuar directa ni indirectamente en política, innovando su carácter de miembros de la corporación universitaria, ni formular declaraciones conjuntas que supongan militancia política o intervención en cuestiones ajenas a su función específica, siendo posible quien incurra en trasgresión a ello de suspensión cesantía, exoneración o expulsión, según el caso<sup>244</sup>.

---

<sup>241</sup> Miguel Murmis, “Sociología, ciencia política, antropología: institucionalización, profesionalización e internacionalización en Argentina, en Helgio Trindade (coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XX, 2007.

<sup>242</sup> Nicolás Parrilla, “La relación del peronismo con los intelectuales”, *El Clarín*, 6 de marzo de 2013, recuperado de [http://www.clarin.com/mundos\\_intimos/relacionperonismointelectuales\\_0\\_877712452.html](http://www.clarin.com/mundos_intimos/relacionperonismointelectuales_0_877712452.html).

<sup>243</sup> Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pág. 45.

<sup>244</sup> Citado por Gilman, *op. cit.*, pág. 47.

El pragmatismo ideológico del peronismo determinó que a los intelectuales liberales y de izquierda, más que ser perseguidos se les negaran los espacios de difusión de ideas lo que, sin embargo, no mermó el desarrollo del movimiento intelectual en los ámbitos extra estatales, que se convirtieron en espacios de crítica y oposición al Estado<sup>245</sup>.

Las revistas y editoriales fueron también un espacio alternativo para el desarrollo de la vida intelectual. La mayoría de ellas estaba en manos de antiperonistas. Un ejemplo es la revista *Imago Mundi*, dirigida por José Luis Romero, editada entre 1953 y 1956, tiempo en el que llegó a publicar 12 números. “En ellos se despliega el proyecto de una ‘Universidad en las Sombras’, alternativa a la oficial, cuyas puertas permanecían férreamente clausuradas para estos intelectuales<sup>246</sup>. Esta revista, dedicada a las ciencias sociales, compendia artículos de gran calidad que contrastaban con la producción y la publicación de baja calidad que en ese momento era la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, convertida en tribuna del integrismo católico. El enfrentamiento entre la visión civilizatoria y la nacionalista se dio de preferencia entre los historiadores y fue la segunda posición la que se impuso. El resto de los intelectuales estuvo más alejado de la construcción del relato identitario de Argentina.

El proceso de plena institucionalización, expansión y consolidación de las ciencias sociales ocurrió después de 1955, en el marco de una dictadura militar que generó la coyuntura para que estudiantes y académicos reaccionaran para cambiar la lógica peronista frente a la cultura. No es que la nueva autoridad desarrollara un proceso de fomento hacia la academia, sino que “los estudiantes estuvieron en condiciones de obtener un control de facto de las universidades”<sup>247</sup>.

José Luis Romero fue nombrado interventor en la Universidad de Buenos Aires y estuvo a cargo de desarrollar las elecciones de rector. En 1958 se eligieron nuevas autoridades con la participación de estudiantes, académicos y egresados y al frente de la UBA quedó Risieri Frondizi. Como contraparte se autorizó la creación de universidades privadas, las que estuvieron en manos, principalmente, de la Iglesia, y en las que se crearon inmediatamente carreras de ciencias sociales. Según Murmis, la investigación y la docencia en las universidades públicas y privadas se

---

<sup>245</sup> Según Flavia Fiorucci, Perón buscó la adscripción de intelectuales pero solo incorporó a la red burocrática a figuras menores. La razón principal, según la autora, es que si bien el peronismo podía desear la integración de los intelectuales, exigía de estos una lealtad absoluta, lo que era más fácil de conseguir integrando figuras de poco impacto. Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires, Biblos, 2011.

<sup>246</sup> Oscar Terán, *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales (1810-1980)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pág. 269.

<sup>247</sup> Murmis, *op. cit.*, pág. 58.



desarrollaron sin diálogo entre sí, transitando ambas por caminos separados.

En 1957 se creó, promovida por Gino Germani, la carrera de sociología en la Universidad de Buenos Aires, periodo en el cual se revitalizó también el Instituto de Sociología. En 1959 se configuró la licenciatura en sociología en la Universidad Católica Argentina y en 1963 en la Universidad de Salvador. En este mismo periodo, las carreras de ciencias políticas y antropología se abrieron en distintas universidades del país, lo que generó un diálogo disciplinario entre ellas.

En Argentina, “nos encontramos con la paradoja de que el impulso crucial de afirmación de las ciencias se dio en un contexto no solo de agotamiento del modelo de ‘sustitución de importaciones’, sino en el marco dictatorial de la llamada Revolución Libertadora, que desplazó a Juan Perón del gobierno. Lo particular fue que la dictadura pactó una cierta neutralidad con los científicos y dio una muy importante autonomía a la Universidad de Buenos Aires”<sup>248</sup>. Se pasaba de un contexto de bajo estímulo a las ciencias sociales y humanidades y la restricción de estas a la interpretación nacionalista de la realidad, a la recuperación de la autonomía universitaria y la apertura de otros paradigmas interpretativos. Es desde ese ángulo que fue leído ese momento por los intelectuales y los estudiantes universitarios, quienes apenas ocurrido el golpe lo veían como “liberación nacional”.

En el plano económico, Raúl Prebisch fue el encargado de levantar un diagnóstico e idear e implementar un plan económico para superar la crisis económica. El Plan Prebisch, como quedó bautizado desde ese momento, intentó romper con la dicotomía instaurada desde el pensamiento nacionalista entre el país agroexportador y el industrial<sup>249</sup> e inaugurar el desarrollismo propulsado desde la CEPAL en el continente. Prebisch tenía una importante carrera académica y burocrática asociada a los grupos conservadores y acusados de favorecer los intereses de los empresarios ingleses hasta que fue expulsado por el peronismo. La CEPAL lo convocó en 1948 para su dirección, función que cumplió hasta 1963.

El diagnóstico y el plan de Prebisch fueron criticados desde el nacionalismo por Jauretche, quien en su “El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje”, acusaba al economista de intentar devolver a la Argentina a la economía basada en la producción y la exportación de materias primas y, por lo tanto, a la dependencia económica. Aludía a una revancha de clase por el retroceso que esto significaría para los sectores obreros y criticaba

---

<sup>248</sup> Sierra *et al.*, *op. cit.*, pág. 17.

<sup>249</sup> Pablo Ponzá, *Intelectuales y violencia política, 1955-1973*, Córdoba, Babel, 2010.

la gran participación que tenían en la implementación del plan los capitales extranjeros que llegaban al país en forma de préstamo<sup>250</sup>.

Puesto que el desarrollo de las ciencias sociales en Argentina, al igual que el del resto de las ciencias, las humanidades y las artes, no contó con un Estado que las impulsara y las financiara, el fortalecimiento de estas áreas corrió por cuenta de la creación de fuertes organizaciones privadas y muy tempranos financiamientos externos. Esto generó dos características y una importante consecuencia: en primer lugar, que pese a la actitud ideológica de los intelectuales que rechazaban la dominación o la subordinación del pensamiento local a los imperios, se aceptó el financiamiento desde “el centro”; en segundo lugar, los espacios privados y las universidades se vaciaron o robustecieron en directa relación con la intervención (desestructurante y no reorientadora) que los distintos gobiernos hicieron en el plano de la cultura. Como consecuencia, se generó, desde mediados de los años sesenta, una separación entre espacios institucionales –financiados internacionalmente e intervenidos o autónomos en relación con la política de turno– y un grupo de intelectuales radicalizados<sup>251</sup>.

Desde fines de los años cincuenta, en paralelo con el desarrollo institucional de las universidades, se siguió consolidando una institucionalidad paraestatal nutrida por una serie de grupos de estudio que adquirieron fuerza luego del golpe de 1966. Según Murmis, uno de los espacios creados en el periodo es el Centro de Estudios Socio-Políticos, ligado a la Juventud Socialista.

En 1958 se conformó uno de los centros de investigación y cultura más importante de la historia argentina, el Instituto Di Tella. Definido como una “institución pública pero no estatal”<sup>252</sup>, este era financiado por la Fundación Di Tella, que recibía fondos de la empresa Siam Di Tella, y la Fundación Ford. “En su origen el Instituto Di Tella se dividió internamente en tres centros con diferentes sedes: uno de ellos, quizás el más famoso por sus polémicas producciones, fue el de Arte, el otro el de Ciencias Sociales y, por último, el Centro de Investigaciones Económicas (CIE), que se erigió en el ámbito privilegiado de encuentro para los estudiosos de la economía y la configuración de las elites letradas asociadas con esta disciplina”<sup>253</sup>.

Ante la falta de escuelas de posgrado en Argentina, los investigadores salían del país, lo que permitió la configuración de las primeras redes intelectuales de carácter académico. Los destinos elegidos

---

<sup>250</sup> *Ibid.*, pág. 24. Arturo Jauretche, *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1955.

<sup>251</sup> Gilman, *op. cit.*

<sup>252</sup> *Idem*, pág. 112.

<sup>253</sup> Ponza, *op. cit.*, pág. 30.

por los científicos sociales argentinos van a ser Francia, Estados Unidos y Chile. En este último país el objetivo fueron los cursos de posgrado desarrollados por la FLACSO<sup>254</sup>.

El periodo que va desde 1956 a 1961 fue de refundación de las universidades. Varios de los académicos que habían sido excluidos de dichas instituciones por el peronismo fueron reincorporados y también otros nuevos, quienes generaron un recambio generacional. Hay una integración de centenares de académicos a la planta permanente y decenas de asistentes con dedicación exclusiva. Las ciencias sociales fueron las más beneficiadas de todo este proceso, ya que alcanzaron una fuerte difusión y expansión<sup>255</sup>.

Esta preocupación por la universidad no significó una actitud pasiva por parte de las comunidades estudiantiles y académicas. Las políticas universitarias y culturales fueron cuestionadas a veces y generaron movilización y debate. Los presupuestos fueron uno de los puntos en disputa; la exigencia de mayores recursos para la universidad y el cuestionamiento a los fondos extranjeros alentaron el debate. En 1959, el presidente Arturo Frondizi viajó a Estados Unidos y firmó un acuerdo de asistencia técnica que permitió la creación de la Comisión Nacional de Administración del Fondo de Apoyo al Desarrollo Económico (CAFADÉ), lo que despertó una importante discusión y protesta a propósito de la inconveniencia de la utilización de fondos del imperialismo para el desarrollo tecnológico en Argentina<sup>256</sup>.

Las ciencias sociales, en este contexto, adquirieron gran relevancia y lograron su institucionalización. Dentro de las actividades relevantes del periodo están la fundación de la Asociación de Sociología Argentina en 1960 y la realización, en Buenos Aires, de las Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología en 1962<sup>257</sup>. A juicio de Torcuato Di Tella, esos años significaron la profesionalización de la sociología, que consiguió “enajenarse no solo a la derecha más cerril sino también a una izquierda muy pronto influida por el modelo cubano y por las versiones radicalizadas del justicialismo”<sup>258</sup>.

No obstante, no todos los intelectuales pensaban igual. Para los pensadores marxistas que comenzaron a proliferar en los años sesenta, la profesionalización y la objetividad eran una actitud reaccionaria. Lejos de esa postura, abogaban por la vinculación entre los intelectuales y los

---

<sup>254</sup> Murmis, *op. cit.*

<sup>255</sup> *Ibid.*

<sup>256</sup> Juan Sebastián Califa, “El movimiento estudiantil reformista contra el Plan Cafade. Cientificismo, imperialismo, reestructuración universitaria y lucha política (1959-1960)”, *Redes*, N° 32, 2011.

<sup>257</sup> Sierra *et al.*, *op. cit.*, pág. 39.

<sup>258</sup> Citado en Ponza, *op. cit.*, pág. 32.

proyectos políticos. En este contexto, y por petición de los estudiantes, Silvio Frondizi inauguró una cátedra paralela sobre sociología argentina contemporánea en la carrera de sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires<sup>259</sup>.

En 1958, los intelectuales vieron en la candidatura de Arturo Frondizi una posibilidad de desarrollar un proyecto moderno y progresista desde una perspectiva desarrollista. El entusiasmo con su propuesta los llevó a ocupar cargos al interior de la administración pública. La posibilidad de salir de la dependencia los movilizó, sobre todo porque los intelectuales de izquierda habían sido fuertemente influidos por los diagnósticos levantados por la CEPAL que desnudaron los perjuicios de la dependencia para América Latina y terminaron recomendando la industrialización.

A juicio de Terán, la elite intelectual modernizadora irrumpió en el espacio político en el gobierno de Frondizi y lo hizo desde una serie de instituciones que se fundaron en ese periodo, como el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y la Editorial Universitaria de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA). Además, el desarrollo en la época de disciplinas como la sociología y la historia permitieron abandonar el análisis ensayístico sobre la realidad argentina y construir un relato que incluyera las teorías sociales venidas desde Europa y Estados Unidos<sup>260</sup>.

Los intelectuales se sintieron rápidamente defraudados por el gobierno de Frondizi, sobre todo porque las pretensiones de los sectores antiimperialistas fueron contradichas al darle un rol fundamental en el desarrollo del capitalismo argentino al empresariado extranjero. El carácter que asumió el gobierno fue leído por los intelectuales como una traición al intento por lograr el desarrollo. Bajo la mirada siempre vigilante de los militares, Frondizi actuó desde un “economicismo a ultranza que justificará concesiones en los demás terrenos y conformará una de las experiencias más traumáticas imaginables para quienes habían apostado a esa fórmula [...] cuestionado como pro-imperialista por la izquierda y como comunista por las fuerzas armadas e incluso por Perón”<sup>261</sup>.

La medida más resentida por parte de los intelectuales fue la privatización de la enseñanza universitaria, lo que terminó generando la ruptura entre Frondizi y los intelectuales progresistas<sup>262</sup>. El vacío, la

---

<sup>259</sup> Ponza, *op. cit.* Para más detalles sobre la importancia de Silvio Frondizi en el desarrollo del marxismo argentino ver Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

<sup>260</sup> Terán, *Historia de las ideas...*, *op. cit.*

<sup>261</sup> Oscar Terán, *Nuestros años 60*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993, págs. 120-121.

<sup>262</sup> *Ibid.*

confusión y la decepción que dejó el frondicismo fue reemplazado, más tarde, por un nuevo proyecto, el que instalaba la Revolución cubana.

Para un sector importante de los científicos sociales argentinos varios elementos confluyen que definirán el siguiente ciclo de desarrollo disciplinario: la decepción del proyecto nacionalista liderado por Frondizi; el desarrollo de las instituciones y los intelectuales debido al financiamiento recibido por las fundaciones Ford y Rockefeller (situación que generó fuertes críticas); la generación de redes internacionales; la influencia de la Revolución cubana, y la presencia permanente de los militares en la política. En ese contexto:

En 1960 entra en funcionamiento el Centro de Investigaciones Económicas, que en 1963 cuenta con once investigadores y seis becarios realizando posgrados en el exterior. Tres años más tarde se crea, impulsado por Gino Germani, el Centro de Sociología Comparada; rebautizado Centro de Investigaciones Sociales, tiene en 1966 once investigadores y siete asistentes. En 1965 se pone en marcha el Centro de Investigaciones en Administración Pública: seis becarios en 1965 y tres en 1966<sup>263</sup>.

En 1960 se creó también el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), que se constituyó en un centro de estudios y formación multidisciplinario, donde comenzó a publicarse en 1961 la revista *Desarrollo Económico*.

Los años sesenta se abrieron con un grado profundo de politización, con un proceso de movilización social en ascenso, un desarrollo del pensamiento crítico muy extendido y una radicalización de los sectores medios, especialmente en las universidades. Sobre esta realidad intervinieron nuevamente el ejército en 1966.

Los militares han sido un sujeto central en el desarrollo histórico de América Latina. Su influencia en los procesos políticos del continente ha estado siempre presente, aunque en lo relativo al carácter de su participación no hay consenso. Mientras que una línea interpretativa los reconoce como meros guardianes de los intereses de la clase dominante, otra ve en ellos un sujeto autónomo, con proyecto propio, que actúa rescatando del siglo XIX elementos del caudillismo latinoamericano. A este rasgo, el cuerpo militar le imprimiría su desarrollo como entidad institucional y un proyecto nacional, ubicado por encima de las clases y los intereses partidarios que se enfrentaron en el devenir latinoamericano.

Estas características están muy presentes en Argentina, donde la presencia de los militares en la política no constituyó una excepción, sino más bien una constante. Partiendo del rol que tuvieron en el sustento de

---

<sup>263</sup> Sigal, *op. cit.*, pág. 113.

los gobiernos oligárquicos decimonónicos, hasta el protagonismo político institucional de los años setenta, los militares en Argentina jugaron un papel importante en la configuración de los proyectos de poder desarrollados en el país. Si bien la debilidad de los partidos, las crisis institucionales y los afanes caudillescos generaron las instancias y las condiciones para su protagonismo en asuntos que debieron ser de orden civil, ellos asumieron ese rol convencidos de que poseían y debían materializar un proyecto país que superara las divisiones y se enfrentara a las amenazas que desafiaban a la nación, ya fueran estas el imperialismo o el marxismo.

En este sentido, para sus defensores, la figura de Juan Domingo Perón representó la acción caudillesca que tal vez no convocó a todo el ejército, pero que encarnó el proyecto de Argentina. Los militares que intervinieron en la década de 1960 y 1970, en cambio, representaron a la institución, formada bajo la lógica del enemigo interno, dispuestos a frenar la propagación del marxismo y previniendo la debacle nacional<sup>264</sup>.

La instauración de la dictadura de 1966 terminó con la autonomía universitaria decretada en el periodo anterior<sup>265</sup> y reforzó los centros académicos alternativos, lo que generó un nuevo repliegue de los intelectuales. Además, según Sigal:

... entre 1968 y 1974 se produjo una segmentación tan radical que no resulta fácil referirse a una sociología, a un campo sociológico: en un contexto de intensa politización de las capas medias y, en particular, de los sectores cultos, los circuitos profesionales se organizaron en sistemas sobre bases institucionales inconexas. La sociología “nacional” batallaba contra una sociología “marxista” en la universidad, mientras que los herederos de la sociología “científica” permanecían en centros de investigación privados y articulados a las redes de la comunidad internacional. Rara vez existieron debates. Lo usual fue la ignorancia recíproca a partir de la convicción, ella sí compartida, de que no existía nada en común entre la reflexión de unos y de otros<sup>266</sup>.

La división de la cual habla Sigal estaba sustentada en la cruenta represión que implementó la dictadura hacia los sectores intelectuales. La Noche de los Bastones Largos fue la más evidente y representó la lógica

---

<sup>264</sup> José del Pozo, *Historia contemporánea de América Latina*, Santiago, LOM, 2001. El autor categoriza a las dictaduras de Argentina, Brasil y Uruguay como dictaduras preventivas en la medida que evitan el desarrollo de movimientos de izquierda que aspiran a la toma del poder.

<sup>265</sup> *Ibid.* “El gobierno surgido del golpe de 1966 asumió el control de la enseñanza, la investigación y la aplicación de las ciencias sociales en el sector público, especialmente en las universidades nacionales”, pág. 67.

<sup>266</sup> Sigal, *op. cit.*, pág. 32.

con la cual los militares actuarían en los años sucesivos. La respuesta de los intelectuales fue la diáspora hacia instituciones privadas y el desarrollo de una sociología de carácter “nacional y popular” nutrida por la adscripción militante hacia las organizaciones de izquierda. El Instituto Di Tella fundó algunos centros en este periodo que acogieron a los intelectuales que salían en masa de las universidades.

Un grupo importante de pensadores no solo dejó la universidad sino también el país. Según cifras de Sigal, en 1966 solo en la Universidad de Buenos Aires se retiraron 8.600 académicos, muchos rumbo a Chile, Uruguay, México o Cuba<sup>267</sup>. Por su parte, la intelectualidad nacional a secas, que reivindicaba la matriz peronista, se fue instalando en las universidades:

El gobierno militar de 1966 comenzó con una dura política represiva contra la academia y los intelectuales. Proclamó su profundo compromiso con la fe católica y su voluntad de moralizar la cultura. Clausuró una muestra de arte del Instituto Di Tella y una revista humorística, consagró la nación al Sagrado Corazón de María, y prohibió la circulación del semanario uruguayo *Marcha* y de todo tipo de libros, entre ellos los de ciencias sociales<sup>268</sup>.

Según Rubinich, el periodo que se abrió en 1966 correspondió a una etapa de radicalización extrema de los sociólogos que se habían formado bajo la tutoría de la sociología científica, pero que correspondían a una nueva generación, crítica de sus padres intelectuales. Este momento fue precedido por la institucionalización de la disciplina y los primeros conflictos entre generaciones y le siguió la implementación de la Universidad Montonera, que no sería más que la materialización de la radicalización alcanzada en años anteriores<sup>269</sup>.

Entre La Noche de los Bastones Largos y la Universidad Montonera se desarrolló un fenómeno gatillado por la persecución política y la represión al mundo universitario, la llamada Universidad de las Catacumbas. Se trató de la creación de una serie de grupos de estudio en los que “participaban principalmente estudiantes y las discusiones giraban en torno a cuestiones académicas, sin embargo, con el cierre del debate

---

<sup>267</sup> Sigal, *op. cit.*, pág. 100.

<sup>268</sup> Murmis, *op. cit.*, pág. 71.

<sup>269</sup> Lucas Rubinich, “Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los años sesenta”, *e-I@tina* [en línea], Vol. 15, N° 60, 2017, recuperado de <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/2350>.

político y del espacio público, en muchos casos estos grupos terminaron siendo una vía de ingreso a la militancia política<sup>270</sup>.

Gregorio Klimovsky, filósofo y matemático argentino, refiriéndose a la universidad durante la dictadura de Juan Carlos Onganía, señala:

Sucedió que los psicoanalistas tenían mucho interés en oír mis opiniones epistemológicas generales, tanto interés que se formaron muchos grupos de estudio que yo dirigía, la famosa Universidad de las Catacumbas. Y así en el año 1966, me encontré con varios grupos de estudios. Económicamente me arreglaba perfectamente y era una experiencia muy interesante [...]. Además se formaron en aquel entonces los que llamaban Centros de Estudios. Yo estaba por supuesto en el Centro de Estudios de Ciencias, y dábamos cursos paralelos a los de la universidad<sup>271</sup>.

Para Sigal, la existencia de miles de grupos de estudio durante los periodos de represión evidencia la capacidad asociativa que habían adquirido los intelectuales argentinos a lo largo del siglo XX, lo que les permitía reproducir espacios académicos e incluso mantener grupos de investigación en los momentos de intervención universitaria<sup>272</sup>.

En esta época comenzaron a confluír una serie de elementos: el desarrollo de las ciencias sociales como tal, el impacto de la Revolución cubana y los propios sucesos políticos internos, coyunturas que tensionaron a los intelectuales. En el plano de lo local, fue la trascendencia del peronismo en la identidad obrera argentina lo que se convirtió en un “problema de investigación”<sup>273</sup> para los científicos sociales. Una vez asumida su importancia, la interpretación de la historia y las proyecciones para el desarrollo tuvieron un marcado acento nacionalista.

Este vuelco hacia la particularidad del desarrollo en Argentina implicó superar la teoría interpretativa sobre el sindicalismo peronista de Gino Germani y el rechazo de la interpretación simplista del “plato de lentejas”<sup>274</sup> y ver en la vinculación de Perón con las masas la expresión

---

<sup>270</sup> Shirley J. Moljo y Carina B. Moljo, “A treinta años del golpe militar en Argentina: aproximaciones a la historia del Trabajo Social”, *Katálysis*, vol. 9, N° 2, julio-diciembre de 2006, recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/1796/179613963013.pdf>.

<sup>271</sup> Leonardo Moledo. 9 vidas. Entrevista a Gregorio Klimovsky. En <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-2625-2005-11-13.html>

<sup>272</sup> Sigal, *op. cit.*, pág. 108.

<sup>273</sup> *Ibid.*

<sup>274</sup> Germani había explicado la adhesión al peronismo de los trabajadores argentinos desde el problema de la identidad. Para él, la clase obrera se había fundado con los obreros migrados a Argentina en pleno proceso de conformación



local del desarrollo del movimiento popular. Se entendió que no era un desvío o un defecto, sino el camino de Argentina a la transformación social. Esta interpretación de la realidad política argentina propició la vinculación militante de muchos intelectuales a la organización Montoneros en los años setenta. Sus precursores fueron Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos.

La formación de la Nueva Izquierda fue uno de los fenómenos locales más relevantes, que puede identificarse tanto como causa como consecuencia de la creación de nuevas interpretaciones de la realidad latinoamericana y argentina. En el caso específico que nos atañe, dos fueron las organizaciones más relevantes que se fundaron en esos años: El Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), en 1965, y Montoneros, en 1969. En síntesis, podemos afirmar que, más allá de la obvia influencia de la Revolución cubana, la formación de estas dos organizaciones respondieron a una lectura propia y local de la política.

En el caso del PRT, se repitió un fenómeno que se dio también en el resto de América Latina. Sectores trotskistas fundaron una organización adscrita a la lucha armada, la cual tenía como sujetos a los obreros, y que luego giró hacia una concepción guerrillera (y para algunos foquista) de la lucha por la construcción del socialismo<sup>275</sup>. Lo interesante en la relación entre intelectuales, trotskismo y política es que el trotskismo argentino alcanzó una relevancia mayor que en el resto de los países del continente, donde parece diluirse en la conformación de los grupos armados. En el caso argentino, morenistas y posadistas mantuvieron su autonomía en la crítica al giro guerrillero y reforzaron su posición sobre el movimiento de masas.

Por otro lado, en relación con el PRT y la militancia de los intelectuales, hay que destacar que si bien muchos de los que militaron en la organización no eran más que estudiantes universitarios al momento de ingresar a sus filas, más tarde se convirtieron en científicos sociales, historiadores, artistas, literatos, lo que influyó en el relato que se construyó *a posteriori* de los procesos de enfrentamiento político y desarrollo de la izquierda vividos en los años sesenta.

Finalmente, podemos destacar a los intelectuales que militaron en el PRT desde su fundación hasta su derrota militar en 1976. La experiencia

---

como clase, por lo que su débil identidad de clase había sido reemplazada por la identidad peronista. Por otro lado, la adhesión se explicaba por los beneficios materiales que los obreros habían obtenido durante el peronismo, a eso se le llamó “el plato de lentejas”. En Terán, *op. cit.*

<sup>275</sup> Respecto al PRT hay varios estudios hechos principalmente por investigadores argentinos entre ellos destacamos: Vera Carnovale, Los Combatientes. Historia del PRT-ERP, Buenos Aires; Pablo Pozzi, Por las Sendas Argentinas: el PRT-ERP la guerrilla marxista. Buenos Aires, Eudebea, 2001.

militante en esa área más importante ligada al PRT fue la conformación del Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC) en 1968, cuyo aporte fundamental y más revolucionario estuvo en el cine<sup>276</sup>. Fueron militantes destacados del FATRAC periodistas como Haroldo Conti y Humberto Constantini y el profesor de sociología de la UBA, Daniel Hopen, uno de sus más conocidos dirigentes<sup>277</sup>. Ana Longoni señala que “en un intento de impulsar la conformación de un ámbito común que reuniese a los diversos grupos culturales que estaban llevando a cabo experiencias de intervención política”<sup>278</sup> se convocó al primer encuentro artístico de Buenos Aires, Cultura 1968.

Cultura 68 se convirtió en un espacio de confluencia de intelectuales militantes e intelectuales comprometidos, lo que generó algunas discusiones y roces respecto del carácter de las intervenciones en actos públicos. Para los intelectuales comprometidos era importante mantener la actitud de independencia hacia los partidos, por lo que se quejaban del excesivo protagonismo que en los eventos de denuncia o en las intervenciones culturales adquirirían los intelectuales militantes, los que terminaban monopolizando las acciones.

Pero más allá de las diferencias entre intelectuales, al interior de Cultura 68 comenzó a generarse una gran división entre los que se consideraban pensadores y artistas antiimperialistas y los que eran acusados de servir al imperio. Una parte de la discusión tenía que ver con el trabajo mismo de los intelectuales que buscaban ser rupturistas en su campo y desarrollar expresiones revolucionarias. La otra polémica era la relativa al financiamiento. El debate en específico se dio en relación con los fondos que la Fundación Ford entregaba a los proyectos de investigación sobre marginalidad. Esta subvención fue leída como intervencionismo imperialista. Los científicos sociales asociados a los proyectos fueron acusados de colaboracionistas y los datos y las conclusiones obtenidos en las investigaciones fueron calificados de herramientas para la intervención del imperio en la realidad latinoamericana<sup>279</sup>.

---

<sup>276</sup> En el FATRAC participó un grupo de cineastas agrupados en “cines de base” liderados por Raymundo Gleyzer, un grupo de teatro popular integrado por artistas como María Escudero, y algunos escritores, psicoanalistas y músicos. No parece haber científicos sociales propiamente tales, pero sí periodistas, como Haroldo Conti y Humberto Constantini. Ver Nilda Redondo, *Haroldo Conti y el PRT: arte y subversión*, Buenos Aires, Amerindia, 2004.

<sup>277</sup> Ana Longoni, “El FATRAC frente cultural del PRT/ERP”, *Lucha Armada en la Argentina*, N° 4, septiembre-noviembre de 2005.

<sup>278</sup> *Ibid.*, pág. 27.

<sup>279</sup> Adriana Petra, “El ‘Proyecto Marginalidad’: los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural”, *Intervenciones*, N° 8/9, diciembre de 2009.

El Proyecto Marginalidad, que se desarrollaba como parte de los proyectos del Instituto Di Tella, estaba dirigido por José Nun y en él trabajaban investigadores como Juan Carlos Marín, Miguel Murmis, Ernesto Laclau, Néstor D'Alessio, Beba Balvé y Marcelo Nowerstein<sup>280</sup>. La crítica se levantó desde los sociólogos del FATRAC encabezados por Daniel Hopen y terminó por dividir a los científicos sociales impidiendo la materialización de un frente único en contra del imperialismo y la intervención militar<sup>281</sup>.

La polémica creció y terminó trasladando a las ciencias la discusión sobre la subordinación de las expresiones intelectuales al imperialismo y el rol del intelectual en el proceso revolucionario. En relación con el primer punto, se desarrollaron múltiples denuncias acerca de la penetración imperialista a través de estudios que servían a esos fines e instituciones que se prestaban como vehículo para el espionaje y el desarrollo de la contrainsurgencia. Acerca del rol del científico, se denunció a aquellos que eran colaboracionistas o cómplices del imperialismo y el militarismo, ya sea consciente o inconscientemente. "Como hombre científico dispuesto a impedir la fatal apropiación de nuestra práctica por parte de quienes consideramos como enemigos de los pueblos, y por lo tanto de nuestro pueblo, deberá orientar su energía a la destrucción de los males radicales de este proceso que le impide ser un frío espectador al riesgo de transformarlo en un rentado cómplice"<sup>282</sup>.

En el caso de Montoneros, la conformación de la organización respondió menos a las influencias externas y más a la propia interpretación del fenómeno peronista y a la tensión permanente entre los militares y la institucionalidad argentina. El peronismo, además, fue un movimiento mucho más amplio que el PRT, con una militancia más heterogénea. La proscripción del peronismo y la mantención de la lealtad obrera hacia el líder generaron que importantes grupos, hasta ahora no peronistas, de la sociedad argentina se volcaran, desde sus respectivas adhesiones políticas, hacia esta corriente. Desde el marxismo, el nacionalismo o el cristianismo, muchos jóvenes, y otros más experimentados, confluyeran en distintos movimientos peronistas en diversas partes de Argentina.

En los primeros años de la década de 1970 se dio un fenómeno denominado la Universidad Montonera, que ejemplifica el impacto de las nuevas visiones sobre los jóvenes, pero también sobre los académicos.

---

<sup>280</sup> Longoni, *op. cit.*

<sup>281</sup> Longoni, en el artículo citado, hace un análisis de un documento de la FATRAC redactado en 1969 sin nombre ni autor, pero que ha sido adjudicado a Hoper.

<sup>282</sup> Documento sin título, inédito, abril, Buenos Aires, 1969. Citado en Longoni, *op. cit.*, pág. 29.

En este ámbito, al “descubrimiento” del peronismo se sumó el rechazo a la intervención que la dictadura hizo en el espacio universitario en 1966. Esta intromisión generó una radicalización de las posturas, influidas, además, por la expansión del guerrillerismo en el continente. Para el caso cordobés, Lucas Lanusse<sup>283</sup> relata el vínculo existente entre el surgimiento de las primeras agrupaciones peronistas en la Universidad Católica de Córdoba y la radicalización de sacerdotes académicos de la casa de estudios:

El 18 de agosto de 1966, los estudiantes del Movimiento Integralista cordobés decidieron tomar la Parroquia Universitaria y realizar una huelga de hambre en protesta por la intervención universitaria. El integralismo era una agrupación de estudiantes católicos de la Universidad Nacional, nacida después del derrocamiento de Perón. Desde sus posiciones conservadoras originales, venía haciendo un giro hacia ideas más cercanas a un nacionalismo de izquierda identificado con el peronismo. Para la realización de la huelga de hambre contaron con la colaboración de los párrocos y del grupo de estudiantes conformado a su alrededor. En un comunicado, el integralismo exigía la renuncia del Ministro del Interior Enrique Martínez Paz y del rector de la Universidad de Córdoba. Pedían además que los cargos de rector y decanos fueran cubiertos por profesores “con autenticidad moral y autoridad intelectual”, la participación efectiva de los estudiantes en los organismos de gobierno universitario, y la inmediata puesta en marcha de un plan de transformación integral de la universidad, tendiente a lograr “una universidad identificada con las aspiraciones del pueblo y al servicio de los intereses nacionales”<sup>284</sup>.

La crítica desde y en relación con la universidad pronto fue superada por organizaciones que se planteaban la transformación a nivel macro, lo que derivó en la formación de la Agrupación Peronista Lealtad y Lucha en 1967, que más tarde recibiría el nombre de Peronismo de Base<sup>285</sup>. Un proceso similar se vivió en Santa Fe, donde los Colegios Mayores, institución formada por la Iglesia para dar alojamiento a los jóvenes, se transformaron en instancias de politización, de las que surgió más adelante el Ateneo y el Movimiento de Estudiantes de la Universidad Católica.

---

<sup>283</sup> Lucas Lanusse, “La Universidad Montonera. Agrupaciones estudiantiles católicas en Córdoba y Santa Fe y el origen de Montoneros. Citado en *Tiempos de cambios y utopías Estudiantes, asociaciones y federación en la UCC a fines de los '60* Marcela B. González.

<https://cultura.cba.gov.ar/wp-content/uploads/2020/05/JPHC-Revista-31-Tiempos-de-cambios-y-utop%C3%ADas.pdf>

<sup>284</sup> Lanusse, *op. cit.*

<sup>285</sup> *Ibid.*

En ambos casos las organizaciones universitarias se politizaron y adoptaron la lucha armada para luego confluir en la creación de una organización político-militar de carácter nacional: Montoneros. Los intelectuales estuvieron fuertemente vinculados a ella en su origen mismo a partir de la influencia de John William Cooke hasta el importante rol militante de Rodolfo Walsh. A eso podemos sumarle los debates que desde el cristianismo se daban en la revista *Cristianismo y Revolución* fundada en 1966, la cual se identificaba con el peronismo de izquierda, entendiéndolo como la identidad política que más hacía sentido al pueblo<sup>286</sup>.

Por otro lado, la politización y la radicalización de los estudiantes y los académicos de las universidades del país influyeron en que los primeros tuvieran una importante participación en el Cordobazo, lo que alentó aún más la certeza de que la lucha armada era factible y que se necesitaba la conducción de una organización político-militar que condujera la violencia popular que se había expresado en las jornadas de paro nacional de mayo de 1969. Montoneros y el recién fundado Ejército Revolucionario de los Pobres (ERP) fueron la expresión militar de las posturas revolucionarias que se propagaban por el país. La síntesis que se produjo entre un pensamiento nacionalista, un marxismo crítico y el politizado contexto dio paso a la configuración del peronismo revolucionario, la Universidad Montonera y un proceso importante de politización de los intelectuales y los espacios académicos:

Hay una cosa complicada que hay que recordar de aquel entonces. Y es que durante el intervalo que hay entre la caída de la dictadura de Onganía y hasta la aparición del otro golpe, el de Videla, hubo un momento en que los montoneros se quedaron con la universidad, estaba como rector en un momento determinado Villanueva, que anda dando vueltas por ahí. Fue un periodo inaguantable, porque estos chicos tenían las ideas más extrañas acerca de cómo se debe enseñar las ciencias y de cómo formar a los alumnos. Por de pronto decían que no había que separar práctica de teoría. Lo cual podía ser una idea pero para hacerlo hay que hacerlo bien, cosa que no se hizo, porque además eran presocráticos. La idea de Montoneros presocráticos es encantadora, ellos decían que la parte teórica tenía que ser de alguna manera recreada por el estudiante tratando de resolver problemas. Por ejemplo, para aprender matemática superior el alumno tenía que repetir el proceso que tuvo que haber en la mente de Newton cuando él inventó el cálculo infinitesimal para resolver no solo problemas matemáticos sino problemas físicos. Y además, cosa inimaginable, se daban exámenes por grupo. Sí, bueno. Eso era [...] en Filosofía y Letras, especialmente, venían a dar exámenes 15 alumnos

---

<sup>286</sup> Ponza, *op. cit.*, pág. 183.

simultáneamente y además tenían la prerrogativa de que uno no se podía dirigir a un alumno para hacerle una pregunta, había que hacerle la pregunta al grupo y el grupo designaba quien contestaría. Como se da cuenta no había ninguna garantía ni seriedad en ese tipo de exámenes<sup>287</sup>.

La ideología montonera se había tomado la universidad y la otrora calificación de intelectual comprometido era reemplazada por la de la obra comprometida. Escritores, científicos sociales, historiadores, filósofos, no solo demostraban simpatía por los proyectos de izquierda, sino que ponían las letras al servicio de la causa. Pero esto no fue suficiente para algunos, que adoptaron la militancia y pasaron de la “reflexión sobre la revolución” a la acción.

Pese al antiintelectualismo que reinaba en las organizaciones político-militares, algunos profesionales de las letras se constituyeron como teóricos de la lucha armada. Más allá de la cercanía que universitarios e intelectuales desarrollaron en esta etapa por el peronismo, el inicio de las acciones armadas desde Montoneros generó nuevas divisiones entre los intelectuales y alineó a un grupo con la violencia revolucionaria. Abraham Guillén fue uno de ellos.

Guillén, español de nacimiento y latinoamericano por adopción, economista de formación y periodista autodidacta, participó en la resistencia peronista formando parte del origen de los Uturuncos<sup>288</sup> junto con William Cooke. Su participación en la guerra civil española como combatiente republicano lo acercó al conocimiento de la estrategia revolucionaria, por lo que polemizó tempranamente con las concepciones militares de Ernesto Guevara. Guillén se convirtió en una inspiración para Montoneros y, a pesar de que no militó con ellos, sus escritos guiaron las concepciones militares del grupo<sup>289</sup>. A diferencia de Guillén, el escritor y periodista Rodolfo Walsh sí militó en Montoneros, donde llegó a ser oficial segundo, y fue miembro del Servicio de Informaciones y fundador de la Agencia de Noticias Clandestinas (ANCLA).

La politización de los intelectuales y de la sociedad argentina tuvo un violento desenlace, el golpe militar de 1976. Una vez más la universidad, los estudiantes, los académicos y los intelectuales en general fueron perseguidos; una vez más fueron intervenidos los espacios universitarios; una vez más se inició la diáspora hacia otros países o el obligado refugio en los centros independientes. El triunfo peronista había atraído de vuelta a muchos intelectuales que se habían exiliado luego del

---

<sup>287</sup> Moledo. Entrevista con Gregorio Klimovsky, *op. cit.*

<sup>288</sup> Los Uturuncos fueron la primera guerrilla peronista formada en Argentina.

<sup>289</sup> Hernán Reyes, “Abraham Guillén: teórico de la lucha armada”, *Lucha Armada en la Argentina*, N° 4, septiembre-noviembre de 2005.

golpe de 1966. Por otro lado, el golpe en Chile en septiembre de 1973 obligó a retornar a varios que se habían instalado ahí y que se habían vinculado a la experiencia de la Unidad Popular. Su estadía de regreso en Argentina fue muy corta, pues tuvieron nuevamente que salir huyendo de la censura o de la represión más cruenta vivida hasta ese momento por el país.

A modo de síntesis, los científicos sociales latinoamericanos surgieron y se desarrollaron en una estrecha vinculación con la política. Esa vinculación, en la mayoría de los casos, adquirió la forma de un compromiso con el Estado y el proyecto gobernante en el ciclo desarrollista. En ese sentido, al referirnos a sociólogos, politólogos, economistas y periodistas no podemos hablar de una intelectualidad reflexiva, autónoma y científicista, sino de sujetos comprometidos que vieron a sus disciplinas como instrumentos al servicio de los proyectos nacionales.

El Estado latinoamericano requirió de los intelectuales para su desarrollo, los integró y les confirió un sitio relevante, pero los gobiernos autoritarios los expulsaron de ese rol. La politización y la radicalización de las posturas críticas de los científicos sociales en los años sesenta respondieron a la tradición de estos Estados. Los intelectuales siguieron la trayectoria de sus sociedades y cuando el modelo evidenció claros signos de agotamiento, acostumbrados a pensar y proyectar la realidad, abrazaron proyectos radicales que permitieran superar el estancamiento.

Los intelectuales latinoamericanos que llegaron a Chile en los años sesenta cargaban con una tradición de vinculación con la política por lo que no les fue difícil ni artificioso asociarse al proyecto chileno y vivir desde adentro la radicalización del mismo. Participaron en el proceso revolucionario latinoamericano desde su quehacer como artífices de los proyectos de desarrollo. De *intelligentsia*, por lo tanto, pasaron a conformarse como intelectuales revolucionarios, no por su militancia en organizaciones revolucionarias, sino porque a partir de su alineación con la revolución comenzaron a pensar la realidad de manera revolucionaria, dando cuerpo a teorías rupturistas, en proceso de conformación al momento de la arremetida conservadora de los militares en América Latina.

Las dictaduras latinoamericanas expulsaron a los intelectuales de la política y estos, por sobrevivencia, desencantamiento o conversión se replegaron a los espacios académicos, dotándolos de un aura científicista y traicionando así su tradición. Los intelectuales se convirtieron en técnicos, expertos y académicos.





### CAPÍTULO III

## CIENTÍFICOS SOCIALES EN CHILE: DE LA FORMACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES A LAS TENSIONES DE LA UNIDAD POPULAR

Durante la década de 1960 y hasta 1973, en Chile se congregaron los principales intelectuales de América Latina y muchos investigadores prestigiosos del resto del mundo. Estos intelectuales participaron en los procesos de transformación local y desde su rol académico opinaron, debatieron, crearon teoría y participaron en política. Este capítulo es una revisión del accionar de los intelectuales latinoamericanos y latinoamericanistas residentes en Chile durante ese periodo. Nos enfocaremos en especial en aquellos que tensionaron el proceso y que, desde la experiencia concreta chilena, pensaron la utopía socialista.

En su mayoría, los científicos sociales latinoamericanos que llegaron a Chile en los años sesenta venían de experiencias profesionales y procesos de politización académica y personal vividos en sus países de origen, que fueron truncados por los golpes de Estado que se desarrollaron en la región en el periodo analizado. ¿Qué razones condicionaron la elección de Chile como destino para estos intelectuales? y ¿de qué manera se insertan en la realidad política y académica nacional?

Chile contaba, en ese momento, con una sólida institucionalidad académica que le permitió recibir adecuadamente a los intelectuales expulsados por los regímenes autoritarios. Pero además, la realidad nacional actuaba también como una atracción sobre los pensadores latinoamericanos y latinoamericanistas, que veían en Chile el desarrollo de un proceso democrático atractivo, en el cual no tuvieron ningún resquemor en intervenir. El clima político en nuestro país y las experiencias que cada uno de los intelectuales cargaba desde sus lugares de origen permitió y estimuló una fuerte intervención de estos actores en la realidad política nacional. ¿Cuál fue el carácter del accionar de los científicos sociales latinoamericanos y latinoamericanistas en Chile? ¿Actuaron como expertos profesionales, académicos, intelectuales comprometidos, intelectuales militantes o intelectuales revolucionarios?

La potencia de los proyectos políticos de Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende y la visión latinoamericanista y revolucionaria que reinó hasta los años setenta permitió actuaciones diversas por parte de los intelectuales en sus estadios hasta que ocurre el golpe de Estado en 1973. La radicalización del periodo y los compromisos adquiridos por los científicos sociales con los proyectos políticos partidistas complejizaron el rol del intelectual. Si en los años cincuenta identificamos expertos adscritos a la CEPAL, en los sesenta, bajo el gobierno de Frei Montalva,

encontramos intelectuales comprometidos con el proyecto o, usando terminología gramsciana, intelectuales orgánicos. Además, este mismo periodo dio origen a un pensador que no solo estaba comprometido con el proyecto popular, sino que también —justamente por ese compromiso— era capaz de revolucionar su campo a través de la creación de nuevas lecturas de la realidad, teorías rupturistas y proyectos revolucionarios.

### **La construcción de la infraestructura institucional de las ciencias sociales: técnicos y expertos**

Cuando Salvador Allende asumió la presidencia en 1970 se acumulaban ya dos décadas de profundo desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanistas. Este fortalecimiento se materializó en la creación de importantes centros de estudios, la politización de las discusiones e investigaciones y la recepción en Chile de influyentes intelectuales de todo el mundo que trabajaron en las distintas instituciones de carácter latinoamericano, nacional, universitario o partidista del país.

La configuración de Chile como un espacio de recepción de ideas e intelectuales comenzó a desarrollarse en 1948 con la instalación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en Santiago. Esto marcó un hito en el desarrollo de las ciencias sociales en dos aspectos: el primero tiene que ver con la elaboración de un pensamiento continental que superó el diagnóstico nacional y se instaló en la reflexión regional; el segundo es el del establecimiento de una institucionalidad sólida de carácter intelectual, político y técnico, que albergó a intelectuales y expertos de todo el mundo, quienes nutrieron la reflexión antes mencionada. Previo al surgimiento de la CEPAL no habían estudios globales sobre la región y “no existían realmente los medios para que los ciudadanos, formuladores de políticas o incluso académicos latinoamericanos estuvieran informados sobre sus vecinos o estimulados por el conocimiento de similitudes o diferencias, por no mencionar un sentido de la solidaridad regional”<sup>290</sup>.

El funcionamiento de la CEPAL impactó en el ámbito intelectual al generar las condiciones para que los estudios económicos y políticos superaran la dimensión local y se plantearan en perspectiva regional. La formación de una serie de comisiones y los intercambios entre expertos dieron como resultado diversos informes, misiones técnicas y cursos de capacitación que fueron configurando una sensibilidad latinoamericanista: “un sentido de regionalismo, con una estimulante serie

---

<sup>290</sup> Rosemary Thorp, “El papel de la CEPAL en el desarrollo de América Latina en los años cincuenta y sesenta”, en *La CEPAL en sus 50 años: notas de un seminario conmemorativo*, Santiago, CEPAL, 2000, pág. 25.

de ideas sobre temas como la dependencia externa y la inestabilidad de los productos básicos en el plano internacional”<sup>291</sup>.

Rosemary Thorp señala que en el plano de la contribución teórica de la CEPAL hay tres textos clásicos: el *Estudio Económico de América Latina, 1949*, de la Secretaría de la Comisión Económica para América Latina, en el que participó Raúl Prebisch; el artículo que este publicó en la *American Economic Review* en 1959 y su libro *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano* de 1963<sup>292</sup>. Los intelectuales adscritos a la CEPAL se convirtieron en una especie de *intelligentsia* latinoamericana, un grupo de profesionales críticos, con roles burocráticos o técnicos, que orientaron la política económica de América del Sur<sup>293</sup>.

La identidad latinoamericana que se comenzaba a configurar en los albores del siglo era enriquecida con una visión económica del continente. La CEPAL instaló, con el mencionado informe económico de 1949, una visión del conjunto de la región y una crítica al lugar que ocupaba en el desarrollo del capitalismo. Las ideas centrales de este estudio –deterioro en los términos del intercambio y centro y periferia– ya estaban en el pensamiento de Prebisch en la década anterior<sup>294</sup> y la CEPAL contribuyó para que tuvieran una difusión continental. Esta lectura histórica del problema del desarrollo latinoamericano fue la que predominó en este centro de estudios y la que nutrió el pensamiento de otros intelectuales, como Celso Furtado, Osvaldo Sunkel, Aníbal Pinto o Aldo Ferrer<sup>295</sup>.

---

<sup>291</sup> *Ibid.*

<sup>292</sup> Secretaría de la Comisión Económica para América Latina, *Estudio Económico de América Latina, 1949*, Nueva York, ONU, 1951. Raúl Prebisch, “Commercial policy in the underdeveloped countries”, *American Economic Review*, Vol. 49, N° 2, mayo de 1959, y *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

<sup>293</sup> Para Bielschowsky: “Otra característica de las ideas generadas y divulgadas por la CEPAL es el hecho de que nunca fue una institución académica y que su auditorio está formado por los responsables de formular la política (*policy-market*) de América Latina”. Ricardo Bielschowsky Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL: una reseña. En, Cincuenta años del Pensamiento de la Cepal. Textos seleccionados. Volumen I, Fondo de Cultura Económica, México 1998.

<sup>294</sup> Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, Santiago, Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003, pág. 32.

<sup>295</sup> “Furtado fue el intelectual que más se dedicó a revestir el análisis cepalino con el ropaje de la legitimación histórica. Sus libros sobre historia económica brasileña y latinoamericana (1950-1970) –seguramente los dos textos de historia económica de la región más leídos en todo el mundo– son obras primordiales del método estructuralista cepalino, que tuvieron como función deliberada defender la importancia de entender el subdesarrollo como un contexto histórico específico que exige teorización propia”, Bielschowsky, *op. cit.*, pág. 16.

Desde los años treinta se había estado incubando una elaboración teórica en torno a los problemas del crecimiento y el desarrollo en el continente, pensamiento que adquirió forma y orgánica en la CEPAL. En paralelo a la redacción de informes o propuestas, esta entidad generó contactos con Estados e instituciones de los distintos países latinoamericanos a través de la realización de cursos, asesorías y reuniones académicas. Así, además de constituirse en un espacio de elaboración de pensamiento y articulador de redes, fue un actor no estatal de las relaciones internacionales en América Latina<sup>296</sup>, cuya máxima manifestación fue el documento *Hacia la integración acelerada de América Latina. Propositiones a los presidentes latinoamericanos*, de 1965<sup>297</sup>.

La CEPAL fue pionera, pero no única. Su instauración se enmarcó en una serie de iniciativas desarrolladas por los Estados latinoamericanos y las universidades o comunidades científicas, que instalaron y difundieron las llamadas ciencias económico-sociales. Para fines de los años cincuenta, América Latina, y en particular Chile, tenía desarrollada una amplia institucionalidad que daba cabida a las discusiones sobre los proyectos y las estrategias de desarrollo del subcontinente.

Para Garretón, el desarrollo de las ciencias sociales en Chile se corresponde con una serie de factores, entre ellos la implementación de un modelo de desarrollo hacia dentro, una democracia estable y una democratización y movilización social ascendente. A las condicionantes de contexto es posible agregar, además, “la asignación de un papel preponderante al Estado como motor del desarrollo económico y como referente de la acción colectiva. [...] un significativo papel del sistema partidario en la conformación de actores y orientaciones sociales. Finalmente, la legitimidad de una ideología proclive a los cambios sociales, aunque con contenidos variables”<sup>298</sup>.

También hay que destacar el desarrollo político chileno en el periodo, lo que impactó positivamente en el progreso de las ciencias sociales y generó, más tarde, un espacio privilegiado para el trabajo de pensadores latinoamericanos y latinoamericanistas que se vieron afectados por la emergencia de las dictaduras en sus países antes que en

---

<sup>296</sup> Eduardo Devés Valdés, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago, Universidad de Santiago, Instituto de Estudios Avanzados, 2007.

<sup>297</sup> José Antonio Mayobre, Felipe Herrera, Carlos Sanz de Santamaría y Raúl Prebisch, *Hacia la integración acelerada de América Latina. Propositiones a los presidentes latinoamericanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

<sup>298</sup> Manuel Antonio Garretón, “Las ciencias sociales en Chile. Institucionalización, ruptura y renacimiento”, en Helgio Trindade (coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XX, 2007, pág 196

Chile. La particularidad chilena es destacada por Paul Drake, que plantea que entre 1930 y 1960:

Chile sostuvo una democracia electoral de la que formaban parte partidos marxistas de importancia. Y durante casi quince años, entre 1938 y 1952, presidentes radicales estuvieron en el poder con el apoyo, variable pero persistente, tanto de socialistas como de comunistas, lo cual tuvo consecuencias duraderas para el desarrollo político de la nación. Estos gobiernos multipartidistas basados en alianzas multclasistas buscaron simultáneamente el crecimiento industrial y la reforma social. Sin embargo, no atacaron las raíces del subdesarrollo chileno ni en el sector rural, donde dominaban los latifundios, ni en el sector externo, dominado por los Estados Unidos<sup>299</sup>.

La búsqueda del modelo de desarrollo propio desde la identidad latinoamericana se vivió en Chile sin la presencia de gobiernos de larga estadía en el poder, como en Brasil y Argentina, y bajo la existencia de un sistema de partidos que permitía la competencia entre proyectos, a diferencia del caso mexicano. Fue justamente esta dinámica de competencia entre partidos —por arriba— que representaban diferentes proyectos y el desarrollo de una sociedad civil —por la base— lo que impulsó la politización partidista de los científicos sociales. Ellos, al igual que los diversos actores políticos y sociales, tomaron partido en el proceso chileno; su radicalización va a la par de la radicalización general. No son meros observadores y analistas, pero tampoco impulsores del quiebre democrático posterior. Los intelectuales, al igual que los otros actores, son parte de este.

Para Moulián, el ciclo que se abre en 1932 adquirió la forma de un capitalismo oligárquico que impidió un impulso industrializador más profundo debido a la conciliación del proyecto modernizador con los intereses de la elite terrateniente representada en el Partido Conservador. Chile vivió en la base de la sociedad una tensión entre la modernización y la conservación de estructuras tradicionales que mantuvieron al campesinado en condiciones arcaicas y a un proletariado subdesarrollado. En la superestructura, según el autor, existía un sistema de partidos que, en sus extremos de la izquierda y la derecha, representaron proyectos totalmente opuestos y, en ambos casos, tuvieron una importante representación en el sistema electoral. En medio de ambos, se

---

<sup>299</sup> Paul Drake, “Chile, 1930-1958”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina. Tomo XV. El Cono Sur desde 1930*, Barcelona, Crítica, Cambridge University Press, 2002, pág. 219.

desenvolvió un grupo de partidos de centro que permitieron la estabilidad del sistema<sup>300</sup>.

En la base, mientras tanto, asistimos en este periodo a las contradicciones que se desarrollaron en el marco de la aplicación de las políticas de estímulo económico promovidas desde la CEPAL. El movimiento obrero, luego de varias convergencias y divisiones, dio origen a la Central Única de Trabajadores (CUT), fundada por Clotario Blest en 1953. La presión migratoria campo-ciudad y el crecimiento de la población en los espacios de habitación popular en las principales ciudades del país convocaron a la organización de los pobladores y a las tomas de terrenos urbanos. Mientras tanto, en el tradicional espacio rural comenzaron a darse los primeros pasos a la organización sindical, estimulada por la Iglesia católica y la Democracia Cristiana:

Antes de Frei, la legislación virtualmente prohibía la organización del campesinado. Por esta razón no era sorprendente el hecho de que sólo 2.000 trabajadores rurales estuvieran sindicalizados (principalmente obreros vinícolas). En el último año de la administración Frei (1970), los sindicatos rurales tenían aproximadamente 140.000 miembros y adicionalmente 100.000 campesinos más habrían sido incorporados a comités cooperativos o precooperativos de crédito y comercialización (FEES).

Sin embargo, un pequeño porcentaje de los campesinos sindicalizados pertenecía al campesinado pobre y oprimido, los afuerinos, mientras la multiplicación de las organizaciones campesinas creó o aceleró las divisiones existentes entre el campesinado, en vez de promover su unidad. Por ejemplo, campesinos que trabajaban en la misma explotación podían pertenecer a sindicatos rivales<sup>301</sup>.

Hasta la conformación de las escuelas de sociología y los institutos de investigación sociológicos, la CEPAL actuó como espacio académico y político a la vez. Si bien este organismo estaba concebido para la elaboración de orientaciones políticas y, por lo tanto, sus profesionales debían cumplir el papel de expertos más que de intelectuales, quienes se desempeñaron ahí instalaron importantes debates sobre las disciplinas de las ciencias sociales. Conscientes de las problemáticas sociales emergentes en América Latina, profundizaron el análisis y se preguntaron por un desarrollo que fuera más allá de lo económico. Casos emblemáticos fueron, por ejemplo, José Medina Echavarría y Celso Furtado, que instalaron la reflexión en el plano ideológico, desplegando una mirada

---

<sup>300</sup> Tomás Moulián, *Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, Santiago, LOM, ARCIS, 2006.

<sup>301</sup> Cristóbal Kay, *El reformismo agrario y la transición al socialismo en América Latina (Chile 1970-1973)*, Medellín, Oveja Negra, 1976.

latinoamericanista del desarrollo que superaba el economicismo y se volcaba hacia los factores sociales que lo hacían posible<sup>302</sup>.

En el plano de las redes y las relaciones entre intelectuales, la CEPAL se constituyó en un espacio de atracción para los científicos sociales más destacados de la región. Aparte de los ya nombrados Prebisch, Furtado y Medina Chavarría, podemos contar, entre los que pasaron por Santiago de Chile sirviendo a esta institución, a Enrique Iglesias, Aldo Ferrer, Fernando Henrique Cardoso y Marshall Wolfe.

Pero, a pesar de esta cercanía con el país, las ciencias sociales no se desarrollaron de manera profesional en Chile hasta la segunda mitad de los años cincuenta, cuando los espacios universitarios superaron la sociología de cátedra y avanzaron en la creación de la carrera sociológica y, posteriormente, de las otras ciencias sociales. Más tarde fundaron una serie de espacios de diálogo disciplinario que tuvieron gran impacto en la realidad intelectual y política nacional.

Si bien el periodo que abarca esta investigación es la década de 1960, es necesario, a nuestro juicio, relevar que Chile no se constituyó como un espacio interesante para los intelectuales solo a partir de la experiencia de la Unidad Popular, sino que, desde la instalación de la CEPAL, ya atraía a científicos sociales destacados. Ello lo convirtió en un espacio central a nivel latinoamericano, lo que se potenció en las décadas siguientes. Los intelectuales comenzaron a llegar al país dos décadas antes del triunfo de Salvador Allende (1970) y su contribución política empezó a materializarse en el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970).

Al igual que en el resto de América Latina, en Chile, al comenzar su proceso de institucionalización, los intelectuales que le dieron forma se vincularon de manera directa con el Estado, los proyectos políticos orgánicos y los procesos de transformación social. En 1946 se fundó, en la Universidad de Chile, el Instituto de Investigaciones Sociológicas, cuyo verdadero impulso se dio en la década de 1950, cuando Eduardo Hamuy asumió su dirección e incidió para

... que en la facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile se incluyeran cursos de Sociología General dentro de carreras pedagógicas, impulsó a la creación, en 1946, del Instituto de Investigaciones Sociológicas cuya función, en la práctica, era la de coordinar las cátedras o cursos de sociología que se impartían dentro del instituto pedagógico y servir como seminario para que los alumnos presentaran sus trabajos del ramo [...]. Este instituto, no obstante, apenas funcionó, entre otras razones por la carencia de personal calificado en las labores de la disciplina, por el escaso grado de

---

<sup>302</sup> Devés Valdés, *Redes intelectuales...*, *op. cit.*

desarrollo de la enseñanza de la sociología y por la ausencia de un programa para establecer la sociología en la universidad<sup>303</sup>.

Hamuy, junto a Guillermo Briones, Danilo Salcedo, Hernán Godoy y Enzo Faletto, era parte de la primera generación de sociólogos formados en Chile<sup>304</sup> y su llegada a la dirección del centro marcó una ruptura con la vieja generación de académicos dedicados a la sociología de cátedra. Este quiebre se dio en dos sentidos: el primero, porque Hamuy inauguró una tradición investigativa en la universidad<sup>305</sup> “con base empírica y precursor a nivel nacional de los estudios de opinión pública y encuestas políticas”<sup>306</sup>. El segundo lo fue en términos políticos, ya que el nuevo director había participado activamente en un movimiento estudiantil en los años cuarenta que había promovido la democratización en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile<sup>307</sup>.

En 1954 se creó el Instituto de Ciencias Políticas y Administrativas y, en 1958, la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile<sup>308</sup>. En paralelo, se habían fundado otras organizaciones de carácter académico, como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en 1957 y la Escuela de Sociología de la Universidad Católica, el mismo año, por el belga que se convertirá en el máximo exponente de la teoría de la marginalidad latinoamericana, Roger Vekemans. El mismo Vekemans fundó el Centro para el Desarrollo Social de América Latina (DESAL) y el Centro de Investigaciones Socioculturales (CISOC).

Las teorías de Vekemans y las instituciones en las que trabajó se convirtieron en los sustentos teóricos de la política de Promoción Popular desarrollada por el gobierno de Eduardo Frei Montalva<sup>309</sup>. Más tarde, en 1963, va a llegar a la Pontificia Universidad Católica Franz Hinkelammert,

---

<sup>303</sup> José Joaquín Brunner, *El caso de la sociología en Chile: formación de una disciplina*, Santiago, FLACSO, 1988, pág 217-218.

<sup>304</sup> *Op. cit.*

<sup>305</sup> Según Guillermo Cumsille, “una de las primeras investigaciones del Instituto dirigido por Hamuy fue una sobre el impacto en la opinión pública del primer satélite artificial lanzado por la URSS, el famoso sputnik, con el que la URSS tomaba la delantera en la carrera espacial”. En María José Martínez, “Con homenaje póstumo al sociólogo Eduardo Hamuy, se inauguraron nuevas dependencias del Departamento de Sociología”, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile [portal en línea], 2009, recuperado de [http://www.facso.uchile.cl/noticias/2009/oficinas\\_hamuy.html](http://www.facso.uchile.cl/noticias/2009/oficinas_hamuy.html).

<sup>306</sup> *Ibid.*

<sup>307</sup> Brunner, *op. cit.*

<sup>308</sup> Garretón, *op. cit.*

<sup>309</sup> “¿Quién es Roger Vekeman?”, *La Nación*, 10 de mayo, 2009, recuperado de <http://www.lanacion.cl/noticias/site/artic/20090509/pags/20090509192955.html>.



teólogo y economista alemán, importante teórico de la teología de la liberación, que permanecerá en Chile hasta 1973. En Concepción, el desarrollo de las ciencias sociales tuvo un derrotero similar: en esos mismos años se fundó el Instituto Central de Sociología y el Instituto de Ciencias Políticas y Administrativas<sup>310</sup>.

En la década de 1960 se crearon los dos centros de estudios de carácter nacional más importantes por el nivel de producción y el debate intelectual. Estos fueron el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO), dependiente de la Universidad de Chile, fundado en 1964 por Eduardo Hamuy, y el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), dependiente de la Universidad Católica, creado en 1968. Ambos fueron las instancias institucionales que recibieron a los intelectuales de distintas partes del mundo más relevantes, mismos que se incorporaron al debate sobre el proceso de desarrollo político, social y económico en Chile y América Latina. Por su parte, en 1964, con auspicio de la UNESCO, se creó, en Concepción, el Centro de Antropología.

El CEREN y el CESO desarrollaron sus respectivas publicaciones periódicas, en las que vertieron las temáticas de preocupación de la época y los debates político-intelectuales de un Chile en transformación. El primero editó, desde septiembre de 1969, *Cuadernos de la Realidad Nacional* y, el segundo, desde 1972, la revista *Sociedad y Desarrollo*<sup>311</sup>; ambas con apariciones trimestrales. La FLACSO también tuvo una revista, la *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, que comenzó a circular en 1971. Por su parte, el Centro de Antropología de la Universidad de Concepción publicó, desde 1968, la revista *Rebue*. El Instituto Central de Sociología de la misma universidad también comenzó a editar, desde 1970, *Ciencia Social*.

Además funcionaban en Santiago una serie de otras instituciones internacionales como la FAO, ILPES [Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social], CEDEM, etc., o chilenas pero con apoyo internacional, tales como ESCOLATINA, ICIRA [Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria], etc., que atraían profesionales de alta calidad de América Latina y que luego ocuparon altos cargos en los gobiernos, varios de ellos incluso llegando a ser ministros, tales como Paulo Freire y Almino Affonso<sup>312</sup>.

---

<sup>310</sup> Garretón, *op. cit.*

<sup>311</sup> El CESO tenía varias publicaciones, una de ellas era los *Cuadernos del Centro de Estudios Socioeconómicos*, una publicación cuatrimestral monográfica dedicada a un investigador en cada número. Otra de sus publicaciones era el *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, que tenía como objetivo dar a conocer los avances de investigación del centro. Este era de mayor volumen que los *Cuadernos* y estaba integrado por varios artículos de diferente autoría.

<sup>312</sup> Entrevista a Cristóbal Kay, abril de 2013.

ESCOLATINA desarrolló un Programa de Graduados alojado en la Facultad de Ciencias Económicas y el Instituto de Economía y Planificación de la Universidad de Chile, que se planteó como objetivo

... preparar investigadores de alto nivel científico, capaces de realizar aportes significativos a la ciencia económica, especialmente relacionados con la problemática de los países del continente latinoamericano. Al mismo tiempo, dentro del Programa se pretende preparar personal docente que, aparte de enseñar, oriente los estudios económicos en las universidades latino-americanas<sup>313</sup>.

El folleto publicado para la difusión de dicho programa explica cómo nace esta iniciativa:

El Programa de Graduados tuvo su origen en una recomendación de la Primera Conferencia de Facultades de Ciencias Económicas de las Universidades Latinoamericanas, Segundo Congreso Universitario y Primera Asamblea General de la Unión de Universidades Latinoamericanas, celebrada en Santiago de Chile, en 1953. Inició sus actividades en 1957 y, desde 1961, está integrado con el Instituto de Economía y Planificación, dependiente de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile. En 1967 la Facultad aprobó una reforma en los planes de estudios, tras los cuales la Universidad de Chile otorgará el grado de Magister en Ciencias Económicas<sup>314</sup>.

Dos Santos recuerda, respecto del Instituto de Planificación y Economía, que “ahí estuvo gente de bastante peso que estuvieron en la dirección del gobierno de la Unidad Popular en la parte económica. Uno que estuvo muy próximo fue Martínez. Vuskovic fue el director de la escuela. Vuskovic tenía influencia política e intelectual”<sup>315</sup>.

Se había creado en el país, y especialmente en Santiago, un ambiente intelectual constituido por un grupo de importantes instituciones que funcionaban sólidamente, contaban con presupuesto y tenían influencia en los procesos sociopolíticos nacionales. Los intelectuales que llegaban a Chile lo hacían atraídos por los centros de estudios o instituciones de las ciencias sociales que, ante la falta de especialistas nacionales con trayectoria, “importaban cerebros”. También estaban aquellos que,

---

<sup>313</sup> Universidad de Chile-Instituto de Economía y Planificación, “ESCOLATINA-Chile”, Programa de Graduados, folleto, sin fecha, sin núm. de pág., recuperado de <https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/36492/1/214274.pdf&origen=BDigital>

<sup>314</sup> *Ibid.*, sin núm. de pág.

<sup>315</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

expulsados o perseguidos en sus respectivos países por las dictaduras militares, eligieron a Chile como país para vivir su exilio.

Dentro de los primeros –importados por las universidades y centros de estudios–, aparte de los ya nombrados atraídos por la CEPAL y Hinkelammert y Vekemans, que llegan a la Universidad Católica, están Armand Mattelart, que se desempeñó también en la Universidad Católica, y André Gunder Frank, que llegó a trabajar al CESO. Respecto del otro grupo, los que encontraron en Chile un refugio contra la persecución política, están el argentino Tomás Amadeo Vasconi y el numeroso grupo de brasileños formado por Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos, Francisco Weffort, Vania Bambirra, Fernando Henrique Cardoso y Celso Furtado. La llegada de estos intelectuales se dio entre 1966 y 1968<sup>316</sup>.

Hay también un grupo de estudiantes o recién graduados que constituyen una intelectualidad muy joven, que se vinculará a los procesos intelectuales y políticos nacionales. Entre ellos destacamos dos científicos sociales argentinos que trabajarán en el CEREN: Hugo Perret y Patricio Biedma, asesinados más tarde por la dictadura argentina:

Chile se benefició enormemente con los exiliados políticos de las dictaduras en varios países latinoamericanos que enriquecieron el pensamiento social en Chile y en América Latina. Las universidades chilenas tuvieron el buen criterio de abrirles las puertas, por ejemplo, Theotonio dos Santos llegó a ser director del CESO. Muchos de los académicos exiliados latinoamericanos que llegaron a Chile durante el período lograron un empleo en las universidades chilenas o en las varias instituciones internacionales de las Naciones Unidas establecidas en Santiago<sup>317</sup>.

Concepción también se constituyó en un espacio intelectual privilegiado, sobre todo para los argentinos que, tras la intervención que los militares realizaron en las universidades en 1966, llegaron a la universidad de dicha ciudad. El historiador chileno Mario Garcés estudiaba antropología en la Universidad de Concepción en 1972 y relata, de la siguiente manera, cómo era el ambiente intelectual en esa sede universitaria:

... había un grupo muy importante de argentinos. Yo lo descubrí después, con los años, cuando conocí mucho más de la historia argentina, de la famosa Noche de los Bastones Largos, cuando intervienen la UBA. Los profes protestan y finalmente viene la diáspora, profesores que salen a Chile, a México, a distintos países. Tengo la idea de que un grupo importante vino a Chile y derivó a

---

<sup>316</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

<sup>317</sup> Entrevista a Cristóbal Kay, abril de 2013.

Concepción. De esos, diría yo, había algunos que eran figuras, emblemas, por ejemplo, Marcelo Novarstein en economía, era un gran intelectual. Sus cursos tendrían cupos de 60 a 70, pero llegábamos 100. Había que llegar temprano a clases o si no tenías que sentarte en el pasillo.

... después, otras figuras, tal vez figuras más importantes en antropología, y Néstor D'Alessio, argentino también, por cierto. Néstor era un sociólogo brillante, que daba un curso que duraba dos semestres sobre *El Capital*, pero con muchas alusiones a Hegel y al origen del pensamiento de Marx, en Hegel.

Bueno, ese es el panorama, después hay otros, como Lito Marín, que también es argentino [...], yo en realidad no tuve clases con él, yo estudié antropología. Y en antropología, en el origen de la carrera, estaba una mujer de edad mediana, la señora Zulema Seguel, que parece que por un convenio con la UNESCO fundó la carrera, al principio de los sesenta. Pero al parecer había poco investigador y profesionales, por lo tanto, hubo una presencia importante de argentinos, dos quizás son muy importantes, Edgardo Garbulsky, que venía de Rosario, y Pablo Aznar, que venía de Buenos Aires. Después una metodóloga muy interesante, Susana Petrucci. Estos eran antropólogos argentinos muy serios, formados. De hecho, cuando yo estuve entre el 71 y el 73, los directores de antropología fueron Pablo y Garbulsky. Por lo tanto, en la carrera de antropología había una presencia, porque era una carrera más pequeña, por lo menos estos tres argentinos y otros que viajaban, como Julio Montaner, que venía de Santiago, o Berdichevsky, que venía del norte<sup>318</sup>.

En estos mismos años y en relación con estos profesores extranjeros, se formó un grupo importante de intelectuales chilenos. Muchos de ellos adquirieron renombre internacional y participaron en esta dialéctica colaboración-tensionamiento durante el gobierno de Allende. Los más relevantes, ligados a los centros de estudios ya nombrados, fueron Enzo Faletto, Cristóbal Kay, José Bengoa, Osvaldo Sunkel, Aníbal Pinto, Marta Harnecker, Clodomiro Almeyda, Eduardo Hamuy, Jacques Chonchol, Ricardo French-Davis, Tomás Moulián, Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet. Junto a ellos estaba un grupo importante de periodistas, escritores y artistas que formaron parte de la intelectualidad crítica de izquierda en el Chile de los años sesenta.

En la segunda mitad de esta década, los científicos sociales mantuvieron la tradición política de vinculación con el Estado y los proyectos de desarrollo social desde sus disciplinas u ocupando cargos técnicos. Estos dos tipos de intelectuales —los técnicos y los pensadores— fueron igualmente importantes en la configuración de la realidad política chilena. No podemos hablar, por tanto, de ciencias sociales despolitizadas

---

<sup>318</sup> Entrevista a Mario Garcés, enero de 2014.

o autónomas en Chile, pero sí es posible diferenciar los grados o tipos de vinculación con la política, el Estado o los proyectos partidarios en el periodo analizado.

La discusión sobre cuál es el papel que deben cumplir los intelectuales en el proceso de emancipación latinoamericano ocupó varias páginas de revistas y libros en la época. El carácter de su obra, el compromiso militante, el hacer y no solo pensar eran interpelaciones constantes a quienes se dedicaban, como función social, a desarrollar pensamiento crítico o a aquellos ligados a la cultura y las artes. Los científicos sociales tuvieron una relación aún más directa con las “labores de la revolución”, ya que se convirtieron en los ideólogos de las políticas sociales aplicadas por el Estado. ¿Qué tan ligados y comprometidos estaban, entonces?<sup>319</sup>

Sin querer hacer una clasificación rígida, sino más bien intentando ocupar categorías lo suficientemente abarcadoras para que den cuenta de la realidad diversa del espacio intelectual, diremos que en el periodo podemos hablar de intelectuales comprometidos, intelectuales militantes e intelectuales revolucionarios.

Los científicos sociales que estamos analizando caben dentro de la categoría de intelectuales comprometidos en cuanto que su producción intelectual estuvo puesta al servicio de los proyectos de desarrollo y transformación ensayados en el periodo. Las discusiones e investigaciones realizadas estuvieron en plena concordancia con las grandes apuestas políticas, sociales, económicas y culturales de la época.

A su vez, son intelectuales militantes, pues la mayoría de ellos estaban vinculados orgánicamente a los proyectos partidarios de la época. Ninguno reclamó autonomía intelectual o libertad para crear, sino, por el contrario, sus aportes emanaron de un lugar político concreto. Bajo los gobiernos de Frei Montalva y Allende los científicos sociales aportaron desde sus adscripciones partidarias, lo que no significaba una adhesión doctrinaria a algún principio. Los proyectos en curso estaban en plena construcción, lo que les permitió crear incluso al interior del Estado. La revolución se estaba haciendo, estaba en construcción y los intelectuales aportaron intentando hacer práctica la teoría. Esto provocó que fueran protagonistas de líneas y rupturas políticas al interior de sus respectivos partidos.

Finalmente, son intelectuales revolucionarios no solo porque adscribieron a la revolución o militaron en organizaciones definidas como revolucionarias, sino también porque los científicos sociales de los años sesenta fueron capaces de revolucionar sus disciplinas en el ejercicio de

---

<sup>319</sup> La discusión relativa al rol del intelectual revolucionario será desarrollada en el capítulo IV del presente estudio.

pensar una realidad distinta, una realidad revolucionaria. La teoría de la dependencia, la pedagogía popular, la filosofía de la liberación, la teología de la liberación, son manifestaciones de esa revolución intelectual.

### **Intelectuales, debates y medios masivos de comunicación: la revista *Punto Final* y el semanario *Chile Hoy***

La década de 1960 en Chile se desarrolló en torno a experiencias políticas y económicas tendientes a la búsqueda del desarrollo latinoamericano y a la reflexión profunda en torno a ese proceso. Esta síntesis estuvo dada por las políticas implementadas en el país por los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende, que recogieron el ideal de desarrollo –que combinó crecimiento con bienestar social– y las profundas discusiones sobre las estrategias para alcanzarlo dadas no solo por intelectuales chilenos, sino también por científicos sociales de diversas partes de América Latina y el mundo que residían en el país en esos años.

Estas discusiones no solo se dieron en los espacios académicos o en las esferas de la política institucional, sino también en la esfera pública cotidiana. El interés de los intelectuales de esa época por influir en las masas los instó a escribir en algunos medios de comunicación masivos o incluso a desarrollar sus propios proyectos de difusión. Los intelectuales militantes entendieron la importancia de los medios para lograr dos objetivos principales en esos críticos años: el diálogo y la convergencia de las fuerzas de izquierda y la divulgación de los ideales socialistas entre el pueblo<sup>320</sup>.

Las revistas fueron uno de esos espacios no académicos donde los intelectuales difundían sus tesis sobre el desarrollo y su visión acerca de los acontecimientos políticos contingentes. Estas eran pensadas como medios de comunicación masivos, que, si bien tenían el carácter de revistas políticas, no estaban restringidas a la comunidad de expertos disciplinarios ni a la militancia, sino al amplio espectro de quienes hacían o pensaban la política. Las revistas *Chile Hoy* y *Punto Final* fueron una especie de mediación entre los intelectuales y las masas, y representaron expresiones distintas del debate que se dieron en Chile. En ambas participaron importantes intelectuales chilenos y extranjeros.

Pese a que, como decíamos, ambas son revistas políticas, *Punto Final* se insertó en un periodo más largo y por eso sus formas y contenidos fueron cambiando a la par de las transformaciones políticas chilenas,

---

<sup>320</sup> Si bien existen medios de comunicación masivos de distintas tendencias políticas en los cuales participaban intelectuales, en este apartado nos remitiremos a los dos que de forma más evidente difundieron los debates en torno a la revolución en el periodo 1965-1973.

aunque manteniendo su línea editorial. Su temática era la revolución mundial y por eso destacaban en cada edición los documentos y las declaraciones de las distintas organizaciones armadas de América Latina u otros continentes. Era una revista militante, de propaganda política más que de debate.<sup>321</sup> *Chile Hoy*, por su parte, surgió en la coyuntura crítica del año 1972 y los temas estuvieron asociados a los problemas de dicha crisis para la Unidad Popular. A diferencia de *Punto Final*, sus temáticas giraron en torno a la especificidad de la construcción del socialismo en Chile. Por quienes escribían en ella, tuvo un carácter más intelectual y de debate político-teórico.

Las revistas permitieron también la confluencia de muchos de los científicos sociales residentes en Chile, la colaboración de extranjeros y la participación de algunos periodistas y escritores. Además, la amplitud de temas les permitió intervenir en otros debates que se estaban dando fuera de los espacios académicos y poder participar, así, de manera más directa en la contingencia política. Estas publicaciones fueron soportes comunicacionales que permitieron a los intelectuales interactuar con la realidad más allá de la institucionalidad, lo que nos da acceso a reconocer opiniones y debates sobre dos temas que nos interesa relevar: la violencia y la construcción de poder popular.

La revista *Punto Final* se comenzó a editar en 1965 bajo la dirección de Mario Díaz Barrientos y de su redactor, Manuel Cabieses. Ambos, más tarde, se convirtieron en militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Esta revista se definió como un medio democrático y de avanzada al servicio de las masas como protagonistas de la historia. Los nueve primeros números son monográficos y desde el décimo comenzó a ser una revista con secciones. Desde 1969, los científicos sociales hasta aquí destacados se incorporaron a sus ediciones de manera regular.

La revista puso énfasis en las experiencias guerrilleras de América Latina, por lo que destacaron en ella los artículos de análisis y promoción de la lucha armada. La violencia revolucionaria fue el tema recurrente en *Punto Final*, lo que la convirtió en un medio para la instalación de la discusión sobre la necesidad de la violencia. Las discusiones sobre la estrategia revolucionaria que instaló la Revolución cubana entroncaron con las discusiones sobre el desarrollo que ya se daban en el continente y con la llegada de importantes intelectuales militantes y sus ideas a Chile

---

<sup>321</sup> Manuel Fernández, “Los intelectuales de izquierda y la construcción de un imaginario revolucionario para Chile y América Latina. La revista *Punto Final* entre 1965-1973”, *Tiempo Histórico*, N° 2, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2011.

desde 1966. Estos debates no se desarrollaron en los márgenes de la política y la institucionalidad, sino en su centro.

A diferencia de lo que plantea la teoría de los dos demonios, la violencia no fue un fenómeno marginal o un instrumento reivindicado por extremistas de uno y otro lado: la violencia estaba en el centro de la política<sup>322</sup>. El periodo del que hablamos estuvo inserto en un ciclo de violencia, en el que distintos sectores de la sociedad chilena le disputaron al Estado el monopolio de esta, logrando, en ese trayecto, legitimar su uso<sup>323</sup>.

Los intelectuales que participaron en la revista *Punto Final* de manera permanente fueron en su mayoría militantes del MIR y del Partido Socialista, ya que en estas organizaciones hubo una reflexión en torno a la violencia que se reflejó en los artículos y documentos publicados:

*Punto Final* era la revista de los guerrilleros, del MIR directamente, de los Elenos también y todos los que estaban por la lucha armada y de los procesos que tomaban esa dirección. Entonces *Punto Final* era muy importante porque mostraba documentos de otros lugares donde había que apoyar la lucha armada porque estaban en el proceso, etc. Pero no era una reflexión sobre el proceso chileno, ellos fueron, por ejemplo, los que hicieron la primera divulgación del libro del francés Régis Debray<sup>324</sup>.

Pese a que no era una revista del MIR, la organización difundió sus comunicados a través de ella. La filiación política de su director y muchos de sus redactores facilitó la materialización del objetivo mirista de ampliar los espacios de difusión de su política.

Respecto a la definición de los periodistas vinculados a *Punto Final* como intelectuales en la presente investigación, y pese a que el mismo director reniega de la clasificación<sup>325</sup> –lo que es muy propio de los intelectuales, por cierto–, la podemos relacionar con las discusiones que se han dado sobre estas figuras a lo largo de la historia. Los intelectuales ligados a esta revista eran periodistas, literatos, científicos sociales que, desde dicho medio de difusión, generaron un puente hacia los sujetos que se sentían identificados con la nueva izquierda. La apuesta de sus

---

<sup>322</sup> Igor Goicovic, “Teoría de la violencia y estrategia de poder en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1967-1986”, Seminario “Medio siglo de debates tácticos y estratégicos en la izquierda chilena 1950-2000”, Universidad de Santiago de Chile, 2000.

<sup>323</sup> *Ibid.*

<sup>324</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

<sup>325</sup> “Yo no soy eso que usted dice, intelectual, había otros intelectuales en el MIR que se dedicaban a eso, pero yo era un periodista, aunque claro, mi trabajo era un trabajo intelectual”. Entrevista a Manuel Cabieses, abril de 2014.



colaboradores de elaborar un medio de comunicación que llamara a la transformación los convirtió en intelectuales y no en simples comunicadores o relatores de la contingencia.

Manuel Cabieses, director desde 1967 de *Punto Final*, señala que, en el contexto en el que se circunscribe este estudio, la revista era un medio de reflexión y discusión teórica que eludía el academicismo. “Emplea el instrumental, las técnicas del periodismo para rehuir el academicismo, para tratar de explicar los fenómenos más complejos en los términos más simples y sencillos que se pueda —no siempre se consigue— y esa era nuestra función”<sup>326</sup>.

Estos esfuerzos iban más allá de la propia publicación. Las discusiones respecto a cuál era el rol de los periodistas, la prensa y los medios de comunicación en general en el proceso revolucionario fue una de las temáticas que movilizó a intelectuales comprometidos y militantes en ese momento:

Fruto de esas discusiones, que no solo eran de los periodistas miristas sino de los periodistas en general en su momento, del Partido Comunista, del Partido Socialista, el MAPU, tenían periodistas, había una gran cantidad de periodistas de izquierda. Entonces los problemas de los medios de comunicación, los problemas de estructurar un mensaje que ayudara a cambiar la cultura política del pueblo chileno, adaptarlo al proceso de cambio revolucionario que se estaba produciendo, era una preocupación y eso condujo, por ejemplo, a una iniciativa, del año 71 creo, se organizó la primera asamblea de periodistas de izquierda. A mí me tocó presidir la comisión organizadora. Fue interesante, tuvo mucho éxito esta reunión. Fue inaugurada por el presidente Allende [...] y ahí se generó una especie de organización de periodistas de izquierda. Casi todos éramos dirigentes además del Colegio de Periodistas, pero [se formó] una estructura propiamente ideológica y política, no solo de defensa del gobierno de la Unidad Popular, sino que destinada a dar la batalla ideológica dentro del área de los trabajadores de los medios de comunicación. Y esa asamblea que le estoy refiriendo es muy importante porque se trataron temas fundamentales sobre los medios de comunicación; segundo, por la gran cantidad de delegados que asistieron, de todas partes del país; tercero, por algunas cosas interesantes, como que la delegación más numerosa era de El Mercurio, periodistas y trabajadores también de la imprenta, etc., lo que mostraba los cambios que estaban fermentando en discusiones, como la de El Mercurio. Uno de los propósitos que ahí se persiguió era dar la batalla ideológica en el seno de los medios de comunicación

---

<sup>326</sup> Entrevista a Manuel Cabieses, abril de 2014.

derechamente pensando en el control de los medios de comunicación por los trabajadores y sus organizaciones<sup>327</sup>.

No obstante la línea editorial legitimadora de la violencia revolucionaria, la violencia sin sentido político fue condenada en *Punto Final*. La revista destinó varios artículos y discusiones sobre las acciones de la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP)<sup>328</sup> y otros grupos que estaban operando en el momento. A través de estos análisis rechazó la violencia sin evidente objetivo político y, curiosamente, ocupó el mismo calificativo que el Partido Comunista chileno había usado contra el MIR, es decir, que a través del uso de la violencia estos grupos le estaban “haciendo el juego a la derecha”.

Los científicos sociales comenzaron a escribir en la revista en los años de máximo apogeo del ambiente intelectual chileno. Desde 1969 se hicieron recurrentes los escritos de André Gunder Frank y Gladys Díaz, militantes del MIR. El primero fue uno de los más insignes exponentes de la teoría de la dependencia y sus escritos en *Punto Final*, así como los de Díaz, estaban dedicados a los análisis de economía política aplicados a la realidad chilena.

También escribió en la revista Vania Bambirra, la economista brasileña y militante de la POLOP hasta 1966. Ella dedicó sus esfuerzos en este medio a escribir sobre la mujer y es reconocida por las feministas de la época como una de ellas<sup>329</sup>. Su trascendencia fue más allá, porque en 1971 Bambirra publicó un libro titulado *Diez años de insurrección en América Latina* y, en 1973, *La revolución cubana: una interpretación*, en los que criticó la concepción foquista de la revolución, lo que la llevó a debatir con Régis Debray y la convirtió en una de las inspiraciones de la concepción estratégica del MIR<sup>330</sup>.

---

<sup>327</sup> *Ibid.*

<sup>328</sup> Para más información sobre la VOP, ver Jorge Andrés Pomar Rodríguez, “La Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP): origen, subversión y aniquilamiento. ¡El pan que con sangre fue quitado con sangre será recuperado!”, *XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles. Congreso Internacional 1810-2010: 200 años de Iberoamérica*, Santiago de Compostela, septiembre, 2010. Recuperado de [http://hal.archives-ouvertes.fr/docs/00/53/12/04/PDF/AT10\\_Pomar.pdf](http://hal.archives-ouvertes.fr/docs/00/53/12/04/PDF/AT10_Pomar.pdf)

<sup>329</sup> Ver Victoria Aldunate Morales, “Marta Zabaleta del Frente de Mujeres Revolucionarias del MIR chileno, años 70. ‘No me Arrepiento de Nada’”, entrevista publicada en *Hijos.Voces* [en línea], 14 de septiembre de 2010. Recuperado de <http://old.kaosenlared.net/noticia/marta-r-zabaleta-frente-mujeres-revolucionarias-mir-chileno-anos-70-no>

<sup>330</sup> Vania Bambirra, *Diez años de insurrección en América Latina*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1971, y *La revolución cubana: una reinterpretación*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1973.

En los números de la revista publicados entre 1965 y 1973 es posible identificar dos periodos y posturas políticas en relación con el gobierno en curso. El primero, que se extiende hasta 1970, es de una definida y violenta oposición a la presidencia de Frei Montalva. El carácter y contenidos de este periodo, en lo relativo al gobierno democratacristiano, van desde la jocosidad del monográfico escrito por Lira Masi en 1965<sup>331</sup> o el número especial escrito por Allende titulado “Allende enjuicia a Frei”<sup>332</sup>, hasta la radical crítica llena de descalificaciones publicada en 1969 a propósito de la represión en Pampa Irigoín<sup>333</sup>. La dura oposición al gobierno le costó a la revista, en ese periodo, su censura en dos oportunidades y la prisión de su director<sup>334</sup>.

El segundo periodo es aquel correspondiente a los tres años de la Unidad Popular, 1970-1973. En este, *Punto Final* adoptó una postura de apoyo crítico al gobierno socialista. Los reportajes y entrevistas promocionaban la lucha armada, lo que significaba una división entre quienes, siendo partidarios o simpatizantes de Allende, diferían sobre la estrategia para construir el socialismo. La revista instaló en la calle estos debates. Al respecto Cabieses plantea:

El segundo periodo fue el más difícil para nosotros, obviamente. Había toda una relación con Allende, personal y política muy fuerte, de amistad, de adhesión a sus campañas anteriores y a esa misma. Todos nosotros votamos por Allende. Y luego, varios de los miembros del equipo de redacción eran amigos íntimos de Allende, como Augusto Olivares, Jorquera. Yo también lo era, pero mucho menos que ellos. Incluso varios de ellos pasaron a ser funcionarios de gobierno una vez que se instaló y algunos de ellos, como Augusto Olivares, siguieron escribiendo en la revista. Pero fue una época más difícil porque era criticar a los amigos, a gente que uno sabía que tenía las mejores intenciones, que había honestidad detrás de los objetivos que se perseguían. Pero también, a la vez, la percepción que teníamos del gobierno de Allende, el gobierno de la Unidad Popular, para ser más rigurosos, era que marchaba al abismo, o dicho de otra manera, que los fines que perseguía requerían una preparación para un enfrentamiento mayor con los sectores que se iban a negar a esos cambios<sup>335</sup>.

---

<sup>331</sup> Eugenio Lira Masi, “Frei y los desconocidos de ahora”, *Punto Final*, N° 2, septiembre de 1965.

<sup>332</sup> Salvador Allende, “Allende enjuicia a Frei”, *Punto Final*, N° 5, noviembre de 1965.

<sup>333</sup> Jaime Faivovich, “Señor Frei usted es responsable”, *Punto Final*, Año III, N° 77, martes, 25 de marzo de 1969.

<sup>334</sup> Estas medidas, a su vez, significaron el levantamiento de una fuerte protesta contra la llamada Ley Mordaza.

<sup>335</sup> Entrevista a Manuel Cabieses, enero de 2014.

Los intelectuales ligados a *Punto Final* tensionaban al gobierno de Allende, abogaban por la superación de la democracia burguesa y, frente a la crisis desatada en 1972, planteaban la instauración de la dictadura del proletariado.

**Intelectuales vinculados a la revista *Punto Final* (PF) de manera permanente en el periodo 1965-1973**

Nombre del intelectual y oficio	Militancia política	Actividad	Destino luego del golpe
<b>Manuel Cabieses</b> Periodista	MIR	Redactor, director desde 1966.	Se exilia en Cuba y luego vuelve clandestino a Chile
<b>Augusto Carmona</b> Periodista	MIR	Miembro del equipo de redacción	Dirigió el <i>Correo de la Resistencia</i> , órgano del MIR. Muerto acribillado en 1977
<b>Augusto Olivares Becerra</b> Periodista	PS	Fundador de PF, miembro del equipo de redacción. Director General de TVN durante la UP	Se suicida en una oficina en la Moneda el 11 de septiembre de 1973
<b>Jaime Faivovich</b> Abogado	PS	Miembro del equipo de redacción. Intendente de Santiago durante la UP	Muere en el exilio en México
<b>Fernando Mires</b> Profesor de Historia	MIR	Consejo de redacción	Se exilia en Alemania
<b>José Carrasco</b> Periodista	MIR	Se integra en 1970 a PF	Asesinado por la

			dictadura en 1986
<b>Julio Huasi Periodista y poeta argentino</b>	Simpatizante Mirista	Colaborador	Vuelve a Argentina luego del golpe y después se exilia en Madrid. Se suicidó
<b>Hernán Lavín Cerda Poeta chileno</b>		Colaborador	Exilio en México

Cuadro de elaboración propia

La otra revista que nos convoca, *Chile Hoy*, se editó entre junio de 1972 y septiembre de 1973. Fue un semanario que, a pesar de su corta duración, tuvo en circulación una gran cantidad de números. El comité editor estaba compuesto por Jaime Barrios, Theotonio dos Santos, Pío García, Marta Harnecker, Ruy Mauro Marini, Alberto Martínez y Enrique París. La directora era Marta Harnecker y los redactores Germán Marín, Jorge Modinguer, Víctor Vaccaro y Faride Zerán.

Quienes dieron cuerpo a esta revista fueron intelectuales que tenían ya un espacio de difusión de sus investigaciones en las revistas especializadas de los centros de estudios en los que trabajaban (principalmente el CESO). Por lo tanto, *Chile Hoy* estuvo pensada bajo objetivos distintos a aquellas publicaciones académicas. Buscó, fundamentalmente, ser un espacio de unidad de la izquierda. Así, “Ruy Mauro Marini entró en representación del MIR, no oficialmente; había gente del PC, gente del Partido Socialista, dos personas del partido MAPU y del MIR”<sup>336</sup>.

*Chile Hoy* se constituyó en un medio, un instrumento para la instalación de los temas relativos a la construcción del socialismo en el marco de la vía chilena. El contexto en el que se comenzó a editar fue el de la crisis de la Unidad Popular, por lo que los intelectuales se dieron a la tarea de pensar y debatir cómo construir el socialismo desde dicha crisis. En esa línea, no fue un medio de propaganda de las acciones del

---

<sup>336</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

gobierno, tal como lo eran *Puro Chile* o *Clarín*<sup>337</sup>, sino un espacio de debate político y de tensionamiento del proceso.

Los textos de los intelectuales brasileños Theotonio dos Santos y Ruy Mauro Marini eran un análisis de la coyuntura semanal con los que abría la revista en la sección “Comité Editorial”, donde también escribían, en semanas alternas, Marta Harnecker y Pío García. En los reportajes a fondo de las páginas centrales se trataban los temas más álgidos que la Unidad Popular enfrentaba en esos años, como la toma de fábricas, la implementación de la Escuela Nacional Unificada, el rol de la prensa de izquierda, entre otros. Esos reportajes eran abordados por Marta Harnecker, Faride Zerán o Víctor Vaccaro, en su mayoría.

Estos artículos y análisis se daban en paralelo a las discusiones de estos mismos intelectuales en sus espacios de trabajo profesional, pero con otro tono. Las referencias a textos y autores daban paso al análisis de los problemas concretos de la organización popular, la economía o el abastecimiento. La revista *Chile Hoy* masificó las preguntas sobre el poder y las discusiones en torno a la problemática económica, la reforma agraria y la transición al socialismo.

Los intelectuales más radicalizados que escribían en este medio fueron los que venían de una experiencia guerrillera en Brasil, pero, además, que habían vivido el golpe de Estado en su país y temían que la crisis de la Unidad Popular se convirtiera en una segunda derrota. Desde esa perspectiva, sus textos fueron una advertencia y representaban también la discusión abierta, amplia y angustiante de la construcción incierta del socialismo que se hacía sobre la marcha y sobre la cual, pese a sus experticias, tenían más preguntas que respuestas.

El rol de la prensa de izquierda en el contexto revolucionario fue un cuestionamiento particular dentro de las diversas interrogantes sobre cómo construir el proyecto socialista en Chile. Al igual que en *Punto Final*, esta revista hizo eco de estas discusiones y en sus ediciones de julio de 1972 publicó dos reportajes a fondo dirigidos por Víctor Vaccaro titulados “La prensa de izquierda. Examen sin concesiones I” y “La prensa de izquierda. Análisis sin concesiones II”<sup>338</sup>. En el primero de los reportajes aparece una caricatura de la prensa en una balanza. En uno de los platos están todos los medios de izquierda, entre los que destaca la

---

<sup>337</sup> *Puro Chile* y *Clarín* fueron dos medios de prensa escrita oficialistas durante el gobierno de Salvador Allende.

<sup>338</sup> Víctor Vaccaro, “La prensa de izquierda. Examen sin concesiones (I)”, *Chile Hoy*, N° 4, 7-13 de junio, 1972 y “La prensa de izquierda. Análisis sin concesiones (II)”, *Chile Hoy*, N° 5, 14-20 de junio, 1972. Recuperados en [http://www.socialismo-chileno.org/PS/ChileHoy/chile\\_hoy/chile\\_hoy.html](http://www.socialismo-chileno.org/PS/ChileHoy/chile_hoy/chile_hoy.html).

figura del “Enano Maldito”<sup>339</sup>; en el otro hay un sujeto gordo con una bolsa de dinero que inclina la balanza a su favor. En la introducción al reportaje se lee:

... la comunicación y la información son una necesidad intrínseca del individuo y de la sociedad. Constituyen, por eso, una poderosa arma que manipulada inescrupulosamente puede deformar la realidad, engañar prolongadamente a importantes sectores, imponer causas injustas o impedir los cambios revolucionarios<sup>340</sup>.

Las discusiones giraban en torno a la utilización de estrategias “burguesas”, como recurrir al sensacionalismo sexual y criminal para atraer al público (en una abierta crítica al periódico más popular *Clarín*), pasando por la crítica del entonces senador Volodia Teitelboim hacia la prensa y su rol de francotirador en el proceso, hasta la discusión relativa a la formación de los periodistas y las formas de dar el combate ideológico desde esa trinchera.

En agosto de 1971 confluyeron dos elementos fundamentales del proceso en lo relativo a la prensa nacional. Por un lado, el desarrollo teórico y la reflexión crítica y de carácter revolucionario que daba Armand Mattelart en el CEREN y las exigencias de la primera asamblea de medios de izquierda celebrada en abril. Esta confluencia de pensamiento y acción se dieron en la Sección de Investigación y Evaluación en Comunicaciones de Masas de la editorial nacional Quimantú dirigida por Mattelart. La implementación de una revolución en las comunicaciones fue uno de los tantos procesos inconclusos que nos dejaría la represión dictatorial.

### **Debates y tensiones en las ciencias sociales en Chile: del reformismo de la Democracia Cristiana a la revolución pacífica de la Unidad Popular**

El Chile de los años sesenta no era solo un espacio de confluencia de personalidades intelectuales, sino también de grandes debates de época entre los pensadores, que se fueron radicalizando en el proceso mismo de radicalización de la política. Por otro lado, la existencia de una democracia bastante estable, la derrota del proyecto conservador y la instalación de una visión hegemónica de crítica al liberalismo posibilitaron el desarrollo

---

<sup>339</sup> Caricatura elaborada por Jorge Mateluna para el periódico *Puro Chile*, de línea editorial de izquierda. Este personaje cumplía el rol de burlarse de la derecha política nacional.

<sup>340</sup> Vaccaro, “La prensa de izquierda. Examen sin concesiones (I)”, *op. cit.*, pág. 13.

de un pensamiento social de izquierda, que se desplegaba por todas las instituciones académicas del país.

Esta realidad de auge intelectual fue compartida por algunos países de Occidente, donde “las garantías constitucionales, unidas a la expansión económica, el desarrollo tecnológico y el crecimiento de los centros universitarios y las industrias culturales impulsaron un periodo de esplendor sin muchos precedentes que muchos han considerado como una verdadera edad de oro”<sup>341</sup>.

La mirada latinoamericanista desarrollada por los intelectuales del periodo redundó en que las discusiones dadas en el plano local tuvieran implicancias continentales, más aún cuando eran expuestas por científicos sociales que venían de diversos países latinoamericanos o, siendo europeos, se habían abocado al estudio de los problemas de América Latina. El ambiente intelectual se desenvolvía con las urgencias y los ritmos de la época y aquellos que pensaban Latinoamérica lo hacían desde una relación directa con la política local y, por lo tanto, tensionados e influidos por ella.

El posicionamiento respecto de las políticas de desarrollo y transformación fue inevitable para los científicos sociales en Chile y, a diferencia de las experiencias del México posrevolucionario o de los Estados Unidos pos Segunda Guerra Mundial, los intelectuales no adscribieron a la propuesta transformadora de Frei Montalva y Allende de manera incondicional. Si bien en ambos gobiernos hay un grupo de intelectuales adherentes, que se convirtieron en técnicos, la mayoría adoptó una actitud crítica —en el primer caso— y tensionante —en el segundo—. Esta crítica y tensionamiento consistieron, fundamentalmente, en instalar en la opinión pública reflexiones políticas de temáticas académicas que eran o se convirtieron en sustento teórico de las definiciones políticas de la época.

Los ejes centrales de las discusiones eran el carácter de la sociedad latinoamericana y las estrategias de desarrollo continental. Uno de los debates tenía relación con el modo de producción. Según Cristóbal Kay, esta fue una discusión impulsada por la publicación de un artículo de André Gunder Frank sobre el desarrollo del subdesarrollo en la revista *Monthly Review* en 1966, en el que planteaba el carácter capitalista y dependiente de la formación económico-social de América Latina. “Este era un debate más bien dentro de la izquierda, ya que la caracterización de América Latina como feudal o capitalista tenía claras implicaciones políticas para los partidos y movimientos de izquierda”<sup>342</sup>.

---

<sup>341</sup> Josep Picó y Juan Pecourt, *Los intelectuales nunca mueren. Una aproximación sociohistórica (1900-2000)*, Barcelona, RBA, 2013, pág. 160.

<sup>342</sup> Entrevista a Cristóbal Kay, abril de 2013. André Gunder Frank, “The development of underdevelopment”, *Monthly Review*, Vol. 18, N° 4, 1966.



Este tipo de discusiones se daban desde distintos enfoques y en diversos niveles. Había una caracterización de las relaciones sociales latinoamericanas, pero también implicaban una explicación histórica que permitió a historiadores como Luis Vitale<sup>343</sup> desarrollar la tesis del origen del capitalismo en América desde la conquista misma y levantar un análisis sobre la sociedad de clases en Chile que abarcaba desde la colonia en adelante. En un plano más político, la caracterización hecha por Frank y Vitale implicaba una crítica y advertencia de los límites que tenían los proyectos de desarrollo industrializador desplegados por los gobiernos latinoamericanos y, en el plano local, había un cuestionamiento implícito a la política de conciliación de los intereses de clase implementada por Frei y también a las del Partido Comunista:

Otros debates giraban en torno a la Tercera Vía y la Vía No Capitalista o Comunitaria sobre el desarrollo, especialmente entre los militantes o simpatizante más radicalizados del Partido Demócrata Cristiano, [...] había un debate sobre la marginalidad entre aquellos que estaban cercanos a la teoría de la modernización (influenciados por la sociología del desarrollo y, específicamente, por Gino Germani) y aquellos influenciados por el marxismo, que tenían otra interpretación sobre la problemática de la marginalidad<sup>344</sup>.

La política de Promoción Popular implementada durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva fue la materialización de las conclusiones políticas extraídas de la teoría de la marginalidad defendida por Roger Vekemans. Este había llegado al país en 1957 y en 1958 compilaba los textos expuestos y defendidos en el IV Congreso Internacional Católico de la Vida Rural<sup>345</sup>. En aquella compilación se leía en el prólogo:

El valioso aporte que trajeron expertos internacionales al IV Congreso Internacional Católico para la Vida Rural confirmó que la triste sintomatología del avance marxista en el campesinado en muchos países coincide con el descuido de ciertos cambios fundamentales en la Vida Rural, que postergaba la plena dignificación del hombre a la par

---

<sup>343</sup> Luis Vitale, historiador de origen argentino que desarrolla toda su carrera en Chile. En 1967 publica el primer tomo de su interpretación marxista de la historia de Chile, donde analiza el país desde la perspectiva de clase. Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, vol. I (tomos I y II), Santiago, LOM, 2011 [1967 y 1969].

<sup>344</sup> Entrevista a Cristóbal Kay, abril de 2013.

<sup>345</sup> El Congreso se llevó a cabo en Santiago de Chile entre el 1 y el 6 de abril de 1957. Participaron en él, como ponentes, Jacques Chonchol, Mario Bandini, Ricardo Cox Balmaceda y expertos en reforma agraria de México y Bolivia.

que frenaba la adecuada rentabilidad agraria y abandonaba el campo al comunismo, que aparecía falsamente, pero sin contrapeso, como el defensor de la redención campesina<sup>346</sup>.

La conferencia podría leerse como una fuerte propaganda anticomunista más que una reflexión crítica respecto del latifundio o el régimen señorial aún existente en América Latina. Más allá de la vinculación de Vekemans con la Iglesia, y a partir de la propuesta antes mencionada, se convirtió en el principal representante local de la teoría de la marginalidad. Sus reflexiones teóricas tuvieron difusión desde la Universidad Católica, donde era director de la Escuela de Sociología, además de estar adscrito al CEREN, pero es con su trabajo desde el Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL) que el belga se convirtió en un intelectual-político clave, ya que fue desde ahí que se pensó la política social del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970).

En un folleto titulado *Promoción Popular, instrumento del desarrollo social*, editado por la Consejería Nacional de Promoción Popular, se explican las bases de la política social de este gobierno señalando que uno de los aspectos de la realidad nacional que la define es “la marginalidad de grandes conglomerados sociales”. Y sigue:

El fenómeno de la marginalidad, por su parte, ofrece como principales características la falta de participación, pasiva y activa, del sector popular y su desintegración interna.

La falta de participación pasiva se refiere esencialmente a que gran parte de la sociedad no recibe los bienes y servicios que la comunidad está obligada a entregar a cada uno de sus miembros.

A lo anterior se suma la existencia de *estructuras de rechazo*, esto es: de hábitos sociales y expresiones e instituciones jurídicas y administrativas y culturales correspondientes, que tienden a perpetuar la división de la sociedad en dos sectores, de los cuales sólo uno goza plenamente de todos los bienes y servicios y participa de manera activa en los centros de poder y decisión<sup>347</sup>.

Esta noción de la marginalidad fue funcional a las políticas desarrollistas y se inscribió en la misma lógica de la teoría de la modernización. Estas concepciones entendían que las sociedades en proceso de modernización mantenían aspectos del subdesarrollo; en concreto, una parte de la población se mantenía al margen del progreso y

---

<sup>346</sup> Roger Vekemans (comp. y ed.), *Actas del 4º Congreso Internacional Católico de la Vida Rural*, Argentina, 1958.

<sup>347</sup> Consejería Nacional de Promoción Popular, *Promoción Popular, instrumento del desarrollo social*, Santiago, 1964, sin número de págs. (el destacado es del original).

de los beneficios sociales. “[S]on las prácticas económicas, sociales y culturales ‘tradicionales’, y la falta de integración a las instituciones y a los valores modernos los que permiten definir al sujeto ‘marginal’”<sup>348</sup>. El pensamiento de Vekemans concebía la marginalidad como parte de los problemas existentes en el proceso de modernización que se superarían con la integración.

Desde esa perspectiva y bajo las orientaciones teóricas de la DESAL, el gobierno de Frei Montalva realizó esfuerzos para integrar a aquellos marginados de la cultura, de los beneficios económicos y del desarrollo del Estado. El concepto de integración se tornó muy relevante para la política social de su administración, ya que la Promoción Popular no era solamente un reparto de beneficios sociales desde el Estado en forma vertical, sino también la convocatoria a esos marginados a participar en su propia integración.

El ascenso de la Democracia Cristiana al gobierno en 1964 incrementó las discusiones y radicalizó las posiciones. Frei Montalva tomó la administración del país en pleno proceso exitoso de industrialización a nivel macro y de contradicciones y deudas sociales a nivel micro:

Entre 1940 y 1954 la producción industrial aumentó en un 246 por ciento y la agricultura sólo en un 35 por ciento. Esta tendencia continuó hasta los primeros años sesenta, momento en que la industria urbana, la construcción y los servicios llegaron a representar el 78 por ciento del PIB, en comparación con el 12 por ciento correspondiente a la agricultura, la pesca y la silvicultura. A causa de ello, las manufacturas disminuyeron del 50 por ciento del valor de las importaciones en 1925 al 16 por ciento en 1969.

El sector de servicios registró una expansión mayor que la de cualquier otro sector de la economía: del 36 por ciento de la población activa en 1940 al 41 por ciento en 1960, principalmente gracias a un incremento de las personas que trabajaban en los servicios del gobierno, que pasaron del 5 al 8 por ciento.

[...] Medido en pesos de 1950, el gasto público total casi se multiplicó por dos entre 1940 y 1954 y continuó subiendo en espiral después de esta última fecha<sup>349</sup>.

---

<sup>348</sup> Andrea Delfino, “La noción de marginalidad en la teoría social latinoamericana: surgimiento y actualidad”, *Universitas Humanística*, N° 74, julio-diciembre de 2012, pág. 21. Recuperado de <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/3640/3177>.

<sup>349</sup> Drake, *op. cit.*, pág. 229.

Frei Montalva buscó profundizar las cifras de crecimiento económico, industrialización y desarrollo de los servicios disminuyendo las de la marginalidad. Para esto, implementó una política de integración que difirió de la de su antecesor, Jorge Alessandri Rodríguez. Este último, amenazado por una izquierda en ascenso, implementó algunas medidas sociales, como un plan de vivienda y una minúscula reforma agraria. Sus medidas fueron –a juicio de Tomás Moulián– más una política defensiva frente a la amenaza izquierdista que una genuina integración. A diferencia de la política neutralizadora de Alessandri, Frei Montalva generó una política social pensando en la integración positiva<sup>350</sup>:

En los años sesenta, la población del gran Santiago superó los dos millones de habitantes, acercándose a los tres millones en 1970. En los asentamientos de los sectores populares la precariedad habitacional aumentaba a la par que su población [...]. En 1966, según datos de DESAL, unas 300.000 personas, vale decir el 12 por ciento de la población de Santiago, vivían en conventillos callampas o mejoras; en 1970 esta cifra alcanzó 16 por ciento. A pesar del desarrollo económico, la crisis urbana estaba lejos de haberse resuelto; entretanto, la intervención del Estado crecía para proveer los terrenos y los medios para la construcción; se pasa de 7.000 viviendas por año antes de 1959 a 20.000 unidades en 1960. Se crean así grandes poblaciones como la José María Caro, Lo Valledor y Joao Goulart que acogieron buena parte de la población de Santiago en inmensos barrios. En estos años, el impulso estatal a la construcción de viviendas constituía uno de los principales mecanismos de intervención pública en la economía. Los gastos públicos de salud, educación, ayuda social aumentaron igualmente durante este período. El gobierno de Alessandri, de orientación radicalmente conservadora, desarrolló una política de acceso a la propiedad, pero es con el gobierno de Frei y la llegada al gobierno de la Democracia Cristiana que se pone en marcha un vasto programa de “Promoción Popular”<sup>351</sup>.

La Revolución en Libertad prometía conciliar el crecimiento económico con la justicia social, lo que significaba un arbitrio entre los distintos intereses de clase. El experimento de la Democracia Cristiana generó un aumento de las expectativas y no logró disminuir la movilización social. Mientras Frei Montalva avanzaba en las medidas sociales, las discusiones sobre el carácter del gobierno, la efectividad de las medidas, la ayuda prestada por Estados Unidos y los costos sociales dividían a la intelectualidad chilena.

---

<sup>350</sup> Moulián, *op. cit.*

<sup>351</sup> Vicente Espinoza, “Historia social de la acción colectiva urbana: los pobladores de Santiago, 1957-1987”, *EURE*, Vol. 24, N° 72, 1998, pág. 76. Recuperado de <https://repositorio.uc.cl/handle/11534/8095>.

El escritor y académico Hernán Poblete Varas fue nombrado por el presidente como colaborador en la Consejería Nacional de Promoción Popular y, desde ese compromiso y responsabilidad, escribió en el diario *El Sur*, de Concepción, en noviembre de 1964, y en *La Nación*, de Santiago, en diciembre del mismo año, un artículo que más tarde fue impreso en forma de folleto por la presidencia de Chile, junto a un texto de autoría de Sergio Ossa Pretot, uno de los creadores de la Consejería. El folleto se titulaba *Promoción Popular, hacia la comunidad organizada* y era el segundo número de una serie de documentos publicados para la difusión de la política del gobierno.

Poblete Varas instalaba la política de Promoción Popular en el largo tiempo histórico como respuesta a los males que el desarrollo técnico y económico, transformados en codicia, habían generado. Igualaba las políticas sociales de Mussolini y Stalin, caracterizándolas como control desde arriba, y planteaba que

[l]os años de injusticia acumulados sobre los hombros de nuestra civilización no van a ser compensados por algunas iniciativas misericordiosas. Lo que necesitamos es una real incorporación del hombre a las tareas de este tiempo. Y esta incorporación no la podemos hacer sino desde las bases de este pueblo que clama justicia y que exige una mayor participación en la vida nacional<sup>352</sup>.

Por entonces funcionaba el Instituto de Humanismo Cristiano, que agrupaba a académicos y estudiantes, y donde se publicó, en 1965, un pequeño libro titulado *Más allá de la protesta. Universitarios y Promoción Popular*. En la presentación decía: “no creemos que ningún hombre, y menos un intelectual, pueda sentirse realizado en esta generación si se limita a contemplar el curso de la historia sin comprometerse con él en la construcción del mundo nuevo que es misión nuestra el contribuir a crear”<sup>353</sup>. Los autores eran: Octavio Álvarez, estudiante de economía de la Universidad Católica (UC); José Joaquín Brunner, estudiante de derecho de la UC; María Eugenia Calderón, estudiante de psicología de la UC; Jaime Gazmuri, estudiante de agronomía de la Universidad de Chile (UCH); Sergio Gómez, estudiante de sociología de la UC; Fernando Tagle, egresado de economía de la UCH y José Antonio Viera-Gallo, estudiante de derecho de la UC. La portada había sido diseñada por Claudio di Girolamo.

---

<sup>352</sup> Consejería Nacional de Promoción Popular, *Promoción Popular hacia la comunidad organizada*, 1965. Presidencia de la República, Departamento de Impresos, Ministerio de Relaciones Exteriores, Colección Documentos N° 2, 1965.

<sup>353</sup> Octavio Álvarez *et al.*, *Más allá de la protesta. Universitarios y Promoción Popular*, Santiago, Instituto de Humanismo Cristiano, 1965.

Los jóvenes intelectuales se planteaban como revolucionarios, alejándose de los “intelectuales de alambiques”<sup>354</sup> y reconociendo el rol que como jóvenes y expertos les cabía en el proceso de cambios que estaba en desarrollo. Del análisis del texto se desprende el fuerte compromiso de esta instancia con el programa de la Democracia Cristiana y el poder intelectual ejercido por Roger Vekemans, Armand Mattelart, Manuel Antonio Garretón y el propio Eduardo Frei Montalva. En un corto periodo de tiempo, estos jóvenes profesionales encontraron ubicación al frente de las aulas de la Universidad Católica y se convirtieron en referentes intelectuales para otros jóvenes.

La incorporación de estos intelectuales jóvenes y otros con trayectoria a la Universidad Católica respondió a la renovación que en el propio catolicismo se estaba produciendo. Esta renovación, según Brunner,

... extendía su hegemonía cultural por medio de una multiplicidad de organismos, grupos y movimientos, que tenían tanto expresión en la Iglesia católica como en la sociedad. Su presencia se hacía sentir en la jerarquía y el clero en el diario *La Voz* del arzobispado de Santiago, en la revista jesuita *Mensaje*, en institutos de investigación y difusión de ideas, como lo eran DESAL, CELAP, ILADES y otros; su influencia se prolongaba, igualmente, a través del Partido Demócrata Cristiano y sus órganos de discusión y estudio<sup>355</sup>.

Para Brunner, las corrientes renovadoras lograron desplazar a las conservadoras, las que, al seguir representando los intereses de la clase alta, se vieron relegadas a la acción política desde la cultura o la moral.

En 1963 se incorporaron a la Universidad Católica otros extranjeros, pero con un perfil distinto al de Vekemans, entre ellos Franz Hinkelammert. Este era un marxista alemán, teólogo y economista, que generó, desde Chile, importantes aportes a la teología de la liberación y a la teoría de la dependencia<sup>356</sup>. Al crearse, en 1969, los *Cuadernos de la Realidad Nacional*, será incorporado como miembro del consejo deliberativo. En el número 1 de la revista publicó un artículo titulado “Las clases sociales en la sociedad capitalista y en la sociedad socialista”,

---

<sup>354</sup> *Ibid.*

<sup>355</sup> José Joaquín Brunner, “Universidad Católica y cultura nacional en los años 60: los intelectuales tradicionales y el movimiento estudiantil”, documento de trabajo, FLACSO, octubre de 1981, pág. 90.

<sup>356</sup> Entre otros: Franz Hinkelammert, “El criterio de inversión en la teoría y práctica de la economía política soviética”, *Cuadernos de Economía*, N.º 6, Santiago, mayo-agosto de 1965; *Economía y revolución*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1967; *Dialéctica del desarrollo desigual*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1970; *El subdesarrollo latinoamericano: un caso de desarrollo capitalista*, Buenos Aires, Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile, Paidós, 1970.

marcando una adscripción al marxismo más clásica que el resto de los integrantes del CEREN<sup>357</sup>. Los números de 1969 y 1970 son academicistas o de teorización en general, pero desde 1971 los análisis se centraron sobre los elementos concretos de la realidad nacional.

El CEREN fue una de las manifestaciones más evidente de la transformación de los espacios vinculados a la Iglesia católica, en los que empezó a despuntar un pensamiento crítico influido por el marxismo. Esto demostraba la renovación de su doctrina y la apertura de sus instituciones, pero también cómo el cambio profundo de la sociedad en desarrollo abarcaba todos los ámbitos y todos los rincones. El centro nació como una exigencia de los tiempos y por el tensionamiento realizado por una serie de actores que se debatían entre pensar la realidad y la acción política “más concreta”. Uno de los referentes del MIR, Andrés Pascal Allende, participa de la formación del CEREN y cuenta que

... en ese tiempo estaba casado, creo, o de novio, sí, casado, con Carmen Castillo, que era hija de Fernando Castillo, que fue elegido rector de la reforma. Y había un prorector, que era Fiori. Con él yo tenía una buena relación y le dije que por qué no creamos un centro de estudios sobre la realidad nacional, porque hace falta conocer la realidad nacional y él me apoyó, y creamos el CEREN. Lo que pasa es que en el CEREN yo alcancé a estar... yo llevé a Chonchol, a Manuel Antonio Garretón, a Lechner, a una cantidad de gente que venía de una corriente más democratacristiana.

... Manuel Antonio era de la Católica, era profesor de la carrera de sociología. A Chonchol no me acuerdo si lo conocía o no, pero Chonchol estaba en la Democracia Cristiana. Lo llamé y le dije “por qué no formamos esta cuestión, vente de presidente”, no me acuerdo si era presidente.

... Lechner llegó ahí y le hicimos un espacio, era jovencito, cabrito. Y así se iba conformando un espacio de estudio, de reflexión, de debate, que era bien motivador. Pero en el caso mío, yo opté por abandonar eso<sup>358</sup>.

Tomás Moulián fue parte del CEREN. Recuerda que “allí están Andrés Pascal Allende, Manuel Antonio Garretón y otros, como Franz Hinkelammert, muy importante, Norbert Lechner, muy importante, Patricio Biedma, un argentino que muere en Buenos Aires, asesinado por la dictadura”<sup>359</sup>. Más tarde ingresaron al CEREN intelectuales de la talla

---

<sup>357</sup> Franz Hinkelammert, “Las clases sociales en la sociedad capitalista y en la sociedad socialista”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 1, septiembre de 1969.

<sup>358</sup> Entrevista a Andrés Pascal.

<sup>359</sup> Horacio Tarcus, Juan Carlos Gómez y Emir Sader, “Tomás Moulián: itinerario de un intelectual chileno”, *Crítica y Emancipación, Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, Año 1, N° 1, 2008, pág. 137.

de Armand y Michèle Mattelart, que no solo incorporan nuevos temas a la investigación social, como fueron la cultura y las comunicaciones, sino que revolucionaron los enfoques utilizados hasta el momento.

Espacios como la Universidad Católica, el CEREN y DESAL, convocaron a intelectuales que orgánicamente apoyaron la Revolución en Libertad y que se sentían, a través de su participación en esta instancia, parte de una revolución. En efecto, las medidas integradoras de Frei Montalva fueron un salto cuantitativo y cualitativo en la política social del Estado de Chile y generaron una profunda adhesión entre los críticos al marxismo, pero también entre algunos que, siendo marxistas, eran críticos del socialismo real y vieron en la institucionalidad y el gradualismo una forma de generar transformación.

La Revolución en Libertad pretendió generar integración para lograr el desarrollo por la vía capitalista, por lo que, cuando hablaban de revolución, se referían a la revolución de la producción y la profundización de la modernización a través de la integración de toda la estructura al proceso, pero manteniendo sus lógicas internas. Bajo estas premisas, ¿qué tipo de intelectuales eran? ¿Y eran realmente intelectuales revolucionarios?

Para este estudio hemos entendido como intelectuales revolucionarios a aquellos que adscriben a la revolución, es decir, a la transformación radical de la sociedad. También a aquellos que revolucionan su ámbito o disciplina traspasando los límites impuestos por el pensamiento hegemónico y que pueden, por lo tanto, imaginar y proyectar desde su experticia una realidad alternativa. Pero tomando en cuenta esta separación de lo revolucionario en dos ámbitos, es dable preguntarse si un intelectual puede ser revolucionario solo en una de las dos acepciones. ¿Puede un sujeto que no es revolucionario (en su acepción política) revolucionar las ciencias sociales? O, ¿puede un intelectual, que es parte de un proyecto considerado revolucionario, mantenerse dentro de los paradigmas conservadores de las ciencias sociales?

En los intelectuales vinculados al proyecto de Frei Montalva y de la Democracia Cristiana existió una autoconciencia revolucionaria que se sostenía en una concepción de la revolución que no tenía que ver con la visión marxista o con los ejemplos de Rusia y Cuba, sino, más bien, con la idea de que revolución es cambio social profundo e integración de los marginados desde sus propias organizaciones y no “desde arriba”. Lo revolucionario, entonces, estaba en el rol que adquirían en su propia integración los sectores marginados reemplazando o, más bien, superando al Estado.

Por otro lado, los jóvenes intelectuales que escribían desde el Instituto de Humanismo Cristiano calificaban el contexto mismo vivido



como un periodo revolucionario. Su reflexión era que “el tiempo apremia. Las circunstancias urgen: termina una época, comienza otra. Muere una secular forma de vida. El pueblo comienza a ver. Nace la conciencia de una tarea. Cruje la sociedad en su estructura total. Es la revolución latente”<sup>360</sup>. Desde esta urgencia de la revolución reflexionaban sobre qué era la revolución concluyendo que

La revolución no es un esquema de ideas importado, sino la exigencia misma de la realidad, de la actual estructuración de la sociedad. [El momento actual] se caracteriza por la radical separación entre los que detentan el poder y el pueblo que permanece ajeno a la sociedad en que vive. Ante esta realidad golpeante, se postula, como solución la Promoción Popular, que culmina en la auténtica Sociedad Democrática. El proceso de promoción del pueblo es la primera y más fundamental de las tareas concretas de la revolución. Sin el pueblo no hay revolución<sup>361</sup>.

La autoconciencia revolucionaria de los intelectuales orgánicos del proyecto demócratacristiano fue respondida y negada por los intelectuales marxistas. Estos, desde su propia autoconciencia revolucionaria, planteaban el carácter reformista y hasta contrarrevolucionario de dicho proyecto y, por lo tanto, de los intelectuales que lo sustentaban teóricamente.

Según Alfredo Jocelyn Holt, esta disputa por “lo revolucionario” sería una constante en los sectores políticos e intelectuales de nuestro país. A su juicio, la naturaleza confusa de los procesos revolucionarios en Chile está acompañada de la ambigüedad del carácter revolucionario de los intelectuales nacionales. “Todos los sectores políticos chilenos se han visto a sí mismos como ‘revolucionarios’. Lo cual haría de los intelectuales –ambiguos dentro de un marco ambiguo– el principal apoyo político y agente fáctico de la Revolución, así en mayúscula”<sup>362</sup>.

Sin coincidir con el argumento del autor que iguala la actuación de todos los intelectuales sin importar cuál fuese el proyecto y la traduce como mera ansia de poder, parece interesante esta constante a la que hace mención, la de que los intelectuales hayan tendido a autodenominarse

---

<sup>360</sup> Álvarez *et al.*, *op. cit.*, pág. 9.

<sup>361</sup> *Ibid.*

<sup>362</sup> Alfredo Jocelyn Holt, “Los intelectuales-políticos chilenos. Un caso de protagonismo equívoco continuo”, en Wilhelm Hofmestier y H. C. F Mansilla, eds., *Intelectuales y política en América Latina: el desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo Sapiens, 2003, pág. 171.

como revolucionarios y disputar la nominación externa de esta condición<sup>363</sup>.

La conciencia revolucionaria de los intelectuales marxistas va a tener una tribuna preferencial en la revista *Punto Final*, que se convirtió en uno de los principales órganos de oposición desde la izquierda al gobierno de Eduardo Frei Montalva. En el segundo número de la publicación, el prolífico periodista chileno Eugenio Lira Massi escribe una edición especial dedicada al gobierno de la Democracia Cristiana, a un año de su inicio. Con ironía y sarcasmo relativizaba, en ella, la profundidad de los cambios realizados:

... me imagino a los demócratacristianos como un equipo de fútbol con sus defectos y sus virtudes.

Un equipo de fútbol muy particular. Brillantes dominadores del medio campo. Allí se pasean, incluso se permiten algunos lujos; pero al llegar al área grande, se diluyen, se achican y ninguno quiere rematar. Son estilistas, académicos, juegan “al toque” sin incurrir jamás en brusquedades. Dan la impresión de que no quieren hacer goles, para no herir el amor propio del adversario. No quieren humillarlos. Son buenos.

Juraría que muchos de sus integrantes preferirían mil veces que los contrarios se hicieran un autogol, para no verse ellos obligados a convertir un tanto. Miran a las ochenta mil personas que los aplauden y los alientan, y se sienten desconcertados porque el equipo rival no

---

<sup>363</sup> Respecto a otras categorías en disputa y refiriéndose a la discusión dada por los distintos actores políticos sobre la democracia, Cristina Moyano señala que durante los años sesenta y setenta la izquierda construyó su red semántica identitaria en torno a la revolución y el socialismo, la vía armada y la transformación radical de la sociedad. En ese marco, la democracia se entendía más como lastre que como espacio de oportunidades. Sin duda, uno de los puntos de quiebre que abrió luces para toda la izquierda occidental fue precisamente la experiencia chilena de la Unidad Popular. El discurso allendista de generar una transformación radical de la sociedad respetando el sistema democrático suscitó un profundo y estudiado debate dentro de la izquierda. Sin embargo, tanto para quienes, como Allende, creían que las transformaciones hacia el socialismo se podían hacer en democracia, así como para quienes semantizaban la democracia como simple régimen de gobierno burgués, la democracia era superable por el socialismo, entendido como infinitamente más avanzado que esta. Por ende, incluso la izquierda más reformista veía la democracia como un régimen que permitía un espacio de oportunidad aprovechable precisamente para pasar a una nueva etapa, que mutaría hacia una fase superior. Cristina Moyano, “Un acercamiento histórico-conceptual al concepto de democracia en la intelectualidad de la izquierda renovada. Chile, 1973-1990”, *Izquierdas*, Año 2, N° 3, abril de 2009.

comprende que ellos tienen el público a su favor y que, en consecuencia, les corresponde perder<sup>364</sup>.

En una crítica en un tono más político y tradicional, en el número 5 de la revista de noviembre de 1965, escrito por Salvador Allende, se hace mención al carácter de la propuesta freísta. En lo relativo a la Promoción Popular, Allende planteaba reparos a una política que reconoció y aceptó la marginalidad. Para él, que la institucionalidad del Estado se volcara a trabajar específicamente con ese sector social era replicar “un Club de la Unión al revés”, en el que la marginalidad sería “una variante moderna de la evangélica concepción de los pobres como institución”<sup>365</sup>

Sospechaba, además, de los intereses extranjeros con los que dialogaba la DESAL y cómo esto habría molestado a la propia dirigencia demócratacristiana. El texto se orientaba a definir la Promoción Popular como una política transnacional, detrás de la cual había intereses empresariales y políticos norteamericanos y europeos. Levantando una crítica hacia los intelectuales detrás del proyecto señalaba que

Hay un grupo que ha estudiado con seriedad, movido por la inquietud que les provoca el desafío popular, el conflicto que se advierte en la deformada nación chilena. Sabe que existen tensiones, conoce la capacidad que desarrolla el pueblo si una vanguardia política le guía hacia el poder. También sabe que tiene una obligación: contener la historia. De todo eso ha nacido una Promoción Popular<sup>366</sup>.

En el apartado “Roger Vekemans, eminencia gris de la Promoción Popular”, se refiere, en específico, al ideólogo de esta política precisando que “[e]l principal promotor de la promoción popular en Chile es un extranjero y no un miembro responsable del gobierno chileno [...] para hacer funcionar sus planes se ha valido del aporte foráneo y clandestino, lo que torna doblemente delicada la intervención suya en el país”<sup>367</sup>.

En la retórica deslegitimadora de la autodenominación de revolucionario al proyecto de Promoción Popular, Allende señalaba que “la auténtica revolución sin apellidos, cumplida por voluntad popular no necesita el establecimiento de un ghetto dentro del País” y oponía la Promoción Popular a la Planificación Popular, que sería el factor dinámico indispensable para lograr el desarrollo y donde las

---

<sup>364</sup> Eugenio Lira Massi, “Frei y los desconocidos de ahora”, *Punto Final*, N° 2, septiembre de 1965, pág. 5-6.

<sup>365</sup> Allende, *op. cit.*, pág. 55.

<sup>366</sup> *Ibid.*, pág. 56.

<sup>367</sup> *Idem.*

organizaciones populares serían consideradas dentro del aparato burocrático del Estado, generando así una verdadera promoción<sup>368</sup>.

Por los mismos años, en su primera estadía en Chile, André Gunder Frank escribió algunos artículos sobre la experiencia chilena de la Revolución en Libertad. En el primero de ellos criticó las posturas de Chonchol respecto de la reforma agraria “Yo abogaba por la necesidad de una revolución rápida en lo agrario y en otros terrenos, para impedir la contrarreforma. [...] También previne que cualquier integración económica latinoamericana favorecería más bien a los inversionistas extranjeros que a los nacionales”<sup>369</sup>.

La discusión político-intelectual entre proyectos distintos de desarrollo es vista por algunos autores en retrospectiva como una especie de guerrilla obcecada de ideas que no hacía más que representar el alma utópica de los intelectuales incapaces de lograr consensos:

En el caso chileno el problema reside, como veíamos antes, en que nuestros intelectuales no solo han sido productores de ideologías, sino que han mostrado una irresistible tendencia al utopismo, concibiendo en su imaginación esquemas de desarrollo y transformación social que luego necesitan ser impuestos al país y que escasamente llegan a contar con el consenso activo de la población. Luego en vez de construir consensos y articular proyectos divergentes, los intelectuales han tendido en Chile a favorecer la polarización ideológica, y a proclamar visiones del desarrollo que son presentadas como total y radicalmente contrapuestas, sin posibilidad alguna de mediación entre ellas<sup>370</sup>.

Polemicemos con Brunner: reconociendo la radicalización de las discusiones intelectuales y políticas en los años sesenta y, estando de acuerdo con el argumento esgrimido por él de que los intelectuales en Chile han estado ligados al Estado y a las discusiones relativas al desarrollo como asesores y otras funciones, es posible preguntarse si es labor de los intelectuales consensuar posiciones ideológicas o, más bien, de quienes ostentan el poder para materializar los proyectos diseñados idealmente por estos. Después de todo, ¿no es eso lo que han hecho los políticos liberales con la ideología de los utópicos ilustrados?

Resulta también un poco perturbadora la imagen de los intelectuales como sujetos que imponen ideas o proyectos. Si nos referimos a los

---

<sup>368</sup> *Ibid.*

<sup>369</sup> André Gunder Frank, *El desarrollo del subdesarrollo: un ensayo autobiográfico*, Caracas, Nueva Sociedad, 1991, pág. 31. “Los artículos van a ser publicados en *Monthly Review* en inglés, *Política* de México y *Panorama Económico* de Chile”.

<sup>370</sup> José Joaquín Brunner, “Los intelectuales y los problemas de la cultura del desarrollo”, *Cuadernos de Economía*, Año 26, n° 79, diciembre de 1989, pág. 314.

intelectuales que colaboraron con la Democracia Cristiana en el diseño e implementación de la Promoción Popular, podemos ver que lejos de imponer el proyecto contaban con la aprobación de los electores que mayoritariamente respaldaron a Frei Montalva. Por otro lado, el proyecto mismo no tenía nada de radical, sino todo lo contrario, buscaba consensuar los intereses del capitalismo con las necesidades de la población.

Si indagamos en la actuación de los intelectuales socialistas y comunistas críticos al proyecto freísta, la propuesta efectivamente implicaba la radicalización de las posturas relativas a las formas de lograr el desarrollo y proponía una salida clasista. Sin embargo, la proposición estaba muy lejos de intentar imponerse, ya que incluía como estrategia para su materialización la construcción de una amplia mayoría adherente que votara por dicho proyecto. Finalmente, si la referencia de Brunner es a los intelectuales que abrazaron la lucha armada y pretendían imponer el proyecto socialista desde la violencia revolucionaria, lo que nos queda por decir es que tenían muy pocas posibilidades de hacerlo y, por lo tanto, es difícil tomarlos de modelo para construir una imagen de los intelectuales chilenos.

Desde 1967, con la llegada de Theotonio dos Santos y Vania Bambirra, la discusión adquirió mayor amplitud. Un año más tarde se sumó Ruy Mauro Marini, que encontró en la Universidad de Concepción un espacio de acogida. Al año siguiente comenzó a trabajar en el CESO de la Universidad de Chile en Santiago. En ese mismo año, André Gunder Frank se estableció en Santiago, luego de varios años de encuentros y desencuentros con el país<sup>371</sup>.

Los intelectuales recién llegados traían consigo las críticas a las teorías del desarrollo y las experiencias del rico ambiente intelectual que se generó en la Universidad de Brasilia, recientemente fundada y dirigida por Darcy Ribeiro, quien ocuparía un cargo ministerial en el gobierno de Joao Goulart y, después del golpe en Brasil, en Chile, donde se convirtió en consejero de Allende.

Para dimensionar el grado de politización y radicalidad intelectual y política de quienes llegaban al país, podemos mencionar que Dos Santos, Bambirra y Marini, alumnos de André Gunder Frank en Brasil, fueron parte de la fundación y el desarrollo político de la organización Política Obrera (POLOP) en Brasil. El alemán, por su parte, rápidamente se hizo conocido en el ambiente intelectual por su crítica profunda al desarrollismo y a lo que él consideraba como reformismo. De hecho,

---

<sup>371</sup> Las trayectorias específicas de estos intelectuales latinoamericanos las analizaremos en el próximo capítulo.

respecto del propio Darcy Ribeiro dirá: “Debo decirlo, siempre encontré su reformismo político pragmático insuficientemente revolucionario”<sup>372</sup>.

Estos intelectuales llegaban, entonces, con las primeras definiciones de lo que fue más tarde la teoría de la dependencia, enunciadas por primera vez en la Universidad de Brasilia. También traían una postura crítica a las experiencias reformistas del gobierno de Goulart, una caracterización general del golpe de Estado vivido por Brasil y la experiencia revolucionaria militante de sus años en la POLOP.

Por su parte, el debate en Chile, a partir de la propia experiencia democratacristiana en el gobierno, el aumento de las expectativas populares y el alza de la movilización social, evidenciaban las contradicciones de la vía desarrollista de la Revolución en Libertad y generaban una radicalización dentro de algunos componentes del propio proyecto gobernante.

Jacques Chonchol, militante democratacristiano, subdirector del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP), implementador de la reforma agraria durante Frei Montalva y posterior ministro de Agricultura de la coalición competidora de la Unidad Popular, fue un ejemplo de esa radicalización o “desplazamiento hacia la izquierda”, en el que la formación del Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU) fue la expresión más evidente de tal fenómeno<sup>373</sup>.

Este partido tuvo en sus orígenes una tensión interna que terminó dividiendo a los sectores cristianos de los marxistas. Estos últimos fueron los que finalmente condujeron el proceso desde la lectura revolucionaria marxista haciendo migrar a los primeros a la Izquierda Cristiana. El origen de clase y la formación académica de quienes terminaron dirigiendo el partido permitieron que este haya sido calificado por sus estudiosos como un partido de elite intelectual<sup>374</sup>.

Pese a que en ese periodo cristianismo y revolución eran dos definiciones perfectamente conciliables, existía una división entre marxistas católicos y laicos que llevó a la conformación de diversas organizaciones. Los cristianos, en torno a la lectura de la obra de Marx,

---

<sup>372</sup> Frank, *El desarrollo...*, *op. cit.*, pág. 34.

<sup>373</sup> Cristina Moyano Barahona, *MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973)*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado, 2009.

<sup>374</sup> Moyano Barahona, *ibid.* Entre los dirigentes destacados mencionamos a Oscar Guillermo Garretón, economista de la Universidad Católica, quien ocupó un cargo técnico en el proceso de Promoción Popular. Con un perfil más académico ya entonces, está también Jaime Gazmuri, ingeniero agrónomo por la Universidad de Chile, quien estuvo ligado profesionalmente al INDAP y el ICIRA. En 1970 era director del Instituto de Estudios Agrarios de la Universidad Católica e investigador en DESAL.

formaron sus propios grupos de estudio y espacios políticos. Dos Santos recuerda que

[t]ambién hubo un grupo allá arriba con los curas, allá en su seminario. Este grupo vino a originar más tarde a los Cristianos por el Socialismo, que era un grupo básicamente de curas. Esto hace un cuadro muy general. Es muy interesante para entender que se trata realmente de un momento político, intelectual y cultural, no es una obra de gente que está produciendo algo excepcional, es parte del proceso. Además, Chile era una referencia porque fue el único país donde la alianza para el progreso tuvo una base sólida de gobierno, con la Democracia Cristiana. Era lo más avanzado que el capitalismo podía ofrecer en aquel momento. Entonces, eso atrae la atención de gente de todas partes. Eso creó un momento realmente de mucho auge intelectual muy importante<sup>375</sup>.

La radicalización afectó incluso al Partido Comunista. *Ad portas* de la elección de 1970, un grupo de jóvenes e intelectuales que conformaban un grupo denominado La Tendencia se retiraron del partido. Entre ellos estaba Kalki Glauser<sup>376</sup>, destacado joven intelectual, que ingresó más tarde al MAPU y realizó en paralelo una interesante carrera académica ligada a la Universidad Católica y al CEREN.

Proceso similar es el que vivió el Partido Socialista. Tensionado por los sucesos continentales y la derrota de 1964, terminó aprobando, en las resoluciones del XXII Congreso del partido, celebrado en Chillán, la justeza e inevitabilidad de la violencia en el proceso de toma de poder por parte del pueblo. Al interior del partido ya existía, para ese entonces, una línea, la de los denominados Elenos, que había prestado apoyo logístico a la guerrilla del Che en Bolivia. Dicho grupo estaba conformado, entre otros, por “Elmo Catalán, Celsa Parrau, Félix Huerta, Arnoldo Camú y Beatriz Allende, hija de Salvador”<sup>377</sup>.

De los socialistas, en general, según recuerda Theotonio dos Santos, quienes ocupaban un rol de intelectuales con carreras académicas e influencia teórica eran Clodomiro Almeyda y Eduardo Ruiz. Dos Santos relata: “En la Escuela de Filosofía estaba el Departamento de Sociología, donde Clodomiro Almeyda ejercía una influencia muy grande. Fue un socialista que tuvo relación con los sectores de la izquierda armada. Era del Núcleo Eduardo Ruiz, por ejemplo, que después se fue para México. Tiene mucho prestigio, no volvió a Chile, pero Eduardo era del grupo,

---

<sup>375</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

<sup>376</sup> En el año 1972 Glauser pasó a ser profesor del CEREN y a cumplir labores en la Subsecretaría de Economía.

<sup>377</sup> Marcelo Casals Araya, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”, 1956-1970*, Santiago, LOM, 2010.

muy influyente [...] Hugo [Zemelman] era del grupo de Clodomiro”<sup>378</sup>. Habría que agregar a Pedro Vuskovic, Marcelo Segal, Julio César Jobet, Enzo Faletto y Jorge Barría Serón, entre otros. El propio Dos Santos abrazó la militancia socialista durante su residencia en Chile.

En palabras de Julio Pinto, lo que diferenciaba las visiones revolucionarias o sobre la revolución era principalmente el medio. En su texto “Hacer la revolución en Chile”, realiza una síntesis de las definiciones de revolución que levantaron las distintas organizaciones políticas que se consideraban revolucionarias. Pinto dice que “el debate de la izquierda, entonces, se caracterizó por hacer mucho más hincapié en los medios que en los fines, dando lugar a una serie de ‘ejes polémicos’ que terminaron absorbiendo el grueso de sus energías y propuestas”<sup>379</sup>. Simplificando el análisis (según sus propias palabras), divide a los partidos políticos de la época que adscriben a la revolución en *gradualistas* y *rupturistas*, y señala que la primera postura

... era hegemonizada en términos doctrinarios por el Partido Comunista, pero contaba también con el apoyo de un segmento del Partido Socialista, incluido, lo que obviamente no resulta menor, el propio Salvador Allende. Formaba asimismo parte de ella el sector del MAPU que, eventualmente, tras el quiebre de ese partido a comienzos de 1973, pasaría a llamarse MAPU Obrero-Campesino, e igualmente lo hacía el Partido Radical. El sector rupturista, por su parte, se conformaba a partir de la mayoría del Partido Socialista, del MAPU, que a la postre quedó conducido por Oscar Guillermo Garretón, de la Izquierda Cristiana, y del MIR<sup>380</sup>.

Estando de acuerdo con la división que realiza Pinto, es necesario advertir que la discusión sobre los medios era, a su vez, una discusión por los fines. Si bien en la superficie de la retórica revolucionaria y propagandística pudiera no advertirse esta confluencia entre fines y medios, lo cierto es que los intelectuales que nutrían la discusión política estaban, desde 1960 en adelante, tratando de caracterizar la sociedad latinoamericana para definir el carácter de la revolución. Así, las discusiones con el Partido Comunista no eran solo sobre vía legal *versus* vía violenta, sino sobre cuál revolución había que hacer, la revolución democrático-burguesa o la revolución socialista, y sobre quién era el sujeto de la revolución. El carácter definía la vía.

---

<sup>378</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

<sup>379</sup> Julio Pinto Vallejos, “Hacer la revolución en Chile”, en Julio Pinto Vallejos (ed.), *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad popular*, Santiago, LOM, 2005, pág. 15.

<sup>380</sup> *Ibid.*



Los partidos políticos nacionales, las experiencias políticas de los intelectuales latinoamericanos en Chile, las teorías revolucionarias sobre el poder, la cultura, la economía y otras áreas tuvieron expresión en la academia también. Las universidades fueron espacios de debate abierto y de confrontación y los centros de estudios dedicaron sus fondos y esfuerzos investigativos a temas atinentes a los procesos que vivía el país. Los centros de estudios de la Universidad de Chile y la Universidad Católica, el CESO y el CEREN, respectivamente, fueron espacios de acogida de los intelectuales revolucionarios y en ellos se desarrollaron las grandes discusiones de ideas del periodo.

Según Cristóbal Kay, académico entonces de la Universidad de Chile e investigador del CESO, el “Gran Debate” de la época fue, sin duda, el de la teoría de la dependencia. Su núcleo estuvo en Santiago de Chile, aunque se dio en todos los países de América Latina en mayor o menor medida<sup>381</sup>. Los recién llegados convirtieron a Chile en el centro de esta discusión: Marini, Dos Santos, Frank, Hinkelammert, Cardoso y Faletto (como representante local) alimentaron el debate.

Dos Santos hacía lo suyo en el CESO, reproduciendo y ampliando las discusiones que antes se habían dado en la Universidad de Brasilia:

Entonces ahí yo empecé a formar un grupo que fueron convirtiéndose en auxiliares de curso, hasta que un año después, más o menos, en el 67, yo formé el grupo de la teoría de la dependencia. Era un estudio sobre la dependencia en América Latina. En ese grupo nosotros dividimos el trabajo en una parte conceptual y teórica, en que yo me encargaba, y el balance del desarrollo latinoamericano, con una tipología, que se encargó Vania [Bambirra]. Con esto se editó un libro en la editorial Siglo XXI, hubo seis ediciones. Ese libro es un enfoque a partir de nuestros avances, bastante profundo, de nuestro estudio y es hasta ahora una referencia importante<sup>382</sup>.

El número 1 del *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, editado en 1967<sup>383</sup>, consignaba la investigación sobre las relaciones de dependencia en América Latina que se estaba llevando a cabo en la institución. Se señalaba a sus autores principales: Theotonio dos Santos y

---

<sup>381</sup> Entrevista a Cristóbal Kay, abril de 2013.

<sup>382</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

<sup>383</sup> En la introducción del primer número del *Boletín del Centros de Estudios Socioeconómicos* se señala que “[e]l Centro de Estudios Socio-Económico de la Universidad de Chile, mediante esta publicación, pretende dar a conocer el contenido de las investigaciones por él realizadas. El *Boletín* aparecerá periódicamente para informar sobre los avances de cada uno de los equipos de investigación que operan en nuestro centro”. El número 1 presenta una especie de resumen de los proyectos de los investigadores del centro.

Orlando Caputo, y a los ayudantes: Sergio Ramos, Roberto Pizarro y José Martínez<sup>384</sup>. Y en el *Boletín* número 3, de octubre de 1968, encontramos, en el apartado “Ensayos”, el texto de Theotonio dos Santos: “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”<sup>385</sup>.

El desarrollo de teoría de la dependencia no era solo una experiencia intelectual abstracta, sino que se convirtió en un sólido argumento de crítica al proyecto reformista de la Democracia Cristiana, aunque no logró conformarse en una propuesta económica para la revolución, sino que, más bien, definía el carácter de la formación social latinoamericana.

Fuera del CESO y del círculo de los intelectuales brasileños, el CEREN de la Universidad Católica también dedicó recursos al desarrollo de estudios ligados a la teoría de la dependencia. Su exponente más importante fue Franz Hinkelammert. En diciembre de 1970, en los *Cuadernos de la Realidad Nacional*, la revista del centro, se presentaron los resultados de una investigación dirigida por él titulada “Dialéctica del desarrollo desigual. El caso latinoamericano”, en el que él y su grupo de trabajo, compuesto por Pilar Vergara, Hugo Perret y Patricio Biedma, analizaban las experiencias de desarrollo de la Unión Soviética, China y Cuba<sup>386</sup>.

Para Eduardo Devés, el dependentismo nació de la confluencia producida por el cepalismo y las teorías de la modernización con la teoría del imperialismo y las herencias del nacionalismo económico latinoamericano pero, a diferencia de las teorías del desarrollo, no fue capaz de generar recomendaciones económicas: “El cepalismo fue una teoría del desarrollo y el dependentismo una teoría del subdesarrollo; mejor todavía: el cepalismo fue una propuesta para implementar el desarrollo; el dependentismo, una explicación del porqué del subdesarrollo”<sup>387</sup>.

---

<sup>384</sup> Orlando Caputo, era economista y fue gerente general de CODELCO durante el gobierno de Salvador Allende; Sergio Ramos, economista, y Roberto Pizarro, economista y militante socialista, hijo de uno de los fundadores del partido.

<sup>385</sup> Theotonio dos Santos, “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”, *Boletín del Centros de Estudios Socioeconómicos*, N° 3, octubre de 1968.

<sup>386</sup> Franz Hinkelammert, Pilar Vergara, Hugo Perret y Patricio Biedma, “Dialéctica del desarrollo desigual. El caso latinoamericano”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 6, núm. especial, diciembre de 1970. Biedma y Perret fueron intelectuales argentinos que llegaron a Chile tras la represión en su país en 1966. Biedma va a militar en el MIR chileno y se convertirá en uno de sus dirigentes y vínculos con la Junta Coordinadora Revolucionaria. Ambos volverán a Argentina luego del golpe en Chile en 1973 y serán asesinados en su país por la dictadura.

<sup>387</sup> Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano...*, *op. cit.*, pág. 140.

Esta descripción del carácter de los estudios sobre la dependencia es muy importante porque nos ayuda a entender la diferencia entre las propuestas de Vekemans, que lograron convertirse en una política concreta durante el gobierno de Frei Montalva (aunque podemos discutir su éxito), y las de los dependentistas, que finalmente apoyaron el gobierno de Allende, pero no pudieron dar respuestas concretas y globales a la crisis de la Unidad Popular.

Los debates en torno a la dependencia se daban en paralelo con otros que intentaban también definir el carácter de la formación social chilena. Desde una perspectiva más histórica, otro debate importante era sobre feudalismo o capitalismo en América Latina. Para Cristóbal Kay:

... en gran medida, este debate fue provocado por el artículo de André Gunder Frank sobre el “desarrollo del subdesarrollo” publicado en la revista *Monthly Review* en 1966 y después con su libro *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*<sup>388</sup>. Este era un debate más bien dentro de la izquierda, ya que la caracterización de América Latina como feudal o capitalista tenía claras implicaciones políticas para los partidos y movimientos de izquierda [...]. En cierto modo los libros de Debray y Frank se complementan y ambos reflejan la trascendencia y el impacto de la Revolución cubana sobre los debates de la época<sup>389</sup>.

Un aporte fundamental a esta discusión lo hizo Luis Vitale con la publicación, en 1967, del primer tomo de su *Interpretación marxista de la historia de Chile*. En él planteó el carácter capitalista de la sociedad chilena que comenzó a configurarse como tal desde el momento mismo de la Conquista. Innovando en el análisis histórico, Vitale realizó una lectura de la historia nacional desde la perspectiva de clase superando incluso aquellos estudios que realizaban dicho análisis relevando solo al movimiento obrero<sup>390</sup>.

---

<sup>388</sup> Aunque fue escrito entre 1963 y 1965, el libro fue publicado originalmente en inglés en 1967. La primera edición en español se realizó en 1970 en Buenos Aires, por Ediciones Signos, y posteriormente se publicó una versión ampliada en Buenos Aires y México por la editorial Siglo XXI. André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970. Disponible en <http://digamo.free.fr/agfrank67.pdf>.

<sup>389</sup> Entrevista a Cristóbal Kay, abril de 2013. Ver al respecto los artículos del autor: “André Gunder Frank (1929-2005): pionero de la teoría de la dependencia y de la mundialización”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 68, N° 1, enero-marzo de 2006 y “André Gunder Frank: ‘Unity in Diversity’ from the development of underdevelopment to the world system”, *New Political Economy*, Vol. 16, N° 4, 2011.

<sup>390</sup> Vitale, *op. cit.*

Hacia 1970, cuando el proyecto de la Unidad Popular, tras ganar las elecciones, llegó al gobierno, el debate intelectual, las instituciones y los intelectuales mismos ya tenían una larga e importante trayectoria, que se puso al servicio de las transformaciones para la construcción del socialismo.

Tensionaban además estas discusiones otros procesos en curso, uno de ellos fue la Reforma Universitaria. Las discusiones sobre el rol de las universidades al interior del proceso de desarrollo nacional, sobre cómo democratizar las instituciones y qué impacto político y administrativo sufrirían estas fueron muy importantes y entroncaron con la polémica relativa al rol del intelectual en la revolución y el papel de los estudiantes y los jóvenes en los procesos de cambio. Estos debates constituían una presión para los académicos, que eran interpelados por los politizados estudiantes. Por otro lado, la reforma universitaria permitió descentralizar la discusión política e incorporar, al siempre centralista ambiente intelectual y político chileno, voces desde las universidades de Valparaíso y Concepción. La primera, como iniciadora del proceso transformador, y la segunda, como cuna de la radicalización política de izquierda.

En Santiago, desde el CESO, Tomás Amadeo Vasconi desarrolló un programa de investigación vinculado a la educación y la universidad. En número 1 del *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, de octubre de 1967, publicó “Proposiciones para un diseño de investigación sobre educación y cambio social en países latinoamericanos”. Al año siguiente, en el *Boletín* de diciembre, la editorial llevó como título “La universidad democrática y la investigación científico-social”<sup>391</sup>. En el *Boletín* número 3, de octubre de 1968, Guillermo Labarca publicó “Ideología en el conflicto de la Universidad de Chile” y Vasconi un documento titulado “Universidad de Chile 1968: reforma o modernización”<sup>392</sup>. La reestructuración administrativa también fue un tema relevante, en el artículo publicado como creación colectiva titulado “Las disciplinas sociales y del comportamiento en la Universidad de Chile. Bases para una reforma”, los científicos sociales de la casa de Bello debatían en torno a los desafíos de la reestructuración y cómo esta era un paso adelante en el

---

<sup>391</sup> Tomás Amadeo Vasconi, “Proposiciones para un diseño de investigación sobre educación y cambio social en países latinoamericanos”, *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, N° 1, octubre de 1967.

<sup>392</sup> Guillermo Labarca, “Ideología en el conflicto de la Universidad de Chile” y Tomás Amadeo Vasconi, “Universidad de Chile 1968: reforma o modernización”, *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, N° 3, octubre de 1968.

desarrollo de las ciencias sociales al servicio de las transformaciones del país<sup>393</sup>.

La centralidad de las ciencias sociales y de la universidad en la política contingente se expresó también en los congresos y seminarios realizados en el periodo. En 1972, entre el 23 de agosto al 2 de septiembre, Chile se convirtió en el “hogar de la sociología”<sup>394</sup>, con el desarrollo en el país de dos congresos: la décima versión del Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) y la primera versión del Congreso de Estudiantes de Sociología. El primero se llevó a cabo en Concepción y el segundo en Santiago, en el edificio de la UNCTAD.

Guillermo Briones, coordinador del Congreso de la ALAS, dijo en entrevista a *Chile Hoy* que los sociólogos latinoamericanos, “aparte de su interés en las ciencias sociales, han mostrado un vivísimo deseo de venir a nuestro país para vivir y observar directamente la llamada ‘experiencia chilena’”<sup>395</sup>. Por su parte, la convocatoria para el Primer Congreso de Estudiantes de Sociología llevaba como título “De las luchas estudiantiles a las filas de la revolución” y señalaba:

Por el compromiso intelectual y de combate, por la transformación revolucionaria de su mundo que han asumido los estudiantes latinoamericanos y en especial los de ciencias sociales, este congreso no se propone objetivos academicistas de discusión y divulgación de la vieja cultura comprometida con la organización y sustentación de los estados capitalistas dependientes y represivos, sino que, por el contrario, el objetivo es trazar en la forma más correcta los contenidos de la teoría revolucionaria comprometida con las necesidades de acción liberadora de los explotados y oprimidos por el yugo capitalista e imperialista<sup>396</sup>.

El congreso contó con la asistencia de delegaciones de México, Cuba, Venezuela, Colombia, Ecuador, Uruguay, Perú, Bolivia, Argentina, Chile, y en él los estudiantes debatieron sobre la relación entre ciencias sociales, universidad, movimiento estudiantil y revolución.

---

<sup>393</sup> Autoría colectiva, “Las disciplinas sociales y del comportamiento en la Universidad de Chile. Bases para una reforma”, *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, N°3, octubre de 1968.

<sup>394</sup> “Chile, hogar de la sociología”, *Chile Hoy*, Año 1, N° 9, 11-17 de agosto de 1972, pág. 19.

<sup>395</sup> *Ibid.*

<sup>396</sup> *Ibid.*

C U A D R O N º 1

NOMINA DE LOS ORGANISMOS DEPENDIENTES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE DEDICADOS A LAS CIENCIAS SOCIALES CON LAS ENTRADAS PROPIAS Y GASTOS CONSIGNADOS PARA EL AÑO 1968

Repartición	Organismos	Total Entradas	Sueldos	Gastos Operación	Gasto Total
Rectoría	Inst. Estud. Internac. ...	173,321	264,312	271,941	536,253
" "	Cent. Estud. Sindical. ...	3,100	108,619	58,900	167,119
E. Jur. y Soc.	Esc. de Derecho Stgo. ...	48,827	1,480,434	173,770	1,654,204
" "	Inst. C. Polít. y Adm. ...	96,900	111,388	40,985	152,373
" "	Esc. C. Polít. y Adm. ...	25,684	645,557	60,584	706,341
" "	Inst. Servicio Social ...	-	70,924	18,195	89,123
" "	Cent. Invest. Crimínol. ...	59,150	79,080	3,790	82,870
" "	Esc. Servicio Social ...	55,039	291,164	54,951	346,115
C. Económicas	Inst. Economía y Planif. ...	649,880	1,887,242	358,318	2,245,560
" "	Inst. de Administración ...	1,745,659	2,281,669	748,839	3,030,508
" "	Pto. Carreras Mónicas ...	281,414	170,798	88,872	259,670
" "	Cent. Estud. Socioecon. ...	599,741	778,749	250,132	1,028,881
" "	Esc. de Economía Stgo. ...	175,679	744,173	400,880	1,145,053
Filos. y Educ.	Inst. de Psicología ...	2,100	263,987	52,600	316,587
" "	Inst. de Sociología ...	-	128,235	19,726	147,961
" "	Cent. Estud. Antropol. ...	-	72,207	43,500	115,707
" "	Cent. Patología Social ...	-	83,200	25,528	108,728
" "	Cent. Hist. Americana ...	-	57,036	20,957	77,993
" "	Cent. Inv. Folklóricas ...	-	28,140	3,600	31,740
" "	Inst. Inv. Hist. Cultural ...	-	23,760	13,286	37,046
" "	Inst. Hist. de Chile ...	-	15,032	1,000	17,032
" "	Inst. Geografía ...	-	87,633	46,959	134,592
" "	Esc. Sociología ...	500	298,959	15,149	314,108
" "	Esc. de Psicología ...	800	307,322	29,298	336,620

Cuadro N° 1 aparecido en el *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, N° 3, octubre de 1968, a propósito del documento "Las disciplinas sociales y del comportamiento en la Universidad de Chile. Bases para una reforma".

**Científicos sociales latinoamericanos y latinoamericanistas con residencia en Chile entre 1965-1973**

Nombre	Nacionalidad	Profesión	Militancia	Medios y espacios en los que participa.
<b>Vania Bambirra</b>	Brasileña	Economista	POLOP (Brasil) Socialista	CESO
<b>Ruy Mauro Marini</b>	Brasileño	Economista	POLOP Mirista	CESO
<b>Theotonio dos Santos</b>	Brasileño	Economista	POLOP Socialista	Director del CESO en 1973

<b>Marta Zabaleta</b>	Argentina	Econom. y cientista política	Mirista Frente de Mujeres Revoluciona Rias	
<b>Gladys Díaz Armijo</b>	Chilena	Periodis ta	Mirista Comité Central en los 70	Revista Punto Final
<b>Luis Vitale</b>	Argentino	Historia dor	Mirista, fundador del MIR. Sale de la organización en 1969.	Revista Estrategia Académico Univer. Concepción
<b>Tomás Vasconi</b>	Argentino	Sociólo go		FLACSO, CEPAL, ILPES, CESO
<b>Celso Furtado</b>	Brasileño	Econo mista		Llega a la CEPAL en 1949 – hasta 1958 (nombrado director de la División de Desarrollo)
<b>Enzo Faletto</b>	Chileno	Sociólo go		FLACSO (1958) como alumno, desde 1969 como docente. Desde 1973, CEPAL.
<b>Pablo González Casanova</b>	Mexicano	Sociólo go		FLACSO presidente desde 1959-1965
<b>Roger Vekemans</b>	Belga	Sociólo go Jesuita	Democrata cristiano	Fundador de la escuela de Sociología de la Universidad Católica, DESAL Es la base de la política de Promoción Popular de Frei Montalva
<b>Franz Hinke- lammert</b>	Alemán	Teólogo y Economis ta		Llega a trabajar en 1963 a la Universidad Católica, es teólogo de la liberación.
<b>René Zavaleta</b>	Boliviano	Abogado	Fue parte del Gobierno Boliviano de Víctor Paz Estenssoro.	

<b>Rafael Ruiz Moscatelli</b>	Chileno	Escritor	MR2 (Mov. Rev. Manuel Rodríguez), el grupo se une al MIR, pero luego en 1972 abandona el MIR y se une al PS.	
-------------------------------	---------	----------	--	--

Cuadro de elaboración propia, contiene solo una selección de intelectuales.

La figura de Salvador Allende y la experiencia de la vía chilena al socialismo marcó a fuego la historia de Chile, ya sea por la adhesión e ilusión que despertó en un sector importante de la población que se identificó con el proyecto popular o por el trágico desenlace que terminó no solo con la muerte del “Compañero Presidente”, sino también con la derrota violenta de un proyecto de transformación social.

En paralelo y en relación con la construcción social en torno al proyecto de la Unidad Popular emprendido desde los partidos políticos y la movilización de masas, existió un movimiento intelectual que adhirió a la propuesta y se involucró en su concretización. Estos prestigiosos científicos sociales radicados en Chile fueron simpatizantes, militantes de partidos o funcionarios de Estado durante el gobierno de Allende.

Si bien la experiencia de la Unidad Popular y su vía al socialismo concitó admiración y atrajo a muchos intelectuales, la mayoría de los economistas, sociólogos, politólogos y educadores que se involucraron con el proyecto ya estaban en Chile desde años anteriores y su vinculación, más que con el gobierno de Allende, fue con la construcción de un modelo de desarrollo alternativo para América Latina que estaba en configuración desde los años treinta y que se materializó políticamente en diversas experiencias, una de las cuales fue la Unidad Popular. Es importante especificarlo porque no queremos hablar de una adhesión romántica a esta experiencia, sino un involucramiento con un proyecto latinoamericano que iba más allá de la figura de Allende.

El gobierno de la Unidad Popular fue la síntesis en Chile de un largo proceso que tuvo diversos ejes. Por un lado, el desarrollo de un pensamiento latinoamericano que superó lo identitario como resistencia y se convirtió en proyecto de desarrollo. Por el otro, la influencia de Revolución cubana, que instaló la discusión sobre la estrategia. Y finalmente, la configuración de un intelectual que abandonó la contemplación y la crítica desde la superioridad del saber para convertirse en un actor político.



El golpe militar de septiembre de 1973 no solo se posicionó sobre la experiencia concreta, sino también sobre el pensamiento, la mentalidad y “la imaginación de una nueva realidad”.

En el plano de las ideas, el Chile de los años sesenta se constituyó en una especie de síntesis latinoamericanista entre el intelectual y el político, ya que la instalación de importantes instituciones académicas, unida a los procesos de represión que se desplegaron en América Latina, generó una concentración de cerebros pensando la realidad continental desde el país. A esto se suma el desarrollo de la política interna, influida por los sucesos revolucionarios del continente, que llevó a la implementación de la vía chilena al socialismo. Ambos procesos se potenciaron.

### **Intelectuales allendistas e intelectuales socialistas en el Chile de la Unidad Popular: ¿la traición de los intelectuales?**

La traición es un concepto que en los últimos cuarenta años se ha hecho bastante recurrente en Chile. Se utiliza para calificar el liderazgo de Augusto Pinochet —hombre de confianza de Salvador Allende— en el golpe, que ocasionó la caída del gobierno popular y el suicidio del compañero Presidente. Se utiliza más ampliamente, también, contra las Fuerzas Armadas, que traicionaron el constitucionalismo chileno, lo que sería en definitiva una traición a la patria. Pero también se ha utilizado hacia los derrotados, es decir, contra socialistas, miristas, mapus y el movimiento popular.

La traición a Allende es uno de los argumentos levantado desde quienes siguen interpretando la historia a partir de los grandes personajes. En esa lectura, Allende encarnaría la tradición republicana y democrática chilena y habría sido traicionado por sus compañeros del Partido Socialista, por el MIR —formado por un grupo de jóvenes muy cercanos al presidente— y por el pueblo, que quiso construir un poder paralelo al del Estado. En esta traición caben también los intelectuales de izquierda, aquellos que —citando a Mansilla— “tenían una propensión apocalíptica [y] coadyuvaron probablemente al fracaso del gobierno de Salvador Allende en Chile y, por consiguiente, a la instauración de la dictadura militar”<sup>397</sup>.

Esta interpretación ha sido levantada desde la propia izquierda, que “resignificó” en el exilio europeo, luego del golpe de Estado, el marxismo,

---

<sup>397</sup> H. C. F. Mansilla, “Intelectuales y política en América Latina. Breve aproximación a una ambivalencia fundamental, en Wilhelm Hofmestier y H. C. F. Mansilla (eds.), *Intelectuales y política en América Latina: el desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo Sapiens, 2003, pág. 19.

el socialismo y el futuro político chileno<sup>398</sup>. Bajo esta perspectiva y utilizando, en una acomodaticia interpretación, el análisis de Julien Benda, los intelectuales habrían –al igual que el resto de la izquierda– subordinado el valor superior de la democracia y la institucionalidad chilena a los intereses mezquinos de una masa radicalizada y violenta. La traición a Allende sería también traición a la democracia, Allende habría muerto por la democracia.

¿Cómo habrían participado los intelectuales de dicha traición?

Los científicos sociales chilenos y extranjeros protagonistas en el gobierno de la Unidad Popular no tenían dirigidos sus esfuerzos a la defensa del gobierno de Allende, tampoco a la conservación de la democracia; estaban discutiendo e imaginando otro horizonte posible, pensando en la construcción del socialismo desde las problemáticas que enfrentaba la experiencia de tránsito pacífico que se experimentaba en Chile. Allende era parte del proceso, no era el proceso.

Para Tomás Moulián, el triunfo de Allende significó el fin de la dominación integrativa iniciada por la elite chilena en las décadas anteriores y el paso de una polaridad a una polarización; en definitiva, el desarrollo de una crisis profunda con una resolución violenta:

El triunfo de Allende por estrecho margen reveló las aguas profundas que se agitaban en la sociedad. En efecto, el capitalismo subdesarrollado y dependiente chileno vivía una profunda crisis de legitimación. Era creíble afirmar que ese sistema social no permitía alcanzar ese crecimiento económico [...].

Muchos intelectuales y dirigentes políticos creían que en un país subdesarrollado como Chile el capitalismo no era capaz de producir ni siquiera crecimiento. El “gobierno popular” era una posibilidad de superar la crisis de la industrialización sustitutiva y de la forma de estructuración del capitalismo chileno<sup>399</sup>.

Durante el gobierno de Allende, un grupo importante de intelectuales asumieron labores políticas y técnicas al interior del Estado.

---

<sup>398</sup> En una resignificación más radical, Roberto Ampuero, otrora militante comunista y recientemente ministro del gobierno de derecha de Sebastián Piñera, señala que “[c]uando era joven militante comunista, no tenía dudas y tenía explicaciones para todo. Hoy tengo dudas y he aprendido que la clave está en la libertad”. En “Intelectuales debaten sobre educación y reformas políticas a 40 años del golpe”, *La Tercera*, 8 de junio de 2013. Ver también Jocelyn Holt, *op. cit.*

<sup>399</sup> Moulián, *op. cit.*, pág. 235, las comillas son del original. El intelectual citado para sostener la tesis de que algunos de ellos no creían en la posibilidad siquiera de que el capitalismo pudiera generar crecimiento es Theotonio dos Santos.

Ejemplo de ello son Jacques Chonchol, Pedro Vuskovic<sup>400</sup> y Clodomiro Almeyda. La falta de expertos al interior de los partidos determinó que muchos académicos se incorporaran a la administración pública y, por otra parte, artistas y escritores pasaron a integrar el sustento propagandístico del gobierno. La cultura de izquierda llenaba el ambiente.

Pero a pesar de la hegemonía cultural e ideológica de la izquierda, el gobierno popular vio la luz en un clima de contradicción y violencia que tuvo como desenlace el golpe militar de septiembre de 1973. Este desenlace ha sido interpretado como producto de la resistencia y el sabotaje que las fuerzas conservadoras realizaron en contra del gobierno de Allende o de la incapacidad de la Unidad Popular de dar el salto al socialismo. Si analizamos el gobierno de la Unidad Popular como un momento crítico en la historia de Chile, ambas explicaciones son complementarias y forman parte de la dialéctica del periodo.

Los intelectuales residentes en Chile, influidos por el marxismo, debían interpretar la realidad y leer las posibilidades de la construcción socialista. En el país se estaba dando un fenómeno inédito que era la asunción al gobierno de un socialista por vía institucional. ¿Era el gobierno de Allende un tránsito pacífico hacia el socialismo o más bien una oportunidad para construir el poder popular que rompería finalmente con la institucionalidad burguesa e instauraría la dictadura del proletariado?

La necesidad de responder estas y otras preguntas redundarán en múltiples esfuerzos editoriales. En el primer trimestre de 1972 se comenzó a editar la revista del CESO, *Sociedad y Desarrollo*. En su primer número y bajo el título de “Sociedad y desarrollo: un programa de trabajo”, esta puso en discusión el rol de los científicos sociales en el periodo revolucionario que vivía el país y señaló que “muy pocas veces la ciencia social ha sabido responder con presteza a las necesidades de la práctica. Su capacidad de racionalización de las tendencias reales y de previsión de las alternativas concretas ha resultado muchas veces muy

---

<sup>400</sup> “Vuskovic hizo una experiencia muy importante porque intentó crear un consejo de planeamiento compuesto por representantes de empresas sociales, las que el Estado tenía, y ahí se hacía el plan de desarrollo que se discutía con los mismos obreros. Esto era una base muy adelantada y muy importante y que generaba resistencia, pero no tanto porque el poder era un poder localizado en las empresas, si bien el poder de las empresas, en un momento determinado, junto con los cordones industriales se mezcló y se convirtió en un poder hasta militar. Tenían que defender las empresas, etc., entonces se necesitaba gente como tipo... unidades militares de defensa dentro de las empresas organizadas a partir de los cordones industriales.” Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

pobre e insuficiente”<sup>401</sup>. Los intelectuales advierten, eso sí, el peligro que pudiera significar reaccionar frente a esta incapacidad de la ciencia social despreciando la teoría por ser poco útil y refugiándose en el activismo político. “No hay que pensar sino actuar: esa es la falsa disyuntiva a la que muchos intelectuales son atraídos”<sup>402</sup>.

La aclaración es especialmente interesante en un momento en que la frase “la revolución no se piensa se hace” –derivada de la difundida retórica de Debray y de las imposiciones de la acción política en un periodo de aceleración histórica– exigía compromisos concretos. Los científicos sociales dirán que

[s]i la ciencia abdica de su rol propio, el proceso revolucionario sufre un gran revés. La práctica no puede anular la ciencia sino que, por el contrario, es un acicate, su fundamento. Y la ciencia no puede abdicar de su papel en los momentos en que la práctica es más rica. Por el contrario, es entonces que la teoría cumple un rol mayor y se hacen más necesarios los trabajos teóricos y su aplicación a la conducción de los procesos concretos<sup>403</sup>.

Para justificar el esfuerzo editorial –que en el contexto de crisis que vivía el país pareciera a simple vista responder “antes a una necesidad de las élites que a una necesidad de las masas [y que] siendo una revista fundamentalmente internacional pareciera entrar en choque con la necesidad de comprender ‘lo que pasa en Chile’”<sup>404</sup>– se señala que la revista había sido pensado en relación con las necesidades del proceso nacional concreto y en clave latinoamericana y mundial por la importancia que tiene la experiencia chilena para el continente y el mundo. Con plena conciencia de las necesidades del momento, *Sociedad y Desarrollo* apuntaba que los debates fundamentales se darían en torno a tres líneas: la naturaleza y dinámica histórica de las tres formaciones sociales del periodo: capitalismo imperialista, capitalismo dependiente y socialismo; las distintas formas de transición de una forma social a otra, y los desafíos teórico-metodológicos que implicaban los análisis de la realidad concreta; en definitiva, la discusión respecto del marxismo y su aplicación.

Los intelectuales de los centros de estudios más importantes, el CEREN y el CESO, se reunieron en 1971 para debatir este y otros temas referentes a la construcción del socialismo. El seminario llevó por nombre “Transición al socialismo y experiencia chilena” y la discusión se dio entre

---

<sup>401</sup> Sin autor “Sociedad y Desarrollo: un programa de trabajo”, *Sociedad y Desarrollo*, N° 1 enero-marzo de 1972, pág. 3.

<sup>402</sup> *Ibid.*

<sup>403</sup> *Loc. cit.*, pág. 4.

<sup>404</sup> *Idem*, pág. 5.

intelectuales de renombre, nacionales y extranjeros. El simposio tuvo lugar a un año del inicio del gobierno de la Unidad Popular y las discusiones fueron publicadas por el CEREN y el CESO en 1972.

Las ponencias editadas en ese libro tuvieron una presentación firmada por Roberto Pizarro, director del CESO, y Manuel Antonio Garretón, director del CEREN, en la que se quejaban de la “lamentable ausencia de los dirigentes de las organizaciones obreras, [...] la ausencia de los personeros más representativos de las corrientes políticas chilenas, con algunas notables excepciones, y la presencia solo esporádica de los representantes del gobierno, que no participaron mayormente en el debate propiamente tal”<sup>405</sup>. Pese a las exigencias críticas del momento, la discusión en el simposio se mantuvo en la abstracción.

El problema del poder fue el primer tema a debatir. Sobre este se enfrentaron posiciones que planteaban la ocupación del mismo como etapa inicial de la revolución o como la culminación de ella. La temática permitió refutar los argumentos de Paul Sweezy por Lelio Basso, que abogaba por la toma del poder como culminación del proceso revolucionario que ya estaba en tránsito en Chile. En la temática también intervinieron Kalki Glauser, la italiana Rossana Rossanda y Marta Harnecker, vinculada al CESO. Los autores problematizaron la coexistencia de un proceso revolucionario (el chileno) dentro de un marco institucional, político y jurídico de carácter burgués. A su juicio, esta era la razón por la cual el Estado, a un año de gobierno de la Unidad Popular, no había sido transformado.

La relación entre Estado y poder se convirtió en un nudo problemático desde el momento mismo del triunfo de Allende. “El ‘gobierno popular’ representaba la oportunidad de conquistar el poder desde dentro del Estado. Este enunciado expresa una concepción sobre la relación poder-Estado y transición al socialismo poco desarrollada por el marxismo y además sin referencia histórica”<sup>406</sup>. Así, para Lelio Basso, dadas estas características en el caso chileno, la lucha de clases y la lucha por el poder son también la lucha por el derecho, ya que el poder se expresa a través de normas jurídicas<sup>407</sup>.

Kalki Glauser, discutiendo con Basso, planteó que el derecho no puede considerarse como una “expresión monolítica del poder”, sino por el contrario, la expresión contradictoria de la lucha de clases. El caso de la revolución chilena proponía utilizar el legado jurídico e institucional de

---

<sup>405</sup> Roberto Pizarro y Manuel Antonio Garretón, Introducción, en Lelio Basso *et al.*, *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, CEREN, CESO, 1972, pág. 8.

<sup>406</sup> Moulián, *op. cit.*, pág. 239, el destacado es del original.

<sup>407</sup> Lelio Basso, El uso de la legalidad en la transición al socialismo, en Basso *et al.*, *op. cit.*, pág. 22.

la burguesía para avanzar en la transición al socialismo, es decir, es la lucha del poder que utiliza la estructura burguesa<sup>408</sup>.

En tanto, José Antonio Viera-Gallo expuso que Chile estaba viviendo una aceleración de la historia, que se traducía en la experiencia colectiva de una lucha de clases. Esta experiencia poseía, sin embargo, tres problemas: uno institucional, uno político y uno jurídico. En este sentido, la institucionalidad, especialmente el derecho, estaba desempeñando un papel importante en el proceso. No obstante, a su juicio, presentaba tres contradicciones fundamentales:

- La institucionalidad ha tenido un papel importante en la consolidación del gobierno.
- Dicho aparato ha servido al gobierno como instrumento de acción en el cumplimiento de su programa básico.
- Paradojalmente, la acción del gobierno busca en los hechos constituir un nuevo Estado, democrático y popular.
- El sistema institucional ha presentado una serie de obstáculos, entorpeciendo el proceso revolucionario<sup>409</sup>.

En este punto, Viera-Gallo hace hincapié en que el proceso que estaba llevando adelante la Unidad Popular se sustentaba en una profunda contradicción, ya que pretendía ser revolucionario manteniendo el aparato institucional, el cual estaba hecho para asegurar el poder a las clases dominantes.

La problemática económica en el caso chileno, la Reforma Agraria y las perspectivas en el estudio del socialismo fueron los otros temas debatidos. Las intervenciones y los comentarios fueron hechos por los principales integrantes de las instituciones convocantes y las reflexiones integraban elementos teóricos con descripciones y análisis de la política y las tensiones a un año de la Unidad Popular.

Destacó la presentación de Pedro Vuskovic, sobre todo por su cercanía con Salvador Allende y el proyecto de la Unidad Popular. El ministro de Economía planteó que el programa económico del gobierno había arrancado desde la convicción de que el subdesarrollo era consecuencia inevitable del régimen de desarrollo capitalista, por lo que se había definido como antiimperialista, antioligárquico, antifeudal y anticapitalista. Su propósito no era realizar reformas estructurales, sino transformar cualitativamente la naturaleza de esa economía, es decir, destruir el sistema mismo. Por ello, tenía un claro sentido revolucionario y no solo reformista. Vuskovic reconoció, eso sí, la resistencia basada en

---

<sup>408</sup> Kalki Glauser, Lalegalidad en la transición al socialismo, en Basso *et al.*, *op. cit.*, pág. 48.

<sup>409</sup> José Antonio Viera-Gallo, Problemática institucional en la experiencia chilena, en Basso *et al.*, *op. cit.*, pág. 77.

la defensa de la propiedad que se desarrollaba en algunos sectores y planteó que eso solo se resolvería cuando se reemplazara el Estado burgués por el Estado socialista<sup>410</sup>.

Ruy Mauro Marini, en tanto, sostuvo que la nacionalización o estatización de la tierra, que es la medida democrática burguesa más avanzada, no podía ser efectuada por la burguesía, sino más bien por el campesinado y el proletariado revolucionario, bajo el argumento de que las reformas agrarias en América Latina no habían sido obra de la burguesía como tal, sino por la lucha de masas campesinas y obreras. Estas reformas, por tanto, iban más allá de la lucha por el poder sobre la tierra como medio de producción y eran, por lo mismo, la expresión de la socialización de las relaciones de producción en el campo<sup>411</sup>.

Al final del simposio, Theotonio dos Santos, a cargo de la síntesis, estableció que la experiencia chilena y de América Latina planteaba problemas prácticos ante los cuales los intelectuales latinoamericanos debían pronunciarse con el rigor teórico necesario<sup>412</sup>. La cuestión problemática a resolver era la de un gobierno popular al interior de un Estado burgués y la del empleo del sistema legal para la transformación revolucionaria que debía destruir al Estado y construir el socialismo. En este sentido, se trataba de la toma del poder a través de la constitución de un poder alternativo y no por la conquista gradual del poder del Estado. Como balance, Dos Santos planteó que había un empate político que no permitía el desarrollo a nivel económico, cultural e institucional. La nueva etapa que debía instalarse dejaba a descubierto una problemática mayor, la complejidad dialéctica entre la destrucción de la vieja sociedad y la construcción de una nueva<sup>413</sup>.

Los intelectuales se reunieron a debatir sobre el carácter de la Unidad Popular y a proyectar el proceso chileno. Los que estaban ahí se sentían con la responsabilidad de diseñar el tránsito al socialismo, no era un debate desde la superioridad del saber sino desde la necesidad de la construcción. Las discusiones dadas a un año de la puesta en marcha de la vía chilena al socialismo enfrentaron la teoría y la práctica y también a aquellos que no pretendían desviarse de la estrategia de la Unidad Popular y los que ya veían contradicciones tan profundas en el proceso que comenzaron a idear la forma de superarlo.

---

<sup>410</sup> Pedro Vuskovic, La experiencia chilena; problemas económicos, en Basso *et al.*, *op. cit.*, pág. 100.

<sup>411</sup> Ruy Mauro Marini, La reforma agraria en América Latina, en Basso *et al.*, *op. cit.*

<sup>412</sup> Theotonio dos Santos, "Problemas de la transición al socialismo y la experiencia chilena. Un balance crítico", en Basso *et al.*, *op. cit.*

<sup>413</sup> *Ibid.*

El análisis, lógicamente, se hacía con base en la teoría marxista y el debate incluía el intento por utilizar “de manera correcta” las categorías de Marx para hacer una lectura adecuada de la formación económico-social chilena. Este interés por la interpretación desde el marxismo era uno de los sellos del pensamiento de la época, mismo que determinó que en los años sesenta proliferaran los grupos de lectura de *El Capital* en América Latina, el mundo y, por supuesto, en Chile. “Hubo un momento en víspera de la victoria de Allende que casi en todas partes se leía *El Capital*”<sup>414</sup>.

Las lecturas del marxismo estaban influenciadas por distintas escuelas de pensamiento. Una de ellas fue la de la militante socialista e investigadora del CESO Marta Harnecker, quien, formada bajo la influencia de Althusser, educó a varias generaciones de intelectuales marxistas. Las críticas entre corrientes del marxismo eran tantas como las críticas entre partidos de izquierda. Theotonio dos Santos, por ejemplo, va a manifestar una postura crítica a la corriente althusseriana de lectura del marxismo. Según él:

... la mentalidad de Althusser era muy poco dialéctica a pesar de haber contribuido para relativizar mucho el análisis marxista. El quería poner de un lado la parte teórica y de otro la parte empírica en lugar de juntarlas. [...] Marx sí desarrolla la parte empírica en ciertos momentos de su análisis; la parte empírica ilustraba realmente una base teórica, entonces no es posible poner la teoría primero y luego los ejemplos<sup>415</sup>.

En enero de 1973 se realizó el segundo seminario que congregó a los intelectuales del CESO y el CEREN. Este llevó por título “Seminario Internacional: Estado y derecho en un periodo de transformación”. Pese a que existía la intención de publicarlo en forma de libro, al igual que el primero, el golpe impidió ese cometido. El resumen de las ponencias, más la convocatoria, fueron publicadas en los *Cuadernos de la Realidad Nacional* número 16, en junio de 1973. La convocatoria hacía alusión a la agudización de los antagonismos que estaba viviendo el país y señalaba que el desarrollo de Chile no era cuestión de mayor o menor violencia. El resto de las intervenciones están recogidas en forma de actas y de su lectura se desprende que existen más dudas que certezas sobre el futuro no solo del gobierno de Allende, sino de cómo construir el socialismo.

En otro espacio de discusión teórica y política, la revista *Punto Final*, se va a publicar, en julio de 1973, un artículo titulado “A crear nueva institucionalidad”, en el que se señalaba:

---

<sup>414</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

<sup>415</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.



Ya es hora de aplicar un correctivo aleccionador y como única receta, se ve cada vez con mayor urgencia, que este no puede ser otro que el que surja del propio pueblo a través de una acción coordinada, expresión del poder de las masas. Es el tiempo de la dictadura popular, pero de una dictadura basada en las organizaciones de masas de la clase trabajadora apoyada en los sectores patrióticos de las fuerzas armadas.

A esta dictadura popular, así integrada debe corresponder crear una nueva institucionalidad, una institucionalidad revolucionaria<sup>416</sup>.

La reacción conservadora era evidente y los rumores de golpe ya eran gritos. En este contexto se convirtió en central el debate sobre el poder; más bien sobre la creación del poder popular. En esta discusión se enmarcaron los artículos de Theotonio dos Santos “Sobre la dualidad de poderes” y de Pío García “La vía democrático revolucionaria”, publicados en el semanario *Chile Hoy* en agosto de 1972<sup>417</sup>. A otro nivel de la discusión, se analizó el poder inmediato de decisión que los trabajadores estaban haciendo efectivo en las empresas tomadas, tema analizado por Ruy Mauro Marini<sup>418</sup>.

En el artículo ya mencionado de Theotonio dos Santos, este se preguntaba sobre la existencia de dos poderes en el Chile de la Unidad Popular, uno en el gobierno, con una fuerte oposición, y otro en el pueblo. Reflexionaba sobre esta situación en la Revolución rusa y otras experiencias históricas y señalaba que la superación siempre había sido a través de la emergencia de las fuerzas revolucionarias que derrotaban a las burguesas reformistas:

La existencia de un gobierno popular permite que este Poder Popular sea apoyado desde arriba, sea legitimado y sea por fin legalizado a través de una mayoría parlamentaria, que cree un nuevo tipo de asamblea del pueblo, que podrá constituirse en gran parte con diputados o representantes de estas nuevas formas de poder<sup>419</sup>.

Dos Santos invierte la relación pueblo-Unidad Popular: no es el pueblo el que debe apoyar a Allende o al proyecto de la Unidad Popular, sino que es el gobierno el que debe apoyar y permitir la constitución del poder popular. La Unidad Popular, sin embargo, era “una revolución desde arriba”, que no había generado cambios en las instituciones

---

<sup>416</sup> Editorial, “A crear nueva institucionalidad”, *Punto Final*, N° 187, 3 de julio de 1973.

<sup>417</sup> Theotonio dos Santos, “Sobre la dualidad de poderes” y Pío García, “La vía democrático revolucionaria”, *Chile Hoy*, Año 1, N° 8, 4-10 de agosto de 1972.

<sup>418</sup> Ruy Mauro Marini, “El debate sobre el poder. Nuevos elementos”, *Chile Hoy*, Año 1, N° 8, 4-10 de agosto, 1972.

<sup>419</sup> *Ibid.*, pág. 4.

fundamentales del Estado. “Durante todo el gobierno de la Unidad Popular, el sistema político permaneció abierto sin que operara ninguna restricción política efectiva, ni aun respecto de las organizaciones declaradamente golpistas”<sup>420</sup>.

A juicio de Moulián, en la Unidad Popular existieron, desde su ascenso al gobierno, dos líneas<sup>421</sup>: la primera era la que sostenía la singularidad del proceso chileno consistente en la posibilidad de un proceso institucional que tenía como objetivo acumular fuerzas a partir de la materialización de un programa que combinara medidas democráticas, nacionales y socialistas. Para el desarrollo y el éxito de estos objetivos, quienes defendían esta línea planteaban la necesidad de una alianza lo más amplia posible, que incluyera a la Democracia Cristiana.

En una postura distinta estaba la línea que planteaba la superación del gradualismo y la generación de un salto. Sin desconocer la particularidad del caso chileno ponía énfasis en la profundización de las medidas socialistas; entre ellas, la ampliación del Área de Propiedad Social era fundamental. Paralelo a esto, esta línea concebía también el desarrollo de un poder alternativo al Estado, el “Poder Popular”<sup>422</sup>.

Dos Santos era crítico de la visión de poder que tenía Salvador Allende. Según él, este era consciente de que durante su gobierno se estaba desarrollando un poder dual y veía el poder popular como contradictorio con el gobierno que dirigía. Para el intelectual brasileño, el tránsito al socialismo requería de la construcción de un solo poder que tuviera dos expresiones: institucional y popular. A su juicio, la interpretación de Allende respecto del poder era coherente con la tradición de la izquierda latinoamericana, que desconfiaba de los trabajadores<sup>423</sup>.

Desde la misma perspectiva que Dos Santos, Ruy Mauro Marini, en abril de 1973, publicó un artículo a propósito de la implementación de la Escuela Nacional Unificada (ENU), en el que planteaba que la forma en que el gobierno debía actuar para materializar su proyecto educativo era fomentando la construcción de poder popular. Escribe:

Asumir plenamente su papel de conducción en los Consejos Locales de Educación significa, pues, para la clase obrera, crear una herramienta más para atraer a su campo a los pequeños burgueses pobres y reforzar su alianza con las capas explotadas del pueblo. Significa, igualmente, extender su papel de vanguardia a otro frente de la lucha de clases, de la cual ni uno solo debe estar excluido de su

---

<sup>420</sup> Moulián, *op. cit.*, pág. 482.

<sup>421</sup> Ver también Julio Pinto Vallejos, *op. cit.*

<sup>422</sup> Moulián, *op. cit.*

<sup>423</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

dirección vigilante y combativa. Significa, por sobre todo, avanzar en el proceso de creación de los órganos de poder popular, sobre cuya base el proletariado edificará mañana una sociedad constituida bajo el signo del progreso, la justicia y la libertad<sup>424</sup>.

La profunda resistencia materializada en marchas y manifestaciones en contra de la ENU que afectó al gobierno de Salvador Allende era, a juicio de los intelectuales, solo posibles de superar con la acción del pueblo. Así, la creación de los Consejos Locales de Educación debía materializarse antes de la implementación de la ENU. Era el pueblo, y no solo el gobierno, el que tenía que darle curso a la política educativa de Allende. Esta visión, que valoraba la acción protagónica de los sectores populares, no era una aspiración idealista de los intelectuales, sino que se basaba en la realidad concreta de la fuerte movilización social que acompañaba el desarrollo del gobierno de la Unidad Popular. La creación del Área de Propiedad Social fue acompañada de tomas de fábricas, la reforma agraria era tensionada por las tomas de fundos y la construcción de viviendas sociales por las tomas de terreno.

Mario Garcés explica en su texto “Construyendo las poblaciones: el movimiento de pobladores durante la Unidad Popular” cómo se desarrollaba la acción colectiva de los pobladores en este contexto:

Los días 15, 16 y 17 de octubre de 1971, con la participación de un centenar de delegados, se realizó un congreso de pobladores de San Miguel Oriente, que tomó importantes resoluciones en los más diversos temas que configuraban una verdadera “política urbana” propuesta por los propios pobladores [...].

El congreso se organizó en comisiones de trabajo, que luego informaron al plenario, el cual resolvió en torno al problema de remodelación y urbanismo, salud, movilización, educación, vigilancia policial, deporte, recreación y cultura<sup>425</sup>.

En el frente de los trabajadores, Gaudicheau señala que había una tensión entre la organización sindical y de clase desarrollada por los trabajadores y el Estado administrado por la Unidad Popular. Según su interpretación, era evidente la adhesión de los trabajadores al gobierno de Allende, sin embargo, eso no era razón para su desmovilización. Señala que el aumento en el número de huelgas que se desarrollan en el periodo 1969-1972,

---

<sup>424</sup> Ruy Mauro Marini, “La ENU, un problema del pueblo”, *Chile Hoy*, Año I, N° 45, 19-26 de abril de 1973.

<sup>425</sup> Mario Garcés, “Construyendo las poblaciones: el movimiento de pobladores durante la Unidad Popular”, en Julio Pinto Vallejos, *op. cit.*, pág. 72.

... demuestran claramente que los trabajadores se sirven de las nuevas condiciones sociopolíticas y de la llegada del gobierno de Allende para acentuar su movilización y sus reivindicaciones [...]. El hecho de que se produjera un aumento del 48% entre 1970 y 1971, y de 30% en los años siguientes, prueba que la presencia del gobierno de la UP no fue considerada por los asalariados como una incitación a la moderación reivindicativa sino que, por el contrario, radicalizan sus posiciones<sup>426</sup>.

A juicio de intelectuales y partidos revolucionarios esto era la gestación del poder popular. Ya en octubre de 1972, el gobierno de la Unidad Popular comenzó a entrar en una crisis profunda. A las constantes protestas, el desabastecimiento y la inflación se sumó el paro de los camioneros. Lejos de alarmarse o proponer medidas de retroceso, los intelectuales debatieron sobre cómo dar el salto hacia el socialismo, la crisis era vista por algunos de ellos como una oportunidad.

En un artículo titulado “Bendita crisis”, Dos Santos, luego de hacer un análisis de la crisis económica del país, de compararla con las crisis económicas del capitalismo y estableciendo sus claras diferencias, planteaba que

... el aumento de consumo de las masas crea una presión por una solución positiva de la crisis, aumenta la capacidad de movilización, crea una conciencia aguda de las debilidades del sistema productivo actual y de los obstáculos que representa la propiedad privada de los medios de producción. Se abre así una situación favorable a una amplia movilización de masas en torno a cuestiones concretas de corte nítidamente socialistas. En resumen: se pone en tensión todas las fuerzas productivas del país y el capitalismo dependiente salta en pedazos bajo la presión económica y política de las masas. ¡Bendita crisis!<sup>427</sup>

El capitalismo no podía dar solución a las exigencias del pueblo, lo lógico entonces era acelerar el paso hacia el socialismo donde las fuerzas productivas se podrían desarrollar de manera más eficiente, sin los límites de la propiedad privada. Las tomas de fundos y de fábricas eran coherentes con ese proceso, el salto hacia el socialismo debía superar la institucionalidad burguesa. La tarea era, entonces, la creación del poder popular, no para sabotear el gobierno de Allende, sino para ser el sustento del salto hacia el socialismo. Los intelectuales, al igual que los partidos de

---

<sup>426</sup> Franck Gaudichaud, “Construyendo ‘Poder Popular’: el movimiento sindical, la CUT y las luchas obreras en el periodo de la Unidad Popular”, en Julio Pinto Vallejos, *op. cit.*, pág. 92.

<sup>427</sup> Theotonio dos Santos, “Bendita crisis”, *Chile Hoy*, Año I, N° 17, 6-12 de octubre de 1972.

izquierda más radicales, sabían que había dos posibilidades para el proceso chileno. Una era acelerar el tránsito hacia el socialismo superando la institucionalidad democrática; la otra, mantener la institucionalidad y confiar en que la derecha y las Fuerzas Armadas respetarían la democracia.

En el Chile de la Unidad Popular, los debates políticos e intelectuales confluyeron en espacios comunes. Estos espacios se habían constituido desde los años cincuenta y convirtieron al país en el centro del pensamiento latinoamericano, uno que albergaba a intelectuales de destacada trayectoria. Muchos de ellos eran pensadores comprometidos y militantes en su periodo de máxima producción que, en paralelo, pero también en relación con sus investigaciones académicas, llevaron a cabo la discusión sobre cómo construir el socialismo. Son los años gloriosos del pensamiento latinoamericano, donde las tesis creadas desde Chile – como la teoría de la dependencia– alcanzaron relevancia mundial.

Los intelectuales de los que hablamos provenían de distintas partes del mundo y encontraron en el país una institucionalidad académica sólida que los recibió y un clima de transformaciones políticas que hacía estimulante la estadía. De estos, el grupo más importante en número fue el de los brasileños, que luego del golpe militar contra el gobierno de Joao Goulart se exiliaron en nuestro país. Ellos venían de un espacio intelectual robusto y de una experiencia política intensa y traumática. Estos elementos confluían para que pensarán la realidad latinoamericana en Chile, elaboraran teoría y participaran también en la construcción política de la época.

El gobierno de Salvador Allende convirtió a Chile en un laboratorio social. Las expectativas generadas a nivel mundial con esta experiencia, la adhesión popular al gobierno y el predominio de la teoría marxista para analizar la realidad generaban la necesidad y la posibilidad de pensar el proceso de manera “científica”. La vía chilena era vista como de “tránsito” hacia el socialismo, por lo que la utopía igualitaria era un proyecto abierto, sin programa aún. Los intelectuales sentían que debían ser protagonistas en la elaboración de dicho proceso, no estaban pensando en cómo mantener el gobierno de Allende, sino en cómo construir el socialismo. Esa elaboración intelectual no se hizo desde la imparcialidad, sino desde las militancias y los compromisos políticos de cada uno.

Chile estaba en un proceso social y político potente que incitaba a definiciones por parte de los intelectuales, pero no concitó, como en otras experiencias históricas, su adhesión incondicional o su incorporación como expertos al proceso. Bajo estos argumentos podemos diferenciar el proceso chileno del de México, por ejemplo, donde los intelectuales de la posrevolución se incorporaron a ministerios y a centros académicos, y se

configuraron como la *intelligentsia* del gobierno revolucionario institucionalizado desde arriba. En esta experiencia, la revolución comandada desde el Estado logró instalarse como construcción hegemónica y concitó la colaboración de los intelectuales, que se convirtieron en expertos<sup>428</sup>.

De la misma manera, podemos hacer la comparación con los intelectuales de la posguerra en Estados Unidos. El ambiente intelectual norteamericano también se constituyó a partir de un grupo importante de artistas, científicos sociales, filósofos y literatos que buscaron refugio de la persecución nazi en ese país y que, luego del término de la guerra, se convirtieron en propagandistas de la campaña anticomunista de Estados Unidos:

El círculo de Nueva York lo formaban antiguos militantes trotskistas y comunistas procedentes de las comunidades bohemias de entreguerras, hasta entonces relativamente alejados de la “gran sociedad”, que en este momento histórico iniciaron un rápido proceso de integración que les llevaría a convertirse en los principales legitimadores de la sociedad norteamericana y el sistema capitalista<sup>429</sup>.

Con intención o no, aquellos que, como Hannah Arendt, establecieron posiciones críticas contra el totalitarismo terminaron siendo los referentes del régimen norteamericano para criticar el comunismo, igualándolo a estalinismo y poniéndolo en contraposición a la democracia norteamericana. Los intelectuales formaron parte de esta dicotomía.

En Chile, ¿estuvieron los intelectuales frente al mismo dilema? ¿Las alternativas eran apoyar el proceso liderado por Allende incorporándose como expertos al gobierno o ser parte de la oposición?

El tránsito histórico en el que estaba Chile fue leído por los intelectuales de la izquierda más radical como parte de un proceso revolucionario en curso al que había que contribuir a través de la creación como intelectuales revolucionarios y no como expertos burócratas. En el ambiente intelectual se vivían las mismas contradicciones que en el resto de la sociedad y, como en ella, estas también tensionaban el proceso, tensionaban a la Unidad Popular y tensionaban a Allende.

Los intelectuales que debatían desde sus centros de estudios, congresos académicos y revistas políticas no tenían la obsesión por la democracia que existe hoy en ausencia de otras utopías, tampoco estaban preocupados por proteger y cuidar a Allende. La democracia y el allendismo no eran valores en sí mismos, lo que les preocupaba era la construcción del socialismo. ¿Es eso una traición a Allende?

---

<sup>428</sup> Ver en el capítulo III lo relacionado con el desarrollo de las ciencias sociales en México.

<sup>429</sup> Josep Picó y Juan Pecourt, *op. cit.*, pág. 166.

¿Traicionaban su condición de intelectuales al involucrarse en la batalla política concreta? ¿Quiénes, si no ellos, podían imaginar la utopía?

La crisis que vivía el país durante el gobierno de la Unidad Popular era leída por estos actores como un momento de inflexión, como una oportunidad para la construcción del socialismo, como la evidencia de que se debía dar el salto, salto que la izquierda chilena no fue capaz de hacer.





## CAPÍTULO IV

### INTELECTUALES CHILENOS EN EL MIR: FUNDADORES y JÓVENES ACADÉMICOS

En la historización de las organizaciones revolucionarias latinoamericanas, y especialmente las chilenas, no ha estado presente el análisis de las relaciones entre intelectuales y las orgánicas políticas. Si bien hay estudios en América Latina que resaltan la militancia política de algunos pensadores, no se profundiza en sus aportes a dichas experiencias partidistas.

En Chile, si los estudios sobre intelectuales y política son pocos, las indagaciones sobre estos y las organizaciones revolucionarias son aún más escasas, sobre todo porque el relato social construido sobre esta experiencia es que carecieron de racionalidad política y representaron solo excesos, radicalizaciones infantiles y violencia. Se tiende a reducir las organizaciones político-militares a su definición estratégica, invisibilizando las reflexiones políticas y las definiciones teóricas que hay detrás.

Para el caso argentino, los autores que han analizado la experiencia de Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) tienden a coincidir en que fueron organizaciones antiintelectualistas y que hacia fines de los años sesenta abandonaron la política para orientarse a la lucha armada<sup>430</sup>. Pese a eso existen ciertos estudios que indagan en las trayectorias militantes de algunos intelectuales<sup>431</sup> y en los frentes sociales en los que participaron como, por ejemplo, el Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC).

---

<sup>430</sup> Hugo Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009; Pilar Calveiro, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma, 2005.

<sup>431</sup> Pablo Poza. Intelectuales y lucha armada en Argentina en los años sesenta. Revista electrónica de estudios latinoamericanos, vol. 4, núm. 15, abril-junio, 2006, pp. 3-14; Oscar Terán. Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966. Buenos Aires, Siglo XXI, 2013; Ana Longoni, "El FATRAC frente cultural del PRT/ERP", *Lucha Armada en la Argentina*, N° 4, septiembre-noviembre de 2005.

Para el caso chileno, hay algunos estudios sobre el pensamiento político de Miguel Enríquez<sup>432</sup> y de Bautista Van Schouwen<sup>433</sup> y también un extenso trabajo sobre la trayectoria del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Eugénia Palieraki, en el que la autora trabaja aspectos del pensamiento y el vínculo militante con algunos intelectuales, sobre todo en el periodo fundacional<sup>434</sup>. No obstante, la participación de los intelectuales en los partidos políticos chilenos no ha sido muy estudiada y menos aún la relación de estos actores con las organizaciones revolucionarias<sup>435</sup>.

La propuesta aquí es analizar la relación militante que tuvieron los intelectuales latinoamericanos y latinoamericanistas con el MIR chileno, entendiendo al partido como un espacio de elaboración, recepción y difusión de pensamiento. En ese sentido nos interesa la contribución intelectual que hicieron esos sujetos a la teoría revolucionaria.

La función intelectual que mejor dialogó con las necesidades de las organizaciones revolucionarias fue la del cientista social. Esto porque sus reflexiones se situaban en total coherencia con el desafío más urgente: elaborar un proyecto social para la revolución. La discusión estética abordada por otros intelectuales era importante, pero menos urgente e instrumental. El vínculo del MIR con los cientistas económico-sociales chilenos y de otras nacionalidades que en ese momento se encontraban en Chile fue importante e intenso, fundamentalmente por las tesis desarrolladas en los capítulos anteriores<sup>436</sup>.

---

<sup>432</sup> Pedro Naranjo, Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto (eds.), *Miguel Enríquez, el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR*, Santiago, CEME, LOM, 2004.

<sup>433</sup> Martín Hernández Vásquez, *El pensamiento revolucionario de Bautista Van Schouwen. 1943-1973*, Concepción, Escaparate, 2004.

<sup>434</sup> Eugénia Palieraki, *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*, Santiago, LOM, 2014.

<sup>435</sup> Recientemente, luego de haber terminado la investigación que dio origen al presente libro, Aldo Marchesi publicó un texto donde aborda la relación del pensamiento latinoamericano con las guerrillas en el continente. En dicho estudio hay un capítulo dedicado a Santiago de Chile como un espacio de confluencia del pensamiento latinoamericano vinculado a la política revolucionaria de los años sesenta. Aldo Marchesi, *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del muro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

<sup>436</sup> Los años sesenta fueron el momento de mayor relevancia y prestigio del pensamiento latinoamericano y también el de mayor vínculo militante entre los intelectuales y los partidos políticos. Por otra parte, las ciencias sociales que se institucionalizaron en América Latina desde mediados de los años cincuenta nacieron relacionadas con el Estado y, por lo tanto, politizadas. Esta politización se izquierdizó y nutrió de marxismo en los años sesenta. Esas visiones y esos sujetos politizados se desplegaron en la realidad chilena a través de intuiciones

El MIR chileno surge en medio del proceso de radicalización de la política y la intelectualidad; es parte de dicho proceso. Sin embargo, los estudios que se han hecho sobre este partido hasta el momento no han indagado en las trayectorias de los intelectuales militantes y tampoco en los aportes que hicieron a la organización. Teniendo esto en cuenta, planteamos que el vínculo entre intelectuales y política no se basó solo en el prestigio mutuo –que era la que sustentaba la relación entre literatos y poetas con los partidos comunistas– sino en el aporte recíproco para el desarrollo de un proyecto estratégico. El partido proporcionaba el lugar desde donde idear la nueva sociedad y los intelectuales aportaban con sus conocimientos específicos para bajar la estrategia a la acción.

El presente capítulo pretende analizar la relación del MIR con los intelectuales chilenos desde su fundación hasta 1973. En paralelo a la identificación de las etapas de desarrollo de la organización iremos destacando a los intelectuales que adscribieron a su militancia y los aportes que realizaron al partido. A este análisis se sumará una tipificación de los sujetos, ordenándolos en cuatro grupos: los intelectuales fundadores (aquellas personalidades relevantes que aportaron teóricamente al proceso fundacional); los intelectuales militantes (aquellos que cumplían la función social de intelectuales, pero no necesariamente aportaban desde ese lugar a la militancia); los militantes intelectuales (aquellos que siendo un aporte teórico relevante para la organización y el proyecto revolucionario no cumplían la función social de intelectual fuera del partido); y los intelectuales revolucionarios (aquellos que cumplían la función social de intelectuales y que a la vez que elaboraban teoría para la revolución revolucionaron su propio campo profesional).

### **Cientistas sociales en los orígenes del MIR (1965-1967): las trayectorias de los intelectuales**

A la fundación del MIR concurrieron un grupo de trabajadores, estudiantes, pobladores e intelectuales en 1965. Según los relatos sobre este suceso, existió una confluencia de múltiples ideas y experiencias que no veían en la vía institucional una posibilidad para responder a las reivindicaciones de la clase obrera. El reciente triunfo de la Democracia Cristiana en las elecciones presidenciales, lejos de ser visto como un avance para los sectores populares y los trabajadores, era percibido como un retraso, e incluso como un retroceso, debido a la propuesta social demócratacristiana.

---

como la CEPAL, la FLACSO, el CEREN, el CESO y otras. En paralelo, los científicos sociales adscribieron a las organizaciones políticas nacionales que también se estaban radicalizando.

El obrerismo y la radicalidad en el análisis y la propuesta de acción estuvieron representados en tres de los sujetos que calificaremos aquí como intelectuales. Ellos son Clotario Blest, Óscar Waiss y Luis Vitale<sup>437</sup>. Estas figuras darán origen a una organización que más tarde convocará a pensadores sociales latinoamericanos y latinoamericanistas de mucha influencia y renombre en el ámbito de las ciencias sociales. Estas tres personalidades son consideradas como intelectuales fundadores no solo por la función social que desempeñaron (Clotario Blest es un dirigente obrero, no un pensador, académico o cientista social), sino por los aportes teóricos que hicieron a la organización.

Blest, Waiss y Vitale serán calificados más tarde como trotskistas debido a las propuestas principales que guiaban su acción: el obrerismo, el insurreccionalismo y la importancia que le daban a la discusión

---

<sup>437</sup> El periodo fundacional del MIR ha generado algunos estudios específicos, pero no son muy numerosos. El más relevante, para la propuesta interpretativa que aquí se presenta, es sin duda el que escribió Luis Vitale y que combina algunos elementos descriptivos con la explicación, la aclaración y el debate sobre el periodo que va desde el proceso de confluencia de organizaciones revolucionarias preexistentes hasta su salida del grupo en 1969. En su texto, Vitale polemiza con otros autores que caracterizan el periodo como de influencia trotskista y revisa sus propias vivencias en el ciclo fundacional. Con quien más discute es con Carlos Sandoval y su categoría de prehistoria del periodo fundacional, con la que este termina menospreciando dicha etapa y enalteciendo la influencia de los jóvenes de Concepción en la conformación del MIR. Para Vitale, la etapa inicial no es una prehistoria, sino un periodo valioso de definiciones y confluencias. Luis Vitale, *Contribución a la historia del MIR (1965-1970)*, Santiago, Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic, 1999, recuperado de [http://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/vitale/6lvc/06lvctextpol0003.pdf](http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/vitale/6lvc/06lvctextpol0003.pdf). Referencias obligadas son también el libro citado anteriormente de Eugénia Palieraki, *op. cit.*, y el de Matías Ortiz Figueroa, *Cada día es continuar. Política e identidad en el MIR, 1965-1973*, Concepción, Escaparate, 2014. Asimismo, en otro escrito, a propósito de la muerte de Nelson Gutiérrez en 2008, Marcello Ferrada de Noli publica algunos apuntes sobre la historia del MIR donde repasa la fundación de la organización y construye una visión desde su relación con los hermanos Enríquez (“Nelson Gutiérrez. *In memoriam. Notas sobre la historia del MIR*”, Estocolmo, 2008, recuperado de <https://ferradanoli.files.wordpress.com/2010/08/marcello-ferrada-noli-nelson-gutierrez-historia-del-mir.pdf>). Además, en la Biblioteca Nacional se puede acceder a la tesis inédita, escrita al alero de la Universidad Católica, de Rubén Álvarez Alarcón, *Formación y fundación del MIR: de Clotario Blest a Miguel Enríquez (1965-1967)*, 1999. Por último, consúltese a Igor Goicovic, “Teoría de la violencia y estrategia de poder en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1967-1986”, Seminario “Medio siglo de debates tácticos y estratégicos en la izquierda chilena, 1950-2000”, Universidad de Santiago de Chile, noviembre, 2002, recuperado de [http://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/goicoi/goico0006.pdf](http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/goicoi/goico0006.pdf).

ideológica. Sin embargo, es necesario advertir que en la época la mayoría de las corrientes disidentes de la línea oficial del Partido Comunista eran definidas, de manera genérica, como trotskistas. También es necesario advertir que, pese a la crítica que se levantó en el MIR luego del congreso de 1969 sobre los “trotskistas”, por su excesivo ideologismo y poca disposición a la acción armada, cuando los protagonistas de esta experiencia realizan el recuento del periodo fundacional reconocen que “sin la batería ideológica que dispuso el trotskismo, sin la presencia social –aunque escasa– y la experiencia política de comunistas disidentes, difícilmente habría podido nacer la izquierda revolucionaria”<sup>438</sup>.

La confluencia en la fundación del MIR de personalidades y grupos diversos es parte del proceso de radicalización de las organizaciones políticas de base, en el que dirigentes obreros, como Clotario Blest, pretenden superar la militancia social y participar en la construcción del instrumento orgánico para la revolución. Asimismo, el proceso de radicalización también afectó a las organizaciones de la izquierda tradicional, generando quiebres, expulsiones y deserciones; entre los que provenían de estas rupturas estaba Óscar Waiss. Finalmente, la radicalización también toca a un conjunto de organizaciones pequeñas que asumen la unidad con otras agrupaciones como una tarea del periodo para el logro de los objetivos revolucionarios, a ese grupo pertenecían Luis Vitale y Humberto Valenzuela.

Vitale, Waiss, Blest y Valenzuela quedaron, entre otros, en la conducción de la nueva organización. Lo que nos importa, más que evaluar la importancia o la trascendencia de estos intelectuales a nivel general, es destacar sus trayectorias para entender por qué estos sujetos de letras, de elite intelectual y muy sobre la media de edad de los que se sienten llamados por la revolución, participan en la fundación del MIR. Por estas razones, abordaremos en este primer apartado sus itinerarios individuales hasta su confluencia en el MIR. Los antecedentes intelectuales y políticos de estos pensadores sociales nos permiten también reconocer espacios de creación intelectual, redes políticas e intelectuales y la evolución del pensamiento político de la época.

### ***Clotario Blest, el militante intelectual***

Blest reúne en su trayectoria militante la formación socialcristiana y obrerista. Por sus primeros pasos organizativos bajo el vínculo directo con Luis Emilio Recabarren y la participación en la fundación del MIR, Blest se convirtió en un puente entre el obrerismo clásico y la Nueva

---

<sup>438</sup> Carlos Sandoval Ambiado, *M.I.R. (una historia)*, Santiago, Sociedad Editorial Trabajadores, 1990, pág. 35.

Izquierda, dos tiempos y dos formas de entender la revolución. Al momento de la conformación del MIR, Clotario Blest tenía 66 años de vida y más de treinta de sindicalista. No estamos hablando aquí de un “trabajador intelectual”, sino de un intelectual del pueblo. Su obra, por lo tanto, no se puede cuantificar en libros, sino en discursos y formación política.

La formación intelectual de Clotario Blest estuvo vinculada al Seminario de Santiago, al estudio del latín, la teología y las enseñanzas del jesuita Fernando Vives Solar<sup>439</sup>, crítico del conservadurismo e incitador de la formación cristiana y social de Blest. El abandono del seminario le abrió la puerta para vincularse con otras organizaciones y grupos, desde donde continuó su formación intelectual y política. La Casa del Pueblo, la Unión de Centros de la Juventud Católica, los Círculos de Estudios Sociales y el Partido Popular fueron organizaciones en las que participó, llegando a ser presidente de la Unión de Centros de la Juventud Católica<sup>440</sup>.

Desvinculándose de la institucionalidad eclesíástica y abogando por un Cristo de los pobres formó el grupo Germen, desde el cual editó una revista del mismo nombre. Clotario, hasta ahí, era más un pensador, propagandista y formador que un político u hombre de acción, lo que terminará enemistándolo con el otro líder de Germen, Bartolomé Ramírez, representante del socialcristianismo chileno<sup>441</sup>. Es en esa publicación en la que podemos encontrar los aportes intelectuales de Blest y la definición de lo que se llamará cristianos sociales. También desde ahí critica a la izquierda tradicional por generar divisiones entre los sectores populares y aboga por la unión de los trabajadores<sup>442</sup>.

Durante la dictadura de Carlos Ibáñez, junto a estudiantes católicos de la elite intelectual y económica de Santiago, participó en los círculos de estudio organizados por Oscar Larson, sacerdote formado en la Universidad Católica de Lovaina. En paralelo, formó, junto a Bartolomé Ramírez, algunos círculos de estudio utilizando la infraestructura de las

---

<sup>439</sup> Maximiliano Salinas, *Clotario Blest: testigo de la justicia de Cristo para los pobres*, Santiago, Salesiana, 1991.

<sup>440</sup> *Ibid.*

<sup>441</sup> Aparte de su participación en la revista *Germen*, Blest fue redactor en 1948 de *Amanecer*, órgano de la Oficina Relacionadora e Informativa del Social Cristianismo de Chile. Véase la reseña sobre él aparecida en dicha publicación: “Dirigentes social-cristianos: Clotario Blest R.”, 20 de diciembre de 1947, recuperado de <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/coleccion/BND/00/PE/PE0000356.pdf>.

<sup>442</sup> Mónica Echeverría, *Antihistoria de un luchador (Clotario Blest 1823-1990)*, Santiago, LOM, 1993.

parroquias obreras. Las enseñanzas de la escuela de Lovaina estuvieron presentes en ambos grupos indirectamente. Blest recibió la formación cristiana más progresista de su época.

Recién instalada la República socialista en 1932, participó en la fundación y la dirigencia del Partido Socialista Sindicalista, poco importante para la vida política chilena, pero relevante para la conformación ideológica de Blest. La nueva organización fue un espacio de confluencia de intelectuales de la época. Ahí Blest conoció, por ejemplo, a Carlos Vergara<sup>443</sup>, admirador del cristianismo corporativista. Círculos de estudio, discusiones filosóficas y promoción del cristianismo social serán la actividad de Blest hasta la fundación de la Asociación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), organización a la que estará vinculado desde su fundación en 1943 hasta 1980.

Desde su liderazgo sindical y en disputa permanente con los partidos tradicionales, el pensamiento de Blest entre 1943 y 1950 girará en torno a la organización gremial y la unidad de los trabajadores. En ese lapso, la acción política toma mayor relevancia debido a su rol de conductor de la actividad huelguística de uno de los gremios más importantes del país.

Durante los años cincuenta su ascenso en la lucha concreta se nutrió y potenció a partir de su visita a la Unión Soviética y Checoslovaquia. En esa misma gira conoció a Mao Tse-Tung, Ho Chi Minh y Bertrand Russell, con quien mantuvo una relación epistolar por muchos años<sup>444</sup>. De dirigente cristiano, Clotario Blest se convirtió (o por lo menos así lo perciben los protagonistas de la época) en un líder combativo que condujo a los trabajadores y planteó una fuerte oposición al gobierno de Gabriel González Videla y su Ley Maldita.

Al igual que su relación con la institucionalidad eclesíástica, su relación con los partidos tradicionales de la izquierda fue siempre conflictiva y tensa. Los episodios de enfrentamiento y contradicción directa con el Partido Socialista y el Comunista los vivió cuando fue nombrado presidente de la Central Única de Trabajadores (CUT). Blest era un líder respetado y carismático, que abogaba por una multisindical sin “manipulación” de los partidos y que criticaba las intenciones de conducción que estos tenían respecto de la organización obrera. Esta actitud antipartidista es propia de los disconformes de la época con las políticas de las organizaciones tradicionales, rasgo propio también de los periodos de crisis institucional y de su visión cristiana esencializadora de los sujetos populares.

---

<sup>443</sup> Fundador del Partido Corporativista Popular “[c]reado en 1932 [...]. Grupo heterogéneo, propiciaba la creación de un Estado Corporativo. Su apoyo popular fue escaso y en 1938 se disolvió para integrarse a la Falange Popular”. Gonzalo Izquierdo, *Historia de Chile*, Tomo III, Santiago, Andrés Bello, 1990, pág. 240.

<sup>444</sup> Echeverría, *op. cit.*

Superados los círculos de estudio e instalado en la conducción gremial, Blest comenzó a percibir los límites de la organización social y a polemizar con los partidos tradicionales ya no en clave autonomista, sino planteando una alternativa de construcción política. La conformación del Movimiento Fuerza Revolucionaria (MFR) en 1961, una vez que renuncia a la CUT, expresa este giro.

En 1960 el líder sindical viajó a la Habana, experiencia que lo convirtió en un propagandista de la revolución y en un impulsor de esta en Chile. En el texto de Luis Vitale sobre Clotario Blest, el historiador destaca la condición de revolucionario de este, pero también la existencia en Chile de condiciones prerrevolucionarias que hacían coherente el actuar del sindicalista. A juicio de Vitale:

A pesar de los errores de la dirección obrera de seguir con las luchas aisladas, muchos trabajadores sacaron los conflictos de las cuatro paredes del sindicato y los llevaron a la acción decidida en las calles. Ese retorno a los métodos de acción practicados por nuestros antepasados de la FOCH no solo se daban en los obreros sino también en los empleados. Las combativas huelgas de Mademsa, Madeco, Lo Valledor, Salud, Semifiscales, Endesa, Telefónicos, profesores, mineros, metalúrgicos, la ocupación de tierras en el campo sureño, la toma de poblaciones por los “Sin Casa” crearon la convicción de que solo a través de la lucha directa u de conjunto era posible quebrarle la mano al intransigente gobierno del más genuino representante del capitalismo criollo Jorge Alessandri Rodríguez<sup>445</sup>.

En este contexto, Blest veía a la insurrección popular como la estrategia para terminar con las injusticias sociales y, concordante con esto, fundó en 1962 el Comité Latinoamericano por la Guerrilla. Su primer objetivo fue emitir “bonos solidarios”, que tenían por fin promover la compra de plasma sanguíneo y elementos de primeros auxilios para las columnas guerrilleras que combatían<sup>446</sup>.

En entrevistas muy posteriores a esa coyuntura, Clotario Blest señala haber sido siempre detractor de la violencia activa<sup>447</sup>, pero durante su conducción del MFR, grupos adscritos a la organización instalaron algunas bombas, por lo que es vinculado con las acciones de violencia y detenido. Pese a estas apreciaciones opositoras de la violencia activa —*ex post*—, los discursos y las acciones de Blest lo vinculan a la violencia

---

<sup>445</sup> Luis Vitale, *Los discursos de Clotario Blest y la revolución chilena*, Santiago, POR, 1961.

<sup>446</sup> Echeverría, *op. cit.*

<sup>447</sup> *Ibid.* El libro de Mónica Echeverría incluye varias entrevistas a Clotario Blest y el rechazo a la violencia activa no es una interpretación de la autora, sino que aparece en la transcripción de esas entrevistas.



popular y al movimiento armado latinoamericano. En una alocución dada en noviembre de 1960 y recopilada en el texto de Vitale plantea:

La clase trabajadora debe despertar de este letargo, los obreros, empleados y campesinos deben despertar de este sueño soporífero para levantarse en armas y derribar al Gobierno [...] El pueblo empieza a darse cuenta que es necesario que con los puños crispados estemos dispuestos al sacrificio y a la lucha callejera que dé el triunfo a la clase trabajadora chilena<sup>448</sup>.

Poco después de su liberación, en marzo de 1963, Clotario inicia una gira por el país para dar a conocer los postulados del MFR. En su visita a Concepción conoce a Miguel Enríquez, Luciano Cruz y Edgardo Enríquez, a partir de este encuentro estableció con ellos una muy cercana y fraternal relación; incluso escribió una carta para que Miguel Enríquez fuera recibido en China. Más tarde fundará con ellos el Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Podemos comentar dos aproximaciones a la figura de Blest. La primera es la de Maximiliano Salinas, escrita en 1991, donde las referencias a su vida pastoral y su mensaje cristiano es lo fundamental. La segunda es la escrita en el acontecer de los procesos por Luis Vitale –compañero de militancia–, donde las arengas revolucionarias, la incitación a la lucha obrera y a la insurrección son las ideas destacadas. Ambas figuras son Blest y ambas conformarán la síntesis que lleva a su participación en la fundación del MIR.

En Clotario Blest el intelectual que funda el MIR encontramos una serie de elementos de época. El primero es la categoría misma de intelectual que podemos usar. En el caso de Blest, y a diferencia de Waiss y Vitale, no podemos hablar de un trabajador intelectual pero tampoco podemos decir que Blest forma parte de lo que Gramsci llama “la gente sencilla”. Si bien la actividad laboral en la que se desempeñaba no era la de un trabajador manual, no es esa condición lo que lo identifica como intelectual, sino su formación de origen, esa que le permite conocer los evangelios desde la misma interpretación crítica que recibió Alberto Hurtado y Camilo Torres y que en él provoca una síntesis nueva, una filosofía, una lectura de la realidad chilena desde su formación cristiana.

El segundo elemento que encontramos en Blest es el líder sindical en contacto con los pobres. Él identifica como sujeto de la revolución a los trabajadores, aboga por su unidad y autonomía en los primeros tiempos y a su combatividad preclara después. Esta cercanía con los sencillos es una cercanía idealizada (por lo tanto, no tan cercana). Un claro

---

<sup>448</sup> Vitale, *Los discursos...*, *op. cit.*, pág. 3.

episodio que nos lo demuestra es el relato reproducido en el libro de Echeverría en relación con su estadía en la cárcel pública en 1962.

Echeverría le pregunta “¿Cómo fue su relación con los cogoteros durante esos 15 días que permaneció allí?”. Blest le contesta:

Me impresionó la calidad humana de esos hombres. Tuve largas conversaciones con ellos. ¿Por qué se habían convertido en cogoteros? Ninguno de ellos había tenido hogar, ni había recibido afecto. Siempre desde chicos habían sido perseguidos, eran producto de la miseria. ¡Cómo culparlos! Cuando me presenté, delante del juez Eyzaguirre le dije: –Si hubiera sido uno de ellos habría sido mucho peor. Durante todo el tiempo que estuve allí, nadie supo de mí, ni siquiera el director de Gendarmería, Diego Silva Lastra. Cuando se enteró, él mismo me trasladó a otra dependencia de la cárcel, al anexo Capuchinos. Entonces pasé a despedirme de mis compañeros y les pregunté: –¿Por qué me han tratado así? Me respondieron: –Nosotros sabemos quien es usted y además nos ha enseñado que todos somos hermanos. Por eso lo hemos tratado como un hermano. ¡Qué ejemplo recibí, durante este tiempo! El amor al prójimo lo aprendí en el patio de los cogoteros y no en las grandes doctrinas, ni en los majestuosos palacios. En la cárcel comprobé que en todos los hombres, por mucho que hayan caído, existe una chispa noble que nadie sabe aprovechar. Fueron días amargos, pero no guardo rencor a mis perseguidores<sup>449</sup>.

Blest idealiza a los pobres y confía ciegamente en su esencia revolucionaria. Más tarde, con otras palabras y desde otras caracterizaciones, otros lo seguirán haciendo.

El tercer elemento es el Blest político y militante, que es el que confluye en el MIR. La época estuvo marcada por las críticas al estalinismo y las divisiones y subdivisiones del socialismo, pero también los múltiples intentos de confluencia política entre los sectores de la izquierda. Blest participó en estos intentos de su generación por hacer converger a las organizaciones y plantear una alternativa orgánica para la conducción revolucionaria, primero en el MFR y luego en el MIR. Esta experiencia no solo se planteaba como alternativa a la izquierda tradicional, sino también como crítica a la Revolución en Libertad de Eduardo Frei Montalva.

Este punto es relevante porque un importante conductor del proceso demócratacristiano va a ser Roger Vekemans, desde una mirada cristiana muy distinta a la de Blest, lo que nos sitúa en los vínculos políticos diversos que los cristianos tenían en la época. La polémica más directa de Blest con el gobierno de la Democracia Cristiana fue con el ministro William Thayer, a quien le enrostra haber traicionado sus

---

<sup>449</sup> Echeverría, *op. cit.*, Pág 253

principios y haber cambiado su interpretación de las leyes laborales en favor de los intereses de clase que defendía Frei<sup>450</sup>. Acusa a los freístas de estar vinculado a los requerimiento de la aristocracia eclesiástica, por lo que no confiaba en su gobierno para lograr la mejoría en las condiciones de vida de los sectores populares<sup>451</sup>.

Finalmente, como cuarto elemento, en el MIR confluye el Clotario promotor de la violencia revolucionaria. Blest fue quien presidió la reunión de convocatoria que da origen al Movimiento de Izquierda Revolucionaria luego de otros intentos por lograr la unidad de la izquierda más radical y lo hace desde la legitimidad que le proporciona su trayectoria, sus vínculos internacionales<sup>452</sup> y, sobretodo, su reconocimiento como líder sindical. Es por eso que su carta de llamamiento a la unidad fue muy relevante, no tanto por lo que decía, sino por quién la escribía. La admiración por la revolución cubana fue leída por el sindicalista en clave insurreccional y veía en los trabajadores el sujeto de la misma. Por eso los distintos discursos y esfuerzos de Clotario Blest en este periodo estaban dirigidos a levantar a los trabajadores en una revolución que debía ser masiva. En este sentido, la experiencia de Blest, así como la visión de esta generación de intelectuales, es contraria a la idea del foco. Su crítica era al aislamiento de los revolucionarios respecto de las fuerzas sociales. Blest señalaba que

La guerrilla no debe ser un foco aislado encerrada en la montaña o en el clandestinaje. Temo que la guerrilla, como se está planteando, va a ser aniquilada en la forma más salvaje. Ella debe contactarse con las luchas sociales, si no quieren que resulte una aventura. Si en Cuba tuvo un desenlace feliz, fue porque el elemento obrero, al no contar con organismos sociales que acogieran sus reivindicaciones, pasó a incorporarse a las huestes de Castro, enriqueciendo así la base social del Movimiento 26 de Julio. Hay que encontrar, por lo tanto, la combinación exacta entre el movimiento social organizado y el grupo armado. Mientras la oligarquía económica continúe imponiendo la injusticia social en nuestra patria, nosotros debemos, desde hoy mismo,

---

<sup>450</sup> Clotario Blest, "El ministro Thayer contra el abogado Thayer", *Estrategia*, N° 5, julio de 1966.

<sup>451</sup> Echeverría, *op. cit*

<sup>452</sup> Mónica Echeverría destaca dos elementos importantes: primero, que la casa de Blest se transformará en un refugio para quienes, desde países como Perú y Bolivia, que ya habían iniciado la lucha armada, buscarán apoyo en Chile y, segundo, relata una visita de Blest a Paraguay a entrevistarse con el dictador Alfredo Stroessner, a quien le pidió liberar a un grupo de prisioneros políticos. Stroessner aceptó en respeto a su condición de líder católico obrero, excarceló a los presos y los envió a Europa. Echeverría, *op. cit*.

manifestar nuestra solidaridad activa con los que luchan por los mismos ideales<sup>453</sup>.

Blest, al igual que los otros intelectuales militantes o los militantes intelectuales de su generación, pensaba en una revolución clásica, pues su influencia intelectual más relevante en el plano revolucionario fue Trotsky. La Revolución cubana generó admiración y adhesión, pero la matriz con la que pensaron la revolución en Chile era la clásica obrerista “siempre con la visión de que la clase obrera es la clase de la revolución y con una suerte de desconocimiento del resto de los sectores sociales dominados, explotados, los trabajadores en general”<sup>454</sup>.

El llamado a la violencia no lo desliga de su pensamiento cristiano y más bien potencia sus múltiples liderazgos. En 1967, en el año de inserción del MIR en el trabajo de masas, va a fundar el Movimiento Revolucionario Camilo Torres, que es una especie de corriente al interior del MIR formada por los militantes cristianos inspirados por el ejemplo del cura colombiano. La revista *Punto Final*, en una edición de junio de 1967, da cuenta de las características y el impacto de este movimiento al recoger el testimonio de tres dirigentes de la Juventud Demócrata Cristiana (JDC), que abandonaron las filas de su partido para incorporarse al movimiento recién fundado. En esa publicación anuncia, además, la pronta incorporación “de un grupo de sacerdotes dispuestos a cambiar los hábitos por la prédica revolucionaria”<sup>455</sup>.

Los jóvenes democratacristianos que habían renunciado eran Hugo Cancino, profesor ayudante en el Instituto Pedagógico, Marcela Plubins y Juan Arancibia. Junto con ellos se integró al movimiento el expulsado de la JDC, Guido Olavarría. Las razones de su salida e incorporación a la nueva agrupación estuvieron “en las contradicciones mismas del pensamiento democratacristiano que se hacen evidentes una vez en el poder”. Para los jóvenes, cuando la Democracia Cristiana diferenciaba entre revolución marxista y revolución cristiana le abría la puerta al imperialismo y la derecha, y ante la imposibilidad de cambiar al partido desde dentro decidieron renunciar para unirse al movimiento. Cancino y Olavarría pasaron a ser parte de la Comisión Política del movimiento, conscientes de que su tarea era hacer la revolución superando la mera solidaridad con las guerrillas continentales.

Hubo un cristianismo de la época en el MIR que nació de concepciones similares a las que dieron origen a la Democracia Cristiana (DC), pero que se van diferenciando conforme avanza el periodo y se

---

<sup>453</sup> Citado en Mónica Echeverría, *op. cit.*, 251, 252.

<sup>454</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014.

<sup>455</sup> Augusto Carmona, “Sacerdotes chilenos en el camino de Camilo Torres”, *Punto Final*, N° 31, segunda quincena, junio de 1967.

agudizan las contradicciones. Acerca de la confluencia del pensamiento cristiano en el MIR, Pascal Allende plantea, en retrospectiva:

Si hay un vínculo es con el cristianismo, hay un sentido de misión, una serie de componentes que uno puede decir que tienen cierta raíz cristiana, pero no es de la DC al MIR, no, es a través de cristianos que tienen una militancia obrera, trabajadora o social. Si influencia hay será la JOC [Juventud Obrera Católica], esos sectores, pero no la Democracia Cristiana. La Democracia Cristiana ejerció cero influencia en el MIR, es mi impresión. Quedó fuera por la Revolución en Libertad. Lo que hay es un anti DC, un anti a las políticas impulsadas por ellos<sup>456</sup>.

Contextualizando esta vinculación de Cristo con la revolución popular, Maximiliano Salinas plantea que para 1967 convergían tres elementos trascendentales: la decadencia del capitalismo democrático, la decadencia también del socialcristianismo y la emergencia de la organización popular. Se trata, entonces, de un cristianismo popular (popular por composición y popular por proyección), en oposición al cristianismo que sustentaba el capitalismo democrático, el que se formará en este periodo. Una de esas líneas es la de Clotario Blest. Este es uno de los líderes en la toma de la catedral realizada por el Movimiento Iglesia Joven en 1968, ya fuera del MIR, y pese a su decepción sobre su participación en la organización revolucionaria señala:

Estaremos de la mano con nuestros hermanos marxistas en la barricada del pueblo contra el capitalismo, siguiendo el ejemplo de Camilo Torres. Nosotros reverenciamos al Che Guevara. Lo admiramos. Los problemas que se están mirando deben ser mirados bajo el ángulo del mundo en transición, es contra el capitalismo, lo que ha sido mal interpretado por la jerarquía eclesial. No se puede convivir con el mundo anticristiano<sup>457</sup>.

Entre 1965 y 1967, el MIR creció de manera importante y, consistentes con su línea de pensamiento insurreccional, Blest, Sepúlveda, Valenzuela y Waiss plantean, en el Tercer Congreso de la organización, postergar la acción armada y proseguir con la inserción en los sectores trabajadores y estudiantiles. El grupo de jóvenes militantes los acusa de aburguesamiento revolucionario, lo que genera la salida de los militantes veteranos a solo dos años de haber formado el movimiento.

---

<sup>456</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014. Pascal Allende, en esta parte de la entrevista, critica la propuesta de Palieraki sobre el tipo de influencia cristiana recibida por el MIR.

<sup>457</sup> *El Mercurio*, 12 de agosto, 1968. Citado en Maximiliano Salinas, *Clotario Blest como profeta, la rebelión del pueblo contra el capitalismo*, Santiago, Rehue, 1987.

La formación y la trayectoria de Clotario Blest hacen muy coherente su vinculación con las luchas populares. Blest vive el cristianismo como una epopeya que no tiene por qué entrar en contradicción con la lucha material por la revolución, sino nutrirla y guiarla. Pero, con estas convicciones, sí entró en contradicción con las otras fuerzas que pretendían guiar dicha gesta, el Partido Socialista, el Partido Comunista y el MIR. En términos de legado, sus reflexiones sobre la importancia de los trabajadores en la revolución social (aunque no como única expresión de clase) y el cristianismo revolucionario serán los más importantes. Clotario Blest nutrirá como militante intelectual el pensamiento cristiano-socialista y vinculará dos visiones éticas sobre el futuro de América Latina.

### *Óscar Waiss, el intelectual militante*

Abogado, periodista y militante, se integró tempranamente al Partido Socialista, con el que rompió en 1964. Fue parte de la fundación del MIR en 1965 y fue nombrado, en el Primer Congreso de la nueva organización, miembro del Comité Central y del Secretariado Nacional. Su trayectoria política estuvo ligada a los grupos disidentes del Partido Comunista en los años treinta. Fue influido por el pensamiento trotskista, desde donde participó en la candidatura presidencial de Manuel Hidalgo<sup>458</sup>. Fue testigo y actor político del periodo en el que se desarrollaron la Sublevación de la Escuadra y la República Socialista de Marmaduke Grove.

Respecto de sus ideas, se integró muy joven al grupo Avance<sup>459</sup>, espacio intelectual y político de izquierda fundado en 1931. El grupo logró refundar la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) y activar políticamente al estudiantado. Más tarde, el espacio intelectual universitario se dinamizó con la creación del grupo Renovación, vinculado a los jóvenes cristianos de la Universidad Católica. Su relación con la figura política de Manuel Hidalgo lo instaló también en un círculo intelectual santiaguino muy nutrido. En la casa del político comunista se encontraba con Augusto D'Halmar, Eugenio Orrego Vicuña, Santiago Labarca, Vicente Huidobro, Eugenio González, el

---

<sup>458</sup> Figura política chilena, fundador del Partido Comunista y expulsado del mismo en 1930. Fue miembro, en la década de 1940, del Partido Socialista. Fue senador y candidato a la presidencia de la República en 1931.

<sup>459</sup> Fueron parte del grupo Avance Tomás Chadwick, Manuel Contreras Moroso, Enrique Sepúlveda, José Manuel Calvo, Roberto Alvarado, Juan Picasso, Eduardo Uribe, Bernardino Vila, entre otros.

abogado Pedro León Ugalde, Justiniano Sotomayor, el abogado Jorge Neut Latour y el médico Jaime Vidal Oltra<sup>460</sup>.

Fue articulista de varias revistas de izquierda en Chile. Debatío en esos años con Trotsky y los socialistas franceses y españoles, pero también con la línea oficial del Partido Socialista, por lo que llamó “la degeneración del partido” a partir de la actuación del mismo durante la experiencia del Frente Popular<sup>461</sup>. Hasta antes de participar en la fundación del MIR, Waiss había desarrollado una interesante carrera como abogado, escritor y periodista. Había publicado varias novelas y un libro de cuento, así como folletos y ensayos políticos<sup>462</sup>.

Comenzó sus debates con el Partido Comunista chileno y con otros referentes latinoamericanos muy tempranamente. Con ocasión de una conferencia dada en 1933 en Santiago por el aprista Manuel Seoane, Waiss y los distintos tipos de comunistas —estalinistas y trotskistas— que llegaron al teatro donde se realizaba el acto se enfrentaron al líder de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) o Partido Aprista Peruano. Seoane, que en su intervención llamó a combatir a los “rabanitos”, fue interpelado por Waiss y Enrique Sepúlveda<sup>463</sup>, quien también participó, más tarde, en la fundación del MIR, siendo su primer secretario general.

Entre las influencias intelectuales que posicionaron a Waiss en una actitud crítica frente al Partido Comunista y lo guiaron a la propuesta revolucionaria destacó la revista *Comunismo*, editada en Madrid por Andrés Nin y Juan Andrade: “Nin sostenía que la revolución no era un golpe de mano de minorías audaces y que las acciones aisladas debilitan al movimiento general”<sup>464</sup>. La otra influencia, que el mismo Waiss reconoció, fue la conferencia de Trotsky en Copenhague y la obra de José Carlos Mariátegui, textos que “circularon profusamente en Chile”<sup>465</sup>.

La voluntad de hacer confluír a los revolucionarios parece haber sido una constante en la vida de Waiss, ya que en los años treinta formó parte de una “sociedad secreta denominada Logia Bolívar de los Libertadores

---

<sup>460</sup> Óscar Waiss, *Chile vivo: memorias de un socialista, 1928-1970*, Madrid, Centro de Estudios Salvador Allende, 1986, pág. 39.

<sup>461</sup> Óscar Waiss, *¿A dónde vamos?*, Ovalle, Ediciones Marxistas, 1940. Consultado en: <http://www.socialismo-chileno.org/PS/waiss/textos/IWwaiss2/index.html>

<sup>462</sup> Las novelas *Un fantasma recorre el mundo* (1938), *Un drama socialista* (1948) y *Amanecer en Belgrado* (1956), el libro de cuentos *En el fondo hay una lágrima* (1942) y ensayos de carácter político, como *Problemas del socialismo contemporáneo* (1961), *Vía pacífica o revolución* (1961), *Nacionalismo y socialismo en América Latina* (1961); *Basura teórica y traición política* (1964), *El espejismo del 64* (1965) y *Problemas de la paz y del socialismo* (1960), entre otros.

<sup>463</sup> Waiss, *Chile vivo...*, op. cit., pág. 45.

<sup>464</sup> *Idem*.

<sup>465</sup> *Loc. cit.*

de América, que tenía como objetivo relacionar íntimamente a los personeros de la Izquierda Comunista y el Partido Socialista”<sup>466</sup>. Esta unión volvió a darse en la fundación del MIR, cuando algunos representantes de la izquierda trotskista se unieron a disidentes del Partido Socialista y formaron la organización revolucionaria.

Pese a no participar en la fundación del Partido Socialista (PS) por considerar sus definiciones ambiguas<sup>467</sup>, posteriormente se integró a sus filas cuando en 1936 la Izquierda Comunista decidió integrarse a este. Más tarde formó parte de la fundación del Partido Socialista de los Trabajadores –oponiéndose a la colaboración del PS con el Frente Popular– para reingresar a las filas socialistas en 1946. En las filas del Partido Socialista Popular –fundado en 1948– y nuevamente alejado del PS, apoyó la candidatura de Ibáñez y fue parte de su gobierno.

En sus memorias, Waiss valoró como acertada la polémica decisión de apoyar a Ibáñez, señalando que “el tiempo demostró que la conducta del partido fue correcta, ya que se recuperó la influencia sobre las masas y se vigorizó el movimiento popular, lo que culminó, con el correr de los años, en la victoria electoral de 1970”<sup>468</sup>. La cercanía con el gobierno de Ibáñez en sus inicios terminó cuando el Partido Socialista Popular se acercó al Partido Comunista y participaron en conjunto con las organizaciones obreras en una serie de huelgas. La más importante fue la huelga general de 1955, luego de la cual Waiss fue tomado prisionero y enviado a Pisagua.

El antecedente inmediato de la efímera participación de Waiss en la fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria fue el ascenso de la Democracia Cristiana (DC) al gobierno y la campaña presidencial de Allende. Waiss calificó a la Democracia Cristiana que ganó la presidencia con Frei Montalva en 1964 como la defensora de los intereses de la oligarquía. Por otro lado, la campaña con la que la DC ganó las elecciones estuvo cargada de anticomunismo, lo que generó una visión pesimista frente a la posibilidad de que la izquierda llegara al poder a través de los votos. Finalmente, la figura de Allende había causado rechazo entre el sector de los socialistas al que pertenecía Waiss, que no le perdonaban

---

<sup>466</sup> *Ibid.*, pág. 56.

<sup>467</sup> “El 19 de marzo de ese año 1933 efectuamos un Congreso Nacional de nuestro sector decidiendo no participar en la inminente fundación del Partido Socialista de Chile por considerar confuso sus fundamentos doctrinarios y heterogénea la base humana concurrente. Ahí decidimos denominarnos Izquierda Comunista y convertirnos en la sección chilena de Oposición Comunista Internacional (bolchevique-leninistas), o sea el germen de la Fundación de la Cuarta Internacional”. Waiss, *Chile vivo...*, op. cit., pág. 46.

<sup>468</sup> Waiss, *ibid.*, pág. 108.



haberse presentado como candidato en las elecciones de 1952 compitiendo con Ibáñez.

En el artículo de Waiss de 1965 publicado en la revista *Estrategia*, órgano de debate político del MIR, el intelectual esgrimió como razones para la conformación de una organización revolucionaria el fracaso de la vía electoral para la izquierda, pero también la traición de los partidos que tradicionalmente habían representado a los trabajadores que en ese momento se habían subordinado a los intereses de la democracia burguesa<sup>469</sup>. Especial crítica mereció el Partido Socialista por el blanqueamiento de la campaña de Allende en pos de objetivos electorales. En sus memorias publicadas en 1986, si bien Waiss reiteró las críticas a la Democracia Cristiana, planteó que el camino revolucionario adoptado por la izquierda radical se había debido a la influencia de los procesos revolucionarios desarrollados en América Latina. El MIR, en esta interpretación, habría sido un producto de época del cual Waiss no habló y no reconoció su participación.

La experiencia de Waiss en el MIR es posible seguirla a través de comentarios de sus cercanos en los relatos íntimos de sus *blogs*. Jorge Bravo Tesseo recuerda:

Un capítulo menos conocido en la vida de Óscar Waiss fue su paso fugaz por el MIR, en el que lo acompañó nada menos que el mítico sindicalista Clotario Blest. En efecto, el año 1965, junto a algunos de sus antiguos camaradas descontentos con la conducción del Partido Socialista, entre los que recuerdo el doctor Enrique Sepúlveda, Gabriel Smirnow, el historiador Luis Vitale y otros, junto con jóvenes universitarios de Concepción [...]. Durante algún tiempo, estubo a cargo de un boletín, cuyo formato recuerdo con claridad. Un día tomó un libro que estaba leyendo “¿Para qué sirve la literatura?”, que era la transcripción de un debate entre escritores franceses, editado por Jean-Paul Sartre. Me dijo “esto me parece interesante” y me pidió que se lo prestara. Al poco tiempo me exhibió los colores y, por supuesto, el tenor del texto. No tengo claro cuánto duró su militancia, pero me parece que fue efímera.

En una oportunidad nos pidió al junior y a mí que escucháramos el himno oficial del MIR, un antiguo himno revolucionario, cuya letra había adaptado al efecto. Sin más no más se puso a cantar, con la mayor seriedad. Su voz era tan increíblemente desafinada que quedamos estupefactos primero, y luego estallamos en carcajadas<sup>470</sup>.

---

<sup>469</sup> Óscar Waiss, “La metamorfosis”, *Estrategia*, N° 1, noviembre de 1965.

<sup>470</sup> Jorge Bravo Tesseo, “Oscar Waiss, ‘firme junto al pueblo’”, *Línea de Flotación* [blog], 10 de noviembre de 2006, recuperado de <http://lineadeflotacion.blogspot.com/2006/11/oscar-waiss-firme-junto-al-pueblo.html>.

La actitud amnésica del intelectual podría deberse a la fecha en la que están escritas las memorias –1985–, época de renovación y en la que muy pocos se atrevieron a reconocer su coqueteo con la violencia. También puede deberse a que su participación en el MIR fue tan fugaz que no la consideró con mayor relevancia para la organización ni para su trayectoria política.

Sin embargo, a nuestro juicio, la participación de este personaje en la fundación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, pese a su brevedad, es importante. Waiss representó a una izquierda militante en búsqueda de una estrategia para América Latina. No temió en denominarse comunista, pero entendió el comunismo desde la realidad latinoamericana. Esa apreciación de la particularidad continental lo llevó incluso a vincularse con la expresión populista chilena de Ibáñez. No fue, entonces, la apología a la violencia revolucionaria de moda lo que llevó a este grupo de actores políticos (Enrique Sepúlveda será otro de ellos) a participar en la fundación del MIR, sino su actitud de constante crítica a las organizaciones tradicionales de la política chilena.

Oscar Waiss fue expulsado de la conducción del MIR en 1967 y su paso por la organización resultó muy acotado, pero su figura tiene importancia debido a que representaba un periodo, una forma de hacer política y un tipo de político<sup>471</sup>.

### ***Luis Vitale, el intelectual revolucionario***

Vitale nació en Argentina y llegó a Chile en febrero de 1955 por circunstancias del amor, según sus palabras: “soy chileno porque me enamoré de una chilena y me casé”<sup>472</sup>. En Chile ingresó al Partido Obrero Revolucionario (POR), de orientación trotskista. Dio sus primeros pasos en las luchas populares en el sindicato de la empresa químico-farmacéutica y luego participó en la formación de la Federación de Obreros de Imprenta de Chile, para luego llegar a ser dirigente de la Central Única de Trabajadores.

Sindicalista y trotskista son las primeras definiciones desde las que podemos acercarnos a Vitale. En relación con la segunda, posiblemente era uno de los pocos, sino el único verdaderamente trotskista de quienes eran categorizados con ese apelativo. A diferencia de Argentina, el trotskismo en Chile no tuvo un desarrollo ideológico; los llamados trotskistas chilenos eran más bien un grupo de disidentes del Partido Comunista, que desde la crítica al estalinismo del partido lo abandonaron.

---

<sup>471</sup> En diálogo con Gabriel Salazar, Matías Ortiz vincula a este grupo con las generaciones del 30 y el 48. Ortiz, *op. cit.*, 2014.

<sup>472</sup> Entrevista a Luis Vitale, *Sala de Historia* [en línea], enero de 2010.

Respecto de su relación con el sindicalismo, Vitale se vinculó activamente a la Central Única de Trabajadores que había sido fundada hacía unos años —en febrero de 1953— por Clotario Blest, presidente a su vez de la organización obrera. El líder sindical y la experiencia organizativa que había adquirido en esos primeros años en Chile lo llevaron a la escritura. Su primer texto publicado fue una recopilación de discursos del presidente de la CUT. Vitale reconoció en estas intervenciones un cuerpo de ideas que nutrieron a la organización de los trabajadores y fue por eso “que no podía permitir que fueran falseados ni olvidados”<sup>473</sup>.

En la introducción a la recopilación de discursos, realizó una caracterización general de la coyuntura histórica mundial y chilena, destacando que se vivía un momento desfavorable para el imperialismo y favorable para la lucha obrera, que en América Latina se veía representada por el éxito de la Revolución cubana. Vitale analizó y comentó cada intervención de Blest, sacando lecciones para la construcción política.

De esta primera aproximación literaria, donde transformó en texto su experiencia y sus propias reflexiones políticas, Vitale pasó a la elaboración de un escrito más amplio, más general, que abordaba las problemáticas de la organización obrera en su conjunto. Publicó así *Historia del movimiento obrero*<sup>474</sup>. Con este ensayo, pasó a formar parte de los historiadores marxistas de Chile que situaron al movimiento obrero como centro de la historicidad nacional. Las primeras líneas de esta narrativa habían sido escritas por Julio César Jobet en *Luis Emilio Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos*, publicado en 1955, y Hernán Ramírez Necochea, que en 1956 había publicado *Historia del movimiento obrero en Chile*<sup>475</sup>.

Los escritos de Vitale nutrieron la formación militante de sus compañeros del POR, pero también fueron una contribución a un proyecto de construcción social amplio y a la interpretación histórica desde el mundo popular. Su trotskismo lo acercó al análisis de la realidad obrera y lo alejó de la vía institucional del Partido Comunista. Desde ahí comenzó a dialogar con su época. El contexto en el que se integró a las luchas populares fue aquel marcado por el impulso extraordinario de la organización sindical y algunos episodios políticos violentos, como la protesta del 2 y 3 de abril de 1957, la llamada Revolución de las Chauchas, que tuvo como particularidad la participación de pobladores. El impacto de este episodio fue contundente:

---

<sup>473</sup> Vitale, *Los discursos...*, *op. cit.*

<sup>474</sup> Luis Vitale, *Historia del movimiento obrero*, Santiago, POR, 1962.

<sup>475</sup> Julio César Jobet, *Luis Emilio Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos*, Santiago, Latinoamericana, 1955. Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes-siglo XIX*, Austral, 1956.

... esta movilización desbordó a la izquierda, como lo reconoce el propio Comité Central del PC a mediados de abril de 1957 [...] gran parte de la generación de Miguel<sup>476</sup> [Enríquez] criticó entonces el papel jugado por el PC, el PR, la dirección del PS y la CUT, con excepción de su presidente Clotario Blest, quienes hicieron de bomberos para apagar el fuego de aquella juventud insurgente. Importantes sectores de la Juventud Comunista [...] rompieron con su partido, incorporándose al trotskista Partido Obrero Revolucionario, orientado por el dirigente sindical Humberto Valenzuela, con el cual comenzó a simpatizar Marco Antonio [Enríquez], hermano mayor de Miguel<sup>477</sup>.

Esta vinculación llevaría a que años más tardes los líderes políticos confluyeran en la formación del MIR. Mientras, Vitale, entre la militancia en el POR y la agitada contingencia nacional de fines de los años cincuenta y sesenta, descubrió el oficio de historiador y comenzó a desarrollarlo sistemáticamente, pasando días completos revisando autores y fuentes. Ahí se convirtió en un historiador de oficio, con un trabajo, con horarios<sup>478</sup>.

Según su propia opinión, el impacto de la revolución cubana fue trascendental, pero también lo fueron las movilizaciones de trabajadores y otras experiencias guerrilleras que, bajo el influjo de la cubana, se desarrollaron en el continente. Esta influencia fue “tanto por su coraje y decisión como sus frustradas experiencias foquistas de lucha armada”<sup>479</sup>. Esta última apreciación evidencia la concepción revolucionaria de Vitale, la misma que más tarde le llevó a romper con los hermanos Enríquez y a ser expulsado del MIR.

Vitale, al contrario de otros intelectuales o actores políticos de la época, no renegó años después de su pasado, no tildó esa experiencia de locura juvenil, sino que resaltó las certezas del análisis del momento hechas por las organizaciones revolucionarias de la época, que se multiplicaban como organizaciones autónomas o facciones al interior de algunos partidos, como el Partido Socialista y, más tarde, la Democracia Cristiana. La principal certeza de los grupos de revolucionarios de ese periodo era que debían avanzar hacia la unidad. De esta forma, en 1961, bajo la iniciativa de Clotario Blest, varias organizaciones obreras, más un sector escindido de la Juventud Radical y el POR, crearon el Movimiento de Fuerzas Revolucionarias. De ahí se desarrollaron varias iniciativas de

---

<sup>476</sup> Se refiere a Miguel Enríquez, dirigente del MIR.

<sup>477</sup> Vitale, *Contribución...*, *op. cit.*, pág 4.

<sup>478</sup> Entrevista a Luis Vitale, 29 de noviembre de 2008, en Dolores Mujica. *Retratos. Hombres y mujeres del trotskismo. La cara oculta de la clase trabajadora chilena*. Biblioteca de historia obrera, 2007.

<sup>479</sup> Vitale, *Contribución...*, *op.cit.*, pág 5.

unidad entre revolucionarios, las que se autodisolvieron para convocar finalmente a la creación del MIR en 1965.

Vitale fue protagonista en el Congreso fundacional del MIR. Redactó el borrador de la primera declaración de principios y fue elegido miembro del Comité Central<sup>480</sup>. En sus textos más recientes, reivindicó esta etapa fundacional de la organización, alegando su composición popular-obrera<sup>481</sup> y su vocación insurreccional, que la alejaba del foquismo. El partido tuvo como órganos de difusión y propaganda el periódico *El Rebelde* y la revista *Estrategia*. En el primer número de esta revista, Vitale escribió con seudónimo un artículo sobre la etapa actual de la revolución latinoamericana<sup>482</sup>.

Es difícil separar, en este periodo de la vida del autor, la dimensión intelectual de la dimensión política militante. Vitale actuó como intelectual en su vida política, ya que la teorización de su práctica, la reflexión en torno a la contingencia, la difusión de dicho pensamiento y la formación que hacía a sus “compañeros” le otorgaron tal categoría. En esos momentos, Vitale compartió, a propósito de la militancia, con el periodista Manuel Cabieses, fundador de la revista *Punto Final* y, con Fernando Mires, en quien reconoció “uno de los más brillantes intelectuales que ha producido el país<sup>483</sup>”.

En 1968 se trasladó a Concepción como profesor de la universidad de esa ciudad<sup>484</sup>. Para entonces ya había publicado su primer tomo de la *Interpretación marxista de la historia de Chile* y estaba preparando el segundo<sup>485</sup>. Sin duda, esta obra fue el máximo aporte de este historiador a la interpretación de la realidad nacional. Alcanzó a publicar tres tomos en Chile antes del golpe militar. Si bien el marxismo se constituyó en una teoría desde la cual se miró y analizó la realidad en su conjunto, ninguna obra de los historiadores marxistas clásicos había abarcado toda la historia de Chile como lo hizo Vitale.

En 1969, en vísperas del IV Congreso del partido, Vitale, junto a los compañeros que venían del POR, fueron expulsados del MIR. Según su

---

<sup>480</sup> Vitale, *Contribución...*, *op. cit.*

<sup>481</sup> A Vitale le interesa en sus textos, en especial, refutar las tesis que plantean la fundación del MIR por estudiantes universitarios de Concepción.

<sup>482</sup> José, “La etapa actual de la revolución latinoamericana”, *Estrategia*, N° 1, noviembre de 1965.

<sup>483</sup> Vitale, *Contribución...*, *op. cit.*

<sup>484</sup> Vitale relata cómo fue impulsado a trasladarse a Concepción por la dirigencia del MIR debido a la necesidad del partido de contar con un académico militante en la universidad, donde el movimiento estudiantil mirista tomaba fuertes bríos. En Vitale, *Contribución...*, *op. cit.*

<sup>485</sup> Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, vol. I (tomos I y II), Santiago, LOM, 2011 [1967 y 1969].

relato, los jóvenes del partido les advirtieron que el MIR se dividía. Las razones que esgrimían era la disposición de los universitarios a la insurrección armada y la negativa a participar en el proceso electoral. Para el sector trotskista, que abandonó el partido, esta postura implicaba abrazar una concepción foquista, que no tenía nada que ver con la visión revolucionaria de Vitale y sus compañeros<sup>486</sup>.

Los expulsados del MIR se constituyeron como MIR-Frente Revolucionario (FR) y, más tarde, solo como FR. Muchos pobladores y trabajadores vinculados a estos militantes se vieron excluidos del MIR “por trotskistas”, categoría que la mayoría no aceptaba y ni siquiera sabía muy bien qué significaba. En sus entrevistas y escritos, el autor dejó ver que en el MIR se manifestaban las tensiones que vivían la sociedad chilena en su conjunto y las organizaciones revolucionarias de América Latina. Por un lado, posiciones distintas frente a la vía electoral propuesta por el Frente de Acción Popular (FRAP) y, luego, por la Unidad Popular con la candidatura de Salvador Allende; y por el otro, una tensión permanente entre una vía más militarista y una línea de masas.

La posición frente a la violencia de Vitale era manifestada a través de su militancia y no por textos que la defendieran ni la justificaran. No obstante, para quienes lo convertían en referente, la figura de un intelectual militante legitimaba los proyectos estratégicos de la organización que lo acogía. Finalmente, si bien la presente investigación plantea la relación intelectual-organización revolucionaria, esta se puede invertir, lo que nos lleva a indagar en la relación que la organización tenía hacia los intelectuales. Vitale, como pensador y como militante, tuvo mucho que decir al respecto. Su máxima fue que los intelectuales tenían que ser militantes y cumplir las tareas que el partido les asignara. El MIR desarrolló una política hacia los intelectuales diferenciando entre simpatizantes, colaboradores y militantes. Sobre sus funciones, existían aquellos que, desde los espacios de propaganda de la organización, difundían la línea política acercándola a los lectores no militantes; otros, como Vitale, pensaron la política desde los mandos de la organización.

### **Espacios de difusión, redes intelectuales y circulación de ideas en la etapa fundacional**

Como señalábamos anteriormente, el periodo fundacional tuvo dos medios de comunicación: *El Rebelde* –periódico de la Vanguardia Revolucionaria Marxista que se convierte en órgano oficial del MIR y que cumple la labor de propaganda y de vínculo entre las masas y la organización– y *Estrategia*, que era una revista de debate teórico y

---

<sup>486</sup> Entrevista a Luis Vitale, 29 de noviembre de 2008, en Mujica, *op. cit.*

formación política. En la segunda podemos encontrar, de manera más evidente, el perfil intelectual de varios de los fundadores del MIR. En ella conviven artículos de análisis de la realidad política del país y de interpretación histórica con documentos de organizaciones políticas del resto de América Latina. La revista definió una línea política para el periodo, así como una apuesta estratégica para América Latina y Chile. Permitió, además, vínculos iniciales con otras experiencias revolucionarias y con otros intelectuales.

Ejemplo de ello es un artículo con el que contribuyó Aníbal Quijano, bajo el seudónimo de Silvestre Condoruna, para la edición de abril de 1966, titulado “La experiencia de la última etapa de las luchas revolucionarias en el Perú”<sup>487</sup>. Quijano establece tempranamente una relación estrecha con el MIR, primero por la cercanía que implicaba estar en proyectos similares en una época donde las fronteras en el continente se diluían, y luego por la relación directa que establece con Miguel Enríquez. Respecto a la referencia política e intelectual que Quijano significó para el MIR, Pascal Allende señala:

Una persona que se le recuerda poco, pero que tuvo un papel importante en la influencia inicial en el MIR es Aníbal Quijano del Perú y también este que hizo levantamiento campesino, de origen trotskista –no me acuerdo del nombre en estos momentos–, que también vino a Chile, toda esa experiencia de De la Puente, que Miguel la conoció a través de Cuba, son personajes que tienen para nosotros influencia<sup>488</sup>.

La influencia de Aníbal Quijano fue transversal en el tiempo, ya que formó parte del grupo de intelectuales latinoamericanos formados en las instituciones con sede en Chile. Es, por lo tanto, parte de esta generación que nació como intelectual en el Estado desarrollista, pero que rompió con esa tradición y se volvió revolucionaria. Sus estudios sobre la marginalidad estarán en una sintonía distinta a la que inspira a Vekemans y a la Democracia Cristiana, ya que lejos de promover la integración tomó como ejemplo en sus investigaciones a los campamentos miristas para resaltar su autogestión y la violencia popular<sup>489</sup>.

En el citado artículo de Quijano en *Estrategia*, el peruano analizaba la historia de su país desde mediados de los años cuarenta. En él hablaba

---

<sup>487</sup> Aníbal Quijano (Silvestre Condoruna), “La experiencia de la última etapa de las luchas revolucionarias en el Perú”, *Estrategia*, N° 3, abril de 1966.

<sup>488</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014.

<sup>489</sup> Alexis Cortés Morales, “La urbanización dependiente y el proceso de marginalización en América Latina: las contribuciones de Aníbal Quijano”, XXIX Congreso Latinoamericano de Sociología, Santiago, 29 de septiembre y 4 de octubre de 2013.

de la gran desorientación de los sectores populares luego de la derrota del levantamiento de 1948. Al no ser reconocidos en sus necesidades por el APRA, los pobres rompieron con la organización, que hizo alianza con la oligarquía. Sin embargo, ese pueblo no iba a ser capaz de dotarse de una organización de clases que condujera las transformaciones a las que aspiraba.

El texto era un extenso y pormenorizado análisis de la historia de la izquierda peruana desde la revolución aprista y estaba muy lejos de ser una simple arenga revolucionaria, ya que en él se explicaban las confluencias, divisiones y tensiones entre apristas, trotskistas y comunistas desde la gran desorientación pos 1948 hasta su superación en 1962, con la guerrilla de Hugo Blanco. Desde ahí, el sociólogo analizaba los componentes, las características y las limitaciones de los bandos guerrilleros hasta 1965. El artículo, publicado luego en el libro *Diez años de insurrección en América Latina*, cuya edición dirigió Vania Bambirra<sup>490</sup>, fue crítico con la experiencia interna de la izquierda revolucionaria. Quijano escribió:

El error no consiste en comenzar la lucha de guerrillas sino en comenzarla calculando mecánicamente la última revolución realizada, en este caso, cubana. El error no consiste en organizar la lucha armada, sino en aislarla de la lucha política más amplia, no recoger las posibilidades abiertas por los movimientos de masas en curso en cada uno de los países, particularmente en Perú, por el movimiento campesino.

El error no consiste en lanzar las guerrillas, sino en mantener el empirismo y pragmatismo exitoso en una ocasión como posibilidad permanente de la historia. El error no consiste en la lucha armada, finalmente, sino en la ausencia de una concepción política autónoma, desarrollada desde dentro de cada país, y en el mantenimiento de la dependencia político-ideológica de centros de ayuda y de poder revolucionario externos<sup>491</sup>.

Advertía sobre la necesidad de conformar ejércitos nacionales revolucionarios que se enfrentaran a la evidente intervención norteamericana que seguiría al levantamiento popular, como lo ejemplificaban los procesos de Brasil y República Dominicana. Planteaba también la necesidad de coordinación de las guerrillas latinoamericanas, pero previo a eso, advertía que era necesaria la consolidación de la lucha armada a nivel local.

Fundador de la sociología en el Perú, Quijano escribía que “la racionalidad sistemática de la totalidad de la experiencia revolucionaria de

---

<sup>490</sup> Vania Bambirra, *Diez años de insurrección en América Latina*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1971.

<sup>491</sup> Quijano (Condoruna), *op. cit.*



la última década latinoamericana, es la condición *sine qua non* a partir de la cual sea posible la progresiva elaboración de una teoría de la revolución latinoamericana, sin la cual ya no parece posible, de ninguna manera, el logro de las metas revolucionarias”<sup>492</sup>. Esta apreciación la podemos instalar en la reflexión general sobre las ciencias sociales que se daba en el continente desde hacía una década antes.

El proceso de fundación e institucionalización de las ciencias sociales durante los años cincuenta comprendió también la reflexión sobre su utilidad y Quijano participó en esas reflexiones. En el contexto de búsqueda de caminos propios para el desarrollo de América Latina, los científicos sociales se pusieron a disposición de los proyectos nacionales. De ahí que las ciencias sociales nacieran politizadas –para algunos ideologizadas– y, desde mediados de los años sesenta, la reflexión salta de la vinculación con el Estado a la revolución del pensamiento y las estructuras. Miguel Enríquez, desde 1967, año en que visita Perú, se vincula directamente con Quijano e incorpora a su acervo personal y a los diálogos intelectuales desde el MIR las lúcidas reflexiones de este.

Buscando destacar las experiencias de lucha continental, en *Estrategia* se publicaron declaraciones del Comité Central sobre algunos procesos latinoamericanos en curso<sup>493</sup>. Varios números y artículos fueron dedicados a seguir la trayectoria del proceso peruano, la guerrilla en Venezuela y los procesos de Cuba. Los documentos de organizaciones revolucionarias latinoamericanas y los discursos y declaraciones del Che se mezclaron, en la revista, con los documentos internos del MIR. A través del análisis de esas publicaciones, es posible distinguir las ideas que circulaban entre la dirigencia en los primeros años de su existencia. El último número publicado apareció antes de la muerte del Che y previo al Tercer Congreso, donde la Dirección Nacional quedó en manos de la nueva generación, lo que dio comienzo a un viraje en varias de las definiciones.

El MIR justificaba, en sus orígenes, su definición como organización revolucionaria a partir de la coyuntura interna y las características de la izquierda nacional. En ese análisis sumaba una visión histórica y un itinerario común para América Latina. A partir del aporte de los intelectuales fundadores y miembros de su primera dirección, pero también de intelectuales de otros países, se dotó de una lectura de la formación social latinoamericana y una mirada histórica de la realidad chilena, recogiendo también las discusiones dadas en el continente sobre estos puntos.

---

<sup>492</sup> *Ibid.*

<sup>493</sup> Ver cuadro al final de este apartado. Los números de *Estrategia* están disponibles en el portal en línea Memoria Chilena, de la Biblioteca Nacional de Chile.

La organización incorpora, muy tempranamente, la concepción histórica de la realidad latinoamericana proporcionada por la teoría de la dependencia. Si bien no estableció, en un primer momento, una definición específica de la formación social chilena, sí podemos encontrar unos primeros esbozos proporcionados por las lecturas de Vitale y las discusiones sobre historia de Chile que a nivel personal este desarrollaba con Miguel Enríquez y Bautista Van Schouwen. En el primer número de la revista *Estrategia*, el MIR escribía:

Todas las combinaciones políticas ha ensayado la burguesía nacional y el reformismo obrero para que el movimiento no “salte” desde la lucha nacional y democrática hacia el socialismo. Cada vez que ello ha ocurrido, inevitablemente la rueda de la historia vuelve atrás y aplasta entre sus hierros al movimiento anti-imperialista, al proletariado y hace retroceder la revolución<sup>494</sup>.

La Democracia Cristiana era, en ese proceso, la expresión de la burguesía semi-colonial en un país atrasado y deformado por el propio capitalismo, en el que se necesitaba atajar la revolución ya en curso. Más allá de la sobredimensión de las fuerzas sociales, es importante detenerse en los conceptos que se comenzaron a ocupar, ya no solo en los manifiestos políticos, sino en los textos académicos que, desde 1967 en adelante, se difundieron profusamente. Palabras como revolución, burguesía, poder popular, reemplazarán a otras como desarrollo, marginalidad y democracia en muchos de los artículos académicos y las cátedras universitarias en América Latina y Chile.

Los artículos de autoría individual son solo uno por cada intelectual fundador y se refieren evidentemente a los temas en los cuales eran expertos. Waiss escribe sobre la evolución de la izquierda en Chile y Vitale discute sobre el carácter feudal o capitalista de América Latina<sup>495</sup>. En el caso de Clotario Blest, se trata de una polémica con el ministro Thayer del gobierno de Frei Montalva a propósito del derecho a huelga y, en el de Humberto Valenzuela, un análisis sobre la participación obrera<sup>496</sup>. En los artículos publicados a nombre del Comité Central, sin embargo, está clara la pluma de quienes forman parte de la estructura.

Intentando responder una de las preguntas que dan origen a este estudio, la de por qué estos intelectuales, hombres de letras, adscriben a

---

<sup>494</sup> Enrique Sepúlveda, “Un año del gobierno demócrata-cristiano, *Estrategia*, N° 1, noviembre de 1965.

<sup>495</sup> Waiss, “La metamorfosis”, *op. cit.* Luis Vitale, “América Latina: ¿feudal o capitalista?, ¿revolución burguesa o socialista?”, *Estrategia*, N° 5, julio de 1966.

<sup>496</sup> Blest, *op. cit.* Humberto Valenzuela, “La comuna obrera y la junta de vecinos”, *Estrategia*, N° 6, septiembre de 1966.

la lucha armada en un país donde la vía institucional era exitosa y había logrado, a la fecha de la fundación del MIR, la llegada al poder de un gobierno reformista que implementaba una reforma agraria y planteaba la organización popular como parte de la superación de la marginalidad, debemos decir que esta evaluación positiva (mirando el proceso completo) del gobierno de Frei Montalva no era parte del pensamiento de los protagonistas de la izquierda de la época.

Los intelectuales y militantes de izquierda estuvieron muy lejos de valorar el triunfo de la Democracia Cristiana en 1964 como parte del proceso de acumulación de fuerzas de los revolucionarios o del triunfo de las reivindicaciones del mundo popular. Lo consideraron, más bien, como una derrota. Los argumentos de esta postura política fueron principalmente dos. Por un lado, socialistas y comunistas advirtieron sobre la campaña anticomunista desplegada por la Democracia Cristiana; por el otro, la izquierda extrainstitucional calificaba la llegada del nuevo gobierno como una derrota de la vía pacífica, el fracaso del electoralismo estéril<sup>497</sup>. Esta sanción no implicaba una crítica al uso de la institucionalidad burguesa por parte de los trabajadores, sino una crítica al electoralismo, es decir, al uso de la vía electoral como un fin en sí mismo y no al uso de esta como una forma de “propagandear” la revolución.

Respecto a los intelectuales fundadores del MIR, estos tuvieron una trayectoria crítica a las posiciones políticas de los partidos de la izquierda tradicional, fueron opositores al estalinismo del comunismo internacional y a las definiciones pragmáticas del partido socialista porque adscribían a la revolución y vivieron en carne propia la persecución, la relegación y la prisión política por defender su idea de transformación social. Fueron parte de las escisiones y confluencias de la izquierda y en el MIR vuelven a intentar la unión de los revolucionarios. En palabras de Pascal Allende:

Va a confluir en la formación del MIR una serie de experiencias previas y ese es el valor de un Clotario, de un Vitale, de un Sepúlveda, de Valenzuela, te transmiten, como diría un historiador inglés, repertorios que van haciendo suyos, repertorios que vienen de esas luchas sociales, luchas políticas anteriores, temas como la acción directa o temas como el papel de la cultura en la lucha política, eso viene desde Recabarren. Son repertorios que nosotros los asimilamos, los incorporamos, más o menos conscientemente<sup>498</sup>.

Las experiencias de las que habla Pascal Allende las podemos reconocer en las relaciones colectivas, la circulación de ideas y la recepción que va más allá del plano local.

---

<sup>497</sup> Sandoval Ambiado, *op. cit.*

<sup>498</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014.

En el caso de Clotario Blest, él fue parte del proceso de transformación de la Iglesia católica, en el que también participaron, de manera más o menos institucionalizada, quienes formarán la Falange y, posteriormente, la Democracia Cristiana. Pero Blest también convivió con sacerdotes y laicos que fundaron la Iglesia Joven, quienes hicieron una síntesis de las enseñanzas de la teología de la liberación. Clotario Blest se formó en las tensiones de la fe, pero también en el cambio en la organización sindical y la incorporación de otros sujetos al proyecto revolucionario.

En esta etapa hay una constelación de ideas provenientes del obrerismo clásico y el cristianismo que serán incorporadas por Blest y que sufrirán distinta suerte. Mientras que las ideas obreristas son superadas por una práctica política y una teorización nueva sobre el poder obrero, las ideas cristianas son enriquecidas e incorporadas, trascendiendo el periodo de fundación.

La recepción de los cambios en la Iglesia católica y la lectura latinoamericana del cristianismo y el marxismo fueron sintetizados en la creación del Movimiento Camilo Torres, en el que Clotario Blest participó y que sirvió para articular a los cristianos revolucionarios dentro y fuera del MIR. El 25 de diciembre de 1967, el Movimiento Camilo Torres, haciendo eco del pensamiento del cura colombiano, repartió, en la misa de Noche Buena, una declaración que iniciaba con una cita de la Biblia. El texto señalaba “Si alguno tiene bienes de este mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo es posible que resida en él el amor de Dios? Juan 3,17”, y a continuación citaba a Camilo Torres, señalando: “Por eso la REVOLUCIÓN no solamente es permitida sino obligatoria para los cristianos que vean en ella la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos”.

Esta declaración denunciaba la existencia de una navidad diferente para ricos y pobres y calificaba a estos últimos como “los condenados de la tierra explotados por el imperialismo internacional del dinero y muertos una y otra vez en los conflictos armados realizados en nombre de la civilización cristiana occidental”. Aludiendo al ejemplo del cura guerrillero y a las enseñanzas de los papas Juan XXIII y de Paulo VI, sus adherentes reafirmaban su compromiso “hasta las últimas consecuencias con los explotados” y la “solidaridad activa con los pueblos que luchan con las armas en la mano para liberarse de los opresores foráneos y nacionales”. Terminaban señalando que “el deber de un revolucionario es hacer la revolución y que el deber de un cristiano es ser revolucionario”<sup>499</sup>.

---

<sup>499</sup> Declaración de Navidad, Movimiento Camilo Torres, 25 de diciembre de 1967. En *Ruinas Digitales* [en línea], recuperado de <http://www.ruinasdigitales.com/cristianismoyrevolucion/cyrchiledeclaracionde navidaddelmovimient6/>

Independiente de la retórica guerrillera de Blest, su pensamiento socialcristiano evidenciaba la contradicción de quien pretendía la liberación obrera, justificaba la violencia, pero era católico. El periodo en que el sindicalista milita en el MIR es anterior a la conformación de la teología de la liberación, por lo que el acercamiento a los pobres seguía siendo una acción pastoril, de redención moral más que material.

Si Blest aporta con la discusión sobre el sujeto, el aporte de Waiss fue sobre el “instrumento orgánico” y la vía institucional para la revolución. Los estudios sobre el socialismo son emprendidos por Waiss desde su propia experiencia militante. Hay en ellos una visión de épica y una búsqueda de estrategia que se nutre no solo de la experiencia local, sino de las experiencias recogidas en Uruguay, la Unión Soviética y el peronismo argentino.

El artículo publicado por Waiss en la revista *Estrategia*, titulado “La metamorfosis”, presentaba la síntesis de su pensamiento, que en definitiva era también la de una generación, la reflexión sobre una época de escisiones y confluencias, agitación, construcción obrerista e intentos reformistas, que terminaba con el último fracaso para la izquierda, el de la vía electoral. En su síntesis de época, Waiss afirmaba:

Lo que hasta promediar el año 1960 podía considerarse como desviaciones oportunistas, se ha transformado de una manera irreversible en traición política y teórica que ha convertido, tanto al Partido Comunista como al Partido Socialista, en aprendices de régimen de la democracia burguesa. Es decir, la metamorfosis se ha consumado, y el lugar de la vieja social democracia, con su insondable abismo de corrupción y de ilusiones en las reformas concedidas por los órganos del poder burgués, ha sido ocupado en gloria y majestad por los partidos tradicionales de la clase obrera<sup>500</sup>.

La cita explicaba las razones por las que la vía electoral y los partidos de la izquierda tradicional no habían podido generar las transformaciones necesarias para la realidad chilena. Esta sanción tenía especial valor en un histórico militante de esa izquierda, implicaba una valoración de la época y una evaluación de la trayectoria, independientemente de que la cercanía de Waiss con la lucha armada haya sido tan efímera como su vínculo con Ibáñez.

El texto de Waiss era una historia crítica de los partidos Comunista y Socialista, en la que, con datos y nombres, caracterizaba la lucha de ambas organizaciones por el control de las masas, mientras que por arriba “se integraban al Estado a través de la conciliación y la renuncia a la

---

<sup>500</sup> Waiss, “La metamorfosis”, *op. cit.*

representación de los intereses de los trabajadores”<sup>501</sup>. Así las cosas, la izquierda revolucionaria nacía como contraparte del reformismo entreguista y no como copia de la experiencia cubana.

Por su parte, Luis Vitale proporcionó a la experiencia mirista una visión de la historia latinoamericana. Es decir, un relato que sustentaba el proyecto, lo instalaba como parte de una gesta histórica que se originaba en el pasado y se proyectaba hacia el futuro. Sus estudios sobre la formación social chilena, el carácter de la burguesía latinoamericana y el modo de producción lo situaron en las discusiones continentales dadas desde los años treinta a propósito de la búsqueda de una estrategia de desarrollo para el subcontinente. Este pensamiento fue profundizado y remozado al despuntar los años sesenta, con la aparición de las primeras interpretaciones desde la teoría de la dependencia.

El número 5 de la revista *Estrategia* publica un extenso artículo de Luis Vitale titulado “América Latina: ¿feudal o capitalista?, ¿revolución burguesa o socialista?” En este artículo, el historiador militante se hacía cargo de la discusión respecto de la revolución por etapas en América Latina, la conciliación de clases y el carácter de la formación social chilena y latinoamericana. Dedicado en homenaje a los argentinos Milcíades Peña y Ángel Bengochea, Vitales decía en su texto coincidir con las apreciaciones de André Gunder Frank respecto de que América Latina no poseía una formación social de carácter feudal sino capitalista<sup>502</sup>. Argumentaba caracterizando el proceso de conquista como una empresa dentro del desarrollo del capitalismo y definía a la élite criolla que materializa la independencia como “una clase que aspira a gobernarse a sí misma” y, por lo tanto, como burguesía. Este aspecto subjetivo le permitía discutir con las tesis del historiador militante comunista Hernán Ramírez Necochea, aunque coincidía con él en que la élite local no desarrolló una revolución democrática burguesa<sup>503</sup>.

Las tesis desarrolladas por Vitale no buscaban discutir con los intelectuales liberales y conservadores –aunque el texto lo hace–, sino contradecir las tesis del “reformismo” político sustentadas en aquellos análisis. Plantea entonces:

La estrategia política de los revisionistas se basa en la teoría de la revolución por etapas. Como, según ellos, América Latina ha sido dominada por la oligarquía feudal, es necesario primero hacer la revolución anti-feudal, a cuya cabeza debe ponerse la burguesía

---

<sup>501</sup> *Ibid.*

<sup>502</sup> Vitale cita el artículo de Frank, “Feudalismo no: capitalismo”, aparecido en la revista *Monthly Review* (vol. 15, N° 8) en 1963 y editado por Prensa Latinoamericana en Chile en agosto de 1964.

<sup>503</sup> Vitale, “América Latina...”, *op. cit.*

progresista [...]. La historia ha demostrado que esta burguesía es incapaz de realizar las tareas democráticas.

La táctica de la vía pacífica está determinada por la teoría de la revolución por etapas. Los revisionistas garantizan a la respetable matrona burguesa que el parto de la revolución anti-feudal será sin dolor. De lo contrario, no se concibe como esta señora entraría a un frente en el que actuaran desorbitados partidarios de la vía violenta; esos guerrilleros que sin respetar las buenas maneras y los pactos de caballeros pueden saltarse las etapas convenidas expropiando no solo al imperialismo y a la “oligarquía feudal” sino también a sus propios patrones criollos: los industriales progresistas.

La nueva generación latinoamericana [...] sabe que hay un solo camino para derrotar a los enemigos seculares del atraso continental: *la insurrección popular armada para implantar el socialismo*<sup>504</sup>.

Los análisis de Vitale se afirmaban en investigaciones y apreciaciones realizadas por latinoamericanos y latinoamericanistas como Silvio Zabala, Nahuel Moreno, Marcelo Segal y Sergio Bagú, aparte de los ya mencionados Peña y Frank. Podemos reconocer, así, un núcleo de pensamiento que estaba reinterpretaba la historia latinoamericana y que serviría de sustento para las tesis políticas que se levantaban en el periodo.

Desde los años treinta, cuando los sujetos analizados inician su actividad política, hasta 1965, año de fundación del MIR, ocurre una serie de transformaciones. Estas permiten que las ideas y las concepciones sobre la revolución también cambien. En esos años, se conforma un nuevo “sujeto revolucionario”: el pueblo; el Estado desarrollista se define, se instala y fracasa; los cubanos hacen su revolución, y el Concilio Vaticano II abre la puerta a un nuevo cristianismo. La estrategia definida en los inicios del MIR es la heredada del sindicalismo clásico y de la concepción de la revolución tradicional. Esta interpretación de la realidad es nutrida con las nuevas experiencias latinoamericanas, pero sin lograr modificarlas ni actualizarlas, están más bien sobrepuestas. La experiencia de los fundadores es valiosa, pero demasiado anclada a las concepciones tradicionales para permitirles dar el salto a las nuevas visiones y dialogar con ellas sin quiebres. Los “viejos” no duraron mucho en el MIR.

Para Eduardo Devés, la discusión sobre el modo de producción latinoamericano se originó en las ciencias económico-sociales ocupadas principalmente para la explicación del proceso de transición de un modo de producción a otro y desde ahí “salió centrifugada para ir a clavarse en la historiografía clavando también en la filosofía y en los estudios sobre

---

<sup>504</sup> El subrayado es del original. Vitale, *ibid.*

la cultura”<sup>505</sup>. Es así, entonces, cómo las preocupaciones de economistas y sociólogos latinoamericanos por caracterizar el momento histórico para diseñar políticas de intervención terminaron impactando en las interpretaciones del pasado y sustentando proyectos de futuro.

<b>REVISTA ESTRATEGIA</b>	<b>INDICE</b>		
<b>AUTOR</b>	<b>TÍTULO</b>	Núm	AÑO
<b>Enrique Sepúlveda</b>	Un año de gobierno demócrata-cristiano	1	1965
<b>Gabriel</b>	Las elecciones universitarias	1	1965
<b>José</b>	La etapa actual de la revolución latinoamericana	1	1965
<b>Óscar Weiss</b>	La metamorfosis	1	1965
<b>sin autor</b>	Una discusión sobre el arte revolucionario	1	1965
<b>MIR peruano</b>	Nuestro jefe ha caído, pero el MIR continuará su lucha	1	1965
<b>Comité Central MIR chileno</b>	La reforma agraria y la revolución socialista	2	1966
<b>Comité Central MIR chileno</b>	La creciente ofensiva del imperialismo norteamericano	2	ene-66
<b>Comité Central MIR</b>	Espartaco y la unidad de la izquierda revolucionaria	2	1966

---

<sup>505</sup> Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, Santiago, Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.



<b>Silvestre Condoruna</b>	Las experiencias de la última etapa de las luchas revolucionarias en el Perú	3	abr-66
<b>Comité Central del MIR</b>	Cuba, La Tricontinental y la revolución latinoamericana	4	jun-66
<b>Luis Vitale</b>	América Latina: ¿feudal o capitalista? ¿Revolución burguesa o socialista	5	jul-66
<b>Clotario Blest</b>	El ministro Thayer contra el abogado Thayer		
<b>Ernesto Guevara</b>	El socialismo y el hombre	6	sep-66
<b>Ramón Collar</b>	Dos problemas básicos en la revolución latinoamericana	6	
<b>Humberto Valenzuela</b>	La comuna obrera y las juntas de vecinos	6	
<b>MIR</b>	Combatiremos al imperialismo en cualquier lugar del mundo	7	ene-67
<b>MIR (tesis del Congreso II del 66)</b>	De la crisis de la revolución en libertad surgirá la revolución socialista	7	67
<b>Comité Central MIR</b>	Declaración del MIR sobre la organización de OLAS en Chile	7	67
<b>sin autor</b>	La revolución colonial	7	67
<b>Illarec Chaska (Perú)</b>	Resumen asamblea, ampliado con dirigentes regionales	8	abr-67
<b>Fuerzas Armadas de Liberación</b>	Venezuela: el paso de la guerra corta a la guerra larga	8	67

<b>Vanguardia Revolucionaria (Perú)</b>	Las fuerzas motrices de la revolución peruana	8	67
<b>MIR Venezuela</b>	La resistencia armada se recuperará	8	67
<b>MIR Chile</b>	La Democracia Cristiana burguesa y reaccionaria	8	67
<b>MIR Secretariado Político</b>	Apoyo del MIR de Chile a la carta del Che Guevara	9	jul-67
<b>Ernesto Guevara</b>	Mensaje a los pueblos del mundo	9	67
	La política obrera en Brasil. Las tesis del reformismo	9	67

### **El ascenso de los nuevos intelectuales, 1967-1969**

Desde 1967 la conducción quedó en manos de los jóvenes que, habiendo participado del proceso fundacional del MIR, destacaban por su importante formación teórica. Este grupo era diverso en términos ideológicos, pero compartía el sentido político de una generación. Podemos hablar de un salto, ya que este grupo superaba la discusión clásica de la política de la izquierda chilena y se instalaba de lleno en la discusión sobre cómo llevar a cabo la revolución. Dentro de estos jóvenes estaban los hermanos Enríquez: Marco Antonio, Edgardo y Miguel; Bautista Van Schouwen y Luciano Cruz. Otros se incorporaron a la militancia en este periodo, decepcionados por las políticas del gobierno de Frei Montalva, pesimistas ante la posibilidad de llegar al poder a través de los votos y alentados por los avances de los procesos revolucionarios en el Cono Sur y el comienzo de la represión en países como Argentina y Brasil.

Este ciclo de la historia fundacional del MIR se abrió con el desarrollo del Tercer Congreso, en el que triunfó la posición de los integrantes más jóvenes que planteaban el inicio de la lucha armada a través de la realización de acciones directas. La posición mesurada de los viejos conductores fue leída como una renuncia a la revolución. Según los

jóvenes, las condiciones para el salto revolucionario se generaban en la lucha misma, por lo que no había que esperar.

Las acciones que se desarrollaron en el periodo fueron, más que de combate abierto, de financiamiento, de propaganda y de sabotaje, y se potenciaban y sustentaban en el rápido crecimiento orgánico y la expansiva inserción social. El MIR no solo crecía en número de militantes, sino también en influencia, en impacto político y en conducción de la organización social. De ello dio cuenta la formación de los frentes de trabajadores, pobladores y estudiantes. En términos orgánicos se crearon los grupos políticos militares (GPM), con los que se dio forma a una organización celular de estructura vertical, que concebía la lucha revolucionaria de forma integral asignando a cada célula tareas de formación política, propaganda y agitación, inserción en las masas y preparación militar.

El grupo que asumió la conducción del MIR desde 1967 era muy joven, sin trayectoria intelectual previa, por lo que se vuelven intelectuales en el proceso mismo de militancia. Pertenecían, eso sí, en su mayoría, a la elite política, económica e intelectual del país y, como tal, habían recibido una educación formal e informal sofisticada. Las discusiones sobre política, historia y cultura no les eran ajenas.

Consideramos, entonces, que el MIR fue atractivo para algunos intelectuales clásicos en su etapa fundacional, pero que estos desistieron del rumbo que tomó la organización. Ello llevó a que la organización formara a sus propios intelectuales, jóvenes que si bien no cumplían la función social de intelectuales (no eran escritores, científicos sociales o académicos), se constituyeron en tales al pensar la política y teorizar la práctica –tal como Guevara lo hizo en Cuba–, construyendo un cuerpo teórico para la revolución chilena. A este grupo de militantes intelectuales formados al calor de la construcción revolucionaria se sumaron algunos intelectuales clásicos provenientes de distintas experiencias nacionales y revolucionarias de América Latina.

### **Los militantes intelectuales del MIR**

Atendiendo a la máxima de Gramsci de que “todos los hombres son intelectuales pero no todos ocupan la función social de intelectuales”, reconocemos en el MIR a Miguel Enríquez y Bautista Van Schouwen como sujetos que, sin ocupar la función social de intelectual, actuaron como tales en el proceso de militancia y en relación con el proceso chileno. En ese sentido es posible compararlos con Ernesto Che Guevara y Carlos Marighella. Su aporte, al igual que el de estos, fue la definición de una estrategia para el periodo.

Respecto de las ideas sobre estrategia político-militar, Eduardo Devés señala que estas estuvieron íntimamente vinculadas a la idea de liberación como centro de la sensibilidad sesentista. Así, el modelo para la elaboración de las teorías sobre la estrategia estaba dado por la lectura del marxismo hecho en Cuba<sup>506</sup>. Ello significaba la creación de nuevas interpretaciones y la definición de formas locales de hacer la revolución: la matriz era la inexistencia de matrices, la ruptura de las lecturas dogmáticas. Así lo expresaron las experiencias de Castro y Guevara en Cuba, de los Tupamaros en Uruguay o los escritos de Marighella en Brasil. En esta línea se enmarcaron las propuestas estratégicas de Enríquez y Van Schouwen, incluso podemos encontrar diferencias entre las visiones de ambos<sup>507</sup>.

Miguel y Bautista pertenecieron al círculo de formación intelectual de los años cincuenta y sesenta. A la dupla podemos sumar la personalidad y el liderazgo de Luciano Cruz. Sus fuentes de formación fueron el Liceo N°1 de Hombres de Concepción, el Partido Socialista en el caso de Miguel y Bautista y el Partido Comunista en el de Luciano, para finalmente confluir los tres en la Universidad de Concepción. Participaron en las movilizaciones estudiantiles del periodo y vivieron su primera experiencia de creación política en la Vanguardia Marxista Revolucionaria, organización que formaron luego de salir o ser expulsados de sus partidos de origen.

La discusión acerca de la estrategia, el impacto de la Revolución cubana, la crítica al electoralismo del Partido Socialista y la derrota en la elección de 1964 fueron los temas a debatir por esta nueva organización y a partir de los cuales surgieron sus primeros escritos políticos. En 1964, la Vanguardia Revolucionaria Marxista publicó un documento, en el que, identificándose como militantes de la Juventud y el Partido Socialista, sus integrantes criticaban las definiciones del XX Congreso de esta entidad por mantener las posturas de alianza de clases y electoralismo y plantearon la tesis de crear una “organización armada de las masas para enfrentar la contrarrevolución gorila con algo más que declaraciones, votos de protesta o discursos parlamentarios”<sup>508</sup>.

La crítica se fundamentaba no solo en el revisionismo interno del partido, sino que, también, en los sucesos latinoamericanos que, a juicio de los firmantes, mostraban que el camino era otro. Cuba mostraba un ejemplo de triunfo. En Brasil, en cambio, se había cometido “el mismo trágico error que ha costado a los trabajadores [...] una sangrienta represión sin respuestas, al verse desarmados frente a las hordas gorilas y

---

<sup>506</sup> Devés Valdés, *op. cit.*

<sup>507</sup> Hernández Vásquez, *op. cit.*

<sup>508</sup> “Vanguardia Revolucionaria del Pueblo. ¡Insurrección socialista!”, 1964, disponible en la Biblioteca del Congreso Nacional.

fascistas dirigidas por Lacerda y los generales reaccionarios”<sup>509</sup>. Firmaban el documento Enríquez, Van Schouwen, Andrés Pascal Allende y Marcello Ferrada de Noli. Este último firma como director del Instituto Chileno-Cubano de Cultura en Concepción.

José Carrasco, a propósito de la muerte de Luciano Cruz, escribió en *Punto Final* que “el proceso de consolidación política iniciado en el año 60 como estudiante secundario, llegaba a su maduración en 1965, convirtiendo a Luciano Cruz en un líder indiscutido en toda la provincia de Concepción con proyecciones nacionales”<sup>510</sup>. Esta misma consolidación y proyección la podemos extender al resto del grupo; mientras Luciano Cruz se convirtió en un líder de masas, Enríquez y Van Schouwen se definieron como ideólogos desplazando a los viejos intelectuales y enriqueciendo –aunque no desestimando– las definiciones fundantes del MIR.

Para Gabriel Salazar, la generación intelectual a la que pertenecían Vitale, Waiss y Blest no era dueña de una brillantez comparable con la de otros países de la región. En Chile, la generación capaz de romper con el pasado fue la del 68. Para el historiador:

... la generación del '38, que fue la que gobernó en Chile durante el gigantismo fordista, despertó sucesivamente grandes expectativas y grandes desilusiones. Quien creció zamarreada por los procesos galopantes de inflación y deflación, expectativa y desilusión, fue la generación juvenil del '68. Pues, tras la gran esperanza de 1938 (Frente Popular, CORFO, industria, Pedro Aguirre Cerda) vivió la desilusión política de 1941, la económica de 1943, la moral de 1946 (masacre de la Plaza Bulnes) y la deslealtad de 1948 (González Videla, Ley Maldita). Tras la gran esperanza de 1952 (Carlos Ibáñez y su escoba barredora de escaladores y fracasados), vivió la desilusión económica de 1955, la rabia de 1957 (saqueo de Santiago y masacre del 2 y 3 de abril) y el desconcierto por la elección presidencial de 1958 (cura de Catapilco, estrecha derrota de Salvador Allende). Tras el efímero sol que iluminó Chile en 1964 y 1965, vivió la desilusión final de 1967-1968, etc. La vivencia encadenada de ilusiones y desilusiones terminó siendo un aprendizaje de cómo no había que hacer las cosas. De cómo podía salvarse el abismo que mediaba entre los “grandes” proyectos y los “pobres” resultados [...]. Como sujeto y revolucionario, había, pues, que agigantarse. Era el sino de los tiempos<sup>511</sup>.

---

<sup>509</sup> *Ibid.*

<sup>510</sup> José Carrasco, “Luciano Cruz: su vida y su ejemplo”, *Punto Final*, Suplemento, N° 138, martes 31 de agosto de 1971.

<sup>511</sup> Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile. V. Niñez y juventud*, LOM, Santiago, 2002, pág. 131.

Enríquez y Van Schouwen compartieron experiencias de origen con un grupo de jóvenes que se convirtieron en críticos y, posteriormente, en ideólogos de las nuevas organizaciones políticas fundadas a la luz de los importantes cambios que se producían en la época. Algunos militaron en el MIR, otros en el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y parte de ellos en la Izquierda Cristiana, por nombrar las organizaciones más representativas. El desafío de la época era superar la inmanencia de la filosofía y construir desde las necesidades concretas una teoría política, una nueva visión de mundo. Los nuevos partidos buscaban reconstruir el vínculo con el pueblo y en el MIR estimaban que este era la lucha revolucionaria que se construía desde la acción misma.

De esa manera, esta nueva filosofía se “depuraba de los elementos intelectualistas de naturaleza individual y se hace vida”<sup>512</sup>. Como toda filosofía de la práctica, el pensamiento de estos líderes “se presenta en un principio como polémica y crítica, como superación del anterior modo de pensar”<sup>513</sup>. De ahí que Enríquez, en el documento titulado “Algunos antecedentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria”, calificara al periodo 1965-1967 como de predominio “del más puro ideologismo”<sup>514</sup>, donde, pese a las declaraciones, no había una voluntad por desarrollar la lucha armada. La nueva conducción a su mando dispuso de las condiciones para asumir la lucha armada que se materializaría en 1969.

Calificar a Enríquez y Van Schouwen como intelectuales nos obliga a tensionar la categoría debido a que no son hombres de letras sino más bien sujetos de acción. Sus aportes fueron la sistematización de la práctica y tuvieron las contradicciones de la construcción misma. Eso implicó el uso a veces liviano o poco riguroso de categorías, o de aplicación de conceptos sin definir, que solo se pueden entender a la luz de la trayectoria de los textos y no en un texto en sí mismo. Por otro lado, es necesario plantear que cuando hablamos de intelectuales estamos hablando de una elite, de sujetos que se mueven en un plano más sofisticado que el del sentido común (entendido como el conocimiento vulgar). Con este término nos referimos también a aquellos que, siendo producto de una ideología (entendida como el conjunto de sentidos de

---

<sup>512</sup> Antonio Gramsci, “Relaciones entre ciencia-religión-sentido común, en *Antología*, Manuel Sacristán (comp. y notas), 16ª reimp., México, Siglo XXI, 2013, pág. 369.

<sup>513</sup> *Ibid.*, pág. 371.

<sup>514</sup> Miguel Enríquez, “Algunos antecedentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria”, marzo de 1971. Archivo Chile, Documentación de Historia Político Social y del Movimiento Popular Contemporáneo de Chile y América Latina [en línea], Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), recuperado de [http://www.archivochile.com/Archivo\\_Mir/Doc\\_Agosto\\_65\\_a\\_67/miragosto\\_65a670003.pdf](http://www.archivochile.com/Archivo_Mir/Doc_Agosto_65_a_67/miragosto_65a670003.pdf).

una sociedad), son capaces de reflexionar sobre ella y generar una ruptura teórica. Estas cualidades los transforman en intelectuales. Si los científicos sociales profesionales generan abstracciones de la realidad a partir de la observación, estos pensadores sociales generaron abstracciones y generalizaciones desde la práctica, definiendo la política y creando, de esa manera, el vínculo que Gramsci describió entre los sencillos y los intelectuales.

En síntesis, la definición de estos militantes como intelectuales está propiciada por varios factores. El primero era su pertenencia a una elite económica y cultural que les permitió participar tempranamente de un contacto enriquecedor con la cultura, así como de discusiones políticas y de temas de actualidad. A eso se suma su privilegiada educación formal desde la secundaria en un liceo tradicional de Concepción y su ingreso a la universidad de la misma ciudad. Por otro lado, la izquierda tiene una tradición ilustrada e iluminista, lo que ha generado, desde siempre, la conformación de círculos de militantes estudiosos de la obra de los ideólogos del marxismo. Tempranamente, Miguel y Bautista habían leído y discutido las obras de Marx, Lenin, Rosa Luxemburgo y Trotsky, entre otros.

La militancia en los espacios de elite del MIR y su propia vinculación al mundo intelectual les permitieron el acercamiento a sociólogos, economistas, periodistas, escritores y artistas con los que discutieron y ampliaron sus concepciones teóricas. Al momento de esos contactos, la formación de origen de ambos líderes fue de mucha importancia para recepcionar de manera creativa los postulados críticos de los intelectuales latinoamericanos y latinoamericanistas. La afirmación central es que no cualquier militante podría haberse nutrido de la teoría del marxismo latinoamericano generando síntesis y creando concepciones políticas originales; hay una base sobre la cual estas discusiones actuaron que no era solo la práctica política, sino también el capital cultural, la base intelectual de ambos líderes.

### ***Miguel Enríquez***

Al momento de la fundación del MIR, Miguel Enríquez tenía 21 años y era parte de una familia de elite profesional y política de Concepción. Se había destacado desde pequeño por su desenfado, crítica y muy temprana afición a la lectura<sup>515</sup>. El primer referente intelectual de Miguel fue su hermano Marco Antonio, que era estudiante universitario

---

<sup>515</sup> Mario Amorós, *Miguel Enríquez: un nombre en las estrellas. Biografía de un revolucionario*, Santiago, Ediciones B, 2014. Ver también Vitale, *Contribución...*, *op. cit.*

cuando Miguel Enríquez daba sus primeros pasos adolescentes en la política. Marco Antonio fue más tarde profesor de historia, simpatizante trotskista y militante de la Vanguardia Revolucionaria Marxista junto con Miguel y Bautista.

Los trotskos destacaron por su afición a la teoría, por sus lecturas históricas y por su afán interpretativo del marxismo. Concebían la militancia desde espacios de estudio y análisis intelectual. A diferencia de otros partidos o grupos políticos, los trotskistas sobresalían por su ideologismo, que atravesaba toda la militancia orientándose hacia la construcción de cuadros, entendiéndose por esto a un experto conocedor del marxismo. Entre los trotskistas no había una división entre quienes pensaban y quienes hacían, todos pensaban. Esa vinculación política de Marco Antonio, unida a su formación en historia, lo constituyó como un primer ideólogo para Miguel y el grupo de jóvenes que compartió con él.

En concordancia con esto, Mario Amorós destaca los factores que influyeron en la formación de la conciencia política revolucionaria de Miguel Enríquez. Estos serían: “la sensibilidad heredada de los valores humanistas de sus padres”, su fascinación por la historia y su condición de autodidacta, que lo acercó a una diversidad de literatura que abarcaba no solo el marxismo, y su relación con su hermano Marco Antonio<sup>516</sup>. Sobre este lazo, Marco Antonio, en entrevista con *El Clarín* en 2003, destacó los elementos de confluencia, pero también de tensión. Él no se reconoce como “el ideólogo del MIR”, pero señala, en cambio: “lo que pasa es que a veces le ayudaba [a Miguel] a hacer sus discursos. Le decía cuando estaba hablando huevadas. Una vez *La Tercera* publicó ‘sinistro personaje desde las sombras teleguía a sus dos hermanos’, tratando de decir que Edgardo y Miguel eran mis títeres. Pero no fue así”<sup>517</sup>.

El peso intelectual de Marco Antonio no estuvo presente solo en la etapa de formación de Miguel, sino que fue importante en la militancia mirista hasta 1972, en que –según su testimonio– fue expulsado de la organización por el propio Miguel. Esto nos permite entender algunas de sus afirmaciones sobre la personalidad de su hermano: “era brillante, pero muy déspota y explotador. En abril del 66, tenía 30 horas de clase en un liceo y le dije a Miguel que necesitaba tiempo. Me respondió ‘estás desertando’. [...] En 1967 Miguel se toma el poder del MIR y expulsa a los viejos Enrique Sepúlveda y al sordo Valenzuela y ahí comienza la pendiente insurreccional del MIR”<sup>518</sup>.

---

<sup>516</sup> Amorós, *op. cit.*, pág. 39-41.

<sup>517</sup> Boris Bezama, “Entrevista póstuma a Marco Antonio Enríquez. Un fantasma de la izquierda”, *Rebelión* [en línea], octubre de 2005. La entrevista fue hecha en 2003. Recuperado de <https://rebelion.org/un-fantasma-de-la-izquierda-chilena/>

<sup>518</sup> *Ibid.*



El mayor de los Enríquez volvió a Chile luego de realizar un doctorado en Francia y se integró como docente a la Universidad de Concepción. Desde ahí realizó tareas de formación política para la militancia. Mario Garcés recuerda la figura de Marco Antonio Enríquez como académico en la Universidad:

... él hacía, yo no sé si era Introducción a la Sociología, pero a partir del principio de que no se podía aprender sociología si no se sabía historia. Entonces el curso de Marco Antonio era un curso de historia de las revoluciones burguesas, de la Revolución inglesa y la Revolución francesa, y era un curso exigente. Como te digo, un curso muy respetado, todo el mundo debía pasar ese curso, algunos reprobaban; era un curso duro para los que estaban en primer año de sociología<sup>519</sup>.

En 1972, en el contexto de la elección de rector en la Universidad de Concepción, los hermanos se enfrentaron. Miguel expulsó a Marco Antonio del MIR, acusándolo de “burgués hipercrítico”. Miguel apostaba por la radicalización, que en la coyuntura universitaria significaba la división de la izquierda frente a los candidatos a rector. Marco se opuso y eso desencadenó su expulsión<sup>520</sup>. Como intelectual y como político, Miguel se desprendió de su hermano, así como se había desprendido antes de los orígenes trotskistas del MIR.

La pasión de Miguel Enríquez por la historia es recordada por Luis Vitale, quien señaló que era un interés compartido por la familia: “Los Enríquez eran todos carrerinos<sup>521</sup>, aunque el Bauchi era menos fanático, pues trataba de entender las limitaciones de ambos [Carrera y O’Higgins], que, condicionados por su clase, estaban imposibilitados de tirarse contra los terratenientes y hacer reforma agraria. Calmados los ánimos de los Enríquez, que seguían lanzando dardos contra O’Higgins, se pasó a otro tema: las guerrillas de Lautaro<sup>522</sup>”.

Este interés de Miguel por la historia confluyó con la teoría de la dependencia, la cual instaló una reinterpretación del pasado latinoamericano que permitió volver a preguntarse, en lo local, por los procesos del siglo XIX, por la excepcionalidad histórica chilena. En clave histórica, se hablaba de la necesidad de una segunda independencia<sup>523</sup>. Enríquez era parte de la generación que intentó reinterpretar la historia

---

<sup>519</sup> Entrevista a Mario Garcés, enero de 2014.

<sup>520</sup> Bezama, *op. cit.*

<sup>521</sup> Se refiere a la admiración por José Miguel Carrera y los abanderamientos que genera el proceso de independencia de Chile entre carrerinos y o’higginistas.

<sup>522</sup> Vitale, *Contribución...*, *op. cit.*

<sup>523</sup> Javier Pinedo, “El concepto de Segunda Independencia en la historia de las ideas en América Latina: una mirada desde el Bicentenario”, *Atenea*, N° 502, Concepción, 2010.

cuestionando, por ejemplo, la excepcionalidad chilena que hacía inviable el camino revolucionario<sup>524</sup>.

La condición de autodidacta de Miguel y su afición por lecturas diversas le permitió diferenciarse de los lectores y reproductores de un marxismo ortodoxo o de manual. A diferencia de aquellos que aprendieron en los Cuadernos de Educación Popular<sup>525</sup>, Enríquez leyó a Marx, Lenin, Trotsky, Luxemburgo, Sartre, Sorel, André Malraux, Víctor Hugo, Cortázar<sup>526</sup>, desde una sensibilidad y una sofisticación intelectual que le permitió dialogar más tarde con los más importantes intelectuales del continente.

Finalmente, la base de la formación ética de Enríquez estuvo marcada por la sensibilidad de su padre: ¿cómo entender esa adscripción a la lucha de los pobres de un sujeto perteneciente a otra clase? Löwy profundiza en la máxima marxista que plantea que un sector de la clase dominante se pasará a la clase revolucionaria en el momento en que el pueblo haya tomado su decisión<sup>527</sup> y, analizando el caso de Lukács, recorre la trayectoria de este intelectual pequeñoburgués para explicar cómo la biografía del sujeto se van entrecruzando y tomando forma a la luz de las condiciones de su época<sup>528</sup>. En Chile, el desarrollo en los sectores profesionales de un humanismo cristiano se fue complejizando con las ideas de izquierda y transitando hacia un humanismo marxista<sup>529</sup>. El avance de esta corriente política y la impronta revolucionaria de Cuba tensionaron a los sujetos hacia el compromiso político concreto. Por otro lado, la hegemonía del pensamiento de izquierda copó a los sectores intelectuales. Todos estos elementos nos ayudan a comprender la relación entre un hijo de la burguesía con la revolución popular.

El testimonio de Fernando Martínez Heredia, director de la revista *Pensamiento Crítico* en La Habana, permite hacernos una idea de los vínculos intelectuales que Miguel consolidó. El primer encuentro entre Martínez Heredia y Enríquez se desarrolló en Santiago. Manuel Cabieses

---

<sup>524</sup> Fernando Martínez Heredia, *Si breve...*, La Habana, Letras Cubanas, 2010.

<sup>525</sup> Los Cuadernos de Educación Popular fue una colección de la Editora Nacional Quimantú, dirigida por Marta Harnecker y Gabriela Uribe, que publicó libros dirigidos a entregar elementos de educación política a las clases populares durante el gobierno de la Unidad Popular.

<sup>526</sup> Carmen Castillo, *Calle Santa Fe*, documental, Les Films d'Ici, 2007.

<sup>527</sup> Carlos Marx y Federico Engels, *Manifiesto comunista*, Santiago, LOM, 2012 [1848].

<sup>528</sup> Michael Löwy, *Para una sociología de los intelectuales (la evolución política de Lukács 1909-1929)*, Siglo XXI, México, 1978.

<sup>529</sup> Carla Rivera, "Pensar las comunicaciones en un horizonte signado por la revolución. CEREN y el matrimonio Mattelart", IV Jornada de las Izquierdas, Santiago, agosto de 2014.

los presentó y Miguel le explicó lo que era el MIR: “fue muy honesto y no exageró nada, lo que hubiera sido comprensible y era más bien lo usual”<sup>530</sup>. La figura de Enríquez impresionó al cubano más que cualquier otra, aunque en dicha visita se había entrevistado también con Salvador Allende y Luis Corvalán, entre otros. Recuerda que Miguel le habló “de la necesidad de la acción, de ayudar al Che en Bolivia, de que aunque su organización no fuera todavía gran cosa y la cuestión aún no se entendiera, había que impulsar la lucha armada en Chile”<sup>531</sup>.

El segundo encuentro fue en 1967, cuando Miguel Enríquez viajó como dirigente mirista a Cuba. Ahí recibió instrucción militar y se entrevistó oficialmente con las autoridades revolucionarias de la isla, en especial con Manuel “Barbarroja” Piñeiro<sup>532</sup>. De ese segundo viaje Martínez recuerda:

Miguel me habló del libro *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, de André Gunder Frank, [...] compartía la tesis del autor pero tenía algunas opiniones críticas. [...] más tarde me mandó a pedir el *Tratado de economía marxista* de Ernest Mandel. [...] Creo que Miguel fue uno de los intelectuales más capaces y más brillantes entre los revolucionarios latinoamericanos de aquella época, a la vez que era el joven distinguido que llevaba una pistola disimulada en el bolso de compras, esa reunión tan difícil en una misma persona, el hombre de pensamiento y el hombre de acción<sup>533</sup>.

A los elementos anteriores debemos agregar la importancia de las redes. Como señalábamos más arriba, la pertenencia de Miguel a la elite intelectual y política de Concepción le proporcionó tempranamente un acceso a círculos intelectuales difícil de conseguir para un “hijo del pueblo”. En esos espacios se formó la primera conciencia crítica del líder, misma que más tarde se amplió con nuevos contactos y redes. En su época universitaria, comenzó a generar sus propios vínculos a partir de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica, sin duda un espacio propicio para relacionarse con la intelectualidad en formación y con una elite política joven. Allí confluyeron Rodrigo Rojas (el hijo del poeta Gonzalo Rojas), Marcello Ferrada de Noli (a quien ya había conocido en el liceo), Luciano Cruz y Beatriz Allende. En 1963, a través de su hermano Edgardo, conoció a Andrés Pascal Allende<sup>534</sup>.

---

<sup>530</sup> Martínez Heredia, *op. cit.*, pág. 24-25.

<sup>531</sup> *Ibid.*

<sup>532</sup> Daniel Avendaño y Mauricio Palma, *El rebelde de la burguesía. La historia de Miguel Enríquez*, Santiago, CESOC, 2001, pág. 65.

<sup>533</sup> Martínez Heredia, *ibid.*

<sup>534</sup> Amorós, *op. cit.*

Los elementos antes descritos nos permiten reconocer que en el ser intelectual de Miguel Enríquez hay una serie de elementos que se congregaron y lo definieron como tal: sus condiciones, sus redes y el contexto permitieron que desde el MIR construyera un cuerpo teórico para la revolución chilena<sup>535</sup>. De este cuerpo teórico identificaremos algunos textos que nos permiten seguir la trayectoria de la producción política intelectual de Miguel.

Para Martín Hernández, los aportes de Enríquez pueden sintetizarse en cinco puntos:

(1) una concepción del capitalismo dependiente chileno y latinoamericano, de la cual se desprende (2) la postulación del carácter proletario de la revolución, carácter que exige que se plantee como problema central el problema del poder y, por tanto, (3) una concepción estratégica de lucha por el poder proletario, lucha para la cual se requiere (4) la construcción de un partido revolucionario del proletariado de carácter político-militar, capaz de (5) ponerse a la cabeza de las luchas concretas de las masas en que se va formando la fuerza social revolucionaria<sup>536</sup>.

La producción intelectual de Enríquez comenzó antes de su militancia en el MIR. De esa etapa destacan algunos artículos aparecidos en la revista *Revolución*, editada en Concepción; otros en el órgano de la Vanguardia Marxista Revolucionaria y en *El Rebelde*, antes de ser el medio oficial del MIR. En 1966, Miguel presentó un texto escrito en el Congreso de la Federación de Estudiantes de Concepción (FEC), mismo que, según Vitale, sería ocupado un año después en el proceso de reforma

---

<sup>535</sup> Un análisis sobre los orígenes sociales de la dirigencia mirista está presente en todos los textos que han indagado en la historia del MIR, también en las obras más recientes de Palieraki, *op. cit.*, y Amorós, *op. cit.* Palieraki atribuye el éxito político de la joven generación a sus redes y origen. Esta afirmación resulta cuestionable en cuanto que el éxito político de una organización se debe, según nuestro parecer, a las condiciones de recepción del proyecto y no solo a la habilidad de sus líderes. La autora explica también el triunfo de los dirigentes en la Universidad de Concepción por las mismas razones. Esto es difícil de sostener, ya que la condición mayoritaria de los estudiantes de la Universidad de Concepción era la misma de Miguel y Bautista, sobre todo en Medicina, donde solo estudiaba la élite. En todo caso, es necesario señalar que en el presente estudio la condición de élite es consustancial a la categoría de intelectual y, por lo tanto, no cabe la contradicción en los términos.

<sup>536</sup> Martín Hernández Vásquez, “Las concepciones teóricas fundamentales de Miguel Enríquez”, en Pedro Naranjo (coord.), *Miguel Enríquez: Páginas de historia y lucha*, Estocolmo, Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), 1999. Disponible en Archivo Chile [en línea], CEME; recuperado de <http://www.archivochile.com/entrada.html>.

universitaria iniciado en Chile<sup>537</sup>. Según Mario Garcés, en este documento Miguel hizo gala del manejo de una gran cantidad de autores que no eran parte del marxismo clásico. En ello se adivinaba la influencia de su hermano Marco Antonio<sup>538</sup>.

Para nuestro análisis agruparemos los aportes de Miguel Enríquez en el MIR teniendo en cuenta: escritos sobre estrategia, definiciones y análisis sobre poder popular, concepciones históricas y análisis coyunturales. A partir de estas temáticas reconoceremos los aportes originales y las principales categorías en la retórica revolucionaria de Enríquez.

### *Escritos sobre estrategia*

La estrategia definida por el MIR en 1965 fue la insurrección popular a partir de una guerra popular y prolongada que generaría las bases para dicha acción del pueblo. Esta definición fue redactada por Miguel Enríquez con la colaboración de Bautista Van Schouwen y Marcello Ferrada de Noli. Más tarde, la estrategia se fue perfilando con más detalles, pero también sufrió transformaciones en relación con la coyuntura, la conducción política de cada periodo y la incorporación de elementos teóricos más sofisticados. Así, la adhesión a la lucha armada en el MIR se nutrió de definiciones tácticas.

Ejemplo de ello fue el documento titulado “Programa del MIR”, redactado en 1965<sup>539</sup>. En este se señalaba que la revolución se hacía desarrollando al mismo tiempo las tareas de reforma agraria, antiimperialistas e implementación de medidas socialistas. Esta definición planteaba la superación de la estrategia de revolución por etapas y del gradualismo. En el mismo documento se trazaba el reemplazo del aparato del Estado burgués por la organización popular, desestimando de esta manera la posibilidad de que el desarrollo pudiera ser llevado a cabo por la democracia representativa o el Estado capitalista.

Pese a que la estrategia considerada era la lucha armada, Miguel advertía que el uso de la violencia por parte de la organización tenía un carácter político. En ese sentido, y pese a que no condenaba el uso del terrorismo, manifestaba la inconveniencia de su uso para Chile debido a las características propias del proceso<sup>540</sup>. La discusión sobre las acciones violentas definidas como terrorismo estaban nutridas por la reflexión

---

<sup>537</sup> Vitale, *Contribución...*, *op. cit.*

<sup>538</sup> Entrevista a Mario Garcés, enero de 2014. Agradezco también al profesor Garcés el documento citado en el párrafo.

<sup>539</sup> En Naranjo *et al.*, *Miguel Enríquez...*, *op. cit.*

<sup>540</sup> Manuel Cabieses, “Jefe del MIR saca la cara. Entrevista a Miguel Enríquez”, *Punto Final*, N° 53, 23 de abril de 1968.

hecha por Lenin al respecto, pero también por las propias experiencias latinoamericanas. Si bien en pueblos asediados por militares o fuerzas imperialistas las acciones terroristas podían concitar el apoyo amplio del pueblo, no ocurría así en países donde las formas institucionales de expresión estaban abiertas. Esta discusión se nutrió, más tarde, con la incorporación de obras como el *Mini-manual del guerrillero urbano* (1969) de Marighella o las acciones de violencia desarrolladas por la guerrilla tupamara en Uruguay.

En 1969, cuando el MIR entró en la clandestinidad, Miguel Enríquez dio más luces sobre las definiciones estratégicas. En una conferencia de prensa secreta explicó y justificó los asaltos a bancos identificándolos como expropiaciones para financiar la revolución. Apelando a la empatía que debería tener el Partido Comunista, que también había sufrido represiones y persecuciones en su historia, como en Alemania por los nazis o en el propio Chile en la década de 1940, señalaba que “El MIR sabe de manera concreta que en las bases del PC podrá encontrar auténticos camaradas de lucha”<sup>541</sup>. La actitud mesurada, dialogante y el ánimo de confluencia se apreció un año después, cuando en un incidente en la Universidad de Concepción murió un militante del MIR por los disparos ocasionados por otro de las Juventudes Comunistas<sup>542</sup>. A pesar de ello, Enríquez siguió apelando a la unidad del pueblo y a la alianza de la izquierda frente a la coyuntura de asedio desde la reacción conservadora.

La elaboración teórica sobre la estrategia es relevante en Enríquez, sobre todo a la luz de los acontecimientos nacionales. La coyuntura en la que se creó el MIR era la del triunfo de la Democracia Cristiana, que instalaba una desesperanza en la izquierda respecto de la posibilidad de alcanzar el gobierno a través de elecciones. No obstante, en 1970 la izquierda institucional —esa que abogaba por la excepcionalidad histórica chilena— ganó las elecciones. El texto de 1970 —“El MIR y las elecciones presidenciales”—planteaba la contradicción de las medidas planeadas por la Unidad Popular con los intereses del imperialismo, lo que llevaría inevitablemente a un enfrentamiento en caso de ser aplicadas con rapidez y sin concesiones. A pesar de eso, no descartó la posibilidad de que algún país pudiera avanzar “como fruta madura” hacia el socialismo, pero eso

---

<sup>541</sup> Mario Díaz, “Con el MIR en la clandestinidad”, *Punto Final*, N° 81, 17 de junio de 1969. Esta publicación recoge las respuestas de Miguel Enríquez a *Punto Final* en una conferencia de prensa secreta ofrecida en Santiago por él y Luciano Cruz en la semana del 9 al 15 de junio de 1969.

<sup>542</sup> El joven militante, Arnoldo Ríos, murió en un enfrentamiento armado con militantes de la Brigada Ramona Parra. Sobre el caso consultar la ficha en Archivos Chile [en línea], del CEME:

[http://www.archivochile.com/Memorial/caidos\\_mir/R/rios\\_arnoldo.pdf](http://www.archivochile.com/Memorial/caidos_mir/R/rios_arnoldo.pdf)

solo sería posible si el campo socialista abarcara la mayoría del planeta, cosa que en ese momento no era posible.

Pese al triunfo electoral, entonces, hay una reafirmación de la estrategia que implicaba asumir que el desarrollo de las tareas modernizadoras, la construcción revolucionaria y el programa socialista se pudieran desarrollar a la vez. En los textos de Miguel se aprecia que valoraba el contexto como un momento de impulso revolucionario. En ese sentido, el proceso institucional no era contradictorio con la lucha de masas. El 26 de julio de 1971, en un discurso pronunciado en homenaje a la Revolución cubana, Miguel planteó la tesis, que se convirtió en tema de discusión entre políticos e intelectuales del país, de la necesidad de crear una nueva legalidad. A través de siete tesis políticas, el líder del MIR explicaba los argumentos por los cuales el Estado burgués debía transformarse para servir los intereses del pueblo. Ese mismo tema fue debatido en dos seminarios convocados desde los dos principales centros intelectuales del país, el CESO y el CEREN, dependientes de la Universidad de Chile y la Universidad Católica, respectivamente<sup>543</sup>.

Algunas innovaciones se integraron al discurso de Miguel y del MIR en diciembre de 1972, cuando en un documento interno este diferenciaba la acción de las unidades operativas, que tenían cierto grado de profesionalización en lo militar, con la de las masas armadas, definidas como “relativamente grandes contingentes de masas de obreros, pobladores y estudiantes que después de ocupar las fábricas, ejerciendo algunas medidas de control local crearan focos de agitación y resistencia en barricadas. Provistos de medios caseros, en la periferia de las ciudades, cercanas a zonas de gran concentración de obreros y pobladores”<sup>544</sup>.

Enríquez llevó a cabo una reflexión y esquematización de las formas y acciones que debía adoptar el pueblo organizado ante la certeza de la cercanía de un golpe de Estado, certeza que se fue acrecentando en los meses de 1973 y que se reflejó en el discurso pronunciado en el teatro Caupolicán en julio de ese año, en el que ratificó la necesidad de dar un salto superando la institucionalidad, desarrollando el poder popular y preparándose para resistir, luchar y vencer<sup>545</sup>.

---

<sup>543</sup> Ver capítulo III.

<sup>544</sup> MIR, “Estrategia de enfrentamiento y lucha prolongada contra intentos golpistas de las clases dominantes”, documento interno, diciembre 1972. Miguel Enríquez con vista a la Esperanza. Escaparate, 1998.

<sup>545</sup> Miguel Enríquez, “Discurso pronunciado en el teatro Caupolicán el 17 de julio de 1973”, 1973, en Archivo Chile [en línea], CEME, recuperado de [http://www.archivochile.com/Miguel\\_Enriquez/doc\\_de\\_miguel/miguelde0005.pdf](http://www.archivochile.com/Miguel_Enriquez/doc_de_miguel/miguelde0005.pdf)

Las reflexiones sobre los movimientos sociales y políticos fueron tempranas en Miguel, prueba de ello es que en 1966 escribió un documento titulado “La revolución universitaria”, que un año más tarde fue utilizado en el proceso de reforma<sup>546</sup>. En 1968, en un documento sobre la coyuntura checa de ese año<sup>547</sup>, Miguel planteó la existencia de contradicciones en el seno del campo socialista y reconoció la mantención de las divisiones de clases en los procesos que no se habían constituido desde el campo popular y que habían tenido, más bien, una construcción y conducción burocráticas. El rechazo no era a la intervención en sí —ya que el MIR no reconocía como imperialismo las acciones de expansión del campo socialista— sino al contenido que buscaba asegurar la conducción burocrática de la Unión Soviética<sup>548</sup>.

Coherente con estos planteamientos, en el texto de 1971 “El MIR responde a Frei” defendió la acción avanzada del pueblo coordinado a través del Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) y los Frentes de Trabajadores Revolucionarios (FTR), que realizaron tomas de terrenos y fábricas, y negó que estas acciones fueran de sabotaje. Las inscribió, más bien, en la “Batalla por la conquista del poder para los trabajadores”<sup>549</sup>.

En una conferencia de prensa dada en mayo de 1972, Miguel declaró que el Parlamento era la trinchera fundamental de las clases dominantes, por eso se hacía urgente su disolución y reemplazo por una asamblea del pueblo. Para desarrollar niveles efectivos de participación, era necesario construir los consejos comunales de trabajadores uniendo, bajo la conducción del proletariado industrial, a mujeres, estudiantes y los pobres de la ciudad, como los cesantes y los sin casa, en paralelo con los consejos campesinos.

Las tensiones entre el movimiento de masas y la conducción de la Unidad Popular fueron un tema abordado por Miguel Enríquez en una entrevista hecha por Marta Harnecker y Víctor Vaccaro en agosto de 1972

---

<sup>546</sup> Vitale, *Contribución...*, *op. cit.*

<sup>547</sup> El MIR y los sucesos de Checoslovaquia. En Radrigán, Cecilia y Ortega Miriam (Eds.). Miguel Enríquez: Con vista a la esperanza. Santiago de Chile: Escaparate Editores, 1998.

<sup>548</sup> El Mir y los sucesos de Checoslovaquia. En: Naranjo, Ahumada, Garcés y Pinto (Ed). Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. MIR. Santiago CEME y LOM, 2004.

<sup>549</sup> MIR, “El MIR responde a Frei”, declaración pública, junio de 1971. Publicado en *Punto Final*, N° 134, 6 de julio de 1971.



para la revista *Chile Hoy*<sup>550</sup>. El tema fue objeto de debate permanente en ese medio escrito y Enríquez coincidió con los intelectuales que planteaban, desde posturas revolucionarias, que era el gobierno de la Unidad Popular el que debía estar al servicio del movimiento popular y no al revés. En esa lógica, Allende y sus colaboradores debían generar las condiciones para el desarrollo del movimiento de masas y no coartarlo. Así, en lo concreto, fue tomando forma y contenido el debate sobre reforma o revolución.

El documento sobre las elecciones de 1970 fue una muestra valiosa de la preocupación del MIR y Enríquez por las formas concretas en que se manifestaba el capitalismo dependiente en Chile<sup>551</sup>. En él aparece un amplio interés por definir la especificidad de la formación social chilena, el estado de avance de la organización popular y la forma en que se desplegaba el Estado burgués. Los análisis realizados bajo el método marxista consideraban todos los aspectos integrados que conformaban el momento en el desarrollo de la lucha de clases. En este texto, que explicaba el triunfo de Salvador Allende y la posición del MIR frente a ese acontecimiento, Miguel realizó una descripción de las condiciones económicas en las que se encontraba el país, destacando aspectos como el ritmo de crecimiento, el endeudamiento, la balanza de pagos, la inflación, los índices de ocupación, para luego caracterizar los niveles de movilización popular y compararlos con los del periodo 1965-1966.

En el apartado “Las respuestas de la clase dominante a las fisuras en la superestructura” analizaba las reacciones del Estado frente a la coyuntura de ascenso en la lucha de masas de los años anteriores a la elección. El análisis de coyuntura proyectaba, a la vez, bajo la perspectiva de la lucha de clases, cómo reaccionaría la clase dominante frente a la administración del Estado por la izquierda y el intento de materialización del programa socialista. Con base en esta proyección el MIR se posicionó.

La revolución fue asumida por Enríquez de manera sistemática e intelectual. La teoría y la práctica eran parte de la militancia, por lo menos en los niveles de conducción del MIR. Había equipos que leían, que analizaban. Durante la Unidad Popular, “el gran desafío del MIR era la comprensión de qué momento vivían y que rasgos tenía el momento, la famosa caracterización del período; ese fue el tema, el dolor de cabeza hasta el final”<sup>552</sup>. En la misma línea se encontraba el documento interno

---

<sup>550</sup> Marta Harnecker y Víctor Vaccaro, entrevista a Miguel Enríquez, *Chile Hoy*, Año 1, N° 11, 25 al 31 de agosto de 1972

<sup>551</sup> MIR, “El MIR y las elecciones presidenciales”. En Documentos. Punto Final N° 104, mayo de 1970

<sup>552</sup> Entrevista a Mario Garcés, enero de 2014.

“Resumen del Comité Central”, del 13 y 14 de noviembre de 1971<sup>553</sup>, donde se analizaba el carácter de clase del gobierno de la Unidad Popular, la correlación de fuerzas del periodo, el estado de realización del programa de la Unidad Popular y las tareas a desarrollar por el pueblo. Estos documentos de análisis profundos eran complementados por la publicación, de manera periódica, de llamamientos o comunicados del MIR a estudiantes, obreros, campesinos, pobladores y soldados, donde la organización comentaba y se posicionaba frente a los últimos sucesos acontecidos en la realidad nacional.

### *Interpretaciones históricas*

Como casi todo el pensamiento social de la época, el análisis político de Miguel tuvo una perspectiva histórica. Desde la aplicación de un marxismo historicista reconoció las fuerzas en pugna e identificó las particularidades de la realidad latinoamericana desechando, eso sí, la excepcionalidad chilena. Como afirmación básica hay que establecer que Enríquez desestimaba las interpretaciones que planteaban que en América Latina existía un modo de producción feudal. Por el contrario, adscribía a las lecturas que planteaban la existencia de un capitalismo dependiente en la región.

En concordancia con esa premisa cuestionaba el carácter de política burguesa a la reforma agraria, ya que, según estos argumentos, la medida no solo modernizaría el campo, sino que generaría condiciones para la movilización popular en el mundo rural, formando parte así del proceso de organización e insurrección revolucionaria<sup>554</sup>. La negación del feudalismo latinoamericano implicaba también negar la necesidad de la revolución democrática burguesa como etapa previa a la revolución socialista.

La visión de conjunto que tenía Miguel Enríquez de la realidad latinoamericana y la perspectiva histórica en el análisis fue favorecida por los vínculos establecidos por el MIR con otras organizaciones continentales:

Durante 1966-1967 el Secretariado Nacional redobló sus contactos con los movimientos revolucionarios latinoamericanos, especialmente con el MIR de Perú, Bolivia y Venezuela, el grupo peruano de Hugo Blanco, el PRT argentino, los Tupamaros y con “Política Operaria” a través de sus militantes refugiados en Chile, como

---

<sup>553</sup> Radrigán, Cecilia y Ortega Miriam (Eds.). Miguel Enríquez: Con vista a la esperanza. Santiago de Chile: Escaparate Editores, 1998.

<sup>554</sup> Hernández Vásquez, “Las concepciones...”, *op. cit.*

Dos Santos, “quien estuvo en varias reuniones de nuestro secretariado”<sup>555</sup>.

El acercamiento a realidades distintas, los éxitos y los fracasos de los movimientos observados y los vínculos con intelectuales formados en las ciencias sociales hicieron necesario y posible el enfoque histórico para explicar la realidad. La revolución no era solo un problema militar.

El texto titulado “El MIR y los sucesos de Checoslovaquia” tuvo esa impronta historicista que nutrió la reflexión del periodo. En él el MIR no solo condenó la invasión soviética a Checoslovaquia, sino también se explayó en una interpretación histórica de los sucesos explicando cómo se crearon las contradicciones que llevaron finalmente a oponer a las dos variantes socialistas, la de derecha, que anhelaba los vínculos y las aperturas hacia el capitalismo, y la de izquierda, que impulsaba la creación de un socialismo popular.

A juicio del MIR, la invasión se realizó en contra de la vertiente de izquierda, pues el socialismo burocrático siempre ha mantenido vínculos económicos con el empresariado capitalista. La condena, entonces, era a la represión del socialismo popular y revolucionario checo. Los sucesos de 1968 en ese país también le dieron pie a la organización para cuestionar las posturas del Partido Comunista nacional que –atendiendo a la excepcionalidad chilena– intentó imitar la vía institucional al socialismo. El documento se pregunta: ¿es ese el proceso que se pretende imitar?

La interpretación de la historia de Chile desde la perspectiva del desarrollo del capitalismo dependiente también está presente en el análisis que hizo el MIR de las elecciones de 1970. La organización, pese al triunfo de la izquierda institucional, ratificó la opción por las armas aduciendo razones históricas que tenían que ver con la forma en que actuaba el imperialismo en defensa de sus intereses. Los ejemplos de Guatemala y Brasil le servían para justificar la tesis.

Los análisis de Miguel Enríquez estaban nutridos por las lecturas de Marx, Lenin, Luxemburgo, pero también Vitale, Frank y Guevara. En su pensamiento hubo una reflexión amplia y profunda sobre la formación social chilena, las formas en que se expresaba el movimiento popular y la estrategia revolucionaria. Sin embargo, respecto del partido, hubo más una aplicación de las tesis leninistas –sirviéndose de las discusiones ya dadas por los clásicos marxistas– que una creación propiamente tal. Los Grupos Políticos Militares (GPM) son una innovación importante, pero desde la concepción clásica de partido, que les asignaba un rol de vanguardia en la relación con las masas.

---

<sup>555</sup> Vitale, *Contribución...*, *op. cit.*

La otra problemática sobre la cual el MIR y Enríquez no reflexionaron fue la del rol que jugaba el partido en el despertar de las masas a la conciencia revolucionaria. Lo que había era la aplicación de la máxima “la conciencia revolucionaria se crea en la lucha revolucionaria”. Lo problemático fue que hubo un proceso acelerado de reacción de los sectores conservadores de la elite nacional, que no encontraron resistencia efectiva en los sectores populares que se suponía estaban en el tránsito hacia la plena conciencia revolucionaria. ¿Habría confundido Miguel Enríquez los sentimientos momentáneos de las masas con la conciencia revolucionaria?

### ***Bautista Van Schouwen y la política del MIR hacia los intelectuales***

Bautista Van Schouwen pertenecía, al igual que Enríquez, a una familia de profesionales. Sin embargo, los vínculos con las elites intelectuales y políticas no fueron en su niñez tan extensas como las del líder penquista. Una de las razones es que Bautista nació y vivió en su infancia en el norte de Chile, donde la densidad intelectual era menor. Otra es que, a diferencia de los Enríquez, los Van Schouwen no tenían vínculos políticos. Debido a esto, las primeras referencias intelectuales de Bautista serán las de la familia de Miguel y las relaciones formadas en el Liceo 1 de Concepción, cuando se traslada a vivir a dicha ciudad.

Pese a la importancia que estos nuevos amigos tuvieron en la formación teórica de Van Schouwen, él asignaba un rol central a su madre en la conformación de su ser intelectual. En una carta dirigida a ella le comenta “mi tragedia quizá radique en ser lo suficientemente inteligente y capaz –inteligencia de la cual tú eres partícipe generadora– para descubrir y despreciar la falsa apariencia de comunión humana que reina en esta sociedad, y buscar y luchar por otra más profunda, la esencia misma de ella”<sup>556</sup>.

Sus primeras publicaciones fueron en la revista de la Vanguardia Revolucionaria Marxista y, en general, serán en coautoría con Enríquez. Al igual que este, mostrará muy tempranamente su genio intelectual. Respecto a esto Vitale señala:

Recuerdo que recién en este congreso comencé a darme cuenta de las dimensiones de la formación teórica de Bautista Van Schouwen. Personalmente lo había conocido en las reuniones previas a la fundación del MIR, pero no había calado a fondo su densidad de pensamiento. Lo volvía a ver en el Congreso de Fundación: alto, pálido,

---

<sup>556</sup> “Carta de Bautista a su madre”, 15 de febrero de 1969, en Las Historias que Podemos Contar [en línea], recuperado de <http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl/bauchi.htm>.

reflexivo, contento pero en cierta medida angustiado –en el real sentido de la angustia creativa– por la responsabilidad que asumíamos: generar un Movimiento de Izquierda Revolucionaria, inspirado en el marxismo revolucionario y en el ejemplo de la Revolución cubana, que cortó en dos la historia latinoamericana. El Bauchi comenzó a hablar por la boca de los nuevos tiempos [...] [le preguntó de dónde sacaba los conceptos y le contestó que de Marco Antonio Enríquez].

En el II Congreso me llamaron la atención sus intervenciones sobre el pensamiento de Rosa Luxemburgo: el significado de las huelgas obreras, generadoras de los primeros soviets en la Revolución rusa de 1905, luego en un aparte del congreso me dijo que los libros de “la Rosita” siempre estaban en su mesita de luz, junto a los del “barbón” Marx, el “pelao” Lenin y el “pera” Trotsky, [...] necesito que me ayudes en el estudio de un libro muy difícil de Rosita: *La acumulación del capital*<sup>557</sup>.

Bautista fue nombrado miembro del Comité Central en el congreso fundacional del MIR y ratificado en los congresos de 1966 y 1967. En este último año también pasó a ser miembro de la Dirección Nacional. Ocupó, asimismo, los cargos de secretario general del Regional de Concepción y desde fines de 1968 se convirtió en director de *El Rebelde*<sup>558</sup>, el principal medio de difusión del MIR.

En un trabajo publicado en 2004 por Martín Hernández Vásquez, en el que recopila algunos escritos de Van Schouwen, el autor realiza una clasificación de las ideas del joven revolucionario rescatando lo que, a su juicio, son sus principales aportes al pensamiento revolucionario. Para este apartado, la dimensión de Bautista que nos interesa es la menos analizada, es decir, su relación con las actividades de agitación y propaganda, la dirección de *El Rebelde*, las actividades culturales y los vínculos con los intelectuales revolucionarios.

Esta relación ha quedado explicitada por los testimonios de algunos protagonistas de la época. Uno de ellos es Antonio Sánchez García, profesor e investigador de la Universidad de Chile, compañero en el CESO de Tomás Amadeo Vasconi y Marco Aurelio García, con quienes comenzó a militar en 1971. En su testimonio, escrito para una publicación antichavista en diciembre de 2002, Sánchez señala:

De simpatizante, pronto me encontré formando parte de la militancia, dirigiendo la política universitaria del partido y trabajando como adjunto a Bautista Van Schouwen, “Jorge”, el segundo hombre más importante de la Comisión Política detrás de Miguel Henríquez, y encargado del aparato cultural. Recuerdo haber dormido tres o cuatro

---

<sup>557</sup> Vitale, *Contribución...*, *op. cit.*, pág 14.

<sup>558</sup> Hernández Vásquez, *El pensamiento...*, *op. cit.*

horas diarias entre interminables, muy fatigosas y áridas discusiones con periodistas, cineastas, cantantes e intelectuales del MIR. La más ingrata de las tareas imaginables para un funcionario de la revolución, como era mi caso: encargarse de la *intelligentzia* individualista e inconforme de la pequeña burguesía chilena<sup>559</sup>.

Sánchez García fue comunista en su adolescencia, estudió historia en el Pedagógico de la Universidad de Chile y un posgrado en Alemania. En sus memorias recuerda de manera positiva su paso por el MIR, sobre todo para su formación intelectual. A propósito de una entrevista para el periódico *El Mercurio* señala: “Esa militancia me enriqueció política e intelectualmente. Su dirección estaba formada por cuadros muy talentosos, particularmente Miguel Enríquez, su secretario general, y Bautista Van Schouwen, el segundo de a bordo”<sup>560</sup>.

Andrés Pascal Allende también se refiere a las tareas a las que estaba asignado Bautista, explicando la importancia que comenzaron a adquirir las comunicaciones y la cultura después de 1969:

También prestamos gran atención al desarrollo de una capacidad propia de comunicación. En todo núcleo mirista había un encargado de impulsar y coordinar las actividades de AGP, que a su vez eran respaldadas por los talleres locales y regionales (que contaban con medios rudimentarios de reproducción). Constantemente se estaba realizando una acción agitativa. Desarrollamos medios de comunicación nacionales como *El Rebelde* (quincenal), periódicos mensuales por frentes (MCR, FTR, etc.), programas de radio, actos de masas, y organizábamos campañas nacionales en las cuales se

---

<sup>559</sup> Antonio Sánchez García, “Hugo Chávez y Salvador Allende”, *Análítica*, 28 de diciembre de 2002. “Para que se haga usted una idea: nosotros en el MIR, la elite de las elites revolucionarias, repudiábamos hasta el desprecio al terrorismo y venerábamos hasta la unción al ‘pelao Lenin’ —el pelón Lenin—, como Miguel Henríquez, nuestro secretario general, un muchachote de hablar atropellado y seductora inteligencia, solía llamar al más grande ideólogo de la revolución mundial, don Vladimir Ilich Uliánov, alias Lenin. Más, mucho más nos cautivaban el *Qué hacer* o *El Imperialismo, fase superior del capitalismo*, de Lenin, que el manual del joven intelectual parisino Régis Debray. Leíamos las obras completas de Lenin, nos enzarzábamos en feroces combates discursivos para dirimir las diferencias entre Trotsky, Zinoviev y Kameniev. Y creíamos a pie juntillas estar viviendo los diez días que conmoverían al mundo. Nos sabíamos —o nos creíamos— parte de la historia universal, vanguardia intelectual del futuro, renacimiento del soviét supremo y asaltantes del nuevo palacio de invierno. Si Jorge Luis Borges hubiera querido burlarse de la revolución escribiéndole una de sus maravillosas narraciones, nosotros habiéramos sido su modelo”, *ibid.*

<sup>560</sup> “Ex Mirista que hoy lucha contra Hugo Chávez”, *El Mercurio*, 1 de noviembre de 2001.

coordinaba el esfuerzo de todo el MIR y de las organizaciones sociales revolucionarias. En el período de la UP creamos una estructura nacional encargada de la producción y diseño creativo para los diversos medios comunicativos (lenguaje escrito, oral, plástico, audiovisual, musical, etc.), que generaron una verdadera “estética mirista”. Bastaba mirar de lejos un afiche del MIR y se le identificaba de inmediato por su diseño y colorido. Adquirimos una imprenta y una radio. En poco tiempo el MIR logró animar una amplia corriente revolucionaria en el movimiento artístico y cultural, destacando su presencia entre los cineastas, poetas y escritores, el teatro, la danza, la música, etc. El más entusiasta impulsor fue Bautista Van Schouwen, quien percibía con mucha claridad que la cultura se estaba constituyendo en un eje fundamental de la acumulación de fuerza revolucionaria<sup>561</sup>.

La sensibilidad artística y la hegemonía cultural de la izquierda permitieron que un grupo importante de ellos traspasara las barreras de la legalidad y se vinculara al MIR. De esos podemos señalar algunos nombres: los actores Edgardo Bruna, Nelson Villagra y Shenda Román y el escritor, cantante y compositor Patricio Manns, que fue militante del MIR desde fines de los años sesenta hasta 1979, momento en que ingresa al Partido Comunista<sup>562</sup>. Los espacios de creación cultural más importantes estarán en Santiago y en Concepción. En la segunda ciudad destaca el Teatro de la Universidad de Concepción (TUC) como un espacio de desarrollo del teatro experimental de carácter vanguardista. También sobresale el ICTUS en Santiago, entre otros, como espacio de teatro de contingencia y creación colectiva.

Pero los insumos que estos militantes podían entregar al MIR de manera directa no tenían el peso de los proporcionados por los científicos sociales. Por otro lado, el MIR no se caracterizaba por “pautear” las tareas profesionales de los militantes, por lo tanto, no podemos hablar de un movimiento artístico del MIR. Lo que sí podemos afirmar es que la militancia mirista fomentaba en los artistas un vínculo con los problemas de la época y las luchas sociales, lo que no era solo una cualidad de los

---

<sup>561</sup> Andrés Pascal Allende, “El MIR, 35 años. Un atajo revolucionario”, *Punto Final*, 25 de agosto de 2000.

<sup>562</sup> Laura Jordán, “Cantando, al MIR y al Frente: cita y versión de dos canciones militantes de Patricio Manns”, en Carolina Santamaría-Delgado, Heloísa de Araújo Duarte Valente, Herom Vargas y Oscar Fernández (eds.), *¿Popular, pop, populachera? El dilema de las músicas populares en América Latina. Actas del IX Congreso de la Rama Latinoamericana de la IASPM (1-5 de junio de 2010)*, IASPM-AL, EUM, 2011. Recuperado de

[https://www.academia.edu/1870006/Cantando\\_al\\_MIR\\_y\\_al\\_Frente\\_Cita\\_y\\_versi%C3%B3n\\_en\\_dos\\_canciones\\_militantes\\_de\\_Patricio\\_Manns?login=ivettelozoya@gmail.com&cmail\\_was\\_taken=true](https://www.academia.edu/1870006/Cantando_al_MIR_y_al_Frente_Cita_y_versi%C3%B3n_en_dos_canciones_militantes_de_Patricio_Manns?login=ivettelozoya@gmail.com&cmail_was_taken=true)

artistas de esta organización, sino de todos los artistas de izquierda. Esto permitió a la dirección mirista entender que “la cultura es un arma de lucha y que había que lograr un cambio cultural en las distintas expresiones artísticas, era importante y así surge el ballet del MIR, los cineastas, los documentales”<sup>563</sup>.

El papel de Van Schouwen en el ámbito de la cultura y la difusión de ideas es más fácil de seguir a través de su rol en *El Rebelde*. Bautista pasó a estar a cargo de este en 1969, pese a que aparecía como director Andrés Pascal Allende. *El Rebelde* era un periódico leído fundamentalmente por la militancia. Aunque se vendía en los quioscos y que los aspirantes a ingresar al MIR actuaban como sus promotores y vendedores en las puertas de las empresas, era un periódico de difícil lectura. Una letra pequeña, una tipografía en rojo y negro y una selección de contenidos muy políticos, muy denso. El MIR imaginaba a los pobres del campo y la ciudad con un nivel de conciencia y una relación con la política muy profundos.

*El Rebelde* fue creado bajo las concepciones leninistas de la prensa revolucionaria, es decir, la del diario como un organizador y propagandista<sup>564</sup>. La idea era poder contactar a los militantes de un partido clandestino y compartimentado, de manera de llevar la línea política a sus miembros sin que fuera necesario el contacto directo. El MIR crecía a pasos agigantados y *El Rebelde*, por lo tanto, cumplía una importante función.

En 1973, Eduardo Santa Cruz<sup>565</sup> comienza a trabajar en *El Rebelde* bajo la jefatura directa de Bautista. Santa Cruz había sido presidente del Centro de Estudiantes de Periodismo en la Pontificia Universidad Católica de Santiago, donde conoció al líder mirista: “Bautista siempre iba a los actos y actividades de la Católica, le tenía un cariño especial a la gente de ahí por haberse desarrollado en esa universidad la Reforma”<sup>566</sup>. Santa Cruz estuvo también, entre 1971 y 1972, a cargo de los militantes de esta universidad:

En marzo de 1973 me encontré en la calle, así de frente, con Bautista Van Schouwen que venía de *Punto Final* [...] yo tenía 23 años

---

<sup>563</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014.

<sup>564</sup> Entrevista a Eduardo Santa Cruz, noviembre de 2014.

<sup>565</sup> Eduardo Santa Cruz Achurra es profesor titular de la Universidad de Chile, periodista titulado en la Pontificia Universidad Católica de Chile, licenciado en ciencias sociales en el Instituto Latinoamericano de Estudios Sociales (ILADES) y posgraduado en comunicación social en el Centro Internacional de Estudios Superiores en Comunicación para América Latina (CIESPAL), Ecuador. Es autor de varios libros y artículos sobre prensa chilena y latinoamericana.

<sup>566</sup> Entrevista a Eduardo Santa Cruz, noviembre de 2014.



recién cumplidos [...] me dijo, tení que venirte pa'l diario... y me llevó pa'l diario.

*El Rebelde* salía los lunes y se hacía el viernes en la noche y el sábado y el periódico se hacía con un equipo de periodistas. Ese equipo lo dirigía Van Schouwen.

Se hacían además un par de reuniones a la semana, de pauta del diario y además de análisis político. Van Schouwen lo que hacía era entregar un informe político, iniciar la discusión y decía, “¿bueno, cómo vamos a tratar esto?” Era muy bueno, porque era una discusión política muy a fondo, que él dirigía y provocaba y todo eso lo dirigía él. El viernes se quedaba toda la noche.

Pese a la poca claridad de cómo crear una cultura para el pueblo o cómo llegar al pueblo a través de la cultura, el MIR va profesionalizándose en ese aspecto. El GMP 10, ubicado en Santiago, se especializa en los temas de comunicación y propaganda, entre ellos de *El Rebelde*. Según Pascal Allende: “se intentó producir una imagen, un estilo, que tiene una influencia enorme. Nosotros mismos no nos dábamos cuenta, pero hasta el día de hoy, si tú agarras cuatro diarios de la época y, entre ellos, *El Rebelde*, vas a ver que hay una estética”<sup>567</sup>.

Con Van Schouwen en *El Rebelde* trabajaba una pareja de mexicanos que diagramaba. Uno era Fernando Vergara Vargas, diseñador gráfico y publicista. Había estudiado en la Universidad Nacional Autónoma de México<sup>568</sup>. Vergara va a hacer un importante aporte a la difusión de las ideas del MIR en el campo:

*El Rebelde* para el campo [...] no era normal, sino que la tipografía era de letras cursivas. ¿Por qué?, porque hubo un mexicano, que estudiaba comunicaciones y empieza a hacer un estudio para ver qué pasaba con *El Rebelde*. Entonces descubre que la gran parte de los campesinos lo leían, los que sabían leer.

La forma de leer *El Rebelde* era que en las tardes o en las noches se sentaban en círculos y el que sabía leer les leía. Pero el que sabía leer había estudiado en una escuela primaria y no conocía la letra imprenta; para él la letra que él sabía leer era la cursiva, entonces al compadre se le ocurrió que había que cambiar la letra para esa área. Entonces empezó a leer sobre el papel de los colores y para nosotros el rojo y negro, que tenía mucho significado, para esos campesinos no tenía

---

<sup>567</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014.

<sup>568</sup> Fue detenido en 1974 y expulsado del país. Desde México organiza su regreso y entra clandestinamente a Chile en 1982. Es asesinado por la dictadura en 1984. En ese lapso estuvo a cargo de las tareas de comunicación del MIR y dirigió Radio Liberación. Para saber más, ver Lucía Sepúlveda Ruiz, “Aquí..., Radio Liberación”, Las Historias que Podemos Contar [en línea], recuperado de <http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl/liberacion.htm>

mucho significado, eran mucho más importante el verde y el negro. Entonces pasa a hacerse una versión de propaganda para el campo verde y negro. Ahí tienes el esfuerzo teórico de una persona, aplicado a una realidad concreta<sup>569</sup>.

La organización revolucionaria tuvo, en 1973, una experiencia radial interesante que obligó al partido a mirar al pueblo de manera más amplia. El MIR compró una radio que era la única que transmitía la hípica en directo; contaba, por lo tanto, con un público cautivo grande. La radio era La Radio Nacional y como director fue nombrado Ernesto Carmona. Gladys Díaz quedó como jefa de prensa y Eduardo Santa Cruz como jefe de prensa. El miembro de la Comisión Política que estaba a cargo era Bautista. Así, no es que Van Schouwen tuviera solo el vínculo con intelectuales y artistas, sino que estaba a cargo de la política cultural y de agitación, propaganda y comunicaciones.

En esta experiencia el MIR se vinculó de manera más abierta a la comunicación popular y no convirtió a la radio en una especie de *El Rebelde* radiofónico, sino que dejó los mismos programas. Lo que cambió fue el noticiario y, de manera paulatina, se fueron incorporando otros programas nuevos. El jefe de prensa recuerda su rol en la conducción del programa de hípica:

Un día Van Schouwen me pregunta: “¿Oye, es cierto que a ti te gustan los caballos?” “Sí”, le respondo, “me gustan”. Y me dijo: “¿Tú te podías hacer cargo de eso, entonces? Me tienen loco llamándonos por teléfono, preguntando por qué no les transmitimos las carreras. ¿Tú sabes cómo hacer eso?” “Bueno, yo lo hago”, dije.

Entonces partí al Club Hípico y al Hipódromo y pedí credencial. Me miraron con una cara... porque ya sabían quién se había comprado la radio.

Los días de carrera hacía un programa en la noche, no transmitía las carreras, pero hacía el programa. Yo hice eso hasta el día del golpe<sup>570</sup>.

Si el carácter de *El Rebelde* estaba definido de acuerdo con las concepciones de Lenin sobre las comunicaciones, no sucedió lo mismo en el caso de la radio. Santa Cruz, que también estaba a cargo del noticiario del mediodía, explica que se dieron discusiones internas sobre el carácter de la radio. Los miristas estaban aprendiendo y Bautista rápidamente se da cuenta, por ejemplo, que no puede eliminar el programa de hípica. La radio era otra cosa, estaba dirigida a la comunidad y no a la militancia, no había ningún control sobre quiénes la escuchaban,

---

<sup>569</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014.

<sup>570</sup> Entrevista a Eduardo Santa Cruz, noviembre de 2014.

por lo que se la empezó a entender como un servicio. Si el MIR quería que la audiencia escuchara su noticiero, debía transmitir la hípica, el programa de tangos y otras cosas. Son dos estrategias comunicacionales muy distintas<sup>571</sup>.

La radio significaba entender y valorar el mundo popular, con sus gustos, y Van Schouwen comienza a hacerlo. No le gustaba el fútbol – opio del pueblo– sin embargo, viendo jugar a la selección chilena en un restaurante con los periodistas y trabajadores de *El Rebelde*, se da cuenta del impacto que causaba y la importancia que tenía para la identidad popular<sup>572</sup>. Si bien no se trataba de un proyecto de radio popular, era una nueva forma de comunicarse con el pueblo y eso estaban aprendiendo. Van Schouwen iba todos los días a la radio y escuchaba ahí el noticiero de la noche desde el *hall* de la emisora. No intervenía en la programación de la radio, ni en los aspectos formales del periódico, su orientación era política, pero reconocía las experticias de los profesionales.

La experiencia de la radio fue corta. Un par de semanas antes del golpe, Miguel Enríquez asiste a la reunión de análisis de *El Rebelde* y les dice, con una claridad absoluta, que el golpe es inminente y que no hay ninguna posibilidad de resistir. Era dramático, pero no tanto, ya que los dirigentes del MIR veían el periodo que se vivía como una etapa de la revolución, que iba a tardar, por lo que había que preocuparse de construir las bases sociales y políticas. El golpe que llegaría, según él, generaría condiciones distintas para la construcción revolucionaria, pero no terminaría con ella.

### ***Punto Final* y el MIR**

Para impulsar [la] acción comunicativa tuvimos que esforzarnos por desarrollar una capacidad de intervención en ese campo. Buscamos la colaboración de intelectuales muy destacados, como André Gunder Frank, Vasconi, Ruy Mauro Marini (que llegó a ser destacado miembro de nuestro Comité Central), Theotonio dos Santos, etc. Ellos nos ayudaron a fundamentar teóricamente nuestra propuesta revolucionaria. Desde temprano había comenzado a colaborar con el MIR Manuel Cabieses, entonces “joven” director de *Punto Final* (quien más tarde llegó a ser miembro del CC y de la CP), José Carrasco (miembro del CC), Augusto Carmona, que dirigió la toma del Canal 9, Máximo Gedda y Diana Arón, periodistas de TV, Mario Calderón Tapia de Valparaíso, Mario Díaz, y muchos periodistas más que desde los diversos medios en que trabajaban jugaron un papel fundamental<sup>573</sup>.

---

<sup>571</sup> *Ibid.*

<sup>572</sup> Entrevista a Eduardo Santa Cruz, noviembre de 2014.

<sup>573</sup> Pascal Allende, “El MIR, 35 años...”, *op. cit.*

El MIR crece a la par del desarrollo de la sociedad de masas. Consciente de eso, la imagen que proyectaba en los medios de comunicación no les era indiferente. La prensa, sobre todo, cumplirá un rol fundamental en la construcción de la misma hacia el pueblo, por lo que la organización se cuidará de implementar una política hacia los medios de comunicación. La relación entre el MIR y la prensa siempre fue conflictiva, más aún cuando la mayoría de los medios de prensa estaban en manos de los grupos económicos nacionales. La primera “riña” pública va a ser con un periodista de Concepción: Hernán Osés Santa María, del diario *Últimas Noticias de la Tarde*, a quien un comando del MIR secuestró en represalia por la “difamación” de la que habían sido objeto en el periódico. Esta acción, mal hecha y sin consenso al interior de la organización, generó el paso a la clandestinidad de los líderes miristas.

Este operativo, más que una política, fue una reacción frente a la cobertura que la prensa hacía de las acciones del MIR y el desprestigio que implicaba para las figuras políticas de la organización. Sin embargo, desde 1969, momento en que los revolucionarios comienzan a hacer asaltos a bancos, el rol de la prensa cobrará mayor importancia. Andrés Pascal relata que cuando el MIR comienza a asaltar bancos, la preocupación de sus dirigentes era transmitir los objetivos de dichas acciones. Para eso, Enríquez concertó una reunión secreta con el director del diario *Clarín*, Darío Saint Marie (Volpone): “le propuso darle todas las primicias de las acciones a cambio de un trato justo en las páginas del diario”<sup>574</sup>. El trato se concretó, y así, cuando asaltaron por segunda vez la sucursal Vega Poniente del Banco del Trabajo, “El titular en primera plana de *Clarín* fue ‘Cabros del MIR pasaron a recoger su mesada’”<sup>575</sup>.

Dentro de la política de difusión, cultural y hacia los medios cabe la relación con la revista *Punto Final*. Aunque esta no era una publicación del MIR, es imposible desconocer el importante rol que cumplió en la difusión de los principios de la lucha armada en general y de las luchas y los discursos del MIR en particular. La cobertura que los medios de comunicación hacían al MIR era amplia, pero, obviamente, desde la crítica. *Punto Final* permitía un acercamiento “amable” a sus dirigentes – en especial a Miguel Enríquez– a través de entrevistas y la publicación de sus declaraciones. Desde 1967, momento en que Manuel Cabieses comenzó a militar en el MIR, la presencia de los miristas se hizo cada vez más recurrente en sus páginas, pero también es necesario señalar que era un momento en se estaba llevando a cabo un trabajo de inserción de

---

<sup>574</sup> Andrés Pascal Allende, *El MIR chileno: una experiencia revolucionaria*, [Argentina], Cuccaña, 2003, pág. 39.

<sup>575</sup> *Ibid.*

masas y, por lo tanto, la organización tenía una mayor presencia en la política.

Vinculado a la revista *Punto Final* hubo un grupo de periodistas miristas que en ningún caso se definieron a sí mismos como intelectuales, pero que cumplieron un importante rol al traducir la política de la organización en este medio de comunicación. Cabieses, director de la revista y el nodo de la red de periodistas que se articuló desde ahí, señala que jamás recibió una instrucción respecto a lo que había que publicar o no, sin embargo, reconoce tensiones con la dirigencia mirista frente a algunos números de la revista que no habían gustado al interior de la organización<sup>576</sup>.

Haciendo una evaluación *ex post* nos damos cuenta de que al MIR le habría resultado muy beneficioso tener el control de un medio de comunicación escrito masivo, sin embargo, su política fue tan solo la de mantener la presencia en el medio. En ese sentido, cabe preguntarse si esta decisión respondía a las pocas capacidades del MIR en esa área o realmente encontraba beneficioso el vínculo indirecto para llegar a las masas. Esta interrogante se hizo más pertinente aún cuando Cabieses, insistimos, militante del MIR y director de *Punto Final*, defendió la “independencia del medio”, lo que adquiere mayor complejidad cuando reconocemos en la reivindicación de autonomía un reclamo liberal respecto de la función intelectual.

A juicio de Cabieses, el MIR no necesitaba controlar a *Punto Final* porque la orientación de la revista era coincidente con la política de la organización y, por lo tanto, él se sentía bajando la línea del partido cuando participaba en las asambleas de trabajadores de la prensa, no así como director de la revista. A diferencia de otros intelectuales analizados en este estudio, los periodistas reivindicaron una autonomía y una “profesionalización” de su labor. Al parecer, no se consideraban intelectuales y asumieron más bien su labor como una técnica. Es curioso, porque criticaban a la prensa burguesa desde los principios liberales denunciando el sesgo de las publicaciones, la mala intención, la tergiversación de la realidad y la persecución a algunos líderes miristas.

Consecuente con ese criterio de denuncia, se planteaban como objetivo superar la censura, la eliminación del sesgo, la independencia de todo partido y la pluralidad como elemento característico en su línea editorial. Este argumento fue reforzado por Eduardo Santa Cruz (periodista y militante del MIR citado más arriba) cuando explica que, al entrar a trabajar a *Punto Final* como periodista, ni su vínculo ni su función eran militantes<sup>577</sup>. A pesar de que no era independencia o pluralismo lo

---

<sup>576</sup> Entrevista a Manuel Cabieses, enero de 2014.

<sup>577</sup> Entrevista a Eduardo Santa Cruz, noviembre de 2014.

que encontramos en *Punto Final*, resulta contradictorio el lugar desde donde se evaluaba el rol de la revista.

Entre los periodistas más relevantes de *Punto Final* estaba Gladys Díaz<sup>578</sup>, dirigente del MIR y perteneciente al Frente de Trabajadores de los Medios de Comunicación. Díaz escribió varios de los artículos económicos en la revista en los que se intentaba transmitir de manera simple el complejo tema de las nacionalizaciones e indemnizaciones. Estas densas temáticas eran recurrentes en la revista, que aspiraba a ser un órgano de reflexión rehuyendo el academicismo<sup>579</sup>. La figura de Díaz nos permite indagar un poco más en las relaciones y funciones que cumplían los intelectuales al interior del MIR. Ella era miembro del Comité Central, estaba también vinculada orgánicamente al Frente de Trabajadores, era la encargada de los periodistas al interior de este, y era presidenta del Sindicato de Trabajadores Radiales.

En el caso de Manuel Cabieses, él estaba vinculado orgánicamente al GMP 7, una célula de la estructura del centro de Santiago: “Ahí militaban hartos periodistas, pero no eran solo periodistas, y realizábamos el análisis de la situación política nacional, leíamos los documentos de la Dirección, opinábamos respecto de la política de la organización”<sup>580</sup>. El rol político de los periodistas adquirió más relevancia en el contexto de la guerra comunicacional levantada por los medios de comunicación controlados por la Democracia Cristiana y la derecha durante el gobierno de Allende. No obstante, ese papel fue más bien de organización gremial y de denuncia.

A propósito de esto, Cabieses reconoce haber participado en las discusiones que, desde su posición académica, planteaba Armand Mattelart en torno a la necesidad de revolucionar las comunicaciones. Sin

---

<sup>578</sup> A propósito de Gladys Díaz, Marta Zabaleta señala en una entrevista: En 1971, “una de las integrantes del Comité Central del MIR, que vivía en Santiago, era Gladys Díaz –sobreviviente de la dictadura de Pinochet– nos visitó en mi casa una o dos veces. [...] Me acuerdo siempre de que ella nos insistió en que debíamos impulsar a las mujeres de los trabajadores que habían ocupado entonces fábricas en Rengo –donde trabajaban con apoyo del MIR y pedían su expropiación– a salir de sus casas, a acostumbrarse a ser independientes de sus hombres, y que para eso, nos dijo, debíamos ir nosotras a reemplazarlas, a cuidar de sus hijos, a cocinarles a ellos y a sus maridos... cosa que sólo algunas veces y con ciertas dudas, acepté hacer, creo...” En Victoria Aldunate Morales, “Marta Zabaleta del Frente de Mujeres Revolucionarias del MIR chileno, años 70. ¿No me Arrepiento de Nada?”, entrevista publicada en Hijxs.Voces [en línea], 14 de septiembre de 2010. Recuperado de <https://imagenesparamemorar.com/2015/07/13/frente-de-mujeres-revolucionarias-marta-zabaleta-argentina-militante-del-mir-chileno-y-feminista-latinoamericana/>.

<sup>579</sup> Entrevista a Manuel Cabieses, enero de 2014.

<sup>580</sup> *Ibid.*

embargo, dice, “estuvimos muy lejos de ser una revista que revolucionara el periodismo”, “hacíamos lo que podíamos, lo que la coyuntura nos iba dictando”<sup>581</sup>. Así, los sujetos que trabajaban en *Punto Final* eran revolucionarios en su adscripción, pero no podían serlo en su dimensión profesional.

Gladys Díaz, ícono de esas militantes revolucionarias, adquirió más renombre aún en su medio cuando se negó a recibir un premio otorgado por la Fundación Helena Rubinstein, que consistía en un diploma y 500 dólares. *Punto Final* hizo gala del gesto y publicó:

Rechazó el Premio “Helena Rubinstein”, que todos los años se otorga a una mujer periodista, denunciando lo que ese galardón significa en la actual coyuntura de nuestro país. Señaló Gladys Díaz que la Fundación “Helena Rubinstein” es apéndice de un monopolio que explota a centenares de trabajadores. Su negocio es hacer de la mujer un objeto, separándola ideológicamente de las luchas de liberación que hoy sostienen los trabajadores en todo el mundo. Junto con otras fundaciones norteamericanas, que patrocinan premios de literatura, artes, ciencias, periodismo, etc., la Fundación “Helena Rubinstein” trabaja en la línea de pavimentar con dólares y publicidad la penetración cultural en nuestros países. El procedimiento de crear fundaciones, que les permiten evadir impuestos y aparecer en funciones “filantrópicas”, es la norma usual de los monopolios norteamericanos: Ford, Rockefeller, Kellog, Mellon, etc. Algunas de esas fundaciones, como ha sido probado, facilitan sus canales a la CIA para el trabajo de penetración de esa agencia norteamericana.

Gladys Díaz, en gesto que honra a los periodistas de izquierda chilenos, rechazó públicamente el premio y denunció su carácter reaccionario”<sup>582</sup>.

Al parecer, en el caso de Gladys Díaz, su vinculación a las estructuras superiores del MIR le proporcionaba una identidad distinta, en la que su condición de profesional quedaba subordinada a la de militante, situación contraria a la de Cabieses, que se situaba políticamente desde su rol de director de *Punto Final*. Lo anterior se deduce de declaraciones hechas más tarde, donde señala:

Considerábamos que nuestra militancia se daba en el periodismo, ese era nuestro campo de combate. Pero además participábamos en otras actividades. Por ejemplo, Augusto Olivares, Hernán Uribe y yo éramos dirigentes del Colegio de Periodistas; en mi caso, además, presidía el sindicato de trabajadores del diario en que me ganaba el pan.

---

<sup>581</sup> *Idem*.

<sup>582</sup> F. C. M., “A otra parte con ese premio”, *Punto Final*, N° 148, 4 de enero de 1972.

Algunos como Mario Díaz, Augusto Carmona y yo nos hicimos también militantes del MIR<sup>583</sup>.

La militancia como una de las tantas identidades derivadas de su condición de periodista podría explicar las limitaciones en la revolución de las comunicaciones.

### **Los jóvenes trabajadores intelectuales militantes del MIR**

Al momento de la fundación del MIR, un grupo importante de jóvenes que participaron en el proceso o que se sumaron en esos primeros años eran intelectuales en formación, en el sentido profesional de la palabra. Esos jóvenes se convertirán en académicos en los años sucesivos, pasando a engrosar la lista de lo que aquí llamaremos intelectuales militantes, invirtiendo la calificación que le dábamos a Miguel Enríquez y Bautista Van Schouwen. Nos referimos, con esta denominación, a un grupo de jóvenes que se constituyen en intelectuales en paralelo con su proceso de militancia, lo cual orientará su quehacer académico.

Antes de proseguir, es necesario precisar las definiciones que hemos utilizado. En todos los casos nos estaremos refiriendo a sujetos que cumplen la función social de intelectual y, en todos los casos también, a sujetos revolucionarios que apostaron por la transformación y la vinculación con un proyecto político revolucionario. No obstante, no todos son lo que aquí hemos llamado intelectuales revolucionarios, ya que no generaron una revolución en su “campo”, sino, más bien, orientaron sus obras hacia el compromiso revolucionario, rescatando temáticas e interpretaciones útiles a la revolución.

El Chile en el que se formaban y definían como intelectuales era un país en profunda transformación. La organización en la que militaban exigía compromisos prácticos difíciles de conciliar a veces con la actividad intelectual profesional, sobre todo para aquellos que ocupaban cargos dirigentes. Andrés Pascal Allende era uno de ellos. Sobrino de Salvador Allende, estudió en el colegio Saint George. En 1961 visita Cuba, donde trabaja en una granja y vuelve un año después “a hacer la revolución”<sup>584</sup>. Ingresa a la Universidad Católica a estudiar sociología y, al mismo tiempo, a la Universidad de Chile, en historia, aunque esta segunda carrera no la termina. Las autoridades de la Universidad Católica sabían quién era, por lo que el propio Vekemans intercedió para que le permitieran

---

<sup>583</sup> “Entrevista a Manuel Cabieses, director y fundador de *Punto Final* y director honorario de *Debate Socialista*, a propósito del reciente aniversario 46 de la digna publicación chilena: ‘la revista que ayuda a pensar’”, *Debate Socialista*, N° 12, 2011.

<sup>584</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014.



matricularse, con la condición de que “no hiciera revuelta”. De esos años Pascal recuerda:

... en segundo año de la carrera, me incorporé a trabajar en ICIRA, el instituto de la Reforma Agraria, que era un convenio entre la FAO y el gobierno chileno. Empecé ahí de ayudante, en ese tiempo no se usaban los computadores, y tuve la suerte de trabajar con tipos como Solon Barraclough, que era un experto en temas agrarios en Chile; Andrew Pierce, que era un antropólogo, también experto en temas agrarios, que era mi jefe, y terminé siendo su ayudante. De jefe del Departamento de Sociología Rural estaba Rafael Barahona, geógrafo; fue uno de los primeros en hacer estudios sobre las haciendas. Zemelman, en fin, habían brasileños también. Era un mundo intelectual muy entretenido, pero una intelectualidad muy comprometida con la realidad social. Participábamos en estudios. Yo hice mi tesis de grado en una comunidad rural en el valle de Hurtado, cerca de Ovalle, sobre estructuras de poder de esa localidad, donde había una comunidad con hacienda, con comuneros, una historia de enfrentamientos y me fui a vivir ahí seis meses, a conocer. Era una intelectualidad poco académica, era un mundo donde la intelectualidad no estaba arrinconada como ahora, estaba metida en la acción, cualquiera fuera ésta, fuera la revolución popular, fuera la revolución demócratacristiana o fuera la Reforma Agraria, fuera más radical o menos<sup>585</sup>.

Una vez titulado vuelve a la Universidad Católica. Casado con Carmen Castillo, la hija del rector que dirigió la reforma en esa universidad, Fernando Castillo Velasco, y cercano al brasileño prorector Ernani Maria Fiori, le propone a este la fundación de un centro de estudios para analizar la realidad chilena. Nace así el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), en el que solo alcanzó a estar hasta 1969, cuando abandonó la actividad intelectual para asumir profesionalmente la militancia como exigencia del periodo en que el MIR pasa a la clandestinidad. En el CEREN comparte experiencias con Jacques Chonchol, presidente del centro, Manuel Antonio Garretón y Norbert Lechner.

En Andrés Pascal Allende se conjugaron, una vez más, los elementos que constituyeron a la elite política e intelectual del periodo: el vínculo temprano con una cultura de elite –lo que Bourdieu llama capital cultural– redes que permiten nutrir las aproximaciones teóricas de base, una experiencia concreta sobre la que podía reflexionar y una profesionalización del saber. Tras la muerte en combate de Miguel Enríquez, será Pascal Allende quien asuma como jefe del MIR.

---

<sup>585</sup> *Ibid*

La contraparte del CEREN en la Universidad de Chile era el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO). En él encontramos a una gran cantidad de intelectuales militantes del MIR, con lo cual la organización revolucionaria tenía la posibilidad de influir en los temas de investigación y los debates académicos<sup>586</sup>. Fuera de los intelectuales extranjeros que analizaremos más adelante, había algunos jóvenes investigadores chilenos, como Silvia Hernández, que realizó un importante aporte al análisis del campo para explicar el desarrollo capitalista en el ámbito rural<sup>587</sup>.

Hasta su estudio, la interpretación que primaba era el carácter tradicional de la estructura campesina local. Hernández, en su texto titulado “El desarrollo capitalista en el campo chileno”<sup>588</sup>, contradice esa tesis, planteando que desde la década de 1930 la zona rural en Chile había experimentado una acelerada proletarización de la mano de obra y un reemplazo de la economía campesina por la gran empresa comercial agrícola, desplazando también al tradicional latifundio y sus relaciones sociales internas.

El texto explica no solo las características de las nuevas relaciones sociales del campo nacional, sino que problematiza, también, el carácter que la reforma agraria debía tener. En ese sentido, la autora destaca el espíritu de cuerpo con el que actúan los pobres del campo en las tomas de terreno y el rol que cabía a las organizaciones campesinas revolucionarias en el proceso. En definitiva, las tesis de Hernández estaban plenamente acordes con las propuestas del MIR en torno a que el socialismo en Chile debía desarrollar los procesos de modernización en los que no había ahondado el capitalismo y, a la vez, medidas socialistas. Silvia Hernández destacaba en su publicación la inspiración recibida en conversaciones con dos importantes militantes miristas, Juan Carlos Marín y Ruy Mauro Marini.

Otro núcleo relevante de intelectuales miristas en Santiago era el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Entre ellos, los más renombrados fueron Juan Rivano, Sergio Zorrilla y, en derecho, Alfredo Nazar Riquelme<sup>589</sup>.

---

<sup>586</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014.

<sup>587</sup> La importancia del estudio de Silvia Hernández me fue revelado en una conversación con Claudio Robles, quien reconoció haberlo utilizado como fuente para su propio trabajo, en el que terminaría polemizando con Arnold Bauer.

<sup>588</sup> Silvia Hernández, “El desarrollo capitalista del campo chileno”, *Sociedad y Desarrollo*, N° 3, CESO, 1972.

<sup>589</sup> La querrela entre Alfredo Nazar y el decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Eugenio Velasco, será publicada en un suplemento a la edición N° 52 de *Punto Final* del 9 abril de 1968: Alfredo Nazar, “Lo que se esconde detrás de

Juan Rivano es uno de los primeros filósofos profesionales de la academia chilena y fue el primero también en introducir a Marx en las cátedras de filosofía de la Universidad de Chile a principios de los años sesenta. De esas reflexiones nacerá su primer libro, *Entre Hegel y Marx*, publicado en 1962<sup>590</sup>. Más tarde será uno de los primeros también en analizar a Lukács. Rápidamente se convierte en un ícono para los jóvenes estudiantes de filosofía, entre los que se encontraba Edison Otero, actual académico dedicado a temas de comunicación y epistemología.

No podemos hablar de una incorporación del pensamiento de Rivano al MIR, pero sí del importante rol que cumplían algunos de los profesores marxistas en las universidades chilenas. Otero señala que existía un grupo nutrido de jóvenes conocidos como los “alumnos de Rivano” que, “alimentados por la efervescencia en torno a la Revolución cubana y la figura del Che, esos inquietos individuos pronto tomaron postura por todo lo que oliera a izquierda revolucionaria”, lo que produjo su vinculación con el MIR antes del “giro autoritario introducido por Miguel Enríquez”<sup>591</sup>.

El vínculo de Rivano con el MIR nos permite analizar la relación problemática de los intelectuales con las organizaciones políticas. Las palabras de Otero y el propio testimonio de Rivano nos acercan a la crítica realizada por los intelectuales al marxismo soviético y, en especial, a la relación con los partidos comunistas en Europa. Esta crítica va a generar una amplia deserción de intelectuales y artistas de dichos partidos<sup>592</sup>.

En Chile, según testimonios de sus protagonistas, frente a la decepción por la imposibilidad de realizar una transformación radical y profunda de las condiciones estructurales, “unos ochenta o noventa pensadores del ‘grupo de Rivano’ que se insertaron en el MIR empezaron a ser tratados despectivamente como los ‘pajeros’ [...] por su inclinación a la cuestión teórica más que a la acción política”<sup>593</sup>. En 1969 el grupo fue expulsado del MIR. Según Rivano, su salida se dio en medio de amenazas de hacerle un tribunal revolucionario<sup>594</sup>. Sergio Zorrilla, discípulo de Rivano, explica el liderazgo del filósofo y las críticas al MIR:

---

los principios” [*Brigada*, N° 3, marzo de 1968, órgano de difusión de los estudiantes socialistas]. Recuperado de [http://www.pf-memoriahistorica.org/PDFs/1968/PF\\_052\\_doc2.pdf](http://www.pf-memoriahistorica.org/PDFs/1968/PF_052_doc2.pdf).

<sup>590</sup> Juan Rivano, *Entre Hegel y Marx: una meditación ante los nuevos horizontes del humanismo*, Santiago, Universidad de Chile, 1962.

<sup>591</sup> Felipe del Solar y Andrés Pérez, *Anarquistas: presencia libertaria en Chile*, Santiago, RIL, 2008.

<sup>592</sup> Josep Picó y Juan Pecourt, *Los intelectuales nunca mueren. Una aproximación sociohistórica (1900-2000)*, Barcelona, RBA, 2013.

<sup>593</sup> Del Solar y Pérez, *op. cit.*

<sup>594</sup> *Ibid.*

... él trata de formar una generación, que era la nuestra, donde estaba Jaime Riera, estaba yo, Edison Otero [...], estaba Rodrigo de Castro, Ruiz Moscatelli, que fue el dirigente del MR-2. Estaba Arturo Leiva, que estuvo en el MR-2. Estaba la Lumi Videla, el Chico Pérez daba vueltas. Él aceptaba esta convivencia y coexistencia que teníamos con el MIR, hasta que el MIR de Concepción decide apoyar la candidatura a rector del padre de Miguel Enríquez, ahí Rivano dice “qué huevada es esta”.<sup>595</sup>

De este grupo es interesante seguir la trayectoria de un intelectual en formación como Sergio Zorrilla. Su primera militancia fue comunista, con tradición familiar en ese partido. Lo deja a los 16 años, pero sus primeras lecturas de Marx, Lenin y los libros de las editoriales rusas fueron bajo esa militancia. Una vez fuera del Partido Comunista se dedicó a leer filosofía. Las lecturas de Lukács y Marcuse lo marcaron e incentivaron el desarrollo de un pensamiento crítico al socialismo soviético, que era filosófico y político a la vez. Ingresa al MIR en los primeros años de su fundación, donde llegó a ser parte de la Comisión Política y estuvo al mando de una de las unidades operativas que desarrolló una serie de acciones directas entre fines de 1968 y 1969, por las cuales estuvo preso<sup>596</sup>.

Lejos de la visión de Rivano, Zorrilla plantea una crítica al MIR por su institucionalización a partir de 1970, el abandono de la violencia y el vínculo *snob* de la dirigencia del MIR con los líderes de la Unidad Popular y los cubanos “en fiestas con *jeans*, pistola al cinto y tomando ron y fumando habanos” y sus relaciones con Allende tomando whisky<sup>597</sup>. Además, Zorrilla desconoce cualquier aporte que los intelectuales pudieran haber hecho al partido. Para él, dichos intelectuales se vinculaban por redes personales y elitistas a la Comisión Política y generaron insumos para esa instancia, no para el partido.

Sergio Zorrilla no pertenecía al círculo íntimo de Enríquez y tampoco a la elite política o intelectual local en ese entonces. Sí reconoce la influencia de Rivano y explica que con la visita a Chile de uno de los líderes del mayo francés, Salvatore Pascal, comienza un acercamiento al pensamiento europeo. Según dice, el impacto de Salvatore Pascal:

... es el impacto de las ideas de mayo del 68; aparece la discusión sobre la libertad, la anarquía muy difusamente, la sexualidad libre, toda una serie de cosas que nos fueron profundamente extrañas hasta el golpe de Estado. Todo eso desaparece cuando el grupo se va y lo que

---

<sup>595</sup> Entrevista a Sergio Zorrilla, enero de 2014. Sergio Zorrilla es actualmente académico de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Santiago.

<sup>596</sup> *Ibid.*

<sup>597</sup> *Idem.*

queda es un grupo de burócratas. Ahí en el MIR se corta toda reflexión intelectual<sup>598</sup>.

Zorrilla explica la militancia de muchos intelectuales en el MIR diciendo “es muy simple, porque había una coyuntura en América Latina, una coyuntura donde todo el mundo tenía que hacer algo”<sup>599</sup>, pero advierte que ese vínculo no generó una fusión entre la práctica y la reflexión política. Había un trabajo de base y una dirección que tenía sus propios objetivos. Las críticas a la institucionalización del MIR y las diferencias en torno a las concepciones políticas lo instan a formar una facción “donde está el Pepone, el Tranquillo, la Gladys Díaz y el Chanfró”<sup>600</sup> esta actitud crítica y polémica de Zorrilla se mantiene hasta que sale del MIR en 1973.

Las reflexiones de Sergio Zorrilla las podemos analizar tomando algunas ideas de Gramsci. Para el italiano, la relación entre la filosofía superior y los simples es la política. En ese sentido, no es que haya una obligación de impregnar de discusiones teóricas y abstractas a la base, sino que es necesaria la reflexión en torno a una política nueva que rompa con el sentido común de la dominación; eso es impregnar al pueblo de filosofía revolucionaria. Es la filosofía de la praxis la que elevará a los sencillos al nivel de los intelectuales, haciéndolos superar el mero sentido común y llevándolos a una verdadera concepción de la vida. Zorrilla no ve este proceso en el MIR.

En el próximo capítulo indagaremos sobre las reflexiones hechas por los intelectuales latinoamericanos influidos por la experiencia chilena. A partir de esa revisión, estamos en condiciones de decir que, pese a las críticas de Zorrilla, sí hubo una relación orgánica influyente entre los intelectuales y el MIR. Sin embargo –y concordando en ese aspecto con la evaluación de Zorrilla– esto no quiere decir que las reflexiones hayan sido bajadas a las bases del partido. Es posible, citando a Gramsci, señalar que “la unidad entre la teoría y la práctica se encuentra aún en una fase inicial: todavía quedan residuos de mecanicismo puesto que se habla de la teoría como de un ‘complemento’ o ‘accesorio’ de la práctica, de la teoría como sierva de la práctica”<sup>601</sup>.

El otro espacio intelectual importante es la Universidad de Concepción. Ahí confluyeron un grupo de académicos reformistas que formaron vínculos con los jóvenes miristas que recién se estaban integrando a la academia. De estos jóvenes, los más destacados, por

---

<sup>598</sup> *Idem*.

<sup>599</sup> Entrevista a Sergio Zorrilla, enero de 2014.

<sup>600</sup> *Ibid*.

<sup>601</sup> Antonio Gramsci, “Relaciones entre ciencia, religión, sentido común”, *Antología*, Manuel Sacristán (ed. y trad.), México, Siglo XXI, 1970, pág 556.

cumplir funciones académicas en la universidad y por ser importantes dirigentes en el MIR, fueron: Marco Antonio Enríquez, Fernando Mires, Marcello Ferrada de Noli y Nelson Gutiérrez. De Marco Antonio ya hemos escrito y rescatamos su profunda formación académica y la importancia como referencia intelectual en la generación que dirige el MIR desde 1967, por lo que nos centraremos en los otros.

En Concepción, donde el MIR tenía una militancia universitaria muy nutrida y una conducción política del movimiento estudiantil en algunas facultades y departamentos, la reforma había tomado vuelo. La universidad reformista había abierto las puertas a una formación interdisciplinaria muy pertinente para los estudiantes revolucionarios que cursaban carreras, pero que también querían formarse políticamente. Mario Garcés<sup>602</sup>, militante del MIR y adscrito en ese entonces a la estructura estudiantil de la organización, recuerda que en antropología “había malla flexible y eso les permitía tomar ramos con los profesores más destacados de otras carreras”<sup>603</sup>.

Esos profesores eran los que incluían una reflexión desde la perspectiva marxista<sup>604</sup>. Además, la politización de los estudiantes universitarios y la conciencia de estar haciendo historia generaba un profundo aprecio por el estudio, la teorización y el manejo de conceptos. “Era necesario aprender, era una oportunidad enorme que no todos tienen y también porque la revolución requiere profesionales muy formados, de mucha calidad, hay una especie de híper valoración de la teoría y del espacio universitario como un espacio formativo”<sup>605</sup>.

En sociología fue donde se produjeron las máximas reformas, propiciadas por Nelson Gutiérrez, estudiante de esa carrera, presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción en 1969 y profesor luego de la misma. Dos son sus intervenciones públicas más célebres: la primera fue aquella, a propósito de los 50 años de la

---

<sup>602</sup> Mario Garcés es actualmente historiador de la Universidad de Santiago de Chile.

<sup>603</sup> Entrevista a Mario Garcés, enero de 2014.

<sup>604</sup> Mario Garcés cuenta: “en primer año, un profesor de historia, Julio Montaner, que era el director del Museo de Ciencias Naturales y que viajaba una vez a la semana a darnos clases. Era un viejo comunista arqueólogo, muy relevante porque es el que descubre las osamentas o los restos de San Vicente de Tagua Tagua, que en esa época era el descubrimiento arqueológico más antiguo de Chile. Bueno, Julio, el primer semestre da un curso de introducción, el segundo da un seminario y nos invitaba a pensar en la arqueología desde una perspectiva materialista o marxista y por lo tanto él se abría a esos debates, nos sugería lecturas. Él mismo estaba pensando y nos hacía parte de su búsqueda, por lo tanto, también nos sentíamos nosotros siendo muy jóvenes, 18, 19 años, discutiendo algo relevante”, *ibid.*

<sup>605</sup> *Idem.*

Universidad de Concepción, en la que Gutiérrez llamó a la insurrección popular en presencia de Máximo Pacheco, ministro de Educación del gobierno demócratacristiano. La segunda fue su célebre polémica con Salvador Allende en 1971<sup>606</sup>.

En aquella ocasión, Nelson Gutiérrez señaló las diferencias entre el manejo del gobierno y la construcción de poder para los trabajadores y terminó su discurso enviándole “el saludo solidario y combativo de los estudiantes de Concepción y [...] el compromiso de integrarnos a esta lucha hasta conquistar con usted, con el gobierno popular y con toda la izquierda, el poder político para la clase obrera y el campesinado chileno”<sup>607</sup>. Allende respondió “que ser dirigente y ser gobernante implica responsabilidad y esa responsabilidad no me la va a enseñar nadie a mí”, “estamos haciendo un proceso revolucionario sin costo social: ¡ni un solo preso! [...] Este título de legalidad alcanzado en las urnas, amarra las manos a los que utilizaron la fuerza para invadir países”<sup>608</sup>.

Marcello Ferrada de Noli define ideológicamente a Nelson Gutiérrez como un pensador humanista y señala que pertenecía a lo que se llamó en su tiempo la “élite” intelectual del MIR en Concepción, un término referido a aquellos militantes cuyos conocimientos teóricos sobrepasaban el marxismo ortodoxo o las doctrinas leninistas a usanza en los partidos y organizaciones de izquierda en los años sesenta y setenta<sup>609</sup>. Señala que había recibido la influencia del pensamiento que nutría por esos años a los jóvenes del mayo francés, entre ellos a Sartre y Marcuse, y que estaba preocupado por la formación de los estudiantes de sociología en las corrientes intelectuales que estaban inspirando a la nueva izquierda europea, como el pensamiento de Althusser y Gramsci. Había leído a Eric Fromm, lo que le permitió enfrentarse al humanismo cristiano de la Democracia Cristiana desde un humanismo socialista y vencer en la conducción de las transformaciones de la universidad.

Ese es el rol de intelectual que podemos destacar de Nelson Gutiérrez, no hay producción escrita de su obra, ni siquiera su tesis, con la que “se graduó con honores”, está en la biblioteca de la Universidad de Concepción. Sin embargo, logró una revolucionaria conducción del proceso de reforma<sup>610</sup>, sobre todo en las escuelas de ciencias sociales, lo

---

<sup>606</sup> Ferrada de Noli, *op. cit.*

<sup>607</sup> Nelson Gutiérrez, “Debate con Salvador Allende en la Universidad de Concepción”, *Punto Final*, N° 132, 8 de junio de 1971.

<sup>608</sup> *Ibid.*

<sup>609</sup> Ferrada de Noli, *op. cit.*

<sup>610</sup> Jaime Rosenblitt plantea que la reforma universitaria en Concepción se desarrolló como un enfrentamiento entre la masonería y el MIR. Los masones eran mayoría en el cuerpo docente y en la práctica eran quienes designaban al rector. El MIR, por su parte, se oponía a los términos de la reforma y desarrolló

que le permitió diseñar un perfil de estudiante pensando en el hombre nuevo, con cátedras básicas de realidad nacional, la renovación de la planta docente y de investigadores con intelectuales de renombre y la modificación de los programas de estudio.

Otro militante joven formado en Concepción que se convirtió más tarde en académico de esa universidad fue Marcello Ferrada de Noli. Estudió filosofía y luego neurociencia. Hacía clases en la Escuela de Sociología de la universidad. Como estudiante participó activamente en el proceso de reforma universitaria, siendo electo como representante ante el Consejo Superior de la Universidad y presidente de la Comisión Tripartita de Reforma Misión de la Universidad<sup>611</sup>. En la biblioteca de esta casa de estudios se registra un libro de poemas de su autoría, publicado en 1962: *Cantos de rebelde esperanza*.

En 1970, ya siendo profesor auxiliar, fue elegido director de Difusión de la sede Los Ángeles<sup>612</sup>. La trayectoria de este joven mirista lo liga fuertemente a la universidad reformista desde los inicios del proceso hasta su desarticulación con el golpe. Dentro de ese proceso elaboró dos documentos en momentos y condiciones distintas: el primero en 1968: “Aproximación al concepto de misión de Universidad”<sup>613</sup>, y el segundo en 1970: “Fundamentos para la nueva estructura de la difusión universitaria”<sup>614</sup>.

Ferrada de Noli cumplía funciones de formación al interior del MIR y desde esa experiencia realiza hoy el análisis de la organización. En su balance plantea que desde mediados de 1969 la formación política fue subordinada a las tareas de preparación de la insurrección, articuladas desde los GPM<sup>615</sup>. Sin embargo, es difícil hablar de una desviación militarista en el periodo, ya que en la práctica las acciones militares del MIR fueron acotadas en número y restringidas en el tiempo.

Por su parte, Ferrada de Noli plantea que su preocupación por las tareas de formación en el Regional Concepción chocaban con una pared “burocrática-burocrática (no burocrática-militarista, como se pensaría por los militantes de base)”<sup>616</sup>. La insistencia en la formación se basaba en la

---

al interior del proceso una constante acción violenta. Rosenblitt, “La reforma universitaria, 1967-1973”, Memoria Chilena [en línea], recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0014015.pdf>.

<sup>611</sup> Ferrada de Noli, *op. cit.*

<sup>612</sup> Información entregada en varios intercambios de correos entre la autora y Ferrada.

<sup>613</sup> Marcello Ferrada de Noli, *Rebeldes con causa. Mi vida con Miguel Enríquez, el MIR y los derechos humanos*, [Suecia], Libertarian Books, 2020.

<sup>614</sup> Estos dos documentos fueron entregados por Ferrada de Noli a la autora.

<sup>615</sup> Ferrada de Noli, “Nelson Gutiérrez...”, *op. cit.*

<sup>616</sup> *Ibid.*



convicción de que en la etapa de clandestinidad y compartimentación de la organización, la formación de los militantes se hacía más urgente debido a la necesidad de las bases de actuar autónomamente. La formación de cuadros, por lo tanto, debía tener una importancia fundamental. En lugar de eso, según Marcello, la formación se convirtió en

... [un] show teórico [que] consistía en que grupos de cincuenta a cien militantes, en su mayoría jóvenes estudiantes, pero también de extracción obrera, eran concentrados un par de días en “escuelas de cuadros” o “escuelas de educación política”, fueran éstas en los locales de Sociología en el campus o en otros lugares –por ejemplo Antuco, el refugio que la Universidad de Concepción poseía en Los Ángeles hacia la cordillera.

En esta oportunidad se invitaba un número aproximado de cinco o siete personalidades dentro del MIR, elegidos ya sea por su posición de poder en la escala de mando (por ej. miembro del C.C. o jefatura del regional) o por su reconocido mérito como teórico del MIR (por ejemplo algunos escogidos docentes argentinos y brasileños, más Fernando Míres). En el show se escuchaba una exposición magistral, se aplaudía, se permitían preguntas políticamente correctas y con lo que los expositores –aunque estoy seguro no era su intención–podían brillar aún más con su respuesta. En otras palabras, no se formaba, no se practicaba el análisis, se aprendían datos de lo político y de lo histórico pero no instrumentos para analizar nuevos datos, y nuevos datos con que la realidad política sorprendería al MIR durante la dictadura<sup>617</sup>.

Desde una valoración distinta, pero sin contradecir la reflexión de Ferrada, Mario Garcés cuenta que cuando él entró a militar en 1969, la formación estaba orientada a temas instrumentales, relativos a la clandestinidad, la compartimentación, el seguimiento, el chequeo y contrachequeo. Su ingreso a la Universidad de Concepción y el comienzo de la militancia en esa ciudad significó otra realidad “el partido no ofrecía muchos espacios de formación política y la formación política la hacíamos en la propia universidad”. El espacio universitario servía para el desarrollo de debates con trotskistas, comunistas y para formarse con los importantes intelectuales que enseñaban ahí: “esos debates eran muy formativos pero no sistemáticos”<sup>618</sup>:

A fines del 72, hay conciencia en el Comité Regional de que hay una falta de experiencia formativa y se decidió crear una instancia de formación política y fue una de mis últimas tareas en la Universidad. A

---

<sup>617</sup> *Ibid.*

<sup>618</sup> Entrevista a Mario Garcés, enero de 2014.

mí me encargaron esa tarea, me asignaron a todos estos profes, a Marco Antonio, Néstor, Pancho Brevis, como cuatro o cinco<sup>619</sup>.

En las tareas de formación, según testimonio de Marcelo Ferrada de Noli y Mario Garcés, estaba también Fernando Mires, que según Luis Vitale es “uno de los intelectuales más brillantes que haya producido Chile”<sup>620</sup>. Mires se integró como docente a la Universidad de Concepción en el periodo de reformulación de la Escuela de Sociología, en el momento de incorporación de un grupo de intelectuales marxistas nacionales y extranjeros. Uno de los logros de la universidad reformista fue la incorporación de algunos cursos básicos transversales para la formación de todos los estudiantes. Mires hacía el de ciencias sociales básicas, donde comienza a destacar como un pensador joven y un profesor sistemático, disciplinado, que introducía a los estudiantes a las lecturas fundamentales del marxismo<sup>621</sup>.

Su condición de pensador joven y novel intelectual la podemos rastrear a través de sus escritos tempranos. En 1966 publica un artículo en el periódico *El Siglo* titulado “Hacia la conciencia humana de la literatura chilena”. Desde 1969 comenzó a escribir sistemáticamente en la revista *Punto Final* y en 1971 publica un libro titulado *Los fundamentos represivos del Estado capitalista*<sup>622</sup>. Estos textos nos orientan sobre los temas en los cuales se va a especializar Mires.

Los primeros artículos en *Punto Final* son del último año del gobierno de Eduardo Frei Montalva. Uno de los temas problemáticos era la acción represiva de un gobierno que se decía democrático y revolucionario. El Grupo Móvil de carabineros desplegaba sus atribuciones especiales para reprimir huelgas y tomas. En esa coyuntura, Mires escribe sobre el Estado y la represión desde la perspectiva de Marx y Lenin. Luego del triunfo de Salvador Allende, la temática girará hacia la revisión de las experiencias históricas de la izquierda institucional y el Estado. Mires analizará la experiencia del Frente Popular, el ibañismo y el gobierno de Alessandri. En 1972, como para la mayoría de los intelectuales revolucionarios, el tema a considerar será “el poder”.

Las reflexiones de Mires denotaban una profunda lectura de los clásicos del marxismo y la plataforma en *Punto Final* le permitió una tribuna que no solo llegaba a los militantes miristas, sino a los militantes y simpatizantes revolucionarios en general. Esto permitía alimentar las

---

<sup>619</sup> *Ibid.*

<sup>620</sup> Vitale, *Contribución...*, *op. cit.*

<sup>621</sup> Entrevista a Mario Garcés, enero de 2014.

<sup>622</sup> Fernando Mires, “Hacia la conciencia humana de la literatura chilena”, *El Siglo*, 14 de agosto de 1966, y *Los fundamentos represivos del Estado capitalista*, Concepción, Universidad de Concepción, 1971.

discusiones políticas dadas en el periodo desde conceptos teóricos tensionados por la práctica. En 1972, por encargo de Miguel Enríquez, escribe una historia del MIR que no es aprobada por la Comisión Política. De ese texto se sacaron tres copias, que hasta la fecha permanecen perdidas.

Reflexiones ya clásicas relativas a las clases medias y los intelectuales son las interrogantes de cómo lograr su vinculación con el proyecto de las masas o de por qué en tiempos de crisis la pequeña burguesía adscribe al proyecto proletario. En su estudio sobre Lukács ya mencionado, Michael Löwy se propuso analizar ese proceso preguntándose cómo un intelectual ya formado adscribe al pensamiento marxista revolucionario<sup>623</sup>. Si nos hacemos esa pregunta para el Chile de los sesenta, tal vez la respuesta sea el contexto latinoamericano y la potencia de su proyecto. En el caso de Gutiérrez, Ferrada de Noli, Mires y Marco Antonio Enríquez, la realidad es inversa, son militantes que se están formando como intelectuales, por lo tanto, la pregunta que se intentamos responder fue la de cómo un grupo de militantes y dirigentes que se conciben como revolucionarios viven su profesión y se convierten en académicos e intelectuales desde el compromiso con su época y la militancia revolucionaria.

La respuesta ya la anticipamos. Frente a la temprana renuncia de los primeros intelectuales a la experiencia mirista, la organización formó a sus propios militantes como tales. Estos fueron jóvenes que intentaron hacer síntesis entre teoría y práctica, entre necesidad y urgencia y se fueron insertando en el campo académico que en aquellos años no estaba distanciado de la política, sino casi fundido en ella. Así, el MIR se convirtió en un espacio de creación, recepción y circulación de ideas que se potenciará con la incorporación de otros intelectuales venidos de distintas partes del continente.

---

<sup>623</sup> Löwy, *op. cit.*



## CAPÍTULO V

### CIENTÍFICOS SOCIALES LATINOAMERICANOS y LATINOAMERICANISTAS EN EL MIR CHILENO<sup>624</sup>

Como hemos visto hasta aquí, la década de 1960 fue la del desarrollo y la expansión del pensamiento latinoamericano y latinoamericanista, los años de ampliación de las redes intelectuales, de la creación de propuestas alternativas de desarrollo y de legitimidad de la violencia revolucionaria. Los sesenta se presentaron como una época de proyectos contrapuestos, de elaboración de utopías, pero también de adscripción a proyectos concretos. En esta década extendida, las tensiones intelectuales y las políticas se desarrollaban a la par, configurando un periodo de crisis que se resolvió a través de la fuerza.

La creación intelectual de cientistas sociales siguió estando ligada al Estado, como había sido la tónica desde la formación de esta área, pero en este periodo, como en el resto de los ámbitos sociales, esta relación se tensionó. Los años sesenta vieron nacer a un grupo de pensadores que heredaron el pensamiento latinoamericanista desarrollado desde principios de siglo y lo profundizaron, superando la propuesta estética de los literatos y novelistas y ampliando la crítica que habían desarrollado ya algunos ensayistas del continente. A esto se agregó la reflexión filosófica sobre el ser latinoamericano<sup>625</sup>.

Los científicos sociales de los años sesenta también heredaron la tradición institucionalizada de sus disciplinas creadas al alero del Estado y levantadas para servirlo más que para pensarlo. Fue esa relación subordinada la que comenzó a entrar en crisis en esa década, pero no por un afán de alcanzar autonomía —pensando en una exigencia de libertad para pensar—, sino para elaborar un pensamiento crítico sobre la institucionalidad reinante y para proyectar una transformación sistémica. Los intelectuales no se alejaron institucionalmente del Estado, sino que lo hicieron del paradigma hegemónico, tensionando al primero y nutriendo las propuestas políticas sobre la sociedad civil.

---

<sup>624</sup> Varias de las ideas de este capítulo han sido publicadas bajo el título de “El pensamiento político latinoamericano y su recepción, creación y circulación en el MIR chileno”, en Roberto González Arana y Alejandro Schneider (eds.), *Sociedades en conflicto. Movimientos sociales y movimientos armados en América Latina*, Barranquilla y Buenos Aires, Universidad del Norte, Instituto de Altos Estudios Sociales y Culturales de América Latina y del Caribe, CLACSO, Imago Mundi, 2016.

<sup>625</sup> Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, Santiago, Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.

La crisis vivida por el modelo desarrollista, la influencia del marxismo en lo teórico y las revoluciones del Tercer Mundo, además de la propia crisis de las universidades, fueron el marco general en el cual se desenvolvió una crisis de las ciencias sociales y la emergencia de un ciclo en el pensamiento latinoamericano de especial brillo y volumen<sup>626</sup>. La fractura que se produjo en el sistema de dominación permitió la emergencia de visiones y proyectos alternativos, que comenzaron a presionar para convertirse en hegemónicos y reemplazar la ideología dominante.

La creación de esa alternativa se realizó en tensión con la estructura y en vínculo con la militancia. Los científicos sociales reconvirtieron la relación de servicio que tenían con el Estado hacia los partidos políticos, convirtiéndose en intelectuales militantes en algunos casos, intelectuales orgánicos en otros o en activos agentes de la revolución. Su aspiración no era la autonomía o la independencia para crear –tan valorada en la actualidad–, sino la transformación social que era vista en ese entonces totalmente ligada al compromiso de la obra y a la adscripción política.

En la mediana de la década surge el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), el cual logra convocar a intelectuales nacionales que tenían una larga relación con la política, con las tesis críticas al sovietsmo comunista y una propuesta nacionalista. No obstante, estas propuestas de los intelectuales fundadores entran en contradicción con la apuesta por la lucha armada representada por los jóvenes militantes. Este proceso de encuentros y disidencias es compartido por otros sujetos y organizaciones políticas en el continente.

En 1969, a diez años de la Revolución cubana, en casi todos los países latinoamericanos se habían formado organizaciones que adscribían a la lucha armada. En todas partes se discutían las tesis foquistas para la revolución y se innovaba respecto de las formas y los sujetos que debían desarrollar la transformación social. Como reacción, en Argentina y Brasil se habían desarrollado golpes de Estado e instalado dictaduras. En Chile, donde la izquierda también crecía en importancia y en número de organizaciones, se congregó un grupo importante de intelectuales latinoamericanos y latinoamericanistas atraídos por las instituciones políticas académicas o expulsados de sus espacios de origen por la represión o una combinación de ambas razones.

En paralelo, el MIR había desarrollado su tercer congreso, había comenzado un proceso de inserción social entre los trabajadores, los

---

<sup>626</sup> Eduardo Devés Valdés, “El ecosistema intelectual Santiago de Chile 1968-1972: intento de teorización y ejemplo empírico”, 2014, recuperado de [https://www.academia.edu/36375127/2014\\_Ecosistema\\_intelectual\\_Santiago\\_de\\_Chile\\_1968-1972\\_intento\\_de\\_teorizaci%C3%B3n\\_y\\_ejemplo\\_emp%C3%ADrico](https://www.academia.edu/36375127/2014_Ecosistema_intelectual_Santiago_de_Chile_1968-1972_intento_de_teorizaci%C3%B3n_y_ejemplo_emp%C3%ADrico).

pobladores y el campesinado y compartía diagnósticos y definiciones estratégicas con las organizaciones de origen de los intelectuales que llegaban. Fue casi natural, entonces, el acercamiento que se produjo entre ellos<sup>627</sup>.

Entre los elementos históricos que explican esta vinculación militante fuera de sus países de origen de estos intelectuales, podemos mencionar la creación de una identidad latinoamericana que traspasó las fronteras nacionales y generó una conciencia internacionalista. La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), como lo vimos en capítulos anteriores, tuvo un rol fundamental en la generación de estudios sobre la realidad latinoamericana como una unidad, superando la disgregación de diagnósticos nacionales.

Por otro lado, la creación de una infraestructura institucional académica e intelectual en la región permitió generar redes que estaban activas varios años antes de que los intelectuales llegaran a Chile. La CEPAL, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB), entre otras instituciones, fueron las que crearon o albergaron estas redes. También existió una vinculación disciplinaria e interpretativa entre los intelectuales que aquí estamos estudiando. Todos ellos eran científicos sociales y, por lo tanto, se produjo un diálogo disciplinario entre ellos, además de una adherencia común al paradigma interpretativo de la teoría de la dependencia.

La militancia no generaba ninguna contradicción con el trabajo académico, toda vez que la mayoría de los centros de estudios estaban muy influidos por el marxismo y, por lo tanto, los científicos sociales veían en esta una extensión de sus labores académicas o viceversa. Se desarrolló una producción académica totalmente comprometida.

Si bien al analizar esta época se habla de un modelo de intelectual sartreano, lo cierto es que los intelectuales latinoamericanos, aunque valoraron, al igual que Sartre, el compromiso de la obra, su vinculación con los procesos superó dicha relación. La reflexión sartreana era sobre todo estética y los intelectuales analizados eran científicos sociales acostumbrados a analizar las estructuras, el Estado, las políticas económicas, por lo que la consideración sartreana que comprometía la obra pero mantenía la independencia de los partidos políticos no era la intención de los sociólogos y economistas que militaron en el MIR:

Para Sartre, la intervención pública del intelectual era básicamente una intervención literaria, es decir, un acto creativo mediante el cual se

---

<sup>627</sup> Hay otras organizaciones políticas a las cuales adscribieron los intelectuales de izquierda que llegaron a Chile. El Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), la Izquierda Cristiana y el Partido Socialista fueron las más importantes.

transforma el mundo, y aseguraba que el escritor se veía lanzado a esta tarea no por accidente sino por la esencia de su propia naturaleza, por la relación directa entre la escritura literaria y el compromiso político. Para él, el discurso creativo de la literatura y la filosofía era la forma superior de intervención de la realidad social, por encima del discurso científico que consideraba atrapado por las estrategias del control social de la burguesía<sup>628</sup>.

Los científicos sociales, no discutían sobre la función o la esencia intelectuales, sino acerca de la relación existente entre ciencia y revolución. Economistas y sociólogos reconocían la condición de dependencia material de América Latina, pero también de las teorías desde las cuales se analizaba su historia y su presente. Por ello se arrogaban la tarea de observar las condiciones de dependencia y tratar de romperlas desde una creación teórica propia. Aníbal Quijano escribía en 1966: “La racionalidad sistemática de la totalidad de la experiencia revolucionaria de la última década latinoamericana es la condición *sine qua non* a partir de la cual sea posible la progresiva elaboración de una teoría de la revolución latinoamericana, sin la cual ya no parece posible, de ninguna manera, el logro de las metas revolucionarias”<sup>629</sup>.

El modelo del intelectual revolucionario latinoamericano no era el de Émile Zola o el de Sartre porque su afán no era intervenir en la realidad, sino construir una distinta desde una nueva epistemología. Para los científicos sociales, esta epistemología encerraba el principio de totalidad, con el que se superaba la división entre análisis económico y análisis social. Los primeros pasos ya habían sido dados en los ensayos de José Medina Echavarría, pero los teóricos de la dependencia eran más ambiciosos, se trataba de generar una teoría revolucionaria. Los dependentistas no pretendían mejorar la ciencia existente, sino crear la ciencia que les permitiera a los países periféricos mirarse a sí mismos superando, por lo tanto, la mirada y el análisis desde el centro<sup>630</sup>.

Los intelectuales vivieron dialécticamente el proceso de radicalización del pensamiento social y de la política y observaron y evaluaron los límites del Estado desarrollista. La conclusión a la que muchos llegaron fue que las transformaciones que ellos imaginaban solo podían realizarse dentro del proceso revolucionario. Pero pese a esa reivindicación de independencia teórica respecto del centro, las bases teóricas de la teoría de la dependencia fueron el marxismo y la teoría del

---

<sup>628</sup> Josep Picó y Juan Pecourt, *Los intelectuales nunca mueren. Una aproximación sociobistórica (1900-2000)*, Barcelona, RBA, 2013, págs. 205-206.

<sup>629</sup> Bajo el seudónimo de Silvestre Condoruna, “La experiencia de la última etapa de las luchas revolucionarias en el Perú”, *Estrategia*, N° 3, abril de 1966.

<sup>630</sup> Devés Valdés, *El pensamiento...*, *op. cit.*



imperialismo leninista. A estas bases se sumaron, en algunos casos, la heterodoxia del marxismo occidental, las reflexiones gramscianas, el psicoanálisis marxista y una relación tensa con el althusserismo.

En esta época de politización profunda y de desarrollo de una intelectualidad crítica y creativa estimulada por los desafíos que planteaba el superar el desarrollismo y la dependencia, las organizaciones políticas se transformaron en espacio de convergencia de pensadores y de establecimiento de redes intelectuales. Los partidos también actuaron como estímulo al pensamiento y la creación teórica, y, al encontrarse en un “tránsito histórico”, tensionaron a sus intelectuales y convirtieron sus aportes teóricos en insumos para la elaboración de sus definiciones estratégicas, programas y análisis coyunturales.

La politización del periodo se pensaba en clave latinoamericana, por lo que la reflexión revolucionaria era continental y se entendía como una gesta internacionalista. Los vínculos y coordinaciones entre organizaciones revolucionaria eran vistos —a partir de la Revolución cubana y la celebración de la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) en 1967— como una necesidad para enfrentar a los enemigos comunes: el imperialismo y el capitalismo dependiente.

Coyunturalmente, la instauración de las dictaduras en Brasil y Argentina en 1964 y 1966 propiciaron la confluencia de personalidades intelectuales en Chile —la mayoría de ellos con militancia anterior—, algunas de las cuales encontraron en el MIR la organización hermana de sus organizaciones de origen. Los intelectuales a los que nos referimos son Ruy Mauro Marini, André Gunder Frank, Juan Carlos Marín, Néstor D’Alessio, Tomás Amadeo Vasconi, Marta Zabaleta, Patricio Biedma, Hugo Perret, Marco Aurelio García y Emir Sader.

Los científicos sociales llegados a Chile que se vincularon al MIR pertenecieron a un grupo que definiremos como intelectuales revolucionarios, no solo porque adscribieron a un proyecto concreto de transformación revolucionaria, sino también porque fueron intelectuales que lograron revolucionar sus disciplinas contribuyendo a la creación de una teoría revolucionaria para Chile y Latinoamérica. Nuestra indagación va en el sentido de aclarar si dicha teoría logró configurar una verdadera filosofía de la praxis.

Cuando hablamos de intelectuales revolucionarios nos referimos a sujetos de elite en una doble dimensión: primero, porque salvo contadas excepciones, los intelectuales provenían de los sectores acomodados de las sociedades capitalistas y aun los que tenían origen humilde, debido a su función social pasaron a pertenecer a la pequeña burguesía. En segundo lugar, cuando hablamos de intelectuales revolucionarios refiriéndonos a los intelectuales militantes, apuntamos a sujetos que

formaron parte de las elites de su partido. Los intelectuales revolucionarios también deben su categoría a la función que cumplieron al interior de las organizaciones populares como elaboradores de teoría revolucionaria y promotores de conciencia.

Michael Löwy, al analizar la frase referida a los intelectuales en el *Manifiesto comunista* que señala que “[e]n las épocas [...] en que la lucha de clases se aproxima al momento decisivo, [...] una pequeña fracción de la clase dominante se desprende de ésta y se fusiona a la clase revolucionaria, la clase que tiene en sus manos el porvenir”<sup>631</sup>, aclara que “no es, en general, una parte de la burguesía la que se fusiona al proletariado, sino, una parte de los ideólogos pequeño burgueses”<sup>632</sup>. Plantea que no es, como en etapas históricas anteriores, un grupo marginal el que se pasa a las filas de la revolución, sino columnas completas de la inteligencia burguesa. En los largos años sesenta en América Latina, asistimos a ese proceso de vínculo masivo de los intelectuales con los proyectos populares, mismo que genera una hegemonía de la ideología de izquierda entre los pensadores y artistas del continente.

En la construcción de esta hegemonía jugó un papel muy importante la Revolución cubana, pero de ninguna manera fue una imitación de aquel proceso. En la conformación de esta sensibilidad de izquierda fue determinante el desarrollo histórico de una identidad local latinoamericanista que entroncó con la evidencia de los límites del desarrollismo. La crítica desde los años treinta al liberalismo construyó un pensamiento nacionalista y antiimperialista que se izquierdizó con el ejemplo de la Revolución cubana y se hizo cada vez más amplio con el aumento de las expectativas y la crisis del modelo cepalino desde los años sesenta.

En el plano político, la imposibilidad de generar un proyecto alternativo desde la institucionalidad, el cierre de los espacios democráticos para la izquierda en países como Colombia y Perú, y las constantes crisis políticas en países como Brasil y Argentina, fueron el contexto para la fundación de organizaciones revolucionarias que adscribieron a la lucha armada y atrajeron a una gran cantidad de intelectuales.

La trayectoria de los intelectuales latinoamericanos que llegaron a Chile en la segunda mitad de la década de 1960 nos permite afirmar que existió una politización de origen de las ciencias sociales y una adscripción concreta desde siempre a proyectos políticos de la mayoría de los profesionales de estas disciplinas. Si bien no todos fueron militantes, la

---

<sup>631</sup> Marx, Carlos y Federico Engels, *Manifiesto comunista*, Santiago, LOM, 2012 [1848].

<sup>632</sup> Löwy, Michael, *Para una sociología de los intelectuales (la evolución política de Lukács 1909-1929)*, Siglo XXI, México, 1978.

vinculación a los proyectos de desarrollo para América Latina los instó a participar en instituciones supranacionales, como la CEPAL, o en los gobiernos de sus respectivos países.

### **Intelectuales argentinos en el MIR: de la intervención de las universidades y las militancias locales al internacionalismo**

Como describíamos en capítulos anteriores, en Argentina las ciencias sociales se desarrollaron en una relativa autonomía respecto del Estado debido a las constantes intervenciones que sufrieron las universidades por parte de los gobiernos autoritarios que llegaban al poder. En los años sesenta, la producción en esta área estuvo tensionada por las concepciones nacionalistas muy arraigadas en los partidos y las discusiones de los pensadores sociales, las polémicas por el intervencionismo imperialista y también por la fundación de las organizaciones guerrilleras como el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) (1965) y Montoneros (1969).

La nueva izquierda surgida en esos años tenía una relación ambigua con el nacionalismo y el peronismo. Mientras que para el PRT el nacionalismo y el peronismo eran amarres que se debían dejar atrás, Montoneros los hizo parte de su identidad. Los intelectuales eran sujetos rechazados por la política, por lo que la nueva izquierda intelectual y la nueva izquierda política caminaron por veredas separadas y, cuando se juntaban, el intelectual debía redimir su pecado original—ser representante de la pequeña burguesía— y dejar de pensar la revolución para hacerla. A diferencia de Chile, en Argentina se desarrolló una postura antiintelectualista muy extendida.

Respecto a la producción académica de la izquierda intelectual, podemos identificar como uno de los primeros estudios críticos a la tradicional interpretación histórica de la izquierda sobre el modo de producción los desarrollados por Sergio Bagú, citado por Luis Vitale en su artículo para *Estrategia*, y que serían, a la postre, parte de su *Interpretación marxista de la historia de Chile*<sup>633</sup>. Bagú trabajó en Chile en FLACSO en el periodo 1970-1973 y pertenecía a la enorme red de intelectuales instalados en Santiago en ese momento. Según sus palabras, en esos años:

... se convivía, y se producía. En una ciudad pequeña como era Santiago, todos estábamos en contacto intelectual pero también en contacto físico, porque estábamos unos cerca de otros y a Santiago llegaban no digo grupos de latinoamericanos, sino torrentes de

---

<sup>633</sup> Vitale, Luis, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, vol. I (tomos I y II), Santiago, LOM, 2011 [1967 y 1969].

latinoamericanos que querían ver la experiencia chilena de cerca o que iban a participar en estos cursos y a especializarse<sup>634</sup>.

Bagú no fue un intelectual militante pero formaba parte de los referentes de aquellos que se vincularon a la teoría de la dependencia y a la revolución chilena. Los intelectuales argentinos comenzaron a llegar como exiliados en 1967. Antes de eso, ya había vínculos a través de las instituciones latinoamericanas instaladas en Chile, especialmente la CEPAL, cuyo más célebre director fue el criticado Raúl Prebisch.

La Universidad de Concepción fue el espacio institucional que más intelectuales argentinos recibió durante el periodo 1967-1973. La mayoría de ellos llegaron exiliados luego de la llamada Noche de los Bastones Largos, en que la dictadura materializó su amenaza de intervención en los espacios universitarios y desmanteló la universidad reformista, generando una fuga de cerebros, de la cual algunos países como Chile se vieron beneficiados.

Uno de los intelectuales destacados que se vinculó de manera orgánica al MIR y que asumió importantes tareas políticas en el partido fue Néstor D'Alessio, sociólogo argentino nacido en 1939 y consultor de la Oficina del Presidente de Argentina entre 1964-1966. Sus actividades investigativas en Argentina estuvieron ligadas al Instituto Di Tella. Ahí participó junto a otros destacados científicos sociales, entre los que estaban José Nun y Juan Carlos Marín, en el proyecto "Marginalidad", objeto de debate en 1968 debido a que era financiado por la Fundación Ford<sup>635</sup>. La investigación abordaba las nuevas formas de exclusión social aparecidas en Buenos Aires en el proceso de modernización. Los intelectuales agrupados en el Frente Antiimperialista de los Trabajadores de la Cultura (FATRAC) argentino denunciaban el servilismo de este tipo iniciativa a los intereses norteamericanos.

El Instituto Di Tella había permanecido fuera del ambiente de politización justamente por haber sido creado como una forma de escape de la constante intervención de "lo político", es decir, de las dictaduras en las universidades. No obstante, los años sesenta pasaron también por el Di Tella y la reunión de científicos sociales en ese lugar y una pintura de Ferrari que denunciaba la guerra de Vietnam bastarían para convertir el centro en un lugar sospechoso. Terán cita el testimonio del actor y

---

<sup>634</sup> Luis Gómez, "El periplo intelectual de un científico social latinoamericano. Entrevista con el profesor Sergio Bagú, en Jorge Turner y Guadalupe Acevedo (coords.), *Sergio Bagú, un clásico de la teoría social latinoamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Plaza y Valdés, 2005, recuperado de [http://www.lainsignia.org/2006/febrero/cul\\_015.htm](http://www.lainsignia.org/2006/febrero/cul_015.htm).

<sup>635</sup> Adriana Petra, "El 'Proyecto Marginalidad': los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural", *Intervenciones*, N° 8/9, diciembre, 2009.

director de teatro Rodríguez Arias para ejemplificar la situación. Rodríguez Arias dice “a veces estábamos tomando café y nos llevaban a la comisaría por veinticuatro horas, sin ninguna causa. Tal vez no era intencional pero el lugar se volvió político para las autoridades”<sup>636</sup>.

Definidos como políticos y peligrosos por las autoridades, y como colonizados, alejados de la realidad e imposibilitados de conocer al país real por la izquierda, los intelectuales transitaban por una realidad antiintelectualista tratando de rebelarse a ambas denominaciones. Así, en palabras de Terán, los intelectuales argentinos pretendieron dirigirse hacia y desde el espacio público, “así fuera imaginariamente a sujetos sociales más amplios (la clase obrera y el pueblo) con lo cual la validez de su mensaje estaría tensionado por su capacidad para influir en la sociedad”<sup>637</sup>.

Pero la discusión no se daba solo fuera del mundo intelectual, sino también dentro. Los propios intelectuales rechazaban la condición de tales y criticaban fuertemente el espacio de desarrollo por excelencia de dicha función social, la universidad. Todo esto, según Silvia Sigal, hacía muy difícil la constitución del campo intelectual<sup>638</sup>.

Muy diferente era el ambiente intelectual y político en Chile, especialmente en la Universidad de Concepción, donde llegan preferentemente los argentinos. Esta era una universidad reformista y estaba siendo conducida políticamente por la Nueva Izquierda a través del MIR. Lejos del clima antiintelectualista, los dirigentes políticos del MIR hacían uso de sus vínculos académicos para conducir el proceso de las universidades, institución que adquiriría aún más prestigio por ser la sede de los cambios y las manifestaciones sociales entre 1967 y 1968.

Por otro lado, Chile gozaba de un ambiente intelectual local pequeño, pero con prestigio y respeto, que se había nutrido con pensadores extranjeros que lograron expandir las instituciones que se venían instalando desde hacía una década aproximadamente. Juega también a favor de la efectiva inserción la vinculación existente entre los intelectuales y el desarrollo del Estado, así como la incorporación de académicos y expertos a las instituciones gubernamentales o los centros de estudios que colaboraban con el diseño de las políticas públicas<sup>639</sup>.

A cuarenta y cuatro años de su llegada a Chile y desde Alemania, su residencia actual, Néstor D'Alessio recuerda su experiencia en Chile:

---

<sup>636</sup> Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, pág. 205.

<sup>637</sup> *Ibid.*, pág. 207.

<sup>638</sup> Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Punto Sur, 1991.

<sup>639</sup> Ver capítulo III.

Los cuatro años que pase en Chile fueron los más ricos de mi vida política. Pero no soy chileno y mi relación intensa con el país concluyó en 1982. Fue el año en que terminé de escribir 400 páginas sobre el desarrollo del movimiento obrero y popular en Chile durante los años 1890 y 1958. Fue mi doctorado alemán que, pese a la insistencia de compañeros y amigos chilenos, argentinos y alemanes, por razones políticas y morales nunca lo quise publicar en castellano. 1983, como fecha de publicación, a diez años del golpe y con numerosos compañeros que intentaban organizar la resistencia dentro y fuera del país. El escrito hubiera tenido efectos ideológicos disruptivos que, en esas condiciones, no me interesaba provocar. En los primeros años del exilio mi única preocupación fue entender el país en el que había hecho política y en esa tarea me vi confrontado con los mitos y leyendas con que la izquierda comunista y socialista había construido su propio pasado. Esas discrepancias se mostraban como rupturas reales en los años de la Unidad Popular, algo que como extranjero (en el sentido de extrañamiento) yo podía percibir intuitivamente pero era incapaz de articularlo reflexivamente<sup>640</sup>.

D'Alessio llegó a Chile en 1969 y comenzó a hacer clases en la carrera de sociología de la Universidad de Concepción. Fue nombrado director del departamento en 1971, cargo que ejercerá hasta 1973. Es difícil precisar si fueron los vínculos intelectuales los que llevaron al vínculo político o viceversa, lo cierto es que en un ambiente tan politizado y en un espacio tan propicio para el desarrollo de la política como la Universidad de Concepción, era difícil que ambas dimensiones del ser intelectual no se cruzaran, y no solo se cruzaron, sino que se potenciaron al máximo.

En entrevista escrita para esta investigación D'Alessio señalaba “por razones profesionales estuve en junio del año 1967 en Santiago de Chile. Fue entonces cuando me invitaron a una pequeña reunión de intelectuales, quienes se proponían discutir el folleto de Debray “Revolución en la revolución”. No recuerdo sus nombres, salvo el del peruano Aníbal Quijano, a quien volví a ver más de una vez”<sup>641</sup>.

D'Alessio salía de un ambiente de persecución política, antiintelectualista y con una izquierda radical que por esos años comenzaba sus actividades armadas, y se insertaba en un ambiente de

---

<sup>640</sup> El texto corresponde a la respuesta a un correo electrónico enviado a D'Alessio para solicitarle una entrevista a la que respondió favorablemente y de manera muy amable y con mucho interés.

<sup>641</sup> Entrevista escrita realizada por la autora a Néstor D' Alessio. Las preguntas fueron remitidas el 27 de noviembre de 2014 y recibí un largo y profundo texto de respuesta el 26 de febrero de 2016. En el intertanto recibí varios correos y otros textos muy interesantes. Agradezco a Néstor su disposición para dialogar conmigo.

libertades políticas, avance de la izquierda, en una universidad reformada y un Departamento de Sociología que, junto con otros de humanidades y ciencias sociales, albergaba a una gran cantidad de argentinos. Esto no quiere decir que el clima de paz reinara en Chile, sino que existían condiciones propicias para el compromiso intelectual militante:

Llegué a Concepción en agosto de 1969. El director del Instituto era Francisco Brevis, una persona de trato personal agradable, jurista de formación y masón. En los años movidos de la reforma universitaria apoyó con fuerza las reivindicaciones estudiantiles como también lo hicieron otros profesores del instituto. Su posterior radicalización e identificación con el MIR es algo que no tuve ocasión de conversar con él<sup>642</sup>.

La radicalización de la política dentro y fuera de la universidad avanzaba a pasos agigantados. El desarrollo de la izquierda reformista y revolucionaria no se hacía sin oposición. El testimonio de uno de los protagonistas de la época, el profesor de la Universidad de Concepción Alejandro Witker, ilustra la tensión que acompañaba el avance de la izquierda *ad portas* del golpe militar:

Una investigación, docencia y difusión, de tales contenidos, no pudo realizarse impunemente. El odio de clase contra la Universidad de Concepción se expresó en violentas agresiones de los partidos políticos reaccionarios, provocaciones de los colegios profesionales y desusados ataques de la prensa ligada a quienes la nueva orientación universitaria amenazaba en sus privilegios. En el interior de la Universidad, el fascismo se aglutinó en torno a una conocida consigna reaccionaria: “¡Fuera la política de la Universidad!” A la política del compromiso social de la vida académica, el fascismo opuso las hipócritas voces del apoliticismo, postulando una tecnocracia y escapismo social tajantemente reaccionario<sup>643</sup>.

En ese contexto, la militancia no era algo a lo cual se derivara naturalmente, sino que era una decisión, un compromiso que implicaba más trabajo y más exposición de lo que exigía la labor académica. Este compromiso era valorado y recompensado por el prestigio que rápidamente iba adquiriendo el intelectual entre los académicos y los estudiantes de izquierda. El compromiso militante era también un estatus.

Los intelectuales militantes eran los académicos más requeridos, citados y seguidos por los estudiantes y, a la vez, desde el saber

---

<sup>642</sup> *Ibid.*

<sup>643</sup> Alejandro Witker, *Prisión en Chile*, México, Fondo de Cultura Económico, 1975, pág. 29.

disciplinario y la función educadora se vivía un compromiso estrecho con la revolución. Cotizaban hasta la mitad de su sueldo<sup>644</sup>, cumplían tareas especiales de formación, participaban en las reuniones de célula, desarrollaban investigación orientados por las necesidades del periodo y participaban en tertulias de discusión política. Muestra de ello es el testimonio de Eduardo Santa Cruz –periodista y jefe de la estructura en la Universidad Católica–, que señala que llegó a tener 17 reuniones en la semana<sup>645</sup>.

Mario Garcés recuerda a Néstor D’Alessio como un intelectual heterodoxo que no temía incorporar el psicoanálisis en sus clases recomendando la lectura de Freud y Wilhelm Reich: “era un curso sobre *El Capital*, pero en el fondo era una entrada crítica al marxismo, desde una perspectiva historicista, [...] Néstor siempre decía que había dos formas de aproximarse al marxismo: el estructuralismo o el historicismo y en general había una crítica al estructuralismo”<sup>646</sup>. El enfoque del argentino generaba un enfrentamiento con algunos cursos introductorios de materialismo histórico, que por ese entonces se impartía en las universidades chilenas, incluyendo la de Concepción, y cuyos textos básicos eran los de Marta Harnecker y Althusser.

Mientras en Santiago se extendían los seminarios de discusión de *El Capital*, en Concepción D’Alessio integraba la discusión que se daba en Europa sobre psicoanálisis y revolución. Es importante, porque esas reflexiones serán muy influyentes en el Mayo francés, donde la juventud, la revolución y la liberación sexual eran componentes de un mismo movimiento. La experiencia juvenil universitaria europea era muy atractiva para los estudiantes chilenos, tanto, que la visita a Concepción de Gastón Salvatore Pascal, uno de los líderes del movimiento universitario del 68 en Alemania, causó gran expectación en el MIR. Lo invitaron, incluso, a visitar la toma del fundo San Miguel. Mala decisión, ya que en el momento en que llegaban con Salvatore Pascal se produjo el desalojo<sup>647</sup>.

---

<sup>644</sup> Mario Garcés recuerda este aspecto del compromiso militante: “había otro aspecto que a mí me sorprendía mucho cuando yo me enteré de eso. Los profes del MIR cotizaban una parte importantísima del salario, ¡la mitad del salario! Yo no sé si eso era voluntario o se llegaba a acuerdo, pero yo siempre me acuerdo que Néstor tenía en su casa un escritorio hecho con unos troncos y unos palos, y yo le decía por qué no te haces un mejor librero y me decía no, yo entrego la mitad del salario al partido”. Entrevista, enero de 2014.

<sup>645</sup> Entrevista a Eduardo Santa Cruz, noviembre de 2014. Periodista y encargado del MIR para la Universidad Católica.

<sup>646</sup> *Idem*.

<sup>647</sup> Entrevista a Sergio Zorrilla, enero de 2014.



La heterodoxia de D'Alessio fue un aspecto muy significativo para el momento que se vivía, en el que, pese a las críticas intelectuales, lo que primaba era una visión estructuralista de la realidad con poco análisis sobre los individuos y los elementos subjetivos. La lectura de los textos de Freud y Reich permitía un acercamiento a los sujetos, las personas de carne y hueso que tendrían la misión de materializar la revolución<sup>648</sup>. La nueva izquierda intelectual hacía esfuerzos por incorporar esas otras áreas que competen también a la revolución, aunque claro, eso no tenía mucho impacto en las bases de las organizaciones.

Respecto al marxismo althusseriano, este era más difundido y valorado por socialistas y comunistas que por miristas y mapus. La gran referencia de esa línea de interpretación en Chile era Marta Harnecker. Theotonio dos Santos recuerda las diferencias entre los distintos grupos de lectura de *El Capital* que se formaban en el país:

Marta [Harnecker] formó un grupo aparte con la influencia de Althusser que leían atrás, después al frente, no sé... Bueno, en realidad si sé, porque la mentalidad de Althusser es muy poco dialéctica, a pesar de haber contribuido para relativizar mucho el análisis marxista, pero él quería poner de un lado la parte teórica y de otro la parte empírica, en lugar de juntar, porque en Marx sí desarrolla la parte empírica en ciertos momentos de su análisis, la parte empírica ilustra realmente una base teórica, entonces no es posible poner la teoría primero y luego los ejemplos. Bueno, pero Marta trabaja mucho en esa línea y formó mucha gente, hizo varios cursos<sup>649</sup>.

D'Alessio incorporó, además, muy tempranamente los textos de Gramsci para pensar el papel de los intelectuales en la revolución. Esto es especialmente importante recalcarlo, ya que la militancia comunista recién comenzó a leer al italiano en la década de 1980, haciéndose desde ahí más masiva su lectura. A partir de la masificación de Gramsci entre los comunistas se creó también la visión de que este autor no fue leído por la izquierda socialista de los años sesenta. En Concepción, los estudiantes de ciencias sociales estaban muy al día en las interpretaciones críticas del marxismo, sobre todo por la incorporación a las plantas docentes de académicos argentinos, que tenían un privilegiado acercamiento a la literatura europea.

Hobsbawm se refiere a la recepción de Gramsci en América Latina cuestionando que este proceso se haya realizado realmente en el periodo que estamos analizando. Para el inglés, “en la década de 1960 la actualidad

---

<sup>648</sup> Más de dos décadas más tarde, el sexo, la juventud y la libertad se tomarían el discurso irreverente y revolucionario de los herederos del MAPU, el Movimiento Juvenil Lautaro.

<sup>649</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

de Althusser en Latinoamérica bloqueó el camino de Gramsci”<sup>650</sup>. Para Hobsbawm, en aquellos países en los que aún existía la esperanza de materializar las estrategias clásicas de insurrección y lucha armada, se prefería otros gurús intelectuales”<sup>651</sup>. En efecto, los gurús de la izquierda armada fueron otros; la lectura de Gramsci se hace en una pequeña porción de la elite intelectual militante y no alcanza para permear hacia las políticas de las organizaciones.

En términos militantes, D’Alessio participaba activamente en los cursos de formación. En 1972 el MIR decidió hacer un trabajo más sistemático hacia el mundo cristiano y para eso organizó un curso de marxismo clásico en la parroquia universitaria. La experiencia fue muy exitosa, según relata Mario Garcés, y participaron en él “curas, monjas, dirigentes juveniles y de los movimientos”. Los profesores fueron Fernando Mires y Néstor D’Alessio, “o sea, los mejores de sociología”. Las clases se daban una vez por semana y no solo sirvió para la formación política, sino como actividad de difusión y de apertura a nuevas temáticas y un impulso importante a los encuentros de los cristianos por el socialismo que, en Concepción, en 1971 y 1972, congregaban entre 400 a 500 personas<sup>652</sup>.

La inserción en las luchas populares había comenzado a desarrollarse de manera muy exitosa desde 1967 y hacia 1969 era muy masiva. Calificando el periodo que se abrió en 1970 bajo el gobierno de la Unidad Popular como etapa prerrevolucionaria y teniendo una definición estratégica de guerra popular, el MIR intensificó las acciones de masas, que se fueron radicalizando en la misma proporción en que se radicalizaba la oposición al gobierno. Así, luego del paro patronal de octubre de 1972, los militantes de base del MIR participaron en la creación de los comandos comunales, que actuarían como espacios de articulación entre las juntas de abastecimientos y precios (JAP), sindicatos, juntas de vecinos y otras organizaciones populares<sup>653</sup>.

Estos espacios de poder local y popular nacerán de otras acciones colectivas, como la Asamblea Popular desarrollada en Concepción en julio de 1972. En la Asamblea Popular se expresó una buena parte del trabajo de masas desarrollado por el MIR. Esta fue un “acto convocado y desarrollado por diversos partidos políticos de izquierda y organizaciones sociales de la provincia de Concepción, entre los que se

---

<sup>650</sup> Hobsbawm, Eric, *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Barcelona, Crítica, 2011, pág. 339.

<sup>651</sup> *Ibid.*, pág. 340.

<sup>652</sup> Entrevista a Mario Garcés, enero de 2014.

<sup>653</sup> Sebastián Leiva, “El MIR y los Comandos Comunales: poder popular y unificación de la movilización social”, *Cyber Humanitatis* [en línea], N° 30, otoño de 2004.

encontraban el PS, MIR, IC, MAPU, Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción (FEC), CUT provincial, entre otros”<sup>654</sup>.

D’Alessio era miembro del Comité Regional de Concepción en el momento en que se organizó la Asamblea Popular en 1972. El vínculo de los sectores populares con la revolución y con la vía chilena al socialismo inquietaba a los intelectuales militantes y colaboradores del MIR que teorizaban en torno al poder popular y daban sus propias interpretaciones obre el poder dual. Durante un periodo D’Alessio estuvo a cargo de la Comisión Poblacional Regional y le correspondió estar al mando de la formación de las JAP<sup>655</sup>. Garcés relata:

... estábamos en reunión y él pide que desde las distintas estructuras contemos cómo nos ha ido en la formación de las JAP. Habló un compañero, no sé si del barrio norte o de algún barrio de Concepción, que dice “hay una vieja que siempre jode”, y sigue el discurso. Entonces Néstor para y pide volver sobre esa vieja: “a ver, ¿qué dice esa vieja?, bueno, la política popular consiste en la capacidad de procesar lo que dijo esa vieja, de la capacidad de hacernos cargo de las críticas”<sup>656</sup>.

D’Alessio recuerda de manera crítica la relación que tuvo con el MIR, con sus dirigencias y el vínculo de la organización con los frentes de masa. De sus palabras se desprende que su participación como intelectual de izquierda estuvo limitada por las decisiones de la organización, muchas veces equivocadas.

Como señalábamos antes, Concepción presentaba características excepcionales para el desarrollo de redes y espacios de convergencia política e intelectual. La universidad, en el plano estudiantil, tenía una conducción política desde el MIR y, en el plano académico, en el área de las ciencias sociales se logró una verdadera hegemonía de la Nueva Izquierda en la dirección de los departamentos, la investigación y las cátedras.

En los espacios intelectuales en América Latina, mientras tanto, ocurre un proceso de expulsión y atracción: expulsión de los lugares de origen debido a la persecución política de la dictadura y atracción hacia otros, como la Universidad de Concepción. Así llegó a Chile otro de los intelectuales argentinos, Juan Carlos “Lito” Marín. En su país de origen asistió como estudiante a la fundación de la carrera de sociología de la

---

<sup>654</sup> *Ibid.*

<sup>655</sup> Las juntas de abastecimientos y precios fue una entidad creada durante la Unidad Popular para responder a la escasez de productos y la inflación; tenía una organización barrial.

<sup>656</sup> Entrevista a Mario Garcés, enero de 2014.

Universidad de Buenos Aires y, más tarde, “[c]omo parte de la generación rebelde, fundó el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO) en 1966, proponiendo una combinación de métodos sociológicos con la teoría marxista. Durante la ruptura con la sociología hegemónica aquí se recuperaron cuestiones clave como el método empírico, pero ahora como base para otra estrategia política intelectual”<sup>657</sup>.

Marín murió en mayo de 2014, por lo que se realizaron una serie de homenajes por sus contribuciones académicas y sus compromisos políticos. En uno de ellos se destacaba su contribución “hacia la investigación empírica de las luchas de clases en torno de varios conceptos: fuerzas sociales, estrategias, enfrentamientos. [...] en esta conceptualización hay una convocatoria a la reproducción analítica de la complejidad de las luchas como parte de una totalidad social”<sup>658</sup>.

Las investigaciones de Marín se trasladan a Chile cuando él deja la Argentina y se radica en la Universidad de Concepción y en el Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA). Ahí publica los resultados de una investigación sobre el campo chileno que era parte del proyecto de “La marginalidad en América Latina” que había desarrollado en el Instituto Di Tella con José Nun y Miguel Murmis. Este avance tuvo por nombre “Asalariados rurales en Chile” y será publicado en 1969 en la *Revista Latinoamericana de Sociología*<sup>659</sup>.

Esta primera investigación formaba parte de aquellas miradas renovadoras que se estaban realizando sobre el campo chileno y que contradecían las tesis que lo definían como un espacio feudal o señorial. Lejos de eso, al igual como en el mismo periodo lo demuestra Silvia Hernández en el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO), el nuevo enfoque planteaba que en la sociedad rural chilena se desarrollaban relaciones capitalistas de producción, a través, por ejemplo, del arrendamiento de tierras y la explotación de mano de obra de carácter salarial. Estos estudios ayudaban a caracterizar a “los pobres del campo” como un sujeto fundamental en las definiciones estratégicas del MIR.

En ICIRA continuó su trabajo investigativo desarrollando una indagación sobre las tomas de terrenos agrícolas en el país en el periodo 1970-1972, que dio origen a un estudio publicado en 1973, en el primer y único número de la revista *Marxismo y Revolución*, dirigida por Ruy Mauro Marini, y cuyo título fue “Las tomas”. En este texto Marín analiza el proceso de radicalización de la lucha por la tierra en Chile y la

---

<sup>657</sup> Agustín Santella, “En recuerdo de Juan Carlos Marín”, Agencias de Noticias RedAcción [en línea], mayo de 2014, recuperado de <http://www.anred.org/spip.php?article7662>.

<sup>658</sup> *Ibid.*

<sup>659</sup> Juan Carlos Marín, “Asalariados rurales en Chile”, *Revista Latinoamericana*, Vol. 69, N° 2, 1969.

participación en él de las organizaciones políticas. El ensayo describe este periodo, en el que estas acciones crecen “de 50 o 70 tomas de fundos al mes a cerca de 300”<sup>660</sup>.

Marín estudiaba la estrategia con la que el MIR hacía avanzar el proceso de reforma agraria. En ese sentido, al ser parte de la organización que conducía las tomas, podemos hablar casi de un trabajo de observación participante. Marín no solo describía las relaciones sociales y las condiciones de precariedad que justificaban las tomas, sino que analizaba las formas de acción colectiva y el uso de la violencia por parte de los pobres del campo.

El argentino sistematizó sus experiencias militantes y su análisis de la realidad social y política en algunas de sus investigaciones posteriores a su estadía en Chile, *Los hechos armados* (1979) es uno de esos esfuerzos por analizar la violencia, ponerla en perspectiva histórica y evaluar la estrategia<sup>661</sup>. El otro, referente a la experiencia chilena, es *El ocaso de una ilusión* (2007), donde recoge los dos textos antes mencionados publicados en Chile, con prólogo de Nelson Gutiérrez<sup>662</sup>.

En las figuras de Juan Carlos Marín y Néstor D'Alessio queda representada una generación de intelectuales ya formados y con una importante contribución al desarrollo de las ciencias sociales en Argentina. Como hemos visto en los capítulos precedentes, las ciencias sociales en el país trasandino se desarrollan al margen y a veces en pugna con el Estado. Según Gilman y Sigal<sup>663</sup>, hay una politización de la discusión sobre el intelectual, pero no hay una presencia determinante en la política del país. En Chile, al contrario, había amplios sectores intelectuales ocupando puestos en la administración del Estado y existía una relación fuerte entre intelectuales y política.

D'Alessio y Marín, además, llegaron desde Argentina en un periodo de madurez personal e intelectual; no fueron parte de la juventud rebelde. Sin embargo, al igual que esa juventud, fueron seducidos por la potencia

---

<sup>660</sup> Charla-debate con Juan Carlos Marín, Cátedra Historia Argentina III “B”, Parte I [en línea], 1 de junio de 2013, recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=PlcTOymVKgA>.

<sup>661</sup> Juan Carlos Marín, *Los hechos armados*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, PICASO, 2ª ed., 2003.

<sup>662</sup> Juan Carlos Marín, *El ocaso de una ilusión: Chile 1967/1973*, Buenos Aires, PICASO, INEDH, Colectivos Ediciones, 2007. Sobre este último ver Julián Rebón, “Reseña bibliográfica. El ocaso de una ilusión: Chile 1967/1973 de Juan Carlos Marín”, *OSAL: Observatorio Social de América Latina*, Año 8, N° 23, abril de 2008, recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/osal/osal23/21S4Resc2.pdf>.

<sup>663</sup> Sigal, *op. cit.* Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

de los procesos vividos en Chile y por el proyecto radical del MIR. Su relación con la política en nuestro país superó el compromiso de la obra –condición básica de las ciencias sociales de la época–, que ya habían iniciado en Argentina desde sus estudios sobre la marginalidad, para instalarse en la arena de la política concreta y del compromiso militante.

El MIR en Concepción, además, tenía características que potenciaban la relación entre intelectuales y partido. Primero, porque el MIR penquista tenía la mística de ser la cuna de los dirigentes destacados que desde 1967 lideraban la organización. Pese a que Miguel Enríquez, Bautista y Luciano habían abandonado la ciudad para radicarse en Santiago, su liderazgo en el Regional estaba bien resguardado por personas de absoluta confianza de Enríquez. Segundo, la cercanía de Concepción al territorio donde se estaban produciendo las tomas de fundos ponía en contacto a estos intelectuales de manera directa con su objeto de estudio y con las luchas concretas. Tercero, a partir de 1972, Concepción mismo se convirtió en un espacio de radicalización de las disputas y de germen de poder popular al conformarse la Asamblea Popular.

Este episodio fue de especial importancia, ya que implicaba en la práctica llevar a cabo lo que el MIR y varios de sus intelectuales venían proponiendo, que era superar la institucionalidad burguesa y dar paso a la creación de espacios de organización popular autónoma del Estado, aunque conducida por las vanguardias políticas. Garcés destaca la importancia que tenían Fernando Mires y Néstor D’Alessio en el Regional de Concepción al momento de levantarse la Asamblea Popular. Según él:

... la Asamblea popular fue nuestro gran aporte nacional, yo diría. Yo me acuerdo siempre que me encontré con Manuel Vergara, que era el secretario general del MIR, pocos días después de eso, justamente en la casa de Néstor. Venía llegando un grupo y nos dijo: “Antes nos acusaban que éramos cabezas de pistola, ahora resulta que somos muy políticos, nadie quiere entender lo que es la Asamblea Popular”. Esto marcó fuertemente al Comité Regional, porque de alguna manera lo puso ante una situación local como expectante, un poco distinta, que generaba ruido a nivel nacional. Todos tuvimos la sensación de una gran incompreensión a nivel nacional sobre el significado de la Asamblea. Yo estoy convencido que la Asamblea fue eso, un momento, un espacio en que los micrófonos, que siempre los ocupaban los dirigentes de los partidos, se decidió ponerlos a disposición de las organizaciones. Es que hay dos fases: la más Asamblea, que fue por ahí a fines de julio del 72, que fue en el teatro de la Universidad de Concepción. Fue un momento en que la Asamblea pide “¡que hable el pueblo, que hable el pueblo!” y uno ve cómo en bambalinas los dirigentes discuten, hasta que uno aparece y se pone al micrófono y dice, “bueno sí, el grupo de los 5 –no estaba el PC, estaban todos los

demás de izquierda— ha decidido dar la palabra al pueblo y por lo tanto se van a habilitar dos micrófonos y pedimos a la gente que ordenadamente haga fila y se inscriba”. Eso fue a las nueve de la noche y partimos a las una y media, dos de la mañana, y hablaron todos los que querían hablar: las viejas del centro de madres, los cabros secundarios, los campesinos de Hualqui, los mineros de Coronel, los de Lota y fue escucharnos, escucharnos, qué pensábamos, qué veíamos, cómo imaginábamos que debía ser la revolución en Chile. En mi memoria, es uno de los actos más importantes de la UP, una especie de Asamblea Popular, ¡sí!, de un pueblo que toma la palabra y donde no había ninguna claridad si eso era o así iba a hacer el parlamento, el poder dual, el poder alternativo, ¡no!, esto tuvo bastante de espontáneo. Yo creo que algo venía preparándose, algo había, pero nadie previamente predijo esto va a pasar<sup>664</sup>.

La Asamblea Popular agrupó a 59 sindicatos, 6 federaciones campesinas, 31 campamentos y comités sin casa, 17 agrupaciones estudiantiles, 27 centros de madres y 5 organizaciones políticas, además de los diversos frentes intermedios del MIR<sup>665</sup>.

La adscripción revolucionaria de los intelectuales al proceso chileno se produjo, además, en un momento de dificultad para el desarrollo del proyecto socialista conducido desde el gobierno por Salvador Allende. La reacción conservadora era violenta y amenazaba con poner fin al proceso. En ese contexto, la propuesta de poder desde el pueblo no parecía descabellada. La Asamblea del Pueblo y la construcción del poder popular no eran vistas como una acción violenta o de sabotaje contra el gobierno. Los intelectuales no se estaban incorporando a una organización guerrillera, más aún cuando esta organización que se decía político-militar había pactado el cese de acciones violentas una vez que asumió Allende.

El desarrollo de la política de frentes en Concepción estaba en pleno avance, el MIR crecía en los frentes sociales y esto permitía el despliegue de una de las políticas más revolucionarias del periodo, la configuración del Frente de Mujeres Revolucionarias. Las mujeres no eran numerosas ni en los espacios políticos ni en los ámbitos intelectuales de Chile, pero hubo algunas de destacada trayectoria en ambos ambientes. Una de ellas fue Marta Zabaleta, argentina, feminista, intelectual y militante del MIR.

Marta Zabaleta llegó a Chile en 1963, cuando tenía 26 años. Era ya entonces una convencida feminista y socialista. Su traslado al país respondió a su decisión de especializarse en economía, para lo cual

---

<sup>664</sup> Entrevista a Mario Garcés, enero de 2014.

<sup>665</sup> Robinson Silva Hidalgo, “El MIR, Concepción y poder popular”, *Rebelión* [en línea], 6 de octubre de 2014, recuperado de <https://rebellion.org/el-mir-concepcion-y-poder-popular/>.

ingresó a un posgrado en ESCOLATINA. En 1965 entró a trabajar en el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) de la ONU<sup>666</sup>. Trabajó también en el ICIRA con otros importantes intelectuales como Almino Affonso, Paulo Freire, Solon Barraclough y fue profesora titular de economía en la Escuela de Economía y Administración de la Universidad de Concepción desde abril de 1968 hasta el 11 de septiembre de 1973<sup>667</sup>. Desde su incorporación combinó el trabajo profesional formal con la militancia política: “No podría haber sido de otro modo, pues la sociedad chilena se polarizaba cada vez más, cosa que estimulaba a tomar partido”<sup>668</sup>.

En la fundación del Frente de Mujeres Revolucionarias en 1971 participaron Marta Zabaleta y Martine Hugues Jouet, pareja de Luciano Cruz. En sus primeras actividades políticas, la organización feminista organizó clases vespertinas en la Universidad de Concepción. Marta recuerda:

Yo ya tenía buena experiencia previa en ese trabajo, pues cuando trabajaba como investigadora del Instituto de Educación y Capacitación para la Reforma Agraria (ICIRA), en Santiago, estuve encargada de evaluar el impacto del método de alfabetización y concientización de adultos de Paulo Freire entre el campesinado organizado y el del Instituto de Educación Rural de la Iglesia Católica<sup>669</sup>.

La condición de intelectual de Marta Zabaleta se potenciaba con su postura feminista, extraña para el ambiente chileno, donde el pensamiento emancipador femenino no tenía mucha difusión. Esta característica de la sociedad chilena se reflejaba obviamente en el MIR, donde era difícil que se pensara en un trabajo político hacia las mujeres realmente revolucionario. El Frente de Mujeres Revolucionarias aspiraba a crear, desde la práctica, una política en la que confluyeran las reivindicaciones de clase y de género.

Hay que distinguir, eso sí, la discusión amplia sobre el feminismo, las posibilidades ciertas de alcanzar la igualdad en las organizaciones revolucionarias, del pensamiento de algunos líderes que lo veían como

---

<sup>666</sup> Vanessa R. S. Cavalcanti y Antonio Carlos da Silva, “Memória, história e poder: uma entrevista com Marta Raquel Zabaleta”, *Cordis: Revista Eletrônica de História Social da Cidade*, N° 2, 2009.

<sup>667</sup> Blog de Marta R. Zabaleta, recuperado de <http://martazabaleta.blogspot.com/search?q=MIR>.

<sup>668</sup> Cavalcanti, *op. cit.*

<sup>669</sup> Javiera Rojas Ciguentes, “Sobre el Frente de Mujeres Revolucionarias hace 40 años. Entrevista a Marta Zabaleta del Frente de Mujeres Revolucionarias (FMR) de Chile”, *Kaos en la Red* [en línea], 23 de noviembre de 2013, recuperado de <https://kaosenlared.net/sobre-el-frente-de-mujeres-revolucionarias-hace-40-a-os/>.



necesario. Miguel Enríquez realiza alcances importantes a estos temas en 1966, en el Congreso de Estudiantes de la Universidad de Concepción, donde presentó el documento ya mencionado “La revolución universitaria”. En ese texto, Enríquez, citando a Simone de Beauvoir, reconoce las condiciones de opresión cultural y social en que se encuentran las mujeres, aun cuando algunas puedan acceder a estudios universitarios. Propone, por ello, la integración de estas a la lucha estudiantil revolucionaria, pues solo así:

... adquirirán los movimientos estudiantiles peculiaridad histórica, real amplitud y trascendencia a todo el estudiantado y ciertas posibilidades de éxito. Ya las mujeres no vendrán a la Universidad a buscar marido, a seguir esclavas de lo doméstico y limitándose, o en el mejor de los casos a constituirse en “asistente” en las labores necesarias de los varones que “trabajan en política” deviniendo sólo entonces mujer y ser humano integral<sup>670</sup>.

La relación mujer y política ya era un tema conflictivo en el Chile de los años sesenta, pero no de la manera que una feminista como Marta lo deseaba. En la edición de enero de 1967, *Punto Final* publicó un artículo con el sugerente título: “Las mujeres: ¿un freno para la revolución?” A través de una encuesta, la revista pretendía responder a la razón por la cual las mujeres se restaban de las ideas socialistas y contribuían a la derrota de los partidos de izquierda.

Las preguntas fueron dirigidas a mujeres de izquierda y mientras la senadora socialista Carmen Lazo respondía que las ideas socialistas no eran asumidas por las mujeres debido a la poca influencia de la izquierda en el género y de que ellas no estaba preparadas para la revolución, la militante mirista Irma Malebrán Christie señalaba que las mujeres que harían la revolución serían las mujeres populares y no las mujeres en abstracto, que ellas no votaban, pero se ponían a la vanguardia de las luchas en sus espacios locales. Haciendo gala de una clara perspectiva de clase para analizar las relaciones de género, aclaraba que: “Ni las mujeres trabajadoras, ni el pueblo han sido ‘preparados’ para un proceso revolucionario, para el socialismo. Al contrario, la burguesía se empeña en ‘prepararlas’ para mantener su sistema de explotación. Les inyecta el

---

<sup>670</sup> Miguel Enríquez, “La revolución universitaria”, 1966. Documento presentado en el Congreso de la Federación de Estudiantes de Concepción (FEC) de 1966 y publicado en la revista *Polémica*, N° 5 y 6, FEC, en 1968. Agradezco a Mario Garcés por comentarme de su existencia.

opio religioso por toneladas. Trata de pervertir su sano instinto de clase mediante una propaganda reaccionaria masiva”<sup>671</sup>.

Las mujeres intelectuales y de elite del MIR poseían una visión emancipadora de su género, que se desprendía de la reivindicación de emancipación de clase. Zabaleta tenía una formación intelectual y una actitud feminista que se expresa en un artículo de su autoría, en el que pasa revista a su condición de mujer al momento de llegar a Chile y a sus primeras lecturas que la despiertan al feminismo:

Joven, soltera y sin hijos por entonces, viviendo en Chile por elección voluntaria, mi conocimiento de los problemas derivados de la combinación de carrera profesional y matrimonio, más la maternidad, más el exilio, más el uso de una lengua extranjera, era por entonces reducido y claramente teórico. No obstante, había leído bastante de lo que había para leer: trabajos clásicos, tales como los de Bebel, John Stuart Mill, Lévi-Strauss y repetidamente el de Beauvoir acerca de la condición y situación de las mujeres en el mundo, *El segundo sexo*, aparecido en Francia en 1949. Como los autores clásicos del marxismo ortodoxo, Marx y Engels, creía en la necesidad de desarrollar una sociedad socialista para terminar con todas las opresiones: una sociedad adonde hombres y mujeres iban a ser, pues, todos iguales<sup>672</sup>.

Hay pocos testimonios y ninguna investigación que nos permita definir con certeza si el Frente de Mujeres Revolucionarias fue una organización femenina o feminista. Los testimonios de Marta Zabaleta nos dejan en claro, eso sí, su condición de intelectual y revolucionaria, no solo por su función social, sino por incorporar a la discusión de la política un tema subordinado y, para algunos, totalmente desconocido. En esa tarea no estaba sola, también Gladys Díaz y Vania Bambirra fueron compañeras en esa gesta.

Bambirra pertenecía a esta red de mujeres intelectuales que pensaba el socialismo con perspectiva femenina. Sus escritos concordaban con lo que Marta Zabaleta opinaba sobre las relaciones de género. En el documento adjunto a la edición N° 133 de 1971 de *Punto Final*, Vania Bambirra critica los objetivos y los discursos de la recién realizada Asamblea de Mujeres Comunistas, donde Mireya Baltra, como oradora principal, instaba a las mujeres a luchar en la batalla por la producción codo a codo con sus compañeros de clase. Para Bambirra, no había en el

---

<sup>671</sup> Ximena Canobbio, “Las mujeres: ¿un freno para la revolución?”, *Punto Final*, N° 19, primera quincena, enero de 1967, pág. 14.

<sup>672</sup> Marta R. Zabaleta, “Contextualizando la utopía de Paulo Freire”, *Gestão & Planejamento*, Vol. 1, N° 4, 2001.

discurso de la dirigente comunista una especificidad de las problemáticas de la mujer popular<sup>673</sup>.

Sin embargo, pese a las críticas de las intelectuales feministas al discurso de la Unidad Popular, no se dio desde el MIR una política hacia las mujeres ni tampoco un posicionamiento. Lo que hubo son mujeres que, de manera incipiente, comenzaron a discutir esas temáticas, no con el partido, sino con las mujeres con quienes trabajaban. Las teorías revolucionarias de la Nueva Izquierda se articulaban en torno a la teoría de la dependencia. Desde ese paraguas, según André Gunder Frank, no existía una verdadera teoría que tratara la dependencia de la mujer. Según sus palabras, “ninguno era lo suficientemente revolucionario como para incorporar la especial dependencia de la mujer a nuestra teoría general de la dependencia o para subvertir el orden patriarcal establecido en la sociedad”<sup>674</sup>.

El discurso feminista al interior del MIR era el más elitista de todos. Primero, porque en general el discurso feminista está orientado a las mujeres de la burguesía. Impregnado del psicologismo de Simone de Beauvoir, las reflexiones feministas no calzaban con la realidad de las mujeres populares con las que el MIR aspiraba a trabajar, y, segundo, porque las reivindicaciones de igualdad eran exigidas al interior de los espacios de poder. Varios escritos, el de Cherie Zalaquett entre ellos, se refieren a un documento redactado por la profesora de filosofía Lumi Videla, donde denunciaba la poca representación de las mujeres en los espacios de dirección<sup>675</sup>. Esto era bastante diferente a las recomendaciones que hacía Gladys Díaz a las compañeras que conducían el Frente de Mujeres Revolucionarias cuando las instaba a cuidar de la casa y los hijos de las mujeres populares para que estas pudieran emanciparse, como si la emancipación tuviera que dejar la casa y los hijos fuera.

Otro argentino relevante para la militancia mirista y el ambiente intelectual chileno de los años sesenta fue Tomás Amadeo Vasconi. Vasconi había llegado a Chile en 1966 y, a diferencia de los argentinos que hemos analizado hasta aquí, no se incorpora a la Universidad de Concepción, sino que al Centro de Estudio Socioeconómicos (CESO) de la Universidad de Chile.

Vasconi destaca en esos convulsionados años por sus escritos sobre ideología, universidad y movimiento universitario. Sus reflexiones estaban

---

<sup>673</sup> Bambirra, Vania, “La mujer en el tránsito al socialismo”, *Punto Final*, N° 133, Suplemento, 22 de junio de 1971.

<sup>674</sup> André Gunder Frank, *El desarrollo del subdesarrollo: un ensayo autobiográfico*, Caracas, Nueva Sociedad, 1991, pág. 49.

<sup>675</sup> Cherie Zalaquett, *Chilenas en armas. Testimonios e historia de mujeres militares y guerrilleras subversivas*, Santiago, Catalonia, 2009.

estimuladas por el proceso de reforma universitaria chilena que en 1967 comenzaba a cambiar las estructuras académicas y de formación. En paralelo, además, se estaba desarrollando el estallido estudiantil a nivel mundial y los jóvenes universitarios se convertían en un sujeto de transformación.

El MIR, en este contexto, alcanzó un importante nivel de inserción en los espacios estudiantiles al conseguir el liderazgo del Movimiento Universitario de Izquierda (MUI), de la Federación de Estudiantes de Concepción (FEC) —gracias a la numerosa militancia existente en esa universidad— y de algunos centros de estudiantes de las carreras esos espacios universitarios. En 1966, en el documento “La revolución universitaria” antes aludido, Miguel Enríquez escribía:

¿Puede seguirse repitiendo hoy mecánicamente la consigna de Reforma Universitaria, desconociendo su contenido? ¿El estudiantado, debe luchar por los problemas universitarios, esto es, los de un medio inmediato, o debe, por el contrario, abandonar la universidad y entregarse por entero a las luchas sociales fuera del ámbito universitario? ¿El replanteamiento de la Reforma Universitaria, debe limitarse a calcar los postulados reformistas enunciados a principios de siglo? ¿profundizarlos más aún? ¿o se trata de una reformulación actual del problema, cualitativamente diferente de la anterior, además de su agudización? Por último, ¿cómo explicar el papel del estudiantado en una revolución en que, supuestamente, no está interesado materialmente?<sup>676</sup>

Enríquez realizaba un análisis histórico de la universidad latinoamericana y comparaba el proceso que vivía Chile en ese momento con el de Córdoba a principios de siglo. Citando a Gramsci planteaba que en la universidad chilena “el elemento laico y burgués no ha alcanzado a la etapa de subordinación de los intereses y de la influencia clerical y militar a la política laica del Estado Moderno”<sup>677</sup>. Esto insertaba a los movimientos universitarios chilenos en el proceso de revolución democrático burguesa. Sin embargo, el carácter dependiente de la burguesía y el desarrollo de las fuerzas tradicionalistas cedieron la universidad al conservadurismo. Es así como en una universidad tradicionalista y en un contexto de ascenso de las luchas sociales, la lucha estudiantil se vinculaba con las luchas populares:

Dicho de esta manera, la lucha fundamental de los estudiantes debe ser en defensa de los intereses de las grandes mayorías ausentes hoy de la Universidad, pero no deben descuidarse las luchas

---

<sup>676</sup> Miguel Enríquez, “La revolución universitaria”, 1966, *op. cit.*

<sup>677</sup> Miguel Enríquez, “La revolución universitaria”, 1966, *op. cit.*

estudiantiles reivindicativas, pues a través de ellas, profundizándolas y superándolas, es que se integran los sectores estudiantiles mayoritarios a la lucha política revolucionaria<sup>678</sup>.

No obstante, Enríquez aclara que era necesario hacer “la revolución universitaria” y no solo ver la lucha estudiantil al servicio de la revolución más amplia como simple instrumentalización, sino transformar la universidad para que sea una institución desde la cual se pueda construir el socialismo. Importantes son estas definiciones, porque los años siguientes, bajo el liderazgo del MIR, se comenzó un proceso de transformación de las universidades cuyo símbolo será la Universidad de Concepción.

Ya pasada la coyuntura movimental en las universidades chilenas, Vasconi, desde el CESO, publica en 1970 un trabajo titulado “Movimiento estudiantil y crisis en la Universidad de Chile”, en el que analizaba el proceso de reforma universitaria en dicha institución y explicaba las diferencias entre las reformas aceptadas en la universidad en general y las de la Facultad de Filosofía y Educación, indicando que, mientras que en votaciones la universidad rechazó el cogobierno, en la Facultad de Filosofía y Educación se dieron formas masivas de participación que permitieron modificaciones importantes al interior de la unidad.

A juicio de Vasconi, el proceso de la facultad dejó como experiencia la movilización como estrategia para la conquista del poder. La contradicción existente entre el estatuto aprobado en la universidad y las acciones de los estudiantes de filosofía y educación, según el autor, planteaba una variante fundamental en el proceso: “la acción de un grupo que traspasa las reglas del juego vigentes en la institución y rompe con los acuerdos democráticamente sancionados al interior del movimiento estudiantil”<sup>679</sup>. Esa será la estrategia ocupada por los estudiantes coordinados en el MUI y de los actores revolucionarios en general en el periodo 1970-1973: sobrepasar la institucionalidad vigente aprobada bajo las lógicas de la democracia burguesa.

---

<sup>678</sup> *Ibid.*

<sup>679</sup> Vasconi, Tomás Amadeo, “Movimiento estudiantil y crisis en la Universidad de Chile”, Santiago, CESO, 1970, pág. 13.

### Publicaciones realizadas por Vasconi en el CESO

Nombre de la publicación	Título del artículo
BOLETÍN 1 DEL CESO octubre de 1967	Proposiciones para un diseño de investigación sobre educación y cambio social en países latinoamericanos
BOLETÍN 2 DEL CESO noviembre-diciembre de 1967	Educación, distribución y redistribución del ingreso
BOLETÍN 3 DEL CESO octubre de 1968	Cultura, ideología, dependencia y alienación Universidad de Chile 1968: reforma o modernización
CUADERNOS DEL CESO N° 7, 1967.	Educación y subdesarrollo (I). Proposiciones sobre el marco teórico y metodológico de los estudios sobre educación y desarrollo
CUADERNOS DEL CESO N° 8, 1968	Educación y cambio social
SOCIEDAD Y DESARROLLO	(en colaboración con Marco Aurelio García) Las ideologías dominantes en América Latina

La incorporación de Vasconi al MIR se produjo varios años después de haber llegado al país, pero en un momento crucial del proceso chileno. Analizando su producción y su situación política podemos señalar que pasa de la independencia política al compromiso militante. Para Claudia Gilman, ese paso se podía traducir en términos políticos como la diferencia entre reformismo y revolución. Para el caso de Argentina señala que

[...] las exigencias crecientes de participación revolucionaria devaluaron la noción de compromiso, bajo la cual una gran parte de los intelectuales encontraron sombra y protección durante algún tiempo. [...] La creciente oposición entre palabra y acción desnudó entonces los límites de la idea del compromiso.

[...] Por eso mismo, muchos intelectuales se preguntaron si no había llegado la hora de abandonar la máquina de escribir y empuñar el

fusil o, al menos, abandonar el goce estético para un futuro en el que la revolución triunfante socializara el privilegio de la cultura<sup>680</sup>.

La descripción, bastante caricaturesca, no calza con la realidad chilena, por lo menos no en el MIR. Los intelectuales no eran convocados en esta organización para que abandonaran las letras y tomaran el fusil, sino que eran convocados desde su función social. Para efectos de esta investigación, además, el intelectual revolucionario no era cualquier intelectual militante, sino aquel que podía construir teoría al servicio de un proyecto de transformación y en el desarrollo de esa tarea revolucionaba su disciplina. Vasconi, en ese sentido, era desde antes del vínculo militante un intelectual revolucionario, su nueva condición le asigna tareas extras que no necesariamente tienen que ver con su función social.

Como señalábamos en apartados anteriores, el MIR tuvo, a través de sus intelectuales, vínculos con los centros de pensamiento social y político que se fundaron en la época. En el caso del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), vinculado a la Pontificia Universidad Católica de Chile<sup>681</sup>, la relación quedó establecida desde la participación de Andrés Pascal Allende en su fundación<sup>682</sup>, aunque con anterioridad ya se había creado un núcleo militante en dicha universidad, que pasó a estar bajo el mando de un estudiante de periodismo, Eduardo Santa Cruz.

El joven mirista será el jefe de la estructura del MIR en la Universidad Católica y, por lo tanto, debía atender políticamente a las células estudiantiles y a los académicos, incluidos los investigadores del CEREN. A este centro llegaron a trabajar en 1968 dos jóvenes sociólogos argentinos que, huyendo de la dictadura, atravesaron la cordillera y establecieron vínculos militantes en el MIR. Ellos eran Patricio Biedma y Hugo Perret. Ambos habían estudiado en la Universidad Católica Argentina y, una vez instalados en el centro, trabajarán con Franz Hinkelammert en un estudio comparativo de las experiencias socialistas desarrolladas en la URSS, China y Cuba<sup>683</sup>.

---

<sup>680</sup> Gilman, *op. cit.*

<sup>681</sup> Carla Rivera Aravena, “Diálogos y reflexiones sobre las comunicaciones en la Unidad Popular. Chile 1970-1973”, *Historia y Comunicación Social*, Vol. 20, N° 2, 2015.

<sup>682</sup> Pascal Allende solo estará un año en el CEREN, ya que en 1969, tras una acción del MIR, el gobierno firmará una orden de captura para los dirigentes, lo que obligará –en palabras del entrevistado– a la profesionalización de la organización.

<sup>683</sup> Franz Hinkelammert, Pilar Vergara, Hugo Perret y Patricio Biedma, “Dialéctica del desarrollo desigual. El caso latinoamericano”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 6, número especial, 1970

Esta publicación fue importante porque, a juicio de su autor, contenía un debate con un destacado militante mirista, André Gunder Frank. Los dos alemanes latinoamericanistas interpretaron la dependencia y el subdesarrollo desde ópticas diferentes. Para Hinkelammert, Frank “no hacía un análisis de la estructura económica sino de la mera circulación de mercancías. Entonces era más bien teoría del intercambio desigual; [que no explicaba] por qué razones las políticas de desarrollo fracasan en América Latina. Eso no es explicable por el intercambio desigual”<sup>684</sup>.

Patricio Biedma también trabajó en el CEREN con uno de los intelectuales más brillantes del Centro, Armand Mattelart. Como resultado de las investigaciones hechas en equipo se publicó un libro en 1971 titulado *Comunicación masiva y revolución socialista*<sup>685</sup>. Mattelart fue uno de los pensadores o intelectuales que, sin ser militante del MIR, se involucró en el trabajo de frentes de masa como experto en comunicaciones. En una publicación reciente habla de esta relación entre el intelectual y la política en el Chile de los años sesenta. Ahí señala:

Debo decir que sin haber pertenecido a este movimiento, las relaciones de larga amistad que he mantenido con los responsables del MIR, me llevaron muchas veces a discutir con ellos de problemas que yo trabajaba y que les concernían. Pienso que tenían un largo de ventaja sobre los partidos burocráticos, sobre todo a lo que respecta a la reflexión sobre el lugar de los medios de comunicación en la lucha política, tal y como la vivíamos en aquel tiempo. Esto explica por qué el MIR fue uno de los escasos actores políticos en concebir un proyecto de radio propio, durante el gobierno de la Unidad Popular. Si no pudo llegar a realizarlo fue porque se lo impidió el golpe de Estado. Las cuestiones sobre la ideología y la cultura bebían de las fuentes de la heterodoxia marxista, en sintonía con lo que sucedía internacionalmente. Pero, sería un error pensar que mis relaciones con la izquierda se limitaban a estos contactos. Sin haberme encerrado en el claustro de partido alguno, colaboré estrechamente con una gama amplia de militantes, que pertenecían a los sectores críticos de los partidos que integraban la Unidad Popular<sup>686</sup>.

---

<sup>684</sup> Estela Fernández Nadal y Gustavo Daniel Silnik, *Teología profana y pensamiento crítico: conversaciones con Frank Hinkelammert*, Buenos Aires, CICCUS, CLACSO, 2012, pág. 119.

<sup>685</sup> Armand Mattelart, Patricio Biedma y Santiago Funes, *Comunicación masiva y revolución socialista*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1971.

<sup>686</sup> Armand Mattelart, *Por una mirada-mundo: conversaciones con Michel Sénécal*, Temuco, Universidad de la Frontera, 2013, pág. 102.



La relación del MIR con los centros de investigación le permitió a los intelectuales generar síntesis entre pensamiento y acción. A partir de esta posibilidad fueron muchos los intelectuales que colaboraron con las organizaciones políticas del periodo y que, en esa correspondencia, nutren su pensamiento complejizándolo. Es una relación enriquecedora tanto para las organizaciones políticas como para los pensadores.

Los intelectuales argentinos encontraron en Chile un espacio de politización concreta. Si bien, como en el resto de América Latina, la politización de las ciencias sociales era un proceso en ascenso, eso no necesariamente significaba una adscripción partidaria, por lo menos no de estos sujetos críticos al marxismo tradicional y sus expresiones partidistas. El antiintelectualismo argentino tuvo en Chile otros significados. Los intelectuales criticados y rechazados en el ambiente político eran aquellos que no pensaban desde la realidad, que era concebida como una realidad en transformación. El intelectual rechazado era aquel que, refugiándose en el cientificismo, reproducía los valores del capitalismo, mientras que los pensadores críticos eran bien valorados.

De los intelectuales extranjeros militantes del MIR, por los testimonios recogidos, el más vinculado a las luchas concretas fue Néstor D'Alessio. Esto nos remite a una de las interrogantes que trascienden la época y que es la del rol del intelectual en los procesos de transformación. ¿Hasta qué punto esta necesidad de pensar desde la realidad concreta, sustrayéndose de la ideología dominante, implica un vínculo directo con los sujetos estudiados? En Chile y en el MIR, las exigencias hacia el intelectual en la época eran muchas. Si bien se les convocaba *como intelectuales* a la discusión y al aporte al proceso revolucionario, los intelectuales militantes buscaban el vínculo concreto que les diera la claridad para la interpretación. Es como si pretendieran mirar el proceso sin mediación alguna. ¿Es esto posible?

Para Gilman, los años sesenta marcaron la superioridad de la política sobre los intelectuales. Esto habría implicado, eso sí y curiosamente, que el criterio de eficacia se aplicara con más severidad hacia los intelectuales que hacia los guerrilleros. Gilman concluye que para el guerrillero “la valoración aumentaba con el fracaso y la muerte”. Sin embargo, al intelectual se le exigía una elaboración que sirviera para intervenir de manera eficaz en la política<sup>687</sup>. Esta comparación no es algo que podamos aplicar a Chile. Pese a que, efectivamente, la condición de guerrillero estaba cargada de un aura heroica y martiroológica, el MIR no desarrolla

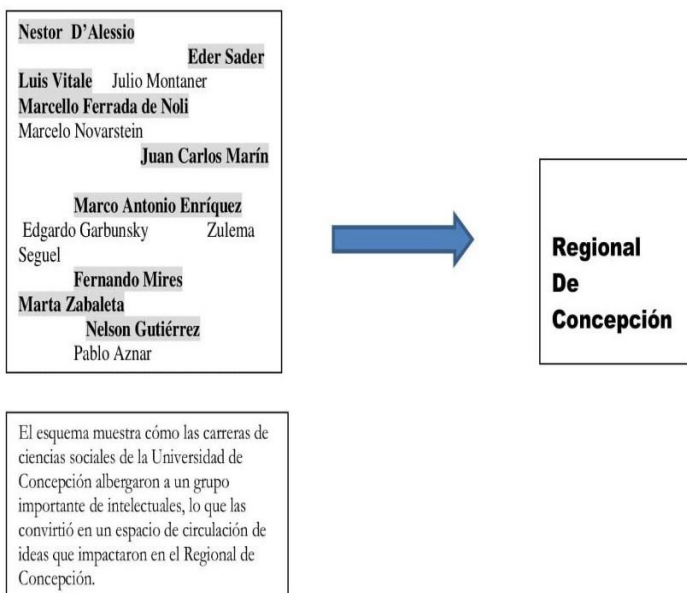
---

<sup>687</sup> Gilman, *op. cit.*

su prestigio con base en el combate, fundamentalmente porque no combate en este periodo<sup>688</sup>.

Respecto a la exigencia de eficacia para los intelectuales, para los científicos sociales esta es una exigencia permanente. Ellos son los que desde la década de 1950 estaban a cargo no solo de pensar la realidad, sino que de participar en el diseño de las políticas de los gobiernos desarrollistas. No obstante, al científico social revolucionario sí se le planteaba una exigencia mayor, la de imaginar la utopía. En el caso de los argentinos, lejos de eso, lo que hicieron fue identificar las tensiones, analizar la crisis, categorizar las luchas, es decir, alcanzaron a observar la realidad, pero no a proyectarla.

#### Las carreras de ciencias sociales de la Universidad de Concepción como espacio de vinculación de intelectuales y el MIR



\*Los nombres destacados corresponden a militantes del MIR

<sup>688</sup> El MIR desarrolla acciones violentas desde el golpe y durante toda la dictadura. Esa resistencia heroica genera el imaginario combativo y sacrificial del MIR.

## Los brasileños y el MIR, la crítica a la estrategia

Muchos de los brasileños que llegaron a Chile luego del golpe de Estado en 1964 ya tenían adscripción militante en su país de origen. La Organización Revolucionaria Marxista-Política Obrera (POLOP) fue uno de esos espacios de confluencia militante para un grupo de intelectuales que, habiendo dado los primeros pasos en la creación de la teoría de la dependencia, comprendían a cabalidad que su opción teórica era también una opción política. La formación del núcleo de origen de la teoría de la dependencia se da en la Universidad de Brasilia. Luego de 1966, el grupo prácticamente completo pasará a Chile. Ellos eran: André Gunder Frank, Vania Bambirra, Theotonio dos Santos y Ruy Mauro Marini.

Aunque no todos los intelectuales brasileños que llegaron ejercieron la militancia, la mayoría desarrolló una serie de aportes en lo intelectual y lo político que ayudaron a configurar a las instituciones académicas, a difundir las bases del pensamiento dependientista y a tensionar las discusiones sobre la estrategia. De esta manera y ampliando el rango, podemos agregar, a los ya nombrados, a Marco Aurelio García —que fue militante del MIR—, a José Serra, a Paulo Freire y a Ernani María Fiori<sup>689</sup>.

Los últimos dos: Freire y Fiori cumplieron roles destacadísimos en Chile entre los años 1966 y 1969. El primero estuvo a cargo de las políticas de alfabetización rural del gobierno de Eduardo Frei Montalva; el segundo fue uno de los protagonistas de la reforma universitaria en la Universidad Católica en Santiago de Chile. José Serra, por su parte, terminó sus estudios de economía en la CEPAL y se desempeñó posteriormente, entre 1968 y 1973, como profesor de ESCOLATINA y ocupó también cargos en el gobierno de Salvador Allende<sup>690</sup>. Francisco Weffor, Almino Affonso y Fernando Henrique Cardoso también serán parte del grupo de brasileños que viven el exilio en Chile.

La densidad de la red intelectual que se produjo en el país movilizará la teoría de la dependencia y nutrirá las diversas disciplinas, las que a la vez se vieron interpeladas por los procesos políticos experimentados en el país. En este contexto, los intelectuales vieron incluso cuestionada la categoría misma de intelectual, ya que la potencia del periodo no solo les exigirá tener una posición frente a la realidad, sino transformarla.

---

<sup>689</sup> Carlos Eugenio Beca, Cecilia Richards y Lucídio Bianchetti, “Ernani Maria Fiori: un profesor brasileiro en tierras chilenas testimonios. Testimonios”, *Educação & Realidade*, Vol. 38, N° 3, 2013.

<sup>690</sup> Marco Aurelio García y José Serra fueron, posteriormente, parte de la jerarquía del Partido de los Trabajadores de Brasil y de los gobierno de Lula da Silva y Dilma Rouseff.

En la relación de los intelectuales brasileños con el MIR encontraremos algunos aspectos diferentes de los que caracterizó la relación con los argentinos. Primero, los pensadores brasileños con trayectoria son más numerosos. Estamos hablando de sujetos que, al momento de llegar a Chile, tienen estudios de posgrado, publicaciones y actividad investigativa. Segundo, que el origen de los brasileños es más homogéneo y su confluencia institucional también. Tercero, que la mayoría tenía militancia revolucionaria antes de llegar a Chile.

Los nodos que conformaron las redes de los intelectuales militantes brasileños fueron, en Brasil, la Universidad de Brasilia y la POLOP, y, en Chile, el CESO y el MIR. Al seguir la trayectoria política intelectual de cada uno podemos ver de qué manera esos espacios de confluencia fueron dando forma a su pensamiento revolucionario y cómo este encuentra sentido en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Una de esas trayectorias que seguiremos será la de los hermanos Sader.

Eder Sader llegó a Chile en 1970, tras algunos años de lucha clandestina contra la dictadura en Brasil. En 1961 había sido parte del núcleo fundador de la POLOP y miembro después del grupo dirigente del Partido Comunista de los Trabajadores. Estudió filosofía y realizó un posgrado en la Universidad de Sao Paulo. Cuando llegó a Chile tenía casi 30 años.

En Chile fue profesor e investigador de la Universidad Católica en Santiago y, más tarde, de la Universidad de Concepción. Sus estudios tuvieron como tema los movimientos sociales urbanos. Ingresó al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) sin perder sus vínculos con la POLOP y la izquierda brasileña en general. Con el golpe de Estado en septiembre de 1973 fue expulsado del país tras ser detenido por la Marina<sup>691</sup>. En sus textos políticos escritos en las décadas de 1960 y 1970, Eder Sader utilizaba el seudónimo de Raúl Villa.

El brasileño combinó la actividad intelectual y las investigaciones académicas con algunos escritos de carácter político. No estamos diciendo que haya una separación entre la actividad del pensador y la militante, pero algunos de sus textos son de manera más directa una reflexión para nutrir las definiciones estratégicas del partido. Ese es el caso del documento en el que discutía con la política de la Unidad Popular sobre la problemática del poder, “Un Chile entre la legalidad burguesa y la revolución”, firmado con su seudónimo. Dicho documento circuló en Brasil en una versión mecanografiada en 1971 y, más tarde, fue traducido a otros idiomas<sup>692</sup>.

---

<sup>691</sup> Marco Aurelio García, “Eder Sader. O futuro sem este homem”, *Teoria e Debate*, N° 4, 1 de septiembre de 1988.

<sup>692</sup> Eder Sader (Raúl Villa), “O Chile entre a legalidade burguesa e a revolução”, 1971. Disponible en el sitio en línea del Centro de Estudios Victor Meyer.

La reflexión de Sader advertía sobre la existencia de dos peligros al analizar el fenómeno allendista en Chile: el primero, caer en el guerrillerismo ultraizquierdista y no entender los procesos propios del país, y el segundo, creer en el reformismo como posibilidad de transformación. Pensando desde la posibilidad revolucionaria y desde la militancia mirista, Sader concluye que:

El programa y la práctica de la Unidad Popular abren un camino más largo para el proceso revolucionario chileno. Las medidas reformistas se vuelven insoportables para la clase dominante porque la amplia democracia no les garantiza la conducción del proceso. La tarea de la izquierda revolucionaria es justamente aprovechar esas condiciones para encontrar el punto de ruptura ideal que convierta el proceso en irreversible.

Eder Sader comenzó a realizar escritos políticos militantes cuando era parte activa de la resistencia política en Brasil, por lo que podemos rastrear algunos de ellos en 1968, cuando la radicalización de la represión troncaba con el ascenso de la resistencia popular. “Os ensinamentos de Mao Tse-Tung e a guerra revolucionaria no Brasil”, “A crise do reformismo e a formação do partido revolucionário”, “A burguesia entre o populismo e o militarismo”, son algunos de ellos. El primero de estos artículos publicados circuló en Brasil en una versión mecanografiada, los dos últimos aparecieron en la revista *Marxismo Militante* bajo seudónimos distintos, el primero firmado como Raúl Villa y el último como Ferreira Guerra<sup>693</sup>.

En Chile, en agosto de 1973, con la crisis política en un punto de no retorno, terminó de escribir su artículo “Cordón Cerrillo y poder proletario en Chile 1972”, que originalmente sería publicado en la revista *Marxismo y Revolución*. Sin embargo, el golpe de Estado impidió la edición del segundo número de la publicación dirigida por Ruy Mauro Marini, por lo que el artículo apareció en junio de 1975 en la revista *Les Temps Modernes* en París<sup>694</sup>.

El hermano de Eder, Emir Sader, también ingresó a militar en el MIR, donde llegó a ser miembro del Comité Central. Con formación en filosofía y una maestría en la misma disciplina, llegó a Chile en 1971 e

---

<sup>693</sup> Eder Sader (Raúl Villa), “Os ensinamentos de Mao Tse-Tung e a guerra revolucionaria no Brasil”, octubre de 1968; “A crise do reformismo e a formação do partido revolucionário” y “A burguesia entre o populismo e o militarismo”, ambos en *Marxismo Militante*, N° 1, 1968; disponibles en línea en el Centro de Estudios Victor Meyer.

<sup>694</sup> Eder Sader, “Cordón Cerrillos et pouvoir prolétaire au Chili 1972”, *Les Temps Modernes*, N° 347, 1975. Disponible en línea en portugués en el Centro de Estudios Victor Meyer.

ingresó a trabajar en la Universidad de Chile, en tareas de investigación en el Centro de Estudios Socioeconómicos. De su paso por Chile y el MIR, Emir Sader recuerda:

Cuando pasé por primera vez por Chile [...], me quedé en casa de Ruy Mauro, donde conocí a los miembros de la comisión política del MIR, que a menudo hacían reuniones en aquel departamento: no solamente a Miguel, también a Bautista van Schouwen, Luciano Cruz, Edgardo Enríquez, Nelson Gutiérrez, Andrés Pascal Allende. Era una comisión política, un equipo de dirección, como pocas veces –si es que alguna– una organización de izquierda pudo tener. En ese equipo sobresalía Miguel, un líder revolucionario extraordinario desde todo punto de vista. Nunca he conocido a alguien tan capacitado para la dirección política como Miguel<sup>695</sup>.

Su trabajo intelectual se había iniciado en Brasil y también su actividad política militante. Como intelectual y político escribía en la revista de la POLOP, que en uno de sus números definía sus objetivos:

Nuestra revista tiene como fin contribuir teórica y prácticamente en el desarrollo de una política para los trabajadores de Brasil. Esta política se hace por el encuentro entre la teoría marxista y la experiencia de lucha de las masas trabajadoras del país. Por eso, mientras más amplio y profundo sea el debate, más vigorosa y eficaz será la política de los trabajadores que nacerá con el surgimiento de un partido revolucionario en Brasil cuya misión será construir el socialismo en el país<sup>696</sup>.

De la colaboración en revistas políticas en Brasil, pasó a la publicación en revistas académicas en Chile, aunque los objetivos de las segundas, a juzgar por los integrantes del CESO y los temas de investigación, no parecen ser muy diferentes. En el primer número de la revista *Sociedad y Desarrollo* de este centro, Emir Sader publicó un artículo titulado “Fascismo: de la excepción a la regla”<sup>697</sup>.

Cuando el CESO comenzó a publicar esta revista en 1972, definió su programa de trabajo señalando que había una necesidad de relación dialéctica entre reflexión y práctica. Las aspiraciones de *Sociedad y Desarrollo* no estaba muy distantes de los objetivos de la revista *Política*

---

<sup>695</sup> Emir Sader, “Latinoamericanos y europeos en el MIR”, *Punto Final*, N° 814, 3 de octubre de 2014.

<sup>696</sup> En *Política Operaria*, N° 7, octubre de 1963. Disponible en: <http://centrovictormeyer.org.br/wp-content/uploads/2014/01/Revista-Politica-Operaria-Nr.-7.pdf>

<sup>697</sup> Emir Sader, “Fascismo: de la excepción a la regla”, *Sociedad y Desarrollo*, N° 1, enero-marzo de 1972.

*Opéraria*, pese a que la primera era una revista académica y la segunda una publicación política. En el primer número de la publicación chilena, su director, Theotonio dos Santos, escribía:

Solo una apertura de la actividad científica hacia la comunidad, una vigilancia directa de ella sobre esa actividad, una apertura masiva de la universidad a los obreros puede abrir algunos caminos para la solución de estos problemas que están en la raíz de la enorme crisis de la universidad contemporánea<sup>698</sup>.

Había un trabajo teórico desarrollado en el CESO de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile. Este no solo estaba conformado por un conjunto de investigaciones individuales, sino que agrupaba los distintos seminarios bajo un contexto político muy estimulante y un proyecto más o menos compartido de sociedad. Los investigadores formaban también un núcleo de análisis de coyuntura y debate político que alcanzó a publicar un número de la revista *Marxismo y Revolución*<sup>699</sup>:

La actuación de ese núcleo estaba volcada hacia los estudiantes e intelectuales, aunque algunos —como era mi caso— trabajábamos en otros sectores sociales donde el MIR y sus frentes de masas se hacían presentes. Yo alcancé a dar un curso de formación política para gran número de personas en la Biblioteca Nacional, un trabajo dirigido al sector centro de Santiago vinculado al MIR<sup>700</sup>.

---

<sup>698</sup> “Sociedad y Desarrollo: un programa de trabajo”, *Sociedad y Desarrollo*, N° 1, enero-marzo de 1972, Pág 3

<sup>699</sup> Emir Sader, “Latinoamericanos...”, *op. cit.* Emir Sader equivoca el nombre de la revista en el artículo y la nombra como *Marxismo Militante*.

<sup>700</sup> *Ibid.*

## El CESO como nodo de redes políticas y académicas

Intelectuales vinculados al CESO (corresponde a una selección de nombres)

Theotonio dos Santos  
Roberto Pizarro  
**Tomás Vasconi**  
**Silvia Hernández**  
**Marco Aurelio García**  
Orlando Caputo  
Vania Bambirra  
Marta Harnecker  
Tomás Godoy  
Cristóbal Kay  
**Antonio Sánchez García**  
Sergio Ramos  
Clarisa Hardy  
**André Gunder Frank**  
Hugo Zemelman  
Eduardo Hamuy  
**Ruy Mauro Marini**  
Mario Góngora  
Pío García  
Jaime Estévez



### Principales vínculos políticos

Partido Socialista  
Revista Chile Hoy  
Revista Marxismo y Revolución  
Revista Punto Final  
Movimiento de Izquierda Revolucionaria

Los nombres descaturados eran militantes del MIR



En el CESO trabajó también Marco Aurelio García. Cómo señalamos en un apartado anterior, este ingresó a militar en el MIR en 1971, en conjunto con el argentino Tomás Amadeo Vasconi y el chileno Antonio Sánchez García. En el primer número de la revista *Sociedad y Desarrollo*, Vasconi y Marco Aurelio publicaron un artículo sobre las ideologías en América Latina que formaba parte de la investigación que estaban desarrollando en dicho centro<sup>701</sup>.

La trayectoria intelectual de Marco Aurelio García en Chile no está mayormente documentada y sus relaciones con el MIR han salido a la luz a propósito de sus visitas a Chile cumpliendo funciones en los gobiernos de Lula da Silva y Dilma Rousseff. García fue considerado como el hombre más intelectual del entorno de Lula y en la prensa chilena y brasileña fueron destacados su exilio en Chile, su militancia mirista y su participación en la formación de cuadros socialistas<sup>702</sup>.

Este ingreso al MIR en 1971 podría leerse como fuera de contexto si lo evaluamos con base en el éxito de la vía electoral. Sin embargo, la caracterización del periodo que hacía la organización resultaba atractiva y parecía acertada, sobre todo porque, pese al entusiasmo popular, era difícil para los intelectuales adscritos a la teoría de la dependencia pensar en el éxito del gobierno de Allende:

El MIR caracterizó el periodo político abierto con el triunfo de Allende como de pre-revolucionario, en tanto definió que existía una crisis en el modelo de acumulación capitalista, una división en la clase dominante, un proceso de ascenso de las luchas populares y la idea que “los de arriba” no podían seguir dominando de la vieja manera y “los de abajo” no querían seguir sumidos en la dominación. Por ello, su esfuerzo principal “se orientó a construir el partido, acumular fuerzas en el movimiento de masa a partir de un programa y del impulso a la movilización de éstas, e intentar disputar la conducción del movimiento de masas al reformismo<sup>703</sup>.

Los intelectuales en el MIR debían cumplir las funciones de todo militante. En ese sentido, estaban asignados a una célula donde desarrollaban distintas funciones. En el caso de los militantes de las universidades, eran atendidos por el jefe político asignado a la estructura local que, en algunos casos, podía ser un estudiante. Los intelectuales también estaban vinculados a los frentes sociales, donde cumplían funciones de formación, análisis del sector o coordinación del trabajo de

---

<sup>701</sup> Tomás Vasconi y Marco Aurelio García, “Las ideologías dominantes en América Latina”, *Sociedad y Desarrollo*, N° 1, enero-marzo de 1972.

<sup>702</sup> “Los lazos de Lula con Chile”, *El Mercurio*, 30 de octubre de 2002.

<sup>703</sup> Osvaldo Torres, *Democracia y lucha armada. MIR y MLN-Tupamaros*, Santiago, Pehuén, 2012, pág. 171.

masas, participaban de reuniones y asambleas para intentar conducir políticamente al movimiento popular. Uno de los líderes del MIR recuerda el trabajo con los intelectuales señalando que se juntaban cada diez o quince días:

Nosotros buscábamos esa influencia, el aporte que nos pudieran dar en la comprensión de una realidad que era compleja, sobre todo en el periodo de la Unidad Popular, que nos diera elementos de juicio que nos ayudaran a entender más la dinámica y nosotros no teníamos el tiempo para dedicarnos a estudiar tanto. Era mucho más práctico que otro estudiara y nos dijera esto pasa y de eso absorbíamos como esponjas elementos que utilizábamos luego en diseñar las políticas, los discursos, los programas<sup>704</sup>.

Los aportes teóricos desde los intelectuales al MIR se daban en el proceso de discusión política en los espacios de dirección, que eran la Comisión Política, el Comité Central, los comités regionales o los comités locales, y correspondían a textos individuales que eran discutidos y sancionados colectivamente por los dirigentes de la organización. Sin embargo, más que la producción de textos que podamos identificar como de uno u otro intelectual, los pensadores sociales aportaron al MIR y a los espacios de masas una reflexión profunda en torno a la política desde las herramientas que como intelectuales poseían.

La teoría de la dependencia se convirtió en un paradigma interpretativo desde el cual se pensaba la política. Eso implicaba el reconocimiento de la historia latinoamericana como dependiente y, por lo tanto, la existencia de condiciones estructurales de dependencia. Así – al igual que la teoría de la marginalidad reconocía en ella una condición y planteaba una política para superarla– el paradigma dependentista reconocía la condición de dependencia y ensayaba una práctica política que la superara. En ese sentido, y contrario a lo que plantea Devés<sup>705</sup>, el dependentismo sí se convirtió en práctica y en política. No obstante, como esta teoría nace de la Nueva Izquierda, se piensa desde ahí y no desde los espacios de poder, puesto que esta corriente nunca accedió a él, aunque intentó construirlo.

Una de las figuras más relevantes del dependentismo, brasileño y militante del MIR chileno, fue Ruy Mauro Marini, quien llegó a Chile en 1969, luego de su paso por México tras huir de la persecución de la dictadura en su país. En un texto escrito como una especie de currículum

---

<sup>704</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014.

<sup>705</sup> Devés, *El pensamiento...*, *op. cit.* El autor plantea que, a diferencia del desarrollismo, que sí se convirtió en una política, el dependentismo fue más bien un diagnóstico.

para la Universidad de Brasilia, Ruy Mauro Marini escribió de sí mismo: “Nací en 1932. Por mi origen, soy un producto de las tendencias profundas que determinaron el surgimiento del Brasil moderno que emergió en aquella década”.

Su formación básica en ciencias sociales se vio profundizada en los años que pasó dando clases e investigando en la Escuela Brasileira de Administración Pública (EBAP) hasta 1958, cuando una beca lo llevó a Francia a estudiar al Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París. Ahí comenzó a mirar la teoría desarrollista desde una perspectiva crítica, entendiéndola como un “instrumento de mistificación y domesticación de los pueblos oprimidos del Tercer Mundo y arma con la cual el imperialismo buscaba enfrentar a los problemas creados en la posguerra con la descolonización”<sup>706</sup>.

De regreso en Brasil participa en la fundación de la POLOP, actividad política que combina con colaboraciones para Prensa Latina y el periódico *O Metropolitano*, la docencia y la investigación. En 1962 se integra a la recién fundada Universidad de Brasilia, donde tuvo —según sus palabras— la experiencia más rica de su vida académica<sup>707</sup>. Ahí conoce y comparte con Andrés Gunder Frank quien, en contacto con la realidad brasileña, da origen a la teoría de la dependencia. Marini aclara que “contrariando a interpretaciones generalmente admitidas que ven la teoría de la dependencia como un subproducto y alternativa académica a la teoría desarrollista de la CEPAL, ella tiene sus raíces en las concepciones que la nueva izquierda elaboró para hacer frente a la ideología de los partidos comunistas”<sup>708</sup>.

Siguiendo esta línea de vínculo entre la propuesta política y la académica, Eduardo Devés plantea que en los años sesenta se genera una crítica a la sociología desde los sociólogos mismos, que denuncian su economicismo y su incapacidad para lograr el desarrollo y califican su producto como ideología. Para Devés, “la crítica radical y fulminante duró tan poco como la brillantez y fugaz época en la que se implementó”, pues dio paso a una crítica a la crítica, poniendo en movimiento una renovación permanente de las disciplinas afines<sup>709</sup>. Esta corta pero sobresaliente etapa estuvo liderada por un grupo de intelectuales militantes que levantaron su crítica política desde la academia y la crítica académica desde la militancia. Uno de los más reconocidos fue Ruy Mauro Marini.

En la POLOP, los intelectuales analizaban la realidad local, hacían política y discutían sobre estrategia. Si bien admiraban la Revolución

---

<sup>706</sup> Ruy Mauro Marini, “Memoria”, en *El maestro en rojo y negro. Textos recuperados*, Quito, Instituto de Altos Estudios Nacionales, 2012.

<sup>707</sup> Ver capítulo II, Marini se refiere a la confluencia de intelectuales en ese centro.

<sup>708</sup> Marini, “Memoria”, *op. cit.*

<sup>709</sup> Devés, *El pensamiento...*, *op. cit.*, pág. 61.

cubana, no compartían su estrategia para Brasil. Luego del golpe se hicieron sentir grandes presiones sobre la organización; se le reprochaba a la dirección no iniciar la lucha armada. Ante este apremio, la POLOP comienza a organizar acciones armadas, responsabilidad en la que Ruy Mauro Marini y Arnaldo Mourthé van a estar muy comprometidos, al estar a cargo de funciones militares<sup>710</sup>. Debido a la participación en estas actividades, Marini fue apresado con otros compañeros. Luego de ser encarcelado varias veces, pasó a la clandestinidad, para luego ser enviado por su organización a México, con el objetivo de establecer una relación con Cuba, lo cual nunca pudo desarrollarse.

En su estadía en México escribió varios artículos sobre el carácter de la política y la economía brasileña, utilizando la teoría de la dependencia como base de sus reflexiones. El primero de ellos partía del informe sobre la situación política brasileña presentado en el Comité Central de la POLOP. Más tarde, escribió su libro más importante, *Subdesarrollo y revolución en América Latina*<sup>711</sup>. Complementará esta producción con la realización de una cátedra en la UNAM y la organización de algunos seminarios de lectura de *El Capital*. Las protestas estudiantiles que estallaron en 1968 generaron un manto de sospechas sobre Marini y el gobierno terminó acusándolo de agitador. Meses después, en 1969, Nelson Gutiérrez lo invitó a dar clases en la Universidad de Concepción y es así como llegó a Chile con una importante trayectoria intelectual y experiencia política militante previa.

Ruy Mauro Marini es el más relevante de los intelectuales que llegan a militar en el MIR. En un artículo reciente en la revista *Punto Final*, Emir Sader recuerda la importancia de Marini para los brasileños militantes en Chile:

Yo puedo relatar algo de la experiencia de los brasileños, en especial de los que pudimos trabajar con el MIR. Para todos nosotros, la referencia más importante es la de Ruy Mauro Marini, no sólo por su capacidad intelectual y política, sino también porque fue de la primera generación de los que adhirieron al MIR.

Me acuerdo que la primera vez que pasé por Chile me quedé en el departamento de Ruy Mauro, en Providencia. Éramos amigos y compañeros de militancia en Brasil, en la organización marxista Política Operaria. Ruy Mauro había sido detenido después del golpe de 1964, en el trabajo de organización de un foco guerrillero con el cual pretendíamos desarrollar un trabajo de propaganda armada de la resistencia a la dictadura.

Nuestra organización heredó el trabajo de Leonel Brizola con sargentos y marinos. Le tocó a Ruy Mauro reorganizarlos. Ese trabajo sufrió una dura represión, Ruy Mauro fue detenido y brutalmente

---

<sup>710</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, julio de 2004.

<sup>711</sup> Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 1969.

torturado por el servicio secreto de la Marina (Senimar). Cuando fue finalmente liberado, decidimos que él debía salir del país. Ruy Mauro escogió ir a México, pero luego se trasladó a Chile, a Concepción, donde conoció a los dirigentes del MIR. Ahí empezó la intensa colaboración de Ruy Mauro con el MIR, así como la apertura de los espacios por los cuales tantos de nosotros hemos transitado<sup>712</sup>.

Ruy Mauro Marini fue un intelectual revolucionario en toda la dimensión, tanto por su compromiso político, que no solo implicó a su obra, como por su participación concreta en actividades de carácter militar, por su actitud autodidacta, que lo acompañó toda su vida, y porque sus aportes disciplinarios lograron revolucionar el campo de las ciencias sociales.

En su llegada a la Universidad de Concepción tomó contacto con Nelson Gutiérrez, pero también con el resto del grupo de la dirección. Al año siguiente se trasladó a Santiago invitado por Theotonio dos Santos, que cumplía funciones de investigador en el Centro de Estudios Socioeconómicos. En el MIR, sus funciones estaban vinculadas a la Comisión Política, instancia de la que era miembro. Eso significaba que su labor era la propuesta y la discusión de los análisis del periodo –tareas que ya había cumplido en la POLOP–, pero también la conducción política de la organización, las definiciones tácticas.

A su muerte, el MIR lo recuerda reconociendo las labores que el brasileño había cumplido:

Durante muchos años Ruy (Luis Cerda), fue un destacado militante del MIR chileno, al interior del cual desempeñó diversas responsabilidades temporales a nivel de dirección: miembro del Comité Central desde 1972; responsable de la tarea de trabajo teórico; director de la revista “Marxismo y Revolución”, órgano teórico del MIR; jefe del trabajo exterior con posterioridad al golpe militar; responsable del CC para la ECME (Escuela Central “Miguel Enríquez”). En la construcción de la línea política mirista, durante muchos años, contribuyó de manera importante<sup>713</sup>.

Así, tal como los espacios de conducción del MIR se nutrían de intelectuales, los espacios intelectuales se llenaban de miristas. En el CESO había muchos y las discusiones políticas y académicas no tenían una diferenciación clara, se fundían. Al estar los intelectuales pensando

---

<sup>712</sup> Emir Sader, “Latinoamericanos...”, *op. cit.*

<sup>713</sup> CEME, “El CEME despidió a Ruy Mauro Marini”, *Revista CEME*, N° 2, octubre de 1997. Disponible en Archivo Chile [en línea], CEME, recuperado de [https://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/maurinirm/01sobre/marini\\_sobre00004.pdf](https://www.archivochile.com/Ideas_Autores/maurinirm/01sobre/marini_sobre00004.pdf)

desde la teoría de la dependencia y ser esta, a la vez, parte de la renovación del marxismo, los estudios estaban orientados al análisis desde la perspectiva de clase y reconocían la lucha de clases y los límites del desarrollo del capitalismo para las clases explotadas. En ese sentido, las discusiones políticas del partido y los análisis estructurales confluían de manera muy coherente.

Andrés Pascal Allende nos ilustra sobre la influencia de los miristas en el CESO y las funciones específicas de Ruy Mauro en el MIR:

Empezamos a hacer escuelas de cuadros, empezamos a tener influencia en espacios de creación intelectual y académica, como en el CESO en la Chile, había bastante gente nuestra en Concepción, y nosotros entendíamos que eso era importante. Eso estaba contribuyendo a construir una teoría que respondiera más a la realidad, que diera cuenta de los problemas que se presentaban en un proceso revolucionario. Luego esa gente se va incorporando a la militancia, se va vinculando a las tareas sociales y muchos a la formación de cuadros. Pasamos a tener escuelas de cuadros en el MIR. Ruy Mauro pasó a ser el maestro, como le decían, porque se dedicaba a esa cuestión, formaba a los cuadros y a nosotros también, porque nosotros, como te contaba, nos reuníamos cada quince días<sup>714</sup>.

La formación, como vemos, no se daba solo hacia los militantes jóvenes, los militantes no intelectuales o de estructuras inferiores. En el MIR se entendía que la formación se realizaba también en la discusión: ser un cuadro requería estar en constante formación. Es por eso que los intelectuales no realizaban tareas “por encargo”, sino que generaban insumos que se discutían y terminaban siendo una creación colectiva.

La Nueva Izquierda estaba en construcción, no tenía un itinerario zanjado, y la relación con los sectores populares también estaba en discusión permanente. La dirigencia mirista le disputaba al oficialismo democratacristiano y a la izquierda tradicional la conciencia del pueblo, lo que requería generar una comunicación directa y un discurso cercano. Andrés Pascal recuerda: “nuestra lucha ideológica siempre estaba referida a la situación social y política concreta. Al igual como dábamos nuestra opinión sobre todo hecho significativo, contestábamos permanentemente el discurso de la reacción y el reformismo”<sup>715</sup>. Lejos de reproducir un antiintelectualismo revolucionario tan presente en América Latina, el MIR valoraba y usaba a su favor la relación con los intelectuales.

En palabras de Mario Garcés:

---

<sup>714</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014.

<sup>715</sup> Andrés Pascal Allende, “El MIR, 35 años. Un atajo revolucionario”, *Punto Final*, 25 de agosto de 2000.

Yo creo que en el caso de Chile la crítica al intelectual viene después del golpe, porque en esa época, por lo general, los intelectuales militan y se espera mucho de ellos y se espera mucho del análisis político, de la capacidad de percibir la política. Yo muchas veces he pensado, si uno hiciera una investigación en serio de la Comisión Política del MIR durante la UP, probablemente la mitad del tiempo lo dedicaban a estudiar. [...] Por lo que yo me doy cuenta en la dirección nacional había equipos que leían prensa, había gente que trabajaba en inteligencia, que hacía informes periódicos y la Comisión Política discutía, no sé si semanalmente. Miguel escribía siempre, había informes del Comité Central que eran enormes, es decir, parte importante de la actividad política era una actividad intelectual.

La necesidad de entender el periodo se intensifica en 1970 con el ascenso de Salvador Allende al gobierno. Si bien había, desde la teoría de la dependencia, un reconocimiento de las condiciones particulares del desarrollo del capitalismo en América Latina y, por ende, de sus relaciones sociales y políticas, el triunfo de un gobierno que se proponía instalar el socialismo por vía pacífica abría un escenario muy excepcional. Además, el MIR había nacido como respuesta a lo que se definía como el fracaso de la vía electoral de la izquierda, situación que ahora se revertía. Así, la caracterización del periodo pasó a ser un ejercicio al que los intelectuales le destinaban mucho tiempo.

Esta necesidad de analizar el momento que vivía el país no era una preocupación solo de los espacios políticos, sino también entre los académicos. Así, mientras Ruy Mauro Marini redactaba para el MIR un texto titulado “Antecedentes para el estudio del movimiento de masas en el periodo”<sup>716</sup>, para el CESO escribía “Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora”<sup>717</sup> y en el simposio que organizan el CESO y el CEREN en enero de 1971 –y que tenía como objetivo discutir sobre la transición al socialismo en Chile– presentaba una ponencia titulada “La reforma agraria en América Latina”<sup>718</sup>.

---

<sup>716</sup> Ruy Mauro Marini, “Antecedentes para el estudio del movimiento de masas en el periodo”, Anexo al informe de la Comisión Política al Comité Central del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Santiago de Chile, 10 de agosto de 1972. Publicado por primera vez en: *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*, Ediciones Era, México, 1976. Muchos trabajos de Ruy Mauro Marini, entre ellos varios de los aquí citados, han sido recopilados en el sitio electrónico de la UNAM “Ruy Mauro Marini. Escritos”: <http://www.marini-escritos.unam.mx/index.html>.

<sup>717</sup> Ruy Mauro Marini, “Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora”, *Sociedad y Desarrollo*, CESO, N°1, enero-marzo de 1972.

<sup>718</sup> Ruy Mauro Marini, “La reforma agraria en América Latina (comentarios a la intervención de Michel Gutelman)”, *Cuadernos Agrarios*, N° 4, México, 1976.

En este encuentro, Ruy Mauro Marini discutió con Lelio Basso, debate que fue sintetizado en un artículo publicado posteriormente con el título “Reforma y revolución: una crítica a Lelio Basso”<sup>719</sup>. En enero de 1973, en un nuevo simposio en el CEREN, Marini presentó la ponencia “La pequeña burguesía y el problema del poder”, que apareció luego o en la revista *Pasado y Presente*<sup>720</sup>. Finalmente, escribió el artículo “Dos estrategias en el proceso Chileno” en la bisagra del periodo entre la crisis de la legalidad y el golpe<sup>721</sup>.

La producción intelectual de Marini circulaba en dos espacios: el mundo académico y la militancia política. El primero de estos espacios consumía literatura especializada y debatía sobre las teorías del Estado y el desarrollo económico. El segundo era la elite política del MIR, que discute, se forma y escribe desde la búsqueda de la estrategia para la revolución. Pese a lo exigente e intenso que era el trabajo en ambos ambientes, Marini buscó el vínculo más cercano con la realidad social. La intensidad del periodo fue fundamental para que el brasileño se involucrara en algunas iniciativas editoriales y de comunicación: las revistas.

Si bien el CESO, donde trabajaba Marini, editaba varias publicaciones, no era posible, desde esas tribunas, llegar a un grupo más amplio y tampoco dar una discusión que generara línea política para la izquierda. Es por eso que en el periodo de algidez de la crisis chilena surgen las revistas *Chile Hoy* y *Marxismo y Revolución*. Los artículos de *Chile Hoy* eran sobre la contingencia política, una especie de columna de opinión en la que los temas de investigación sobre la pequeña burguesía, las capas medias, el poder y el movimiento social se transmitían en un lenguaje político y más accesible<sup>722</sup>.

Respecto a *Marxismo y Revolución*, esta revista es identificada como el órgano teórico del MIR y en ella llegaron a participar principalmente los investigadores del CESO, pues solo llegó a publicar un número. El segundo, “ya editado, fue destruido en la imprenta, en los días posteriores al golpe”<sup>723</sup>. Resulta relevante que en ese periodo de profunda crisis el MIR haya decidido editar una revista teórica. Interesante si pensamos que la única que había tenido había sido *Estrategia*, que se dejó de publicar luego del Tercer Congreso de la organización y de la salida del primer

---

<sup>719</sup> Ruy Mauro Marini, “Reforma y revolución: una crítica a Lelio Basso”, en varios autores, *Acerca de la transición al socialismo*, Buenos Aires, Periferia, 1974.

<sup>720</sup> Ruy Mauro Marini, “La pequeña burguesía y el problema del poder”, *Pasado y Presente*, Buenos Aires, Año IV, N° 1 (nueva serie), abril-junio de 1973.

<sup>721</sup> Ruy Mauro Marini, “Dos estrategias en el proceso Chileno”, *Cuadernos Políticos*, N° 1, México, ERA, julio-septiembre de 1974.

<sup>722</sup> Respecto a *Chile Hoy*, ver capítulo III.

<sup>723</sup> Marini, “Memoria”, *op. cit.*



grupo de trotskistas fundadores. Interesante, insistimos, si recordamos que los jóvenes líderes del MIR habían despreciado la tendencia intelectualoide de ese grupo.

*Marxismo y Revolución* era dirigida por Marini. En el primer número se publicaron dos artículos suyos que habían circulado profusamente en la izquierda del periodo alimentando las discusiones sobre la caracterización de la Unidad Popular. Estos eran: “El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación”, en el que se analizaba la escisión de la burguesía chilena que, expresándose en la campaña electoral de 1970, abriera el camino a la Unidad Popular [...] el otro artículo era ‘La política económica de la vía chilena’, escrito en colaboración con Cristián Sepúlveda, que examinaba las motivaciones de clase de la política económica de la UP y sus implicaciones”<sup>724</sup>.

La gran cantidad de espacios políticos y académicos en los que estaba comprometido Ruy Mauro Marini nos habla de las tensiones que vivía un intelectual en los momentos históricos en los que los acontecimientos se precipitan. El golpe militar encontró a Marini desdoblado en el ser político y el intelectual, en una gran cantidad de actividades y responsabilidades. El primer refugio fue la embajada de Panamá en Santiago, luego Panamá y finalmente México. Marini se refirió al periodo que va de 1973 a 1977 como poco productivo en términos académicos, sin embargo, rastreando, vemos que su producción es bastante nutrida en términos políticos. Podemos contar 16 artículos publicados en la revista *Excelsior*, 26 en *El Sol de México*, 26 en *El Universal* y 16 editoriales para *El Correo de la Resistencia*<sup>725</sup>. Este último era el órgano oficial del MIR en el exterior. Más tarde, en 1981, Marini pasó a formar parte del consejo de redacción de la revista *Punto Final* que se editaba en México:

Ruy Mauro Marini ha sido un intelectual producido en las luchas históricas; su actualidad deviene en primer lugar de la disciplina y el rigor por el conocimiento indispensable para la libertad y, en segundo lugar, de la sugerencia de modelos teóricos que son susceptibles de construir pistas de trabajo para las nuevas generaciones. El saber humano avanza caprichosamente, recuperando producciones olvidadas y recreando a partir de ellas nuevas formulaciones<sup>726</sup>.

---

<sup>724</sup> *Ibid.*, pág. 84. Ruy Mauro Marini, “El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación”, y (con Cristián Sepúlveda) “El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación”, *Marxismo y Revolución*, N° 1, 1973.

<sup>725</sup> Ver en “Ruy Mauro Marini. Escritos” [en línea], UNAM, *op. cit.*

<sup>726</sup> Patricio Rivas, “El saber revolucionario y los términos de la dominación mundial”, prólogo a Ruy Mauro Marini, *El maestro en rojo y negro. Textos recuperados*, Quito, Instituto de Altos Estudios Nacionales, 2012.

Esta cita corresponde a Patricio Rivas, quien desde Ecuador realizó un reconocimiento a la obra y el compromiso de Ruy Mauro Marini editando un libro con algunos de sus textos. El prólogo, escrito por él, se refiere a las características excepcionales de los aportes intelectuales de Marini y rinde homenaje a quien fue un intelectual revolucionario.

Una de las perspectivas desde la cual podemos analizar la producción intelectual y la participación militante de argentinos y brasileños en Chile y en el MIR es verlos como intelectuales en el exilio. La categoría de exiliado puede ser relativizada en el contexto de los años sesenta, cuando el peso de la identidad latinoamericana era muy fuerte. Los intelectuales que decidieron, luego de las expulsiones o persecuciones en sus respectivos países, refugiarse en algunos de los países de la región se mantuvieron en contacto con sus realidades locales y se integraron plenamente en los espacios de recepción.

Desde principios del siglo XX se venía desarrollando en América Latina una corriente identitarista desde el movimiento literario. Esta corriente unificaba las características de las sociedades latinoamericanas y las diferenciaba de los europeos y los norteamericanos. Desde los años cincuenta, con la creación de la CEPAL, esa identidad adquiere elementos más concretos, pasando de una identidad a un proyecto común. Los intelectuales exiliados de los años sesenta se sentían parte de ese proyecto común y ya venían participando en redes latinoamericanas desde hacía una década. Cuando llegaron a Chile, esas redes estaban activas. La imaginación del latinoamericanismo y el antiimperialismo<sup>727</sup> se convirtió en una realidad concreta cuando los intelectuales se instalaron en México o Chile, que fueron los países que recibieron a los exiliados en ese momento.

El exilio de los argentinos y de los brasileños fueron distintos. Los primeros tenían una tradición de golpes de Estado e insidios académicos y, además, las organizaciones revolucionarias no habían logrado atraer a los intelectuales. Desde esa perspectiva, el exilio se vivía como ruptura con una realidad local. En Brasil, en cambio, la intelectualidad estaba muy relacionada con el poder y la izquierda revolucionaria, por lo que el exilio se vivió como continuidad.

Al analizar los trabajos académicos y políticos de los intelectuales argentinos y brasileños, extraña la falta de referencias a los procesos históricos de sus países de origen. Si analizamos, por ejemplo, la producción de Ruy Mauro Marini, veremos que en su primer exilio en México sus análisis estuvieron centrados en la realidad brasileña, sin

---

<sup>727</sup> Marchesi, Aldo, “Imaginación política del antiimperialismo: Intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta”, *ELAL: Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 17, N° 1, 2006.

embargo, sus trabajos en Chile se centraron en la realidad local. Esto resulta un tanto preocupante en vista de los acontecimientos posteriores, que terminarán instalando una dictadura de carácter similar en Chile.

Si bien los procesos chilenos eran tan potentes que concitaron las investigaciones y los análisis de estos intelectuales extranjeros en búsqueda de la caracterización del periodo, queda como crítica la falta de reflexión en torno a los procesos latinoamericanos. Al parecer, pensando hacia afuera, la identidad latinoamericanista subordinó la reflexión en torno a las experiencias nacionales y, pensando hacia adentro, la profunda atención a la originalidad del acontecer chileno impidió observar las similitudes en la reacción y en las formas de intervención extranjera.

La Universidad de Brasilia, el CESO, la revista *Punto Final* y el MIR fueron espacios donde confluyeron intelectuales militantes y en todos estos espacios participará uno de los intelectuales latinoamericanista más relevantes en el periodo: André Gunder Frank. Sin embargo, la relación militante de Frank con el MIR es relativizada en algunos casos y afirmada en otros.

Uno de los que aseguran que era una militancia completa es Andrés Pascal Allende, quien se refiere a la relación entre el MIR y los intelectuales como una relación sistemática, con cierto orden y basada en temas concretos. En ese sentido, el vínculo de Frank y su esposa era muy orgánico, ya que proporcionaban el espacio de discusión y los temas a debatir. Respecto de quienes dudan de que Frank haya militado orgánicamente en el MIR, es probable que lo hagan con base en el carácter del alemán. Quienes conocieron a Frank lo definen como crítico, inteligente, pedante, peleador: con esas características cuesta imaginárselo militando en una organización político-militar que exigía disciplina y la aceptación de la jerarquía.

Frank tuvo una interesante trayectoria intelectual, llena de conflictos con otros científicos sociales. Las primeras disputas surgen con sus maestros en la Universidad de Chicago a propósito del alejamiento del alemán de las ideas liberales fomentadas en esa universidad. Un segundo altercado será con la CEPAL, que lo había contratado al principio de la década de 1960. De hecho, solo llegará a realizar un estudio para esta institución debido a que las conclusiones no fueron del gusto de sus directores. Estos antecedentes retardarán la incorporación de Frank al principal centro de pensamiento de la época, el CESO. Juan Cristóbal Castro, en un estudio sobre este centro, se refiere al “difícil carácter” del alemán y explica:

Aunque en octubre de 1968 había sido contratado como profesor en la Escuela de Sociología de la entonces Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, en el centro se evaluó detenidamente la posibilidad de su arribo, a condición de que

“atemperara” su explosivo carácter. Esto resultaba particularmente importante para un equipo que –con alguna excepción– había conseguido tejer una excelente red de relaciones personales y había garantizado espacios para un permanente y fructífero diálogo –al decir de Marini– verdadero secreto de su intensa vida intelectual y del prestigio que alcanzó. El condicionamiento fue asumido rápidamente por Frank, lo que en modo alguno buscó invalidar el sano debate teórico –e incluso la polémica– con sus compañeros. Conocido es que, a esas alturas, Frank era considerado ya un potente intelectual que, con su ensayo “El desarrollo del subdesarrollo” (1966) contribuyó a darle un fuerte impulso teórico a la sociología del (sub)desarrollo<sup>728</sup>.

Siguiendo la trayectoria de Frank advertimos que sus primeros vínculos con Chile se realizan en 1962, cuando, a través de algunas redes personales, conoció a Marta Fuentes, su futura esposa, con quien compartiría su “compromiso social que guiaría [su] quehacer sobre el desarrollo con igualdad antes que con eficiencia”<sup>729</sup>. Ahí empezó su evolución como latinoamericanista. Su primera polémica en Chile fue con Jacques Chonchol –futuro ministro de Eduardo Frei Montalva y, posteriormente, tras ingresar al MAPU, ministro de Salvador Allende– a través de tres artículos. André Gunder Frank, en un ataque al reformismo –utilizando sus palabras–, abogaba por una reforma agraria rápida contra la implementación lenta que el ministro aconsejaba.

Frank va y viene a Chile hasta 1968, cuando con su esposa chilena se radica definitivamente en el país hasta 1973. Para él:

... fue la ocasión para expresar sentimientos políticos y para poner en práctica la teoría de la dependencia. [...] Miristas y socialistas, en especial Miguel Enríquez, Bautista Van Schouwen (el Bauchi), Rafael Barahona, el director de *Monthly Review* en Chile Ernesto (Tito) Benado y el brasileño Ruy Mauro Marini pasaron días y noches en nuestra casa, y yo en algunas de las suyas o en otras, en discusiones sin fin sobre como traducir “la teoría de la dependencia” en prácticas políticas en Chile<sup>730</sup>.

La trayectoria de André Gunder Frank en nuestro país, como en el caso del resto de los intelectuales militantes, combinó las reflexiones intelectuales y políticas, que resultan muy difíciles de separar. Es relativamente fácil seguir su recorrido ya que él mismo se encargó de referenciarlo en su autobiografía, dando con ello evidentes indicios de su

---

<sup>728</sup> Juan Cristóbal Castro, “¡Ojo con el CESO! Hacia una reconstrucción de la historia del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, 1965-1973”, Congreso ALAS-Chile, 2013.

<sup>729</sup> Frank, *El subdesarrollo...*, *op. cit.*, pág. 31.

<sup>730</sup> *Ibid.*, pág. 49.

conciencia histórica y de la importancia que le asigna al contexto para explicar las ideas. En ese sentido, su libro autobiográfico *El subdesarrollo del desarrollo* tiene mucho de una historia intelectual del periodo.

En 1963, en Brasil, ya el reformismo le parecía “una casa remozada del capitalismo”, que había que derribar para levantar una casa socialista. Frente a la tensión chino-soviética se declaró prochino y, antes de integrarse a la Universidad de Brasilia, había escrito ese mismo año un artículo en el que rechazaba la ayuda norteamericana para el desarrollo de Brasil, provocando una polémica política al interior del país<sup>731</sup>.

El pensamiento crítico de Frank coincide con la reflexión política de los intelectuales brasileños, lo que dio cuerpo a la teoría de la dependencia. Coherente con esa coincidencia, publicó sus tres primeros trabajos teóricos, en los que rechazó la existencia del feudalismo en América Latina y planteó, en cambio, un capitalismo subdesarrollado como condición y no como etapa en el continente. Hacia 1964, Frank había experimentado “un profundo cambio político en el corazón y un cambio teórico, también profundo, en la razón”<sup>732</sup>.

Así, cuando llega a vivir definitivamente a Chile en 1968, André Gunder Frank tenía a su haber una nutrida producción académica y una profunda reflexión política. En Chile pensó y escribió dos importantes obras: *La acumulación mundial, 1492-1789* y *Acumulación dependiente y subdesarrollo*, que por los efectos políticos del golpe militar en Chile y la consolidación de la ola represiva serían publicados recién en 1978<sup>733</sup>. Antes de eso, una serie de artículos teóricos y algunos libros aparecieron en distintos medios y partes del mundo. Los más relevantes publicados en español fueron: *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (1970)<sup>734</sup>; *Lumpenburgesía: lumpendesarrollo: dependencia, clase y política en América Latina* (1970)<sup>735</sup>; *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología* (1971)<sup>736</sup>; *América Latina: subdesarrollo o revolución* (1976)<sup>737</sup>, entre otros.

---

<sup>731</sup> *Ibid.*, págs. 31-33. El artículo se llamaba “¿Ayuda o explotación?”: un título muy gráfico.

<sup>732</sup> *Ibid.*, pág. 40.

<sup>733</sup> En español publicados como: André Gunder Frank, *La acumulación mundial, 1492-1789*, Madrid, Siglo XXI, 1979, y *Acumulación dependiente y subdesarrollo*, México, ERA, 1979.

<sup>734</sup> André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.

<sup>735</sup> André Gunder Frank, *Lumpenburgesía: lumpendesarrollo: dependencia, clase y política, en América Latina*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1970.

<sup>736</sup> André Gunder Frank, *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología / El desarrollo del subdesarrollo*, Barcelona, Anagrama, 1971.

<sup>737</sup> André Gunder Frank, *América Latina: subdesarrollo o revolución*, México, ERA, 1974. La versión original en inglés fue publicada en 1969. También existe el

Esta trayectoria en Chile, mirada desde lo político, resulta igualmente interesante. André Gunder Frank reconocía su participación –aunque pequeña e imperceptible– en los procesos de cambio en el Chile de la Unidad Popular. Esta consistió en la influencia de una teoría –la de la dependencia– que intentará ser aplicada por Allende en las medidas diseñadas durante su gobierno. Además, su involucramiento se produjo con su participación en el debate amplio sobre las salidas económicas, sociales y políticas que ofrecía el proceso y, finalmente, y en una discusión que lo separará de algunos de sus colegas, la defensa de la tesis que planteaba que lo necesario y urgente era prepararse para el advenimiento de la reacción y la posible transición al fascismo.

Esta era también, a fines de 1972, la reflexión en el MIR. Resulta imposible saber si la claridad con la que la organización revolucionaria vio venir el golpe es tomada de las perspectivas de André Gunder Frank, lo que sí es posible afirmar es que hay un fluir de ideas entre ambos. Una expresión muy clara de esta mutua influencia es su provocadora ponencia presentada en el Congreso Latinoamericano de Sociología desarrollado en Santiago en 1972, titulada “La dependencia ha muerto. Viva la dependencia y la lucha de clases”<sup>738</sup>.

Frank, al igual que otros de los intelectuales del periodo, buscó la difusión de las reflexiones político-intelectuales a través de medios que no fueran académicos. En ese intento, y gracias también a los vínculos con la Nueva Izquierda, comenzó a escribir en *Punto Final* desde 1968. El director de la revista dice “que siempre se quejaba de que le cortaban los artículos, era el ego del intelectual pisoteado por un periodista”<sup>739</sup>. En total publicó seis artículos que tendrán un tono muy distinto a sus textos académicos. Los dos primeros, de 1968 y 1969, serán dedicados a la integración latinoamericana y la CEPAL, y tendrán un cariz más intelectual. Sin embargo, desde 1970 en adelante sus textos formaron parte de la guerrilla escrita que se desarrollaba en el periodo.

En julio de 1971, la revista publica, en su sección de documentos, un extenso análisis del alemán en colaboración con Gladys Díaz, militante mirista, titulado “Los ladrones quieren indemnización”<sup>740</sup>, en el que se referían al proceso de nacionalización del cobre impulsado por el gobierno de Allende. En marzo de 1972, en la misma sección que le

---

artículo “Latinoamérica: subdesarrollo capitalista y revolución socialista”, *Pensamiento Crítico*, La Habana, N° 13, febrero de 1968.

<sup>738</sup> André Gunder Frank, “La dependencia ha muerto: viva la dependencia y la lucha de clases. Una respuesta a críticos”, *Desarrollo Económico*, Vol. 13, N° 49, abril-junio de 1973.

<sup>739</sup> Entrevista a Manuel Cabieses, enero de 2014.

<sup>740</sup> André Gunder Frank y Gladys Díaz, “Los ladrones quieren indemnización”, *Punto Final*, N° 135, suplemento, 20 de julio de 1971.

permitía a la revista analizar temas en profundidad y publicar documentos extensos, Frank escribe “La política económica en Chile: del Frente Popular a la Unidad Popular”<sup>741</sup>.

En junio de 1972, *Punto Final* le publica una carta dirigida al diario *El Siglo* donde exige un desmentido –“por el respeto a la verdad revolucionaria que debe guiarnos y en consideración del compañerismo revolucionario al cual aspiramos”– respecto de las afirmaciones hecha por José Rodríguez Elizondo, que lo tildaban de divisionista y de atacar al Partido Comunista en un evento extranjero. El texto llama la atención por la retórica revolucionaria usada por Frank y por la evidencia de las pugnas existentes entre el Partido Comunista y la Nueva Izquierda, a propósito de las cuales también se enfrentaban los intelectuales de uno y otro lado<sup>742</sup>.

¿Por qué un alemán con una brillante carrera intelectual o un cientista social brasileño con una experiencia de fracaso en la lucha armada ingresan a militar en el MIR en un periodo donde la vía pacífica había triunfado electoralmente?

La respuesta no puede ser solo el contexto. El periodo permite que las decisiones de los individuos sean comprensibles, tengan coherencia, pero no es el contexto el que toma las decisiones, son los sujetos los que optan. Esto es obvio, sin embargo, muchas interpretaciones históricas asumen un historicismo radical que pretende que las actuaciones de los sujetos se expliquen solo por el contexto. Nos parece, por lo menos, insuficiente hablar de una condición de época o un contexto que determina la actuación y la reflexión de los intelectuales, al menos que por contexto entendamos que

[l]as ideologías, teorías y visiones del mundo deben ser comprendidas como aspectos de una totalidad histórica concreta, en sus lazos dialécticos con las relaciones de producción, el proceso de la lucha de clases, los conflictos políticos y otras corrientes ideológicas. Más especialmente, deben ser comprendidas en su relación con el modo de vida y de pensamiento, los intereses, aspiraciones, deseos y aversiones de las clases, capas y categorías sociales<sup>743</sup>.

Las trayectorias individuales de los intelectuales latinoamericanos nos permiten entender sus vínculos militantes con el MIR y observar también su proceso de radicalización política. Los intelectuales de los

---

<sup>741</sup> André Gunder Frank, “La política económica en Chile: del Frente Popular a la Unidad Popular”, *Punto Final*, N° 153, suplemento, 14 de marzo de 1972.

<sup>742</sup> André Gunder Frank, “Las cartas en la mesa [respuesta a José Rodríguez Elizondo, *Punto Final*, N° 159, 6 de junio de 1972.

<sup>743</sup> Löwy, *op. cit.*, pág. 3.

años sesenta analizaban el contexto, la historia y evaluaban los proyectos en curso. Frente al fracaso de las expectativas creadas por los nacionalismos y los reformismos, algunos de ellos adhirieron a las organizaciones revolucionarias. Los intelectuales exiliados se integraron en los países que los recibieron siguiendo el principio del internacionalismo revolucionario. La realidad no se pensaba desde las naciones hacia América Latina, sino desde el latinoamericanismo hacia las naciones. De ahí que la militancia haya traspasado las fronteras sin complejos. Emir Sader explica las razones de por qué una vez instalado en Chile opta por integrarse al MIR:

Por representar la alternativa revolucionaria frente al camino institucional de la Unidad Popular, el MIR atraía automáticamente a los militantes de otras organizaciones revolucionarias, en particular de las latinoamericanas. La concepción internacionalista del MIR – reivindicada directamente del Che– favorecía aún más la concentración de militantes de esa corriente en el MIR.

Alrededor de Ruy Mauro Marini se ubicaba el núcleo más cohesionado de brasileños en el MIR.

No es posible nombrar a todos los extranjeros que han trabajado en el MIR durante los años del gobierno de la Unidad Popular, por su gran número y por la diversidad de sus orígenes nacionales. El MIR era el lugar natural hacia el cual convergían los militantes de organizaciones revolucionarias de otros países<sup>744</sup>.

Analizando los espacios de confluencia de los intelectuales, las discusiones dadas y los vínculos académicos y personales podemos identificar redes y lugares de circulación de ideas. Hacer una revisión a la intelectualidad latinoamericana de la década de 1960 nos lleva a dibujar círculos concéntricos ubicando en el exterior a un grupo importantísimo y numeroso vinculado a una identidad continental amplia que buscaba diferenciarse de lo europeo. Pero había también otros círculos más pequeños definidos en torno a otras identidades. Una de ellas era la teoría de la dependencia, que agrupó a científicos sociales en torno a una visión crítica al capitalismo, que busca la emancipación no solo identitaria, sino económica. Finalmente, en un círculo aún más pequeño, se ubican los intelectuales que adscribían a la revolución. Esta adscripción no es solo identitaria o disciplinaria, sino que era un compromiso político concreto.

La teoría de la dependencia es un punto de convergencia para los intelectuales latinoamericanos de esa época. Un grupo importante de ellos funda la red en Brasilia y luego la expande a otros lugares del continente. Esta culmina, para nuestro estudio, en Chile y el MIR. Devés habla de inserción metanacional para referirse a los vínculos establecidos con base

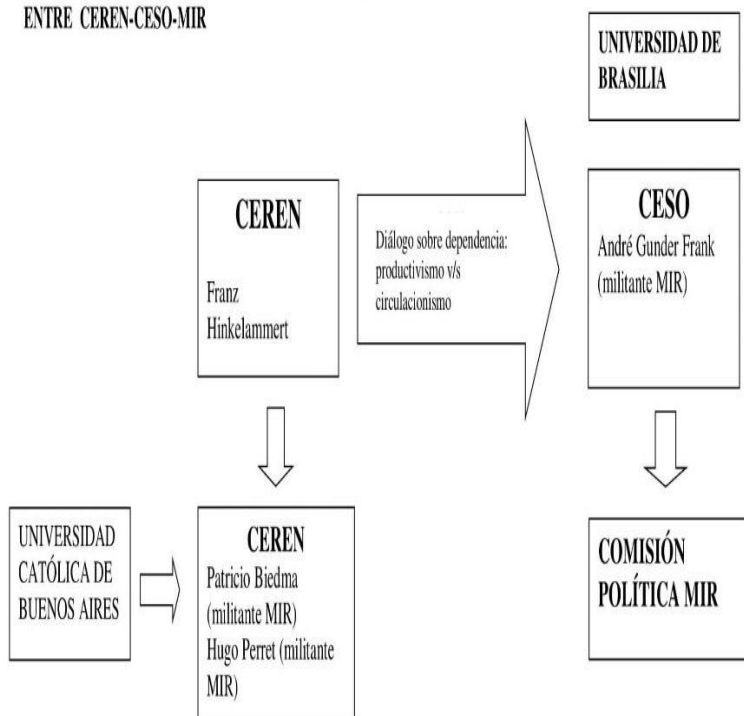
---

<sup>744</sup> Emir Sader, “Latinoamericanos...”, *op. cit.*



en una serie de actividades profesionales que superan lo nacional, pero que por desarrollarse en un ambiente cercano, regional, no son internacionales<sup>745</sup>. Ese es un buen concepto también para referirse a las redes políticas, ya que si bien trascienden lo nacional, bajo las lógicas del internacionalismo revolucionario no estaríamos hablando de una intervención extranjera. La denominaremos, entonces, como una red política metanacional. A partir de este concepto analizamos las redes que se establecieron con el MIR.

### FLUJO EN LAS RELACIONES POLÍTICO-INTELLECTUALES ENTRE CEREN-CESO-MIR



<sup>745</sup> Eduardo Devés Valdés, “La circulación de las ideas y la inserción de los científicos económico-sociales chilenos en las redes conosureñas durante los largos 1960”, *Historia*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Vol. II N° 37, julio-diciembre de 2004.

## FLUJO DE LA TEORÍA SOBRE LA ESTRATEGIA



La valoración que Ruy Mauro Marini hizo de la teoría de la dependencia como una teoría nacida desde la reflexión de la Nueva Izquierda y la afirmación de Theotonio dos Santos de que los teóricos de la dependencia “no es gente que esté produciendo una obra excepcional, sino es parte del proceso”<sup>746</sup> nos permiten justificar nuestro planteamiento de la existencia de una red que es intelectual y política a la vez. Eduardo Devés define el concepto de redes intelectuales como “el conjunto de personas ocupadas en los quehaceres del intelecto que se contactan, se conocen, intercambian trabajos, se escriben, elaboran proyectos comunes, mejoran los canales de comunicación y sobre todo establecen lazos de confianza recíproca”<sup>747</sup>. Sin duda, lo que funciona en Chile es una red.

<sup>746</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

<sup>747</sup> Eduardo Devés Valdés, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago, Universidad de Santiago, Instituto de Estudios Avanzados, 2007, pág. 22.

Como decíamos anteriormente, la red se constituyó en Brasilia con intelectuales militantes de la POLOP y en Santiago se radicó en el CESO, que es el espacio de mayor densidad. El otro fue la carrera de sociología en la Universidad de Concepción. Algunos nodos en la red de intelectuales miristas fueron Ruy Mauro Marini, Nelson Gutiérrez y Bautista Van Schouwen. Ellos fueron los sujetos en los que confluyó una relación que era académica y política.

Las interrelaciones permitían ampliar los vínculos a sujetos que estaban fuera de la militancia y fuera de los espacios de confluencia, ejemplo de ello es la relación existente entre los intelectuales miristas y los intelectuales del CEREN. Este caso nos permite distinguir cuándo la aproximación a la red es meramente intelectual y cuándo es también política. En el caso de la vinculación de Hinkelammert a la red, por ejemplo, fue académica. Este trabajaba con dos jóvenes sociólogos miristas, pero no se vinculó políticamente al MIR. Sin embargo, va a participar en la discusión en torno a las teorías de André Gunder Frank.

Otro vínculo interesante es el de Armand Mattelart, que se aproxima a la red mirista desde su colaboración con los frentes de masas como experto en comunicaciones.

Esta vinculación a la red también es síntesis entre pensamiento y acción y se dio en distintos espacios de la política. Fueron muchos los intelectuales involucrados en el proceso que colaboraron con las organizaciones políticas del periodo y en esa relación nutrían su pensamiento complejizándolo. Pese a las críticas que hoy se levantan a la politización de estos intelectuales, en el periodo fue una relación enriquecedora tanto para las organizaciones políticas como para los pensadores. Según Patricio Rivas, los intelectuales que reflexionan en el Chile de la Unidad Popular:

Lo hacen frente a una urgencia que no proviene de su saber autocentrado sino de la aceleración histórica de los tiempos políticos en nuestra región [...]. Esa aceleración impulsa la necesidad de correlacionar investigación, modelo, sugerencia y propuesta en un proceso doble: por un lado, desde el programa de transformación que los agrupa, y por otro, de producción de datos relevantes para su propio pensamiento, como se ve en las reflexiones frecuentes entre estos pensadores<sup>748</sup>.

En esta red política-intelectual estaba también Aníbal Quijano, vinculado a Miguel Enríquez desde 1967, cuando el líder mirista viajó a Perú. Quijano era un maestro en un sentido más clásico. Los miristas lo escuchaban, aprendían de él, reconocían su saber político, su experiencia

---

<sup>748</sup> Rivas, *op. cit.*, pág. 13.

guerrillera y su gran altura intelectual. Quijano sistematizó sus observaciones sobre el trabajo de masas del MIR en el Frente de Pobladores en el prólogo a un libro titulado *Vidas marginales*, publicado en 1972. Ahí explica la relación entre dependencia, marginalidad, poder popular y violencia<sup>749</sup>.

Otra de las participantes de la red (muy a pesar suyo) es Vania Bambirra. Bambirra proporciona una sistematización académica de las críticas a la teoría del foco que se habían hecho en la POLOP y con las cuales concordaba el MIR. Sus textos sobre la lucha armada en América Latina animaban las discusiones sobre la estrategia. Sin embargo, Bambirra se negó a establecer un vínculo cercano con el MIR debido a que desde su militancia socialista en Chile estimaba que la cercanía con la lucha armada minaría las relaciones con el Partido Comunista. Para Vania Bambirra, los vínculos debían hacerse al interior de la Unidad Popular y no por fuera<sup>750</sup>.

Los intelectuales latinoamericanos y latinoamericanistas que se vincularon al MIR entre los años 1968 y 1973 eran militantes o estaban en el proceso de incorporación cuando el MIR decidió comenzar a realizar acciones armadas. Sin embargo, estas acciones consistieron, como lo vimos, en acciones de financiamiento, propaganda armada, acciones de sabotaje y escuelas de formación militar, no en un enfrentamiento armado de tipo guerrillero —como sí lo asumió el PRT en Argentina en ese mismo periodo—.

Estas acciones violentas comenzaron a realizarse en una compleja coyuntura nacional en la que las medidas reformistas del gobierno demócratacristiano se veían débiles e insuficientes. Frei Montalva y su gabinete actuaban con violencia frente a las acciones de autonomía popular, como tomas, huelgas, etc. Entre estas, el episodio más crudo fue la represión en Pampa Irigoín, cuyo saldo fueron diez muertos y varias decenas de heridos. En este contexto la violencia desde los partidos de izquierda adquirió legitimidad. Tanto así, que el propio partido gobernante tendría una escisión por la izquierda que dio origen al MAPU, que también planteaba la lucha armada como estrategia para lograr las transformaciones en el país. Antes de eso, en 1967, en el partido de Allende había triunfado también la tesis insurreccionalista<sup>751</sup>.

La vinculación de estos intelectuales a un partido como el MIR, que adscribía a la lucha armada, estaba, por lo tanto, fundamentada por la coyuntura vivida en Chile. Por lo menos en la superestructura, la violencia

---

<sup>749</sup> Aníbal Quijano, “Introducción”, en Carmen Pimentel (ed.), *Vidas marginales*, Santiago, Editorial Universitaria, 1972.

<sup>750</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

<sup>751</sup> Igor Goicovic, “Contexto en el que surge el MIR”, *Revista del Centro de Estudios Miguel Enríquez*, N° 6, junio de 2000.

revolucionaria tenía cabida. En ese sentido, podemos afirmar que aunque el MIR se funda en 1965, el ciclo de violencia en Chile se abre hacia 1969, cuando diversos actores la asumen como legítima y el Estado, lejos de mantener su monopolio, genera condiciones para su apropiación por estos actores<sup>752</sup>.

Pese a esta definición estratégica del MIR, el ascenso del gobierno de Salvador Allende generó nuevas condiciones. La principal es que la izquierda logró ganar las elecciones y, por lo tanto, se revertía la razón que justificaba la creación del MIR, que era el fracaso de la vía electoral. Además, esta organización leyó la elección de Allende como parte de la voluntad popular y de un amplio proceso de avance hacia la revolución. Bajo estos argumentos, el MIR apoyó desde fuera al proceso de la Unidad Popular, decretando el cese de la realización de acciones armadas.

En palabras de Osvaldo Torres, lo que desarrolló el MIR en el periodo de la Unidad Popular fue la “acción directa de masas”:

... que consistía en organizar y alentar el impulso de acciones populares que, sobrepasando la legalidad, concretaran las reivindicaciones de diversos sectores sociales. En estas acciones se realizaba apoyo armado de tipo defensivo para las represalias patronales o desalojos policiales, aunque no se reporta ninguna acción armada del MIR que haya tenido consecuencias fatales<sup>753</sup>.

El pacto con Allende en lo relativo al uso de la violencia es muy importante para entender el vínculo de los intelectuales con la organización. En la práctica, el MIR no combatió y eso impidió que la política se subordinara a lo militar, lo que le dio mayor importancia al rol de los pensadores en una organización obsesionada por definir las características de la formación social y la caracterización del periodo, tarea en la que los intelectuales cumplían una importante función.

Para entender el desarrollo y la densidad que alcanzan las redes intelectuales al interior del MIR y desde el MIR hay que tener en cuenta el proceso, y comprender las características del contexto que alientan la decisión de los intelectuales de militar en el MIR. No es solo una cuestión de “época”, no era la fatalidad histórica que llevaba a estos sujetos a ser

---

<sup>752</sup> Hay varios textos que analizan el proceso de “agudización de las contradicciones” o aumento de las tensiones en el periodo 1967-1973, entre ellos: Marcelo Casals Araya, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo” 1956-1970*, Santiago, LOM, 2010. Otros más antiguos son: Tomás Moulián, *Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, Santiago, LOM, ARCIS, 2006; Julio Pinto Vallejos, “Hacer la revolución en Chile”, En Julio Pinto Vallejos (coord. y ed.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago LOM, 2005.

<sup>753</sup> Torres, *op. cit.*, pág. 187.

parte de un movimiento del que no podían escapar. Hubo decisión, evaluación y compromiso concreto. Tampoco fue solo la obra comprometida que propone Sartre, sino la conciencia política y la acción concreta.

El ejemplo de Vania Bambirra grafica la voluntad y la decisión personal, racional y consciente sobre la participación o no en esta red. En su caso son sus textos los que forman parte de la red y no su persona. Si lo comparamos con los vínculos establecidos por su marido, Theotonio dos Santos, podemos plantear que, a pesar de compartir el mismo origen y el mismo periodo, las decisiones son distintas porque las valoraciones también lo son.

Finalmente y analizando este vínculo de Dos Santos con el MIR, podemos decir que fue uno de los miembros más activos de esta red, pero que curiosamente no fue militante. El brasileño fue director del CESO desde 1970, participó en la fundación de la revista *Chile Hoy* y era uno de los intelectuales más consultados por el Comité Central del MIR:

Nosotros estuvimos ahí haciendo conferencias y trabajando con ellos. Ellos estaban siempre en mi casa y llegaban armados, nuestros hijos en esa época los adoraban porque decían mira las armas...

Y yo tenía muy buena relación con el MR2 también y muy buena relación con las alas del Partido Comunista, con el MAPU, con toda la gente. Pero el MIR ya era en términos de una simpatía histórica, porque era más parecido a la Política Operaria y tenían un nivel teórico muy bueno, muy capaz, muy ágil [...].

Lo que yo intenté personalmente e intelectualmente fue tratar de ganar la izquierda para transformar los movimientos populares en base de poder. Bueno, los Elenos, por ejemplo, no eran grandes intelectuales y no tenían esa fuerza intelectual que tenía Miguel, y todo el grupo [...] Pascal era un tipo que tenía un gran nivel intelectual<sup>754</sup>.

El compromiso de Dos Santos era con la revolución y no solo con un partido. Se trata de un intelectual revolucionario que mantuvo su compromiso más allá de las estructuras partidistas y del “tiempo de la revolución”.

El golpe termina con la red de intelectuales vinculados al MIR, por lo menos en los términos en que la hemos analizado hasta aquí. La vinculación a la actividad académica de los intelectuales internacionales actuó como escudo protector de sus vidas y les permitió partir al segundo o tercer exilio. Algunos, como Ruy Mauro Marini, van a intensificar la relación política con el MIR en desmedro del vínculo intelectual anterior.

---

<sup>754</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2013.

Las condiciones cambiaron, la resistencia se toma las definiciones tácticas y Marini, desde México, asume la dirección de *El Rebelde*.

Los argentinos volvieron a su país, donde vivieron suertes distintas. Las organizaciones revolucionarias en el otro lado de la cordillera estaban en una intensa actividad militar. Bajo esa condición, Juan Carlos Marín, inserto en el mundo intelectual de su país, desarrolló una investigación que más tarde dará origen al libro *Los hechos armados*<sup>755</sup>. Néstor D'Alessio terminó apartándose totalmente de la actividad política en América Latina al radicarse en Alemania. Hugo Perret y Patricio Biedma, vinculados a Montoneros, fueron asesinados en 1976 por la dictadura argentina.

Algunos intelectuales se mostraron, con posterioridad, muy críticos sobre su experiencia militante, sin dejar de valorar el impulso académico que esta relación significó. Antonio Sánchez García, desde Venezuela, hace un balance:

Esos tres años transcurridos desde mi llegada al país sin otro bagaje que una formación histórica y filosófica para poner al servicio de la revolución armada y el golpe de Estado tres años después, que nos encontrara a Vasconi, a García, a mí y a un puñado de los más importantes investigadores marxistas de América Latina —muchos de Brasil, entre ellos el mismo Marco Aurelio, Ruy Mauro Marino, Vania Bambirra y Theotonio dos Santos— en nuestro centro de trabajo, sin una pistola en la mano y la más mínima idea de qué debiéramos hacer para ocupar “nuestro puesto de lucha”.

Llevado por el entusiasmo revolucionario, le solicité a “Jorge” y al Campana, como algunos veteranos solíamos llamar a Miguel, me enviaran a Cuba a prepararme en guerra de guerrillas. Eso queda para los “cabeza de músculo”, me respondieron en más de una ocasión [...]. ¿Qué haría un ideólogo cargando una RPG-7 o montando minas vietnamitas, esas pailas explosivas que jurábamos poner bajo las orugas de los tanques llegado el momento de los “quiubos” o “cuando las papas quemen”, como solíamos prometernos en nuestros delirios de futuros e inútiles combatientes?<sup>756</sup>

Si bien Sánchez García, treinta años después del golpe hace una evaluación desde “la perspectiva militar” planteando el problema desde las armas, es evidente que las deficiencias no fueron solo militares, la derrota fue fundamentalmente política.

---

<sup>755</sup> Marín, *Los hechos armados*, *op. cit.*

<sup>756</sup> Antonio Sánchez García, “La oposición chilena se merecía un presidente como Chávez”, *El Nacional*, 2002. En *En Defensa del Neoliberalismo* [en línea], recuperado de <http://www.neoliberalismo.com/merecia.htm>

El carácter de la relación de los intelectuales con el MIR solo era posible porque no era una organización guerrillera. Desde esa perspectiva, el MIR convocó a los intelectuales a incorporarse desde su función social, no para combatir sino para pensar. La derrota de los intelectuales será política, de análisis. Los intelectuales fracasaron en la caracterización del periodo y en el intento de construir la hegemonía del pensamiento revolucionario. Si bien alguien podría alegar que la función de los intelectuales es pensar la utopía y no construir la política, esta diferenciación no cabe en la definición del intelectual militante, del intelectual revolucionario. En esta doble función la mediación desaparece y la responsabilidad del intelectual no es solo con las ideas, sino también con la práctica.

Respecto a la caracterización del periodo, los intelectuales asumieron que en Chile, Latinoamérica y el mundo se estaba viviendo el tránsito del capitalismo al socialismo, la consolidación del proceso soviético, la revolución cubana, los avances del pueblo vietnamita y el ascenso de Allende al gobierno así lo evidenciaban. Pese a la retórica de que la revolución se construye, los intelectuales y la Nueva Izquierda asumieron que esta llegaría y se instalaría. El golpe era anunciado, pero era visto solo como un escollo en el tránsito al socialismo, no como su derrota.

El MIR y los intelectuales revolucionarios miraban el avance de la historia como si este estuviera fuera de los sujetos. La movilización popular era asumida como conciencia revolucionaria y se minusvaloraba la capacidad de reacción de la clase dominante y, sobre todo, su capacidad creadora, que terminó derrotando en el largo plazo al proyecto revolucionario.



**INTELECTUALES LATINOAMERICANOS Y LATINOAMERICANISTAS  
EN EL MIR CHILENO**

Nombre	Año de ingreso	Vínculo con el MIR	Nacionalidad	Profesión u oficio	Comentario
Hugo Perret	1966	Militante	Argentino	Sociólogo	CEREN, vinculado a los estudios de Hinkelammert
Patricio Biedma	1966	Militante	Argentino	Sociólogo	CEREN, participa en investigaciones de Hinkelammert y Mattelart
Amadeo Vasconi	1971	Militante base	Argentino	Sociólogo	CESO
Emir Sader	1971	Militante Comité Central	Brasileño	Filósofo Cientista político	CESO
Eder Sader	1971	Militante	Brasileño	Filósofo, Cientista político	Universidad de Concepción
Marco Aurelio García	1971	Militante	Brasileño	Historiador	CESO
Marta Zabaleta	1967	Militante Frente de Mujeres Revolucionarias	Argentina	Economista	Universidad de Concepción ICIRA Precursora del pensamiento feminista

<b>Ruy Mauro Marini</b>	<b>1969</b>	<b>Comisión Política</b>	<b>Brasileño</b>	<b>Sociólogo Economista</b>	<b>CESO</b>
<b>André Gunder Frank</b>	<b>1969</b>	<b>Militante</b>	<b>Alemán</b>	<b>Economista</b>	<b>Sociología, Universidad de Chile CESO</b>
<b>Juan Carlos Marín</b>	<b>1968</b>	<b>Regional Concepción</b>	<b>Argentino</b>	<b>Sociólogo</b>	<b>Universidad de Concepción</b>
<b>Néstor D'Alessio</b>	<b>1968</b>	<b>Regional Concepción</b>	<b>Argentino</b>	<b>Sociólogo</b>	<b>Universidad de Concepción</b>

**COLABORADORES SIN MILITANCIA**

<b>NOMBRE</b>	<b>AÑO O PERIODO DE INGRESO</b>	<b>VÍNCULO CON EL MIR</b>	<b>NACIONALIDAD</b>	<b>PROFESIÓN U OFICIO</b>	<b>COMENTARIO</b>
<b>Armand Mattelart</b>		Colaborador en comunicaciones en los cordones	Belga	Sociólogo Comunicólogo	CEREN
<b>Theotonio dos Santos</b>		Participa en las tertulias y en las discusiones de la C.P.	Brasileño	Sociólogo	CESO
<b>Aníbal Quijano</b>		Participa en las tertulias y en las discusiones de la C.P.	Peruano	Sociólogo	FLACSO ESCOLATINA

## Las tesis del pensamiento latinoamericano y latinoamericanista y su circulación en el MIR chileno, 1967-1973

La teoría de la dependencia fue un referente interpretativo o un imaginario de época. Si bien nos podría parecer que ambos conceptos son distintos y hasta contradictorios —el primero objetivo y científico, el segundo subjetivo e idealista—, lo que proponemos aquí es que las categorías, los objetos de estudio y los métodos son siempre instrumentos disciplinarios, pero también una “aspiración”. Sin pretender caer en el subjetivismo absoluto y más bien todo lo contrario, diremos que la teoría de la dependencia es una definición desde la política que se convierte en un prisma interpretativo que aspira a ser ideología dominante, es decir, a construir hegemonía.

Tomás Moulián utiliza el concepto de imaginario para criticar la realidad intelectual de los años sesenta. Lo define como un instrumento de la política donde la realidad “aparece simbólicamente elaborada”. Para el sociólogo chileno, el imaginario

... contiene definiciones del mundo social realizadas en términos fácticos (proposiciones donde se afirma la existencia objetiva de “hechos sociales”) y en términos normativos, (proposiciones sobre el deber ser). [...]

Este “artefacto” simbólico denominado “imaginario” sirve para orientar la acción (opera como “conocimiento”) y para movilizar voluntades (opera como “conciencia”). En su contenido se mezclan datos, conocimientos considerados científicos, ideologías sistemáticas, sueños, ilusiones, deseos colectivos, mitos compartidos<sup>757</sup>.

En esta definición, el imaginario es la construcción de la utopía. Desde el presente análisis, la construcción de la utopía es la tarea de los intelectuales —en la definición clásica del intelectual, no como experto sino como un sujeto que interviene en la realidad desde su función social—. Quienes deben materializar y bajar esa utopía a un programa y un marco de realidad tangible son las organizaciones políticas. En ese sentido, la derrota del proyecto de la izquierda en los años sesenta involucró a los intelectuales en su función política, porque en su dimensión intelectual hicieron lo que les correspondía, evaluar, levantar crítica y pensar la utopía.

Hay ciertas ideas que circulan por los espacios políticos y se traducen en líneas, definiciones y prácticas a través del análisis de la producción académica de los intelectuales militantes y colaboradores del MIR chileno.

---

<sup>757</sup> Tomás Moulián, “Campo cultural y partidos políticos en la década del sesenta”, Santiago, FLACSO, documento de trabajo, Serie Estudios Políticos N° 21, 1992.

Identificaremos cuáles son las líneas de pensamiento o ideas que nutrieron la discusión política en el periodo 1967-1973, momento de estrecha relación con los intelectuales latinoamericanos.

### *La caracterización del periodo*

Para la Nueva Izquierda el mundo estaba en la etapa de superación del capitalismo y transitaba hacia el socialismo. La tesis de que en América Latina existía un capitalismo dependiente, que generaba un subdesarrollo como condición latinoamericana y no como etapa del desarrollo fue rápidamente asumida por los partidos de esta corriente. Esta tesis “científica” permitía enfrentarse a las tesis de la revolución por etapas y la conciliación de clases levantadas por la izquierda tradicional. Además, la tesis del subdesarrollo como condición se enfrentaba a la tesis desarrollista de la CEPAL, convirtiéndose así en la idea fuerza desde la cual no solo se disputaba la conducción de los sectores populares, sino que se anunciaba el fracaso del proyecto desarrollista de la Democracia Cristiana, que había logrado encantar a una importante cantidad de pueblo pobre y a la mayoría de los sectores medios del país.

De esta tesis central se desprende otra, que terminará siendo una apuesta de futuro. El capitalismo estaba en su etapa final y el mundo, incluida América Latina, avanzaba hacia el socialismo. Así, basándose en las interpretaciones desarrolladas por los expertos, se pasaba de definir la formación social latinoamericana como feudal y promover la revolución democrático-burguesa, a considerar que América Latina era capitalista y la revolución que había que hacer era la socialista. Para la intelectualidad latinoamericana de izquierda, el periodo que se vivía era de tránsito del capitalismo al socialismo<sup>758</sup>. En la jerga política marxista de la época, eso era la caracterización del periodo. Esta tesis no era de carácter local sino mundial, pero adquiriría mucho más sentido en el Chile de Salvador Allende, donde las políticas reformistas del socialista preparaban las bases sólidas del tránsito a una nueva etapa histórica.

Hasta 1970, los estudios de los intelectuales marxistas ahondaban en la formación social latinoamericana y chilena. En lo específico, esos estudios se referían al carácter de la dependencia, a la caracterización de la burguesía y al análisis de las relaciones de producción. En términos políticos, el MIR, en el programa redactado para su congreso inaugural, señalaba que Chile era “un país semi-colonial tanto por su estructura económica como por su dependencia del mercado mundial”. Debido a

---

<sup>758</sup> Entrevista a Eduardo Santa Cruz, noviembre de 2014. Santa Cruz señala: “Nos equivocamos en la caracterización del periodo, pero quién se iba a imaginar que veinte años después iba a caer el muro. Estaba Vietnam, estaba Cuba...”

esa condición, necesitaba abordar tareas esenciales como la liquidación del imperialismo y la revolución agraria<sup>759</sup>. Esta definición estaba en plena sintonía con los planteamientos de los teóricos de la dependencia, que señalaban que en el proceso de avance hacia el socialismo se desarrollarían las revoluciones pendientes, como por ejemplo, la modernización agraria.

Un par de años más tarde, André Gunder Frank sistematizaba sus estudios críticos en un artículo publicado en *Monthly Review*. En él planteaba que “[t]odos los ensayos conducen a una conclusión de importancia cardinal: el capitalismo nacional y la burguesía nacional no pueden ofrecer salida alguna al subdesarrollo en América Latina”<sup>760</sup>. Los estudios de Frank, Marini y Dos Santos planteaban, a través del análisis de casos (especialmente el brasileño y el chileno), la condición de dependiente de la sociedad latinoamericana y la necesidad de la revolución para superarla. Frente a la pregunta de si es posible, desde el impulso capitalista, lograr el desarrollo, Frank respondía:

NO; el camino al desarrollo económico y al progreso social en Chile y en Latinoamérica es otro y pasa por la revolución armada hacia el socialismo.

Podría pensarse, y así lo manifesté últimamente a muchos amigos, que hoy estas verdades están por demás demostradas por los hechos y son conocidas por todos (pues en su esencia esta misma “teoría marxista” y “política revolucionaria”), para no hablar del resultado de la elección de 1964 y de la “revolución en libertad” democratacristiana en Chile, visiblemente dejó sus frutos en Brasil, Indonesia, Ghana, para escoger un solo ejemplo en cada respectivo continente<sup>761</sup>.

El dependentismo planteaba el análisis no solo en clave colonial, sino de lucha de clases. Así superaba la perspectiva que situaba la contradicción fundamental en la relación centro-periferia para señalar que esta se reproducía también al interior de los países. Dependencia y explotación eran, de esta manera, dos formas en las que se expresaba la contradicción de clases, solo posibles de superar a través de la revolución:

Es tesis fundamental [...] que esta misma estructura [dependiente] se extiende desde el centro macrometropolitano del sistema capitalista mundial hacia “abajo”, hasta abarcar a los

---

<sup>759</sup> MIR, “Programa del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR de Chile), 15 de agosto de 1965, en Archivo Chile [en línea], CEME. Recuperado de [http://www.archivochile.com/Archivo\\_Mir/Doc\\_Agosto\\_65\\_a\\_67/miragosto\\_65a670002.pdf](http://www.archivochile.com/Archivo_Mir/Doc_Agosto_65_a_67/miragosto_65a670002.pdf).

<sup>760</sup> André Gunder Frank, “Chile: El desarrollo del subdesarrollo”, Santiago, *Monthly Review, Selecciones en Castellano*, edición especial, 1967, pág. 1.

<sup>761</sup> *Ibid.*, pág. 2.

trabajadores agrícolas más distantes y supuestamente más aislados, los cuales, a través de esta cadena de interrelaciones entre sucesivas metrópolis y satélites, están sometidos a la metrópolis central mundial, y, por lo mismo, incorporados al conjunto del sistema capitalista. La naturaleza y el grado de estas ligazones difieren según tiempos y lugares; y estas diferencias producen otras diferencias importantes en las consecuencias económicas y políticas que de ellas derivan<sup>762</sup>.

Las reflexiones de André Gunder Frank circulaban por el MIR, pero también tensionaban al gobierno de la Unidad Popular. A las críticas a la reforma agraria de Chonchol se sumaban sus diálogos con Sergio Ramos, economista del Partido Comunista, sobre los precios y los créditos a privados otorgados por los bancos nacionalizados<sup>763</sup>. Las tesis del alemán van a levantar una serie de réplicas y críticas. Uno de los principales contendores era Franz Hinkelammert, quien lideró las “críticas académicas a su supuesto circulacionismo”. A Frank se le acusaba de no dedicarse a la producción y, por lo tanto, de que sus tesis no eran suficientemente marxistas. Frente al debate que se dio sobre su carácter de marxista ortodoxo o neomarxista, él respondería más tarde: “nunca he pretendido ninguno de los rótulos”<sup>764</sup>.

En las declaraciones del MIR escritas antes de 1970, se insinúan algunos de las discusiones teóricas del periodo. En el documento mirista ya mencionado a propósito de los sucesos de Checoslovaquia en 1968 se planteaban afirmaciones importantes sobre cómo esta organización estaba pensando el socialismo. En él el MIR se declaraba aliado de los países socialistas, sin embargo, era crítico al proceso soviético y su influencia sobre los países de Europa del Este. En la declaración, emitida en septiembre de 1968, sostenía que el socialismo checo tenía las limitaciones de haber sido implementado por los tanques soviéticos y no por la movilización popular, por lo que carecía de una conciencia y una moral socialista. Era, entonces, un socialismo incompleto, economicista y corrupto, que podía haber sido superado por la izquierda de no ser por la invasión soviética, que lo que hacía era frenar las fuerzas populares internas.

Las diferenciaciones entre los tipos de socialismo no eran solo una preocupación de la nueva izquierda política, sino también de los intelectuales. Dentro de esa inquietud, Hinkelammert, en colaboración con Pilar Vergara, Hugo Perret y Patricio Biedma, desarrolló en el

---

<sup>762</sup> *Ibid.*, pág. 27.

<sup>763</sup> Frank, *El subdesarrollo...*, *op. cit.*

<sup>764</sup> *Ibid.*, pág. 53.

CEREN un estudio que diferenciaba los socialismos soviético, cubano y chino<sup>765</sup>.

Un tema especial y coyuntural que permitió la “bajada” de la teoría al plano de la política concreta fue la reforma universitaria. Respecto a la reforma vivida en Chile desde 1967, es posible reconocer dos líneas de análisis: la primera, de carácter académico, desarrollada por Tomás Amadeo Vasconi y, la segunda, en clave política, a través del ya aludido documento escrito por Miguel Enríquez “La revolución universitaria”.

Vasconi tuvo un acercamiento al marxismo en Chile desde el CESO. Su análisis estaba pensado para el cambio social y desde una perspectiva clasista, pero enmarcado en la educación formal y pensado para la universidad. En ese sentido, sus reflexiones iban en una línea distinta a las de Paulo Freire, que pensaba la liberación desde la educación en una matriz filosófica y espiritualista, mientras que la mirada de Vasconi era estructural e institucional.

El documento escrito por Enríquez para intervenir en el proceso de reforma nos da una idea de las teorías que circulan por la nueva izquierda intelectual chilena sobre el tema. En él destacan los aportes del marxismo gramsciano y del marxismo occidental utilizados para generar una profunda crítica al proceso de modernización y proponer un proceso de revolución:

Podemos concluir entonces que la Universidad, sobre la base de permanecer clasista su selección, limitada en su capacidad, abierta a la penetración norteamericana, mediocre en su producción, estimulando el aislamiento social del intelectual, por medio del individualismo y aspirantismo, y pretendiendo constituirse en cátedra de la ideología de la contrarrevolución, se ha transformado notoriamente en relación a los principios de siglo<sup>766</sup>.

Enríquez opone a la modernización propuesta por los norteamericanos a las universidades chilenas la revolución universitaria concebida como parte de la revolución social. Reconoce un proceso en curso de transformación de los planteles de estudio, que iba de la mano con el ascenso de la movilización social. Así, el movimiento universitario fue muy importante para construir el imaginario de tránsito al socialismo debido al efecto político que tuvo, en especial en la profundización de la

---

<sup>765</sup> Franz Hinkelammert, Pilar Vergara, Hugo Perret y Patricio Biedma, “Dialéctica del desarrollo desigual. El caso latinoamericano”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 6, número especial, diciembre de 1970. En la segunda parte del número Vergara, Perret y Biedma escriben sobre los proyectos socialistas chino, soviético y cubano. Ver las fichas bibliográficas al final.

<sup>766</sup> Enríquez, *op. cit.*

democracia universitaria. Enríquez enfatiza que ese es uno de los ámbitos de mayor impacto:

Se plantea entonces el proceso revolucionario progresivo que envuelve las luchas reivindicativas remarcando y acentuando como aspiración más importante la cuestión del poder estudiantil, esto es el Cogobierno, como única y limitada forma de impedir la total utilización de la Universidad por parte de la burguesía. El Cogobierno, esto es la dirección tripartita de la Universidad por estudiantes, profesores y egresados, surge así la consigna reivindicativa fundamental de este período, pues además entrega la llave de toda política y administración de la Universidad misma.

La Izquierda Tradicional en cambio afirma que en este frente sólo se puede plantear la Reforma Universitaria, pues: “Revolución hay una sola y ésta es la Revolución social”, revelando así un simplismo conceptual abismante, llegando a una generalización superficial que: o la aleja de la realidad Universitaria concreta en relación a llevar a los estudiantes por cauces revolucionarios en el sentido de no ofrecer estos una vinculación entre la lucha por sus reivindicaciones, y por otro lado su lucha por el “Socialismo”; o los castra y limita, al no ser capaces de plantear en el frente universitario un objetivo más allá de lo inmediato, que les dé toda una línea estratégica, y así cae en una continua y cíclica lucha reivindicativa, táctica, falta de todo contenido y propia vida<sup>767</sup>.

Destacamos de este extenso documento (25 páginas) el manejo teórico de Enríquez, la variedad de citas y referencias a autores<sup>768</sup> y el abordaje de distintas temáticas ligadas al movimiento universitario. De los temas políticos tratados, merece mención especial el apartado dedicado a “El joven intelectual y la política revolucionaria”. Su importancia radica en que Enríquez, al analizar a este sujeto, estaba hablando de sí mismo y del grupo de compañeros con los que compartía la conducción del MIR. En el documento se entendía al estudiante universitario como “joven intelectual dual”. Haciendo una síntesis del pensamiento de Gramsci, señalaba que

... del análisis de Gramsci nos interesa resaltar cómo entrega a los problemas analizados un amplio y mucho más libre juego en las relaciones de superestructuras e infraestructuras, buscando, eso sí, relaciones específicas sin caer en generalizaciones simplistas y faltas de toda realidad.

---

<sup>767</sup> *Idem.*

<sup>768</sup> A los teóricos del marxismo citados, como Marx, Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky se suman, Sartre, Simone de Beauvoir, Paul Baran, Paul Sweezy, Bakunin, Wright Mills, Lukács y muy profusamente a Antonio Gramsci.



Luego del análisis de la categoría de intelectual desde la perspectiva idealista, culturalista y ortodoxa y su relación con la política, define que

... los intelectuales, especialmente la joven intelectualidad, los estudiantes, han llegado al socialismo y más que eso, están hoy dando sus vidas por él. ¿Que no es su mayoría, sino en escaso número en relación al total? Ni la Historia ha progresado jamás por mayorías, ni las clases buscan su definición en un promedio aritmético de sus miembros, escogen a los más decididos de ellos y éstos definen y deciden su actitud ante la Historia por la totalidad.

Se reconocía como minoría, pero asumía que él y el MIR estaban en el camino correcto, el camino del socialismo, tesis que era reforzada en la medida que avanzaba el proceso. La visión vanguardista del joven mirista quedaba en evidencia muy tempranamente.

Desde 1970 en adelante, la discusión respecto a la transición al socialismo adquiere más importancia debido a las políticas aplicadas por Allende y al alza de la movilización popular. Para la izquierda se hacía evidente el tránsito. El MIR publicó en mayo de 1970 su posición frente a las elecciones en las que planteaba sus dudas sobre la posibilidad de que ganara el candidato de la Unidad Popular. En un extenso análisis de la coyuntura política y económica, la organización planteaba su no participación en las elecciones y sus aprensiones respecto de la posibilidad de avanzar hacia la revolución desde la opción legalista.

Lo que llama la atención en el texto es la gran cantidad de información utilizada en el análisis para justificar “científicamente” las afirmaciones políticas<sup>769</sup>. El uso de datos, cifras y discusiones conceptuales habla del vínculo del MIR con “expertos”, que le permite realizar tal levantamiento de información. Por los datos económicos, sin duda Ruy Mauro era el principal intelectual elaborador de insumos.

En el documento, el MIR reafirmaba la existencia del agotamiento capitalista y el tránsito definitivo al socialismo. En esta tónica planteaba que

[s]i el resultado electoral llevara al triunfo de la Unidad Popular, lo que creemos enormemente difícil, partimos de la base que un golpe militar reaccionario tratará de impedir el acceso popular al poder. En ese caso no vacilaremos en colocar nuestros nacientes aparatos armados, nuestros cuadros y todo cuanto tenemos, al servicio de la defensa de lo conquistado por los obreros y campesinos.

---

<sup>769</sup> MIR Secretariado Nacional, “El MIR y las elecciones presidenciales”, *Punto Final*, N° 104, Suplemento, 12 de mayo de 1970. El documento presentaba cifras referentes al crecimiento económico del país, áreas productivas, inflación y desocupación. Por otro lado, realizaba un recuento de los movimientos sociales en el periodo señalando datos sobre huelgas y acciones de represión

Cualquiera que sea el desenlace electoral, estamos ciertos de que no se detendrá el avance de la revolución ni se hipotecará la necesidad de una estrategia revolucionaria, sino que al contrario, se abrirá un nuevo periodo que con renovado vigor nos llevará hacia la revolución socialista en Chile<sup>770</sup>.

Una vez instalado el gobierno, el fantasma del golpe de Estado estuvo siempre presente, por lo que el MIR llamará a la defensa del triunfo, que no era visto como un triunfo de la Unidad Popular, sino como un avance hacia el socialismo. Las reformas eran triunfos populares que constituían el piso sobre el cual se avanzaba hacia este.

Los centros de estudios más importantes del país comenzaron a analizar el tránsito en diversos ámbitos; uno de los más relevantes era la transformación del Estado. Como ya vimos en el capítulo III, los eventos académicos más importantes del periodo fueron los seminarios organizados en conjunto por el CESO y el CEREN en 1971 y 1972. El simposio de 1971 fue muy amplio en temas y participantes. Haciendo una revisión de las materias analizadas podemos ver los temas que discutía la izquierda militante. En el marco de la pregunta sobre cómo se estaba construyendo el socialismo en Chile, las temáticas que se trataron fueron:

- La transición socialista y el problema del poder.
- La problemática económica en el caso chileno.
- La reforma agraria.
- Perspectivas en el estudio del socialismo<sup>771</sup>.

Sobre el tema de la transición socialista y el problema del poder, la discusión se centró en los aspectos teóricos y prácticos de esta transición y en cómo se desarrollaba en el contexto particular del caso chileno. Los autores que discutieron sobre este punto, Lelio Basso, Kalki Glaser, Rossana Rossanda, Marta Harnecker y José Antonio Viera-Gallo, destacaron que en el caso chileno se daba la coexistencia de un proceso revolucionario dentro de un marco institucional, político y jurídico de carácter burgués.

La intervención de Ruy Mauro Marini a propósito de la reforma agraria nos habla de la política del MIR en el campo. Marini, como ya vimos, planteaba que “la nacionalización o estatización de la tierra, que es la medida democrática burguesa más avanzada no puede ser efectuada por la burguesía, sino más bien por el campesinado y el proletariado

---

<sup>770</sup> *Ibid.*

<sup>771</sup> Lelio Basso *et al.*, *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, CEREN, CESO, 1972.

revolucionario”<sup>772</sup>. Argumentaba que las reformas agrarias en América Latina no habían sido obra de la burguesía como tal, sino de la lucha de masas campesinas y obreras. Estas reformas, por tanto, iban más allá de la lucha por el poder sobre la tierra como medio de producción; eran la expresión de la socialización de las relaciones de producción en el campo<sup>773</sup>.

Como ya habíamos visto, en el evento participaron Lelio Basso y Paul Sweezy, dos referentes para la Nueva Izquierda chilena. El primero era reconocido por su postura de que era posible mantener la legalidad para avanzar al socialismo, de manera de construir desde arriba hacia abajo, y el segundo, por ser inspirador de muchas de las teorías de este sector. La intervención de Sweezy fue una síntesis de las temáticas tratadas y de la visión del periodo.

Para Sweezy, el socialismo es un proceso en que la propiedad está en manos del Estado al igual que los medios de producción y hay una amplia planificación de la economía. A partir de esto, no cree que Chile esté en una etapa de transición, ya que no ha superado la barrera que impide la entrada hacia el camino del socialismo. Esto tiene relación con la construcción de la vía chilena al socialismo dentro del marco institucional existente, hecho por la clase dominante (oligarquía). Vale decir, que la burguesía tiene una amplia esfera de influencia, que dificulta que las organizaciones populares alcancen una hegemonía y puedan tomar el poder.

En el caso de Basso, sus intervenciones en ese simposio y en el que se realizó en 1972 generaron una réplica de Ruy Mauro Marini titulada “Reforma y revolución, una crítica a Lelio Basso”, publicada en el libro *Acerva de la transición al socialismo* en 1974<sup>774</sup>. Desde mediados de 1972 las discusiones se hicieron cada vez más urgentes. Debido a la agudización de las contradicciones se asumía con más fuerza que el país estaba en pleno tránsito al socialismo. Lo que se comienza a debatir en ese momento en la Nueva Izquierda, y especialmente en el MIR, es la táctica inmediata para nutrir la estrategia que la organización ya había definido para conseguir ese tránsito.

---

<sup>772</sup> Ruy Mauro Marini, “La Reforma Agraria en América Latina”, en Basso *et al.*, *ibid.*, pág 147.

<sup>773</sup> *Ibid.*

<sup>774</sup> Ruy Mauro Marini, “Reforma y revolución: una crítica a Lelio Basso”, en Varios autores, *Acerva de la transición al socialismo*, Buenos Aires, Periferia, 1974.

## Las discusiones respecto de la estrategia y la violencia<sup>775</sup>

Las organizaciones de la Nueva Izquierda se definieron desde la violencia y a partir de esa postura comenzaron a diferenciarse de la izquierda tradicional. El MIR fue parte de esa definición. A pesar de no convertirse en una organización guerrillera, ni poner la violencia como centro de su política, en sus declaraciones había una exacerbación de ese tópico para diferenciarse de la izquierda llamada reformista.

Como base para el análisis es necesario hacer dos precisiones: la primera, es que la retórica violentista del MIR es parte de un ciclo de violencia abierto en América Latina con la Revolución cubana y que va a durar hasta las transiciones políticas de los años noventa. En ese periodo, la violencia como fenómeno historiable y posible de caracterizar adquiere una fisonomía particular. El ciclo de violencia del que hablamos se caracteriza fundamentalmente por dos elementos: es un ciclo de violencia política y, además, el Estado pierde el monopolio de su ejercicio legítimo. Otros actores se arrogan para sí su uso, lo que es legitimado por amplios sectores de la población<sup>776</sup>. Los intelectuales, como actores de elite reconocidos por la institucionalidad y valorados por las masas, cumplieron un rol fundamental en la legitimación de la violencia al ponerla en el centro del debate y no como una problemática marginal.

En segundo término, el MIR no hizo una reflexión filosófica sobre la violencia sino más bien la concibió como un instrumento<sup>777</sup>. En sus documentos podemos leer las concepciones de Frantz Fanon, pero sin una referencia explícita al autor. No hay tampoco en el MIR una referencia a la moralidad de la violencia, concepción instalada como reflexión por Guevara, sino que la organización apela a la efectividad de la misma para el logro de objetivos políticos. Así, la discusión era sobre la estrategia y no sobre los componentes de la estrategia.

---

<sup>775</sup> Una versión ampliada de este apartado fue publicada con anterioridad: Ivette Lozoya López, “Intelectuales latinoamericanos de izquierda y la reflexión sobre la violencia en Chile en la década de los sesenta”, en Ana Amelia M. C. de Melo y Fernando de la Cuadra (eds.), *Intelectuales y pensamiento social y ambiental en América Latina*, Santiago, RIL, 2020.

<sup>776</sup> Ver los trabajos sobre los ciclos de violencia en Chile de Igor Goicovic. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y la irrupción de la lucha armada en Chile, 1965-1990. En: Pozzi y Pérez. Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, LOM.2012 La implacable persistencia de la memoria: Reflexiones en torno al informe de la Comisión de Prisión Política y Tortura. Cádiz: Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones, 2004; Temas y debates en la historia de la violencia política en Chile. *Contenciosa* 2 (3), 2014.

<sup>777</sup> Torres, *op. cit.*

De igual forma, en la reflexión que hicieron la organización y los intelectuales de las acciones de violencia de masa es posible identificar una definición de la esencia de la violencia que se separa de la tradición liberal, ya que para los científicos sociales miristas, la violencia ejercida por las masas era una violencia creadora; no es solo la rebeldía contra la injusticia o la opresión, sino que era la forma de construcción del poder popular. Jean Paul Sartre, George Sorel y Franz Fanon serán los referentes fundamentales que autorizan a invocar la violencia, desde una retórica de justicia moral y no solo social, como si se tratara de una fuerza purificadora. Justicia, libertad y humanización eran las categorías más usadas.

El antiimperialismo tercermundista, reivindicado por Fanon, legitimó la violencia erigiéndola como necesaria e inevitable. También, en 1966, a un año de la fundación del MIR chileno, Aníbal Quijano, con el seudónimo de Silvestre Condoruna, como ya fue dicho, escribió en la revista *Estrategia* asegurando que América Latina había “ingresado, definitivamente, en un periodo revolucionario”, y que tal proceso era continental, aunque vivido en diversos niveles que requerían una “necesaria integración sistemática de los diversos procesos particulares” para “el enfrentamiento global inevitable con el imperialismo”<sup>778</sup>.

Para Quijano, como para muchos intelectuales militantes, la guerra era algo ineludible porque los ejemplos históricos así lo señalaban. Haciéndose cargo de las críticas a la estrategia guerrillera por parte de quienes afirmaban que la conciliación de clases era posible, aclaraba: “Esta posición es, simplemente, una estupidez. Sin guerra abierta, sin organización armada, sin violencia organizada y duradera, no se conseguirá jamás la liberación del imperialismo y la transformación revolucionaria de estas sociedades”<sup>779</sup>. La violencia guerrillera suponía también una superación moral de los pueblos oprimidos.

Las referencias explícitas a la violencia se dieron en relación con el enfrentamiento armado. En ese sentido, la revista *Punto Final* consigna varios artículos en los que la violencia es parte del titular. De ellos, la mayoría es para referirse a la violencia ejercida por el Estado y, en una proporción menor, a la violencia guerrillera instalada como estrategia para la toma del poder.

Uno de los líderes del MIR, el joven intelectual chileno Fernando Mires, se especializó en una de las representaciones de la violencia: la de Estado y represión. En su tesis para la obtención del título de sociólogo abordó dicho tema. Las conclusiones y reflexiones de su trabajo, titulado

---

<sup>778</sup> Aníbal Quijano (como Silvestre Condoruna), “La experiencia de la última etapa de las luchas revolucionarias en el Perú”, *Estrategia*, N° 3, abril, 1966, pág. 34.

<sup>779</sup> *Ibid.*

“Los fundamentos represivos del Estado capitalista”<sup>780</sup>, fueron difundidos a través de las páginas de *Punto Final*, lo que le permitió llegar no solo a los militantes miristas, sino a los militantes y simpatizantes revolucionarios en general, y alimentar así las discusiones políticas del momento desde conceptos teóricos tensionados por la práctica<sup>781</sup>.

Una aproximación distinta es la del texto publicado también en *Punto Final*, en 1967, que es parte del libro de Adolfo Sánchez Vásquez titulado *Sobre la praxis*. El artículo se titulaba “Praxis y violencia” y en uno de sus párrafos se preguntaba por el papel de la violencia en la praxis social, es decir, cuando el hombre no solo es sujeto sino también objeto de la acción. A esta cuestión respondía:

Se trata aquí de la praxis como acción de unos seres humanos sobre otros, o como producción de un mundo humano tras la subversión de la realidad social establecida. La praxis social cobra así la forma de la actividad práctica revolucionaria que entraña la destrucción de un orden social dado para instaurar o crear una nueva realidad social<sup>782</sup>.

Esta aproximación no estaba en las publicaciones del MIR, aunque sí en la forma de describir las acciones de violencia popular en los trabajos de sus científicos sociales, sobre todo desde 1971 en adelante. Como ya decíamos, previo a esta complejización del concepto de violencia, lo que existió fue una discusión sobre la estrategia para la revolución. Pero este no fue un debate solo sobre los medios, sino que también implicaba un

---

<sup>780</sup> Mires, Fernando Fundamentos represivos del estado capitalista. Universidad de Concepción 1971. (Disponible en la Biblioteca de la sede de Chillán de la Universidad).

<sup>781</sup> Nestor D'Alessio tiene una postura crítica sobre Mires. Dice de él: “En cuanto a Fernando Mires, no recuerdo que se haya caracterizado por haber contribuido con alguna idea política innovativa en el marco del comité regional. Al mismo tiempo, por fuera de la organización, me decía que estaba de acuerdo con mis ideas. Hace unos años me mandó un artículo suyo sobre el libro de Negri y Hard, *Imperio*. En él escribía que se sentía arrepentido por haber sido marxista en su ‘inmadura juventud’. En mi larga respuesta, redactada en tono amable, intenté mostrarle que no tenía la menor idea de las cuestiones sobre las cuales escribía. Me prometió una respuesta que nunca recibí. Para aquellos que quieran consultarla, una copia de mi carta está en manos del historiador Mario Garcés. En cuanto a su arrepentimiento de los pecados juveniles, mucho no le habrá costado, ya que la carga era ligera. Se trataba de un marxismo de segunda mano, expuesto en términos escolásticos en la columna que regularmente escribía en *Punto Final*. En relación con ello, alguna vez me confesó que era muy poco lo que había leído de Marx.”

<sup>782</sup> Adolfo Sánchez Vásquez, “Praxis y violencia”, *Punto Final*, N° 31, Suplemento, segunda quincena, julio de 1967.

cuestionamiento sobre el carácter de la transformación, el sujeto y la caracterización del periodo. La teoría de la dependencia instaló los términos de dicha polémica y la nueva izquierda intelectual la asumió de manera distinta de acuerdo con las características propias de cada proceso.

En Chile, las reflexiones sobre la estrategia se fueron complejizando a la luz de las circunstancias nacionales y se fusionaron con las reflexiones sobre los sujetos urbanos y rurales. Esta caracterización del mundo popular no era nueva, ya la habían establecido los sociólogos dentro de la llamada teoría de la marginalidad. Como vimos, una de las líneas de esa teoría, elaborada por Roger Vekemans, había permitido la creación de la política de Promoción Popular del gobierno de Eduardo Frei Montalva, que generó una ola de críticas por parte de los intelectuales revolucionarios. En esta perspectiva, la visión que el MIR levantó sobre los marginados del campo y la ciudad fue revolucionaria y se convirtió en una crítica respuesta a la lógica integradora del gobierno reformista de la Democracia Cristiana.

En los años que Van Schouwen y Enríquez asumieron la conducción del MIR hubo una incorporación sin crítica del modelo guerrillero propuesto por la Revolución cubana. La adscripción al modelo cubano estuvo influida por el viaje que Miguel Enríquez realizó a la Isla en 1967, previo al Tercer Congreso del MIR y a la difusión que tuvieron los escritos de Régis Debray y los del propio Guevara en nuestro país, difusión en la que *Punto Final* tuvo un rol fundamental<sup>783</sup>.

---

<sup>783</sup> *Punto Final* compartió junto con otras seis editoriales, a nivel mundial, la misión de publicar el diario del Che en Bolivia. “Una copia fotográfica del *Diario del Che*, en poder de la inteligencia militar boliviana y de la CIA, fue confiada al ministro de gobierno de Bolivia, Antonio Arguedas. Este decidió enviarla a Cuba en momentos que los militares negociaban la venta del histórico documento a editoriales norteamericanas y británicas. El ministro Arguedas se valió de un amigo, el abogado Víctor Zannier, que se encargó de traerla a Chile a principios de marzo de 1968. Entonces no existían consulado ni embajada de Cuba en Santiago. Zannier se dirigió entonces a *Punto Final*, suponiendo que por esa vía podría tomar contacto con las autoridades cubanas. El enviado de Arguedas transportó la película oculta al interior de las carátulas de discos de música folclórica boliviana. Casualmente se encontraba en Santiago el funcionario cubano Luis Fernández Oña (ver PF 647) que examinó la película y estimó que efectivamente se trataba de la letra del Che. La enfermera Flora Martínez Pereira, esposa del director de PF, ocultó la película en el interior de una muñeca y así el *Diario del Che* viajó a La Habana, vía México. La llevó el secretario de redacción de PF, Mario Díaz Barrientos, que finalmente la puso en manos del comandante Manuel Piñeiro Losada, jefe del Departamento América del PC cubano”. En “‘Punto Final’ y el Diario del Che”, *Punto Final*, N° 648, 28 de septiembre de 2007, recuperado de <http://www.puntofinal.cl/648/diarioche.htm>.

Desde esa postura foquista se tensionaba la antigua definición insurreccional del MIR levantada desde la tradición obrerista fundadora de la organización. Sin embargo, y pese a que en su definición estratégica se planteaban el levantamiento de los primeros focos, estos no se establecieron (por lo menos no en su concepción clásica). Ello no sucedió, primero, porque lejos de orientarse a la lucha armada el MIR intensificó en 1967 su inserción social; segundo, porque no había capacidad militar real para levantar tales focos, y tercero, porque la muerte del Che permitió una temprana evaluación de la estrategia generando su adaptación a las condiciones locales específicas.

Entre los aportes más significativos que cuestionaron la teoría del foco como modelo aplicable a todas las experiencias revolucionarias destacan los textos de Vania Bambirra *Diez años de insurrección en América Latina* (1971) y *La revolución cubana: una reinterpretación* (1973)<sup>784</sup>. En ellos Bambirra reivindicaba el rol del partido en la conducción de los procesos de insurrección armada, basándose en la composición social de la realidad latinoamericana y chilena. La autora reflexionaba a partir del diagnóstico que, en su opinión, no existió en los años sesenta:

... un sofisticado cuerpo teórico “táctico-estratégico”. [...] Así, aunque muchas organizaciones tuvieron —en líneas generales— una concepción teórica general de guerra prolongada, con combinación de múltiples formas de lucha y comprendieron la necesidad de crear un partido revolucionario proletario, en la práctica ellas vivieron en la disyuntiva de trabajar en la dirección señalada o montar de inmediato guerrillas de acuerdo a la más rigurosa concepción del foco insurreccional (que es la negación de esa concepción general). Este dilema hizo que muchas de ellas perdieran la oportunidad de aprovechar las condiciones propicias que se les han presentado para generar alternativas revolucionarias en el seno del movimiento popular, tradicionalmente controlado por sectores reformistas<sup>785</sup>.

A partir de 1968, la estrategia comenzó a ser definida como de guerra popular. La crítica al foquismo de Bambirra<sup>786</sup> se había debatido en los círculos de la POLOP, antes y después del golpe contra Joao Goulart, a propósito de las características que la revolución debía tener en Brasil.

---

<sup>784</sup> Vania Bambirra, *Diez años de insurrección en América Latina*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1971, y *La revolución cubana: una reinterpretación*, Santiago, Nuestro Tiempo, 1973.

<sup>785</sup> Bambirra, *Diez años...*, *op. cit.*, pág. 54.

<sup>786</sup> Vania Bambirra, “Los errores de la teoría del foco: Análisis crítico de la obra de Régis Debray”, *Monthly Review. Selecciones en castellano*, N.º. 45, Santiago, diciembre de 1967.



Miguel Enríquez y Bautista Van Shouwen pudieron aprender las lecciones de la lucha en ese país a partir de sus vínculos directos con Theotonio dos Santos y las continuas visitas a la casa de este y Bambirra. El brasileño señala al respecto:

... nosotros éramos contra la idea de los focos y del foquismo, incluso había un par de artículos de crítica al libro del Che, a pesar que apoyábamos la Revolución cubana, no apoyábamos las interpretaciones que el Che [hace] de que fue un foco que se extendió por el país. Hay un libro de Vania sobre Cuba, esa era nuestra interpretación<sup>787</sup>.

Para Dos Santos, el MIR no era foquista propiamente tal, si bien existía una influencia de la Revolución cubana, esta no determinó su estrategia. “Y como Vania había escrito su libro, ellos lo leían, lo discutían”<sup>788</sup>. Para este intelectual, el MIR adscribió más bien a la idea de la guerrilla urbana tomando las experiencias y la teorización de los Tupamaros uruguayos. Estas ideas Dos Santos también las había desarrollado en un texto publicado en 1970, en el que se refería a la gestación de nuevas formas de enfrentar la acción armada, las cuales se estarían creando en América Latina y con las que se superaría la estrategia del foco. El análisis del brasileño se basaba en las experiencias guerrilleras de Argentina y Perú:

De este modo, podemos ver en la experiencia boliviana y en la teorización que de ella hacía Debray, una etapa de transición entre el foquismo y una nueva estrategia insurreccional que comienza a madurar en el movimiento popular bajo el título general de “guerra popular continental”. Esa estrategia no encuentra aún su teoría, más ya se vislumbra en la práctica de distintos movimientos nuevos, principalmente los Tupamaros en Uruguay y la Vanguardia Armada Revolucionaria (Palmares) y la Alianza Nacional Libertadora (de Carlos Mariguellas) en Brasil. [...] En realidad, no hay aún una teorización consecuente de esta forma de lucha armada debido a su carácter aún embrionario. Se trata de saber hasta qué punto es una prolongación de la fase guerrillera anterior, o bien, la apertura de una nueva fase. [...] El concepto de guerra popular elimina la tesis de foco, elimina la contradicción foco-partido, la contradicción campo-ciudad, todas ellas alternativas artificiales creadas por la apreciación unilateral de la experiencia de la revolución cubana<sup>789</sup>.

---

<sup>787</sup> Entrevista a Theotonio dos Santos, junio de 2014.

<sup>788</sup> *Ibid.*

<sup>789</sup> Theotonio dos Santos, “Dependencia y alternativas de cambio en América latina”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 32, N° 2, 1970, págs. 432-433.

Los planteamientos de Bambirra hablaban de la existencia de condiciones objetivas y subjetivas en América Latina para la realización de la revolución, sin embargo, planteaba que la problemática de las organizaciones revolucionarias surgidas posteriormente a la Revolución cubana era su inmadurez, lo que les impedía poder asumir el desafío del periodo, que era no solo oponerse a la institucionalidad vigente, sino también construir y llenar el vacío administrativo y político que dejaría la caída del capitalismo. La condición, entonces, para que esas organizaciones fueran realmente revolucionarias era dotarse de un cuerpo teórico y de experiencia práctica<sup>790</sup>.

Bambirra criticaba la interpretación de Régis Debray sobre la revolución latinoamericana; lo acusaba de esencializar el caso cubano ignorando otras experiencias. Señalaba que la concepción foquista de Debray instalaba como fórmula la guerra de guerrillas planteando el desarrollo de la revolución desde el enfrentamiento, subordinando así la política a lo militar, desconociendo el rol de los trabajadores en el proceso de construcción revolucionaria y desestimando la importancia del partido. En esta lógica, la insurrección popular no era espontánea, sino conducida por el partido; ese es el rol que debía cumplir el MIR.

Hacia 1971, luego del triunfo de Salvador Allende, el MIR reconoce una aceleración histórica. Complejizando la idea de guerra popular, planteaba que la acción del pueblo en el periodo debía ir en pos de sus reivindicaciones inmediatas. Para ese objetivo era válido usar la violencia popular, la que serviría además como preparación para el asalto al poder.

Eduardo Devés plantea que el pensamiento latinoamericano sobre la estrategia estuvo íntimamente vinculado a la idea de liberación como centro de la sensibilidad sesentista. Así, la matriz para la elaboración de las teorías sobre las formas de hacer la revolución estaban dadas por la lectura del marxismo hecho en Cuba<sup>791</sup>. Esta matriz era la inexistencia de matrices, la ruptura de las lecturas dogmáticas: así lo expresaban las experiencias de los Tupamaros en Uruguay o los escritos de Marighella en Brasil. En esta línea se enmarcaban las propuestas estratégicas de Enríquez y Van Schouwen.

Las concepciones estratégicas de los revolucionarios del MIR fueron incorporando categorías que iban adquiriendo contenido en el desarrollo mismo de la política. De esta manera, la violencia va a estar cada vez más relacionada con la actividad de masas, el enfrentamiento cotidiano, la construcción de poder popular, y más lejos de una organización

---

<sup>790</sup> Laura Briceño, “Vania Bambirra y la alternativa insurreccional a inicios de los años 70, *Izquierdas*, N° 28, julio de 2016.

<sup>791</sup> Devés Valdés, *El pensamiento...*, *op. cit.*

militarizada. El MIR, en suma, aspiraba a construir una fuerza social revolucionaria<sup>792</sup>.

La percepción de que la historia avanzaba con una rapidez imposible de contener por la burguesía, pero también imposible de analizar desde la teoría, era una visión compartida por los intelectuales revolucionarios en el momento más álgido de la lucha social. Era como si los procesos los superaran y debieran abandonar el intento por interpretarlos y, más bien, dedicarse a observarlos y aprender de ellos. Era como si el antiintelectualismo viniera de los propios intelectuales.

En un tono distinto, crítico pero reivindicando la función de la teoría, André Gunder Frank presentó una ponencia en el Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en Santiago en 1972, cuyo título fue “La dependencia ha muerto. Viva la dependencia y la lucha de clases”, en la que evaluaba la teoría y la tensionaba con las críticas teóricas y el desarrollo de la lucha de clases. Como ya se dijo, dicha ponencia sería publicada luego en la revista *Sociedad y Desarrollo* ese mismo año. Frank señalaba en ese texto que debido a la crisis mundial y los problemas surgidos en América Latina y otras partes del mundo, la teoría de la dependencia (la vieja y la nueva) no se encuentra en condiciones para enfrentar las demandas en lo inmediato en lo económico, político e ideológico<sup>793</sup>.

De esta manera pasaba revista a las críticas hacia la teoría de la dependencia (adjudicándose por cierto su autoría, por lo tanto, habla de las críticas hacia sus textos) y diferenciaba entre las que eran críticas desde el liberalismo —que desestima por ideológicas—, las que provenían de la izquierda reformista —a las que respondía políticamente— y las de la Nueva Izquierda—, que valora por considerarlas una superación dentro de la teoría, impulsada por la lucidez de sus autores y por la potencia de la lucha de clases. El artículo de Andrés Gunder Frank es un excelente ejemplo de cómo se desarrollan las teorías de las ciencias sociales desde las necesidades políticas de una época.

Algunos intelectuales analizaban ciertas acciones de violencia popular desde el supuesto de que tenían carácter revolucionario y que lo revolucionario era creación. Con este enfoque, Armand Mattelart discute, en el primer número de los *Cuadernos de la Realidad Nacional*, la revista del CEREN, los postulados de Thomas Malthus, quien, en su obra *Ensayos sobre el principio de la población* (1798) negaba cualquier poder creador a la revolución, aseverando que, por el contrario, era “la personificación del poder destructor: del parlamento del alcalde y de los monopolizadores.

---

<sup>792</sup> Pedro Naranjo, Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto (eds.), *Miguel Enríquez, el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, MIR, Santiago, CEME, LOM, 2004.

<sup>793</sup> Frank, “La dependencia...”, *op. cit.*

Es sinónimo de anarquía<sup>794</sup>. Sobre la base de una concepción clasista, Mattelart rechaza las interpretaciones psicologistas de Malthus, quien veía en la acción violenta revolucionaria los intereses individuales egoístas de un líder al que el resto sigue. La disputa revelaba –según los intelectuales de izquierda del periodo– que la opinión experta era siempre situada y permeada por la ideología.

Mattelart y su equipo investigaban sobre comunicaciones, por lo que muchas de sus tesis sobre la violencia se relacionaban con el rol de la prensa como actor central en los fenómenos de violencia o abordaban la función que cumplía en la legitimación o condena de ella. En un estudio, Armand y Michèle Mattelart y Mabel Piccini examinaron la cobertura de prensa sobre los episodios violentos en el politizado contexto nacional de la década de 1960. Su tesis era que la prensa nacional había logrado instalar categorías como “hechos terroristas”, estableciendo un vínculo entre violencia, “grupos extremistas” y juventud. De este modo, se suscitaba en la sociedad chilena la percepción de que la juventud era potencialmente peligrosa y que las acciones de violencia social eran terroristas<sup>795</sup>:

[la prensa] llega a aislar el fenómeno de la protesta, o la lucha en contra del sistema, de la realidad socialmente dada y, llevándolo al campo de los conflictos de personalidad, lo reduce al nivel del mero producto de una desviación de la psicología individual, o una manifestación de estados patológicos de un grupo determinado. Van también en este sentido, las explicaciones de la violencia política como expresión de un estado patológico de los actores, o aquellas que encuentran el origen de las revoluciones en la ambición personal de los políticos. Cabe recalcar que, en todas las prensas liberales del mundo, el sicologismo es el fundamento de las estrategias de recuperación de la acción emprendida en contra del sistema. Es así como, por ejemplo, los grupos llamados extremistas siempre están configurados, como un conjunto de psicópatas o, cuando trátase de estudiantes universitarios, de fracasados escolares. Los términos que estigmatizan el trastorno psicológico y el vocabulario taxonómico de la delincuencia común se unen, entonces, y forman una reserva de primera calidad para liquidar y desfigurar a los ojos de la opinión pública, los actores del atentado “terrorista”<sup>796</sup>.

---

<sup>794</sup> Citado en el artículo de Mattelart, “Prefiguración de la ideología burguesa. Lectura ideológica de una obra de Malthus”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 1, 1969, pág. 105.

<sup>795</sup> Armand Mattelart, Michèle Mattelart y Mabel Piccini, “Los medios de comunicación de masa. La ideología de la prensa liberal en Chile”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 3, marzo de 1970.

<sup>796</sup> *Ibid.*, págs. 111-112.

En una orientación similar, la ya citada geógrafa e historiadora Silvia Hernández, investigadora del CESO de la Universidad de Chile y militante del MIR, reconocía en las formas que adquieren las acciones violentas de los “pobres del campo” la evidencia de una crisis más profunda que el mero reclamo por la subsistencia. En su texto señalaba:

Los enfrentamientos se dan, en todo caso, con inusitada violencia y en un contexto algo confuso por los desalineamientos ideológicos introducidos; pareciera que en el campo chileno se estuvieran produciendo simultáneamente dos procesos, que sumados y entremezclados producen ondas de mayor violencia y menos controlables que cualquiera de los dos por separado. Por una parte, los choques que se derivan del desarrollo capitalista de la agricultura y de la subsistencia de economías precapitalistas (campesinas), que se han descrito antes. Por otra parte, la crisis de este desarrollo capitalista y la agudización extrema de contradicciones ya presentes durante los años 1969-70, pero enardecidas por el ascenso al gobierno de la Unidad Popular<sup>797</sup>.

Desde octubre de 1972, los intelectuales revolucionarios comenzaron a levantar la tesis del salto revolucionario. Ruy Mauro Marini planteaba que la derecha y el centro anticomunista se habían articulado y comenzado a sabotear el proceso, frente a eso, había que intensificar las acciones de masa, utilizar la violencia popular para defender las conquistas logradas y superar la “trampa legal” de la institucionalidad burguesa que ni la propia derecha estaba dispuesta a respetar<sup>798</sup>. Esta reflexión circulaba sobre todo a través de la revista *Chile Hoy*.

La tesis del salto revolucionario fue compartida por su compatriota Theotonio dos Santos. A juicio de los brasileños, la estrategia pretendida por el Partido Comunista de acercamiento y pacto con la Democracia Cristiana no era la adecuada y lo que se debía hacer era activar los espacios de poder popular contruidos y avanzar hacia la ruptura revolucionaria. Una reflexión distinta era la de Néstor D’Alessio que frente a la proximidad del golpe debatía con la dirección nacional del MIR sobre la estrategia que debían tomar. Para él, la opción no era pasar a la ofensiva, sino el repliegue táctico<sup>799</sup>. La discusión no era solo teórica sino concreta, involucraba el qué hacer.

En 1974, ya fuera de Chile, luego del golpe militar, Marini publicó un ensayo titulado “Dos estrategias en el proceso chileno”, donde

---

<sup>797</sup> Silvia Hernández, “El desarrollo capitalista del campo chileno”, *Sociedad y Desarrollo*, N° 3, CESO, 1972, sin núm. de pág.

<sup>798</sup> Ruy Mauro Marini, “El camino legal y las capas medias”, *Chile Hoy*, N° 7, 28 de julio-3 de agosto de 1972.

<sup>799</sup> Entrevista a Mario Garcés, enero de 2014.

diferenciaba las estrategias definidas en el periodo por el Partido Comunista chileno y el MIR<sup>800</sup>. Manteniendo el análisis de la necesidad del salto revolucionario que había expresado en sus escritos en *Chile Hoy*, en este texto Marini exculpaba al MIR por el golpe (tesis difundida por la derecha chilena) y responsabilizaba al imperialismo norteamericano y a la burguesía nacional, aunque también recalca los errores de ambas estrategias para poder materializarse en la coyuntura abierta por la Unidad Popular.

### Ideología, cultura, comunicaciones

Una de las mayores debilidades de las filosofías immanentistas en general consiste precisamente en no haber sabido crear una unidad ideológica entre lo bajo y lo alto, entre los “sencillos” y los intelectuales.

Gramsci

El aspecto más descuidado de la sociología marxista y entre la Nueva Izquierda de los años sesenta fue el tema de la ideología y la conciencia de clase. En el caso de la primera categoría, pese a la difusión temprana de los escritos de Gramsci, la ideología solo fue considerada desde la perspectiva negativa, es decir la ideología como dominación<sup>801</sup>. Eso significaba básicamente que la ideología era vista como el prisma instalado como sentido común por la sociedad burguesa, que permitía su reproducción incluso por los explotados que, alienados, no eran capaces de ver la realidad desde una conciencia propia. Para la Nueva Izquierda, así como el tránsito al socialismo era evidente en el periodo, el desarrollo de la conciencia de clase y, por lo tanto, la construcción de la ideología revolucionaria, era una cuestión práctica. Los revolucionarios se formaban como tal en la lucha, así lo había corroborado Fidel Castro<sup>802</sup>.

Que la conciencia se creaba en la lucha implicaba que la ideología era una especie de velo que se correría en el momento en que los individuos descubrieran sus propios intereses de clase y comenzaran a luchar por ellos. Las lecturas de Gramsci y de la Nueva Izquierda estaban encapsuladas todavía, eran lecturas sin apropiación. Sin duda, el leninismo

---

<sup>800</sup> Ruy Mauro Marini, “Dos estrategias en el proceso chileno”, *El reformismo y la contrarrevolución (Estudios sobre Chile)*, México, ERA, 1974.

<sup>801</sup> Jorge Larraín, *El concepto de ideología. II. El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser*, LOM, Santiago, 2008.

<sup>802</sup> “Crear que la conciencia tiene que venir primero y la lucha después es un error. ¡La lucha tiene que venir primero e inevitablemente después de la lucha vendrá con ímpetu creciente la conciencia revolucionaria!”, citado en *Punto Final*, N° 40, 2ª quincena de octubre de 1967, pág. 31.

era la base desde la cual la izquierda militante miraba los problemas de la construcción orgánica y, si bien había otros elementos integrados por la teoría de la dependencia, estos estaban aún en desarrollo. En el prólogo del libro que compila los textos de Miguel Enríquez, Mario Garcés escribe:

... el retorno al marxismo revolucionario que teórica y prácticamente realizó el MIR le permitió mirar de modo crítico a la sociedad y la lucha de clases, a todas luces visibles en la sociedad chilena de mediados del siglo XX, pero al mismo tiempo, sus convicciones marxistas leninistas le impidieron ver todas las especificidades de esta sociedad, por ejemplo, su sentido del orden y su apego a la legalidad, así como su disposición a la protesta callejera y al copamiento urbano, cada una a su tiempo; o a las distancias socioculturales al interior de la propia clase popular, producto del peculiar desarrollo del capitalismo en Chile<sup>803</sup>.

Había efectivamente una mirada desde el leninismo que ya había problematizado la mayoría de los temas frente a los cuales los jóvenes revolucionarios latinoamericanos se encontraban. Sin embargo, poner el leninismo como un impedimento para ver las características propias de la realidad chilena parece una afirmación errónea. La Revolución cubana fue un influjo fuerte al momento de pensar la revolución continental y ella tiene como esencia ser heterodoxa, por lo menos en su etapa de guerra revolucionaria y sus primeros años de construcción política. Por otro lado, sin que se pueda separar el partido de quienes lo constituyen, podemos decir que en el MIR había, por lo menos desde 1968 en adelante, la incorporación de discusiones que superaban “el manual revolucionario” e instalaban como objetivo la creación de un tipo de revolución particular para América Latina.

Vimos ya la integración de las teorías del psicoanálisis por parte de Néstor D’Alessio para problematizar al sujeto revolucionario, las innovaciones realizadas por diseñadores gráficos para que *El Rebelde* tuviera impacto en el campesinado, la discusión en torno a la estrategia, la creación artística. Los intelectuales miristas estuvieron a la vanguardia de sus disciplinas. Sin embargo, esas ideas revolucionarias –al interior de la revolución– no fueron capaces de convertirse en política, no traspasaron nunca el espacio de la elite, circularon entre los líderes políticos con una concepción sofisticada de la realidad definida por su condición de clase y entre los intelectuales y académicos vinculados, por su función social, a la creación intelectual, y que traspasaban esas

---

<sup>803</sup> Mario Garcés, “Prólogo”, en Pedro Naranjo, Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto (eds.), *Miguel Enríquez, el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR*, Santiago, CEME, LOM, 2004, pág. 13.

reflexiones al pequeño y cerrado mundo de las universidades. El pueblo estuvo siempre muy lejos de ambos.

Pese a esta evidente separación, los líderes miristas observaban cómo las protestas, las acciones de masa, las actividades culturales populares se propagaban generando un ambiente de aparente hegemonía de la ideología proletaria. Parecía que la conciencia avanzaba y no necesitaba vehículo alguno más que las luchas. En un discurso dado el 26 de julio de 1971, Miguel Enríquez decía:

Los obreros, los campesinos, los pobladores, los estudiantes han ganado una capacidad de iniciativa, una capacidad de movilización, una capacidad de organización, un nivel de conciencia que es históricamente significativo. Nunca Chile había tenido tantos obreros y tantos campesinos movilizados, nunca el pueblo de Chile había tenido tanta conciencia por sus derechos, nunca había tenido la fuerza suficiente para moverse solo, independiente; hoy como nunca los trabajadores en Chile saben para donde van, saben lo que quieren, saben quienes son sus enemigos, saben lo que tienen que hacer<sup>804</sup>.

El análisis del tránsito al socialismo fue estructural. Las clases eran estructuras que se movían según sus intereses, a un lado estaban los patrones y al otro el pueblo. La conciencia era algo que devenía de su condición: los patrones tenían conciencia burguesa y el pueblo —que estaba alienado debido a la dominación burguesa— alcanzaba la conciencia en la lucha. “Llevando a cabo esta tarea los trabajadores obtendrán la fuerza necesaria, la conciencia y organización suficiente para pasar a tareas que vayan definiendo el problema del poder”<sup>805</sup>.

Desde esa perspectiva la cultura y las comunicaciones populares y revolucionarias fueron vistas como una expresión de la lucha por medio de la cual se rechazaba la ideología dominante y se superaba la alienación. La cultura revolucionaria sería una representación real de los intereses populares.

Ya mencionamos a Patricio Biedma, sociólogo argentino y militante del MIR. Este emprendió, con Mattelart, un proyecto de investigación referido a comunicaciones. La investigación fue publicada bajo el título de *Comunicación masiva y revolución socialista*. Biedma desarrolló la temática de la prensa popular y la prensa revolucionaria<sup>806</sup>. En su acápite, resaltaba la importancia de definir las características de los medios de comunicación

---

<sup>804</sup> Miguel Enríquez, “Hay que crear una nueva legalidad”, discurso, 26 de julio de 1971. Punto Final, N° 136, 1971. Pág 30.

<sup>805</sup> *Ibid.*

<sup>806</sup> Mattelart, Biedma y Funes, *op. cit.*



teniendo en cuenta que Chile estaba viviendo el tránsito del capitalismo al socialismo.

Biedma diferenciaba a la prensa popular de la prensa revolucionaria; cada una se instalaría de acuerdo con los momentos del proceso. Mientras existiera aún la hegemonía burguesa se desarrollaría la prensa popular, publicaciones en la que la pequeña burguesía representaba los intereses populares. Sin embargo, “cuando el proletariado se organiza en pos del poder solo admite una forma de representación: la representación revolucionaria, la representación de un partido revolucionario”<sup>807</sup>:

A medida que los trabajadores van aumentando su nivel político, a medida que sus victorias se hacen cada vez más frecuentes y más intensas, se va creando el proceso de su emancipación de los capitalistas y, como tales, se emancipan también de los canales capitalistas para presentar a toda la sociedad su propia forma de analizar el proceso<sup>808</sup>.

Ya vimos en el capítulo IV los intentos por crear algunos medios que disputaran la hegemonía de las comunicaciones de la prensa burguesa, pero ninguno logró llegar a lo que Biedma define como prensa revolucionaria. *Punto Final*, dirigida por intelectuales “pequeños burgueses”, defendía valores de la prensa liberal y *El Rebelde* estaba dirigido a los militantes, no al pueblo. Hubo algunas experiencias de comunicaciones populares en los frentes de pobladores, pero con muy poco desarrollo. Al momento del golpe dichas experiencias revolucionarias estaban recién pensándose<sup>809</sup>.

### **Los pobres del campo y la ciudad, movimiento de masas y poder popular<sup>810</sup>**

La estrategia del MIR implicaba, aparte de definir cuál era el camino hacia la revolución, plantearse con quién se hacía. En ese sentido, y atendiendo a las características del capitalismo dependiente, el MIR señaló que el sujeto de la revolución eran los pobres del campo y la ciudad. Estos sujetos ya habían sido definidos por los análisis sociológicos, históricos y antropológicos unos años antes de la fundación de la organización, por

---

<sup>807</sup> *Ibid.*, pág. 256.

<sup>808</sup> *Ibid.*, pág. 260.

<sup>809</sup> Agradezco a Carla Rivera las referencias bibliográficas y las discusiones respecto a este tópico en particular.

<sup>810</sup> Una versión ampliada de este apartado fue publicada bajo mi autoría como “Social scientists from the left-wing party and discussions about power in Chile (1970-1973)”, *Universum*, vol. 31, N° 2, 2016.

lo que a los nuevos líderes no les fue difícil modificar las propuestas de la izquierda tradicional, que reconocían al obrero como el sujeto revolucionario, por un actor que representaba mucho más la realidad de la estructura latinoamericana.

Los pobres del campo y la ciudad no debían ser integrados a la modernización, como planteaba la teoría de la marginalidad, sino que tenían que alcanzar la organización autónoma respecto del Estado, movilizarse para reivindicar sus derechos y constituirse como sujetos revolucionarios. La guerra popular propuesta como estrategia por el MIR implicaba eso, la movilización constante y el avance hacia la toma del poder. Las concepciones sobre este último tópico y en específico sobre el poder popular no están muy desarrolladas en los documentos públicos del MIR, pero es evidente que en un primer momento respondían a la concepción leninista de poder dual.

El análisis de los pobres fue realizado por los intelectuales miristas en sus centros de estudios e incorporado a las discusiones de las direcciones de la organización. No obstante, no existía entre ellos una mirada muy elaborada de la acción colectiva del mundo popular. El MIR tenía el objetivo de conducir el movimiento de masas como vanguardia que era y los intelectuales el de observar el fenómeno para luego sistematizarlo y construir teoría. No hubo en el corto periodo de desarrollo del MIR una propuesta específica sobre cómo pasar de la movilización de masas a la construcción del poder popular.

### *Los pobres del campo*

Para Silvia Hernández, el campo chileno tenía expresiones diversas de la pobreza y en él las luchas adquirían formas específicas que superaban cualquier teorización previa. A propósito de esto, Andrés Pascal se refiere a la tensión entre teoría y práctica:

... el Trotsko nos contaba esta experiencia de un año de trabajo. Los jóvenes se organizaban en una suerte de milicia para hacer las corridas en la noche y defender el terreno, el papel de los viejos de la comunidad era que tenían que estar de acuerdo. Para nosotros esto era campesinos y mapuche, pero el Trotsko decía: “Hay algo raro, los cabros que se organizan es ver a Lautaro, a Caupolicán, se sienten que han recuperado su historia”. Ahí hay otra cosa. Nosotros nunca lo teorizamos, lo ejercimos, acompañamos ese proceso, pero nunca lo teorizamos, siempre seguimos hablando de los campesinos mapuche. Te mentiría si te digo que nosotros fuimos los primeros que empezamos a hablar de la lucha del pueblo mapuche para recuperar su identidad. Ahí tienes un ejemplo de cómo un esquema, derivado del marxismo, del campesinado, le daba ciertas funciones, cierta realidad, pero no llegamos a teorizar, a formalizar en un pensamiento

intelectual político formal de que esto era la lucha del pueblo mapuche para recuperar su ciudadanía, hasta ahí no llegamos<sup>811</sup>.

En esta observación de la realidad del campo participaba también Juan Carlos Marín, quien analizaba las condiciones del campo chileno en las que se aplicaba la reforma agraria y las tensiones que esta provocaba. El mirista argentino plantea que esta reforma representaba la alianza policlasista de las clases medias con el campesinado. Sin embargo, en el proceso de desarrollo del capitalismo el campesinado había alcanzado un grado superior de rebeldía y organización. Así, “el campesinado solo se le permite representarse a sí mismo en sus intereses económicos, la expansión capitalista generó la crisis de la alianza policlasista y surge entonces una nueva fuerza social”<sup>812</sup>.

Marín explicaba en su trabajo las condiciones estructurales que habían generado las tomas de terrenos y cómo la aplicación de la reforma agraria contribuía al fenómeno, pues siempre quedaba un sector, el de “los más pobres del campo”, que resultaba excluido. En varios de los párrafos del estudio podemos observar el asombro del investigador frente a la realidad que observaba, aquí un ejemplo:

En principio, la “toma” al igual que la “huelga” mantiene un carácter instrumental en los dos enfrentamientos sociales; pero pareciera que en ella, a diferencia de la huelga, se inscribiera en otros parámetros estratégicos. La huelga difícilmente puede ser separada de un momento táctico en la defensa estratégica; en cambio, la toma implica una posición para el enfrentamiento, pareciera pertenecer al ámbito de la ofensiva estratégica<sup>813</sup>.

La toma en cambio, está al alcance de la clase asalariada en su conjunto, [...] es una alternativa para aquellos que no mantienen un grado permanente de vinculación con un proceso productivo específico. En esa medida la toma adquiere un sentido de clase que difiere cualitativamente –y no solo cuantitativamente– de la huelga; implica un cambio en la acción y en el grado de unidad de la clase de los asalariados. En esa misma medida veremos que sus objetivos –los que las tomas intentan implementar– sufren un cambio significativo en relación a los que hasta ese momento han mantenido las huelgas<sup>814</sup>.

Por su parte, Silvia Hernández daba cuenta de las reacciones que provocaba en la burguesía agraria el movimiento popular y la organización revolucionaria en torno al movimiento. Junto con señalar

---

<sup>811</sup> Entrevista a Andrés Pascal Allende, enero de 2014.

<sup>812</sup> Juan Carlos Marín, *Las tomas, 1970-1973*, Santiago, ICIRA, 1973.

<sup>813</sup> *Ibid.*, pág. 11.

<sup>814</sup> *Ibid.*, pág. 15.

que las tomas se generalizaban y alcanzaban gran combatividad en las provincias donde el desarrollo capitalista era más generalizado y antiguo, destacaba “el trabajo político realizado por el PS y el MCR, orientado bastante al margen de las políticas oficiales de la UP –celosamente respetadas por el PC–”<sup>815</sup>.

Los intelectuales del MIR, a la vez que hacían circular sus estudios sobre el campo al interior de los espacios de elite de la organización, contribuían a reafirmar la estrategia y, además, generaban teoría. Pues, si bien asumían, como en Cuba, que los campesinos tendrían un rol importante en la revolución, estaban conscientes de que por las diferencias de cada realidad, no asumirían las mismas labores que en la Isla o en Argentina, donde el PRT había ya instalado focos.

#### *Los pobres de la ciudad*

Los pobres urbanos tampoco estaban totalmente definidos por la estrategia del MIR y una vez más son los intelectuales los que se aproximan al movimiento de masas. Eder Sader, en su texto “Cordón Cerrillo y poder proletario en Chile en 1972”, analiza la transgresión que hacen los trabajadores de este cordón a la estrategia pensada e implementada por la Unidad Popular, que no veía contradicción alguna entre vía legal y revolución. Según Sader, esa pretendida coherencia entre institucionalidad y revolución no fue aceptada por los trabajadores del cordón, quienes se articularon en instancias paralelas. Para el brasileño, los cordones

... no sólo surgieron fuera del marco institucional, si no que al mismo tiempo demuestran un fuerte deseo de transformarlo. No es casualidad que los voceros burgueses se opongan radicalmente a estos órganos, y movilicen en contra de ellos a los militares, apelando a los temores más oscuros de las clases medias. Esto se debe a que pretenden caminar hacia la democracia directa, el control obrero de la producción, la organización obrera de la distribución, la formación de una alianza entre las clases explotadas. Estos organismos despiertan la energía revolucionaria más profunda del proletariado y se abren como una perspectiva real a la lucha por el poder en Chile<sup>816</sup>.

---

<sup>815</sup> Hernández, Silvia, “El desarrollo capitalista del campo chileno”, en Solon Barroclough *et al.*, *Chile, reforma agraria y gobierno popular*, Buenos Aires, Periferia, 1973. El estudio de Hernández había sido publicado con anterioridad en la revista *Sociedad y Desarrollo*.

<sup>816</sup> Emir Sader, “Cordón Cerrillos e poder proletário no Chile em 1972”, escrito en agosto de 1973 y publicado en 1975, disponible en Archivo Marxista na Internet [en línea], recuperado de <http://www.marxists.org/portugues/sader/1973/08/cordon.htm#r4>

Sader se refiere a los límites al cumplimiento de objetivos revolucionarios que el cordón encontró en la institucionalidad, lo que lo llevó a separarse de ella y establecer una coordinación, a través del Comando Comunal, entre trabajadores, pobladores y campesinos de la zona de Maipú. Para Sader, ese ejercicio de organización, reivindicación y protesta era germen de poder popular.

Los pobladores fueron el otro actor urbano analizado por los científicos sociales del MIR o cercanos al MIR. Aníbal Quijano fue uno de ellos. En el prólogo al libro de Carmen Pimentel Sevilla, *Vidas marginales*, Quijano analiza la condición de los marginalizados (usa ese concepto y no el de marginalidad) planteando que el desarrollo dependiente de América Latina genera un polo marginal excluido de las fuentes de trabajo estable, de la cultura y los servicios sociales<sup>817</sup>. Explicando su condición señala que

[e]l hecho de que los marginados estén desplazados de las relaciones de producción y de trabajo implica que ellos no pueden percibir a los dominadores como grupo social concreto, pues su relación con ellos se efectúa de manera indirecta y a través de múltiples agentes. [...] es así como los marginados tenderán a enfrentarse a grupos abstractos (los ricos, los turcos, los judíos, los poderosos, los políticos, etc.) y no a la burguesía industrial, a los terratenientes, a la burguesía imperialista o a grupos específicos de ellos en un país determinado<sup>818</sup>.

El peruano hace algunas apreciaciones que trascienden la mirada estructural de los científicos sociales en general y desliza un breve comentario respecto de las características de la ideología de los sujetos. Señala que la condición de marginado impide una relación permanente de estos sujetos con el empleo y eso dificulta que puedan establecer o distinguir las relaciones “existentes entre el Estado y las clases dominantes o sus grupos hegemónicos. Así, para ellos, el Estado aparece como una entidad arbitral, por encima de las clases y, frecuentemente, como una entidad que se identifica con determinados personeros políticos”<sup>819</sup>.

El conflicto consustancial a este tipo de relaciones de explotación y poder dificultaba “el tránsito de la conciencia social, desde estos intereses de sobrevivencia física, al problema mismo de dominación”. Sin embargo, pese a la precariedad en los niveles de conciencia, las tomas de terrenos

---

<sup>817</sup> Aníbal Quijano, “Introducción”, en Carmen Pimentel (ed.), *Vidas marginales*, Santiago, Editorial Universitaria, 1972. En 2013 fue reeditado por Metales Pesados.

<sup>818</sup> *Ibid.*, pág. 20

<sup>819</sup> *Ibid.*, pág. 20.

urbanos terminan cuestionando el régimen de propiedad privada al apropiarse de espacios para poblar:

Es así como, en el periodo reciente, Chile se constituyó en el único país de América Latina en donde numerosos grupos de pobladores marginados, [...] aparecieron agrupándose en organización de rebelión política ejerciendo una apreciable influencia inclusive entre el resto de los trabajadores<sup>820</sup>.

Aníbal Quijano debatía con los teóricos de la marginalidad y generaba una profunda reflexión sobre los “pobres de la ciudad”<sup>821</sup>. Según el autor, el problema de la marginalidad no era un problema cultural de los sujetos, sino una condición material de las sociedades dependientes, por lo que hablará de marginalizados y no de marginales<sup>822</sup>.

Teniendo en cuenta la experiencia del movimiento de pobladores en Chile y de la participación del MIR en este a través de la creación de milicias populares, señalaba que en su acción reivindicativa los marginalizados no solo generaban una crítica a la propiedad tomándose los espacios de habitación, sino que, también, lograban un grado superior en la organización y el uso de la violencia. Esto los convertía en sujetos en los cambios revolucionarios que se estaban produciendo y los llevaba, incluso, a jugar un papel importante en la defensa del gobierno de Allende, ya que en su organización había embriones de poder popular<sup>823</sup>. Resulta peculiar, eso sí, que el libro que Quijano prologa contuviera testimonios de campesinos muy distintos a lo que el sociólogo peruano interpretaba. En lugar del campesino consciente, rebelde y violento, el texto describe a sujetos pasivos, miserables y resignados.

A partir de la creación de la Asamblea Popular o Asamblea del Pueblo en 1972 y de la actuación coordinada de los trabajadores del Área de Propiedad Social implementada por Vuskovic desde el gobierno, las discusiones entre los científicos sociales sobre el poder se hicieron más recurrentes, sobre todo porque la reacción conservadora se hacía cada vez más evidente y decidida y porque desde el interior del gobierno esta instancia era mirada con desconfianza. Se comienza a discutir sobre la dualidad de poder, el poder del gobierno y el del mundo popular activo.

---

<sup>820</sup> *Ibid.*, pág. 27.

<sup>821</sup> Quijano trabaja en la CEPAL entre 1968 y 1971, en la División de Asuntos Sociales. Luego va a establecerse en el Centro Interdisciplinario de Desarrollo Urbano dependiente de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

<sup>822</sup> Alexis Cortés Morales, “La urbanización dependiente y el proceso de marginalización en América Latina: Las contribuciones de Aníbal Quijano”, XXIX Congreso Latinoamericano de Sociología, Santiago, 29 de septiembre-4 de octubre de 2013.

<sup>823</sup> *Ibid.*

Dos Santos analizaba, en agosto de 1972, en la revista *Chile Hoy*, la dualidad de poderes y planteaba que su existencia significaba siempre en la historia la superación por la izquierda. Valoraba el proceso de la Unidad Popular, ya que “la existencia de un gobierno popular permite que este poder popular sea apoyado desde arriba, sea legitimado y sea por fin legalizado a través de una mayoría parlamentaria, que cree un nuevo tipo de asamblea del pueblo, que podrá constituirse en gran parte con diputados o representantes de estas nuevas formas de poder”<sup>824</sup>.

Ruy Mauro Marini, por su parte, señalaba, en abril de 1973, que la propuesta educativa del gobierno debía ser implementada a través de la creación de los Consejos Locales de Educación para evitar el sabotaje de la derecha hacia la iniciativa. Para la organización proletaria, esto significaría “extender su papel de vanguardia a otro frente de la lucha de clases, de la cual ni uno solo debe estar excluido de su dirección vigilante y combativa. Significa, por sobre todo, avanzar en el proceso de creación de los órganos de poder popular”<sup>825</sup>. Los intelectuales no solo observaban lo existente, sino que imaginaban lo que debía ocurrir en lo inmediato.

Estos espacios de poder local tenían como antecedente las instancias de movilización que se habían gestado desde principio de los años sesenta y que ahora adquirirían mayor masividad. Se trataba de las tomas de terrenos urbanos y la autoconstrucción de espacios de habitación por parte de los pobladores, de las tomas de fundo, de la constitución de espacios de organización obrera en las empresas del Área de Propiedad Social y de las tomas de empresas hechas por los propios trabajadores.

La brillante confluencia de intelectuales revolucionarios y del MIR como espacio de recepción y circulación de ideas tuvo un desenlace trágico el 11 de septiembre de 1973, cuando la violencia obligó a huir a la mayoría de estos intelectuales y a exiliarse en distintas partes del mundo. Para varios de ellos será la segunda o tercera vez. El proceso revolucionario quedó truncado, lo que nos permite compararlo con lo ocurrido en Cuba, donde el periodo de creación revolucionaria experimentado entre 1960 y 1970<sup>826</sup> también se vio interrumpido por la adscripción al modelo soviético para garantizar la subsistencia material del proceso. Asistimos así a dos revoluciones truncadas.

---

<sup>824</sup> Theotonio dos Santos, “Sobre la dualidad de poderes”, *Chile Hoy*, Año 1, N° 8, 4-10 de agosto 1972, pág. 4. Disponible en [http://www.socialismo-chileno.org/PS/ChileHoy/chile\\_hoy/chile\\_hoy.html](http://www.socialismo-chileno.org/PS/ChileHoy/chile_hoy/chile_hoy.html)

<sup>825</sup> Ruy Mauro Marini, “La ENU, un problema del pueblo”, *Chile Hoy*, N° 45, 19-26 de abril de 1973, pág. 4. Disponible en [http://www.socialismo-chileno.org/PS/ChileHoy/chile\\_hoy/chile\\_hoy.html](http://www.socialismo-chileno.org/PS/ChileHoy/chile_hoy/chile_hoy.html).

<sup>826</sup> Ejemplo de esta revolución creativa era el trabajo de Martínez Heredia y de *Pensamiento Crítico*. Este proceso quedó trunco con la aplicación del modelo soviético desde 1971.

Según Garcés, la derrota del MIR y de los intelectuales que lo acompañaron, muchos de ellos brillantes, comenzando por el propio Miguel Enríquez, fue, entonces, no solo una derrota política, sino también teórica<sup>827</sup>. Sin embargo, esa derrota sucedió no por falta de ideas verdaderamente revolucionarias, sino por la imposibilidad de construir hegemonía, de poder convertir esas ideas en política.

En 1975, Theotonio dos Santos, en un seminario en México, decía que

... en Chile se constituyeron expresiones de poder popular que, de alguna forma, buscaron combinarse con el Estado burgués existente y no lograron –en esa realidad– convertirse en una alternativa nacional, pero representaban una tendencia en esa dirección. [...] No se logró articular las dos fuerzas y quizá ésta hubiese sido una forma de haber ganado la legitimidad para la constitución de milicias populares, la legitimidad de apoyo del sector militar más radicalizado a este nuevo poder emergente<sup>828</sup>.

---

<sup>827</sup> Naranjo *et al.*, *op. cit.*, pág. 13.

<sup>828</sup> Theotonio dos Santos, “Problemas estratégicos y tácticos de la revolución socialista en América Latina”, Seminario “El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile”, México, UNAM, 1975.



## CONCLUSIÓN

### EL MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA COMO ESPACIO DE RECEPCIÓN Y CIRCULACIÓN DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

Cuando un movimiento revolucionario logra avanzar en la generación de ideas fuerza, constituir una capacidad orgánica y política de intervención en la lucha de clases concreta, cuando forma militantes y cuadros con iniciativa táctica, desarrolla una acción comunicacional y cultural, es que está construyendo un liderazgo real. Un liderazgo colectivo, construido por muchos liderazgos personales, cimentado en una propuesta política y una práctica revolucionaria común.

Andrés Pascal Allende<sup>829</sup>

No hay teoría revolucionaria sin práctica revolucionaria y viceversa. En los largos años sesenta de América Latina la cita de Lenin tenía un sentido profundo y fue encarnada por muchos intelectuales que compatibilizaron la creación intelectual con la militancia revolucionaria. Esta relación permitió que muchas de las organizaciones se convirtieran en espacios de circulación de ideas y de creación de estas y si bien no podemos hablar de que todas las organizaciones político-militares de izquierda fueran sofisticadas en sus concepciones políticas, sí podemos afirmar que todas adoptaron la reinterpretación de la historia latinoamericana desde la matriz antiimperialista, complejizaron las definiciones respecto al sujeto revolucionario, discutieron en torno a la estrategia e intentaron caracterizar el periodo.

El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno tuvo una relación privilegiada con los intelectuales por la cantidad de ellos que ingresaron a sus filas, pero este tipo de vínculo, además, fue excepcional, ya que los intelectuales fueron convocados para desarrollar su función social específica al interior de la organización, es decir, no se convirtieron en combatientes, sino que se incorporaron como pensadores.

Estudiar al MIR a partir de las ideas que circularon desde y hacia la organización revolucionaria requiere reconocer como premisa la influencia mutua que intelectuales y organización revolucionaria tuvieron. Por otro lado, es necesario valorar la difícil diferenciación en la época entre los escritos políticos y los académicos y reconocer también que la circulación de ideas horizontalmente se daba en los espacios de elite del

---

<sup>829</sup> “El MIR, 35 años. Un atajo revolucionario”, *Punto Final*, 25 de agosto de 2000.

partido, cuya labor era la conducción política, no así en la base, donde la transferencia se hacía de manera vertical. Finalmente, hay que comprender que todo ejercicio de recepción es a la vez un ejercicio de creación, por lo que no podemos esperar que el MIR fuera un espejo del pensamiento de los intelectuales o que los intelectuales reflejaran fielmente la línea política del partido.

Establecer un nexo entre la teoría social, los científicos sociales y la violencia revolucionaria no parece ser una tarea fácil, menos aún en Chile, donde las interpretaciones históricas y los discursos políticos sitúan a la violencia como un fenómeno excepcional e irracional, que irrumpe en un momento específico como una anomalía dentro de la esencia democrática e institucionalista nacional. Más específicamente, la violencia revolucionaria parece no tener vínculo con la identidad popular en Chile, por lo que suele ser definida como un acto solo de voluntarismo político sin sustento real en las características de la sociedad chilena.

Sin embargo, si indagamos en el periodo que va desde la Revolución cubana —por señalar un acontecimiento simbólico— y el golpe de Estado en 1973, veremos que la violencia, lejos de ser un fenómeno marginal o excepcional, fue central en la política y la identidad de amplios sectores de la población chilena. La violencia se pensó, se practicó y se enarboló no solo por el Estado a través de la represión y el control, sino también desde proyectos civiles que dotaron a la violencia de una ética y objetivos distintos.

El MIR nace en Chile en 1965, en la época de máxima difusión de la vía revolucionaria, que es también el periodo de máxima genialidad intelectual en América Latina. Esta organización adoptó como estrategia para la llegada al socialismo la vía armada y, desde los primeros años, estableció un vínculo militante y de colaboración estrecha con varios intelectuales latinoamericanos que para entonces residían en el país.

Hay una serie de condiciones que permitieron la nutrida militancia intelectual en el MIR chileno. La primera de ellas es que, durante las décadas de 1950 y 1960, Chile desarrolló una importante infraestructura académica que le permitió recibir a una gran cantidad de intelectuales y científicos sociales, lo que convirtió al país en un espacio de creación y confluencia del pensamiento latinoamericano y latinoamericanista.

La instalación de instituciones internacionales como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), con sede en Santiago, o la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y algunas de carácter local, como las escuelas de sociología u organismos de investigación como el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) o el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), transformó a Chile en espacio de atracción temprano para los científicos sociales de América Latina. Así, en el periodo entre 1965 y 1973, etapa de fundación

del MIR, un grupo importante de intelectuales no solo se había instalado académicamente en el país, sino que había establecido una estrecha relación con la política local.

Esta cercanía militante entre los intelectuales y el MIR tiene también antecedentes de otro tipo: las ciencias sociales en América Latina habían nacido politizadas. No es que en los años sesenta, por una condición de época los científicos sociales se acercaran a proyectos políticos, sino que, cuando las ciencias sociales nacen en la segunda mitad de los años cincuenta, lo hacen para respaldar los proyectos de Estado que se estaban desarrollando en los distintos países latinoamericanos. El desarrollismo verá nacer, de esta manera, a las ciencias sociales, las que se irán radicalizando en sus posturas en la medida en que el propio modelo irá mostrando sus límites.

Pese a la pretensión científicista de los sociólogos y economistas, el vínculo con la política era evidente y se reforzó luego de la Revolución cubana. Los importantes cambios acontecidos en el continente y el enfrentamiento entre proyectos excluyentes en la época interpelaban a los científicos sociales y les exigían un compromiso manifiesto. El marxismo impregnó la reflexión y el llamado a los intelectuales fue a dejar de pensar solo en la revolución y comenzar a hacerla. Bajo estos presupuestos de época, los intelectuales nutrían las filas de los partidos y se involucraban en los proyectos y ensayos reformistas o revolucionarios.

En la fundación del MIR participaron un grupo de intelectuales formados en la crítica a la izquierda tradicional. Aunque eran de una generación donde la reflexión política nunca necesitó superarse para convertirse en acción revolucionaria concreta, fueron desplazados por una generación joven con voluntad de lucha. Estos jóvenes revolucionarios formaban parte de una elite social y cultural, por lo que lograron tempranamente establecer vínculos con la intelectualidad latinoamericana y recepcionar de primera fuente las sofisticadas reflexiones de la época.

De las múltiples consideraciones del periodo, una será sobre la condición misma del intelectual. Desde la Cuba revolucionaria y el París de Sartre se imponía un rol, el del intelectual comprometido. Los pensadores y la Nueva Izquierda latinoamericana, si bien aceptaban las directrices venidas desde la Isla, no eran pasivos frente a los requerimientos de compromiso, por lo que a escala nacional se fueron construyendo modelos propios de intelectuales y definiciones políticas que, en algunos casos, no seguían el modelo cubano al pie de la letra.

La violenta reacción conservadora contra la potencia de los proyectos anticapitalistas y la movilización popular instaló las primeras dictaduras de seguridad nacional en el Cono Sur, lo que obligó al exilio a un grupo importante de militantes de izquierda de Brasil y Argentina.

Entre ellos, muchos intelectuales se instalaron en Chile y nutrieron la reflexión teórica y política local. Hacia 1967, cuando comenzaron a llegar, ya se habían elaborado las bases de la teoría de la dependencia, la que seguirá su curso en los espacios académicos y políticos nacionales. La potencia política del periodo en Chile permitió que esta fluyera, se potenciara y se expandiera.

El MIR desarrolla una relación estrecha y de enriquecimiento mutuo con los intelectuales locales y extranjeros. Este lazo varía de acuerdo al periodo y el tipo de intelectual. La tipología que hemos definido es la siguiente: los intelectuales fundadores, los intelectuales militantes, los militantes intelectuales y los intelectuales revolucionarios. El vínculo con estos intelectuales permitió que el MIR se convirtiera en un espacio de circulación de ideas que enriquecían las prácticas políticas y a los mismos intelectuales.

Los intelectuales fundadores sentaron las bases teóricas sobre las cuales, en los años siguientes, se desarrollaría el pensamiento mirista. Dotaron al MIR de una lectura de la formación social latinoamericana y de una mirada histórica de la realidad chilena, que recogía también las discusiones dadas en el continente sobre estos puntos. Además, con base en el análisis de procesos latinoamericanos como la Revolución cubana, la experiencia aprista peruana, las tempranas dictaduras de Argentina y Brasil, desecharon la idea de la revolución por etapas y la alianza de clases y propusieron, en cambio, la vía insurreccional revolucionaria.

Durante aquellos años se formó en el país una robusta infraestructura académica. Las redes establecidas previamente entre el campo intelectual chileno y quienes comenzaban a llegar al país se consolidaron. Existía, además, un sistema político democrático que permitía la circulación de ideas y una relación estrecha y de mutua dependencia entre la institucionalidad política y los espacios académicos y de investigación.

Había también una izquierda institucional influyente, conformada por el Partido Comunista y el Partido Socialista, y una izquierda radicalizada, que había pasado ya por el proceso de escisión por la izquierda, la dispersión, los intentos de confluencia y la dispersión nuevamente. Ambas izquierdas tenían una importante inserción en las masas (aunque no en las mismas proporciones) y habían desarrollado una conducción de las organizaciones de clase. La expresión populista no había sido tan fuerte como en Argentina y Brasil, lo que implicaba la existencia de organizaciones obreras, estudiantiles y de pobladores no cooptadas por el Estado, en las que el MIR —expresión de todas estas fuerzas históricas— tuvo presencia desde muy temprano.

El MIR, como toda la izquierda marxista, era una organización intelectualizada, pero, además, una serie de factores influyeron para que

se convirtiera en un proyecto atractivo para los intelectuales. Uno de ellos, básico y fundamental, fue la calidad intelectual de su líder, Miguel Enríquez -característica que es reconocida por todos los intelectuales que se relacionaron directamente con él-, pero que además era potenciada por Bautista Van Schouwen, Nelson Gutiérrez, Marcello Ferrada de Noli, Andrés Pascal Allende y Fernando Mires, entre otros.

Un grupo importante de los intelectuales latinoamericanos se había adscrito al proyecto de la Nueva Izquierda y al llegar a Chile se relacionaron a las organizaciones que encarnaban dicho proyecto en lo local. De estas, el MIR era la más grande, con más vínculos con las masas y con posibilidades de establecer redes directas con los intelectuales debido a sus vínculos con los centros de estudios y la conducción de los procesos de reforma en varias universidades. Por otro lado, desde el triunfo en las elecciones de Salvador Allende, los intelectuales veían con más claridad lo que ellos mismos habían definido en la caracterización del periodo: el tránsito al socialismo, lo que implicaba tomar posición y establecer compromisos concretos con el proceso.

En el periodo de máxima brillantez del pensamiento latinoamericano se desarrollaron también una serie de condiciones particulares que permitieron que el MIR se convirtiera en un espacio de circulación del pensamiento latinoamericano. Pese a que fue una organización que se concibió para la lucha armada, en el periodo que abarca este estudio no combatió, solo tuvo un corto momento de acciones armadas que no significaron la movilización de toda la militancia y que coincidió con un lapso acotado de clandestinidad y persecución política de sus dirigentes. No es que los intelectuales no estuvieran dispuestos a involucrarse en las acciones armadas, eran cómplices en la medida en que muchas veces los ocultaban en sus casas luego de los asaltos a bancos<sup>830</sup>. Sin embargo, al no decretarse acciones armadas de tipo guerrilla, como en Colombia o Argentina, el MIR nunca subordinó la política a lo militar, lo que permitió que las reflexiones políticas se dieran con la urgencia de la época, pero sin las restricciones que implica la guerra.

Por otro lado, la llegada de los intelectuales revolucionarios a Chile coincidió con la madurez de la joven generación intelectual del MIR que, al concluir la etapa universitaria, se integró a las universidades como académicos y a los centros de investigación, lo que generó un alto nivel de debate, y en los que coinciden muchos intelectuales y políticos que estuvieron en contacto con la dirección mirista. El internacionalismo, que impregnaba a los intelectuales y los militantes de la época, permitió que

---

<sup>830</sup> Así lo relata Theotonio dos Santos en una entrevista realizada por la autora en junio de 2013.

quienes llegaban desde otros países se integraran a la política y a los proyectos locales sin complejos. Esto se vio facilitado aún más con los intelectuales brasileños, que venían de una experiencia militante con cercanía con el MIR, por lo que vieron en la integración a la organización chilena la continuidad de su lucha en Brasil por la revolución latinoamericana.

Además, los intelectuales fueron convocados como tales a la organización y desarrollaron en ella tareas propias de su condición, como la elaboración de informes, la participación en los análisis de coyuntura, la realización de documentos, etc.. El clima antiintelectualista que reinaba en América Latina no impactó de la misma manera en Chile, donde estos tenían un prestigio ganado. Las críticas eran al intelectual “dominado”, al científico sin compromiso social o al escritor o artista preocupado fundamentalmente por cuestiones estéticas, pero no hacia el pensador revolucionario que ponía su saber al servicio de la revolución.

Finalmente, en el periodo que analizamos, la separación de espacios académicos y políticos es muy difícil de realizar y aún más cuando nos referimos a las ideas. Hay una total porosidad en las líneas que definen cada ámbito, de ahí que utilizar el concepto de campo, por ejemplo, se hace muy difícil.

Siguiendo lo expresado por Osvaldo Torres, la refundación del MIR en 1969 permitió una relación estrecha con la intelectualidad orgánica de la “teoría de la dependencia”, la que alejó a sus nuevos dirigentes de la concepción de Luis Vitale y los acercó a la Nueva Izquierda europea y norteamericana<sup>831</sup>. Pero la relación directa será con las expresiones latinoamericanas de esta corriente, de las otras solo recibirá algunas influencias.

La característica del periodo es la potencia del pensamiento local; es en el vínculo con los intelectuales latinoamericanos que el MIR desarrolla sus concepciones políticas. Los norteamericanos y europeos serán referentes generales, pero no los principales inspiradores. Por otro lado, Vitale se alejó del MIR, pero el MIR, más que alejarse de las teorías de Vitale, desarrolló y maduró la concepción dependientista de la realidad latinoamericana y chilena. Los teóricos de la dependencia profundizaron y ampliaron las concepciones originales; la novedad principal estaba en la estrategia.

El MIR estableció una política hacia los intelectuales que consistió en aprender de ellos e incorporarlos para elaborar en conjunto una estrategia particular para la revolución chilena. Los intelectuales fueron convocados para pensar la revolución, no para ser propagandistas de una

---

<sup>831</sup> Osvaldo Torres, *Democracia y lucha armada. MIR y MLN-Tupamaros*, Santiago, Pehuén, 2012.

estrategia totalmente definida. Hubo entonces un enriquecimiento mutuo en la relación entre estos y la organización, ya que los primeros pensaron desde un proyecto concreto orientando sus reflexiones académicas y el MIR se dotó de lúcidos análisis sobre los sujetos colectivos y las características del periodo.

Las ideas que circularon desde y hacia la organización fueron muchas y de distintas líneas, pero todas estaban vinculadas al prisma instalado por la teoría de la dependencia. La más importante fue sobre la estrategia. Las críticas a la teoría del foco guerrillero se levantaron desde los intelectuales de la organización Política Operaria (POLOP) en Brasil y por Aníbal Quijano en el Perú y llegaron a Chile casi en paralelo a la definición del MIR, que planteaba que “levantaría los primeros focos”, y a la muerte del Che en Bolivia. A partir de estas visiones, el MIR relativizó el foquismo y se orientó hacia la guerra popular, lo que lo obligó también a mirar al sujeto de la revolución.

Los intelectuales militantes y colaboradores del MIR desarrollaban investigación desde los principales centros de estudios, organismos técnicos y universidades del país. Desde esos espacios orientaron sus reflexiones al estudio de las clases sociales, las relaciones de producción y los sujetos populares. Esos análisis nutrieron las definiciones de la organización revolucionaria, la que terminó planteando que serían los pobres del campo y la ciudad quienes harían la revolución. Los estudios sobre el campo, la reforma agraria y las tomas de fundos de Silvia Hernández, Ruy Mauro Marini y Juan Carlos Marín establecieron que esos pobres del campo se desenvolvían en un mundo rural de relaciones sociales capitalistas, que la reforma agraria era lenta y que había intensificado las contradicciones empujando a los sectores populares del campo a la realización de tomas de fundos, las cuales iban en ascenso.

Por su parte, los intelectuales que estudiaban e interactuaban con los pobres de la ciudad, como Aníbal Quijano, Eder Sader, Néstor D’Alessio y Marini, contradecían la línea oficialista que sostenía que las luchas obreras solo tenían expresión a través del sindicalismo clásico. Ellos pusieron de relieve la importancia que tenían las formas de organización alternativas de los trabajadores, como los cordones industriales y los comandos comunales. También disputaron la lectura y la propuesta que hacía la teoría de la marginalidad sobre los pobladores señalando que las tomas urbanas y las coordinaciones barriales eran formas de construir ciudad desde los propios pobladores, por lo tanto, pensar en una política integradora no era viable. Para estos intelectuales, lo que estaban haciendo los pobres del campo y la ciudad conducidos por los partidos de clase era construir el poder popular.

Los análisis de los intelectuales legitimaban la violencia popular y la superación de la institucionalidad ya que, al ser ese un periodo de tránsito

hacia el socialismo, las instituciones del Estado burgués terminaban siendo una cárcel con barrotes que había que derribar. Para el MIR y los intelectuales dependentistas, la revolución socialista desarrollaría todas las revoluciones pendientes.

Estas discusiones no quedaban encapsuladas en el MIR o entre los intelectuales revolucionarios, fluían, se movían a través de redes, se enriquecían en discusiones entre espacios académicos y políticos. Los debates sobre la revolución, el socialismo y la violencia eran centrales en las discusiones intelectuales y políticas. Dichas ideas se transmitían y discutían en seminarios, publicaciones académicas y publicaciones masivas. Sin embargo –y esto es fundamental para este estudio– circulaban solo entre una elite intelectual y política, no eran necesariamente traducidos a la política concreta.

Volviendo a la tipificación de los intelectuales que se vincularon al MIR que hemos establecido, ya mencionamos a los intelectuales fundadores, caracterizados como aquellos provenientes de la vieja generación de pensadores que hacen converger en el MIR una tradición crítica con la izquierda tradicional y una visión emergente de lectura de la realidad dependiente de Latinoamérica. Planteamos también la existencia de militantes intelectuales, aquellos que no siendo intelectuales en cuanto a su función social realizan un trabajo de creación de teoría revolucionaria y de sistematización de la práctica política. En ese rol destacamos a Miguel Enríquez y Bautista Van Schouwen.

En el MIR hubo una generación que se formó como pensadores en la militancia y que al madurar la organización y ellos superar la etapa de estudiantes universitarios, asumieron la función social de intelectuales integrándose a espacios académicos y de investigación. A estos los hemos definidos como intelectuales militantes y entre ellos se encuentran Nelson Gutiérrez, Marcello Ferrada de Noli, Andrés Pascal Allende, Gladys Díaz, Marco Antonio Enríquez, entre otros.

Finalmente reconocimos a un grupo de intelectuales con trayectoria, publicaciones y redes que, provenientes de distintos países, abrazaron la militancia en el MIR o colaboraron de manera estrecha con la organización. A ellos los definimos como intelectuales revolucionarios, no solo por su compromiso militante con una organización revolucionaria, sino, y fundamentalmente, porque vinculados al proyecto de transformación fueron capaces de revolucionar sus disciplinas. Entre ellos destacamos, como militantes, a Ruy Mauro Marini, Eder y Emir Sader, André Gunder Frank, Tomás Vasconi, Néstor D'Alessio, Juan Carlos Marín, Marta Zabaleta, Patricio Biedma y, como colaboradores, a Theotonio dos Santos, Aníbal Quijano y Armand Mattelart.

Para Gramsci, la política es el espacio de mediación entre los intelectuales de ideas complejas y los sencillos y así lo entendieron los



intelectuales militantes del MIR. No obstante, no podemos decir que las discusiones teóricas dadas en los espacios de dirección o los insumos que académicos elaboraban para la organización llegaron a convertirse en política; las más de las veces lograban instalarse como discurso nutriendo los llamamientos al pueblo.

Los intelectuales y el MIR hicieron un análisis de las estructuras latinoamericanas desde una tesis que resultó ser errónea: el mundo no estaba transitando hacia el socialismo. El análisis estructural no fue o no alcanzó a ser superado; los pobres del campo y la ciudad fueron vistos como una realidad objetiva y se les asignó las características de conciencia y vinculación con el proyecto revolucionario que estaban muy lejos de tener. La utopía pensada por los intelectuales, al ser la base de la política de la organización revolucionaria, fue parte de la derrota.

La propuesta del MIR y sus pensadores al acercarse el golpe fue defender las conquistas logradas durante el gobierno popular y dar el salto hacia la construcción del socialismo. Ninguna de las dos fueron posible, el sujeto que debía dar tal salto no existía.



## BIBLIOGRAFÍA

### ENTREVISTAS

Theotonio dos Santos, junio de 2013

Cristóbal Kay, abril de 2013

Mario Garcés, enero de 2014

Manuel Cabieses, abril de 2014

Andrés Pascal Allende, enero de 2014

Eduardo Santa Cruz, noviembre de 2014

Sergio Zorrilla, enero de 2014

### DOCUMENTOS DEL MIR

Enríquez, Miguel, “La revolución universitaria”, 1966. Documento presentado en el Congreso de la FEC de 1966 y publicado en la revista *Polémica*, N° 5 y 6, 1968.

Enríquez, Miguel, “Algunos antecedentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria”, marzo de 1971. Disponible en Archivo Chile [en línea], CEME.

Enríquez, Miguel, “Hay que crear una nueva legalidad”, discurso, 26 de julio de 1971. Punto Final N° 136, 1971.

Enríquez, Miguel, “Discurso pronunciado en el teatro Caupolicán el 17 de julio de 1973”, julio de 1973. Disponible en Archivo Chile [en línea], CEME.

Marini, Ruy Mauro, “Antecedentes para el estudio del movimiento de masas en el periodo”, 1972. Disponible en *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*, México, ERA, 1974.

MIR, “Programa del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR de Chile), 15 de agosto de 1965. Disponible en Archivo Chile [en línea], CEME.

MIR, “El MIR y las elecciones presidenciales”, 1970. Recopilación de textos de Miguel Enríquez, Volumen 1, Universidad de Santiago.

MIR, “El MIR responde a Frei”, declaración pública, junio de 1971. Publicado en *Punto Final*, N° 134, 6 de julio de 1971.

MIR, “Resumen del Comité Central”, 13 y 14 de noviembre de 1971. Publicado como MEMORANDUM. En: Miguel Enríquez con vista a la esperanza. Concepción, Escaparate, 1998.

MIR, “Estrategia de enfrentamiento y lucha prolongada contra intentos golpistas de las clases dominantes”, documento interno, diciembre de 1972. Miguel Enríquez con vista a la esperanza. Concepción, Escaparate, 1998.

MIR Secretariado Nacional, “El MIR y las elecciones presidenciales”. Publicado en *Punto Final*, N° 104, Suplemento, 12 de mayo de 1970.

## REVISTA ESTRATEGIA

Blest, Clotario, “El ministro Thayer contra el abogado Thayer”, *Estrategia*, N° 5, julio, 1966.

Condoruna, Silvestre (Aníbal Quijano), “La experiencia de la última etapa de las luchas revolucionarias en el Perú”, *Estrategia*, N° 3, abril, 1966.

José, “La etapa actual de la revolución latinoamericana”, *Estrategia*, N° 1, noviembre, 1965.

Sepúlveda, Enrique, “Un año del gobierno demócrata-cristiano”, *Estrategia*, N° 1, noviembre, 1965.

Valenzuela, Humberto, “La comuna obrera y la junta de vecinos”, *Estrategia*, N° 6, septiembre, 1966.

Vitale, Luis, “América Latina: ¿feudal o capitalista?, ¿revolución burguesa o socialista?”, *Estrategia*, N° 5, julio, 1966.

Waiss, Óscar, “La metamorfosis”, *Estrategia*, N° 1, noviembre, 1965.

## REVISTA PUNTO FINAL (1965-1973)<sup>832</sup>

Allende, Salvador, “Allende enjuicia a Frei”, *Punto Final*, N° 5, noviembre, 1965.

Altamirano, Carlos, “América Latina necesita su propia teoría revolucionaria”, *Punto Final*, N° 70, 17 de diciembre, 1968.

Bambirra, Vania, “La mujer en el tránsito al socialismo”, *Punto Final*, N° 133, Documento anexo, Suplemento, 22 de junio, 1971.

Cabieses, Manuel, “Jefe del MIR saca la cara. Entrevista a Miguel Enríquez”, *Punto Final*, N° 53, 23 de abril, 1968.

Cenobio, Ximena, “Las mujeres: ¿un freno para la revolución?”, *Punto Final*, N° 19, primera quincena, enero, 1967.

Carmona, Augusto, “Sacerdotes chilenos en el camino de Camilo Torres”, *Punto Final*, N° 31, segunda quincena, junio, 1967.

Carrasco, José, “Luciano Cruz: su vida y su ejemplo”, *Punto Final*, N° 138, Suplemento, 31 de agosto, 1971.

Consejo de Colaboración de la Revista Casa de las Américas, “Llamamiento a los intelectuales chilenos”, *Punto Final*, N° 24, primera quincena, marzo, 1967.

Debray, Régis, “El intelectual militante”, *Punto Final*, N° 13, primera quincena, octubre, 1966.

Díaz, Mario, “Con el MIR en la clandestinidad”, *Punto Final*, N° 81, 17 de junio, 1969.

---

<sup>832</sup> Números digitalizados en Archivo Histórico de Punto Final (1965-1973), en [puntofinal.cl](http://puntofinal.cl) [en línea].

Editorial, “A crear nueva institucionalidad”, *Punto Final*, N° 187, 3 julio, 1973.

F. C. M., “A otra parte con ese premio”, *Punto Final*, N° 148, 4 de enero, 1972.

Faivovich, Jaime, “Señor Frei usted es responsable”, *Punto Final*, N° 77, 25 de marzo, 1969.

Frank, André Gunder, “La política económica en Chile: del Frente Popular a la Unidad Popular”, *Punto Final*, N° 153, Suplemento, 14 de marzo, 1972.

—. “Las cartas en la mesa [respuesta a José Rodríguez Elizondo, *Punto Final*, N° 159, 6 de junio, 1972].

Frank, André Gunder y Gladys Díaz, “Los ladrones quieren indemnización”, *Punto Final*, N° 135, Suplemento, 20 de julio, 1971.

Gutiérrez, Nelson, “Debate con Salvador Allende en la Universidad de Concepción”, *Punto Final*, N° 132, 8 de junio, 1971.

Huasi, Julio, “Gramsci y los oportunistas”, *Punto Final*, N° 43, primera quincena, diciembre, 1967.

Lira Massi, Eugenio, “Frei y los desconocidos de ahora”, *Punto Final*, N° 2, septiembre, 1965.

Nazar, Alfredo, “Lo que se esconde detrás de los principios” [*Brigada*, N° 3, marzo de 1968], *Punto Final*, N° 52, Suplemento, 9 abril, 1968.

Ossa, Carlos, “Literatura y subdesarrollo”, *Punto Final*, N° 26, primera quincena, abril, 1967.

Punto Final, “El compromiso del intelectual”, *Punto Final*, N° 15, segunda quincena, noviembre, 1966.

Sánchez Vásquez, Adolfo, “Praxis y violencia”, *Punto Final*, N° 31, Suplemento, segunda quincena, julio, 1967.

Torres, Camilo, “De Camilo Torres a los estudiantes”, *Punto Final*, N° 17, primera quincena, diciembre, 1966.

“*Llamamiento a los intelectuales chilenos*”. *Punto Final*, N° 24, primera quincena, marzo, 1967.

Julio Huasi “Pensamiento Crítico”, *Punto Final*, N° 35, segunda quincena, agosto, 1967.

*Historia del pasado y del presente*, *Punto Final*, N° 40, segunda quincena, octubre, 1967.

## REVISTA CHILE HOY<sup>833</sup>

---

<sup>833</sup> Números digitalizados en Revista Chile Hoy, en [socialismo-chileno.org](http://socialismo-chileno.org) [en línea].

Dos Santos, Theotonio, “Sobre la dualidad de poderes”, *Chile Hoy*, N° 8, 4-10 de agosto, 1972.

— “Bendita crisis”, *Chile Hoy*, N° 17, 6-12 de octubre, 1972.

— “Sobre la dualidad de poderes”, *Chile Hoy*, N° 8, 4-10 de agosto, 1972.

García, Pío, “La vía democrático revolucionaria”, *Chile Hoy*, N° 8, 4-10 de agosto de 1972.

Harnecker, Marta y Víctor Vaccaro, “Entrevista a Miguel Enríquez”, *Chile Hoy*, N° 11, 25 al 31 de agosto, 1972.

Marini, Ruy Mauro, “El camino legal y las capas medias”, *Chile Hoy*, N° 7, 28 de julio-3 de agosto, 1972.

— “El debate sobre el poder. Nuevos elementos”, *Chile Hoy*, N° 8, 4-10 de agosto, 1972.

— “La ENU, un problema del pueblo”, *Chile Hoy*, N° 45, 19-26 de abril, 1973.

Sin autor, “Chile, hogar de la sociología”, *Chile Hoy*, N° 9, 11-17 de agosto, 1972.

Vaccaro, Víctor, “La prensa de izquierda. Examen sin concesiones (I)”, *Chile Hoy*, N° 4, 7-13 de junio, 1972.

Vaccaro, Víctor, “La prensa de izquierda. Análisis sin concesiones (II)”, *Chile Hoy*, N° 5, 14-20 de junio, 1972.

## **REVISTA CUADERNOS DE LA REALIDAD NACIONAL<sup>834</sup>**

Biedma, Patricio, “El socialismo cubano”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 6, número especial, diciembre, 1970.

Chonchol, Jacques, “Qué es el CEREN”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N°1, septiembre, 1969.

Hinkelammert, Franz, “Las clases sociales en la sociedad capitalista y en la sociedad socialista”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 1, septiembre, 1969.

Hinkelammert, Franz, “Teoría de la dialéctica del desarrollo desigual”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 6, número especial, diciembre, 1970.

Hinkelammert, Franz, Pilar Vergara, Hugo Perret y Patricio Biedma, “Dialéctica del desarrollo desigual. El caso latinoamericano”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 6, número especial, diciembre, 1970.

---

<sup>834</sup> Números digitalizados en Cuadernos de la Realidad Nacional, en [socialismo-chileno.org](http://socialismo-chileno.org) [en línea].

Mattelart, Armand, “Prefiguración de la ideología burguesa. Lectura ideológica de una obra de Maltus”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 1, septiembre, 1969.

Mattelart, Armand, Michèle Mattelart y Mabel Piccini, “Los medios de comunicación de masa. La ideología de la prensa liberal en Chile”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 3, marzo, 1970.

Perret, Hugo, “El proyecto chino”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 6, número especial, diciembre, 1970.

Vergara, Pilar, “Algunas consideraciones sobre el cambio de la estructura de valores en la sociedad socialista soviética y china”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, N° 6, número especial, diciembre, 1970.

## **BOLETÍN DEL CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOECONÓMICOS**

Introducción, *Boletín del Centros de Estudios Socioeconómicos*, N° 1, octubre, 1967.

Autoría colectiva, “Las disciplinas sociales y del comportamiento en la Universidad de Chile. Bases para una reforma”, *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, N°3, octubre, 1968.

Dos Santos, Theotonio, “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”, *Boletín del Centros de Estudios Socioeconómicos*, N° 3, octubre, 1968.

Labarca, Guillermo, “Ideología en el conflicto de la Universidad de Chile”, *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, N° 3, octubre, 1968.

Vasconi, Tomás Amadeo, “Proposiciones para un diseño de investigación sobre educación y cambio social en países latinoamericanos”, *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, N° 1, octubre, 1967.

Vasconi, Tomás Amadeo, “Universidad de Chile 1968: reforma o modernización”, *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, N° 3, octubre, 1968.

Vasconi, Tomás Amadeo, “La universidad democrática y la investigación científico-social”, *Boletín del Centro de Estudios Socioeconómicos*, N° 4, diciembre, 1968.

## **REVISTA SOCIEDAD Y DESARROLLO**

Hernández, Silvia, “El desarrollo capitalista del campo chileno”, *Sociedad y Desarrollo*, N° 3, 1972.

Marini, Ruy Mauro, “Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora”, *Sociedad y Desarrollo*, N°1, enero-marzo, 1972.

Sader, Emir, “Fascismo: de la excepción a la regla”, *Sociedad y Desarrollo*, N° 1, enero-marzo, 1972.

Vasconi, Tomás y Marco Aurelio García, “Las ideologías dominantes en América Latina”, *Sociedad y Desarrollo*, N° 1, enero-marzo, 1972.

- “Sociedad y desarrollo: un programa de trabajo”, *Sociedad y Desarrollo* y N° 1 enero-marzo de 1972, pág. 3.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS GENERALES

Alburquerque, Germán, *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*, Santiago, Ariadna, 2011

Aldunate Morales, Victoria, “Marta Zabaleta del Frente de Mujeres Revolucionarias del MIR chileno, años 70. ‘No me arrepiento de nada’”, *Hijxs.Voces* [en línea], 14 de septiembre, 2010. Recuperado de <http://old.kaosenlared.net/noticia/marta-r-zabaleta-frente-mujeres-revolucionarias-mir-chileno-anos-70-no>

—, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Álvarez, Octavio *et al.*, *Más allá de la protesta. Universitarios y Promoción Popular*, Santiago, Instituto de Humanismo Cristiano, 1965.

Álvarez Alarcón, Rubén, *Formación y fundación del MIR: de Clotario Blest a Miguel Enríquez (1965-1967)*, tesis de licenciatura en historia, Universidad Católica, 1999.

Amorós, Mario, *Miguel Enríquez: un nombre en las estrellas. Biografía de un revolucionario*, Santiago, Ediciones B, 2014.

Aróstegui, Julio, “Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia”, *Ayer*, N° 13, 1994.

—, “La especificación de lo genérico: la violencia política en perspectiva histórica”, *Sistema*, N° 132-133, 1996.

Avendaño, Daniel y Mauricio Palma, *El rebelde de la burguesía. La historia de Miguel Enríquez*, Santiago, CESOC, 2001.

Bambirra, Vania, “Los errores de la teoría del foco: Análisis crítico de la obra de Régis Debray”, *Monthly Review. Selecciones en castellano*, N° 45, Santiago, diciembre, 1967.

—, *Diez años de insurrección en América Latina*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1971.

—, *La revolución cubana: una reinterpretación*, Santiago, Nuestro Tiempo, 1973.

Basso, Lelio *et al.*, *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, CEREN, CESO, 1972.



—. Lelio Basso *et al.*, *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, CEREN, CESO, 1972.

Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

Beca, Carlos Eugenio, Cecilia Richards y Lucídio Bianchetti, “Ernani María Fiori: un profesor brasileiro en tierras chilenas testimonios. Testimonios”, *Educação & Realidade*, Vol. 38, N° 3, 2013.

Benda, Julien, *La traición de los intelectuales*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008 [1928].

Bennett, Vivienne y Julio Bracho, “Orígenes del Movimiento Urbano Popular Mexicano: pensamiento político y organizaciones políticas clandestinas 1960-1980”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 55, N° 3, julio-septiembre, 2003.

Bezama, Boris, “Entrevista póstuma a Marco Antonio Enríquez. Un fantasma de la izquierda”, *Rebelión* [en línea], octubre de 2005. Recuperado de <https://rebellion.org/un-fantasma-de-la-izquierda-chilena/>

Bielschowsky Ricardo, “Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL: una reseña”. En, *Cincuenta años del Pensamiento de la Cepal. Textos seleccionados. Volumen I*, Fondo de Cultura Económica, México 1998.

Bravo Tesseo, Jorge, “Oscar Waiss, ‘firme junto al pueblo’”, Línea de Flotación [en línea], 10 de noviembre, 2006. Recuperado de <http://lineadeflotacion.blogspot.com/2006/11/oscar-waiss-firme-junto-al-pueblo.html>.

Briceno, Laura, “Vania Bambirra y la alternativa insurreccional a inicios de los años 70”, *Izquierdas*, N° 28, julio, 2016.

Brunner, José Joaquín, “Universidad Católica y cultura nacional en los años 60: los intelectuales tradicionales y el movimiento estudiantil”, documento de trabajo, FLACSO, octubre, 1981.

—. *El caso de la sociología en Chile: formación de una disciplina*, Santiago, FLACSO, 1988.

—. “Los intelectuales y los problemas de la cultura del desarrollo”, *Cuadernos de Economía*, Año 26, N° 79, diciembre, 1989.

Brunner, José Joaquín y Ángel Flisfisch, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, 2 tomos, 2ª ed., México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, ANUIES, 1989.

Califa, Juan Sebastián, “El movimiento estudiantil reformista contra el Plan Cafade. Cientificismo, imperialismo, reestructuración universitaria y lucha política (1959-1960)”, *Redes*, N° 32, 2011.

Calveiro, Pilar, *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*, Buenos Aires, Norma, 2005.

Casals Araya, Marcelo, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo", 1956-1970*, Santiago, LOM, 2010.

Castillo, Carmen, *Calle Santa Fe*, largometraje documental, Les Films d'Ici, 2007.

Castro, Juan Cristóbal, "¡Ojo con el CESO! Hacia una reconstrucción de la historia del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, 1965-1973", Congreso ALAS-Chile, 2013.

Cavalcanti, Vanessa R. S. y Antonio Carlos da Silva, "Memória, história e poder: uma entrevista com Marta Raquel Zabaleta", *Cordis: Revista Eletrônica de História Social da Cidade* [en línea], N° 2, 2009.

CEME, "El CEME despide a Ruy Mauro Marini", *Revista Centro de Estudios Miguel Enríquez*, N° 2, octubre, 1997. En Archivo Chile del CEME [en línea].

Consejería Nacional de Promoción Popular, *Promoción Popular, instrumento del desarrollo social*, Santiago, 1964.

—. *Promoción Popular, hacia la comunidad organizada*, Santiago, 1965.

Cortés Morales, Alexis, "La urbanización dependiente y el proceso de marginalización en América Latina: las contribuciones de Aníbal Quijano", XXIX Congreso Latinoamericano de Sociología, Santiago, 29 de septiembre y 4 de octubre, 2013.

*Debate Socialista*, "Entrevista a Manuel Cabieses, director y fundador de *Punto Final* y director honorario de *Debate Socialista*, a propósito del reciente aniversario 46 de la digna publicación chilena: "la revista que ayuda a pensar", *Debate Socialista*, N° 12, 2011.

Delfino, Andrea, "La noción de marginalidad en la teoría social latinoamericana: surgimiento y actualidad", *Universitas Humanística*, N° 74, julio-diciembre, 2012.

Delgado, Carlos, *Testimonios de lucha*, Lima, PEISA, 1973.

Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*, tomo I y II, Buenos Aires, Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000-2003.

—. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*, Buenos Aires, Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.

—. "La circulación de las ideas y la inserción de los científicos económico-sociales chilenos en las redes conosureñas durante los largos 1960", *Historia*, Pontificia Universidad Católica de Chile, Vol. II N° 37, julio-diciembre, 2004.

—. *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago, Universidad de Santiago, Instituto de Estudios Avanzados, 2007.

—. “El ecosistema intelectual Santiago de Chile 1968-1972: intento de teorización y ejemplo empírico”, 2014. Recuperado de [https://www.academia.edu/36375127/2014\\_Ecosistema\\_intelectual\\_Santiago\\_de\\_Chile\\_1968-1972\\_intento\\_de\\_teorizaci%C3%B3n\\_y\\_ejemplo\\_emp%C3%ADrico](https://www.academia.edu/36375127/2014_Ecosistema_intelectual_Santiago_de_Chile_1968-1972_intento_de_teorizaci%C3%B3n_y_ejemplo_emp%C3%ADrico).

Domingues, José Maurício, “Sociología brasileña, Latinoamérica y la tercera fase de la modernidad”, *Estudios Sociológicos*, Vol. XXIII, N° 2, mayo-agosto, El Colegio de México, 2005.

Dos Santos, Theotonio, “Dependencia y alternativas de cambio en América latina”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 32, N° 2, 1970.

—. “Problemas de la transición al socialismo y la experiencia chilena. Un balance crítico”, en Basso, Lelio *et al.*, *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, CEREN, CESO, 1972.

—. “Problemas estratégicos y tácticos de la revolución socialista en América Latina”, Seminario “El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile”, México, UNAM, 1975.

Dosse, Françoise, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universitat de València, 2007

Drake, Paul, “Chile 1930-1958”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina. Tomo XV. El Cono sur desde 1930*, Barcelona, Crítica, Cambridge University Press, 2002.

Echeverría, Mónica, *Antihistoria de un luchador (Clotario Blest 1823-1990)*, Santiago, LOM, 1993.

El Mercurio, “Los lazos de Lula con Chile”, *El Mercurio*, 30 de octubre, 2002.

Espinoza, Vicente, “Historia social de la acción colectiva urbana: los pobladores de Santiago, 1957-1987”, *EURE*, vol. 24, N° 72, 1998.

Fernández, Joaquín, Álvaro Góngora y Patricia Arancibia, *Ricardo Núñez: trayectoria de un socialista de nuestros tiempos*, Santiago, Finis Terrae, 2013.

Fernández, Manuel, “Los intelectuales de izquierda y la construcción de un imaginario revolucionario para Chile y América Latina. La revista *Punto Final* entre 1965-1973”, *Tiempo Histórico*, N° 2, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2011.

Fernández Nadal, Estela y Gustavo Daniel Silnik, *Teología profana y pensamiento crítico: conversaciones con Frank Hinkelammert*, Buenos Aires, CICCUS, CLACSO, 2012.

Ferrada de Noli, Marcello, “Nelson Gutiérrez. *In memoriam. Notas sobre la historia del MIR*”, Estocolmo, 2008. Recuperado de <https://ferradanoli.files.wordpress.com/2010/08/marcello-ferrada-noli-nelson-gutierrez-historia-del-mir.pdf>.

—. *Rebeldes con causa. Mi vida con Miguel Enríquez, el MIR y los derechos humanos*, [Suecia], Libertarian Books, 2020.

Filosofía en Español, “Pensamiento Crítico, La Habana, 1967-1971”, en Proyecto Filosofía en Español [en línea], Fundación Gustavo Bueno, sin fecha.

Fiorucci, Flavia, “¿Aliados o enemigos? Los intelectuales en los gobiernos de Vargas y Perón”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, N° 15, julio-diciembre, 2004.

—, *Intelectuales y peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires, Biblos, 2011.

Flaskamp, Carlos, *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina (1968-1976)*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002.

Fornet, Ambrosio, “El Quinquenio Gris: revisitando el término”, *Revista de la Casa de las Américas*, N° 246, 2007.

Frank, André Gunder, “Not feudalism-capitalism”, *Monthly Review*, Vol. 15, N° 8, diciembre, 1963.

—, *Feudalismo no: capitalismo*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1964.

—, “The development of underdevelopment”, *Monthly Review*, vol. 18, N° 4, septiembre, 1966.

—, “Chile: el desarrollo del subdesarrollo”, Santiago, *Monthly Review*, *Selecciones en Castellano*, edición especial, 1967.

—, “Latinoamérica: subdesarrollo capitalista y revolución socialista”, *Pensamiento Crítico*, La Habana, N° 13, febrero, 1968.

—, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970.

—, *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo: dependencia, clase y política, en América Latina*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1970.

—, *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología / El desarrollo del subdesarrollo*, Barcelona, Anagrama, 1971.

—, “La dependencia ha muerto: viva la dependencia y la lucha de clases. Una respuesta a críticos”, *Desarrollo Económico*, Vol. 13, N° 49, abril-junio, 1973.

—, *América Latina: subdesarrollo o revolución*, México, ERA, 1974.

—, *La acumulación mundial, 1492-1789*, Madrid, Siglo XXI, 1979.

—, *Acumulación dependiente y subdesarrollo*, México, ERA, 1979.

—, *El desarrollo del subdesarrollo: un ensayo autobiográfico*, Caracas, Nueva Sociedad, 1991.

Garcés, Mario, “Prólogo”, en Pedro Naranjo, Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto (eds.), *Miguel Enríquez, el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, MIR, Santiago, CEME, LOM, 2004.

—, “Construyendo las poblaciones: el movimiento de pobladores durante la Unidad Popular”, en Julio Pinto Vallejos, (ed.), *Cuando bicimos historia: la experiencia de la Unidad popular*, Santiago, LOM, 2005.

García, Marco Aurelio, “Eder Sader. O futuro sem este homem”, *Teoría e Debate*, N° 4, 1° de septiembre, 1988.

Garretón, Manuel Antonio, “Las ciencias sociales en Chile. Institucionalización, ruptura y renacimiento”, publicado en inglés como “Social sciences and society in Chile: institutionalization, breakdown and rebirth in Chile” *Social Sciences in Latin America*, Vol. 44, N° 2-3, edición especial, junio-septiembre de 2005. Recuperado de [http://www.manuelantoniogarretón.cl/documentos/07\\_08\\_06/sociales.pdf](http://www.manuelantoniogarretón.cl/documentos/07_08_06/sociales.pdf).

—. “Las ciencias sociales en Chile. Institucionalización, ruptura y renacimiento”, en Hélió Trindade (coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XX, 2007.

Gaudichaud, Franck, “Construyendo ‘Poder Popular’: el movimiento sindical, la CUT y las luchas obreras en el periodo de la Unidad Popular”, en Julio Pinto Vallejos, (ed.), *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad popular*, Santiago, LOM, 2005.

Glaser, Kalki, *La legalidad en la transición al socialismo*, en Lelio Basso et al., *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, CEREN, CESO, 1972.

Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

Goicovic, Igor, “Teoría de la violencia y estrategia de poder en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1967-1986”, Seminario “Medio siglo de debates tácticos y estratégicos en la izquierda chilena 1950-2000”, Universidad de Santiago de Chile, 2000.

—. “Contexto en el que surge el MIR”, *Revista del Centro de Estudios Miguel Enríquez*, N° 6, junio, 2000.

—. “Los escenarios de la violencia popular en la transición al capitalismo”, *Espacio Regional*, Año 3, Vol. 1, 2006.

Gómez, Luis, “El periplo intelectual de un científico social latinoamericano. Entrevista con el profesor Sergio Bagú”, en Jorge Turner y Guadalupe Acevedo (coords.), *Sergio Bagú, un clásico de la teoría social latinoamericana*, México, UNAM, Plaza y Valdés, 2005.

González Calleja, Eduardo, *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid, CSIC, 2002.

González Casanova, Pablo, *La democracia en México*, México, ERA, 1965.

González Marín, Silvia, *Diálogos sobre el 68*, México, UNAM, 2003.

Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Lautaro, 1960

—. “Relaciones entre ciencia, religión, sentido común”, *Antología*, Manuel Sacristán (ed. y trad.), México, Siglo XXI, 1970.

—. *Antología*, Manuel Sacristán (comp. y notas), México, Siglo XXI, 16ª reimp., 2013.

Grüner, Eduardo, *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*, Buenos Aires, Colihue, 1997.

Hernández, Silvia, “El desarrollo capitalista del campo chileno”, en Solon Barroclough *et al.*, *Chile, reforma agraria y gobierno popular*, Buenos Aires, Periferia, 1973.

Hinkelammert, Franz, “El criterio de inversión en la teoría y práctica de la economía política soviética”, *Cuadernos de Economía*, N.º 6, mayo-agosto, Santiago, 1965.

—. *Economía y revolución*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1967.

—. *Dialéctica del desarrollo desigual*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1970.

—. *El subdesarrollo latinoamericano: un caso de desarrollo capitalista*, Buenos Aires, Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile, Paidós, 1970.

Hernández Vásquez, Martín, “Las concepciones teóricas fundamentales de Miguel Enríquez”, en Pedro Naranjo (coord.), *Miguel Enríquez. Páginas de historia y lucha*, Estocolmo, CEME, 1999.

—. *El pensamiento revolucionario de Bautista Van Schoonwen. 1943-1973*, Concepción, Escaparate, 2004.

Hobsbawm, Eric, *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Barcelona, Crítica, 2011.

Hofmesteir, Wilhelm, y H. C. F Mansilla, (eds.), *Intelectuales y política en América Latina: el desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo Sapiens, 2003

Ilades, Carlos y Rodolfo Suárez (coords.), *México como problema. Esbozo de una historia intelectual*, México, Siglo XXI, 2012.

Izquierdo, Gonzalo, *Historia de Chile*, Tomo III, Santiago, Andrés Bello, 1990.

Jackson, Luis Carlos, “Generaciones pioneras de las ciencias sociales brasileñas”, en Carlos Altamirano *et al.*, *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

Jauretche, Arturo, *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1955.

Jocelyn Holt, Alfredo, “Los intelectuales-políticos chilenos. Un caso de protagonismo equívoco continuo”, en Wilhelm Hofmesteir y H. C. F Mansilla, eds., *Intelectuales y política en América Latina: el desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo Sapiens, 2003.

Jordán, Laura, “Cantando, al MIR y al Frente: cita y versión de dos canciones militantes de Patricio Manns”, en Carolina Santamaría-Delgado, Heloísa de Araújo Duarte Valente, Herom Vargas y Oscar Fernández (eds.), *¿Popular, pop, populachera? El dilema de las músicas populares*

en *América Latina. Actas del IX Congreso de la Rama Latinoamericana de la IASPM (1-5 de junio de 2010)*, IASPM-AL, EUM, 2011.

Kay, Cristóbal, *El reformismo agrario y la transición al socialismo en América Latina (Chile 1970-1973)*, Medellín, Oveja Negra, 1976.

—. “André Gunder Frank (1929-2005): pionero de la teoría de la dependencia y de la mundialización”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 68, N° 1, enero-marzo, 2006.

—. “André Gunder Frank: ‘Unity in Diversity’ from the development of underdevelopment to the world system”, *New Political Economy*, Vol. 16, N° 4, 2011.

Kohan, Néstor, “Che Guevara, lector de El Capital. Diálogo con Orlando Borrego, compañero y colaborador del Che en el Ministerio de Industrias”, *Rebelión* [en línea], 2 de julio, 2003.

—. “El Che Guevara y la filosofía de la praxis”, en *Ernesto Che Guevara. El sujeto y el poder*, Buenos Aires, Nuestra América, 2005.

—. “Pensamiento Crítico y el debate por las ciencias sociales en la Revolución cubana”, en Levy, Bettina y otros, *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.

Krieguel, Annie, *Les communistes français (1920- 1970)*, París, Seuil, 1985.  
La Nación, “¿Quién es Roger Vekemans?”, *La Nación*, 10 de mayo, 2009.

La Tercera, “Intelectuales debaten sobre educación y reformas políticas a 40 años del golpe”, *La Tercera*, 8 de junio, 2013.

Lucas Lanusse, “La Universidad Montonera. Agrupaciones estudiantiles católicas en Córdoba y Santa Fe y el origen de Montoneros. Citado en Tiempos de cambios y utopías Estudiantes, asociaciones y federación en la UCC a fines de los ‘60 Marcela B. González.

<https://cultura.cba.gov.ar/wpcontent/uploads/2020/05/JPHC-Revista-31-Tiempos-de-cambios-y-utop%C3%ADAs.pdf>

Larraín, Jorge, *El concepto de ideología. II. El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser*, LOM, Santiago, 2008.

Leite, Isabel Cristina, “A Política Operaria em Minas: rupturas e continuidades”, *Actas de la Associação Nacional de História, XXIV Simpósio Nacional de História*, 2007.

Leiva, Sebastián, “El MIR y los Comandos Comunales: poder popular y unificación de la movilización social”, *Cyber Humanitatis* [en línea], N° 30, otoño, 2004.

Lenoir, Raymond, “La sociología en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 16, N° 1, enero-abril, 1954.

Longoni, Ana, “El FATRAC frente cultural del PRT/ERP”, *Lucha Armada en la Argentina*, N° 4, septiembre-noviembre, 2005.

Löwy, Michael, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios. La evolución política de Lukács 1909-1929*, México, Siglo XXI, 1978.

Lozoya López, Ivette, “Pensar la revolución: pensamiento latinoamericano e intelectuales en el MIR chileno 1965-1973. Propuesta teórica y metodológica para su estudio desde la Historia Intelectual y la Historia de la Violencia”, *Revista de Humanidades*, N° 27, enero-junio, UNAB, 2013.

—. “Debates y tensiones en el Chile de la Unidad Popular. ¿La traición de los intelectuales?”, *Pacarina del Sur* [en línea], año 5, N° 17, octubre-diciembre, 2013.

—. “El pensamiento político latinoamericano y su recepción, creación y circulación en el MIR chileno”, en Roberto González Arana y Alejandro Schneider (eds.), *Sociedades en conflicto. Movimientos sociales y movimientos armados en América Latina*, Barranquilla y Buenos Aires, Universidad del Norte, Instituto de Altos Estudios Sociales y Culturales de América Latina y del Caribe, CLACSO, Imago Mundi, 2016.

—. “Social scientists from the left-wing party and discussions about power in Chile (1970-1973)”, *Universum*, vol. 31, N° 2, 2016.

—. “Intelectuales latinoamericanos de izquierda y la reflexión sobre la violencia en Chile en la década de los sesenta”, en Ana Amelia M. C. de Melo y Fernando de la Cuadra (eds.), *Intelectuales y pensamiento social y ambiental en América Latina*, RIL, Santiago, 2020.

Manno, Francis y Richard Berdnacik, “El proyecto Cámelo”, *Foro Internacional*, Vol. IX, N° 2 (34) Octubre-diciembre de 1968

Mansilla, H. C. F., “Intelectuales y política en América Latina. Breve aproximación a una ambivalencia fundamental”, en Wilhelm Hofmestier y H. C. F. Mansilla (eds.), *Intelectuales y política en América Latina: el desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo Sapiens, 2003.

Marchesi, Aldo, “Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el cono sur a fines de los sesentas”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 17, N° 1, 2006.

—. *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del muro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019.

Marín, Juan Carlos, *Las tomas, 1970-1973*, Santiago, ICIRA, 1973.

—. *Los hechos armados*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, PICASO, 2ª ed., 2003.

—. *El ocaso de una ilusión: Chile 1967/1973*, Buenos Aires, PICASO, INEDH, Colectivos Ediciones, 2007.

—. Charla-debate con Juan Carlos Marín, Cátedra Historia argentina III “B”, Parte I, 1 de junio de 2013. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=PleTOymVKgA>.

Marini, Ruy Mauro, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 1969.

—. La reforma agraria en América Latina, en Lelio Basso *et al.*, *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, CEREN, CESO, 1972.



- . “El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación”, *Marxismo y Revolución*, N° 1, 1973.
- . “Reforma y revolución: una crítica a Lelio Basso”, en Varios autores, *Acerca de la transición al socialismo*, Buenos Aires, Periferia, 1974.
- . “Dos estrategias en el proceso chileno”, *El reformismo y la contrarrevolución (Estudios sobre Chile)*, México, ERA, 1974.
- . “Antecedentes para el estudio del movimiento de masas en el periodo”, *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*, México, ERA, 1976 [1972].
- . *El maestro en rojo y negro. Textos Recuperados*, Quito, Instituto de Altos Estudios Nacionales, 2012.
- . “Memoria”, en Ruy Mauro Marini, *El maestro en rojo y negro. Textos Recuperados*, Quito, Instituto de Altos Estudios Nacionales, 2012.
- Marini, Ruy Mauro y Cristián Sepúlveda, “El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación”, *Marxismo y Revolución*, N° 1, 1973.
- Marini, Ruy Mauro y Mária Millán (coords.), *La teoría social Latinoamericana. Subdesarrollo y dependencia*, México, El Caballito, 1999.
- Martínez, María José, “Con homenaje póstumo al sociólogo Eduardo Hamuy, se inauguraron nuevas dependencias del Departamento de Sociología”, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile [en línea], 2009. Recuperado de [http://www.facso.uchile.cl/noticias/2009/oficinas\\_hamuy.html](http://www.facso.uchile.cl/noticias/2009/oficinas_hamuy.html)
- Martínez Heredia, Fernando, *El ejercicio de pensar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010.
- . *Si breve...*, La Habana, Letras Cubanas, 2010.
- Martins, Eduardo, “Theotônio dos Santos: introducción a la vida y obra de un intelectual planetario”, en Francisco López Segre (ed.), *Los retos de la globalización. Ensayo en homenaje a Theotônio dos Santos*, Caracas, UNESCO, 1998.
- Marx, Carlos y Federico Engels, *Manifiesto comunista*, Santiago, LOM, 2012 [1848].
- Massardo, Jaime, “Antonio Gramsci, Ernesto Guevara: dos momentos de la filosofía de la praxis”, *Ecuador Debate*, N° 43, abril, 1998.
- Mattelart, Armand, *Por una mirada-mundo: conversaciones con Michel Sénécal*, Temuco, Universidad de la Frontera, 2013.
- Mattelart, Armand, Patricio Biedma y Santiago Funes, *Comunicación masiva y revolución socialista*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1971.
- Mayobre, José Antonio, Felipe Herrera, Carlos Sanz de Santamaría y Raúl Prebisch, *Hacia la integración acelerada de América Latina. Proposiciones a los presidentes latinoamericanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

Mejías Navarrete, Julio, “El desarrollo de la sociología en el Perú. Notas introductorias”, *Sociologías*, Año 7, N° 14, julio-diciembre, 2005.

Mires, Fernando, “Hacia la conciencia humana de la literatura chilena”, *El Siglo*, 14 de agosto, 1966.

—. *Los fundamentos represivos del estado capitalista*, Concepción, Universidad de Concepción, 1971.

Moljo, Shirley J. y Carina B. Moljo, “A treinta años del golpe militar en Argentina: aproximaciones a la historia del Trabajo Social”, *Katálisis*, vol. 9, N° 2, julio-diciembre, 2006.

Moulián, Tomás, “Campo cultural y partidos políticos en la década del sesenta”, Santiago, FLACSO, documento de trabajo, Serie Estudios Políticos N° 21, 1992.

—. *Fracturas: de Pedro Aguirre Cerda a Salvador Allende (1938-1973)*, Santiago, LOM, ARCIS, 2006.

Movimiento Camilo Torres, “Declaración de Navidad”, 25 de diciembre, 1967. En Ruinas Digitales [en línea]. Recuperado de <http://www.ruinasdigitales.com/cristianismoyrevolucion/cyrchiledeladeclaraciondenavidaddelmovimient6/>

Moyano Barahona, Cristina, *MAPU o la seducción del poder y la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973)*, Santiago, Universidad Alberto Hurtado, 2009.

—. “Un acercamiento histórico-conceptual al concepto de democracia en la intelectualidad de la izquierda renovada. Chile, 1973-1990”, *Izquierdas*, Año 2, N° 3, abril, 2009.

Entrevista a Luis Vitale, *Sala de Historia* [en línea], enero de 2010

Murmis, Miguel, “Sociología, ciencia política, antropología: institucionalización, profesionalización e internacionalización en Argentina, en Héglio Trindade (coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XX, 2007.

Naranjo, Pedro, Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto (eds.), *Miguel Enríquez, el proyecto revolucionario en Chile. Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria*, MIR, Santiago, CEME, LOM, 2004.

Nepomuceno, Eric, “Darcy Ribeiro y la conciencia de quiénes somos”, *Página 12*, 22 de enero, 2013.

Nercesian, Inés, “Una aproximación a la izquierda brasileña de los años sesenta. Partidos y organizaciones armadas”, *e-I@tina* [en línea], vol. 3, N° 10, enero-marzo, Buenos Aires, 2005.

Ortiz Figueroa, Matías, *Cada día es continuar. Política e identidad en el MIR, 1965-1973*, Concepción, Escaparate, 2014.

Palacios, Guillermo, “Intelectuales, poder revolucionario y ciencias sociales en México (1920-1940)”, en Carlos Altamirano *et al.*, *Historia de*

*los intelectuales en América Latina. Tomo II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

Palieraki, Eugénia, *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*, Santiago, LOM, 2014.

Palou, Pedro Ángel, "Intelectuales y poder en México", *América Latina Hoy*, N° 47, 2007.

Parrilla, Nicolás, "La relación del peronismo con los intelectuales", *El Clarín*, 6 de marzo, 2013.

Pascal Allende, Andrés, "El MIR, 35 años. Un atajo revolucionario", *Punto Final*, 25 de agosto de 2000.

—. *El MIR chileno: una experiencia revolucionaria* [Argentina], Cuchaña, 2003.

Paso, Leonardo, "Algunos problemas en el trabajo con los intelectuales", Partido Comunista de Argentina, 1964. En CEDINCI [SHB/CPA R4/7-3].

Pedraza Reyes, Héctor, "Apuntes sobre el movimiento armado socialista en México (1969-1974)", *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, Vol. 17, N° 34, agosto-diciembre, 2008.

Pellicer de Brody, Olga, "La Revolución cubana en México", *Foro Internacional*, Vol. VIII, N° 4 (32), abril-junio, 1968.

Petra, Adriana, "El 'Proyecto Marginalidad': los intelectuales latinoamericanos y el imperialismo cultural", *Intervenciones*, N° 8/9, diciembre, 2009.

Picó, Josep y Juan Pecourt, *Los intelectuales nunca mueren. Una aproximación sociobistórica (1900-2000)*, Barcelona, RBA, 2013

Pinedo, Javier, "El concepto de Segunda Independencia en la historia de las ideas en América Latina: una mirada desde el Bicentenario", *Atenea*, N° 502, Concepción, 2010.

Pinto Vallejos, Julio, (ed.), *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad popular*, Santiago, LOM, 2005.

Pinto Vallejos, Julio, "Hacer la revolución en Chile", en Julio Pinto Vallejos, ed., *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad popular*, Santiago, LOM, 2005, págs. 9-33.

Pizarro, Roberto y Manuel Antonio Garretón, Introducción, en Lelio Basso et al., *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, CEREN, CESO, 1972.

Polgovsky Ezcurra, Mara, "La historia intelectual latinoamericana en la era del 'Giro lingüístico'", *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*[en línea], 27 de octubre, 2010.

*Política Operaria*, N° 7, octubre, 1963. En Centro de Estudios Victor Meyer [en línea].

Pomar Rodríguez, Jorge Andrés, "La Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP): origen, subversión y aniquilamiento. ¡El pan que con

sangre fue quitado con sangre será recuperado!”, *XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles. Congreso Internacional 1810-2010: 200 años de Iberoamérica*, Santiago de Compostela, septiembre, 2010.

Ponce, Aníbal, *Humanismo burgués y humanismo proletario: de Erasmo a Romain Rolland*, Buenos Aires, Madrid, Miño y Dávila, 2001 [1938].

Ponza, Pablo, *Intelectuales y violencia política, 1955-1973. Historia intelectual, discursos políticos y concepciones de lucha armada en la Argentina de los sesenta-setenta*, Córdoba, Babel, 2010.

—. *Intelectuales y violencia política, 1955-1973*, Córdoba, Babel, 2010.

Pozo, José del, *Historia contemporánea de América Latina*, Santiago, LOM, 2001.

Prebisch, Raúl, “Commercial policy in the underdeveloped countries”, *American Economic Review*, Vol. 49, N° 2, mayo, 1959.

—. *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

Punto Final, “‘Punto Final’ y el Diario del Che”, *Punto Final*, N° 648, 28 de septiembre, 2007.

Quijano, Aníbal, “Introducción”, en Carmen Pimentel (ed.), *Vidas marginales*, Santiago, Editorial Universitaria, 1972.

Quiroz Trejo, José Othón, “Nuestros varios sesenta y ochos: memorias y olvido, mitos e institucionalización”, *Sociológica*, Vol. 23, N° 68, septiembre-diciembre, 2008.

Radrigán, Cecilia y Ortega Miriam (Eds.). Miguel Enríquez: Con vista a la esperanza. Santiago de Chile: Escaparate Editores, 1998.

Ramírez Necochea, Hernán, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes siglo XIX*, Austral, 1956.

Rebón, Julián, “Reseña bibliográfica. El ocaso de una ilusión: Chile 1967/1973 de Juan Carlos Marín”, *OSAL: Observatorio Social de América Latina*, Año 8, N° 23, abril, 2008.

Redondo, Nilda, *Haroldo Conti y el PRT: arte y subversión*, Buenos Aires, Amerindia, 2004.

Reyes, Hernán, “Abraham Guillén: teórico de la lucha armada”, *Lucha Armada en la Argentina*, N° 4, septiembre-noviembre, 2005.

Reyna, José Luis La institucionalización de las ciencias sociales en México. En Hélgio Trindade (coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XX, 2007.

Reynoso, Jaime Irving, “Manuel Gamio y las bases de la política indigenista en México”, *Andamios*, Vol. 10, N° 22, mayo-agosto, 2013.

Ridenti, Marcelo, “Artistas e intelectuales en las décadas de 1960 y 1970: cultura y revolución”, en Carlos Altamirano *et al.*, *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

Rivano, Juan, *Entre Hegel y Marx: una meditación ante los nuevos horizontes del humanismo*, Santiago, Universidad de Chile, 1962.

Rivas, Patricio, “El saber revolucionario y los términos de la dominación mundial”, prólogo a Ruy Mauro Marini, *El maestro en rojo y negro. Textos Recuperados*, Quito, Instituto de Altos Estudios Nacionales, 2012.

Rivera, Carla, “Pensar las comunicaciones en un horizonte signado por la revolución. CEREN y el matrimonio Mattelart”, IV Jornada de las Izquierdas, Santiago, agosto, 2014.

—. “Diálogos y reflexiones sobre las comunicaciones en la Unidad Popular. Chile 1970-1973”, *Historia y Comunicación Social*, Vol. 20, N° 2, 2015.

Rosenblitt, Jaime, “La reforma universitaria, 1967-1973”. En Memoria Chilena [en línea]. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0014015.pdf>

Rubinich, Lucas, “Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los años sesenta”, *e-I@tina* [en línea], vol. 15, N° 60, 2017.

Sader, Eder (Raúl Villa), “Os ensinamentos de Mao Tse-Tung e a guerra revolucionária no Brasil”, octubre de 1968. En Centro de Estudios Victor Meyer [en línea].

—. (Raúl Villa), “A crise do reformismo e a formação do partido revolucionário”, *Marxismo Militante*, N° 1, 1968. En Centro de Estudios Victor Meyer [en línea].

—. (Raúl Villa), “A burguesia entre o populismo e o militarismo”, *Marxismo Militante*, N° 1, 1968. En Centro de Estudios Victor Meyer [en línea].

—. (Raúl Villa), “O Chile entre a legalidade burguesa e a revolução”, 1971. En Centro de Estudios Victor Meyer [en línea].

—. “Cordón Cerrillos e poder proletário no Chile em 1972”, agosto de 1973. En Archivo Marxista na Internet [en línea].

—. “Cordón Cerrillos et pouvoir prolétaire au Chili 1972”, *Les Temps Modernes*, N° 347, 1975.

Sader, Emir, “Brasil: una historia de pactos entre elites”, en Atilio A. Boron, Julio Gambina, Naum Minsburg, (comps.), *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, EUDEBA, 1999.

—. “Latinoamericanos y europeos en el MIR”, *Punto Final*, N° 814, 3 de octubre de 2014.

Salazar, Gabriel y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile. V. Niñez y juventud*, LOM, Santiago, 2002.

Salinas, Maximiliano, *Clotario Blest como profeta, la rebelión del pueblo contra el capitalismo*, Santiago, Rehue, 1987.

—. *Clotario Blest: testigo de la justicia de Cristo para los pobres*, Santiago, Salesiana, 1991.

Sánchez García, Antonio, “Hugo Chávez y Salvador Allende”, *Análítica*, 28 de diciembre, 2002.

—. “La oposición chilena se merecía un presidente como Chávez”, *El Nacional*, 2002. En *En Defensa del Neoliberalismo* [en línea].

Sandoval Ambiado, Carlos, *M.I.R. (una historia)*, Santiago, Sociedad Editorial Trabajadores, 1990.

Santella, Agustín, “En recuerdo de Juan Carlos Marín”, *Agencias de Noticias Redacción* [en línea], mayo de 2014.

Secretaría de la Comisión Económica para América Latina, *Estudio Económico de América Latina, 1949*, Nueva York, ONU, 1951.

Sepúlveda Ruiz, Lucía, “Aquí...”, *Radio Liberación*”, sin fecha. En *Las Historias que Podemos Contar* [en línea]. Recuperado de <http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl/liberacion.htm>

Sierra, Gerónimo de, Manuel Antonio Garretón, Miguel Murmis y Hélgio Trindade, “Las ciencias sociales en América Latina en una mirada comparativa”, en Hélgio Trindade (coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XXI, 2007.

Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

Silva Hidalgo, Robinson, “El MIR, Concepción y poder popular”, *Rebelión* [en línea], 6 de octubre, 2014.

Solar, Felipe del y Andrés Pérez, *Anarquistas: presencia libertaria en Chile*, Santiago, RIL, 2008.

Tarcus, Horacio, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

—. *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores, obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Tarcus, Horacio, Juan Carlos Gómez y Emir Sader, “Tomás Moulián: itinerario de un intelectual chileno”, *Crítica y Emancipación, Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, Año 1, N° 1, 2008.

Terán, Oscar, *Nuestros años 60*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.

—. *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales (1810-1980)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

—. *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Thorp, Rosemary, “El papel de la CEPAL en el desarrollo de América Latina en los años cincuenta y sesenta”, en *La CEPAL en sus 50 años: notas de un seminario conmemorativo*, Santiago, CEPAL, 2000.

Torres, Osvaldo, *Democracia y lucha armada. MIR y MLN-Tupamaros*, Santiago, Pehuén, 2012.

Trindade, Héglio, “Las ciencias sociales en Brasil: fundación, consolidación y expansión”, en Héglio Trindade (coord.), *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*, México, Siglo XX, 2007.

Trotsky, León, “La inteligencia y el socialismo”, 1910. En Anticapitalistas [en línea], noviembre, 2012. Recuperado de [http://www.anticapitalistas.org/IMG/10\)pdf/Trotsky-LaInteligenciaYELSocialismo.pdf](http://www.anticapitalistas.org/IMG/10)pdf/Trotsky-LaInteligenciaYELSocialismo.pdf).

Universidad de Chile-Instituto de Economía y Planificación, “ESCOLATINA-Chile”, Programa de Graduados, sin fecha. Recuperado de

<https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/36492/1/214274.pdf&origen=BDigital>

Uricoechea, Fernando, “Los intelectuales y la política en Colombia”, en Wilhelm Hofmeister y H. C. F. Mansilla (eds.), *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo Sapiens, 2003.

Van Schouwen, Bautista, “Carta de Bautista a su madre”, 15 de febrero de 1969. En Las Historias que Podemos Contar [en línea]. Recuperado de <http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl/bauchi.htm>.

Vasconi, Tomás, “Movimiento estudiantil y crisis en la Universidad de Chile”, Santiago, CESO, 1970.

Vekemans, Roger (comp. y ed.), *Actas del 4º Congreso Internacional Católico de la Vida Rural*, Argentina, 1958.

Vezzetti, Hugo, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

Viera-Gallo, José Antonio, Problemática institucional en la experiencia chilena, en Lelio Basso *et al.*, *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, CEREN, CESO, 1972.

Vitale, Luis, *Los discursos de Clotario Blest y la revolución chilena*, Santiago, POR, 1961.

—. *Historia del movimiento obrero*, Santiago, POR, 1962.

—. *Contribución a la historia del MIR (1965-1970)*, Santiago, Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic, 1999.

—. *Interpretación marxista de la historia de Chile*, vol. I (tomos I y II), Santiago, LOM, 2011 [1967 y 1969].

Vuskovic, Pedro, La experiencia chilena: Problemas económicos, en Lelio Basso *et al.*, *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, CEREN, CESO, 1972.

Waiss, Óscar, *¿A dónde vamos?*, Santiago, Ediciones Marxistas, 1940.

—. *Chile vivo: memorias de un socialista, 1928-1970*, Madrid, Centro de Estudios Salvador Allende, 1986.

Witker, Alejandro, *Prisión en Chile*, México, Fondo de Cultura Económico, 1975.

Zamitz, Héctor, “El debate político e intelectual en México”, *Estudios Políticos*, N° 15, mayo-agosto, UNAM, México, 2007.

Zabaleta, Marta R., “Contextualizando la utopía de Paulo Freire”, *Gestão & Planejamento*, Vol. 1, N° 4, 2001.

Zalaquett, Cherie, *Chilenas en armas. Testimonios e historia de mujeres militares y guerrilleras subversivas*, Santiago, Catalonia, 2009.



## Colección Estudios de las Ideas

### Objetivos:

- Fortalecer un espacio disciplinar que se constituye, cada vez, con mayor identidad, resultado, entre otras cosas, de polémicas entre tendencias y subespecialidades;
  - Ampliar la cobertura de los estudios eidéticos, sin restringirlos a los temas de mayor desarrollo en nuestro medio, sino fomentando encuentros interdisciplinarios sin que se pierda que el punto de mira son los estudios de las ideas;
  - Ofrecer otra oportunidad para publicar sobre estos asuntos, siendo la voz de una comunidad epistémica;
  - Interesar en el estudio de las ideas a jóvenes u otras personas que están buscando caminos posibles de desarrollo académico.
- Comité Editor de la Colección: Andrés Kozel, Bernardo Subercaseaux, Carlos Ossandón, Eduardo Devés, Sandra Iturrieta

### Títulos publicados:

1. *Historia de las ideas en Chile. Homenaje a Javier Pinedo*, VVAA
2. *Estudios Eidéticos. Una conversación desde el Sur sobre la vida de las ideas y la reconfiguración de un espacio disciplinar*  
Eduardo Devés – Andrés Kozel
3. *Pensamiento indígena en Nuestramérica. Debates y propuestas en la mesa de hoy*  
Pedro Canales - Sebastião Vargas, Editores
4. *Debates intelectuales. Estudio sobre historia de las ideas, pensamiento políticos y cultura en Chile*  
Javier Pinedo
5. *José Carlos Mariátegui, Originales e inéditos 1928*  
Ricardo Melgar Bao – Manuel Pasara Pasara, Editores
6. *Jorge Millas, aproximaciones a su obra*  
Cristóbal Friz, Maximiliano Figueroa, Editores
7. *Diálogos compartidos en Nuestramérica: Actorías Intelectuales de indígenas, mujeres, jóvenes y Afrodescendientes*  
Sandra Iturrieta, Editora
8. *Problemáticas internacionales y mundiales desde el pensamiento latinoamericano*  
Eduardo Devés – Silvia Álvarez, editores
9. *Studying Ideas. A conversation from the South on the studies of ideas and the reconfiguration of a disciplinary space.*  
Eduardo Devés – Andrés Kozel
10. *Intelectuales y revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973)*  
Ivette Lozoya López



# Intelectuales & Revolución

Científicos sociales latinoamericanos  
en el MIR chileno (1965-1973)

Este libro examina las ideas que forman parte del pensamiento político, económico y filosófico latinoamericano que se convirtieron en referencia para el MIR chileno. Se describe y problematiza la relación que existía entre los científicos sociales latinoamericanos y la organización revolucionaria, diferenciando entre quienes cumplían un rol de referentes y quienes eran militantes del MIR. Para esto, se analizan las redes intelectuales que permitían la difusión del pensamiento a nivel general en América Latina, así como los lazos que habían establecido los intelectuales miristas con sus símiles latinoamericanos. A la par, se definen los roles que cumplían en la organización dichos intelectuales, así como la existencia de una política del MIR sobre este sujeto específico. En términos más amplios, interesa saber de qué manera el pensamiento social latinoamericano aportó a la definición del MIR y cómo la organización revolucionaria aportó, a su vez, al pensamiento político local.

COLECCIÓN  
ESTUDIOS DE  
LAS IDEAS  
volumen n°10

